TOM SPANBAUER

Ahora es el momento

Pocatello, Idaho, 1967. Rigby John Klusener tiene diecisiete años y ha decidido emanciparse. Es hora de abandonar el hogar de sus padres, y de ese modo, con una flor tras la oreja y el dedo pulgar en alto, se dirige a pie por la autopista hacia San Francisco, ciudad que en sueños imagina como el mismísimo paraíso.

“Ahora es el momento” es la historia de cómo Rigby John Klusener encuentra su lugar en el mundo. De cómo se va alejando de las estrictas restricciones de una familia granjera muy religiosa y de una comunidad hermética que se ha automarginado de la explosión cultural que tiene lugar en los Estados Unidos en esa década.

“Ahora es el momento” ha sido elegida por la revista “Publishers Weekly” como una de las mejores novelas de 2006, calificándola como «literatura en la mejor tradición de las novelas de aprendizaje, con una historia sincera y luminosa. Su protagonista, Rigby John Klusener, es inocente e irónico a la vez, y el lector, que sabe más sobre Rigby que él mismo, disfruta de la deliciosa distancia que esto crea».

Tom Spanbauer

Ahora es el momento

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2017

Título original: *Now Is the Hour*
Tom Spanbauer, 2006
Traducción: Aurora Echevarría

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mi madre

El viajero solitario

Queso parmesano.

Todos mis problemas empezaron con queso parmesano.

Y terminaron con queso parmesano.

Mi vida hasta ahora ha sido un gran ciclo de queso.

En mi primer año en el colegio Saint Joseph se produjo el primer incidente con queso parmesano.

El último incidente con queso parmesano acaba de ocurrir, y lo que acaba de ocurrir es la razón por la que soy un hombre libre aquí en la autopista 93, con una flor en el pelo, haciendo autostop a San Francisco.

De pronto todo está muy claro. Es increíble lo claro que puede volverse todo una noche en el desierto. La luna, un gran dólar de plata, ilumina tanto que mi sombra se prolonga hasta el otro lado del asfalto. Una sombra alargada. Mis pies aquí en la grava, mi cabeza más allá de la línea blanca del centro.

George Serano me dijo una vez que puedes saber cómo se siente alguien por su sombra. Esta noche en mi sombra hay algo alrededor de la cabeza y los hombros, y también en los brazos. El pelo en punta, la camiseta que me marca los bíceps, la margarita que he arrancado en Twin Falls y que asoma a un lado de mi cabeza. Algo de dentro está saliendo y hace que mi sombra, que todo yo, parezca, no lo sé, lleno.

Como esta luna. La luna brilla tanto que veo las líneas de la palma de mi mano. Veo la uña de mi pulgar mordida y sangrante. Si me sacara la polla, la vería en todos sus aspectos. También mi culo. Debería bajarme los pantalones aquí mismo, a doscientos kilómetros al norte de Reno, Nevada, y enseñar a la vieja gran luna mi vieja

gran luna.

Con la suerte que tengo pasaría un camión.

Con la suerte que tengo.

Y silencio.

Silencio como en la iglesia. No durante la misa o las devociones a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro, sino cuando la iglesia de Saint Joseph está vacía. El silencio de la llama de la vela votiva. La vidriera azul, roja y amarilla proyectándose sobre el banco. Cierra los ojos e inhala. Lo que hueles es católico: madera untada con aceite, cera de abejas, incienso dorado y mirra.

En el desierto el silencio es aún mayor. El sonido totalmente inmóvil de todo lo vivo. Hasta el asfalto, la oscura cinta que se prolonga hasta el borde del horizonte, está vivo. También el horizonte, que se inclina despacio hasta quedar horizontal, con algún que otro estallido de roca volcánica que crea un borde irregular. La artemisa es de un tono plateado más oscuro que la luna. Cierra los ojos e inhala, lo que hueles es artemisa y lewisia rediviva, lo que hueles es todo lo que es posible.

Dos cigarrillos atrás, mientras aspiraba la llama amarilla a través del filtro, un coyote ha elevado un gran grito solitario. Pero desde entonces no ha vuelto a oírse nada. Ni siquiera los grillos o las ranas. Solo el ruido de mis zapatillas de tenis sobre la grava. Y mi respiración.

Tal vez ha estallado una bomba nuclear y soy la única persona que ha sobrevivido en todo el mundo.

No estaría tan mal.

Después de diecisiete años respirando, yo, Rigby John Klusener, puedo afirmar con toda seguridad que hay en mi vida unas cuantas personas de las que podría prescindir.

¿Por qué si no estoy aquí en la autopista 93, con el dedo apuntando hacia California?

¿Qué eres a los seis años, en primero? Ahí estaba yo, con seis años. La hermana Bertha me había sentado en el lado de los tontos. En el extremo derecho del aula, cerca de la puerta del ropero del fondo. Se suponía que los tontos estábamos escribiendo algo en nuestros cuadernos mientras en el otro extremo del aula la hermana Bertha

mostraba unas tarjetas a los listos. Yo conocía todas las palabras de las tarjetas que les mostraba menos «haber», y eso solo porque nadie me había explicado aún el uso de la *b* y la *v*, y no sabía que la *h* era muda. En cualquier caso, la hermana Bertha me sorprende leyendo las tarjetas y pronuncia en alto mi nombre. Dice: ¿Rigby John Klusener?

Me levanté, naturalmente, porque puede que no conociera la *v* ni la *h* muda, pero sabía que tenía que ponerme de pie, apartado de mi pupitre, y decir alto y claro: ¿Sí, hermana Bertha?

La hermana Bertha era vieja y diminuta. Una monja de la congregación de la Santa Cruz, de esas que llevan un gran abanico a modo de halo alrededor de la cabeza. Mi hermana, Mary Margaret, también la había tenido en primero, al igual que muchos de mis primos. La hermana Bertha era tan vieja que hasta podría haber dado clase a mis padres.

De modo que la hermana Bertha dice: Rigby John, lee en voz alta estas tarjetas.

Las leí en voz alta, todas, sin ningún problema, es decir, con la excepción de «haber», y, después de explicarme la distinción entre la *b* y la *v*, después de indicarme que la *h* era muda y que lo mismo ocurría en la palabra «hacer», la hermana Bertha me condujo por toda el aula hasta el lado de los listos, en la parte delantera, junto a su mesa.

Ahí me quedé, en la primera fila del lado de los listos, a toda un aula de distancia de los tontos.

Tal vez fue entonces cuando empezó a odiarme Joe Scardino. Porque había logrado que me trasladaran a la parte delantera. Porque en cuestión de cinco minutos había pasado del grupo de los tontos al de los listos. Además, empecé a ayudar a la hermana Bertha en tareas especiales, como limpiar la pizarra y salir de clase para sacudir los borradores.

Eso seguramente no ayudó.

Como el día que la hermana Bertha nos pidió que señaláramos algo de color naranja. Ningún alumno levantó la mano. Tal vez era media tarde y todos estaban adormilados. O estaban tan aburridos que no fueron capaces de discurrir la sencilla respuesta a la sencilla pregunta qué-es-de-color-naranja, no lo sé. Lo que sí sé es que recuerdo que pensé que estaba rodeado de tarugos, de modo que

levanté la mano, y cuando la hermana Bertha me llamó por mi nombre, me puse de pie, apartado de mi pupitre, y dije: El naranja es el color de una naranja, hermana Bertha. Y ella dijo: ¿Y qué color es ese? Dijo: Enséñame dónde ves el color naranja en esta clase.

Tal como lo recuerdo ahora, ese día, cuando recorrí el aula con la mirada, todo era en blanco y negro como en *Ed Sullivan* o en *Bonanza*. Busqué por toda la habitación, pero no había un solo objeto de color naranja en ninguna parte. De modo que dije: Tengo algo naranja en el ropero, hermana.

Pero eso no era cierto. Mentí entre dientes, que es lo único que distingue a los tontos de los listos. De modo que la hermana Bertha me dejó ir al ropero.

La puerta se abrió hacia dentro y al instante me asaltó el olor. Sándwiches de mortadela, pan de molde Wonder Bread, mayonesa, mostaza, huevos duros, manzanas maduras, y algo así como un tufo a orines mezclado con el olor a lana húmeda y naranjas.

Busqué por toda esa habitación una naranja, en los bolsillos de cada abrigo, dentro de las fiambreras y las bolsas marrones, pero no encontré ni una sola naranja, ni pieles de naranja, ni nada de color naranja.

Fue entonces cuando lo encontré y, al hacerlo, recuerdo que juré por Dios y me arrodillé.

Era un milagro. Un verdadero milagro. El forro de mi abrigo era naranja. Di la vuelta al abrigo, y me quedé un momento parado frente a la puerta del ropero y respiré hondo antes de abrir.

¡Hermana Bertha!, exclamé. ¡Aquí está el color naranja!

Tuve que llevar una estrella dorada en la frente el resto del día. Scardino debió de odiarme por ello. Quiero decir que no recuerdo si lo hizo o no, pero cuando miro atrás ahora, es asombroso lo claro que se vuelve todo.

Hay algo más que veo ahora con toda claridad. Ese día empecé a buscar algo creyendo que iba a encontrarlo y lo encontré. Nadie me había enseñado eso. No lo había aprendido de mamá, ni de papá, ni de mi hermana, ni de la hermana Bertha. Ni del papa. Y no tenía nada que ver con ser listo. Ser listo no te hace estar por encima del miedo, no te hace libre.

Buscar algo que sabes que vas a encontrar. Llevo haciéndolo desde ese día en el ropero. Me refiero a cuando el miedo no se

interpone en tu camino. El secreto está en no dejar que el miedo se interponga en tu camino.

Todavía lo hago. Por ejemplo, mírame aquí fuera esta noche del color de los cubitos de hielo.

Los milagros están ahí, en alguna parte. Solo tienes que encontrarlos.

Poco después Joe Scardino me invitó a ir a su casa después del colegio. No sé por qué lo hizo. Tal vez ni siquiera él sabía aún que me odiaba. Y, por alguna razón, no sé cuál, me dejaron ir.

Mis padres nunca me dejaban hacer nada que fuera demasiado diferente. *Difrente*. Así era como pronunciaban la palabra: *difrente*.

Teníamos vacas que ordeñar, ganado y pollos a los que dar de comer, huevos que recoger y alguna otra faena más específica, según la época del año, como recoger patatas, descascarillar el trigo, preparar conservas de tomates, lo que fuera, siempre había tareas y más tareas que hacer, y la comida y la cena que preparar. Platos que lavar y secar. Siempre había algo importantísimo que hacer. Además, había que conducir treinta kilómetros para ir a la iglesia y al colegio, y eso suponía gasolina, de modo que todavía no sé cómo acabé en casa de Scardino después del colegio.

La cuestión es que acabé ahí y lo que pasó es cómo empezó todo. A partir de ese día se convirtió en algo rutinario. Joe Scardino me daría palizas con regularidad durante los once siguientes años.

Queso parmesano.

Joe Scardino era italiano, el único italiano que yo conocía aparte de Regina Rossi, que estaba en segundo y era chica.

Además, tenéis que entender que ir a casa de Joe Scardino después del colegio era lo primero que hacía yo solo. Había hecho cosas, pero siempre con mi hermana. Ese era mi problema, según papá, que siempre estaba con ella. Ella me decía salta y yo decía: ¿Desde qué altura? Y si no era mi hermana era mi madre. Esas féminas me estaban convirtiendo en un llorica, un gallina, una nenaza.

Caray, ahora que pienso en ello estoy de acuerdo con él. No puede decirse que me gustara que me pusieran vestidos, me prepararan té y me hicieran jugar con muñecos de papel. Habría

preferido irme con él a quedarme con mamá o con mi hermana. Pero ¿vino alguna vez él y me dijo: Vamos, hijo, ¿por qué no hacemos algo juntos, solos tú y yo?

Olvídalo. Ni en sueños.

Volver del colegio andando era algo insólito. Mi hermana y yo teníamos que coger dos autobuses, y tardábamos hora y media en llegar. Para Scardino, en cambio, solo había tres o cuatro manzanas.

No recuerdo gran cosa del trayecto a pie, salvo los olmos que siempre dejábamos atrás cuando íbamos a misa los domingos en el Buick por la calle Elm. También que Scardino y yo llevábamos abrigo, gorro y guantes, y golpeábamos nuestras fiambreras contra los olmos y contra una valla blanca. La fiambrera de Scardino era cuadrada y llevaba inscrito «BLACK BEAUTY», y la mía tenía forma de cobertizo con tejado a cuatro aguas, y lo parecía, rojo con los rebordes de las puertas y las ventanas blancos, y el tejado verde.

De pronto Joe y yo nos detuvimos con nuestros abrigos y las fiambreras en la mano frente a una vieja casa blanca y alta con un torreón como el de un castillo. La verja de hierro de la entrada hizo un ruido de sanctasanctórum, y nos adentramos en la penumbra de los numerosos arbustos que rodeaban la casa.

Poco después estábamos dentro de la vieja casa blanca y bajo una gran araña de luces había una mujer mayor, la madre de Scardino, vestida con un traje negro y largo, con casi todo el pelo recogido en un moño y el resto cayéndole sobre la cara. Era alta y vieja como la casa pero encorvada, se frotaba las manos como si las tuviera frías y tenía la nariz aguileña. Recuerdo que no la miré cuando me saludó, me limité a subir corriendo las escaleras detrás de Scardino hasta la habitación del torreón, que era su dormitorio.

Pero no he mencionado lo más importante.

El olor de la casa.

Toda la casa olía al plato de espaguetis con albóndigas de carne que me puso delante la señora Scardino a la hora de cenar. La casa olía al queso parmesano rallado que había en un bol de plata y que la señora Scardino espolvoreó con una cucharilla de plata sobre mis espaguetis con albóndigas.

Mamá estaba muy guapa y joven con su pintalabios rojo, sus

pendientes de diamantes de imitación y su abrigo de tweed gris bajo la araña de luces. Sonrió educadamente como siempre hace cuando está con gente que no conoce. Yo corrí hacia ella y le cogí la mano. Dentro de la barriga, muy al fondo, tenía una sensación de calor y seguridad.

Su hijo no ha probado la cena, dijo la señora Scardino.

Mamá me apretó la mano con fuerza. Siguió sonriendo, pero de forma *difrente*. Tenía los dientes manchados de pintalabios rojo.

¿Por qué no has probado la cena?, me preguntó.

Seis años. Esa era la edad que tenía yo. Seis años y nunca había visto nada aparte de nuestra granja, la iglesia de Saint Joseph, el colegio Saint Joseph, y los grandes almacenes Montgomery Ward, S. H. Kress, J.
C. Penney
y Wyz Way Market. Seis años y acababa de enterarme de la existencia de la *v* y de que la *h* era muda. Ni siquiera sabía cómo se deletreaba «xenofobia».

¿Por qué no te ha gustado la cena que te he dado?

Porque olía a pedo, dije yo.

Tal vez al día siguiente. En la zona de columpios, cerca del incinerador, antes de que asfaltaran el suelo y quitaran la grava, justo al lado de la iglesia por el extremo donde estaba la sacristía de monseñor Cody. Junto a la farola con el cable guía que descendía hasta la grava. Justo donde el cable guía toca el suelo es donde Joe Scardino cerró el puño, tomó impulso hacia atrás y me golpeó en plena boca.

El puñetazo me arrojó hacia atrás contra el incinerador. Me caí sentado o de espaldas. Recuerdo que no lloré hasta que me llevé una mano a la boca y vi la sangre.

Pero desde el momento en que Scardino me golpeó hasta que vi la sangre, me quedé sencillamente ahí sentado, mirando con fijeza el cable guía. Cómo se hundía en el suelo. Y la grava. Solo los latidos de mi corazón. Mi respiración.

La vida que tenía por delante.

Y ni todos los caballos de los reyes ni sus hombres serían capaces de volver a armar a Humpty Dumpty.

Después de ese día me convencí. El universo conspiraba para joderme. No tenía ninguna duda. Dios me la tenía jurada. Cada día, allá donde miraba, había más pruebas. He pasado la mayor parte de mi vida creyéndolo. Pero luego aparecieron el Flaco y Acho, y Billie Cody, y George Serano, y después de todo lo que ha pasado este verano he llegado a comprender que no es solo el universo. Desde el primer momento yo también he tenido algo que ver con ello. Aun así, tanto si es Dios, el universo o el universo que está dentro de ti lo que te jode, no parece que puedas hacer gran cosa al respecto. Intentar cambiar cuesta tanto como intentar cambiar el universo. Tal vez no hay *difrencia*. El hecho es que los marrones te caen cuando menos te lo esperas. Y, como Scardino, la mayoría son mal rollo. Mi consejo es el mismo que con el color naranja y el ropero. Tienes sencillamente que seguir buscando.

La siguiente vez fue en cuarto.

El concurso de ortografía.

Esa mañana, después de quitarnos los abrigos y los gorros y colgarlos en el ropero, una vez sentados con los pies juntos, las manos entrelazadas encima del pupitre, cuando toda la clase guardó silencio a las ocho y media, la hermana Barbara Ann se levantó de detrás de su escritorio, haciendo tintinear un gran rosario largo que le colgaba de la cintura, cuentas contra cuentas, y se encaminó al centro del aula.

Chicos, dijo, hoy tengo una sorpresa para vosotros.

La hermana Barbara Ann tenía el mismo aspecto que todas las demás monjas del colegio Saint Joseph. La única monja que era *difrente*, aparte de la hermana Bertha, que se caía de vieja, era la hermana Eta, apodada Paleta por sus enormes y grises dientes delanteros.

Todas las monjas, excepto la madre Bertha, eran de la misma estatura. No había ninguna gorda. Así que lo único que tenías para distinguirlas era la cara. La cara era lo único que destacaba.

Todas las caras eran blancas, un blanco lechoso al lado del almidonado de los griñones, y llevaban las cejas sin depilar porque estaban casadas con Jesús.

Ahora que pienso en ello, sus ojos debían de ser *difrentes*, pero

no conozco a nadie que mirara a una monja realmente a los ojos.

Ni siquiera nuestros padres miraban a las monjas a los ojos.

Ni siquiera Scardino.

De todas las hermanas de la Santa Cruz, a la última que querías mirar directamente era a la hermana Barbara Ann. Era la superiora, y lo que la hacía *difrente*, aparte de ser la superiora, era su entusiasmo por los concursos de ortografía. Al menos una vez a la semana, aunque estuviéramos en mitad de clase de aritmética, aparecía un brillo en sus ojos y exclamaba «¡Concurso de ortografía!» como la mayoría diríamos «fudge de chocolate».

Desde que en primero había aprendido la distinción entre la *b* y la *v*, y que la *h* era muda, me había vuelto realmente bueno en ortografía, casi tanto como corriendo. Casi cada concurso de ortografía, si me lo proponía, lo ganaba sin el menor esfuerzo. El único problema era mantener el aplomo. Durante un tiempo gané tantas veces seguidas que todos los niños de la clase me cogieron manía. Sobre todo Scardino. Llegó un momento en que justo cuando me disponía a deletrear una palabra notaba cuánto deseaban todos los demás niños que perdiera, y sentía en los brazos esa horrible sensación de impotencia, y entonces miraba a Scardino y lo veía gruñir enseñando su diente puntiagudo y, claro, me equivocaba. Otras veces me equivocaba a propósito.

El día de ese concurso en particular, por alguna razón, las cosas fueron *difrentes*. No sé cómo, pero supongo que era uno de esos días en los que solo puedes decir qué coño.

La hermana Barbara Ann nos pidió que nos pusiéramos en fila por orden alfabético, empezando en la puerta por la letra A y rodeando toda el aula hasta la Z, Jo Ellen Zener, junto a las ventanas del otro extremo.

El colegio Saint Joseph y las monjas de la Santa Cruz tenían una lista de palabras para practicar la ortografía. La lista empezaba con palabras del nivel

1-A,

que eran realmente fáciles, como «casa» y «pato», pasaba al nivel

1-B,

un poco más difícil («caos» y «sueco»), luego a los niveles

2-A

y

2-B
(«grave», «bravo», «trébol»), e iba aumentando en dificultad hasta el nivel
9-B.

Las tres últimas palabras eran las más difíciles de todas: «jeroglífico», «desinhibición», «exhaustivo».

Pero por el camino había algunas bastante taimadas a las que tenías que estar atento.

«Alféizar», «estiércol», «huésped».

«Huevo», «hueso», «hueco».

«Arroz», «veloz», «feroz», «voz», «coz».

Toda la clase resistió de pie durante las palabras del nivel
5-A.
Ronald Wilson fue el primero en sucumbir con una del nivel
5-B,
«exangüe».

A partir de entonces empezaron a caer como moscas.

Rosemary Gosford cayó, Stephanie Smith cayó, Roger Waring cayó. También cayeron Vern Breck y Michael Muley.

Joe Scardino no supo deletrear la palabra «excremento».

No es verdad. Es broma.

La palabra que Scardino deletreó mal fue «desecho».

Me tocó el turno.

Desde su pupitre Scardino me miró apuntándome con el dedo medio.

Pero no pude evitarlo. Fue superior a mis fuerzas.

D, E, S, E, C, H, O, deletreé.

No tardé en ser el único que quedaba en pie. La hermana Barbara Ann quiso ver lo lejos que era capaz de llegar, de modo que siguió dándome palabras nuevas, y yo seguí deletreando sin descanso todas las palabras del nivel
8-B.

La última de las palabras del nivel
8-B
era «adyacente», y cuando la deletreé bien, la piel blanca lechosa de la hermana Barbara Ann se cubrió de manchitas rojas por debajo de la barbilla y el color afluyó a sus mejillas. Luego deletreé bien todas las palabras de los niveles

9-A
y
9-B,
y la última palabra, «exhaustivo», también la deletreé bien, con la *x* y la *b* en lugar de la *v*. A la hermana Barbara Ann le dio un ataque de nervios y empezó a caminar en círculos, diciendo que era un genio y santiguándose, repitiendo Jesús, María y José una y otra vez.

Scardino levantó el dedo medio de las dos manos hacia mí.

Estás acabado, dijo moviendo mudamente los labios.

Cuando terminó el concurso de ortografía y resulté ganador, se suponía que debía de sentirme bien. Pero no fue así. Me sentía un fantasmón; además, había llamado demasiado la atención.

Durante el recreo, vi con el rabillo del ojo salir de detrás del garaje de monseñor Cody a Joe Scardino, Vern Breck y Michael Muley.

Yo estaba en el patio de asfalto al lado del incinerador, junto al cable guía, esperando a que la hermana Barbara Ann tocara las diez campanadas para volver a clase.

Era primavera. Recuerdo que los árboles ya empezaban a echar brotes, de ese verde tierno que recuerda el de los polos de limón.

Y las lilas. Los arbustos de lilas que había a lo largo del lateral del colegio. Recuerdo el olor a lila y el viento anunciando las vacaciones de verano a lo largo de esa mañana de mayo.

Por su forma de andar supe que Scardino y compañía se acercaban a mí.

Yo no tenía adonde ir. A mi alrededor no había nada aparte del aire del verano y el patio abierto.

De modo que me quedé donde estaba.

Si hubiese sido una película, la cámara habría dado vueltas a toda velocidad a mi alrededor.

Pronuncié mi súplica preferida: Jesús, Hijo de Dios vivo, ten piedad de mí.

Joe Scardino se acercó más.

Era primavera porque Joe iba sin abrigo, y llevaba su camisa blanca de manga corta arremangada dejando ver sus fornidos

brazos.

Deberías vestirte de verde los jueves, me dice, con lo maricón de mierda que eres.

Y se prepara.

Todavía puedo ver la punta de su bota de cuero negro dirigiéndose a mi entrepierna. Retrocedí de un salto, básicamente echando hacia atrás las caderas, pero fue demasiado tarde.

Había niños jugando alrededor, pero nadie pareció verme caer de rodillas. Nadie se dio cuenta de que me estaba poniendo verde.

Lo que quiero decir es que no había nadie para ayudarme…

Si me chivaba, Scardino encontraría otra forma de castigarme.

¿Qué haría Jesús en mi lugar? ¿Dónde estaba mi hermana?

Ahí estaba yo, solo con mi sombra doblada por la mitad en el asfalto del patio de recreo.

¿Y qué hago? Me santiguo y rezo una oración por el alma de Scardino, que seguro que iría al infierno.

Logré llegar a la pared de estuco gris del garaje de monseñor Cody antes de desplomarme.

En mis oídos la campana del colegio. Aunque no la veía, supe que la hermana Barbara Ann estaba en medio del patio, como siempre, al lado del incinerador, junto al cable guía, con el brazo derecho levantado y la campana encima de su cabeza. Las diez campanadas.

Como cualquier otro día, todos los niños interrumpieron lo que estaban haciendo, se irguieron y pusieron los brazos a los costados. Luego dieron media vuelta y entraron en el colegio Saint Joseph. Ninguno habló. Se suponía que no podías. Las chicas en una fila, los chicos en otra.

El sol de la mañana ardía sobre el estuco gris. Levanté la cara. El sol sobre mis párpados cerrados volvió rojo todo lo que había dentro.

Fue entonces cuando mis ojos notaron una sombra.

Abrí los ojos, pero lo único que veía era el sol y alguien que se interponía entre el sol y yo.

¿Rig? ¿Estás bien?

Reconocí la voz.

Su verdadero nombre era Allen, pero siempre vomitaba en clase, lo había hecho tres veces en lo que llevábamos de curso, de modo

que lo llamábamos Potas.

Potas Price.

Potas tenía los hombros alzados y las manos en los bolsillos. Sus gafas torcidas estaban pegadas con celo por el centro.

Alargó una mano. El sol de la mañana sobre su palma abierta hizo que brillara toda ella.

Eh, Rig, dijo, Scardino te ha machacado a base de bien.

Se arrodilló con la mano aún extendida al sol.

Jesús habría tendido la mano y la habría puesto en la de Potas Price, pero yo no podía hacerlo.

Era Potas Price y vomitaba todo el tiempo, y tenía la piel seca y escamosa. Le apestaba el aliento. Su hobby era fabricar radios.

Si le cogía la mano me volvería como él.

Eso ni pensarlo. Ni en un millón de años.

De modo que me quedé ahí, sujetándome los huevos. Lárgate, Price, dije. Déjame solo.

Vete a echar la pota a otra parte.

Se me hincharon los sacos de los huevos. Estuve dos semanas amoratado por ahí abajo. Pero nunca se lo dije a nadie.

Me limité a decir que me había hecho daño en la rodilla.

Vamos, ¿a quién iba a decírselo?

Le pido disculpas por llegar tarde a clase, hermana Barbara Ann, pero he tenido que esperar a que me bajaran los huevos de la garganta.

Perdona, papá, Joe Scardino me ha dado una patada en los huevos y podría tener una hemorragia interna. ¿Puedes ayudarme, por favor?

Mamá, ¿te importa echar un vistazo a mis huevos para ver si van a recuperar algún día su tamaño normal?

Eh, hermanita. Tengo un problema con mis huevos. Los tengo morados. ¿Puedes echarme una mano?

Bendígame, padre, porque he pecado. Saqué tan de quicio a un italiano que me puso morados los huevos a patadas.

Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.

Mierda.

Era exactamente eso.

No pedí ayuda porque pensé que había un problema conmigo.
Era culpa mía.
Caray, yo tenía la culpa de todo.
Hasta la guerra de Corea era culpa mía.
Por mis faltas más graves.
Culpa.
Joder.
Esa es justo la palabra.
Joder.

Joder.

Solo su sonido expresa exactamente lo que quieres decir.

Joder. Joder. Joder. Joder. Joder. Joder. Joder.

Personalmente no dije «joder» durante mucho tiempo. Al principio sobre todo porque creía que era pecado, y más tarde porque lo decían todos los demás. Llegó un momento en que decir «joder» era como tener una escopeta en el soporte para armas de la ventana trasera de tu camioneta.

Fue anoche.

No fue hasta anoche, durante la cena, cuando caí en la cuenta de lo perfecta que es la palabra «joder».

«Joder» como una forma de dirigirse al mundo.

Ahí estaba yo, sentado a la mesa de la cocina bajo la brillante luz del techo, en la misma silla de cromo con el asiento y el respaldo de plástico amarillo de siempre. Y ahí estaba mi hermana, al otro lado del mantel de hule estampado con tulipanes rojos, con el pelo recogido en un moño tipo barquillo y celo en la frente para sujetarse el flequillo. Justo debajo del celo, sus gafas en forma de ojos de gato. Su gran ojo a la funerala, más morado que negro. Por supuesto, su marido, Gene, había salido peor parado. Mi hermana le había roto el brazo. Y después hablan del sacramento del matrimonio. Pero esa es otra historia.

A mi derecha estaba papá, todavía con su camisa
Levi’s
arremangada hasta los codos, sus grandes manos peludas y sus antebrazos que olían a jabón Lava. En la frente la marca de moreno, rojo bajo blanco, el pelo negro chafado de llevar su sombrero de

cowboy Stetson.

A mi izquierda estaba mamá, con su blusón de algodón de rebajas, sus tejanos y sus Keds. Los ojos almendrados y castaños detrás de las gafas, el pelo con rulos bajo una redecilla. Las arrugas de la frente, tres líneas paralelas que se extendían de lado a lado y se hundían en profundos pliegues entre las cejas. Las uñas en carne viva de cortárselas al ras. Las manos ásperas y rojas de granjera.

En el televisor de la sala de estar pasaban una reposición del programa *Lawrence Welk* del sábado por la noche. Myron Floren tocaba «The Beer Barrel Polka» y todos nos habíamos llevado las manos a la frente para empezar la señal de la cruz y el Bendice, oh, Señor, estos Tus dones que de Tu gran bondad recibimos, por Jesucristo, nuestro Señor, amén.

En la mesa estaban las cuatro tajadas de rosbif de siempre. El mismo bote de ketchup Heinz 57, el puré de patatas en el bol verde, la salsera naranja, los guisantes de lata en la fuente azul, el plato de la mantequilla y la cesta del pan con cuatro rebanadas de Wonder Bread. El salero y el pimentero en forma de lecheras.

Una familia.

Anoche sin ir más lejos. La última noche de la última cena que iba a tener que aguantar.

Los cuatro sentados alrededor de la mesa de la cocina con todo lo que había ocurrido desde abril de dos años atrás. Empezando por lo que pasó detrás del cobertizo, la novena de mamá a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro por mi alma, el concurso de monaguillos y el partido de béisbol entre el Saint Joseph y el Saint Anthony. El tulipán amarillo metido en mi ano. El verano feliz con Flaco y Acho. Las Hermanas Raja. Tratando de hacer una buena parada. Pelele. Billie Cody, nuestra promesa. La boda de mi hermana. Chuck diPietro. Haciendo fardos de heno con Georgy Girl. Fumar es rezar es esperar es confiar. El Pájaro del Trueno.

Luego la Gran Final. El Gran Fiasco. Toda la mierda salpicando de golpe. Billie Cody embarazada. La fiesta de toda la noche del instituto. Mamá persiguiéndome con la escoba. Joe Scardino, el El Camino y el camión de queso Kraft. La abuela Queep yéndose al otro mundo. La Puerta Trasera, donde a los hombres les gustan las flores. Guerreros solitarios del amor. El funeral de la abuela, los dos cavando la tumba de la abuela, el reparto de bienes, los largos

dedos de George tocándome la mano en la calle Pine. La noche en la cárcel. La nota de George clavada en el manzano.

Mi jodido corazón roto.

Lo que viene a resumir toda la historia, no necesariamente por este orden, y nos pone al día hasta ayer por la noche.

Para papá, todo eran maricones comunistas hippies amigos de los negratas, y para mamá, el rosario, el rosario. Rezad el rosario. La Virgen dijo que rezáramos el rosario.

De modo que con Myron Floren tocando «The Beer Barrel Polka» en la sala de estar, hicimos lo que siempre hacíamos. Lo único que sabíamos hacer. Bendecimos nuestro rosbif, los guisantes de lata, el puré de patatas, las rebanadas de Wonder Bread, con la misma oración de siempre que salía de nuestros labios como el mal aliento de un perro enfermo, y volvimos a santiguarnos.

Siempre la carne primero, siempre papá primero, luego yo, luego mi hermana y por último mamá, en este orden nos pasábamos la comida. Cuando todos teníamos nuestra tajada de rosbif, nuestras patatas con salsa y nuestros guisantes de lata, papá dijo: Pásame el ketchup. Y mi hermana se lo pasó. Luego me tocó a mí, a mi hermana, a mi madre. Finalmente todos cogimos el tenedor y empezamos a comer.

Excepto yo. Yo siempre pedía la sal, por favor, porque a papá le cabreaba que me gustara la sal.

Esa noche no fue *difrente*.

Dije: La sal, por favor, y mi hermana miró primero a papá por encima de sus gafas de ojos de gato y, frunciendo la boca como un esfínter, me pasó el salero en forma de lechera.

Entonces empecé a echar sal sobre mi tajada de rosbif, mis guisantes de lata, mi montón de puré de patatas con un pequeño cráter para la salsa.

Empecé a ponerme algo así como lloroso porque en ese momento Lady Champagne cantaba una mierda sensiblera en alemán. Lloroso también porque no iba a volver a ver a mi familia, esa casa, mi habitación, mi cama, el granero, la poza, la casa de los mexicanos, mi perro Tramp, nunca más, no iba a volver a ver a Flaco o a Acho, a Billie Cody o a la abuela Queep.

No iba a volver a ver a George Serano.

Pero no lloré, porque habría sido demasiado perfecto que me

echara a llorar. Me prometí que antes me arrancaría la lengua, me metería en la boca el salero en forma de lechera antes de volver a llorar delante de ellos. De modo que me comí el rosbif, las patatas con salsa, los guisantes de lata.

Terminé de cenar en un minuto o minuto y medio.

Como siempre, seguía teniendo hambre.

De modo que pregunté a mamá: Mamá, ¿puedo comerme otra rebanada de pan?

Mamá no dijo nada, solo arqueó sus cejas depiladas que se perfilaba con un lápiz de cejas los domingos por la mañana para ir a misa, dejó el tenedor, cogió la cesta del pan, que estaba vacía, se levantó de la mesa, cruzó el suelo de baldosas azules y blancas hasta el cajón del pan, con las varices bajándole por las piernas hasta las Keds, se inclinó, abrió el cajón del pan, sacó la bolsa de Wonder Bread, la abrió, cogió una rebanada, volvió a cerrar la bolsa, dejó la rebanada de Wonder Bread en la cesta del pan, cerró el cajón con la rodilla, volvió a cruzar las baldosas azules y blancas hasta la mesa y dejó el plato delante de mí.

Fue entonces cuando dentro de mi cabeza dije: Joder.

Y «joder» fue la forma más perfecta de decir lo que necesitaba decir.

El jodido brillo de la luz del techo, las jodidas sillas amarillas, el jodido mantel de hule con los jodidos tulipanes estampados en él, las cuatro jodidas tajadas de rosbif, el jodido bol verde de jodido puré de patatas, la jodida fuente azul de los jodidos guisantes de lata, la jodida salsera naranja, la jodida cesta del pan, el jodido platito de la mantequilla, el jodido ketchup Heinz 57, y las jodidas lecheras para la sal y la pimienta.

Mi jodida hermana con su jodido y estúpido peinado y sus jodidas y estúpidas gafas curvadas, y su jodido y estúpido ojo a la funerala.

Mi jodido padre y su jodido jabón Lava y la jodida marca roja de su jodida frente, su jodida camisa
Levi's
y su jodida actitud superior y petulante hacia los hippies, comunistas y maricones. Todos los domingos, con su jodido traje de tweed marrón y su corbata marrón, o con su jodido traje de tweed azul y su corbata azul, dejando el jodido Buick y toda la jodida

iglesia de Saint Joseph apestando con su sobredosis de jodido Old Spice.

Mi jodida madre con sus jodidos rulos, su jodido lápiz de cejas, su jodido pintalabios rojo cereza el domingo por la mañana, el pelo ahuecado, con uno de sus tres vestidos de los domingos, el de las jodidas flores azules, el de los jodidos lunares azul marino, o el marrón con el jodido escote adornado con cuentas, las jodidas medias de nailon con costura oscura, tratando de ocultar sus jodidas varices, y sobre la cabeza algún sombrero ridículo con jodidas redecillas y plumas.

Ese momento durante la cena, sentados a la mesa de la cocina bajo la brillante luz del techo. «Joder» es la forma perfecta de describir ese jodido momento y a un jodido servidor, sentado en la jodida silla amarilla, con los pies en las baldosas azules y blancas de la cocina, llevándome a la boca una jodida rebanada de Wonder Bread untada con mantequilla.

En ese silencio. Esa mudez mortífera de un jodido silencio que flota sobre la mesa, sobre nuestra familia, que flota sobre nuestras jodidas vidas, el jodido Espíritu Santo.

El silencio tan ensordecedor en mis tímpanos desde que mis tímpanos han descubierto que pueden oír.

Bendice, oh, Señor, estos Tus jodidos dones que de Tu gran jodida bondad recibimos, por Jesucristo, nuestro jodido Señor.

¡Joderamén!

Joder.

El asfalto está caliente y blando contra mi nuca, caliente a través de mi camiseta y mis
Levi's
recortados, caliente contra mis pantorrillas al descubierto.

Acabo de gritar «¡Joder!» tanto rato y tan fuerte que he tenido que tumbarme. Me noto la garganta irritada de tanto gritar a voz en cuello. Ahora mismo estoy despatarrado en el lado de la carretera que lleva al oeste, tensando los dedos de los pies y relajándolos,

tensando los tobillos y relajándolos, tensando las pantorrillas y relajándolas; voy subiendo por el cuerpo como recomiendan en el libro de yoga que me ha regalado Billie Cody esta mañana antes de irme.

A las cinco de la madrugada estaba llamando a su puerta. Es mucho pedir, despertar a una amiga tan temprano, pero Billie me dijo que quería verme antes de que me fuera.

Pase lo que pase, dijo. De modo que he supuesto que pase lo que pase significa a la hora que sea, y me he dicho que me debía una, así que he apagado el motor de la camioneta, me he asegurado de que no me quedaban más lágrimas por llorar y he subido las escaleras de caracol hasta la casa de ladrillo de su madre con uno de esos faroles de porche con el pie cubierto de hiedra, situada en una de las partes más bonitas de Pocatello.

Billie vive con su madre. Su madre la tuvo a la edad que tiene ella ahora, dieciocho años, uno más que yo. El padre de Billie es un fontanero borracho y cabrón. No vive con ellas desde que la madre lo echó de casa a principios de mayo.

El padre no se lo tomó muy bien cuando se enteró de que Billie estaba embarazada.

Poco después Billie y yo fuimos a la fiesta de toda la noche del instituto, y su padre salió a buscarnos en su camioneta Ford blanca con la inscripción «FONTANERÍA CODY» en los lados.

Dijo que iba a matarme.

El padre de Billie y mi madre.

Lo único que tenía mi madre era una escoba.

Aun así, aposté a que ella sería la que causaría más daño.

Pero la fiesta de toda la noche del instituto, con el padre de Billie en su camioneta Ford y mi madre en el Buick del 57, los dos clamando venganza, forman parte de la debacle de toda la mierda salpicando que es la larga historia que está por venir.

De momento, continuaré con lo que me ha costado levantar el dedo índice y conseguir que dejara de temblarme lo suficiente para pulsar el timbre de Billie Cody a las cinco de la madrugada bajo el farol cubierto de hiedra.

En el interior de la casa se ha encendido una luz. Se veía a través de los dos rectángulos yuxtapuestos que formaban un ángulo delante de mí. He abierto la puerta mosquitera en la que hay una

historiada C de aluminio.

La C no es de Cody sino de coño. Una vieja broma entre Billie y yo.

El picaporte y el chirrido de la puerta al abrirse. La señora Cody iba con rulos y ya tenía un cigarrillo encendido en la mano. No es tan guapa como Billie, pero tiene un no sé qué. Tal vez porque es una de las dos o tres personas de Pocatello a las que creo que caigo bien.

Rigby John, ha dicho, como quien dice «El papa es católico» o «Los mormones me la sudan».

Ha dado una larga calada a su cigarrillo, se ha abrochado el botón superior de su bata azul y se ha apoyado contra las jambas de la puerta.

La señora Cody siempre me mira como si yo no tuviera nada con su hija. Siempre me mira fijamente con sus ojos azules, como si supiera algo de mí que yo aún no sé, algo que me partirá el corazón.

Me ha mirado así a las cinco de la madrugada, dando profundas caladas a su cigarrillo. Luego ha hecho algo que nunca hace. Ha alargado una mano y me ha tocado la frente. Me ha puesto las yemas de los dedos entre las cejas. Donde vive Dios Padre. Donde siempre duele. Luego me ha apartado el pelo de los ojos, me ha deslizado los dedos por la mejilla, sobre los labios, hasta la barbilla.

Pasa, ha dicho, iré a despertar a Billie.

En la sala de estar de la señora Cody hay un ventanal de aluminio con una parte corredera con mosquitera. La sala de estar está pintada de beige, color que la señora Cody y Billie odian, en parte porque fue el padre de Billie quien lo escogió, y porque es beige, por Dios. La moqueta también es beige.

La señora Cody tenía intención de hacer pintar y enmoquetar de nuevo la sala. Algo alegre y moderno, decía, tal vez con una lámpara colgante en un rincón. Pero luego Billie se quedó embarazada y su padre la persiguió con un cinturón, de modo que la señora Cody lo echó de casa y ahora quién sabe cuándo tendrá el dinero para hacerlo.

En la sala de estar hay una chimenea de ladrillos finos entre

marrón, amarillo y rojizo con la argamasa beige. Me he sentado enfrente y he levantado la vista hacia los paramecios beige del techo. Paramecios.

Billie siempre decía que el dibujo del yeso del techo de su sala de estar le hacía pensar en paramecios. Billie es lista. Todo sobresalientes. Podría ser ingeniera espacial si se lo propusiera, pero ha decidido ser beatnik. Es demasiado lista para ser hippie. Iba sin maquillar, solo pintalabios, siempre rosa, y, al final de todo, rojo. No sabría deciros la cantidad de noches que nos quedamos sentados en la furgoneta aparcada bajo las estrellas, escuchando la radio, hablando, hablando sin parar, sobre el universo y
Jean-Paul
Sartre, Paul Harvey y Sigmund Freud.

Eso era antes de que se quedara embarazada.

He encendido un cigarrillo y he tirado la cerilla a la chimenea. Con la luz del techo encendida, las sombras del cristal fijado con tornillos sobre las dos bombillas desnudas hacían que los paramecios parecieran más bien estalactitas, o la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.

De modo que me he acercado al interruptor y he apagado la lámpara del techo, porque no quería que colgara nada sobre mi cabeza y porque Billie y yo nunca encendíamos esa lámpara cuando nos sentábamos allí, nos bastaba con la luz de la chimenea.

La luna brillaba a través del ventanal de aluminio sobre la moqueta beige y la parte trasera del sillón beige. La sombra de la parte corredera, una línea recta sobre mis zapatillas de tenis.

Billie estaba en el cuarto de baño vomitando. Náuseas matinales, supongo.

Yo apagaba mi segundo cigarrillo cuando Billie apareció por la esquina de la chimenea. Estaba oscuro, pero aun así lo primero que he visto ha sido su barriga. Llevaba mi camiseta negra. En ella parecía un vestido.

No se le notaba mucho. Supongo que en algunos casos no se nota hasta el quinto mes.

Billie llevaba otro corte de pelo, con flequillo y justo por debajo de la oreja. Ya no más pelo de rata. Una henna nueva. Los aros dorados que le regalé cuando se hizo agujeros.

He distinguido todo eso en la oscuridad. Y también que se

acababa de cepillar los dientes con Crest, que se moría por fumarse un cigarrillo y que se alegraba mucho de verme incluso a una hora tan temprana. He sabido todo eso al instante. Y por alguna razón en ese preciso momento también he sabido que sería niño y que se lo quedaría.

Luego ha llegado la voz de Billie, profunda por el sueño, profunda por no haber hablado aún con nadie, una Simone Signoret profunda por haber fumado mucho la noche anterior.

Hola, Rig, ha dicho.

Yo tenía un cigarrillo listo para ella, se lo he puesto en la mano, la única parte de su cuerpo que quedaba fuera del rectángulo de luz de luna.

Mientras daba una calada ha apartado la cara de la luz. Los aros dorados, la luz de la luna en cada uno de sus ojos azul oscuro.

Así que te vas, ha dicho, exhalando aire con el humo.

Las únicas veces que he llorado delante de una chica, esta ha sido Billie.

Cuando me enteré de que estaba embarazada, y en la tumba de Russell en el cementerio Mount Moriah. Ahora que pienso en ello, ha habido otras veces.

Y esta mañana, sentado frente a la chimenea de la sala de estar beige de Billie bajo los paramecios, cuando he oído la voz de Billie, algo por debajo de su voz, en su respiración, ha sonado como lo más triste que he oído nunca.

Mi maldita barbilla ha empezado a temblar de esa forma extraña en que suele hacerlo, y mis labios no se han movido como yo quería.

Luego estábamos los dos sobre la moqueta beige a la luz de la luna, yo con la boca contra su cuello, mi barriga moviéndose arriba y abajo junto a la suya, el niño ahí dentro. He tratado de apartarme por todo lo que moqueaba, pero ella no me ha dejado. Entonces he llorado aún más fuerte porque Billie no quería soltarme.

Cuando finalmente me he calmado la he mirado a los ojos, grandes y azules.

Billie tenía algo en los ojos. Los conductos lacrimales se le obstruían, y las comisuras se le ponían rojas y se le hinchaban.

La última vez que la había visto tenía los ojos casi cerrados por la hinchazón. En el hospital, la noche de la fiesta de toda la noche

del instituto.

Cáncer del conducto lacrimal, lo llamaba ella.

Le he secado las lágrimas de las mejillas con las yemas de los dedos.

Una cura milagrosa, he dicho.

¿Qué?, ha dicho Billie.

Tus conductos lacrimales se han abierto, he dicho. Es un milagro.

Un puto milagro, ha dicho Billie.

Luego ha dicho algo sobre santa Bernadette y Lourdes, y las santas lágrimas que curan el embarazo. Al momento salía de lo más profundo de nosotros ese extraño sonido, y Billie y yo nos reíamos tan fuerte como habíamos llorado.

La señora Cody ha preparado el desayuno. Café. Dos huevos muy fritos por un lado y ligeramente por el otro, un gran trozo de jamón y croquetas de patata y cebolla. Podría haberme pasado toda la mañana sentado a la mesa de formica verde de la cocina parloteando con esas dos mujeres, pero al ver el triángulo de sol dorado sobre la formica he sabido que era el momento de irme.

Abrazos. La señora Cody me ha dado dos fuertes abrazos. Luego aliento matinal, café y tabaco. He observado cómo sus labios me decían que me agachara para poder besarme.

Un gran beso en la frente. Luego las dos manos juntas sobre mis mejillas, apretándome la cara.

Rigby John Klusener, ha dicho, eres un hombre valiente.

Anegados de lágrimas sus ojos, a lo largo de todo el párpado inferior, anegados. Luego se ha llevado las manos a la boca y se ha ido corriendo al cuarto de baño. Se ha oído el cerrojo de la puerta.

Billie ha bajado conmigo las escaleras de caracol. En el tercer escalón me ha deslizado el libro en las manos. No he mirado el título porque, fuera cual fuese, iba a ser el título más triste que jamás hubiera leído, de modo que en lugar de cogerlo y decir eh, gracias, o algo igual de estúpido, la he agarrado del brazo, por encima de la muñeca, y la he atraído hacia mí y la he abrazado.

Te quiero, ha dicho Billie.

Yo iba a decirlo también, pero me he interrumpido. He

retrocedido un paso y la he mirado largo rato, de pie al lado del farol cubierto de hiedra. Con su boina negra. Boina negra, mi camiseta negra, pendientes dorados, labios rojos. Paticorta y pechugona. Otra de nuestras bromas y lo que Richard Burton decía de Liz.

He pensado: Amor.

Ojos almendrados y castaños.

Flaco, Acho, la abuela Queep, Georgy Girl.

He pensado: Amor. Billie Cody.

De modo que mi cerebro ha permitido que mis labios también dijeran las palabras.

Yo también te quiero, he dicho.

Luego: Recuerdos a Chuck. Me alegro mucho de que esté bien.

Junto a la camioneta se ha oído el fuerte ruido de metal contra metal de la puerta al abrirse. He levantado la pierna, listo para acomodar el culo en el asiento, cuando Billie ha dicho algo. Estaba a punto de fingir que no lo había oído cuando me he detenido. He mirado a Billie una vez más.

¿Qué?, he dicho.

Gracias, ha dicho Billie, por todo.

Soy yo el que debería dar las gracias, he dicho.

Entonces, así lo ha querido el destino, hemos dicho al unísono: Hemos hecho una promesa.

Ese extraño sonido saliendo de lo más profundo de nosotros.

Qué cosa más rara, la risa.

Mi mano derecha se ha levantado y ha formado con los dedos una V.

«Paz» ha sido todo lo que han logrado articular mis labios de goma.

A primera hora de un domingo no se oye música decente por la radio. Todo es música de iglesia y predicadores. Además, a medida que uno se aleja de Pocatello solo hay interferencias.

Excepto la radio, la camioneta Chevy Apache del 63 de papá se portaba bastante bien por la autopista 93. Los tensores estaban flojos de conducir por la granja y todo el chasis vibraba cuando pasabas de los cien kilómetros por hora, pero no me he asustado.

Llevo toda la vida asustado y hoy es el día que me he prometido dejar de estarlo.

Pero lo estaba. La camioneta acababa de salirse de la carretera de una sacudida.

Conduciendo con la radio apagada, a noventa kilómetros por hora, con solo la pequeña ventana triangular de mi lado abierta, el sol una gran esfera en la ventanilla del copiloto, me he puesto a pensar en un montón de cosas. En toda mi vida, en realidad. Pero en lo que he pensado sobre todo esta madrugada, cuando por fin he dejado de llorar por Billie Cody, ha sido en lo que ha pasado antes de ir a su casa.

Levantarse a las cuatro y media no ha sido tan *difrente*. Estaba más oscuro. Me he puesto mis tejanos cortados, una pierna y luego la otra. La camiseta verde. Mis zapatillas de tenis Converse rojas con los cordones atados hasta la mitad. Tenía la mochila lista para irme. Me he puesto a cantar «Ode to Billie Joe». Después he intentado sacarme la canción de la cabeza porque era triste, pero olvídate, una vez que se te mete una canción en la cabeza, no hay nada que hacer.

He ido al cuarto de baño, he cerrado la puerta sin hacer ruido y he corrido el cerrojo después de encender la luz. Me he examinado detenidamente en el espejo. Empezaba a crecerme el pelo. Era como si una barba de cuatro días me cubriera la cabeza. Me he atado mi corbata roja fina alrededor. Encima me he puesto mi sombrero de copa chata.

Tenía la nariz tan grande como siempre.

Estaba moreno de cara, de haber pasado tantas horas al aire libre con los indios los últimos días.

Los dientes inferiores torcidos.

Además, a las cuatro y media de la madrugada nada tiene buen aspecto.

Sobre todo si aprietas el interruptor del lado del botiquín y se encienden los dos tubos fluorescentes.

He cogido el cepillo de dientes y el dentífrico del bolsillo con cremallera de mi mochila. He hecho lo que siempre hago cuando me cepillo los dientes. He repetido mentalmente: Crest ha demostrado ser un dentífrico efectivo en la prevención de las caries que puede ser de gran valor si se utiliza en un concienzudo

programa de higiene bucal y atención profesional regular.

He escupido. Me he enjuagado la boca con agua. He vuelto a escupir. He guardado de nuevo el cepillo y la pasta en el bolsillo con cremallera.

Estaba a punto de apagar la luz cuando me he parado. Me he parado a mirar.

Las baldosas negras y blancas del suelo. El linóleo hasta la mitad de la pared que parece baldosas grises con una franja de baldosas negras. Todo muy falso. La mitad superior de las paredes azul lavanda hasta el techo también azul lavanda. El marco de la ventana azul lavanda y la tapa del retrete azul lavanda a juego. La alfombra que rodea el retrete azul lavanda y la alfombra de debajo del lavabo azul lavanda. La bañera y las toallas azul lavanda, perfectamente colgadas del toallero de cromo de la pared. El cesto de mimbre de la ropa sucia pintado de azul lavanda con un tapete de toalla azul lavanda cosido a la tapa. El rollo de papel higiénico. El papel higiénico azul lavanda. Joder.

El espejo del botiquín de detrás de la puerta en el que, si lo movías lo justo y te colocabas frente al espejo del lavabo, te veías reproducido hasta el infinito.

Pero esta madrugada, cuando he movido el espejo para verme hasta el infinito, he notado algo *difrente*. Probablemente era tan feo como siempre, pero por alguna razón, después de todo lo que había ocurrido en los dos últimos años, y porque me iba de este puto lugar, ha sido increíble.

Yo no solo estaba *difrente*. Tenía buen aspecto.

Con el sombrero ladeado, me he sonreído en el espejo con una gran sonrisa a lo Jimmy Durante.

Las cosas parecen *difrentes* cuando no vas a volver a verlas.

Yo no iba a volver a verme en ese espejo.

Ni iba a volver a ver el estor de la ventana que solía bajar dejando el espacio justo para mirar por debajo.

Mi hermana tirando una compresa al retrete.

Su pelo de ahí abajo.

Papá arrodillándose delante del retrete para mear. Arrodillándose.

La polla de papá.

Mamá echándose talco para bebés

Johnson & Johnson
bajo los pechos.

Los pechos de mamá.

La vez que eché mercromina al retrete y le dije a mamá que había meado sangre porque Scardino iba a pegarme en el colegio.

Todos esos baños del sábado por la noche, compartiendo la misma agua de la bañera.

Nunca más.

Nunca.

He apagado la luz del cuarto de baño y he abierto la puerta. La forma en que siempre se atranca.

Luego en la cocina. Joder. No podía creer quién había en la cocina. Sentada en una silla de la mesa, esperando.

Lo siento, pero es demasiado duro. Aún no puedo hablar de ello.

Os lo contaré más tarde.

No me olvidaré. Os lo prometo.

Tramp se ha subido a la parte trasera de la camioneta abierta en cuanto la he puesto en marcha.

Mi perro Tramp. Creedme, era lo último con lo que quería enfrentarme en ese momento. Lo que más me apetecía era darle una buena patada y decirle que se largara. Pero ahí estaba, sentado, con su pelo largo y negro, sonriendo con la lengua fuera. Tenía una franja de pelo naranja encima de cada ojo, así como debajo del hocico, y una mancha naranja rojiza en la barbilla, y los bigotes también eran naranja rojizo. Era como si tuviera una cara naranja rojiza sobre otra negra.

La pata delantera derecha también era naranja rojiza. Esa pata derecha era demasiado. Siempre la agitaba en el aire cuando te sentabas a su lado, carraspeabas y empezabas a hablar en voz baja de la vida, tratando de encontrarle sentido.

Sacaba la lengua, entornaba el hocico dejando verlos dientes y empezaba a mover su pata naranja rojiza como un loco.

A veces me entraban ganas de ponerle un bolígrafo entre las

patas y sostenerle un trozo de cartón delante para que escribiera en lenguaje de perro lo que trataba de decir con la pata.

O de darle una batuta y poner algo de John Philip Sousa para que agitara la pata dirigiendo la banda.

Luego estaba la cola, por supuesto. Otro trozo naranja rojizo.

Cuando la pata derecha empezaba a agitarse, no fallaba, esa cola empezaba a moverse también, pim, pam, pim, pam, de acá para allá, dale que te pego.

Una fuente inagotable de diversión, la pata y la cola de Tramp.

No sabría decir cuántas veces me he sentado a su lado, he carraspeado y he dicho en voz baja algo así como: Tramp, ¿crees que Dios ha muerto? O: Tramp, ¿crees que el comunismo supone una amenaza para el estilo de vida americano?

Nunca fallaba, Tramp ponía esa expresión, sacaba la lengua, entornaba el hocico dejando ver los dientes, levantaba la pata y la movía en el aire, y luego la cola, pam, pam, pam.

Tramp no era más que un cachorro cuando lo encontré junto al comedero. Todo patas, cabeza y pelo. Sabía que papá le pegaría un tiro, de modo que le arrojé un puñado de grava y lo llamé hijo de puta, arrojé más grava, grité más fuerte.

Tramp metió la cola entre las patas, y se largó corriendo y ladrando.

Yo estaba convencido de que se había ido, por la forma en que corrió.

Pero al día siguiente, cuando volví al comedero, detrás de un montón de heno asomó la cara naranja rojiza de Tramp sobre su cara negra.

Esa fue la primera vez que hice sentar a Tramp y le previne sobre papá. Dije: Tramp, seguramente es mejor que te largues de aquí y no vuelvas.

Esa fue la primera vez que le vi sacar la lengua y enseñar los dientes, agitar la pata en el aire y menear la cola, pim, pam, pim, pam, de acá para allá.

Papá dejó que me lo quedara porque le dije que Tramp era un buen perro vaquero, y no me equivoqué. Tenía el instinto. Y una habilidad natural para morder a las reses en la parte de atrás de la pezuña sin hacerles daño, probablemente un cruce de pastor australiano.

Pero habíamos tenido otros perros. Papá también me había dejado quedármelos.

Las primeras dos semanas, cuando volvía a casa del colegio, esperaba encontrar el cadáver de Tramp en el hoyo que servía de vertedero, junto al comedero.

Pero cada día estaba allí, con la cara naranja sobre su cara negra, sonriendo y alegrándose de verme.

Aun así yo todavía tenía mis dudas. A mi último perro, Nikki, un cruce de terrier, no sabéis cuánto lo quise. Lo tuve dos meses enteros.

Un buen día empezó a temblar y a echar espuma por la boca. Lo cogí en brazos. Tenía el cuerpo rígido como un leño. Lo subí a la parte trasera de la camioneta y lo llevé a toda velocidad a la consulta del doctor Hayden.

Cuando llegué allí, Nikki había muerto.

El doctor Hayden dijo que era estricnina.

Creedme, en mi mundo hay mucha gente lo bastante mala para asesinar a un perrito.

Pero solo hay un hombre que lo hizo.

El domingo por la mañana lo único que quiero es irme de casa a toda prisa, y ahí está Tramp, en la parte trasera de la camioneta. Con la lengua fuera y sonriendo, listo para dar una vuelta.

He abierto el portón trasero, he enganchado las cadenas a ambos lados y me he sentado con las piernas colgando. La luz de la luna por todas partes en la noche oscura. La luna sobre el pelo negro de Tramp, haciéndolo brillar.

He tomado aire y me he inclinado. He rodeado a mi perro con el brazo. Mi cara contra su cara, sobre su cara. Lo he mirado a los ojos.

He dicho: Tramp, me voy a un lugar al que no puedes venir.

Ha empezado a jadear con la lengua colgando. Ha entornado el hocico dejando ver los dientes.

En sus ojos he visto que se huele algo.

Luego ha empezado la pata, la cola.

Eso y el piano esta mañana casi me han partido el jodido corazón.

Lo he abrazado muy fuerte, he hundido la cara en su pelo y he inhalado. Le he rascado las orejas, le he hecho cosquillas en la barbilla como sabía que a él le gustaba. Nadie te quiere como lo hace un perro.

Me he levantado y lo he llamado para que bajara de la camioneta. Ha bajado de un salto, ha caminado obediente a mi lado hasta la portezuela. Cuando la he abierto, se ha creído que iba a dejarle subir al asiento delantero. Su expresión ha cambiado de sumisa a feliz. Me he plantado frente a la puerta.

¡Sentado!, he dicho. ¡Sentado, Tramp!

Y él se ha sentado. Tramp es un buen perro.

¡Ahora quieto!, he dicho.

Tramp ha seguido ahí sentado sonriendo, con la lengua fuera. Me he deslizado en el asiento. La cola de Tramp se movía de acá para allá, pam, pam, pam.

Tramp ha seguido sentado mientras yo ponía en marcha la camioneta. Ha seguido sentado mientras metía la primera. Ha seguido sentado mientras pasaba despacio por delante de él.

En cualquier momento Tramp no podrá aguantar más, de modo que he bajado las ventanillas. He dicho con voz grave y severa: ¡Tramp! ¡Sentado! ¡Quieto!

Tramp es un buen perro.

He dejado atrás el taller, el granero de madera, la farola. Tramp se ha quedado sentado mientras yo he recorrido despacio el camino, pasando por delante de la cerca, la rueda de carro, el arbusto de rosas capuchinas, hasta salir a Tyhee Road.

Tramp en el retrovisor, sentado, su pelo largo y negro brillando a la luz de la luna, su cola meneándose de acá para allá, pam, pam, pam.

En cuanto he llegado al asfalto de Tyhee Road, he pisado a fondo el acelerador.

Medio kilómetro más adelante, por el retrovisor, veo la luna sobre el largo pelo negro de Tramp y a Tramp doblando la esquina cagando leches.

Ha sido entonces cuando la camioneta ha empezado a dar bandazos.

Ocho kilómetros más adelante, bajo la hilera de álamos de Virginia de Philbin Road, he dejado de ver por el retrovisor a

Tramp a la luz de la luna.

Luego he ido a casa de Billie Cody, y ya os he contado todo lo que ha pasado allí.

En la autopista abierta me estaba yendo bien, bastante bien. El amanecer ha sido naranja y amarillo, y tan brillante que he tenido que ponerme las gafas de sol. La camioneta iba bien, yo estaba a salvo ahí fuera, sin problemas. He sacado el brazo por la ventanilla, con la pequeña ventana triangular abierta para que me diera el aire de la mañana en la cara.

Luego he vuelto a encender la radio para ver si lograba sintonizar alguna emisora. Lo he conseguido.

Se oía con toda claridad.

«Si vas a San Francisco, asegúrate de llevar flores en el pelo.»

Tantas canciones tristes.

He llorado todo el camino hasta Twin Falls.

He aparcado la camioneta en la calle Norby. En la esquina de Norby con South Sward.

He echado a andar hacia el sur. Solo me he detenido una vez para coger esta margarita.

Así es como he llegado aquí. Aquí, donde no hay nada. Nada aparte de desierto. Aquí, donde todo está vivo. Nada aparte de mí y de esta noche de luna y estrellas tan clara que es una tarjeta de Navidad de «Somos tres reyes de Oriente». La artemisa. El olor de la artemisa y del asfalto caliente, y el de mis axilas. Una cinta de asfalto brillante que se prolonga hacia el horizonte. Y hace nada he sacado de la mochila mi sombrero de copa chata, lo he sacudido y me lo he puesto. He dado la espalda a la luna y he levantado la barbilla, y ahora la sombra de mi cabeza parece la gran cabeza redonda de un alienígena.

Alienígena.

Siempre puedes saber cómo te sientes por el aspecto de tu sombra.

PRIMERA PARTE

INOLVIDABLE

1

Los primeros tiempos

Allá en los primeros tiempos, cuando yo era pequeño, hubo una tarde en particular. Miraba por la ventana de la sala de estar. El cielo azul estaba en todas partes allá arriba, el sol brillaba radiante, no había una sola nube. La colada tendida se agitaba con la brisa. Pero no era la colada lo que yo miraba. Eran las sombras de la colada en la hierba. Una sombra en particular se convirtió en un perro negro mágico e hizo trucos de magia toda la tarde.

Esa sombra lo era todo para mí. El hecho de que una camiseta blanca corriente colgada con un par de pinzas se convirtiera en un perro negro mágico sobre la hierba verde amarillenta era poco menos que un milagro. Cuando vives en una escuálida casa blanca en medio de un campo de alfalfa en mitad de Idaho y lo único que sabe hacer tu familia es trabajar, aprendes a buscar milagros. Cualquier cosa que rompe la rutina, cualquier cosa que te hace ver un poco *difrente* lo que tienes delante de los ojos es mágica.

Personalmente llevo toda la vida buscando magia. Sigo haciéndolo. Esa es exactamente la razón por la que estoy aquí en la autopista 93. Tengo que irme de Pocatello porque todo lo que conozco —mi casa, mi familia, mis amigos— se ha quedado sin magia como a quien se le acaba la gasolina. Todo lo que me resta por hacer es levantar el pulgar y echar a andar.

No estoy diciendo que sea fácil. Caray, llevo dos semanas

botando, y sigo haciéndolo, ojalá pudiera parar. Llorando sobre todo por mamá. Mi hermana y papá estarán bien. Pierde cuidado, que no echaré de menos a Scardino, que en paz descanse. También lloro por Billie Cody. ¿Quién coño me va a hacer reír ahora? Pero, sobre todo, por Georgy Girl. Georgy Girl es el agujero negro de mi corazón.

Es duro dejar atrás toda tu vida, sea cual sea. Y cualquier vida, hasta mi vida, tiene sus momentos.

Sobre todo al principio, antes de que naciera y muriera mi hermano, Russell, antes de que papá hiciera derribar nuestra escuálida casa blanca, en los primeros tiempos, cuando el río Portneuf todavía corría a través de nuestra granja. Cuando los ojos de mi madre eran el único espectáculo de la ciudad, almendrados y castaños. Lo que ocurría en esos ojos solía ser lo que ocurría en el mundo. Y en los primeros tiempos, lo que era el mundo, eso era yo.

Los ojos de mi madre se ponían dorados cuando estaba contenta. Cuando tenía los ojos dorados podía encontrarme dentro de ellos. En esos primeros tiempos hacía muchas cosas para mantener dorados esos ojos. Recuerdo que una vez le dije a mi hermana que había nacido en un baúl en el Princess Theatre de Pocatello, Idaho. No es verdad, por supuesto. Nací en un hospital como todo hijo de vecino. En el hospital Saint Anthony. Pero se lo dije a mi hermana porque mamá escuchaba y pensé que eso la haría reír, y así fue.

Tenéis que comprender que a veces costaba tanto encontrar magia en la granja que tenías que inventártela tú. Una «imaginación vivida», lo llamaba mamá. Papá lo llamaba mentir. Siempre me machacaba por presumir. Por dar el espectáculo. Personalmente yo nunca lo consideré mentir. Solo hacía que el mundo fuera más habitable. Para ella. Y, naturalmente, a través de ella, para mí.

Además, yo nací allí, en Pocatello. El Princess Theatre ya no existía cuando yo aparecí en escena. Cuando por fin me llevaron era un cine, el Chief Theater, y debajo de «EL MAGO DE OZ», en grandes mayúsculas rojas sobre la marquesina, se leía en letras azules más pequeñas «JUDY GARLAND». Yo llevaba un traje marrón como el de mi padre con un sombrero a juego también como el de mi padre, como los que solían llevar los hombres en los años treinta y cuarenta. Era un día frío y soleado, y mi hermana me cogió de la mano y me ayudó a descifrar las grandes mayúsculas rojas. Así fue como

aprendí la letra Z. Las flechas de neón rojas y amarillas daban vueltas y vueltas por la marquesina, y por todas partes había gente. Mamá compró una chocolatina Cup o Gold para mi hermana, y una Milk Duds para mí. El interior del cine estaba oscuro. Yo tenía a mamá a un lado y a mi hermana al otro, y era tan pequeño que, en la butaca, mis zapatos Buster Brown sobresalían delante de mí.

Cuando subió el telón, en la pantalla aparecieron Dorothy, Toto y tía Em en blanco y negro. Pasada la primera cuarta parte de la película, en un instante, mi madre deslizó su mano en la mía. Se inclinó sobre mí. Su perfume. El roce de su vestido con sus medias de nailon.

Ahora presta mucha atención, susurró. Esta parte es mágica.

Cuando volví a levantar la vista hacia la pantalla, ya no era en blanco y negro, era en color.

Magia. Eso era exactamente lo que era. Magia.

Cine, música e iglesia. Antes de Russell, eso es lo que mejor recuerdo. No tanto las cosas en sí sino las sombras, el impacto que tenían en mi interior, su magia.

Como vivíamos a veinte kilómetros de la ciudad y se gastaba mucha gasolina en ir y venir, la reservábamos para ir a la iglesia. Cada domingo a la iglesia, a la misa de las nueve de la mañana, lloviera o brillara el sol, pasara lo que pasase. El cuarto mandamiento. Recuerda que has de santificar el Sabbath. La misa del domingo de las siete en época de la cosecha.

Cuando íbamos al cine, que era casi nunca, lo hacíamos mamá, mi hermana y yo después de las devociones a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro del martes por la noche. Los martes por la noche podíamos matar dos pájaros de un tiro, iglesia y cine, y ahorrar así en gasolina. Pero solo si proyectaban una película decente que el *Idaho Catholic Register* no condenara y que además fuera apta para los niños, lo que no ocurría muy a menudo.

Antes de Russell, además de *El mago de Oz*, las únicas películas que recuerdo son *Bambi, Blancanieves* y *los siete enanitos, Cenicienta, Dumbo, Pinocho* y *Peter Pan*.

Siete películas en siete años.

Aun así, me bastaba con esas películas.

El sentimiento de magia me inundaba cuando pasábamos por debajo de la brillante marquesina de neón y entrábamos en el vestíbulo del Chief Theater con sus paredes gruesas y curvadas de adobe. La extraña alfombra india roja, naranja, marrón y amarilla bajo tus pies. Las hileras de golosinas en la vitrina iluminada con tubos fluorescentes, el olor a palomitas de maíz, el ruido de los cubitos de hielo, el siseo de la
Coca-Cola.
Luego, a través de las puertas dobles, la sala y el pasillo en pendiente. El gran telón de terciopelo rojo con una orla dorada, colgando en pliegues con los focos encima. A tu alrededor todo oscuro al principio. Luego, solo cuando ya estabas sentado en tu butaca, con el trasero cuadrado sobre el cojín de mohair, empezabas a distinguir en las paredes los cuadros de indios disparando con arcos y flechas a búfalos, y el pequeño nicho a cada lado, con las luces rojas y verdes, que parecían el balcón de Romeo y Julieta con una verja de hierro forjado.

La magia en todas partes a tu alrededor, esperando que empezara la película. La magia al apagarse las luces. Cuanta menos luz había, más salía lo que estaba dentro de ti, tan bien escondido. Sentado al lado de mamá, se me hinchaba el pecho de aire, como si fuera inteligente, rico y bien recibido en el mundo.

El documental de actualidades, los habitantes de un mundo remoto haciendo cosas chulísimas. Luego el pato Lucas, el Pájaro Loco, Porky, Bugs Bunny, Mickey Mouse. Y por fin la película.

No hay lugar como el hogar. Espejito, espejito. Bambi perdido en el bosque en llamas sin su madre. Pinocho convertido en un niño de carne y hueso. Las hermanastras gilipollas de Cenicienta. Los polvitos mágicos de Campanilla.

Hasta el día de hoy, si pudiera pedir un deseo sería volar.

Parece que agitar el pulgar en la autopista 93, haciendo señas al siguiente camión, es lo más cerca que voy a estar de conseguirlo.

La música era otra vía por la que entraba la magia en nuestra vida. Mi madre nació para hacer música. Tocaba el piano de oído. Fue la cuarta de los seis hijos que tuvieron Joseph y Mary Schmidt. Joseph Schmidt, su padre, murió en 1933, en plena Gran Depresión. Mamá

tenía trece años.

Las hermanas mayores de mi madre tomaron clases de piano porque aún no había llegado la Depresión, pero cuando le tocó el turno a ella, no hubo dinero y su padre ya estaba enfermo.

Mamá cuenta así la historia. No podía dormir porque no paraba de soñar con el piano. En sus sueños, su hermana Alma tocaba el piano y ella la miraba. De pronto, como suele ocurrir en los sueños, no era Alma sino mamá quien tocaba el piano.

Mamá se levantó despacio y sin hacer ruido de la cama. Era una cría de nueve o diez años. Eran las tantas de la noche, pero tenía que averiguar algo importante. Bajó despacio las escaleras, escalón tras escalón, cruzó el comedor y entró en el salón, donde nadie podía sentarse a menos que hubiera visitas. Apartó el taburete, abrió el piano y, como en sus sueños, empezó a tocar «A Bicycle Built for Two».

No fue hasta que los abuelos y todos los hermanos de mamá estuvieron de pie alrededor del piano, en camisón y camisa de dormir, mientras el abuelo sostenía en alto una vela porque no había electricidad, cuando mamá se despertó y se dio cuenta de que estaba tocando realmente el piano y no era un sueño.

Mein Gott im Himmel, dijo mi abuelo. *Kleine Mary spielt das Klavier*.

Y así fue a partir de entonces. Todo lo que tenías que hacer era cantar unas pocas palabras y como por arte de magia mamá le tocaba la canción.

En los primeros tiempos yo pasaba largas tardes jugando con mis Lincoln Logs, Tinkertoys o Bill Ding en la alfombra marrón con estampado de flores, mientras mamá tocaba su viejo piano, chamuscado por un lado y oliendo a madera quemada, el Steinway, en el taburete redondo en el que te sentabas y dabas vueltas. En pleno invierno, la estufa de queroseno de la sala de estar demasiado caliente para tocarla, la cazuela de porcelana llena de agua encima. Al otro lado del pasillo, en la cocina, el fuego del fogón, y las astillas, la savia de pino, la leña y los trozos de carbón amontonados al lado. El fogón siempre encendido, para evitar que se congelaran las cañerías del fregadero. La puerta abierta del cuarto de baño, siempre abierta a menos que hubiera alguien dentro, también para impedir que se congelaran esas cañerías. Cuando mamá tocaba el

piano, no querías ir al cuarto de baño. Más allá del pasillo, otras habitaciones, el dormitorio de papá y mamá, y el cuarto que compartíamos mi hermana y yo, con las puertas cerradas durante el día. Hacía demasiado frío para estar en ellas salvo para dormir. Pero incluso en invierno, con escarcha en las ventanas, la música de mamá podía calentar toda la casa.

En primavera el mundo entero olía a lila del gran arbusto que había junto al porche delantero. En verano no me sentaba en la alfombra, sino en el alféizar de la ventana abierta. Dentro de casa era un horno. Fuera, por la noche, grillos y ranas. Dentro,
Kool-Aid
y helado de nueces y arce. Por la noche, el olor a manzanilla, a alfalfa fresca y a agua de acequia. Las tormentas de las noches de verano y los relámpagos, como si el mundo fuera una caja de fusibles que se ha estropeado. Una granizada tan fuerte que rompió la ventana de la sala de estar.

Pero en esos primeros tiempos sin Russell, pasara lo que pasase, estuviéramos a cuarenta grados o bajo cero, siempre había días en que mamá tocaba el piano. Los pies en los pedales, las manos sobre las teclas. El pelo recogido y apartado de la cara, la barbilla alzada, los ojos almendrados y castaños prácticamente dorados, el esbozo de una sonrisa.

Fuera es donde vivía papá. Solo entraba en la casa a la hora de comer y de cenar, y para dormir. Las máquinas estaban fuera con él. El tractor put put Johnny, la cosechadora. Más allá de la franja cuadrada de césped, más allá de la valla y del surtidor de gasolina, las hectáreas de patio que se extendían hasta el establo de ladrillo rojo. Junto al establo, el cobertizo para las herramientas, un cuadrado de zinc tan brillante al sol que hacía daño a la vista.

Mientras yo estaba tumbado en la alfombra marrón con flores de la sala de estar con los Tinkertoys a mi alrededor, mi hermana jugaba con sus muñecas de papel y mamá tocaba «Cruising Down the River» al piano, mi padre estaba fuera en el gran mundo, haciendo funcionar las cosas. Me gustaba pensar que daba vueltas alrededor de nosotros. Tal como yo lo veía, nuestra casa blanca estaba en mitad de un campo, y papá estaba al otro lado de la valla en el tractor, dando vueltas y vueltas, y con cada vuelta que daba, más cerca estaba de la casa y de nosotros. Frente al tractor, tierra

ocre, plana, seca. Detrás, grandes trozos de tierra marrón amontonada. El olor de la tierra oscura y llena de gusanos. Vueltas y más vueltas, detrás del arado de papá una sombra oscura describiendo círculos. Las gaviotas volando alrededor de su cabeza, gritando y chillando como si fueran pensamientos suyos que nadie conocía y que le hacían ir muy lejos. Cuando papá entraba por fin por la puerta trasera, el campo ya no era ocre, ni plano, ni seco. El campo era todo sombra, y nuestra casa estaba en medio de oscuros trozos marrones de tierra que olían como él, a estiércol de vaca y a orín de caballo, a leche agria y a paja.

En aquellos primeros tiempos, todos mis quehaceres tenían lugar dentro de la casa. Mi principal tarea era poner los tenedores a la izquierda de los platos, al lado de la servilleta. Mi hermana ponía el resto de la mesa. Luego, después de comer, mamá y ella recogían los platos mientras papá se fumaba un Viceroy con su taza de té con dos cucharaditas de azúcar. Mamá fregaba los platos mientras mi hermana y yo los secábamos. Además de hacernos la cama y limpiar nuestra habitación cada mañana, esas eran nuestras obligaciones en esos primeros tiempos, excepto los sábados, que teníamos la tarea especial de quitar el polvo al piano. Mi hermana y yo cogíamos un trapo para el polvo cada uno. Mamá vertía un tapón de pulidor de muebles Olde English en cada trapo, y mi hermana y yo sacábamos brillo al piano y al taburete redondo.

El sótano de la casa era otro lugar especial. Encima de la puerta de la carbonera, colgada horizontalmente entre dos clavos que sobresalían de la pared, estaba la caña de pescar de papá. Al lado de la puerta de la carbonera y debajo de la caña de pescar estaba el viejo baúl de mamá. Oscuro, revestido de latón y con dos cierres también de latón. Era la clase de baúl que se colocaba vertical. Cuando lo abrías, en un lado había pequeños cajones y en el otro una barra de acero inoxidable que se sacaba para colgar vestidos en ella.

El interior del baúl de mamá era como una habitación de la casa. No solo una habitación. El baúl era todo un mundo. Un mundo mágico que existía paralelo al mundo cotidiano.

El vestido que mejor recuerdo era el de tela escocesa verde. Grandes cuadros verdes con tal vez un toque marrón. También había un vestido de tafetán azul, del color de un huevo de petirrojo,

que hacía frufrú cuando lo tocabas o cuando caminabas con él puesto. Mi hermana guardaba joyas en el cajón superior. Dos collares de diamantes falsos, un collar de perlas y un camafeo en una cadena de oro. Un anillo de oro. En el segundo cajón estaban los echarpes. Dos pares de zapatos de tacón. Unos de ante raspado marrón con los dedos al aire y otros negros de tacón con una tirilla alrededor del tobillo. También había sombreros. Esos extraños sombreros como los de LeVine con velos y plumas que solían llevar Joan Crawford, Gene Tierney, Hedy Lamarr y tía Alma. En el tercer cajón estaba la billetera roja con cierre dorado y el par de guantes blancos. Y una barra de labios. La barra de labios estaba en el cuarto cajón. Rojo. Escarlata Rubí. En el quinto estaba el frasco de perfume Avon en forma de Torre Eiffel.

Cuando estaban abiertos el baúl y sus cajones, el olor de la Torre Eiffel te envolvía y una luz espolvoreaba magia a tu alrededor, sobre ti, dentro de ti, color mágico como en *El mago de Oz*.

Yo nací en ese baúl.

Deslumbrantemente hermoso, dijo mi hermana.

Deslumbrantemente hermoso, repetí yo.

Una tarde, mamá preparó chocolate y tostadas de canela que cortó en triángulos. Mi hermana estaba sentada en el sofá verde con el vestido de tafetán azul, el sombrero blanco con redecilla y una aguja de diamantes de imitación; yo, en el sillón verde con el vestido de tela escocesa verde y el sombrero de terciopelo negro con el broche de flores, y mamá también en el sofá, con el sombrero negro de paja de ala ancha y el chal de encaje negro sobre su sencillo vestido de andar por casa. Llevaba dos pendientes de diamantes de imitación.

Mamá parloteaba sin parar mientras se bebía su taza de chocolate, con el plato de la tostada haciendo equilibrios sobre sus rodillas. Yo me sentía a gusto con mi chocolate y mi tostada, deslumbrantemente hermoso con el vestido de tela escocesa verde, mi madre y mi hermana. Esos eran los mejores días. Mágicos en muchos sentidos, pero sobre todo porque el mundo que creábamos era un secreto que no podíamos contar a papá.

Todos los domingos recorríamos los veinte kilómetros hasta la

ciudad para ir a la iglesia de Saint Joseph, la casa de Dios. Papá abría la vieja puerta de madera, con el prolongado crujido de las bisagras de latón. La pila de agua bendita, donde sumergías los dedos para santiguarte. Luego, con las manos juntas, seguías a mamá y a mi hermana por delante de las vidrieras, a través de trozos azules, verdes, rojos y dorados, hasta el banco. El olor a incienso y a mirra, los bancos de madera, el suelo de baldosas encerado. Hacías una genuflexión porque estabas ante Dios. Dios en lo alto del altar, dentro de una caja dorada que monseñor Cody abría con una llave para sacar el cáliz durante la misa, aunque a veces ponía a Dios, el Pan de Vida, dentro de la custodia, que era toda dorada con rayos dorados en todas direcciones, y apuntaba a toda la iglesia con él mientras sonaba el órgano y el coro cantaba, y los monaguillos agitaban los incensarios humeantes y tocaban las campanas, y todos los feligreses, incluidos papá y el alto y larguirucho Ott Lattig, que eran los encargados de acompañar a la gente a los bancos, se golpeaban el pecho y decían: Señor, no soy digno.

No había nada como ese momento especial de la consagración de la misa. Ninguna película, ni música, ni siquiera el piano de mamá, nada como el momento durante la misa en que la Palabra se hacía carne. Nada como mi madre en el momento en que monseñor Cody decía: Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre.

Mamá con la cabeza gacha, golpeándose el pecho con el puño: Señor, no soy digna.

Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó y se hizo hombre; padeció y resucitó al tercer día, y subió al cielo y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos.

Nada, ni *El mago de Oz*, ni los polvitos de Campanilla, no había en el mundo ninguna magia fulgurante comparable al milagro que ocurría en la misa cuando el agua se convertía en vino, el vino se convertía en sangre y el pan en el cuerpo de Dios, y mi madre se transformaba.

Sus zapatos de tacón con los agujeros en los dedos, las medias de nailon con las costuras, el vestido violeta con la orquídea en toda la

parte delantera, el sombrero de fieltro echado hacia atrás, la redecilla por delante, la pluma de faisán, un atrevido látigo de tiras en el lado. Los ojos, los ojos almendrados y castaños de mi madre, solo en ese momento tiernos y llenos de amor, la gloria de contemplar a Dios en ellos, toda su cara iluminada como la de una santa con un círculo alrededor de la cabeza.

Ni siquiera el sonido del piano podía proporcionarte eso.

Cuando mamá tocaba el piano, era feliz. En la consagración de la misa, era santa.

No sé a cuál de las dos quería yo más.

Pero también había otras madres. Estaba mamá la amante de la velocidad, que ponía el Buick a ciento veinte kilómetros por hora para ir a la iglesia. Nunca paraba quieta. Siempre estaba ocupada en algo. Cuando no cocinaba o limpiaba, o hacía galletas, tartas o pasteles, cosía un vestido para mi hermana o para ella misma, zurcía calcetines, preparaba conservas o hacía bordados. En la época de la cosecha mamá ayudaba conduciendo el camión. Luego estaba mamá la del rosario, más santa, a veces dos o tres veces al día.

Pero no era tanto que todas esas madres fueran *difrentes* por todas las cosas *difrentes* que ella hacía. Lo que hacía *difrente* a mamá era lo mismo que hacía el mundo mágico. De pronto, de forma inesperada, aparecía algo en sus ojos que no había forma de descifrar.

Como he dicho, en los primeros tiempos, el estado en que se encontraba el mundo, es decir, el estado en que me encontraba yo, se veía reflejado en los ojos de mi madre. De modo que lo que yo sentía era lo que ella sentía, y nunca lograba seguir el ritmo de todos mis sentimientos.

Lo que mantenía unidos a papá y a mamá es algo que nunca he logrado descubrir. Papá era muy *difrente* a ella. No recuerdo una sola vez que la hiciera reír. No había una nota de música en él. En misa era el encargado de acompañar a los feligreses a los bancos, junto con el alto y delgaducho Ott Lattig. Se quedaba de pie durante toda la misa, incluso en la consagración, con las piernas separadas, los brazos a la espalda, en posición de descanso como un soldado.

Nunca sabías en qué pensaba a menos que estuviera enfadado.

Cuando estaba en casa, todo lo que hacía era sentarse a la mesa y esperar a que ella le diera de comer, y cuando terminaba, después de que ella le trajera su taza de té, encendía un Viceroy y volvía a enfrascarse en su *Idaho State Journal*.

Cuando solo estábamos mi hermana y yo, y papá no andaba cerca, a veces mamá despotricaba contra él. Que venía de una familia de borrachos, que era un paleto y nunca la llevaba a ninguna parte, y todo lo que hacía ella era trabajar, trabajar y trabajar.

Tal como yo lo veo, era la Iglesia católica. Mamá y papá se habían casado por la Iglesia, lo que equivale a una condena a cadena perpetua. El sacramento del matrimonio. El deber. El respeto y la obediencia a tu marido, toda esa mierda dogmática.

Aun así, de vez en cuando, cuando mamá hablaba, veías en sus ojos que no siempre habían estado así.

Por ejemplo, la canción preferida de ella, «Million Dollar Baby». Tendríais que haber oído a mamá tocar esa canción en su viejo piano quemado. La razón por la que era su canción preferida era porque trabajaba en un almacén de baratillo de Kress cuando se casó con papá, de modo que uno se imagina que hay algo especial en eso.

En el almacén de baratillo de Kress, los escaparates eran curvados, y cuando abrías una de las grandes puertas dobles con el borde de latón, te envolvía el olor a suelo de madera, baratijas, manteles de hule, el olor a cazuelas de aluminio.

Según contaba mamá, era su último día de trabajo en Kress. Papá fue en coche desde Blackfoot para recogerla, porque iban a casarse al día siguiente. Ella decía que papá era como un sueño hecho realidad, tan guapo con su sombrero Stetson, su americana nueva y sus botas. Cuando lo vio entrar por la puerta se puso muy nerviosa. En Kress trabajaban sobre todo mujeres, en calidad de dependientas, de modo que ver entrar a papá fue todo un espectáculo para todas esas jóvenes solteras. Todas creían que se parecía a Fred MacMurray, dijo mamá, así que cuando entró, hubo un gran suspiro y risitas alrededor. Papá se acercó a mamá, que estaba detrás del mostrador de cristalerías y vajillas. Fue entonces cuando se apagaron todas las luces del almacén y todas las

dependientas empezaron a cantar «I found a million dollar baby in a five and ten cent store».

Hasta vendía porcelana china, dijo mamá.

En cuanto se apagaron las luces y oyó cantar a las otras chicas, se escondió detrás del mostrador. Y dejó a papá solo en el pasillo.

Yo diría que era una historia romántica, una especie de anécdota tierna, pero si había magia en ella, era una clase de magia apagada. Me recuerda la única otra historia que conozco de su noviazgo, una historia que oí contar a mis viejos desde mi habitación una noche que tenían visitas. También está relacionada con una canción. Llegaron carcajadas de la cocina, luego oí decir a mamá, con toda claridad:

Joe y yo ya habíamos salido un par de veces, dijo. Íbamos en coche de Shelley a Blackfoot en el Buick del padre de Joe, escuchando la radio. De pronto pusieron una canción preciosa por la radio, «Melody of Love». Dije a Joe: Entonces, ¿te gusto un poquitín?

Joe detuvo el coche en el arcén, puso el freno de mano y dijo: ¿Que si me gustas? Creo que te quiero.

Nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera a mi hermana. Mi madre cien hectáreas de campo llano de Idaho, el tractor de papá sobre ellas dando vueltas, los oscuros surcos de tierra curvándose detrás de él, las gaviotas chillando. Era mi secreto. Lo guardaba en el pecho, al lado del corazón, y me dolía. Magia extraña, impronunciable.

Ahora las cosas son *difrentes*. Muy *difrentes*. Soy capaz de pronunciar alto y fuerte esa terrible y pecaminosa palabra anticatólica.

Sexo. Mi madre, mi padre y el sexo. Mierda. ¿Os lo imagináis? Quiero decir que han tenido hijos, ¿no?

En aquellos tiempos, antes de que naciera y muriera Russell, cuanto mayor me hacía, más salía al mundo de papá. Sobre todo eran mis nuevas obligaciones las que me hacían salir. Mi hermana y yo teníamos que poner comida y agua a los pollos, recoger los huevos y echar las sobras de comida a los cerdos. Puede que estas tareas parezcan sencillas, pero no lo eran. Llevar un balde de veinte litros

de agua de la casa al establo pasando por delante del cobertizo para las herramientas no era pan comido. Mi hermana y yo, y más tarde yo solo, llevábamos ese balde de veinte litros. Después de llenarlo, lo cogía y contaba hasta cincuenta, caminando deprisa. Luego lo dejaba en el suelo. Normalmente lo dejaba justo delante del cobertizo de zinc. Brillaba tanto al sol que tenías que protegerte los ojos. Por dentro estaba lleno de ganchos. Grasa, gasolina y bidones de ciento cincuenta litros de aceite. Llaves inglesas de toda clase y tamaño, un gran martillo de bola, un yunque que logré llevarme al pecho a los quince años. Tampoco era fácil coger los huevos. Tenías que quitárselos a las viejas gallinas mientras te picoteaban la mano. Los huevos estaban cubiertos de excrementos.

A veces, después de cenar, salía y me sentaba a ver ordeñar las vacas a papá. Nunca le decía gran cosa, al menos que yo recuerde. Me limitaba a sentarme en un taburete en la esquina junto a las lecheras, bajo la radio portátil roja. Yo era su público. Papá hacía funcionar las cosas, era todo un espectáculo verlo moverse. Era como un gato gigante pero con movimientos menos fluidos, tal vez más bien como un caballo pequeño, aunque con un caballo tenías que ir con cuidado. En el establo, papá tenía las vacas Holstein dispuestas en hilera, y las brillantes máquinas ordenadoras de acero inoxidable bombeaban leche sin parar a través de las mangueras de succión conectadas a sus tetillas. El ruido de bombeo, el olor a leche cruda y caliente, a excremento de vaca y a paja, mi padre.

Lo que sabía de la granja y del patio era todo lo que sabía de él. Al otro lado de la valla, el surtidor de gasolina, y más allá del surtidor, el patio, hectáreas de grava en las que los camiones podían maniobrar para dar la vuelta. El cobertizo para herramientas, un brillante cuadrado de zinc. El establo de ladrillo rojo. Dentro del establo, el cuarto donde se guardaban las sillas de montar, el gallinero, el corral de los becerros y los soportes donde papá ordeñaba las vacas. Saliendo por la puerta trasera del establo, la pocilga, los cerdos chillones que se comían a los niños pequeños cuando se portaban mal. El sótano donde se almacenaban las patatas y donde teníamos prohibido entrar. Ahí fuera también, los furgones de mercancías. Y el río Portneuf. Debíamos mantenernos bien alejados del Portneuf. Más allá, en alguna parte de los campos más alejados, estaba la casa de los mexicanos, y aún más lejos, en el

límite de nuestra granja, al otro lado de la cerca de alambre de púas y de la carretera, a lo largo de tres lados de nuestra granja, estaba la reserva, donde vivían los indios.

Papá tenía un mapa. El mapa estaba en un gran libro con otros mapas de colores. Un día, bajo la bombilla de luz *léctrica* brillante que colgaba sobre la mesa de la cocina, papá abrió el libro de mapas.

Léctrica, como *difrente*. Así hablaban papá y mamá.

Pasó las páginas con sus manazas. Se detuvo en una, inclinó más la cabeza y con su gran índice de uña ancha con una raya de grasa incrustada debajo, nos señaló a mi hermana y a mí el lugar donde estaba nuestra granja.

Mi hermana apoyó los codos en la mesa. Al otro lado, encaramado en una silla, yo también apoyé los codos como ella.

En el mapa había amarillo y rojo. Papá dijo que el amarillo era el condado de Bannock, donde vivían los blancos, y el rojo era la reserva, donde vivían los indios.

Luego levantó la vista hacia nosotros. Sus ojos negro azabache, ojos de gitano ruso los llamaba mi madre. Sus cejas negras, su cara quemada por el sol y la marca del sombrero en mitad de la frente.

Mirad, dijo papá. ¿Veis donde el condado de Bannock amarillo sobresale en forma de cuadrado dentro de la reserva roja?

Mi hermana se inclinó aún más. Yo también.

En el mapa, bajo la punta del dedo de papá, justo donde estaba la raya de grasa incrustada bajo la uña, vi el condado de Bannock de color amarillo y cómo solo por esa parte se proyectaba un cuadrado dentro de todo ese rojo.

Esa es nuestra granja, dijo papá. Solo limitamos con el condado de Bannock por un lado. Por los otros tres tenemos pieles rojas.

Estamos rodeados de ellos, dijo. Rodeados de pieles rojas por tres lados.

Algo se aceleró en mi interior, los latidos de mi corazón. Me llevé las manos al pecho y la barriga. Lo que había acelerado los latidos de mi corazón al oír decir a mi padre «rodeados de pieles rojas» no era solo miedo. Era magia.

Quien hizo la pregunta fue mi hermana, no yo.

Los ojos de mi hermana como los de papá. El pelo de Shirley Temple. Arrugó la nariz.

¿Los pieles rojas son lo mismo que los mexicanos?, preguntó.

En la cocina, debajo de la bombilla de luz *léctrica*, viendo a mamá de pie entre el fregadero y los fogones, con el pelo suelto, de espaldas a nosotros, inclinada sobre un bol batiendo algo.

Papá se recostó en su silla. Del bolsillo de su camisa
Levi's
sacó un paquete de Viceroy. La luz de la bombilla hacía brillar su pelo negro lavado con acondicionador V05. Sacó un cigarrillo del paquete de Viceroy, se guardó de nuevo el paquete en el bolsillo. Cogió una caja de cerillas, la abrió, sacó una cerilla y la frotó contra el fogón. Acercó la llama a la punta de su Viceroy.

La forma en que se arremolinó el humo dentro de su nariz. Acercó la mano de nuevo al fogón y tiró la cerilla al fuego.

Los indios se parecen mucho a los mexicanos, dijo, porque son sucios, conducen coches viejos, tienen la piel oscura y el pelo negro, van desarreglados y se emborrachan.

Exhaló el humo del cigarrillo por la boca y la nariz al mismo tiempo.

Los negratas son como los mexicanos y los indios, dijo, pero peor, mucho peor. No tienen ningún sentido de la moralidad y también les gusta emborracharse, emborracharse a base de bien. Así fue como se incendió Pocatello House en el barrio de los negratas y como mamá acabó con el piano quemado.

Así era papá. Aun así, yo quería que me hiciera caso, e incluso algo más. Qué era ese algo más no lo sé, porque nunca conseguí más que retazos. Uno de los retazos más importantes llegó cuando tenía cinco o seis años. Era la hora de cenar y la puerta mosquitera se cerró de golpe, y papá volvía a estar dentro de la casa, tan grande como siempre. Se quitó las botas en la cocina y cogió el *Idaho State Journal* de la mesa. Yo solía mantenerme lo más alejado posible de él, pero ese día, por alguna razón, cuando salió de la cocina al pasillo yo salí de mi dormitorio al pasillo. Allí estábamos los dos, sobre el linóleo rojo, rodeados del papel de mariposas y dados de las paredes. Estuve a punto de escabullirme de nuevo dentro de mi cuarto, pero era demasiado tarde. De modo que bajé la cabeza y seguí andando, pegado a la pared. Cuando él pasó por mi lado me puso la mano en la cabeza. Solo dos dedos en la coronilla. Me paré en seco. Él siguió andando.

Durante muchísimo tiempo después de ese encuentro, esperé a que papá volviera a tocarme la cabeza. En un par de ocasiones poco menos que me abalancé sobre él. Pero puedo contar con los dedos de una mano las veces que me tocó. Y jamás volvió a ponerme la mano en la cabeza.

En otra escena que recuerdo, mamá estaba junto al fogón y las ventanas de la cocina se habían empañado. Papá estaba en el cuarto de baño, de pie frente al espejo del lavabo. Iba en calzoncillos y camiseta blanca de manga corta. La cruda luz de la bombilla hacía resaltar el blanco de sus brazos.

En una ocasión mamá me comentó que a papá no le gustaban sus antebrazos. Creía que eran demasiado delgaduchos. De modo que nunca llevaba camisas de manga corta, solo de manga larga, a veces remangadas hasta los codos.

El agua caliente corría sobre la toallita blanca que papá utilizaba para lavarse. El espejo se empañó aún más que con la bañera. Él tenía las manos en el lavabo, el vello negro mojado, y sostenía la toallita bajo el grifo dejando que se empapara de agua caliente.

La escurrió e, inclinándose, se la puso sobre la cara. Al erguirse bajó la vista hacia mí. Solo sus ojos negros clavados en mí. Yo estaba de pie en el umbral, sobre el suelo de linóleo rojo, las mariposas y los dados del empapelado a mi alrededor.

Él movió la boca debajo de la toallita, y esta se aplastó e hinchó mientras canturreaba: Eh, tú, mocoso sinvergüenza, ¿sabe tu madre que estás ahí? ¿Con las manos en los bolsillos y los faldones de la camisa por fuera?

Y se abalanzó sobre mí, con la toallita blanca como máscara, sujetándosela con las manos y sacudiéndola al hablar.

Mocoso sinvergüenza.

Gritando eufórico, el misterioso hombre monstruo que me perseguía. Mamá estaba de pie junto al fogón. Me agarré a su firme pierna y oculté la cabeza en los pliegues de su vestido.

Me dolían las partes del cuerpo por donde sabía que él me sujetaría y me haría cosquillas. Cosquillas. Debajo de la barbilla. En las axilas.

Luego: Hagámoslo otra vez, papá. Dilo otra vez, papá. Persígueme otra vez, papá.

Solo una vez más.

En otra ocasión, poco antes del mediodía. Papá estaba tumbado en el suelo de la sala de estar. Por la radio portátil roja, colocada en el alféizar de la ventana de la cocina, el cowboy cantaba «Melt your cold, cold heart». Mamá me pidió que fuera a despertar a papá. Papá en el suelo de la sala de estar, con su camisa
Levi's,
sus tejanos y sus botas de cowboy, ocupando todo un lado de la habitación.

Papá, dije. La comida está lista.

Papá empezó a roncar. Crucé la alfombra marrón estampada con flores. El cuerpo de papá era cada vez más grande. Sus ronquidos cada vez más fuertes. Yo tenía los pies al lado de sus brazos que estaban doblados debajo de su cabeza.

Papá, dije, dice mamá que la comida está lista.

Bajé la mano despacio hasta tocarle el hombro.

Fue entonces cuando saltó. Pensé que estaba jugando y me reí. Me agarró y, en efecto, jugaba, y me dolieron las partes del cuerpo por donde sabía que me haría cosquillas, la barriga, los costados, las axilas, debajo de la barbilla. Su olor a jabón Lava, a calcetines sucios. Me dio la vuelta y me sujetó contra el suelo, y me quedé tumbado debajo de él. Todo su cuerpo enorme encima del mío, los botones nacarados del bolsillo de su camisa
Levi's
clavados en mi cara. Sin aire, sin espacio para respirar.

Alargué una mano hacia la esquina de la alfombra marrón estampada con flores. Si lograba alcanzar la esquina de la alfombra marrón con flores estaría bien. Solo existía su peso oprimiéndome el pecho y la esquina de la alfombra marrón con flores. Gritaba, pero no lo sabía.

Los ojos almendrados y castaños de mamá de pie en el pasillo con mi hermana.

Por Dios, Joe, dijo. ¿Tienes que ser tan brusco con el niño?

Retazos esparcidos como migajas que no hacían sino aumentar un anhelo. Un anhelo de algo más de él que desconozco. Y otro día, un día que resultó ser especial no porque me tocara, sino porque estábamos juntos, aunque él seguramente ni se acordaba de que yo

estaba a su lado, y descubrí una faceta de él que no sabía que existía. Yo solo con mi padre en su camioneta, fuera en el mundo. Nieve y hielo en el parabrisas. Los limpiaparabrisas, el chorro de aire de la calefacción. Mi gorro de punto, mis guantes, mis chanclos de goma, solo mi cara al descubierto. Fuera de nuestra escuálida casa blanca, sin mamá, solo en el mundo nevado, blanco y frío con el hombre corpulento que vivía con nosotros, el misterio. En cualquier momento podía ocurrir cualquier cosa. Con las manos enguantadas juntas, permanecí sentado lo más lejos posible de él.

Las cadenas sobre los neumáticos de la camioneta. El repiqueteo contra los guardabarros. Más allá del almacén de las patatas, papá giró el volante hacia la izquierda, metió la primera. Aun siendo un crío lo observé cambiar de marcha. Ante nosotros un gran montón de nieve. Papá aceleró y dejó escapar un yuju. Yo sonreí y probablemente me reí. Todo lo relacionado con él me fascinaba, todo lo relacionado con él era grande.

Por la ventanilla de mi lado, los tres furgones de mercancías. Yo no sabía que en ellos se almacenaba grano. Esos vagones no eran sino una parte más del misterio de papá, un tren de carga que cruzaba nuestra granja. No tenía sentido, pero no me atrevía a preguntar.

Papá giró el volante hacia la derecha, metió la segunda, el chirrido de los neumáticos sobre las barras de hierro del guardaganado. A través del parabrisas, de los dos limpiaparabrisas, se extendía ante nosotros una larga carretera con nieve amontonada a ambos lados. Nos lanzamos sobre cada ventisquero a todo trapo, cada uno una explosión de nieve sobre el parabrisas. Cada vez papá gritaba ¡Agárrate el sombrero!, seguido de un fuerte yuju. A lo largo de toda la carretera, un montón de nieve tras otro mientras papá daba alaridos y gritaba que me agarrara el sombrero. Cuando llegamos al ventisquero más grande, miré de reojo a papá con la mano en el sombrero. Tal vez solo fuera el sol, pero por un instante vi en sus ojos un brillo intenso. Se le habían vuelto dorados, como los de mamá. Lo he buscado desde entonces, pero ese brillo dorado en los ojos de mi padre ha sido una de esas cosas que solo ocurren una vez en la vida.

En el otro extremo de la carretera, al otro lado del Portneuf, en la elevación de terreno que era el depósito de grava, se encontraba

la casa de los mexicanos. Era una vieja casa cuadrada, gris y sucia, y nadie iba allí excepto los mexicanos. En verano vivían en ella montones de mexicanos de pelo negro y piel morena, que solo comían tortillas y no hablaban inglés, mientras trabajaban para papá entresacando remolachas en los campos.

En cuanto desapareció la magia de los ojos de papá y volvió a meterse el frío dentro de la furgoneta, recuerdo que hice un agujero en el vaho de la ventanilla para mirar la casa de los mexicanos. La nieve acumulada llegaba hasta las ventanas. No había arboles ni arbustos; estaba sola. La vieja casa gris parecía helada y perdida en medio de la nada.

Ahora que pienso en ello, mi padre era como esa casa.

No era de extrañar que odiara tanto a los mexicanos, a los indios y a los negros.

Por mucho que me hubiera acariciado la cabeza, me hubiera perseguido con la toallita en la cara o se hubiera lanzado contra los montones de nieve, todo el tiempo supe que debía andarme con cuidado, que en cualquier momento podía acabar inmovilizado debajo de su cuerpo, luchando por respirar, con una camisa
Levi's
contra la nariz y la boca.

La mayor parte del tiempo papá estaba lejos, en sus gaviotas, chillando.

En aquellos primeros tiempos antes de Russell, con papá lejos dando vueltas y vueltas a nuestro alrededor, había días en que la única magia éramos nosotros mismos. Mamá, mi hermana y yo, y con eso bastaba. Untando de mantequilla capas de galletas, preparando el adorno de un bizcocho, cortando patrones para hacer linos pantalones piratas. Mamá, mi hermana y yo, con sombreros de ala ancha y medias con costura, pendientes de diamantes de imitación, deslumbrantemente hermosos, tostadas de canela y chocolate, a veces galletas de avena o de chocolate, los tres cantando a voz en cuello: «Somos pobres corderitos que nos hemos perdido».

En la autopista 93, haciendo dedo desde hace dos horas, soy la pequeña oveja negra que se ha descarriado. Sigo llorando. Bua, bua, bua. Mi mamá, mi hermana y yo… con eso bastaba y sobraba.

Habría roto con mamá hace mucho si no hubiera sido por los viejos tiempos.

La magia de mamá no estaba solo en lo que ella podía darme, sino en lo que yo creía estar dándole a ella. Era una intuición que siempre había tenido, que había algo misterioso que ella anhelaba.

Cuando el viento proyectaba sol y sombras en su cara, susurraba algo que solo ella podía oír.

Fernweh, anhelo de algo que estaba mucho más lejos que el horizonte azul.

Aun entonces yo conocía ese lugar en ella. Al que nadie llegaba. Su deseo de que alguien llegara a él.

Yo trababa de hacerlo, trataba de convertirme en un camino para que ella pudiera atrapar la estrella fugaz y metérsela en el bolsillo. Nadie más lo haría. Era seguro que papá no lo haría. Y mi hermana no sabía. De modo que dependía de mí, y lo intenté una y otra vez, pero casi nunca funcionaba. Además de la iglesia, solo estaban los momentos en que mamá se sentaba al piano. Su voz de contralto, baja y dulce, cuando cantaba sus canciones románticas. En realidad la música era la única forma que tenía de trasladarse a ese lugar que nunca conocería. Qué llena y feliz se la veía entonces, y qué hermosa. Con los ojos cerrados, la barbilla alzada, cantando a pleno pulmón.

Pero hubo un momento en que el universo conspiró. Era primavera, un día radiante, y ese lugar misterioso de mamá salió de su interior y se quedó fuera todo el día, desde el amanecer hasta entrada la noche. Un día insólito en que mamá estuvo feliz, toda la familia lo estuvo, y estuvimos todos juntos como debía estar una familia. Un día de lo que podría haber sido pero no fue. Un día que recordar.

Mi tía soltera, Alma, la hermana mayor de mamá, iba a venir a vernos. Alma y su compañera de piso, una artista de Portland, Theresa Nussbaum, estaban recorriendo los mil kilómetros que nos separaban de Portland en el nuevo cupé descapotable Chevy de Alma con un asiento trasero descubierto y la capota bajada.

Nos levantamos al amanecer, todos nerviosos con la visita de gente sofisticada de la ciudad. Limpiamos la casa de arriba abajo, empezando por la cocina. Hasta papá ayudó en la cocina, en lugar de salir a los campos, con un delantal y sus manazas velludas

sumergidas en el agua caliente y jabonosa. Mamá sacó todo lo mejor. Su mejor vajilla, con los puritanos compartiendo la comida de Acción de Gracias con los indios. La mejor cubertería de plata que guardaba en una caja de madera forrada de terciopelo rojo dentro de la cómoda de cedro. El mejor mantel de lino con servilletas de lino. Nada era demasiado bueno para Alma.

Mi hermana y yo aspiramos la alfombra de la sala de estar mientras mamá fregaba cada centímetro de superficie del cuarto de baño. Este olía tanto a Clorox que tuvo que abrir la ventana y echar un poco de su perfume para poder respirar. Mi hermana y yo quitamos el polvo de la sala de estar. Sacamos brillo al piano. Mamá supervisaba cada operación de limpieza. Todo tenía que estar perfecto.

A las cinco sonó la alarma del Big Ben anunciando la hora del baño. Mamá, mi hermana y yo utilizamos la misma agua, pero papá se llenó la bañera de nuevo. Mamá se puso su mejor vestido, dorado, verde y dorado, y algo así como transparente. Se había teñido la ropa interior del mismo tono verde, para que no se le viera tanto. Y llevaba un nuevo pintalabios, no el rojo de siempre. Se había comprado la nueva barra de labios Naranja Exótica en las rebajas del mes anterior. La visita de tía Alma era la excusa perfecta para estrenarla.

Cuando pasé por delante del cuarto de baño, mamá se sonreía a sí misma, con un hombro más alto que el otro y la cabeza echada hacia atrás. Deslumbrantemente hermosa, sin lugar a dudas.

Mi hermana se puso un vestido amarillo. Yo me puse mis pantalones de los domingos con una camisa blanca y una pajarita roja y blanca. Me limpié los zapatos de los domingos. Papá se puso su traje azul marino, la corbata azul y los zapatos negros, y sus calcetines de vestir con ligas. Se parecía a Fred MacMurray.

A las seis de la tarde mamá ya tenía el pollo frito. Preparó el puré de patatas; hizo la salsa y abrió las latas de judías verdes que cubrió con sopa de champiñones Campbell. El bizcocho de piña que sacó del horno hizo que el mundo oliera maravillosamente bien.

Luego se paseó por las habitaciones buscando algo fuera de sitio. Todo tenía que estar perfecto. Alma, su hermana mayor que había empezado de secretaria en Blackfoot, Idaho, y había ido ascendiendo hasta acabar con un empleo muy bien remunerado en

la lejana ciudad de Portland. Alma, una mujer que se había abierto camino ella sola en el mundo. Alma, perfectamente peinada y vestida a la última moda. Alma, que iba a trabajar en tranvía. Alma con su amiga importante, una artista, iba a hacernos una visita.

Cuando la tía Alma se adentró con su cupé Chevy en nuestro polvoriento patio, Toby, nuestro perro antes de Nikki y Tramp, se puso a ladrar, y los gatos echaron a correr en todas direcciones, y Toby empezó a perseguirlos.

Tía Alma tenía algún tipo de magia. Todo un mundo nuevo que no conocíamos. Una nueva clase de magia que no era la de mi madre. La magia de una lejana Brenda Starr o Nancy Drew, la reina de Inglaterra en un cupé marrón, su largo fular amarillo, su pelo largo y pelirrojo, con su amiga, Theresa, la artista de Portland.

Mamá entró como un rayo verde y dorado en el cuarto de baño. Yo me metí con ella. No sabía qué más hacer. Mamá sonreía de oreja a oreja al espejo para comprobar si tenía los dientes manchados de Naranja Exótica. Aun con la boca abierta me dijo que me largara. De modo que me fui corriendo a mi cuarto. Mi hermana tampoco sabía qué hacer, así que se escondió debajo de la cama. Yo hice lo mismo.

Entonces oí a mamá decir en voz alta con tono cantarín: ¡Si hubiera sabido que veníais, habría hecho un bizcocho!

Incluso debajo de la cama lo notabas. Toda la casa vibraba. Las voces de tía Alma y de Theresa pasando por el pasillo. Tan refinadas, tan exóticas, sus risas tan alegres… Salimos rápidamente de debajo de la cama.

En la sala de estar, cuando por fin me armé de valor para mirar a la tía Alma y a su amiga, Theresa, la artista de Portland, las dos llevaban pantalones de tela escocesa. Fumaban Herbert Tareytons.

Además de a humo de cigarrillo, olían a perfume. Evening in París, me susurró mi madre cuando le pregunté. Las dos.

La luz de última hora de la tarde que entraba por la ventana, dorada oscura. El pintalabios rojo de la tía Alma en sus labios y en el cigarrillo. Su pelo pelirrojo, su jersey verde muy ajustado.

Rigby John, dijo tía Alma. Quiero presentarte a mi amiga, Theresa. Vive conmigo en Portland.

Mi mano se veía diminuta en la de Theresa.

Mucho gusto en conocerla, dije.

No miré a Theresa, sino a mi tía Alma.

Tienes unas manos muy sensibles, Rigby John, dijo Theresa. ¿También eres artista?

Theresa no llevaba pintalabios. Tenía el pelo muy corto y le sobresalía de la frente en una onda perfecta.

Sus ojos eran demasiado grandes para que me atreviera a mirarlos, de modo que levanté las manos con las palmas abiertas y me las miré.

No sabía qué decir.

Papá dice que dibujo moscas, respondí.

Después de cenar, una vez fregados los platos, cuando el sol se puso de color rosa y se escondió detrás de los álamos de Virginia de la carretera, papá fue al establo con los cubos para ordeñar.

Mamá y tía Alma se llevaron sus cafés a la sala de estar y se sentaron en el sofá. Cuando tía Alma alargó una mano para coger un cigarrillo, mamá le pidió uno. Se inclinó con el cigarrillo en la boca y tía Alma se lo encendió con un mechero plateado que abrió con un gesto enérgico. Mamá dio una calada, y de la boca le salió una lengua de humo que se le metió por la nariz. Yo ni siquiera sabía que mamá supiera fumar. La sonrisa de Alma estaba en todas partes. Mi hermana se sentó entre la tía Alma y mi madre, y no tardaron en estar las tres riéndose a carcajadas enseñando las encías.

Fuera, en el jardín delantero, Theresa y yo estábamos sentados a la mesa de picnic. Sobre esta estaban sus pinturas al óleo, en dos hileras de manchas redondas; colores que yo ni siquiera sabía que existían los llevaba ella en su caja de madera.

Sentado esa noche en el mundo plano, ante la mesa de picnic verde, con la escuálida casa blanca donde vivíamos, el establo de ladrillo rojo y el surtidor de gasolina a nuestra espalda, observé cómo Theresa, la artista de Portland, hundía el pincel en los colores y pintaba lo que había ahí fuera, lo que yo nunca había mirado realmente, pinceladas de color sobre el lienzo blanco, tal como era el mundo. Mis codos en la mesa, ella con el dorado, el verde, el azul, el verde del alfalfa con sus flores púrpura, yo con los colores y con ella, su largo cuerpo a mi lado, su Evening in Paris, el sol

poniéndose en el cielo, el sol en mi cuello, el sol morado, naranja, rosa y dorado oscuro en su cara y sus brazos.

Estaba casi oscuro cuando dejó el pincel.

¿Ya has terminado el cuadro?, pregunté.

Por ahora, dijo ella.

Recorrí con el dedo los cuatro bordes.

Pregunté: ¿Has visto alguna vez *El mago de Oz*?

Sí, dijo Theresa, me encanta esa película.

La parte mágica, cuando pasa de blanco y negro a color, dije, es mi favorita.

Quién sabe lo que dijo entonces Theresa. Puede que se limitara a mirarme, o tal vez quiso saber por qué había dicho eso. Todo lo que recuerdo es que me miró de una forma que me infundió el valor para preguntar.

Al final del campo de alfalfa, dije. Todo lo que veo ahí es llano. ¿De dónde han salido esas montañas verdes y moradas?

Si no hubiera estado tan cerca de ella no habría advertido su sonrisa. Cuando habló, habló del tipo de magia más grande que existe. Palabras que mi madre nunca pudo darme.

El bosque y las montañas verdes están dentro de uno, dijo Theresa. Eso es lo que hace un artista. Viaja por el mundo buscando lo que está en su interior.

Ahora, unos doce años después, estoy mirando con los mismos ojos mis dos zapatillas de tenis sobre la grava que hay en el arcén de la autopista 93, camino de San Francisco. Junto a mis pies, mi mochila. La luna brilla tanto que la mochila tiene su propia sombra.

Cuando me he ido de casa esta madrugada, además de mis Levi's, dos pares de calcetines, mi otra camiseta, dos calzoncillos, mi cepillo de dientes y un tubo dentífrico, un rollo de papel higiénico, una fiambrera y mi camisa blanca con la quemadura de plancha en el cuello, he metido en la mochila tres cosas.

La pipa de mazorca de maíz de la abuela Queep.

Una fotografía, y en el bolsillo un trozo de papel doblado varias veces y un billete de un dólar; os hablaré de la fotografía y del papel doblado y del billete más tarde.

Y el cuadro de Theresa Nussbaum. Una magia que hace mucho me abrió el camino hacia el mundo, hacia mí mismo. Una magia que mi madre nunca ha conocido.

He tenido la precaución de envolver el cuadro de Theresa Nussbaum con un saco de plástico, y he puesto la fotografía al lado. He sujetado el saco con gomas. He puesto los calcetines y los calzoncillos alrededor del cuadro, de la foto y de la pipa para que no se aplasten.

Los árboles y las montañas verdes de Theresa Nussbaum van a recorrer el mundo conmigo, un artista que quiere descubrir lo que está en su interior.

Más tarde esa noche, cuando papá hubo terminado de ordeñar las vacas, mamá nos llamó a Theresa y a mí por la ventana de la cocina para que entráramos a tomar el postre. Theresa y yo dejamos el cuadro en un estante del porche trasero para que se secara.

Bizcocho de piña con helado de vainilla. Papá podía tomar dos trozos, pero a nosotros, los niños, solo nos correspondía uno. Aun así fui a la cocina, corté un trozo del bizcocho con azúcar moreno pegado al molde negro y me lo comí.

Luego los adultos se quedaron hablando y fumando, y en un momento dado papá dijo: Eh, mamá, ¿por qué no tocas algo?

Pedir a mamá que tocara algo era como pedirle que respirara. Pero esa noche mi madre se recostó y juntó las manos, con las uñas en carne viva, las manos rojas y ásperas de granjera, en el regazo de su vestido nuevo, verde y dorado y algo así como transparente, con la braguita del mismo color verde. Su boca, una fina línea de pintalabios Naranja Exótica.

Y allí estaban. Los ojos de mi madre. Sus ojos almendrados y castaños, uno mirando ligeramente hacia el sur, el otro hacia el este, la luz que emanaban en todas direcciones, pasando por mi lado, por encima, sin posarse casi nunca en mí.

El lugar remoto en ella al que nadie llegaba. Su anhelo de que alguien lo hiciera.

Querida madre destrozada, déjame colocarme de forma que me veas; si me ves y logro hacerte sonreír, los problemas se borrarán de tus ojos, y se volverán tiernos y dorados.

En otro momento, respondió mamá.

Luego se volvió hacia su hermana mayor, la hermana de las lecciones de piano, y dijo: Alma, el piano es viejo y está quemado, y hay que afinarlo, pero ¿por qué no nos tocas tú algo?

La forma de tocar el piano de tía Alma era *difrente*. Y lo que tocaba. Tocaba como una anciana dama, con toda clase de trinos y florituras. Las canciones que tocaba eran bastante bonitas, como «El Danubio Azul», y la canción de la policía montada de Canadá del nordeste que decía, «I am calling yuoouoouou». Y algo rápido llamado «Gloria Mazurca». Pero las canciones de Alma no eran como las de mamá, «The Beer Barrel Polka», «Du, du Liegst Mir im Herzen», «Little Brown Jug», no tenían nada que ver.

Tal vez mi tía Alma y su amiga Theresa habían dado a mi vida un toque de sofisticación exótica, pero mi madre seguía siendo infinitamente mejor al piano que su hermana.

Todo cambió cuando llegó a casa Russell, y la magia de ese día con Alma y Theresa, y la que en otras ocasiones nos visitaba (no tan a menudo como yo habría querido, pero lo bastante a menudo), se volvieron aún menos frecuentes en nuestras vidas. Russell llegó a casa berreando, berreó durante cien días en los que nadie pudo pegar ojo y luego murió. Mamá nunca fue la misma. Se acabó la música, y ella se encerró en su cuarto con papá, dejándonos a mi hermana y a mí fuera. Sus ojos nunca fueron los mismos. Tan lejos estaba ella que yo no lograba encontrarla, no lograba encontrarme a mí mismo en ellos.

Antes de que naciera Russell, la nueva palabra que todo el mundo empleaba era «lámpara para incubar». Una vez que nació decían «incubadora», «enfermedad» y «tullido». Eso es lo que dijo el médico a mamá, que había tenido un tullido y debido a su enfermedad debía estar en una incubadora. Yo oía esas palabras a todas horas y pensaba en ellas a todas horas, incluso mientras hacía mis tareas. Pedí a mi hermana que me las escribiera en letra normal. Pensé en ellas aún más después de que Russell llegara a casa. Pero me pareció un bebé normal y corriente. Después de tanto hablar, después de escuchar tantas veces todas esas palabras, mi hermano me pareció un bebé normal y corriente.

Un día le pedí a mamá que me enseñara lo que le pasaba. Seguía siendo invierno cuando se lo pedí, dentro de uno de los diez primeros días de los cien, después de que lo trajeran del hospital, antes de que ella creyera que lo había asfixiado, antes del día que se escaparon los cerdos, antes de que él muriera en primavera, después de haber hecho mis tareas, después del colegio y antes de cenar. Ni de día ni de noche, sino cuando las sombras eran largas y se juntaban, y los pollos se subían a los palos y escuchaban el inundo.

En el porche, antes de entrar en casa y de pedírselo, me llegó el olor a jabón de su baño. Me quité el abrigo, el gorro, los guantes, dejé los chanclos junto a la puerta, y todo el tiempo que estuve dentro de casa, en la cocina, fui consciente de su olor: el jabón Ivory, el agua humeante de la cazuela de porcelana, el aceite para bebés, los pañales limpios. Todo eso era el olor que desprendían ella y él. Cuando le pregunté a mamá por él, ella clavó en mí sus ojos almendrados y castaños, dorados solo por los bordes. Luego hizo algo que hacía mucho que la veía hacer. Me cogió en brazos. Se inclinó para sostenerme apoyado en su cadera. Un brazo alrededor de mí, la carne de su brazo contra el mío, el olor a axila bajo el vestido rojo de andar por casa. Me enseñó la cabeza de Russell y dijo: ¿Ves que tiene la cabeza mucho más grande que el resto del cuerpo?

A continuación me enseñó su pie. Lo tenía torcido hacia un lado. Ella lo levantó para ponerlo recto y lo soltó, pero volvió a torcerse.

Es su pie, dijo. Luego me sentó sobre la mesa. Cogió las manos de Russell en las suyas. No se abren, dijo. Tengo que abrírselas yo y ponerle polvos de talco.

Forzó su mano derecha para abrirla y me dijo que pusiera el dedo en ella. Yo no quería hacerlo porque su mano parecía un capullo horrible o un huevo picoteado por un gallo.

Vamos, tú me lo has pedido, dijo.

De modo que puse el dedo dentro de la palma de Russell y mi hermano me aferró el dedo.

Esos meses que mamá estuvo embarazada no los recuerdo muy bien. Hay una foto de ella con bombo conmigo y con mi hermana de pie y entornando los ojos al sol que creo que recuerdo haber

vivido. Pero es difícil decir qué fue primero, si la foto y la experiencia de vivirla o el instante que evoca la foto.

Sí recuerdo seis cosas: recuerdo que murió nuestro perro Toby, y antes de hacerlo se acercó a mí y se quedó un rato a mi lado, luego hizo lo mismo con mi hermana, y finalmente se fue al establo y murió sobre el heno.

Recuerdo a mamá diciendo que los animales hacen eso, que se despiden antes de morir.

Recuerdo que una tormenta de relámpagos derribó uno de los álamos de Virginia de Tyhee Road. El cielo estaba negro y era de día, y rezamos el rosario en voz alta y encendimos una vela, y papá no estaba en casa.

Recuerdo que mamá cogió el cuchillo de mondar del cajón de la cocina y salió, se sentó en el trozo de césped que había plantado y arrancó con él unos dientes de león.

Recuerdo la Puerta de los Muertos. Era un juego al que jugábamos mi hermana y yo, y consistía en que entrábamos en una habitación, la que ella y yo compartíamos, y cerrábamos la puerta, y entonces decíamos que la puerta cerrada era la Puerta de los Muertos, y nos asustábamos, o más bien era yo el que se asustaba, y después de decir Puerta de los Muertos, Puerta de los Muertos, una y otra vez, hacíamos ruidos aterradores, y entonces mi hermana abría la puerta, y siempre pasaba lo mismo, siempre era yo el que terminaba gritando, por mucho que me propusiera no hacerlo esa vez.

Recuerdo que todo el mundo decía «lámpara para incubar».

Cuando mamá estaba embarazada, quiero decir, antes de que fuera al hospital y volviera a casa con Russell. Seis recuerdos. Pero después de que llegara Russell a casa y antes de que muriera, esos cien días no son un simple recuerdo, no son solo cosas de las que me acuerdo, y siempre ha sido así.

Ese año la casa estuvo bien caldeada todo el invierno, y las ventanas se cubrieron de vaho en el que me prohibieron dibujar, que por las mañanas era escarcha azul y se volvía naranja cuando el sol estaba alto. Papá acarreaba leña que amontonaba junto al fogón y en el porche. A veces yo le ayudaba.

Parecía que todo lo que hacía Russell era llorar. Pero había ratos en los que no lloraba y dormía. No me dejaban acercarme a él porque yo llevaba dentro un montón de enfermedades infantiles, como sarampión y paperas, que podía contagiarle, poniéndolo aún más enfermo, pero yo entraba a menudo a hurtadillas para mirarle la cabeza y los pies, pero sobre todo las manos, para ver si ya se habían abierto. A veces estaba despierto y no lloraba, estaba ahí quieto, con los ojos un poco vueltos hacia atrás, como si también se mirara la cabeza pero por dentro, como si se preguntara qué hacer con toda la mucosidad que yo oía ahí dentro, cuándo se rompería el cascarón, como si fuera un problema y él estuviera estudiando una solución, una forma de hacerlo desaparecer, e hiciera tal esfuerzo que cerraba los puños.

Un día me desperté.

Creo que para entonces ya era primavera. El río estaba crecido, y Russell lloraba, y a mí me sorprendió que lo hiciera, del mismo modo que me había sorprendido su llanto cuando lo trajeron por primera vez a casa en invierno. Luego me pregunté si mi hermano siempre había estado llorando y yo ya no lo oía, o había parado un tiempo, días, semanas, antes de volver a empezar. El llanto de mi hermano era como el ruido de las cañerías cuando abres el grifo de la bañera, ese ruido, seguido del de las cañerías como si cantaran alto y desafinando. A veces las cañerías no hacían ese ruido, pero la mayoría de las veces sí, y a veces yo no las oía mientras lo hacían y solo recordaba que habían hecho ese ruido cuando terminaba.

Esa tarde mamá salió corriendo de su dormitorio y deambuló por toda la casa, pegada a las paredes. Yo construía incubadoras con mis Tinkertoys sobre la alfombra marrón con flores de la sala de estar. Mi hermana aún no había vuelto del colegio y papá no estaba en casa. Yo oía a mamá llorar y dar vueltas por la casa. Se me ocurrió que podría escaparse al campo y que papá tendría que hacerla volver, pero él ni siquiera estaba en casa como la última vez. Yo no sabía qué hacer cuando ella lloraba sin parar, y no tenía ni idea de qué debía hacer si ella salía corriendo al campo. Y entonces ella dijo: Rigby, ahora tienes que portarte como un adulto. Voy a hacer café y a poner el mantel, y nos fumaremos un

cigarrillo. Tengo algo que decirte, pero tienes que comportarte como un adulto para que funcione, y no debes decírselo nunca a nadie. ¿Me lo prometes?

Sí, prometí.

Mientras hablaba sacó el mantel de tela y lo dejó caer flotando sobre la mesa. Yo la había visto hacer eso con Russell, extendía la manta en el aire como un abanico y la dejaba caer sobre él, una y otra vez. A Russell le gustaba. Creo que le había visto casi sonreír cuando ella lanzaba la manta al aire de ese modo y esta se cernía suavemente sobre él como un pájaro grande.

Me entraron ganas de tumbarme encima de la mesa y dejar que el mantel de tela cayera sobre mí, esa limpia ráfaga de aire, el olor que desprendía ella, el lento y delicado descenso.

Echó cuatro cucharitas de café en la cafetera y la enchufó. Fue al cuarto de baño, se quitó los rulos del pelo y se lo ahuecó, se perfiló las cejas, se puso pintalabios, Escarlata Rubí, se secó los labios con un trozo de papel higiénico y dejó que el cuadrado de papel flotara en el aire hasta caer al suelo, al lado de sus zapatos de tacón con los dedos descubiertos. Se había puesto los zapatos de tacón, las medias con costuras y su vestido marrón con la orquídea que cubría toda la parte delantera.

Yo me mojé el pelo y me lo peiné con la raya en medio, me puse la pajarita con el nudo ya hecho sobre la camisa blanca, y me limpié los zapatos como hacía cuando iba a la iglesia.

Mamá sirvió café en las tazas con platitos a juego y fumó. Yo también fumé. Inhalando el humo por la nariz, con el pelo repeinado y mi pajarita, al lado de ella, tomando café por la tarde.

Pero no fumé.

Había pintalabios Escarlata Rubí en el Viceroy y en la taza de mamá.

Hace un momento, cuando dormía con Russell, dijo, me he despertado y estaba encima de él. He pensado que lo había asfixiado. He pensado que estaba muerto. Sabes lo que eso significa, ¿verdad, Rigby? ¿Muerto?

Sí, mentí. No lo sabía.

Conocía la Puerta de los Muertos. Cuando nuestro perro Toby se murió, se despidió antes de ir al establo y tumbarse en el heno.

Mamá se llevó a los labios el Viceroy, dio una calada profunda.

He creído que lo había matado, dijo. Y aquí viene cuando tienes que portarte como un adulto y guardarme el secreto, Rigby. ¿Rigby John?

Exhaló el humo por la nariz.

Me he alegrado, dijo mi madre.

Era primavera cuando se escaparon los cerdos. En algún momento dentro de los últimos diez días de los cien. Y ese día, el día que se escaparon los cerdos, es el más importante de esos cien días.

Con sus cupones verdes del S&H mamá había comprado un ventilador de ventana para su dormitorio, pensando en Russell. El césped de junio ya se estaba marchitando y el río volvía a estar bajo. Papá había construido una pocilga con tela metálica y puertas viejas en el corral de detrás del establo, con una parte en el río para que los cerdos se revolcaran en el agua y el barro.

Esos cerdos se pasaban el día entero en el agua. Papá los llamaba bellezas acuáticas. A la cerda de cría la había bautizado Esther. Esther Williams la llamaba.

El día que escaparon todos era sábado; lo sé porque todavía había colegio, mi hermana estaba en casa y no se encontraba mal, y no era domingo porque no llevábamos la ropa de los domingos ni habíamos ido a misa. Papá solía estar en casa los domingos, porque se suponía que no se podía hacer trabajos serviles en domingo, y ese día no estaba. De modo que ese fue el día que mi hermana y yo salimos por la puerta trasera del establo y vimos a todos los cerdos gritando por el corral, fuera de la pocilga.

¡Los cerdos están sueltos! ¡Los cerdos están sueltos!, gritó mi hermana, y yo con ella.

Cuando ella y yo dijimos a mamá que los cerdos estaban sueltos, ella chasqueó los dedos como hace siempre que está nerviosa. Fue a su habitación y echó un vistazo a Russell, que dormía. Mi hermana y yo nos quedamos en el pasillo, sobre el linóleo rojo y con el papel de mariposas y dados alrededor, y miramos dentro de la habitación buscando a mamá. Estaba oscura, con el ventilador encendido. Mamá se volvió hacia nosotros, se llevó un dedo a los labios y nos indicó por señas que nos fuéramos, de modo que mi hermana y yo la esperamos en la cocina. No llevábamos mucho rato allí cuando

pasó por nuestro lado un haz rojo. Era mamá.

¡El último que llegue a la puerta del corral es tonto!, gritó bajando los escalones del porche trasero. Abrió la puerta mosquitera y salió a todo correr al mundo polvoriento, plano, grande y brillante. No habíamos visto a mamá así desde la visita de tía Alma y Theresa. Mi hermana y yo la seguimos a través de la pequeña franja cuadrada de césped sin dientes de león, por delante del rosal trepador que colgaba de la valla trasera, del surtidor de gasolina y del Buick del 48, hasta las hectáreas de grava que se extendían entre nosotros y la puerta del corral, mamá la primera, con la falda de su vestido rojo de andar por casa levantada por encima de las rodillas, mi hermana justo detrás, con el pelo ondeando al viento como el de mamá, las piernas también como las de mamá… mujeres.

Dejé de correr.

Dejé de correr y me quedé allí parado viéndolas correr.

Mamá saltó la valla de tres travesados como un ave voladora, una criatura salvaje que saltaba, y mi hermana no titubeó. Se deslizó por debajo del primer travesado, rodó por el suelo y se levantó al lado de mamá. Se sonrieron. Yo me quedé allí parado viéndolas sonreírse. Una bandada de gorriones sobrevoló la cumbrera del tejado del establo, entre el sol y yo, y me protegí los ojos mientras observaba. El establo, la casa, la valla, la verja, los cerdos sueltos, mamá y mi hermana, todo *difrente, difrente* y brillante, nada igual, y tuve la sensación de no haber sido nunca nada.

¡Vamos!, me gritó mi hermana agitando el brazo. ¡Tenemos que coger esos cerdos antes de que se metan en el río!

¡Sooooo!, gritó mi madre.

¡Sooooo!, gritó mi hermana, y yo con ella.

Acorralamos a los cerdos. Mamá se colocó entre el río y yo, mi hermana en el medio, y poco a poco volvimos a conducir a los cerdos a la pocilga, con los brazos abiertos para abarcar más espacio.

¡Sooooo!, gritamos todos.

Una de las puertas de la pocilga había sido derribada, la más cercana al establo, de modo que contábamos con una esquina por la que hacerlos entrar. Estábamos haciéndolo bastante bien cuantío mi

hermana señaló la puerta caída en el suelo, la puerta que formaba parte de la pocilga que los cerdos habían derribado, que estaba tumbada como una puerta que se abre al suelo, debajo de los excrementos secos de vaca. Mi hermana señaló esa puerta y dijo, solo para mí: La Puerta de los Muertos.

Yo estaba casi encima.

Estaba casi encima de la Puerta de los Muertos.

Salté hacia la derecha y grité con todas mis fuerzas, con lo que ahuyenté a los cerdos. Estos salieron de nuevo al corral por la entrada que se suponía que yo vigilaba y se fueron derechos al río. Esther Williams abría la marcha y el resto la seguía, un pelotón de bellezas acuáticas corriendo detrás de Esther Williams para bañarse.

Cuando esa cerda gorda se tiró desde la orilla, del mismo modo que creo que se zambulliría una bailarina, hizo una pose en el aire, y cuando cayó al agua y buceó como una foca, como bucearía Esther Williams, a través de la corriente hasta el islote cubierto de zarzas y matorrales que había a unos palmos de la orilla, cuando esa cerda se fue así sin más, me detuve y volví a mirar, miré como había mirado antes, me paré y miré el aspecto que tenía el mundo. Era un mundo lleno de pronto de cosas, cosas misteriosas, cosas que no eran yo.

Vi a mi madre y a mi hermana haciendo todo lo posible por mantener a los cerdos alejados del agua. Gritaban y agitaban los brazos, y se colocaban delante de ellos, pero era inútil. Mamá logró agarrar a uno por la pata trasera y sacarlo a rastras, pero el cerdo daba patadas y chillaba, y mamá no tuvo fuerzas para seguir tirando de él, de modo que se quedaron allí, en mitad del corral, mamá y el cerdo, en un cuerpo a cuerpo, el cerdo dando patadas y mi madre sobresaltándose con cada patada. Al final tuvo que soltarlo. El cerdo echó a correr y se zambulló, como los demás, y nadó, como los demás, hasta la isla donde Esther Williams se bañaba con el resto de bellezas acuáticas.

Entonces se calmaron las cosas.

Mamá se sentó allí mismo, entre el estiércol.

Se habían escapado.

Todos los cerdos se habían vuelto salvajes, se habían enfadado con nosotros y se habían ido a nado, habían buceado o se habían ido a nado, y todo eso como animales marinos, no como cerdos,

animales de granja estúpidos que se zambullían, nadaban, escapaban, se exhibían, daban el espectáculo.

Fue entonces cuando vi la lechuza en el árbol que había al otro lado del río, justo en la orilla, a solo unos metros de la isla donde estaban los cerdos. Podías caminar por donde el agua era menos profunda hasta el árbol. En cuanto desplazabas ligeramente la mirada, la lechuza desaparecía como por arte de magia, pero si sabías mirar entre las hojas y las ramas, ahí estaban sus ojos.

¡Hijas de puta!, gritó mi madre.

Se levantó del suelo, cogió un trozo de excremento duro de caballo y se lo arrojó a Esther Williams. Luego cogió una piedra. Le dio vueltas y vueltas en círculo tomando impulso para el lanzamiento, su brazo en el aire un remolino de polvo, la falda subida, una danza, y la arrojó con un sonido profundo que le salió de dentro, un gruñido; la piedra hendió el aire y se estrelló contra la ventana del gallinero, en el lado donde estaban los pollitos. Hubo un pequeño revuelo, un ligero ruido de cristales rotos en la tarde soleada, y eso fue todo.

¡Hijas de puta!, gritó mamá, con los puños cerrados como los de Russell apuntando al cielo. ¡Malditas cerdas, malditas cerdas hijas de puta!

No tuve oportunidad de decirle a papá lo de la ventana rota del gallinero porque Russell murió al día siguiente. No, en realidad fue el lunes cuando murió, porque el día siguiente, el siguiente a que se escaparan los cerdos, era domingo e hizo volver a los cerdos con nuestro caballo Chub. Tuvo que rodearlos con el lazo y llevárselos de allí uno por uno, a pesar de ser domingo, pero se trataba de una emergencia y eso lo hacía menos servil.

Yo estaba recogiendo los Lincoln Logs o los Tinkertoys de la alfombra marrón con flores de la sala de estar. Mi hermana hacía rato que se había ido de casa y yo ya había hecho mis faenas. Había colocado una tabla delante de la ventana rota y pensaba decírselo a papá durante la cena. Íbamos a preparar chocolate porque Russell no lloraba. Mamá estaba sentada en su silla especial, la silla especial de ella y de Russell, y lo mecía en sus brazos, como siempre, cuando dijo: Ve a buscar a tu padre. Russell ha muerto.

Esta parte no está tan clara como las otras.

Lo que pasó a continuación es lo siguiente: monseñor Cody estaba allí, y también tía Marguerite y tío Pat, y más gente. Se suponía que yo tenía que estar en mi cuarto, lo mismo que mi hermana. En la cocina, encima de la mesa, estaba el trapo de cocina, la cafetera y las tazas con los platitos a juego, un pastel de chocolate adornado con chocolate, y gelatina roja con macedonia de frutas y plátanos.

Pusieron a Russell en su moisés en el cuarto. Se suponía que yo no debía entrar, pero lo hice cuando no había nadie, a pesar de que había muchas personas en todas partes, algunas llorando. El ventilador estaba apagado, había velas alrededor de él y todo era blanco: las mantas, el moisés, su camisoncito.

Ahí dentro olía a él, a ella.

Russell estaba en el moisés como lo había visto tantas veces, con los ojos cerrados, tapado con las mantas. Le toqué ligeramente el hombro, a través de la tela del pijama, y no me pareció *difrente*. Pero luego aparté la manta y le vi las manos. Estaban abiertas, con las palmas hacia arriba.

El día del funeral llovió. Mi hermana dice que hizo sol, pero yo recuerdo que había paraguas y que todos estábamos al lado de un gran olmo debajo de paraguas, y que yo llevaba mis chanclos encima de los zapatos. Me coloqué a la derecha de monseñor y los monaguillos. Me llegaba el olor a incienso. Detrás de mí estaba mi abuela. Yo tenía a un lado a mi hermana, y al otro a tía Marie, tía Zelda, tía Alma, Theresa Nussbaum, tía Marguerite y mamá. Papá había comprado a mamá un abrigo nuevo, azul marino con botones grandes. Detrás de él estaba mi otra abuela y mi tía abuela Monica.

Cuando bajaron el ataúd, pensé en la Puerta de los Muertos tumbada en el suelo del corral el día que se escaparon los cerdos, y en Russell todavía vivo, pero lo más importante que pasó ese día y lo que mejor recuerdo de todo lo ocurrido esos cien días, es que papá se echó a llorar, tan fuerte que tuvieron que secar la silla plegable para que se sentara. En cuanto vi a papá allí sentado me acerqué a él. Pero no había recorrido ni la mitad del camino, pasando por el lado de tía Alma y casi de tía Marguerite, cuando la

abuela, que estaba detrás de mí, me cogió del brazo y me hizo retroceder, por delante de las flores, de la Puerta de los Muertos, y me colocó de nuevo en mi sitio, delante de ella, a siete mujeres de distancia de mi padre.

Hubo una recepción en la nueva sala de visitas del sótano del colegio Saint Joseph.

Mi hermana me enseñó su clase, aunque se suponía que no podíamos ir al piso de arriba.

Oí a tía Zelda decir que era una bendición, que el niño tenía demasiados problemas.

Después fuimos a casa. Condujo mamá. Mi hermana y yo empezamos a cantar «Going to the Chapel», como habíamos hecho otras veces en el coche, pero mamá nos hizo callar. Cuando llegamos a casa me cambié de ropa e hice mis tareas. Encontré la tabla de la ventana del gallinero en el suelo y todos los pollitos muertos.

Me pareció que los que no habían muerto en las garras de la lechuza se habían asfixiado en la esquina, amontonados, tratando de escapar.

2

Después de Russell

Después de cien días de oír el llanto de Russell, sus gritos, toses y puñetazos, sus esfuerzos por respirar, todo era silencio. Del dormitorio de mamá y papá ya no llegaban sus berridos. Por las noches papá y mamá ya no recorrían el pasillo con él en brazos. Ya no había pañales empapados en el cuarto de baño, ni biberones esterilizándose en la gran cazuela blanca sobre el fogón. Ya no estaba el moisés blanco. No había bebé.

Fuera de nuestra escuálida casa blanca el invierno había llegado con fuerza, nieve casi a la altura de las ventanas, blanca brillante, ventanas blancas, escarcha en las ventanas. Hería la vista.

Dentro de la casa me parecía que las estufas calentaban demasiado, el vaho del cuarto de baño se había extendido por toda la casa, o la leña del fogón estaba húmeda y hacía humo. Pero no era ninguna de esas cosas.

Era mamá. Algo en ella se había perdido y lo perdido no trataba de encontrar el camino de regreso. Rezar y más rezar. Un rosario tras otro. Eso era todo lo que hacíamos.

Después empezaron las migrañas de mamá. Un dolor que era como Dios Padre descendiendo para vivir dentro de su cabeza, así era como ella las describía. Cuando sufría un ataque de migraña, empezaba con algo lejano, un goteo, las alas de un pájaro grande, un ruido grave, débil y discordante. Después de oír ese mido débil y

discordante un par de segundos, se volvía tan fuerte que no había nada más que ese ruido.

Papá decía a mamá que iba a volverse loca. Papá, mi hermana y yo teníamos que hablar en susurros, y procurar no reír ni hacer ruido. Una vez que me olvidé y dejé que se cerrara la puerta trasera de golpe, papá me pegó con tanta fuerza en el culo que aterricé en el otro extremo de la cocina. También pegó un par de veces a mi hermana. Llegó un momento en que ella y yo pasábamos la mayor parte del tiempo en nuestro cuarto con la puerta cerrada. Hacía frío ahí dentro, y teníamos que ponernos el abrigo y los guantes. Habíamos dejado de jugar a la Puerta de los Muertos y mi hermana jugaba sobre todo con sus muñecas de papel. Papá ya no estaba fuera dando vueltas alrededor de casa, de modo que no me atrevía a jugar con ella y las muñecas de papel. Jugaba con mi camión.

Por la noche, después del rosario, una vez que papá había apagado todas las luces, me quedaba en la cama con las mantas hasta la barbilla. No tardé mucho en oír mi propio ruido débil y discordante a lo lejos. Hiciera lo que hiciese, rezar, cantar bajito, contar hasta donde sabía y al revés, no podía detener el ruido. Mi hermana sabía que era Russell y mis preguntas de por qué Dios le había hecho nacer de ese modo y morir. La mayoría de las veces ella se metía en mi cama y me acariciaba la cabeza mientras me contaba cuentos muy bajito. Alí Baba y su mágica alfombra voladora era mi favorito.

La primavera siguiente todo ocurrió de golpe.

Harold P. Endicott y su fábrica de fosfato construyeron una represa y el río Portneuf se secó. Papa se subió al tractor de oruga amarillo, bajó la pala y la colocó en dirección a nuestra escuálida casa blanca. Dijo adiós con la mano a mamá, a mí y a mi hermana, y le devolvimos el saludo.

Lo único que quedaba dentro de la casa era el piano. Era viejo y estaba quemado, y procedía de una taberna del barrio de negratas, y en nuestro nuevo futuro no había cabida para él. En cuestión de minutos, nuestra casa —tejado incluido, suelos, paredes, puertas y ventanas— quedó reducida a polvo y un montón de escombros.

Cuando el viejo tractor de oruga llegó al piano, este produjo un

ruido espantoso. Lejano al principio. Bajo, débil y discordante. Como un gran pájaro volador. Miré rápidamente a mamá. Como era de esperar, su cara tenía la misma expresión que cuando sufría migrañas, pero yo le apreté la mano con fuerza.

Mamá no huyó. Tal vez porque no tenía adonde ir. En mitad del patio, bajo el sol, con el viento agitando nuestros sombreros de paja, mamá sacó el rosario y nos arrodillamos allí mismo en la grava a rezar el rosario. Los misterios de dolor.

Papá trabajó día y noche en la nueva casa. Salía de casa de tía Zelda, donde nos alojábamos, antes de desayunar y no volvía hasta después del anochecer. Mamá le guardaba la cena caliente en el horno. La única vez que vi a papá esos días fue la tarde que mamá le preparó un sándwich y se lo llevamos con una
Coca-Cola.
Sierras eléctricas y martillazos, tablas que se proyectaban en ángulos rectos hacia el cielo azul soleado, serrín y el olor a madera contrachapada, eso es lo que recuerdo. Papá, su primo John y el marido de tía Zelda, tío Bob, tres hombres corpulentos soltando tacos, riéndose y sudando al sol.

Hacia el invierno siguiente, donde había estado una casa se erguía otra. La vieja casa había sido alargada, blanca, de madera, escuálida. La nueva era moderna, de ladrillo, de dos niveles.

Tal como lo veo yo, papá pensó que mamá mejoraría instalándola en una casa mejor. A mamá le gustó la casa nueva, al menos eso dio a entender a papá. Pero si mirabas de cerca, notabas que había cambiado algo importante en ella. Estaba allí, pero por más que buscaba, no conseguía encontrar sus ojos. Luego volvían las migrañas y ella desaparecía de nuevo detrás de la puerta de su dormitorio.

Papá no sabía qué hacer. Había construido una casa nueva a su familia, había mantenido en marcha la granja y ahora tenía que ocuparse de sus dos hijos. No le gustaba nada de todo eso. Saltaba a la vista lo incómodo que se sentía, la tristeza que le causaba la muerte de su hijo. Pero lo que yo veía ante todo era su cólera. Más cólera que nunca. Era un hombre corpulento de manos ásperas y grasa debajo de las uñas, pero ahí estaba preparando la comida: huevos revueltos con patatas fritas. Papá era uno de esos tipos de la frontera, John Wayne, un hombre de pocas palabras y un rifle

cargado en la camioneta. Era la clase de hombre al que le iba la vida al aire libre y sin embargo ahí estaba, dentro de casa, haciendo la colada y doblando la ropa interior de su mujer, preparando las fiambreras del almuerzo para mi hermana y para mi, y vistiéndonos para ir al colegio. Y aguantándome. En cuanto podía, volvía a desaparecer fuera de casa para ocuparse de la granja.

Si miro en retrospectiva, esa fue la vez que mi hermana y yo podríamos habernos acercado más a mi padre. Una muerte compartida puede lograrlo en algunas familias. Habría sido el momento idóneo para llevarme a pescar. Pero no en mi familia, no con un padre como el mío. Él estaba por casa y tropezaba más que nunca con nosotros, pero eso no significaba que hablara más. Ni una sola vez habló de Russell o intentó hacerlo. De cómo se sentía acerca de ello, o cómo se suponía que debíamos sentirnos nosotros.

Parece bastante claro ahora que había decidido no sentir nada, y aunque día tras día, noche tras noche, vivíamos codo con codo con él, guardaba las distancias, por asustados o solos que pudiéramos sentirnos. Un cabrón irascible. Eso fue lo que dijo mamá de él una vez. Así era mi padre. Frío, irritable, impaciente. Un cabrón irascible.

En muchos sentidos, mi hermana y yo estábamos solos. Un desliz, un signo de debilidad, y era con el cabrón irascible con quien teníamos que vérnoslas.

El problema para mí era que me daba miedo dormirme. Eso era lo que había hecho Russell, se había quedado dormido. Y esa era la única explicación que nos habían dado a mi hermana y a mí: Russell se había dormido y había ido al cielo.

En cuanto me acostaba, oía el ruido lejano, el aleteo del pájaro grande, débil y discordante. Por mucho que rezara, no podía detenerlo. En nuestra casa vieja, mi hermana y yo dormíamos en el mismo cuarto, y podía meterme en su cama, y ella me abrazaba y me contaba cuentos. Oír su voz y estar a su lado siempre funcionaba, y en menos que canta un gallo me quedaba dormido, pero me levantaba al amanecer para que mamá y papá no nos sorprendieran en la misma cama. En la casa nueva mi cuarto estaba abajo en el sótano, y el trayecto hasta el cuarto de mi hermana a través de la casa oscura y silenciosa estaba lleno de peligro, porque tenía que pasar por delante del dormitorio de mamá y papá. Papá

enseguida me pilló. Tal vez si hubiera sido otro padre, me habría preguntado por qué quería estar cerca de mi hermana. Yo seguramente no habría podido explicárselo, pero aun así habría sido agradable que me lo preguntara. Podría haberme cogido de la mano y acompañado a mi habitación, y una vez allí podría haberse sentado al pie de mi cama después de haberme arropado. Tal vez con mi padre en la oscuridad podría haber mantenido alejado el ruido lejano. Pero papá era otra clase de padre. Ahí lo tenías poniéndome de vuelta y media, y luego estaban las palizas, y como yo era testarudo y me gustaba dar el espectáculo, las idas al cuarto de las sillas de montar con el cinturón. Por fin pusieron un cerrojo en mi puerta por el lado de fuera. Tenía que mear en un bote de Masón.

En el mundo de papá no existe el miedo. No hay cabida para él. Si no crees que está ahí, no tienes que lidiar con él. Y si no existe el miedo, no hay necesidad de dar alivio al miedo. Lástima. Tal vez al darlo habría encontrado alivio para él. Pero hay ciertas cosas que sencillamente no están permitidas.

La forma que tenía mamá de enfrentarse a la oscuridad que podía envolverla en cualquier momento era recurrir a lo que siempre había recurrido. La religión católica. Para ella no podía ser de otro modo.

Empezó a ir a misa todos los días. Todas las mañanas, incluso los sábados, mamá, mi hermana y yo nos levantábamos una hora más temprano. Para desayunar, mi hermana ponía a hervir dos huevos y agua, y nos preparábamos un batido Quik de Nestlé. Mamá solo tomaba una taza de café antes de llevarnos en coche a ella y a mí a misa de siete. Por aquel entonces le suponía un gran esfuerzo rezar. La veías intentarlo. Desde que entraba en la iglesia, todo era tratar de llamar la atención de Dios. En la consagración de la misa, cuando monseñor Cody elevaba la hostia, mamá se golpeaba el pecho y decía: Señor, no soy digna. Pero se le notaba. Mamá no sentía realmente lo que decía. O no lo sentía como ella quería sentirlo. Algunas mañanas la oías llorar en el confesionario, y una vez salió furiosa y dio un portazo. Tuvo que llevarme a casa porque se le había instalado Dios Padre en la cabeza. Durante el trayecto de

vuelta a casa la migraña fue tan intensa que tuve que ayudarla a sujetar el volante.

Una noche, después de ver *Lassie* por televisión, nos arrodillamos todos en la nueva alfombra color turquesa con estampado de flores de la sala de estar para rezar el rosario. Mamá estaba a punto de santiguarse cuando mi hermana dijo: ¿Por qué no rezamos nunca los misterios de gozo? ¿Por qué siempre tenemos que rezar los de dolor?

Mamá siguió santiguándose, pero mientras lo hacía no dijo nada. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Viendo su cara, yo no habría sabido decir quién era mi madre. Lo que dijo mamá, muy bajito, fue: Aquí no hay gozo.

Ni siquiera el piano nuevo que le compró papá le sirvió de mucho. Era un Steinway con acabados de nogal. Contemplar su superficie era como mirar en un charco de agua de nogal o en un cristal teñido de nogal. El piano estaba en la esquina de la sala de estar, siempre brillante, sobre la nueva alfombra turquesa con flores, contra el panel de la pared, justo a la izquierda de los pliegues de la cortina naranja que cubría la ventana de aluminio. Mamá no había vuelto a tocar el piano, ni siquiera una vez. Una tarde, al volver del colegio, la sorprendí sentada en el taburete. Miraba fijamente las teclas. Como si fuera un profundo misterio que prometía algunas respuestas. Pero tenía las manos a los costados. Ni siquiera se dio cuenta de que yo la miraba.

Poco a poco, de forma paulatina, pareció volver en sí. Cada vez pasaba más tiempo levantada, de modo que mi hermana y yo no teníamos que hacer tantas tareas domésticas. A veces, al volver del colegio, me llegaba de la cocina el viejo olor a galletas. También recuerdo algunos días flores recién cortadas en la mesa de la cocina. Pero yo seguía sin poder encontrar los ojos de mi madre, y había algo desconocido en ella, algo realmente *difrente*, cierta irritabilidad, como si fuera una cuerda de piano demasiado tensada y un dedo que cayera sobre una tecla con demasiada fuerza pudiera romperla.

Para colmo de males, estaban las facturas. Con la casa nueva, el nuevo Buick del 57 de papá y el nuevo piano de mamá, por no hablar del nuevo equipo de música, mamá tenía algo nuevo por lo que preocuparse. Cómo íbamos a pagar todas esas malditas facturas.

Todo lo que hacía, además de rezar el rosario e ir a misa todas las mañanas, cocinar y limpiar, era quedarse sentada a su nueva mesa de la cocina, con el pelo suelto, la cabeza oculta en una montaña de recibos de color rosa, sus nuevas gafas de lectura de concha negra en la punta de la nariz, y echar pestes a toda velocidad mientras empujaba un lápiz sobre una hoja, sus manos ásperas y rojas de granjera, las uñas en carne viva de cortárselas al ras, sus diminutos números católicos sumándose, restándose, dividiéndose, sin llegar nunca a ser bastante.

Cuando veíamos a mamá así, mi hermana y yo tratábamos de mantenernos a distancia. No sé cómo se sentía ella, pero a mí no me gustaba. Mamá siempre había sido la persona que me hacía saber quién era yo y cómo me sentía. De modo que mantenerme a distancia fue algo que tuve que aprender a hacer, y fue una lección dura. En la segunda Navidad en la casa nueva, tío Pat me regaló un tren Lionel. Tenía todos los accesorios, las vías, el motor, los vagones, la estación de tren de ladrillo rojo, todo menos el transformador.

En Montgomery Ward había un bonito transformador. Era negro brillante y costaba veinticinco dólares. Tenía un selector con el que regulabas lo rápido que querías que fuera el tren, y una luz roja que se encendía y apagaba cuando el tren entraba en la estación. Si rodeaba el transformador con las manos, mis dedos no se tocaban.

En Nochebuena, cuando miré a los pies del árbol de Navidad y vi el transformador negro brillante, fue un milagro. Bajé corriendo las escaleras y lo conecté. La luz roja se encendió, y cuando giré el dial selector se produjo otro milagro. El tren Lionel se puso en marcha. Dio vueltas y vueltas toda la noche. Cruzando la estación, atravesando el túnel de la montaña, deteniéndose ante la señal de recogida de correo. La luz roja intermitente era chulísima.

Ciertas cosas son demasiado bonitas para ser ciertas. El día antes de Navidad mamá cambió de opinión y devolvió el transformador en Montgomery Ward. Dijo que era demasiado caro, que no podíamos permitirnos comprarlo con todas las facturas que temamos que pagar. Compró el transformador pequeño, el de diez dólares que no tenía luz y se veía cómo estaba montado. Te cabía en la palma de la mano.

Solo un niño de nueve años acostumbrado a recibir unos

Levi's
cada año para su cumpleaños sabe lo que es tener y de golpe perder un transformador de tren Lionel. Había visto a mi madre encorvada sobre las facturas ante la mesa de la cocina las veces suficientes para comprender la relación entre esos montones de papel y los quince dólares que acababa de ahorrarse. No me gustó, pero lo entendí.

Lo que pasó poco después, sin embargo, fue algo que me hizo tambalear. Ya he dicho lo importante que era disfrazarnos. Era algo que hacíamos mi hermana, mi madre y yo cuando papá no andaba cerca. Ahora que mamá se encontraba un poco mejor, papá había vuelto a los campos, y mi hermana y yo reanudamos las visitas al baúl del sótano. Mi madre ya no jugaba con nosotros, pero seguía siendo divertido sentirte deslumbrantemente hermoso.

Una tarde me quedé en casa fingiendo tener dolor de cabeza. Mamá pasaba el aspirador por la nueva alfombra turquesa con flores cuando de pronto lo apagó. Levantó la vista como si Dios le hablara. Se santiguó. Luego fue derecha a su habitación.

Mis nudillos contra la puerta de caoba de su dormitorio hicieron un sonido hueco. Vete a jugar, dijo mamá.

Mamá, dije, ¿puedo jugar a disfrazarme?

Si juegas en el piso de abajo, dijo mamá.

Tardé un rato en preguntarlo porque ninguno de nosotros lo había dicho antes en alto.

¿Y si viene papá?, pregunté.

No vendrá hasta la hora de cenar, dijo mamá.

El vestido de tela escocesa verde abotonado hasta arriba, el sombrero de terciopelo negro con el broche de flores, los zapatos negros de tacón con la tirilla alrededor del tobillo. El brazalete de diamantes de imitación. El collar del camafeo. El fular plisado verde alrededor del cuello. El bolso rojo con el cierre dorado. El anillo dorado. Los guantes blancos.

Allí estaba yo, iluminado por la luz del baúl con el conjunto perfecto, y la luz del baúl era el mundo entero, el extraño mundo mágico del mago de Oz, el mundo que olía a Torre Eiffel.

Deslumbrantemente hermoso.

No oí cómo bajaba las escaleras del sótano el otro mundo, el mundo en el que vivíamos cada día.

Era Ott Lattig. El amigo alto y delgaducho de papá que, como él, se encargaba de acompañar a la gente a los bancos en la iglesia. Estaba chillando. Tenía la cara roja y gritaba. Dio una patada al baúl y lo volcó. Me arrancó el bolso rojo de las manos, me quitó los guantes, el anillo dorado. Sin dejar de gritar, me tiró el sombrero de terciopelo negro al suelo, me puso las manos alrededor del cuello y tiró del pañuelo verde, me empujó hacia atrás y me arrancó el cuello de Peter Pan, rasgó el vestido de tela escocesa verde, arrancó los botones.

Traté de esconderme detrás del baúl volcado. No podía desabrocharme las tirillas de los zapatos negros que me rodeaban los tobillos.

Luego apareció mi madre. Con esos dos mismos ojos levanté la vista y ahí estaba mi madre, y no tenía migrañas, se había perfilado las cejas y pintado los labios con Naranja Exótica, y sus ojos almendrados y castaños estaban verdes, no dorados, y me miraban.

¿Cuántos años tenía yo? No más de nueve.

Entonces, no os lo creeréis, mi madre se volvió hacia Ott Lattig y dijo: Gracias, Ott. Ya ves a lo que juega mi hijo. Su padre está muy avergonzado de él.

Vergüenza.

Esa es la palabra exacta.

Joder. ¿Quiénes son esas personas?

No mucho después del incidente de Ott Lattig, un día que papá estaba en el campo, bajé solo a la habitación de la caldera. No abrí el baúl. Acerqué el viejo taburete a la pared, me subí a él y cogí la caña de pescar.

Era de madera y tenía a lo largo pequeñas anillas por las que pasaba el hilo. El carrete era verde. La manilla que hacías girar también lo era. En ella nunca había habido hilo de pescar.

El peso del carrete en las manos, el ruido que hacía al darle vueltas, el tacto de la madera.

Mi hermana tenía una Brownie Instamatic nueva. Al principio se negó a hacer la foto. No quería tener una foto de su hermano pequeño. Mi hermana se estaba convirtiendo en una desconocida. Tuve que darle un dólar.

Estoy de pie delante de la casa nueva, a la derecha de la pícea azul. Con los ojos entornados por el sol. Sostengo la caña de pescar como un soldado con el rifle al hombro.

Esa caña de pescar significaba que tenía un padre y que yo era su hijo.

Y os apuesto lo que queráis a que esa es la foto que acaba, junto con el cuadro de Theresa, en la mochila que me llevo conmigo a recorrer el mundo.

El colegio no era ningún refugio. Yo era corpulento para mi edad, sacaba una cabeza a cualquier chico de la clase. Me costaba sentarme en mi pupitre porque tenía las piernas muy largas. Otra cosa que hacía bien era correr. Correr era importante porque si se me daba bien significaba que podía sacar ventaja a Scardino. Scardino y sus matones, Vern Breck y Michael Muley, siempre estaban persiguiéndome por el patio del colegio. No podían cogerme, pero eran tres contra uno, y tarde o temprano yo acababa en el suelo debajo de Scardino.

«Exasperado.» Yo sabía deletrear «exasperado» pero no podía hacer nada al respecto. Hiciera lo que hiciese, siempre acababa siendo el perdedor. Recé y recé, pero no llegó la ayuda. Era el universo, supuse, que conspiraba. Uno habría dicho que mi hermana me habría ayudado después de todo por lo que habíamos pasado juntos. Pero al hacerse mayor, en sexto y séptimo, la mayor parte del tiempo no quería saber nada de mí. Para colmo de males, a veces dejaba que Scardino le llevara los libros hasta la parada de autobús del instituto Pocatello.

Pero no era solo a mí a quien torturaba Scardino. En realidad tenía a toda la clase aterrada. Una vez metió en el tintero la coleta de Stephanie Smith. Otra se presentó con un tatuaje de tinta en la mano y el pelo engominado con tupé. La hermana Paleta alucinó porque el tatuaje era de los Pochugas, una banda de Los Angeles. Le lavó personalmente la mano y le peinó el pelo hacia atrás. El resto de la clase de aritmética la pasó sermoneándonos. Ese día nos dijo algo que nunca he olvidado. Dijo: Puede que sea una monja vieja, pero no soy estúpida. No penséis que no sé lo que significa cada nuevo peinado, pulsera o tatuaje de tinta. Sé qué está pasando

dentro de cada uno de vuestros cuerpos jóvenes.

La razón por la que recuerdo a la hermana Paleta diciendo eso fue la cara de Scardino. La expresión de que sabía de qué hablaba la hermana. Por supuesto, yo no tenía ni idea. Pero disimulé. Me limité a poner una cara de suficiencia como la que había puesto Scardino.

Luego vino la tarde después de clase de urbanidad que recibí una nota de Scardino. Aterrizó en mi escritorio al lado del tintero. Cuando terminó urbanidad, y antes de que empezara la clase de lectura y de Ichabod Crane, desdoblé lentamente la nota.

«Te espero junto a la lila de delante del colegio. Tengo algo que preguntarte sobre tu hermana. Scardino.»

Después de la campana de las tres, y de coger del ropero el abrigo y la fiambrera del almuerzo, salí del colegio por la puerta principal. Al lado de la lila estaba Scardino con Vern Breck y Michael Muley. Cuando los vi allí, casi me di media vuelta y eché a correr. Pero seguí andando. Traté de fingir que no tenía miedo y me acerqué a ellos.

La cara de Scardino podía adoptar muchas expresiones. Llegué a conocerla casi tan bien como la de mi madre. Llevaba años estudiándola. Debajo de su sonrisa había algo. Ese día la forma en que sonreía no era agradable.

Eh, Klueca, dijo.

Con los años Klusener había derivado en Kluse y finalmente en Klueca.

Breck y Muley también me saludaron.

Me palpitaba el corazón en los oídos.

Hola, dije.

Los tres se quedaron allí sin decir nada. Solo el olor a lila. Luego Breck tiró a Scardino del brazo y no tardaron en estar los tres empujándose. Traté de fingir que yo también me divertía. De momento ninguno me había pegado.

Tu hermana, dijo Scardino.

Vern Breck y Michael Muley se rieron tan fuerte que hicieron reír también a Scardino. Al final este soltó: ¿Tu hermana tiene pelo en el coño?

Aunque no os lo creáis, sé algo sobre el honor entre hombres. Nunca había experimentado antes esa clase de honor en carne

propia. Aun así, en ese momento supe que debía defender la virtud de mi hermana. Quería partirles la cara. Pero era inútil. Eran tres, Scardino, Breck y Muley, contra uno, y eran indestructibles. Además, mi hermana dejaba que Scardino le llevara los libros. Yo tenía los puños cerrados, pero eran como los de Russell, puños de bebé, y lo único que podía hacer era tener berrinches de niño grande. De modo que no hice nada.

Puede que no supiera defenderme en el colegio, pero había crecido y papá consideró que había llegado el momento de que empezara a poner de mi parte para sacar adelante la granja. Así comenzó nuestra nueva relación padre-hijo, él como jefe, yo como mano de obra no remunerada. Para poder hacer frente a los acreedores, papá había ampliado el operativo de la granja, de modo que ahora teníamos una horda de terneros Hereford, además de las vacas lecheras y todos los cultivos. Había mucho trabajo para su nuevo jornalero, pero a mí no me importó mucho. Con los ojos todavía ausentes de mamá y mi hermana absorta en su instituto y sus novios, trabajar en la granja era una forma de evasión. Siempre que no tuviera que trabajar con papá, me las arreglaba bien. Incluso empecé a merodear fuera de casa cuando terminaba mis tareas. Lo que me impulsaba a estar al aire libre eran los lugares secretos que había empezado a considerar míos.

Tenía *difrentes* rincones secretos para *difrentes* usos, *difrentes* estados de ánimo, *difrentes* actividades.

Cuando necesitaba sentirme seguro me refugiaba en el altillo del establo donde guardábamos el heno. Tumbado en el suelo, mirando el techo, tenía la sensación de que dos manos grandes y viejas me sostenían. El viento nocturno lo convertía en un lugar misterioso. Crujidos y gemidos, aullidos felinos, animalitos escabulléndose. La luz de la luna sobre la paja amarilla, el fugaz destello blanco de las alas de las palomas. Las estrellas a través de los orificios del techo. Un lametazo de aire caliente en la nuca y todo lo corriente se volvía mágico.

Había otros rincones.

Cuando quería huir de todo me subía a los vagones de carga. Tres furgones colocados en hilera. Cuando te sentabas en el techo

de uno, sobre todo al atardecer, y soplaba el viento, como solía ocurrir, si entornabas los ojos y movías el cuerpo como si estuvieras en un tren en marcha, desde lo alto de los furgones alcanzabas a ver todo. El río Ganges. El Vaticano. La Torre Eiffel. El puente Golden Gate. El edificio Chrysler. La Vía Dolorosa. El monte Kilimanjaro. Los castillos de España. Lugares lejanos con nombres de extraña sonoridad. A veces todos, uno tras otro tras otro, en la misma tarde.

El elevador de grano era el circo. Iba allí cuando quería ofrecer un espectáculo. Estaba justo detrás del almacén de patatas y tenía la forma de un balancín gigante. El extremo que se enganchaba al tractor era más pesado que el otro, que se elevaba cuatro veces mi estatura.

Lo que hacías era trepar por una especie de travesaños y, cuando llegabas al centro, te sentabas justo encima de la rueda, que era el punto de apoyo. Cada paso que dabas a partir de entonces era en realidad un paso en el aire, porque a medio camino entre el punto de apoyo y el extremo más alto, el elevador empezaba a descender bajo tu peso.

El truco estaba en conseguir el perfecto equilibrio. No sabría decir la cantidad de noches que salía de casa después de cenar y, subido a la mitad superior del elevador de grano, imaginaba que estaba bajo la carpa de un circo, un acróbata volador, suspendido en el aire totalmente inmóvil. Tan inmóvil como la sombra que proyectaba en el suelo.

El almacén de patatas era más que nada un olor. Bajo tierra, oscuro, fresco, y el olor a tierra y a patatas crudas. Había dos grandes puertas de madera por las que entraban y salían los camiones de patatas, y otra pequeña lateral.

Una vez dentro era el olor, que te rodeaba de golpe. Pelad una patata, llevaos la piel a la nariz y oledla. Luego morded un trozo de patata cruda y masticarlo. El sótano de las patatas era ese olor y ese sabor multiplicados por mil.

Cuando bajaba al sótano de las patatas, me transformaba en otra persona de otra época, de otro lugar. Sentado en el suelo oscuro, al lado del montón de patatas, era un cristiano en tiempos de las catacumbas que me escondía de los romanos, o era un chino tumbado en un catre en un fumadero de opio, con la cabeza llena de cielos azules surcados por ondeantes banderas de rojo chino y

dorado chino. O era un soldado americano de la segunda guerra mundial, un paracaidista detrás de las líneas enemigas.

Luego estaban los graneros. No el granero de madera a nivel del suelo, sino los cuatro graneros redondos de chapa de acero que papá había construido uno al lado del otro formando un cuadrado, y que había levantado unos tres metros y medio del suelo sobre un andamio hecho de traviesas de vías ferroviarias unidas con cemento, para que los camiones de grano pudieran pasar por debajo y bastara con abrir la trampilla metálica para que el grano cayera en ellos, ahorrándose así muchas paladas. Entre los dos graneros orientados al este había un pasadizo con el suelo de planchas de acero soldadas entre sí y en forma de reloj de arena. A media tarde hacía sombra allí, y se veía el almacén de patatas, la pocilga y más allá.

En ese pasadizo fue también donde aprendí a fumar y donde me aficioné a la lectura. Los Bowery Boys me parecieron aburridos. Nancy Drew era mejor. Aun así no puedes leer sobre Nancy con su mono, conduciendo disgustada su deportivo descapotable de dos plazas, durante mucho tiempo seguido.

Mamá y papá querían que leyera exclusivamente libros católicos buenos. El único libro católico bueno que se puede leer es el misal, la Biblia y *Vidas de santos*, de modo que tenía que esconder todo lo que valiera la pena. Llevaba a Steinbeck, a Willa Cather y a Hemingway dentro de los pantalones. Leer lo hacía todo *difrente*. Ya no estaba atrapado en un mundo con mi madre, mi padre, mi hermana, los católicos y los mormones en una maldita granja de los Tyhee Flats. Antes de mis libros, mis rincones secretos solo eran lugares donde podía esconderme. Ahora eran los lugares donde iba a leer y a descubrir cosas sobre gente como yo. *De ratones y hombres, Mi Antonia, Winesburg, Ohio, París era una fiesta*.

La casa de los mexicanos seguía estando demasiado lejos para mí. Además, era un kilómetro de terreno absolutamente llano, sin ningún accidente detrás del cual esconderse si papá andaba cerca. Pero en cuanto medí metro y medio de estatura, papá empezó a dejarme conducir la furgoneta y cada día después del colegio, cuando acababa mis tareas en el establo, tenía el nuevo cometido de repartir veinticinco fardos de heno entre las doscientas cabezas de terneros Hereford que papá había comprado y encerrado en los

nuevos corrales de engorde junto a la casa de los mexicanos.

Cuando empecé a conducir hasta los nuevos corrales de engorde de papá para dar de comer al ganado, durante el verano, y pasaba por delante de la casa de los mexicanos, solía haber un puñado de niños sucios en ropa interior jugando en el suelo. Un verano se instaló una familia con un perro amarillo enclenque al que Tramp odiaba, de modo que cada vez que me acercaba veía a ese perro echar las orejas hacia atrás, meter la cola entre las patas y entrar corriendo en la casa.

En otoño, cuando los mexicanos habían regresado a Del Río, a veces rodeaba la casa dando patadas a la tierra polvorienta que se convertía en barro resbaladizo cuando llovía. Había tres ventanas y atisbaba por cada una. Pero nunca entraba. Estaba demasiado sucio.

Antes de que conociera a Flaco y Acho, los mexicanos solo eran una parte del paisaje de primavera y verano. Se metían en el patio en sus viejas camionetas Ford cargadas de cosas. Ni siquiera sé qué clase de cosas. Solo una camioneta llena de cosas y de niños. Continuaban hasta la casa de los mexicanos, se quedaban ahí mientras había trabajo y hacía calor, y luego se marchaban.

No hablaban inglés. Eran católicos, pero no iban a misa. Mi madre nunca trató de convencerlos para que lo hicieran.

Sin embargo, el mejor lugar secreto de todos era la poza. Era lo más lejos que se podía ir sin salir de la granja. Y resultaba difícil acceder a ella porque había que conducir medio kilómetro por lo menos a lo largo de la estrecha orilla del canal. Tenías que ser un conductor habilidoso para conducir por esa estrecha franja y yo no lo fui hasta que cumplí los trece años.

Junto a la poza había una cascada, no como la de Yosemite ni nada parecido, pero tenía una altura de casi dos metros, y el agua caía por encima y a través de un afloramiento de roca volcánica oscura y resbaladiza. Justo debajo, las paredes de cemento de cada lado del canal se juntaban en una compuerta y reunían el agua en una poza de dos o dos metros y medio de profundidad. Encima de las paredes de cemento había una larga tabla de madera sujeta con tornillos por la que podías cruzar.

Cerca de la roca volcánica había un cedro. Estaba al otro lado de la frontera, en la reserva, no en nuestra granja sino a unos pocos metros del amarillo, bien plantado en medio de todo ese rojo.

Torcido como el viento.

A veces, sentado en la tabla atornillada que se extendía sobre la compuerta, o nadando, o las noches de verano que subía a la poza, el viento que soplaba a través del cedro hacía un sonido de lo más melodioso.

Melodioso supongo que es el adjetivo que mejor describe ese sonido. También triste, pero era una tristeza con un puntito agradable. Como te sientes cuando has llorado mucho, o a veces después de correrte. Una clase de tristeza como la que te produce la canción «Now Is the Hour». Y allí también había un secreto. El viento a través de las ramas del cedro te hacía creer que lo había. Un gran secreto, un secreto enorme sobre el misterio de la vida que nunca descubrirás.

Georgy Girl me dijo que los susurros del viento en el cedro eran las voces de sus antepasados. Dijo que si escuchaba con atención sabría qué hacer con su vida.

Si lograba dejar de beber el tiempo suficiente para escuchar.

La oración que yo elevaba a los antepasados de Georgy era que escuchara.

Tenía mis libros y mis lugares secretos, los Viceroy que había robado a mi padre y un anhelo al que no sabía poner nombre. Pero lo reconocía. El anhelo que había en mí era el de mi madre. Siempre pensé que podría quitarle el suyo y ahí estaba yo con el mío. Deambulando por un mundo que no comprendía, sin estar nunca donde realmente estaba, soñando con algún otro lugar. Aun así creía que si lograba encontrarme a mí mismo en sus ojos, ella se encontraría de algún modo en los míos.

Creo que fue el verano de quinto cuando mi hermana y yo fuimos al campamento
4-H.

Era la primera vez que íbamos a alguna parte. Yo tenía preparado mi talego y me levanté temprano. No me asustaba irme de casa. Después de un desayuno especial, puse el talego en el maletero y me senté en el asiento trasero del Buick. Mi hermana se sentó delante con mi padre. Cuando papá arrancó el Buick en el camino del garaje, me volví para decirle adiós a mamá con la mano. Estaba

allí sola al sol junto a la pueril mosquitera. Llevaba su otro vestido de andar por casa, el rojo. Tenía una mirada distante. En cuanto la vi, empecé a llorar a moco tendido. Mi padre se puso a echar pestes de mis lágrimas. Se creía que lloraba porque me daba miedo separarme de mamá. Tero no era por eso. Lloraba porque iba a quedarse sola en casa con tanto trabajo y ninguna alegría. Lloraba porque no iba a tenerme a mí para cuidarla. Lloraba porque iba a estar sola con él.

Había observado a mamá toda mi vida. La había observado rezar. Todos esos años rezando el rosario, yendo a misa, haciendo novenas a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Todas las letanías y peticiones al dulce Jesús, el Hijo único de Dios, que había sufrido y muerto por nuestros pecados y había salvado el mundo del infierno. En algún momento durante tanta observación llegué a la conclusión de que Jesús no iba a salvar a mamá de nada. A menos que yo interviniera. Dios Padre, su Hijo Jesús y el Espíritu Santo eran un poco duros de oído. Me correspondía a mí echarle un cable. Me convertiría en amorosa bondad y sería esa presencia en su vida, y sus oraciones serían atendidas. Ella estaba tan sola y triste después de lo de Russell y demás que necesitaba toda la ayuda que pudiera recibir. Papá no la veía en realidad. Solo era su mujer. Él no entendía su relación con el piano ni su secreto anhelo de haber nacido estrella. Y si lo hacía, le traía sin cuidado.

Hubo una tarde, al año siguiente, después del colegio. Era viernes y mi hermana había ido a pasar el fin de semana a casa de una amiga. Yo bajé del autobús, y cuando este siguió su camino, me quedé de pie en la grava. Las cortinas de casa estaban corridas, lo que significaba que mamá tenía migrañas. Entré por la puerta trasera, como solía hacer para no manchar el suelo de barro. Me sorprendí cuando me llegó el olor a galletas de chocolate. Era Inconfundible.

El interior de la casa estaba oscuro. Hasta el estor de la cocina estaba bajado. En la encimera de formica verde, sobre una hoja de papel encerado, en una pulcra hilera, estaban las galletas marrones. Aún no habían sido cubiertas de chocolate y en el fregadero estaba el bol verde lleno de agua sucia. Dentro del bol vi la espátula de goma y las paletas de la batidora. La batidora eléctrica, la nueva Mixmaster de mamá, seguía enchufada.

El horno todavía estaba caliente. Toqué una galleta y también lo estaba, y me la comí aunque se suponía que teníamos que esperar a que se enfriasen y estuvieran cubiertas de chocolate.

Había visto a mamá preparar el adorno de chocolate tantas veces que decidí seguir adelante. Haciendo el menor ruido posible, cogí un bol y puse azúcar glasé, luego derretí un cubo de mantequilla en la sartén plana y la eché sobre el azúcar. Añadí el chocolate en polvo Hershey. Dos cucharadas soperas.

No utilicé la batidora porque esa clase de ruido enloquecía a mamá cuando sufría migrañas. Con una cuchara de madera mezclé la mantequilla, el chocolate y el azúcar glasé. Tardó un tiempo en adquirir la consistencia adecuada. Yo no paraba de dar lametazos.

Para cuando tuve listo el chocolate de adorno, las galletas estaban lo bastante frías, de modo que con un cuchillo de mesa cubrí cada galleta.

Cuando terminé sobraba más de la mitad del chocolate del bol y me lo comí. El único ruido que hice al lavar los platos fue el del agua al abrir y cerrar el grifo.

Llené de agua la cafetera de filtro, eché dos cucharadas de café en el pequeño chisme de aluminio con agujeros, lo aplané, lo deslicé en su sitio, lo tapé y lo enchufé.

La casa no tardó en oler a café y a galletas de chocolate.

A mamá le gustaba el café con un poco de nata y sin azúcar. De la superficie de la jarra de leche, con la cuchara sopera, retiré la nata, la dejé caer en una de las tazas de mamá con platito a juego y revolví.

Coloqué las dos galletas de chocolate en un pequeño plato con el borde dorado que tía Alma había regalado a mamá.

Dejé la taza con su platito y el plato de galletas en la mesa del televisor y la empujé hasta el piano. Abrí el nuevo piano de nogal de mamá para ver todas las teclas. Encima de una tecla blanca puse el pulgar y terminé el acorde con el resto de los dedos. La primera tecla era el *do* central, me lo había enseñado mamá. Si aprendes a encontrar el *do* central, decía, podrás llegar a donde quieras.

El *do* central en las habitaciones oscuras de nuestra casa, el café y las galletas de chocolate. Me senté en el sofá verde y esperé.

La oí primero en el cuarto de baño. Cuando entró en la sala de estar iba maquillada, con las cejas perfiladas y el pelo ahuecado.

Barra de labios Naranja Exótica.

Cuando iba por la segunda taza de café, descorrí las cortinas. Mamá dijo que me había salido muy bien el adorno.

Tocó el piano y cantamos «The Bible Tells Me So». Dos veces. La segunda vez mamá hizo la segunda voz, que es algo que yo sabía hacer si me tapaba los oídos y me escuchaba solo a mí.

«Faith, hope, and charity. That's the way to live succesfully.» Luego «Going to the chapel, and
we're
going to get married», que era la canción favorita de mi hermana.

Por último cantamos «Now is the Hour». Yo estaba de pie muy cerca de mamá, que estaba sentada en el taburete redondo giratorio, tan cerca que casi le tocaba el brazo. Canté tapándome las orejas mientras ella hacía la segunda voz.

«Now is the Hour» era justo lo que necesitaba mamá. Esa canción tiene algo. Es triste pero al mismo tiempo te hace sentir bien por dentro.

Mamá se sintió mejor después de «Now is the Hour».

Volvió a ponerse las gafas y en sus ojos apareció el dorado.

«Now is the Hour» siempre hacía sentirse mejor a mamá.

En su catorce cumpleaños, a mi hermana le regalaron un álbum de autógrafos. Era de piel sintética blanca con un cierre con llave y la inscripción «AUTÓGRAFOS» en letras doradas e historiadas. Mi hermana no me dejó firmar en él. Solo podían hacerlo sus amigas y los chicos que le gustaban. En aquella época, ella llevaba sostén y medias de nailon con liguero, y siempre hablaba de chicos. En el campamento de verano
4-H
fue Kevin Davies. En el colegio era Johnny Wyeth. En la iglesia siempre miraba a Mick Havorka. Le pidió a Scardino que le firmara en su álbum de autógrafos y él no quiso. Pero a mí no me dejó hacerlo. Mi hermana no me miraba ni me dirigía la palabra. Podía hablarme en casa si no estaba de mal humor, pero en el colegio o en el mundo exterior no quería saber nada de mí. A menos, naturalmente, que necesitara que le prestara dinero. Yo siempre ahorraba mi paga semanal y ella se gastaba la suya. No fallaba

nunca, yo era fácil de convencer y mi hermana de algún modo lograba sacarme el dinero.

Aunque en realidad no me importaba. Mi hermana era como mi madre. Yo sabía de ella mucho más de lo que ella creía. En el colegio ella no era popular. Mamá y papá no la habían dejado entrar en el club de motivación, ni en ningún otro club, por la gasolina extra que suponía, y luego estaban todas las horribles tareas domésticas. Mi hermana era bastante guapa, lista y graciosa, pero ella no lo sabía. Se creía fea y gorda, y que tenía un pelo horrible, pero mamá no le dejaba aclarárselo. Además, no había muchos chicos católicos con los que salir. Todo hijo de vecino era mormón. Así que del mismo modo que me había convertido en Jesús para mamá, empecé a ser como un novio para mi hermana. Pero no me malinterpretéis. No un novio de verdad, sino como un novio, ¿entendéis? Tal como estaban yendo las cosas, su deseo de ser guapa y popular no iba a hacerse realidad. De modo que me correspondía a mí ayudarla.

Algo que mi hermana y yo sabíamos hacer era bailar. Ella necesitaba una pareja de baile y fuera de la granja no solía haber chicos de sobra, de modo que cuando aprendió el jitterbug de Francie Lutz, me enseñó a bailarlo y practicábamos en casa.

Algunos días, al volver del colegio, antes de cambiarnos de ropa y hacer las tareas, si mamá no tenía migrañas mi hermana ponía sus tres singles en el tocadiscos. Elvis Presley cantaba «Jailhouse Rock», los Everly Brothers, «Wake Up Little Susie», y Fats Domino,
«I'm
Going to Be a Wheel Someday».

Lo cierto es que se me daba aún mejor bailar que correr. Y mi hermana y yo acabamos haciéndolo tan bien que era capaz de levantarla en el aire y llevármela a una cadera y a la otra, y volver a levantarla y hacerla deslizarse entre mis piernas, y si llevaba falda larga, ella abría las piernas, y cuando caía con el trasero en mi barriga yo volvía a levantarla en el aire y, en ese último levantamiento, ella pegaba la barbilla al pecho y daba una voltereta de trescientos sesenta grados en el aire hasta quedar de pie en el suelo.

La Primera Conferencia Anual de Institutos Católicos se celebró en Idaho Falls. Idaho Falls se encuentra a solo ochenta kilómetros

de Pocatello, pero en aquella época era el lugar más lejano donde mi hermana y yo habíamos estado solos, aparte del campamento de verano
4-FI
en Palisades Park. Faltamos a todas las clases ese día.

Lo que cabreó a Joe Scardino.

Idaho Falls es una ciudad realmente extraña porque hay un templo mormón, y en ella viven todos los gerifaltes de la planta nuclear de Arco, la Ciudad Atómica; además, todos los chicos del instituto Idaho Falls se recogían el bajo de los pantalones por encima de los tobillos.

Todo el día en la conferencia fue rezar. Luego hablar, hablar y más rezar, comer en la cafetería, más rezar y hablar, rezar y hablar, cenar en la cafetería y más rezar. Pero lo que ocurrió tras los rezos de después de la cena fue lo que más importancia tuvo para mi hermana y para mí. El Concurso de Jitterburg para Adolescentes de Todos los Estados.

No me sentí nada intimidado en medio del gimnasio con todos los demás bailarines. Sí pensé que me iba a explotar el cuerpo esperando con ansia que empezara la música.

La primera canción fue «Lollipop», que tiene un buen ritmo para bailar el jitterbug. Mi hermana y yo hicimos nuestros giros por debajo del brazo, nos deslizamos los brazos mutuamente por los hombros, luego hicimos ese pase en que ella me coge la mano derecha y yo paso por debajo y la rodeo, y cuando vuelvo a estar frente a ella le doy dos vueltas. Por último juntamos los brazos en alto y pasamos por debajo, y nos inclinamos en el preciso momento en que se acababa la canción y dejaba de oírse la música.

Los jueces eran dos profesores del Arthur Murray Dance Studios de Idaho Falls, un hombre y una mujer; corrió la voz de que eran Arthur Murray y su señora, pero no se me ocurría qué podía estar haciendo Arthur Murray en Idaho Falls.

Bueno, pues los jueces nos seleccionaron como una de las t meo parejas concursantes Finalistas.

Luego como una de las dos finalistas.

Mi hermana comentó que habíamos tenido suerte y yo le di la razón. Pero en secreto me pregunté si era por el rosario que había rezado con el propósito especial de que la canción para el gran

premio fuera «Wake Up Little Susie». Tal vez Dios, Jesús y el Espíritu Santo nos escuchan de vez en cuando.

Mil veces. Mi hermana y yo habíamos bailado mil veces «Wake Up Little Susie».

Mi hermana y yo no estábamos seguros de si debíamos hacer el paso en que me la llevo a la cadera derecha, luego a la izquierda, la levanto en el aire y la hago deslizarse entre mis rodillas, y vuelvo a levantarla en el aire, y entonces ella, con las piernas abiertas, cae con el trasero sobre mi barriga y, dando una voltereta de trescientos sesenta grados, se queda de pie en el suelo, porque no estábamos seguros de la parte de las piernas abiertas, si era pecado o no, porque cuando hacíamos ese paso y mi hermana daba la voltereta de trescientos sesenta grados, a veces se le veían las braguitas.

De modo que estábamos bailando «Wake Up Little Susie», y yo esperaba que ella me hiciera una señal para empezar ese paso, pero no hizo ninguna. Y de repente, justo al final, cuando dice «our reputation is shot», ocurrió algo dentro de mí y me sorprendí llevándome a mi hermana a la cadera derecha y luego a la izquierda, y levantándola en el aire. Ella sonreía de oreja a oreja, tenía sus ojos de gitano ruso desorbitados y su pelo castaño rizado ondeando, y se deslizó entre mis piernas, volvió a elevarse en el aire y puso cara de «oh, qué diablos», y continuó y cayó con las piernas abiertas sobre mi barriga, acabó con la voltereta de trescientos sesenta grados hasta aterrizar en el suelo, y todo el público se levantó gritando y aplaudiendo.

Nos costaba respirar la gran cantidad de aire que entraba y salía de nuestros pulmones, y estábamos cogidos de la mano, sonriendo. Mi hermana enseñaba las encías y todo el público gritaba desde las gradas, y supimos que gritaban por nosotros.

Entonces Arthur Murray dijo: ¡Los ganadores son Mary Margaret y Rigby John Klusener!

Cuando miré a mi hermana, por alguna razón cuando la miré en ese momento, logré ver más dentro de ella que nunca. Era realmente guapa, tan feliz. Pero eso no era todo.

Se parecía muchísimo a mamá.

Mi madre disfrutó de lo lindo cuando mi hermana y yo ganamos el

concurso de baile. Pero en realidad lo que la hizo reaccionar fue que me fuera a confirmar. La confirmación es cuando el Espíritu Santo desciende y entra en las almas de los chicos y las chicas, que a partir de entonces se convierten en hombres y mujeres.

Yo estaba bastante emocionado ante la perspectiva de hacerme hombre. No sabía exactamente qué esperar. Solo supuse que tener al Espíritu Santo dentro debía hacerte sentir genial, y como el Espíritu Santo estaba dentro de ti, te hacías fuerte, y empezabas a actuar como una persona fuerte y honrada, como actúan los hombres, como nunca había actuado antes, lo que tenía que ver con no asustarme tanto, del mismo modo que papá y Scardino no tenían miedo.

Pero cuando me confirmé, tenía doce años y aún no sabía nada de sexo. Quiero decir que había oído hablar de él, sobre todo a Scardino. Además, en los libros que leía a veces había escenas de sexo. Pero hasta entonces el sexo era algo que ocurría a otros, a mi hermana, a Scardino, a Breck y a Muley, y en los libros. Pero a mí nunca me ocurriría porque —aún no os lo he dicho— en secreto creía que Dios iba a dejarme totalmente al margen de todo ese asunto del sexo y que tenía vocación de sacerdote.

En realidad nunca lo había expresado en voz alta. Una vez hablé de ello con monseñor Cody en confesión. Le pregunté si podías ser sacerdote si eras la clase de persona que siempre te hacías preguntas acerca de Dios. Qué andaba tramando y por qué hacía sufrir tanto a la gente, incluidos los niños, como Russell. Monseñor tardó mucho en responder y por fin dijo: Esa es exactamente la clase de hombre que debe ser un sacerdote, pero será mejor que te hagas jesuita por si acaso.

Ser sacerdote jesuita parecía tener sentido. Yo no quería ser granjero. Tal vez podría ser ingeniero técnico porque me gustaban las matemáticas. Pero no encajaba realmente en ninguna parte. No tenía muchos amigos, que digamos. No me gustaban mucho las chicas. Me pasaba casi todo el tiempo leyendo. Inteligente, buen chico en el colegio. Me gustaba ayudar. Pensaba en Dios a todas horas. Me hacía preguntas acerca del universo. Pero tenía un montón de dudas. Había visto frustrarse demasiadas ilusiones.

Hubo muchos factores que me hicieron cambiar afortunadamente de parecer. En primer lugar, los libros. ¿Cómo iba

a ir a España a lidiar con toros si era sacerdote? Y enamorarme. Enamorarme era sin duda algo que nunca haría, pero parecía lo mejor que podía ocurrir. Los sacerdotes no se enamoraban de nadie aparte de Dios. Aun así, la idea de leer y escribir libros, y pasear con faldas largas, beber vino, fumar y hablar de filosofía mientras trabajabas en la huerta parecía una vida ideal.

Sin embargo, ocurrieron dos incidentes que me hicieron cambiar rápidamente de opinión.

El primero tuvo lugar un domingo en la iglesia. Todo empezó cuando la hermana de mi madre, tía Zelda, dijo a la señora Di Maio que Mary Margaret, mi hermana, era una fresca que se acostaba con todo el mundo. Mi madre no tardó en enterarse. Y cuando lo hizo se quedó deshecha. En menos que canta un gallo mi hermana se estaba escondiendo debajo de la mesa de la cocina, con la nariz ensangrentada. El domingo siguiente quiso el destino que tía Zelda y mamá se encargaran de servir los cafés y los donuts después de la misa. Después de la comunión, tía Zelda se levantó de su banco, se santiguó haciendo una genuflexión, recorrió el pasillo y bajó las escaleras del sótano. Mamá la siguió de cerca. Fue allí mismo, en el sótano de la iglesia, donde mamá y tía Zelda se enzarzaron, mientras monseñor Cody terminaba la misa. Mamá y tía Zelda despotricando a voz en cuello donde todos los feligreses podían oírlas.

Yo lo tuve muy claro. Arriba, monseñor decía: Id en paz. Abajo, mamá gritaba: Aquí no hay más puta que tú.

Arriba estaba todo lo que me habían enseñado. Jesús decía que para entrar en el Reino de los Cielos tenías que ser como un niño. Jesús decía que pusiéramos la otra mejilla. Jesús decía que amáramos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Sin embargo a quien yo apoyaba era a mi madre, que estaba abajo. Los bofetones que ella propinaba a tía Zelda era lo que me habría gustado hacer con Joe Scardino. ¿Y cómo podías amar al prójimo como a ti mismo cuando llamabas negratas a tus vecinos?

Probablemente fue a partir de ese momento cuando empecé a vivir más abajo que arriba.

La palabra es «hipocresía» y aprendí a deletrearla hacia la época en que aprendí a deletrear «exhaustivo». Conocía su definición, «apariencia de virtud y religiosidad», pero no fue hasta ese domingo

en que los cacharros volaron por los aires y se desató el infierno en el sótano de la iglesia cuando entendí lo que verdaderamente significaba.

El segundo incidente ocurrió cuando cumplí trece años. Casi el mismo día. El sexo me golpeó como un fuerte viento caliente. Y desde entonces ser hombre es algo que no he superado. La confirmación y el Espíritu Santo no pudieron con lo que empezó a ocurrir dentro de mis calzoncillos.

De nuevo, supongo que todo depende de quién crees que es el Espíritu Santo.

Aun así, cada vez que me hacía una paja quería morirme. Después siempre prometía no volver a hacerlo. Pero no había pasado ni una hora y ahí estaba. Luego ahí me tenías el domingo por la mañana antes de misa en el confesionario, diciéndole a monseñor Cody cuántas veces había violado el sexto mandamiento.

En una ocasión en que le dije a monseñor las veces que lo había hecho, él respondió elevando demasiado la voz: ¿En una semana?

Creedme, algo que he aprendido en mis diecisiete años es que tienes que tomar pronto una decisión sobre si quieres vivir en este mundo o en el que vendrá después de este.

Tal como yo lo veo, sabemos que tenemos este mundo, de modo que vive en él mientras estés aquí. Y el próximo supongo que ya se verá cómo van las cosas.

No he estado siempre tan seguro. Si nunca hubiera conocido a Georgy Girl, todavía estaría meneándomela con un puño y golpeándome el pecho con el otro con un *mea maxima culpa*.

Mis lugares secretos se volvieron aún más importantes. Al principio eran lugares donde podía escapar de mamá y mi hermana, y esconderme de papá. Luego se convirtieron en lugares donde podía fumar, leer y pensar. Cuando cumplí trece años, mis lugares secretos eran lugares donde podía masturbarme, pero era más que eso lo que me ocurría cuando estaba solo y me tocaba. Ocurría algo *difrente*. Algo mágico.

Cuando encontraba mi polla, mi cuerpo aterrizaba de golpe en el mundo. El mundo real con las cosas mundanales. De pronto nuestra granja, que hasta entonces había sido más un concepto que un lugar, empezaba a ser *difrente*. El viento de primavera que soplaba a través de un campo de alfalfa, el agua que corría sobre la grava, lo lisos que son los postes de una valla, el temblor en la cruz de un caballo, la nubecilla blanca en el cielo azul y despejado.

Antes, cuando estaba en uno de mis lugares secretos y me sentía a salvo, y no había nadie alrededor, cogía un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendía, o sacaba un nuevo libro de la biblioteca que llevaba dentro de los pantalones. En cambio ahora podía meter la mano dentro de mis calzoncillos y tocarme la polla, los huevos. Había vuelto la magia.

Era como si llevara mucho tiempo dormido y me hubiera despertado de golpe.

Deslumbrantemente hermoso.

Y el mundo también estaba vivo. El pajar del establo era un gran lugar adonde ir. El sol amarillo que entraba por los orificios del techo de madera, el Espíritu Santo que descendía desde lo más profundo de tus entrañas.

Detrás del establo, saliendo por la puerta trasera, la plataforma redonda de cemento gris, la madera que cubría el establo con sus pequeñas ondulaciones, el sol ardiendo sobre los trozos lisos y calientes de gris, el culo desnudo contra la madera.

Entre los dos graneros que miraban al este, en el estrecho pasillo en forma de reloj de arena, podías quitarte toda la ropa sin que nadie te viera, pero tú lo veías todo: la tierra, el cielo, las nubes, durante kilómetros y kilómetros.

Encima de los vagones de carga, tres furgones en hilera, cuando te tumbabas boca arriba en el techo de uno de ellos, sobre la madera, si entrecerrabas los ojos y movías el cuerpo como si estuvieras follando encima de un tren, creedme, tú eras la Torre Eiffel, el edificio Chrysler, el monte Kilimanjaro, los castillos de España. Lugares lejanos con unos nombres de sonoridad extraña. Todos esos nombres de sonoridad extraña los tenías en la lengua mientras te corrías.

El elevador de grano, el circo, adquiría todo un nuevo significado para el acróbata volador.

El almacén de patatas que era más que nada un olor, subterráneo, oscuro, fresco, y el olor a tierra y a patatas crudas. A veces podías abrirte paso desnudo entre un montón de patatas y eras un esclavo cristiano escondiéndose en tiempos de los romanos. O un chino tumbado en uno de los catres de un fumadero de opio, el virrey de la oscuridad, dando una calada larga, naranja y caliente de opio. La última calada, ese dragón mágico, era cuando se te ponían duros los pezones y se te llenaba la cabeza de cielos azules crudos surcados por banderas ondeantes de rojo chino y dorado chino. Tu respiración era como esas banderas después de correrte. O eras un soldado americano de la segunda guerra mundial escondido en una trinchera alemana, con el campamento de las SS a apenas unos metros. Acuclillado en la oscuridad, aterido de frío, solo, te bajabas despacio la cremallera, esperando el momento adecuado para tirar de la anilla de la granada de mano y hacer volar por los aires todo el alto mando de Hitler.

En la casa de los mexicanos, sentado con el culo desnudo encima de la fría estufa de hierro, viendo lo lejos que podías disparar esta vez. Pero eso fue antes de Flaco y Acho. Después de conocer a Flaco y Acho, el verano que cumplí dieciséis años, y después de que se marcharan, fui un par de veces a la casa de los mexicanos para masturbarme. Pero las dos veces, cuando estaba a punto de correrme, en lugar de hacerlo me eché a llorar.

La poza era otro asunto; no sabría deciros la de veces que me tumbé desnudo sobre la tabla descolorida por encima del agua que caía por las rocas volcánicas. Siempre, siempre con la vista clavada en el cedro, el cielo azul detrás de sus nudos, el susurro del viento a través de sus ramas, lo más melodioso que he oído nunca.

Curioso, ahora que pienso en ello, que siempre me sintiera seguro en la poza. Estaba convencido de que nadie podía verme allí. Pero por encima de la valla, en el lado rojo, el de la reserva, en un bosquecillo de álamos, estaba la vieja cabaña de leños que apenas se veía y donde creía que no vivía nadie. Y, quién lo hubiera dicho, desde el principio, todo el tiempo, había vivido allí con su abuela nada menos que el mismísimo diablo en persona: el indio infame, borracho y maricón, George Serano.

3

Llevaba un tulipán amarillo

Todo tiene sentido cuando piensas en ello, y sabe Dios que he pensado en ello. El sexo es la razón por la que estoy aquí solo, en la autopista 93.

El sexo y mi familia son sencillamente incompatibles, como los mormones y la
Coca-Cola,
Joe Scardino y yo, o los buenos blancos católicos y los indios y los negratas, de ninguna manera. Lo mires como lo mires, es rarísimo. Dios por un lado, y el sexo y Lucifer por el otro. Mi familia y el trinomio sexo, deshonra y culpabilidad.

Personalmente, el acto sexual con otra persona siempre me ha parecido más que un poco confuso. Es de valientes tener relaciones sexuales, dejar que alguien se te acerque tanto. Durante muchísimo tiempo tuve miedo de mi propia sombra, y no digamos de otro cuerpo humano con corazón. Tanto miedo e ignorancia que superar. A los catorce años estaba muy lejos de haber superado algo, y no estoy muy seguro de los progresos que he hecho. Entonces el sexo conmigo mismo ya era bastante confuso. Sabía que estaba mal, mejor dicho, que mis padres creían que estaba mal. Pero, con franqueza, era lo más cerca de Dios que había estado nunca, y eso fue mi salvación y mi perdición.

Mi salvación y mi perdición empezaron un día al volver del

colegio. Mamá estaba en la cocina, con su viejo vestido rojo de andar por casa de siempre, el pelo con rulos dentro de una redecilla, de espaldas a mí, inclinada sobre algún bol, para variar, revolviendo algo. Ese día eran galletas de avena y la cocina olía bien.

Después de merendar leche con galletas, fui en la furgoneta a los corrales de engorde, y cuando terminé de fumarme uno de los Viceroy de papá escuchando los grandes éxitos del momento, desaté veinticinco fardos de heno. Bajé las ventanillas y, mientras entraba en el establo dando marcha atrás, puse la radio a todo volumen y canté «Helio, darkness, my old friend» con Simon y Garfunkel y Tramp. Tramp tenía esa expresión, con la lengua fuera, y sonreía. Movía la pata en el aire.

Llevé el balde de veinte litros de agua de la casa a la pocilga y remojé a los cerdos, luego di de comer a las gallinas y cogí los huevos. Eran cerca de las cinco de la tarde. Había terminado mis tareas y el sol seguía alto. Estaba apoyado en el establo al sol, con el culo desnudo contra la tibia madera rojiza. Me la estaba meneando despacio, sintiendo cómo me invadía el profundo embrujo de la tierra y el estiércol bajo mis pies. Estaba casi a punto, respirando entrecortadamente, cuando el picaporte de la puerta trasera del establo giró, gimieron los goznes, la puerta se abrió y ahí estaba ella, con su vestido rojo de andar por casa, las cejas depiladas, los rulos y la redecilla, las pequeñas arrugas que le empezaban alrededor de la boca, mirándome con sus ojos almendrados y castaños enrojecidos, húmedos y desorbitados, mi madre.

Antes de lo que se tarda en decir «pecado mortal», mamá había cerrado la puerta del establo, y allí me quedé, con los pantalones bajados hasta los tobillos, apoyado contra la pared, la polla goteando semen sobre el estiércol seco. Solo Tramp y yo, y la trampilla al infierno que se había abierto dentro de mi corazón. No podía moverme. De verdad, no exagero. Me caí de bruces y no traté de agarrarme a nada, como en los dibujos animados del Correcaminos. Estaba de pie en una posición y un segundo después estaba en la misma posición pero tumbado.

El tiempo transcurrido desde que me sorprendió mamá hasta la cena a las seis de la tarde fue una eternidad. Todo el mundo dice

«eternidad» como una palabra más, pero ese día, esa hora lo fue en toda su extensión, algo que nunca iba a acabar, y que yo no quería que acabase, porque eso significaba que tendría que entrar en casa y permanecer a la vista de los ojos almendrados y castaños de mi madre. Todo lo que quería hacer era fumar y fumar sin parar, pero los cigarrillos de papá estaban dentro de casa, encima de la nevera; además, si cogía más de uno, lo notaría.

Tramp, dije, la hemos armado buena.

La cara naranja de Tramp sobre su cara negra, la lengua colgando.

Tramp, dije, ¿qué voy a hacer?

Tramp tenía esa expresión.

¿Qué diablos voy a hacer?

Tramp levantó la pata, la agitó en el aire.

Debería haber empezado a hacer autostop entonces. Pero aún no estaba preparado. Tendrían que transcurrir otros tres años antes de que estuviera listo para ponerme en camino.

Al volver andando del establo a casa, la sombra que proyectaba en el suelo alrededor de mis pies era el agujero negro en el que me adentraba. Lo único que oía era el ruido de mi propia respiración. Puse una mano en la puerta mosquitera y tiré de ella. Agarré con la misma mano el pomo de la segunda puerta y lo hice girar. Saqué los pies de la rejilla cuadrada de sombra que había en el suelo del porche.

La luz del vestíbulo estaba apagada. Mamá era una sombra alta entre las sombras. Tenía el pelo ahuecado. Experimenté la sensación de impotencia en los brazos. No podía verle los ojos, pero aun así desvié la mirada de ellos.

Ponte la ropa de colegio después de cenar, dijo. Vamos a hacer un «viaje especial» a la ciudad. Monseñor Cody ha tenido la amabilidad de acceder a oírte en confesión. Ese hombre es un santo. Y un hombre muy ocupado, Rigby John, pero va a hacer horas extra por ti. Deprisa, tenemos que estar en la iglesia hacia las ocho menos diez.

Durante la cena, al bendecir la mesa, mi voz sonó como un disco de los Beatles puesto del revés. Solo el ruido de los tenedores contra los platos de plástico duro con dibujo de flores. La boca de mamá se fruncía cada vez más durante la cena. Miré a mi hermana. Ella aún

no lo sabía. Si lo hubiera sabido, habría visto su sonrisa burlona debajo de esa expresión insulsa, pero no había sonrisa. Papá miraba su plato ceñudo, comiendo las patatas como el viejo cabrón gruñón que era, o el cabrón de pesadilla en que se convertía solo en el cuarto de las sillas de montar, cuando me azotaba el culo.

Justo antes de que saliéramos de casa, mientras mamá cogía el bolso, mi hermana me acompañó a la puerta con sus grandes ojos oscuros de gitano ruso. No había duda, sonreía burlona.

«Going to the chapel, and
we're
going to get married», canturreó.

A través de las ventanillas del Buick, el sol estaba rosa sobre los álamos de Virginia de Philbin Road. En los campos todavía se veían trozos de nieve, lisos como el hielo y resplandecientes, del mismo tono rosa que el sol. El cuentakilómetros rojo marcaba ciento veinte. Normalmente marcaba cien, como mucho ciento diez, pero esa noche de marzo el zapato de tacón de mamá había pisado a fondo el acelerador. La velocidad, más de lo que había quedado sin decir. Mamá miraba fijamente al frente. Los labios rojos, su pintura de guerra, una raja en su cara. Los brazos rígidos sobre el volante. Los nudillos blancos. El ruido de sus piernas, el roce de nailon con nailon. La calefacción, arrojando aire caliente en proceso de descongelarse. En el aire su perfume, del frasco azul oscuro de Evening in Paris, regalo de su hermana Alma.

Mi cuerpo estaba sentado en el asiento de vinilo, dentro de la americana de los domingos, la camisa blanca de manga corta, los mocasines negros, los calcetines blancos, los pantalones de pana del colegio católico. Pero yo no estaba en el cuerpo enfundado en esa ropa. Estaba en la respiración que oía en mis oídos, en el capó del Buick, al borde de los ciento veinte kilómetros por hora, los ojos almendrados y castaños de mi madre clavados en la curva de mis nalgas desnudas, en mi espalda y mis brazos desnudos, las manos alrededor de mi polla, un emblema de capó yendo a por todas.

Veinte kilómetros pueden no acabarse nunca.

Eternidad, eternidad, eternidad.

Mamá aparcó el Buick en el patio al lado del incinerador, donde el cable guía de la farola se hundía en el pavimento.

Ya sabes para qué te he traído aquí, dijo mamá.

Lías cometido un pecado mortal y te he traído aquí para que te confieses, dijo.

Debes confesar al monseñor tu pecado mortal y cualquier otro pecado que hayas cometido. Debes contárselo todo al monseñor, dijo. Todos los detalles, para asegurarte de que el pecado queda perdonado.

El viento levantó los extremos del abrigo de tweed de mamá. El viento soplaba en mis oídos. Las ramas de los árboles ya no estaban rosas, solo grises y de un tono más oscuro, sombras delgadas y negras que se agitaban unas contra otras al viento.

De acuerdo, dije.

El tirador de latón de la puerta de la iglesia estaba frío al tacto. La abrí. Mamá apoyó la palma abierta en la madera. Con los dedos extendidos, las uñas en carne viva de cortárselas al ras, las manos rojas y ásperas, sostuvo la puerta. Sus labios rojo pálido.

Rigby John, dijo. Debes contárselo todo a monseñor.

Me sobresalía la nuez por encima del cuello de mi chaqueta con cremallera. Contuve el aliento dentro de mi garganta.

Hasta lo del perro, dijo mi madre.

¿El perro?, dije.

Estabas con el perro, dijo mi madre.

¿Tramp?, dije.

Rigby John, dijo mi madre, debes confesar todos los detalles.

La sensación de impotencia en los antebrazos. Dentro de la iglesia, el intenso olor a madera, a incienso católico, a cera de abejas. Metí los dedos en la pila de agua bendita, me santigüé. Más allá de la escalera del coro, a la izquierda, el confesionario. La lucecita roja de encima de la puerta estaba encendida.

Dentro esperaba monseñor.

Hice una genuflexión. Mis pantalones de pana hicieron el mido de la pana al doblarse. Volví a santiguarme, me arrodillé en el segundo banco. La bendita luz de las vidrieras caía sobre mí, sobre mis manos y mi cara. Me sentí inundado. Mi madre se arrodilló en el banco de detrás. Mi polla era un pequeño trozo candente de deshonra. Mi cuerpo era el feo ataúd de mi alma atropellada y aplastada contra la carretera.

La puerta del confesionario se cerró detrás de mí. Cuando me arrodillé, oí encenderse la bombilla roja fuera de la puerta. Hacía

calor en la oscuridad. Me caían gotas de sudor por el interior de los brazos. Hasta los codos. Bajé la cremallera de la chaqueta, hasta abajo, me aparté de la nuca el cuello de lana. Metí rápidamente las manos en los bolsillos de la chaqueta, traté de agitar un poco el aire con las manos.

Mi garganta. El aire se atascó dentro de ella. Me llevé la mano derecha, las puntas de los dedos, a la frente, al pecho, al hombro izquierdo, al hombro derecho. Luego junté las manos, con los dedos apuntados hacia Dios, los codos apoyados en la pequeña repisa que había debajo de la rejilla.

Bendígame, padre, porque he pecado, dije. Mi última confesión fue hace cuatro días. Estos son mis pecados.

El sol en la madera del establo. Hacía calor en ese lugar protegido del viento. La pintura roja se estaba descascarillando por algunas partes, dejando ver la madera desnuda gris. El cielo era de un azul radiante, solo un soplo de nube allá arriba. La plataforma de cemento que había junto a la puerta trasera del establo se reducía a curvas de cemento gris pálido con pequeñas piedras. Por encima había estiércol. Estiércol seco que se estaba convirtiendo en tierra, tierra fértil, el olor a excremento de vaca, a leche, a heno y a fardos de paja. El revestimiento exterior del establo, pequeñas ondulaciones horizontales. Mi mano sobre las ondulaciones de la madera roja que dejaba entrever el gris desnudo. El sol en la madera, el cielo azul, la nube, el estiércol seco… todas esas cosas estaban fuera de mí, y al mismo tiempo, milagrosamente, también estaban en lo más profundo de mi ser. Como si el día fuera una película conectada a ese lugar que hay justo debajo de mis huevos.

Quería follarme el establo, follarme el olor a tierra fértil y a estiércol que se elevaba al sol. El sol pegaba fuerte allí, pegaba fuerte sobre la madera roja con la pintura descascarillada, ese rincón, tan seguro y protegido del viento. La mano con que agarraba el botón de mis
Levi’s
era pesada y profunda, todo era profundo, lleno y pesado, el pop pop pop pop del resto de los cinco botones de los
Levi’s.
Seguía dolorido y mojado de la última vez, y todavía estaba empalmado, empalmado, lleno y pesado. El roce de la palma de mi

mano en mi barriga, el vello de más abajo, la mano ahuecada alrededor de mis huevos, por debajo, la oscura y maloliente raja. Solo de bajarme los calzoncillos casi me corrí. Luego mi culo, mi culo al aire libre, expuesto. ¿Pin qué me encontró de pronto el viento allí? El vello de las nalgas se me erizó al ponérseme la piel de gallina. Nalgas suaves contra la madera al sol. Qué calientes estaban las ondulaciones de la pintura roja descascarillada. El viejo establo rojo cachondo, jugueteando con mi culo.

Oh. Solo la punta de mi polla, debajo del pliegue de piel. Cógela por ahí y pellízcala. El sol radiante, radiante, y el soplo de nube. Mi culo restregándose arriba y abajo contra la madera, esa parte de mí de allá abajo tan blanca y toda abierta. El primer espasmo de la eyaculación, no un chorro esta vez sino una convulsión lenta, la lenta expulsión a través de la punta roja, un largo hilo de baba. A mi lengua le gustan mis labios. Siento las rodillas flojas y por un instante no hay nada. Y nada es algo lleno y redondo, todo es redondo, redondo, redondo y lleno, profundo, duro, blando, pesado, seguro, caliente y húmedo, y el sol, apretando contra el cobertizo de madera roja, bajo el cielo azul brillante, protegido del viento, solo la nube, el soplo de nube, flotando en lo alto hacia la eternidad, la eternidad.

Porque he pecado mucho.

Me había quitado del todo la chaqueta y estaba en el suelo, la lana lo más lejos posible de mí. Tenía la camiseta y la camisa blanca empapadas. Mi sudor olía como mi semen, como me huele el culo.

He cometido el pecado de masturbarme, dije.

En la oscuridad, al otro lado de la rejilla, el contorno de la nariz ganchuda de monseñor.

Dime, hijo mío, ¿en qué piensas mientras te tocas?

Se oía gotear mi sudor.

Tengo pensamientos lascivos, padre.

¿Cuáles son esos pensamientos lascivos, hijo mío?

Monseñor apretó la oreja contra la rejilla.

Lascivos, oscuros, lisos, calientes, rojos, carne mojada, peludos, pegajosos. ¿Dónde estaba el aire?

Son horribles, padre. No sé cómo describirlos.

¿Son de hombres o mujeres?

Mi palma abierta deslizándose a lo largo de la cruz del caballo.

Las vacas comiendo patatas crudas. El tajo hecho con una pala ni la tierra húmeda. Un chorro fino de agua corriendo por la grava. El sol reflejándose en el agua.

Son de todo, padre.

¿Todo?

Sí, padre.

¿Hasta el perro? ¿Tienes relaciones sexuales con el perro?

Monseñor se llevó la mano a la boca, dejó solo el índice sobre los labios. Yo notaba mojados los codos apoyados en la repisa. La repisa era un charco. Yo me estaba convirtiendo en un charco.

No, padre.

Pero tu madre dijo que estabas con el perro.

Mi madre dijo. ¿Cómo podía haber dicho eso? ¿Con qué palabras?

El perro solo miraba, padre, dije. No hizo nada.

De pronto tuve que decirlo. Lo dejé escapar, como siempre hago:

Tramp no es esa clase de perro, dije.

Después de mi acto de contrición, después de salir del confesionario, arrodillarme en el banco y rezar mis cinco padrenuestros, cinco avemarías y cinco glorias, oí a mamá levantarse detrás de mí. Estaba tan convencido de que íbamos a pasarnos toda la noche arrodillados en la iglesia, rezando letanías por mi alma, que me sorprendió que se levantara tan deprisa.

Poco después, delante del Wyz Way Market, sentado en el Buick escuchando la KWIK mientras mamá compraba comida, caí en la cuenta de algo. Si mamá había salido tan deprisa de la iglesia era porque no quería ver a monseñor, y menos aún hablar con él.

Un par de anécdotas sobre el trayecto de regreso. Una insignificante y la otra importante.

La insignificante era que mamá me compró una barrita de Snickers, mi chocolatina favorita, sin que yo se la pidiera.

La importante fue lo que dijo cuando estábamos a medio camino de casa. Acababa de detenerse en la señal de stop de la esquina de Philbin Road con Quinn Road. No se acercaba ningún coche en ninguna dirección en la oscura noche. Los faros del Buick brillaban en la oscuridad, en la áspera corteza de los grandes álamos de Virginia que bordeaban la calzada. El viento de Idaho soplaba con tanta fuerza que el Buick se sacudía subte amortiguadores. La

calefacción expulsaba aire caliente dentro de las perneras de mis pantalones. Mamá no levantó el pie del freno. Detrás de nosotros, con la imaginación, vi brillar las luces de freno en medio de la oscuridad. Las luces del salpicadero se reflejaban en la cara de mi madre, ámbar, verdes y doradas. Detrás de sus gafas, sus ojos almendrados y castaños seguían sin mirarme. Evening in Paris. Perry Como cantaba «Faraway Places».

Rigby John, dijo mamá, solo hay una solución. Tú y yo vamos a hacer una novena a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Nueve martes seguidos. Empezaremos el próximo martes por la noche.

Todas nuestras oraciones serán escuchadas, añadió. Todos nuestros pecados, perdonados. Si rezamos a la Virgen.

Al día siguiente, después del colegio, los ojos negros de mi padre miraron el horrible lugar dentro de mí que tanto había herido a mi madre.

Dijo: Mamá dice que necesitas una azotaina.

Dijo: Estaré en el cuarto de las sillas de montar. Ya sabes qué tienes que hacer.

Lo que tenía que hacer era esperar a que él llegara al cuarto de las sillas de montar, abriera la puerta, encendiera la luz, sacara el taburete de tres patas de debajo del banco de trabajo, lo colorara justo debajo de la bombilla que colgaba y se sentara en él.

El trayecto hasta el establo fue largo, tanto como cada vez que recibía una azotaina. Mi culo ya sentía los verdugones que iba a dejar el cinturón. Pero los verdugones no eran lo peor. Lo peor era llamar a la puerta del cuarto de las sillas de montar. Lo peor era abrir la puerta. Lo peor era lo que ocurría detrás de mis ojos mando veía a mi padre sentado en el taburete bajo de tres palas, con la bombilla colgando justo encima de él, su sombra un charco oscuro en el suelo de cemento.

El dibujo de la madera de la puerta del cuarto de las sillas de montar era un remolino de universo, un remolino de madera tosca y roja, años y años de un árbol en crecimiento. Había cerrado el puño. Lo miré; mi mano era un puño levantado en el aire frente a mi cabeza.

Toc, toc.

¿Quién está ahí?

Papá.

¿Papá qué más?

Papá bajo la bombilla sentado en un taburete bajo. Papá Sombra. El sanctasanctórum.

Eternidad, eternidad, eternidad.

Desde el otro lado de la puerta, papá dijo: Adelante, pasa.

Con la palma abierta contra la puerta de madera pintada de rojo, empujé.

Papá dijo: Cierra la puerta.

Cerré la puerta.

Papá dijo: Ahora echa el cerrojo.

Eché el cerrojo y bajé la barra.

Como siempre, las nalgas de papá se movían de lado a lado en el taburete bajo. Estiró la pierna derecha. Arrastró el pie por el cemento. Luego hizo lo propio con el otro pie hasta que tuvo los dos ante sí, con las rodillas perpendiculares al suelo de cemento.

Dijo: Bájate los pantalones y los calzoncillos.

Llevé los dedos al primer botón de mi
Levi's
y lo desabroché. Luego el segundo. Cuando iba por el tercero me detuve.

Una especie de eructo, un gran nudo de palabras me salió del pecho. Movía la boca antes de saber siquiera lo que iba a decir.

¿Te ha dicho mamá por qué es la zurra?, pregunté.

Tanto papá como yo buscamos con la mirada por la habitación para ver de dónde había salido esa extraña voz. Por un instante él me pareció más menudo, un simple hombre sentado en un taburete bajo. Cuando volvió a hablar había recuperado sus proporciones, lo que lo hacía muy desproporcionado. Mi padre ocupaba todo el cuarto de las sillas de montar.

Dijo: No. Y no le hace falta. Ahora haz lo que te he dicho.

Me desabroché el tercer botón, el cuarto, el quinto. Metí los pulgares por dentro de los lados de mi
Levi's
y me los bajé. Me bajé los calzoncillos.

Aire alrededor donde normalmente no notaba el aire.

La expresión de los ojos de gitano ruso de papá cuando me vio

desnudo. Se levantó tan deprisa como si lo hubiera empujado una vaca. Sus ojos, junto con toda su cara, se desviaron, llevándose consigo el resto del cuerpo.

¡Qué cono!, dijo.

Bajé la vista y ahí estaba, mi polla apuntando al frente. Ponme medio desnudo y no falla.

Me castañeteaban los dientes.

¡Súbete los malditos pantalones!, dijo papá. ¡Tápate, por el amor de Dios! ¡Y lárgate!

Las nueve semanas siguientes fueron como una larga pesadilla. Los jueves por la noche, al otro lado de la ventanilla de mi lado del Buick, los veinte kilómetros hasta la ciudad se sucedían a ciento veinte kilómetros por hora. En el otro lado tenía a mi madre con uno de sus sombreros de iglesia estilo Joan Crawford, con la mandíbula temblequeante. Las cosas no podrían haber ido peor.

Pero luego estaba el universo. Esta vez lo que conspiró para mí fue el concurso de monaguillos de la hermana Barbara Ann y el partido de béisbol de monseñor Cody.

El concurso consistía en ver qué monaguillo obtenía más puntos al final del curso escolar. Cinco puntos por cada vez que asistías. Otros cinco por no cometer ningún error. Te restaban diez si no te presentabas y te sumaban diez por hacer una sustitución.

El partido de béisbol surgió de forma espontánea. El domingo por la mañana, desde el púlpito, monseñor Cody va y dice que no hay nada como un buen partido de béisbol para que fluya el espíritu religioso, y que a ver si derrotamos al Saint Anthony.

La novena de mamá, el concurso de la hermana Barbara Ann, el partido de béisbol de monseñor Cody. Llegaron todos juntos y me jodieron de una forma muy particular.

El martes por la noche era la noche de las devociones de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

El martes por la noche era la noche del entreno de béisbol.

El martes por la noche no se presentó ningún chico para ayudar en las devociones de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro excepto yo, lo que significa que tuve que sustituir a los tres monaguillos que estaban en el entreno de béisbol.

Eso significaba que iba a ganar el concurso de monaguillos. Pero ganar el concurso de monaguillos no era ganar. Yo nunca era como los demás, y durante esas nueve semanas de la novena lo fui menos que nunca. Por supuesto, en vista de lo que ocurrió después, Scardino y Casey el bateador y demás, estaba en un serio apuro.

Y, por si no sabía qué me esperaba, Scardino se encargaba de recordármelo. Todos los miércoles por la mañana, después de que la hermana Barbara Ann anunciara los puntos, Scardino me sacaba el dedo del medio y articulaba mudamente, muy despacio: Maricón de mierda, eres hombre muerto.

Una larga pesadilla.

Además, ¿qué ganabas? El ganador del concurso de monaguillos obtenía el título de ganador junto con un rosario de cuentas de cristal negras bendecido por el papa en el Vaticano.

El martes, en el Irving Field, a tres manzanas del Saint Joe, los chicos corrían las bases, conectaban bolas altas, se anotaban home runs, hacían de lanzadores y receptores, y corrían alrededor del rombo divirtiéndose en el entreno de béisbol. Yo no. A la luz de las velas del Saint Joe yo estaba arrodillado entre los feligreses rezando para que aparecieran más monaguillos. No lo hicieron. Monseñor entró solo en el altar, se quedó ahí parado y esperó. Me esperó a mí porque sabía todo de mí. En menos de un minuto yo estaba en el altar con la túnica y la sobrepelliz planchada y almidonada, arrodillándome a su lado. Mamá estaba arriba en el coro, sentada al órgano, observándome.

Cuando monseñor Cody dijo «Soy el más miserable de todos» fue cuando me levanté y fui a buscar el agua bendita de la sacristía. Luego monseñor pronunció una bendición mientras salpicaba a los feligreses con agua bendita. Si caía una gota de agua bendita sobre mí pensaba que tal vez Dios me estaba tocando. Pero si Dios me tocaba, ¿por qué no estaba jugando al béisbol en lugar de estar encerrado en una iglesia con un puñado de viejos?

Mi siguiente tarea era entrar en la sacristía y encender las brasas de carbón para el incensario.

No prendas fuego a la maldita iglesia.

Fuera del confesionario, esas eran las únicas palabras que me

decía monseñor. No: Hola, cómo estás, gracias porvenir, que Dios te bendiga, hijo. Nada. Solo: Cuando enciendas los carbones no prendas fuego a la maldita iglesia.

Cuando los carbones estuvieron encendidos y se volvieron blancos por los bordes, los metí en el incensario con las pinzas medievales negras, cerré el incensario, respiré hondo y lo llevé al altar.

Yo lo hacía y mamá me observaba hacerlo. Toda mi vida ha sido así.

El gran momento de la bendición sacramental llega cuando monseñor da la vuelta en sus manos a la custodia dorada con aspecto de nave espacial y apunta la custodia con Dios dentro hacia los feligreses. Mamá empezó a tocar «Tantum Ergo Sacramentum». La señorita Kasiska, la señorita Radcliffe y la señorita Biddle, todas hicieron una genuflexión y se santiguaron. Yo también canté, y el incensario estaba en el segundo escalón y salía el humo de él, y yo tocaba, tocaba las campanas doradas sin parar, mientras monseñor sostenía en lo alto la custodia dorada durante la señal de la cruz.

Y allí estábamos todos, Dios incluido, dentro del espejo torcido que había arriba en el coro desde donde mamá nos observaba.

Monseñor Cody no dejó de apuntarnos ni un momento con Dios a cada uno de nosotros, seres humanos que rezábamos, rezábamos a Dios por lo que queríamos tener, o por lo que no queríamos tener, por una nueva forma de ser, para no estar enfermo o no ser viejo, o por propósitos especiales, como mi propósito especial, mejor dicho, el propósito especial que mi madre tenía para mí.

Después de las devociones, con los carbones todavía ardiendo en el incensario, yo abría la puerta de la sacristía, salía con el incensario y bajaba las escaleras laterales. La mayor parte de las noches eran oscuras como boca de lobo. Cuando llegaba a la esquina de la iglesia, en cuanto me apartaba de ella, el viento era frío, pero era agradable después del calor que había pasado en el altar, tocando las campanas y mirando a Dios. El viento me sacudía la túnica y la sobrepelliz y me sentía como Heathcliff en los viejos tiempos con esa ropa, el revuelo de tela era como el ruido de las grandes faldas de las mujeres al viento. Eso era lo único bueno de esa noche, que en la fría oscuridad, durante un rato, no estaba mamá y solo me observaban las estrellas.

No sabía cómo me había metido en todo aquello, ni si ponía bastante de mí mismo para convertirme en algo que supusiera un cambio. Me limitaba a poner un pie detrás del otro. Trataba de ser un buen hijo católico. Por lo que veía no me quedaba otra, y me importaba ser buen hijo, aunque solo fuera para no perder a mi madre. Del resto no estaba tan seguro. Pero ¿cómo iba a decir que no a mis padres, a mis profesores, a mi sacerdote? No había palabras ni verdaderas opciones. En cuanto a lo que había desencadenado todo, la masturbación, aquello sobre lo que me aseguraban que tenía elección, no parecía que pudiera escoger lo correcto. Cuando experimentaba esa sensación en los huevos, no tenía alternativa. Para ser sincero me preocupaba mi alma. No quería herir a Jesús con mi pecado y tampoco quería ir al infierno. Hasta lo decía Hemingway. Lo inmoral era lo que hacía que uno se sintiera mal. Y yo después de hacerme una paja me sentía hecho una mierda. Pero a veces no había pasado ni una hora y ya volvía a las andadas.

Sobre lo que sí tuve elección ocurrió por aquella misma época y es algo de lo que me he sentido avergonzado desde entonces.

Todo empezó un sábado por la tarde de la tercera semana de las novenas. Estaba en el establo esparciendo paja entre los terneros cuando levanté la mirada y vi a un chico de mi edad allí de pie. Entraba mucha luz por la puerta trasera del establo que estaba abierta, de modo que solo era una silueta. Cuando me acerque más y lo miré a la cara, era una cara que había visto un centenar de veces, pero seguí sin reconocerla. Luego fueron sus ojos pálidos detrás de sus gafas torcidas pegadas con celo.

Ahí estaba yo, yo con Potas Price.

Miré alrededor. Solo observaban los pollos y los terneros enfermos.

Luego fue raro. Un sábado en el establo, sin nadie más del colegio, Potas Price no estaba mal.

Hola, Potas, dije. ¿Qué estás haciendo aquí?

Potas siempre llevaba sus pantalones de pana demasiado subidos y la camisa remetida, y alrededor de la cintura se le veía un abultado embrollo de faldones de camisa y calzoncillos apretujados,

con el cinturón marrón bien apretado.

Potas dijo: Me llamo Allen.

Alzó ligeramente los hombros y cerró los puños.

Quiero que me llames por mi nombre, dijo. Yo no te llamo con un apodo, dijo. Me llamo Allen.

La gran bocanada de aire que expulsó me dio de lleno en la cara y me subió por las fosas nasales.

Aliento a mortadela frita. La peor clase de aliento. Está el aliento de atún, el aliento de Cheetos, el aliento a cebolla y el aliento a brócoli hervido, y todos son malos. Pero el peor de los alientos son los cuatro, atún, Cheetos, cebolla y brócoli hervido, en uno, que es lo que yo llamo mortadela frita, y a Potas le olía el diento muy fuerte a mortadela frita.

Dije: Allen. Claro, Allen. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me gustó que Allen sonriera, pero aun así retrocedí porque vi que iba a hablar, y palabras y aliento van juntos, y con Allen tenías que andarte con cuidado.

Mi padre está aquí, dijo Allen, cazando perros de la pradera. Vamos a estar aquí toda la tarde.

Fue Allen quien propuso que jugáramos a Veneno. El juego consiste en coger las sustancias más venenosas y todo lo más repugnante que encuentres, y mezclarlo todo en un balde.

El balde era un cubo de cuatro litros de pintura de base con dos centímetros y medio de rojo viscoso en el fondo. El herbicida estaba en el cuarto de las sillas de montar, debajo del banco, ni un cubo gris de veinte litros en el que se leía «VENENO». Eran polvos blancos. Con un trozo delgado de madera de cedro revolví el blanco con el rojo hasta que se volvió rosa. A continuación llevamos el cubo al surtidor de gasolina. Tres segundos de gasolina en el balde. Allen la removió en la mezcla rosa. Olía fatal. La creosota la sacamos de la cuba donde papá ponía en remojo las traviesas del tren. El contenido de la cuba era del color de la sangre oscura. El raticida del cobertizo para herramientas. Unos polvos blancos dentro de una lata roja y amarilla de queso parmesano Kraft. En la superficie de la lata había orificios para espolvorear el veneno. Allen esparció el raticida sobre el balde. Los siguió el Malathion y el DDT de la esquina del cobertizo de la maquinaria donde había estado el plantío de remolacha. Tanto el Malathion como el DDT estaban en

botellas marrones de litro con tapa de rosca. El fumigador de hormigas y la cera de muebles los cogimos de debajo del fregadero de la cocina. Allen y yo nos tapamos la nariz, y él echó en el balde el fumigador de hormigas y yo la cera para muebles Olde English. A continuación cloro y amoníaco del cajón del lavadero. Un cucharón de fosfato de la bolsa de Simplot. Luego unas gotas de mercromina, violeta de genciana y Merthiolate del armario botiquín. Estricnina, bolitas de un pequeño frasco azul que encontramos en el cuarto de las sillas de montar, en el armario que papá siempre tenía cerrado a cal y canto, y cuya llave guardaba encima de la puerta. Descubrí el escondite cuando se murió mi perro Nikki. Ácido de batería de un montón de pilas viejas que encontramos entre los hierbajos que había al lado del granero de madera. Excrementos de gallina realmente viscosos grises y blancos. Un pollito muerto. Una araña madre y el millón de crías que había en la telaraña de la ventana de vinilo del gallinero. Una lata de judías de lima Del Monte. Habrían ido bien gachas, o un huevo duro o hervido, pero mamá estaba en la cocina y no pudimos entrar para cogerlo. Un trozo de compresa higiénica Kotex con manchas de sangre del gran incinerador de basura. Allen, no yo, fue quien la cogió por una de las alas blancas. Un calcetín crujiente de mi padre.

Se me pasó por la cabeza pedir a Allen que echara las potas en toda esa mezcla, pero me lo pensé mejor.

Fue entonces cuando Allen dijo: Meemos dentro.

Allen hizo una mueca. Se le curvó el labio superior ligeramente hacia arriba. Luego, antes de que me diera cuenta, allí estaba la polla de Allen Price colgándole de la bragueta bajo la abultada cinturilla de sus pantalones de pana. Su polla era realmente blanca, como el resto de su cuerpo, y grande. Bueno, era grande para Allen Price. Quiero decir que uno hubiera creído que la tenía diminuta. Luego su polla blanca empezó a mear.

Por un momento me quedé un poco sorprendido, de modo que me limité a observar cómo salía el pipí amarillo de la polla, primero en un hilillo, luego a pleno chorro, y caía dentro del balde. Yo no sabía qué hacer. Solo sabía que no podía permitir que Potas Price me sacara ventaja, así que me desabroché los
Levi's
y saqué la polla.

Mi polla se parece mucho a mí. Nunca hace lo que se le dice. Tengo que esperar. A veces no hay forma de saber cuánto tiempo va a hacerse de rogar, de modo que me limito a esperar.

La polla de Allen dejó de mear a chorros. Cuando terminó la dejó colgando. Fue entonces cuando la polla de Allen empezó a aumentar de tamaño y a ponerse roja, apuntando hacia mí.

¿Qué estás haciendo, Price?, dije.

Allen dijo: ¿Qué estás haciendo tú?

Seguí los pálidos ojos de Allen hasta mi polla colgante. No debería haberme sorprendido, pero lo hice. Mi polla también estaba empalmada. Fue entonces cuando Allen sugirió que vertiéramos nuestro otro fluido corporal en el balde, pero la sola idea, la sola idea de hacerme una paja delante de Potas Price era demasiado repugnante, de modo que me metí rápidamente la polla en los pantalones, me volví y salí del establo, crucé el patio y entré en casa. Allen se subió la cremallera a mis espaldas. La puerta mosquitera se cerró de un portazo.

Mamá estaba en la cocina con el pelo desordenado, inclinada sobre un bol. La cocina olía bien.

¿Galletas de avena?, pregunté.

De mantequilla de cacahuete, dijo. Ve a lavarte las manos primero.

Después de las galletas de mantequilla de cacahuete y los vasos de leche, y antes de que Allen se fuera a su casa con su padre, Allen y yo subimos por la escalera de los graneros y bajamos de un salto al pasadizo que había entre ellos, el lugar secreto en forma de reloj de arena.

Metí la mano en el bolsillo y saqué dos Viceroy. Allen actuó como si todos los días fumáramos juntos. Se recostó contra el granero de hierro ondulado y dio una calada sin toser.

De pronto Allen tenía un libro en las manos. No sé de dónde había salido, ya que no recordaba haberlo visto antes de que lo tuviera en las manos.

Era una novela de misterio de Nancy Drew, *The Mystery of the Brass-bound Trunk*. Me lo ofreció.

Toma, Rig, dijo. Echa un vistazo a mi libro.

Era verde azulado y del tamaño habitual de una novela de misterio de Nancy Drew. Solía estar en la esquina superior derecha de su pupitre del colegio Saint Joseph. Siempre lo dejaba al lado del tintero, en la esquina superior derecha de su pupitre.

Lo he leído, dije. Pero es el único que he leído de ella.

Me gustan más los de los Bowery Boys, dije.

Tener un cigarrillo en la boca mucho tiempo te hace toser. Tosí. Allen dio una calada al Viceroy como si hubiera fumado toda la vida.

¿Has notado algo raro en el libro?, preguntó.

Le di la vuelta, di unas palmaditas en la cubierta.

No, dije. Solo es una novela de misterio de Nancy Drew.

Allen cruzó las piernas y se sentó como lo hacen los indios para meditar. Luego, antes de que me diera cuenta, había alzado la barbilla y me hablaba en plena cara. El humo de cigarrillo y el aliento a mortadela frita me entraron por las fosas nasales.

Si te digo un secreto, dijo Allen, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Empezó a hacer un tic con la mejilla derecha.

Claro, dije.

¿Me lo prometes?, dijo. Te enseñaré un secreto, pero tienes que prometérmelo.

Me llené los pulmones de humo y lo retuve un tiempo allí antes de expulsarlo mientras decía: Lo prometo.

Allen aplastó su Viceroy en la plancha de acero del suelo.

Dilo, dijo Allen.

¿Qué?, dije.

Di: Prometo que no le diré a nadie tu secreto, dijo Allen.

Sopló una ráfaga de viento y se coló entre los graneros. Apagué el cigarrillo, me guardé el filtro, recogí la colilla de Allen y arranqué también el filtro.

Prometo que no le diré a nadie tu secreto, dije.

Y que no me llamarás Potas nunca más, dijo.

Los filtros fueron a parar al bolsillo de mi camisa.

Y que no te llamaré Potas nunca más, dije.

Promételo, dijo Allen.

Prometo que no te llamaré Potas nunca más, dije.

Allen dejó el libro sobre sus piernas cruzadas. Lo abrió y pasó las

páginas, una por una, despacio, muy despacio.

Página cuarenta y dos, dijo.

Abrió el libro para enseñármelo.

El libro estaba hueco donde antes habían estado las palabras. Solo quedaban los márgenes en blanco de las páginas, y estas habían sido pegadas juntas. Dentro del hueco secreto había tres tubos de radio de cristal. Uno corto y dos largos, con partes finas y rojas en los filamentos.

A Allen le temblaron un poco las manos cuando cerró el libro. Lo que dijo a continuación lo dijo muy despacio.

No lo olvides, Rig, dijo Allen. Has hecho una promesa. Me has prometido que no se lo dirás a nadie.

Hubo algo más con lo que conspiró el universo. A mamá y a mí casi nos mató un hombre desnudo. Ocurrió el último de los nueve martes. Íbamos en el Buick a la iglesia. Llovía. Llovía como nunca se ve llover en Idaho, a cántaros. Los limpiaparabrisas iban de un lado para otro, de un lado para otro, lo más deprisa que podían, pero no era suficiente. En cuanto pasaban por el parabrisas, por un momento había visibilidad y se distinguía la carretera, pero luego, pías, era como si condujéramos por debajo del agua.

Fuera de la ventanilla, más allá del arcén hundido de la carretera, al otro lado del cercado de alambre de espino, los campos escarificados eran extensiones de tierra marrón oscura llenas de brillantes charcos. La lluvia caía sobre los charcos, salpicando agua.

También era extraño porque por donde se ponía el sol no llovía. Hacia el oeste el cielo estaba azul, amarillo, dorado, rosa. El sol que brillaba a través de la lluvia convertía cada gota en una pequeña bola de luz.

Allí estábamos, mamá Klusener y Rigby John en nuestro Buick Special, yendo a ciento veinte kilómetros por hora a través de un misterioso chaparrón de luz y lluvia brillante. Cuando llegamos a los álamos de Philbin Road amainó un poco, pero los álamos, recién pelados, nos tenían reservado algo más que una sorpresa. La hilera de álamos eran venerables abuelos, tan anchos que ni tres personas con los brazos extendidos habrían rodeado uno, un abuelo tras otro tras otro a lo largo de la carretera, levantando sus grandes brazos,

nudosos, esbeltos, quince metros o más hacia el cielo, la lluvia brillando en la corteza, la luz del atardecer dorada sobre lo mojado. No solo los árboles, todo brillaba: la luz dorada que caía sobre el Buick, la carretera que se extendía ante nosotros, las gruesas gotas que caían despacio de las hojas de los álamos, sobre la carretera, sobre el capó azul del Buick, sobre el parabrisas.

El cristal del parabrisas brillaba, entre los limpiaparabrisas, dentro del Buick hasta mis manos brillaban doradas. La cara de mamá, esas finas arrugas alrededor de sus labios, su forma de al zar la barbilla y apretar los dientes, la luz reflejándose en su cara. Todo se hizo más lento, una larga inhalación seguida de una exhalación. Los ojos almendrados y castaños de mamá, uno mirando hacia el sur, el otro hacia el este, y mis ojos. Mamá miran dome a los ojos, ese instante. Mamá y yo no éramos nosotros y nada resultaba familiar. Mamá y yo estábamos simplemente ahí fuera, vivos y respirando bajo la lluvia y la luz brillante.

Mamá pisó el freno, justo a tiempo, y giró el volante. Ante nosotros, a un lado de la carretera, estaba aparcado el viejo Ford del 49 gris. Alrededor de mis orejas se oyó un chirrido fuerte. Mi aferré con fuerza al apoyabrazos de la puerta. Mamá agarraba el volante con las dos manos. El pelo le ondeaba al aire. Estábamos dando vueltas. El sol había desaparecido, todo estaba gris, y fuera de las ventanillas del Buick el mundo daba vueltas. Dimos vueltas durante mucho tiempo. Al menos el tiempo que dimos vueltas fue muy largo. Ahora cuando miro atrás, me habría gustado que las vueltas hubieran durado más. Dios solo te hace dar vueltas de ese modo muy de tarde en tarde.

El Buick se detuvo en medio de la calzada, apuntando hacia la ciudad, hacia donde se suponía que debía apuntar. El mundo volvía a estar en su sitio habitual, donde se suponía que debía estar. Yo seguía aferrado al apoyabrazos. A mamá le temblaban tanto las manos que no podía abrir el bolso. Cuando por fin lo logró, sacó el rosario. Sus dedos fueron directos al crucifijo y enseguida empezaron a pasar las cuentas.

Pero mamá no rezaba. Despotricaba a toda velocidad.

La mano, las uñas en carne viva, el corazón, el índice y el pulgar, pasando las cuentas.

Maldita sea. Cabrón. Gilipollas. Capullo.

Todas. Estaba diciendo todas las palabrotas.

Yo esperaba que dijera «joder», «coño» o «hijo de puta», pero no dijo ninguna de esas palabrotas.

Sin embargo, dijo una que yo nunca le había oído decir antes.

Al hombre que estaba en el campo escarificado, bajo los álamos. El conductor del Ford del 49. El hombre cuya ropa colgaba de la ventanilla del conductor. El hombre desnudo bajo la lluvia. La primera vez que yo veía a un hombre desnudo. Los músculos largos y lisos, el pecho cubierto de pelo, la línea de vello que bajaba por la barriga hasta la oscura mata marrón negruzca entre las piernas. Las cejas y el brillo ámbar en el último lugar donde daba el sol, las manos levantadas frente a él, ahuecadas. Mientras yo miraba y antes de apartar rápidamente la vista, en ese instante, una gruesa gota de lluvia cayó despacio de una hoja de álamo bajo los últimos rayos de sol y se estrelló en sus manos. El impacto, la luz sesgada.

Mamá tenía los dedos en la cuenta del primer misterio del rosario.

Malditos indios, dijo. Pandilla de borrachos inútiles. Una ameniza para la sociedad. Sobre todo ese cabrón de George Serano.

Bajó rápidamente la ventanilla con la mano izquierda y sacó la cabeza, con los labios pintados, la boca dirigida hacia el cielo.

¡Maldito indio!, gritó. ¿Dónde has aprendido a conducir?

¡Voy a llamar al sheriff!, gritó.

¡Indio George, ponte los pantalones ahora mismo!

Borracho indecente, gritó.

Y entonces la dijo. La palabra que yo había oído tantas veces pero nunca en sus labios.

Maricón, dijo. Maldito maricón. Esos indios y sus malditos maricones.

Oí la historia sobre el papa. Cuando el papa bendice a una multitud, los que están en primera fila se alegran de lo cerca que están de él, pero al mismo tiempo se agachan, tratando de escapar de algo. De lo que tratan de escapar es de la sombra de la mano del Papa. Si la sombra de la mano del papa cae sobre ti, es una maldición. Tarde o temprano, hagas lo que hagas, tus temores se hacen realidad.

El miércoles por la mañana gané el concurso de los monaguillos,

y cuando me entregaron el rosario de cristal negro bendecido por el Vaticano, me cayó la sombra.

Después de la señal de la cruz y la oración matinal, la hermana Barbara Ann apuntó el lápiz graso negro hacia el recuadro de la novena semana que estaba al lado de mi nombre.

Chicos, dijo. Mirad. Ved quién quiere más a la Virgen.

¡El ganador es, dice la hermana Barbara Ann, Rigby John Klusener!

Del cajón superior del escritorio la hermana Barbara Ann sacó una caja de terciopelo rojo. La sostuvo en alto para que la viera toda la clase y se acercó despacio por el pasillo.

Bendecida por el Vaticano, añadió la hermana.

Dentro de la caja había una telita blanca. El rosario estaba en roscado en sí mismo, una serpiente de cuentas negras brillantes, con el crucifijo de plata encima de los pliegues.

Levanta el rosario para que todos lo vean, dijo la hermana Barbara Ann.

Cogí el rosario por el crucifijo de plata. La sombra de las cuentas negras brillantes me cayó sobre la cara, entre los ojos, por la garganta y a través del bolsillo de la camisa, justo encima del corazón.

En el recreo no tenía a donde ir excepto el lavabo de los chicos. Los tres cubículos estaban ocupados, de modo que solo quedaban los urinarios. A mi lado tenía a Allen Price. De entre sus dedos salía orina amarilla.

Scardino está cabreado, dijo. Va a patearte otra vez los huevos.

Aliento a mortadela frita.

Las gafas torcidas de Allen. El celo en la nariz. Fue entonces cuando se abrió de golpe la puerta del lavabo. Allen abrió mucho sus ojos verdes con motas doradas. Como ratas de un barco que se hunde, salieron corriendo del lavabo Ronald Wilson, Roger Waring, Ricky Divine, Tony Smith y Alvin Gosford.

Con los cubículos a un lado, la hilera de lavamanos y espejos al otro, Scardino, Breck y Muley se plantaron con las piernas muy abiertas en una línea de combate que cubría la salida. Price y yo estábamos acorralados. Nuestra única vía de escape era la puerta del lavabo que estaba detrás de Scardino, Breck y Muley.

Scardino tenía los hombros echados hacia atrás, la barbilla

levantada y una sonrisa en la cara, el labio superior ligeramente curvado hacia arriba por un lado. El único diente que se le veía era el puntiagudo. Los dos pies, en ángulo recto debajo de él.

Con su camisa blanca arremangada. Los grandes bíceps de los brazos, la piel tersa y aceitunada de los antebrazos y la forma aterradora en que estos descendían hasta las muñecas, las manos grandes, los nudillos enormes de chasquearlos. Normalmente alguna clase de tatuaje de tinta en el brazo o en la muñeca que la hermana Barbara Ann le obligaba a lavarse. El pelo castaño oscuro lo más largo que estaba permitido, ondulado y peinado hacia atrás formando una especie de cola de pato sobre la nuca. Los ojos castalios que siempre andaban tras algo. El botón superior de la camisa blanca desabrochado. Justo debajo del cinturón, esa parte inferior se veía impecable. Los bajos de los pantalones de pana recogidos, calcetines blancos, zapatos de tacón de cuña negros brillantes.

En el espejo, los tres alineados de izquierda a derecha: Scardino, Breck, Muley. Breck y Muley tratando de parecerse a Scardino. Sacando pecho. Con los pulgares en los bolsillos. Colas de pato. Luego yo en el espejo. El herpes con que me había levantado esa mañana era una gran cicatriz con pus amarillo en el labio. Una cabeza más alto que todos, delgaducho. Los brazos y las piernas largos y flacos. El cuello saliéndome de la camisa, cuello de ganso. Mi estúpida nuez en mitad de la garganta. Mi pelo al rape porque suponía un ahorro en cortes de pelo.

Ningún lugar adonde huir ni donde esconderse, yo solo atrapado en el lavabo, atrapado en un cuerpo que no podía ni pensar en cerrar el puño, no digamos hacerlo, un rabietas alto y desgarbado sin un lugar adonde ir, al lado de un cuerpo que era aún peor que el mío. Un auténtico zumbado. Lo peor que podía tocarte en el mundo. Allen de los cojones Price.

Scardino dio un paso hacia mí. Formó con los labios la palabra «maricón», seguida de «sífilis de labio».

Mis pies retrocedían. En alguna parte detrás de mí estaba la pared. Scardino lanzó todo su peso en un puñetazo a lo John Wayne. Me aparté justo a tiempo para esquivarlo. Pam, me dio de pleno en el hombro. Choqué con la pared de detrás, deslicé la espalda por la pared hasta la esquina. El olor a alcanfor de los

pequeños chismes blancos en forma de panal sobre los que meabas, el agua corriendo por el lado posterior del urinario blanco.

Ese fue el momento, el final de la cuerda, acorralado, la sensación de impotencia en los antebrazos. Sin aliento. Desesperado.

Un hombre de verdad cumple sus promesas, pase lo que pase, pero yo nunca he sido un hombre de verdad, al menos no hasta hace poco. Como siempre, el honor, cuando te enfrentabas a Scardino y su banda, se convertía en un pájaro de mierda y salía volando por la ventana. No sabía qué coño hacer. De modo que lo dije.

Dije: Dejadme en paz y os diré un secreto.

Dije: Potas tiene un secreto. Os lo diré si me dejáis en paz.

Las gafas torcidas de Allen. El cinturón sobresaliendo de sus pantalones abultados alrededor de la cintura.

Allen susurró: Rigby, no. Susurró: Rigby, me lo prometiste.

¿Un secreto?, repitió Scardino.

Entonces fue cuando Allen hizo algo que nos sorprendió a todos. En ese momento en que ningún movimiento pasaba inadvertido, en que cada movimiento, por pequeño que fuera, tenía un significado, Allen rompió el hechizo y se acercó a mí, se puso delante de Scardino y me acorraló en la esquina. Sus estúpidas gafas torcidas. Me puso una mano en el hombro, donde me había golpeado Scardino.

Rig, dijo, ¿te acuerdas? Pase lo que pase. Lo prometiste.

Le aparté la mano de un manotazo.

Es un libro, dije. En la esquina derecha de su pupitre. Al lado del tintero.

La sonrisita de Scardino empezaba a dibujarse en su cara. Puso una mano en el hombro de Allen, acercándose y acorralándome como había hecho él. Con el pulgar y el índice agarraba a Allen por la oreja, pero a este no parecía importarle. Tenía la vista clavada en mí.

¿Qué clase de libro?, dijo Scardino.

La cabeza de Allen se acercó poco a poco al suelo, con la oreja hacia abajo.

Deja que te lo enseñe, dijo.

Una gran conmoción seguida de zarandeos. Cuando miré, las

gafas de Allen estaban en el suelo. Luego los zapatos negros de tacón de cuña de Scardino las pisaron. El cristal se hizo añicos contra el cemento y las baldosas, ese ruido. Scardino se detuvo, levantó el pie. Las gafas, las patillas torcidas, apuntando en todas direcciones.

En el aula el sol entraba por las grandes ventanas del este, el sol dorado, grande y brillante, sobre los pupitres, sobre el pupitre de Allen, sobre la cubierta verde azulada de Nancy Drew, *The Mystery of the Brass-bound Trunk*, en la esquina superior derecha, al lado del tintero.

No toqué el libro de Allen, solo lo señalé.

Las manos de nudillos grandes de Scardino cogieron el libro, le dieron la vuelta, recorrieron la cubierta con el pulgar.

Nancy Drew, dijo Muley.

¿Para qué queremos un libro de chicas?, preguntó Breck.

El secreto está dentro, dije.

Scardino recorrió la habitación con la mirada. Ronald Wilson, Roger Waring, Ricky Divine, Tony Smith, Alvin Gosford, lodos estaban apiñados en la puerta.

El reloj blanco y negro junto a la bandera de Estados Unidos marcaba las 10.55. Faltaban cinco minutos para que la hermana Barbara Ann tocara las diez campanadas.

Scardino abrió la puerta del lavabo de una patada. Estaba vatio. Allen ya no estaba tumbado en el suelo, no había cristales lotos ni trozos de montura. En el cubículo situado junto a la pared, por debajo de la puerta cerrada con cerrojo, vi reflejados en el espejo los zapatos de Allen bajo los pantalones y los calzoncillos enrollados alrededor de los tobillos.

Scardino me agarró por el codo con fuerza, pero no sé por qué, por el hecho de que me tocara, algo se relajó dentro de mí.

Junto al urinario colocado contra la pared verde y el lavamanos blanco del extremo, volvíamos a estar los cuatro, Vern Breck, Michael Muley, Joe Scardino y yo, apiñados unos contra otros, t orno si yo fuera uno más, como si estuviera en su bando.

Los grandes nudillos de Scardino, sus manos grandes y suaves italianas sostenían el libro de Allen.

Busca la página cuarenta y dos, dije.

Scardino pasó las páginas, se detuvo en la cuarenta y dos. El

hueco en el interior del libro.

Scardino, Breck y Muley empezaron a silbar y a gritar: Mierda, mirad eso. ¿Cómo lo ha hecho Potas? ¿Y por qué solo hay tubos de radio? Yo guardaría ahí dentro condones, guardaría fotos de tías desnudas, me correría ahí dentro.

La hermana Barbara Ann tocó las diez campanadas. A la quinta, Scardino arrojó el libro hacia los cubículos. Se estrelló contra la pared trasera, por encima del cubículo en el que estaba sentado Allen.

Los tubos de radio cayeron, más ruido de cristales rotos, cristal fino contra cemento y porcelana. Después de la décima campanada, después de que se cerraran las puertas de la clase y todos se hubieran ido, me quedé solo en el cuarto de baño, apoyado contra el lavamanos, mirándome en el espejo y, más allá, el montón de pana y ropa interior amontonados alrededor de los tobillos de Allen por debajo de la puerta blanca del cubículo. Detrás de la puerta blanca del cubículo, Allen era todo gritos de llanto y grandes alaridos. Me acerqué a la puerta. Cerré el puño para llamar. Luego me miré la mano y me pregunté dónde demonios estaba ese puño cuando lo necesitaba.

Cuando Allen vio mis zapatos debajo de la puerta dejó de llorar. Como cuando apagas una luz, cierras un grifo, desconectas la radio o detienes el coche, Allen dejó de llorar.

Esa noche, en casa, después de lavar los platos, fui a mi habitación. La caja de terciopelo rojo estaba debajo de mi almohada. Me senté en la cama, encendí la luz de la mesilla de noche. Incline la lámpara para que iluminara directamente la caja de terciopelo rojo. Con las yemas de los dedos recorrí cada palabra inscrita cu letras doradas e historiadas. «El Santo Vaticano.»

Encontré a mamá sentada en el sofá verde bajo la lámpara de pie. Tenía el pelo alborotado y las gafas en la punta de la nariz. A esa hora del día siempre se la veía cansada. Zurcía unos calcetines.

Le tendí la caja de terciopelo rojo.

Sus ojos, sus ojos almendrados y castaños. La expresión de sus ojos en ese momento era la misma expresión que había olvidado que siempre había estado esperando.

La caja de terciopelo en las manos ásperas y rojas de granjera de mi madre.

El Santo Vaticano, dijo.

Es un regalo para ti, dije.

Las uñas en carne viva de mi madre.

Ábrela, dije.

Dentro de la caja, la telita blanca. El rosario estaba enroscado en sí mismo, una serpiente negra brillante, el crucifijo de plata encima de los pliegues.

El ruido que brotó de ella.

¿Para mí?, dijo mi madre.

Lo he ganado en el concurso de monaguillos, dije. He sido el que ha sacado más puntos.

Bendecido por el Vaticano, dije.

Mi madre cogió el rosario por el crucifijo de plata. La sombra de las cuentas negras brillantes cayó sobre su cara, entre los ojos, por la garganta y a través del bolsillo de la camisa, justo encima del corazón.

Todas nuestras oraciones serán escuchadas, dijo. Si rezamos a la Virgen.

Tal como fueron las cosas, ese miércoles después del colegio, mientras volvía en autobús a casa (todos los demás estaban en el Saint Joseph, incluso mi hermana, viendo el partido de béisbol), mi la parte baja de la novena entrada la puntuación era Saint Anthony tres, Saint Joseph cero. Todas las bases estaban llenas y Scardino era el bateador.

Uno, dos, tres nulos, y Scardino quedó… E, L, I, M, I, N, A, D, O.

Scardino no apareció por el colegio el jueves. Ni Breck ni Muley.

Tampoco Allen Price.

Pude respirar a mis anchas todo el día. A la salida del colegio, al dirigirme al instituto Pocatello, a una manzana del colegio Saint Joseph, en la intersección me esperaban Scardino, con camiseta roja y
Levi's,
y Breck y Muley, con camiseta y
Levi's,

en la misma postura que en el lavabo, con las piernas abiertas, en una línea de combate que ocupaba de lado a lado la acera. Entre el instituto Pocatello y yo. Entre el trayecto en autobús a mi casa y yo.

No me paré a pensar. Yo era el más alto y el que tenía las piernas más largas de los tres, y era el que más corría de la clase, de modo que di media vuelta y eché a correr. Tenía en la mano derecha la carpeta roja y la movía hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, intentando coger el aire. Empujándolo de delante hacia atrás. Corría en la dirección contraria a la que debería haber tomado, pero traté de no pensar en ello. Me con centré en largarme de allí, aunque tuviera que correr veinte kilómetros por un camino equivocado.

El Memorial Building es un edificio de ladrillo rojo con columnas a la entrada y grandes árboles alrededor sobre el río Portneuf, al otro lado del puente de la calle Hayes. Había cruzado la mitad del puente cuando decidí dirigirme al Memorial Building.

Por todas partes a mi alrededor había tulipanes. Plantados en los parterres que había a lo largo del porche con columnas y a lo largo de la amplia acera de cemento que conducía a la entrada, tulipanes rojos, tulipanes amarillos, tulipanes rosas.

¿Cómo puede parecerte algo tan bonito cuando estás tan asustado?

Scardino, Breck y Muley gritaban a mi espalda. Las puertas del Memorial Building siempre estaban cerradas con llave, de modo que no se me ocurrió entrar, pasé de largo. Salté por encima de una hilera de tulipanes rojos, amarillos y rosas, como un antílope, y a continuación la otra hilera de tulipanes que había al otro lado de la acera. Corría alrededor del Memorial Building hacia la pendiente del otro lado, pero en cuanto doblé la esquina, choqué con Breck y Muley. Hicimos movimientos de tanteo y fintas durante un buen rato, y justo cuando vi una brecha entre ellos por la que podía pasar, algo grande me golpeó por detrás. Era Scardino, y salí volando. Había bastante pendiente por allí, y con el golpe me encontré en el aire, agitando los brazos y las piernas. Parecía que iba a emprender el vuelo. Cuando aterricé, hubo movimiento a mi alrededor y todo se desenfocó. Scardino, Breck y Muley estaban encima de mí. Tenía la camiseta roja de Scardino, su barriga y su pecho, sobre la boca, la nariz y los ojos, y no había aire. Luego un

puño, un zapato, algo duro y cuadrado me golpeó el estómago.

Justo antes de perder el conocimiento, recuerdo vagamente que me pregunté quién encontraría mi cuerpo muerto en el césped verde en medio de todos los tulipanes.

Cuando por fin abrí los ojos estaba arrodillado en el césped. Lo miraba y me preguntaba si estaba en un campo de golf. En la explanada verde había grandes charcos de vómito y yo arrojaba ruidosamente, y me pregunté si ese ruido fuerte era yo. No sé cuánto tiempo estuve tumbado en el césped, aun después de sentir el aire en el culo y saber que había perdido los calzoncillos. Pero no estaba tumbado sino arrodillado, con el pecho contra las rodillas y la oreja pegada al suelo, la oreja sobre las briznas de hierba, sol y sombras sobre el césped. Tenía los brazos ahí fuera, en alguna parte, y las manos en los extremos de mis brazos.

Vi primero su sombra. Ahora me parece gracioso. Quiero decir que no puedo evitar ver lo ridículo que era mi aspecto.

Tenía un tulipán metido en el ano. Un tulipán amarillo.

El resto es el final de la historia. No me vio nadie, no creo. Los pantalones, los calzoncillos, los zapatos, los calcetines y la carpeta roja estaban desperdigados a mi alrededor sobre el césped verde. Al ponerme los calcetines vi el tomate que ya había zurcido mamá. Telefoneé a mamá desde el Wyz Way Market. No recuerdo haber caminado hasta allí. Solo dije: Mamá, he perdido el autobús, ven a recogerme al Wyz Way Market. Y colgué.

En el reflejo del escaparate del Wyz Way Market, me sangraba el herpes, pero por lo demás seguía siendo yo el que me devolvía la mirada.

Pero estaba *difrente*.

Difrente en el sentido de cambiado.

Difrente en el sentido de que era otro.

Mi sombra, una larga y extraña oscuridad que salía de mis pies.

Tenía una moneda de cinco centavos y me compré una barrita de chocolate Snickers. En el quiosco solía detenerme en el lado de los niños, donde estaban los cómics.

Esa tarde me paré en el otro lado, donde estaban las revistas de coches, *True Confessions* y *Gent*. Y el expositor de libros que daba

vueltas.

Leía *Peyton Place* cuando entró mamá. No intenté esconder el libro. Me quedé en ese lado del quiosco donde se suponía que no podía estar como si fuera lo más normal y levanté la vista de las páginas.

Mamá no llevaba pintalabios. No se había cambiado de calzado. Sus ojos almendrados y castaños entrecerrados, verdes, uno mirando hacia el sur, el otro hacia el este. No había duda, estaba cabreada.

Allen Price no volvió a clase al día siguiente. Ni el resto de la se mana. Y el final del resto de esa semana coincidió con el final de curso.

La verdad es que no volví a ver a Allen Price. Un día de la primavera siguiente su padre vino a nuestra granja a cazar perros de la pradera. Le oí decir a mi padre que Allen había estado enfermo, había pasado un tiempo en el hospital, pero que le estaba yendo muy bien en un instituto especial de California para chicos a los que les gustaba la ciencia.

California, California, California.

Si eres un poco *difrente*, si no te encajan los pantalones, te huele el aliento a mortadela y te gustan los agujeros secretos dentro de las novelas de misterio de Nancy Drew, si eres bueno en ortografía o te gusta leer a Steinbeck encima de los graneros, si eres *difrente*, si eres un poco rarillo, California, California, California un debe de ser el lugar adonde tienes que ir.

SEGUNDA PARTE

ALGUIEN A QUIEN AMAR

4

Gringa loca

Aquí fuera en la autopista, bajo una luna plateada y con la sombra de una cabeza de alienígena, solo ahora comprendo que no sería libre, ni lo vería todo tan claro, ni estaría aquí en la autopista si mamá no me hubiera sorprendido con la polla fuera detrás del establo. Curioso, tantos años rezando a Dios y el que me echa de Pocatello es el diablo. Claro que dicen que los designios de Dios son inescrutables. A veces cuando te jode el universo, eso forma parte de un plan más grande.

Es extraño lo sencillas que parecen las cosas cuando miras atrás. Todo se ve clarísimo en retrospectiva, como diría papá. Lo que más necesitaba era alguien que me viera tal como era, aunque yo no viera aún a esa persona. Allen Price lo intentó, pero me porté como un mamón. Necesitaba a alguien que fuera fiable. Alguien que además me cayera bien. Mamá había sido eso para mí, pero ahora que yo era mayor y que estaba el sexo de por medio, todo lo que ella veía era pecado, eterna condena y el infierno. Lo que necesitaba era un amigo.

Tardé hasta el verano en que cumplí dieciséis años en encontrar verdaderos amigos. Algo patético, lo sé. Pero yo siempre era *difrente*, más *difrente* de lo que podía imaginar, y tal vez solo tenía que esperar a que la clase adecuada de *difrente* se cruzara en mi camino. También seguía asustado, realmente asustado en lo más

profundo de mi ser, de modo que quienquiera que fuera el *difrente* tenía que ser amable. Quiso el destino que mis primeros amigos fueran tan *difrentes* de mí como podríais imaginar, al menos eso era lo que pensaban mis padres. Los mexicanos, igual que los negros, igual que los indios. Tal vez por eso funcionó. Por eso, y porque tenían un carácter afable. Flaco y Acho. Fueron los primeros ojos que encontré, desde los de mi madre, en los que pude reconocer algo de mí.

Ese verano papá tenía cuarenta hectáreas de heno que recoger. No sé cómo explicaros lo que son cuarenta hectáreas, pero si esas cuarenta hectáreas tuvieran un kilómetro de extensión y entre hilera e hilera de heno secado al sol hubiera dos metros de distancia, el heno se prolongaría de tal modo que no veríais el horizonte hasta estar a medio camino.

Todo el tiempo que estuve detrás de la enfardadora lo hice subido a una especie de plataforma. Llevaba el fardo al extremo de la plataforma y lo colocaba sobre el montón, y al llegar al final del campo, cuando el tractor daba la vuelta, cogía la barra de hierro y la metía entre las dos tablas centrales que formaban la plataforma, y los fardos caían al suelo.

Alrededor de ti flotaba polvo de hierba, seco y pesado como una nube amarilla. Inhalabas el polvo, y tosías y estornudabas todo el tiempo. Estabas cubierto de ese polvo. El polvo amarillento y desagradable se te colaba por el cuello, se asentaba en tus hombros desnudos, te llegaba hasta las axilas. Hasta se te metía por la raja del culo. Lo sentías como un millón de diminutas arañas saltarinas dentro de los calzoncillos. Y hacía un calor de la hostia. Algunos días llegábamos a los cuarenta grados y ahí estabas, en vuelto en una bruma amarilla tóxica a través de la cual apenas se veía, con tu sombrero de paja, sudando, y el sol abrasador era una enorme fluorescencia amarilla, y llegaba un fardo tras otro, y la enfardadora hacía un ruido infernal,
ca-chun,
ca-chun,
ca-chun.
Al cabo de un rato dejabas de oírlo, solo te oías la respiración a

través del pañuelo con que te tapabas la boca, como si estuvieras en una cámara de oxígeno o algo parecido. El polvo amarillo se te metía por dentro de las gafas, de modo que el mundo no tardaba en parecer amarillo, era como si miraras todo a través de un periscopio amarillo. Todo era un fardo de heno que se te acercaba mientras tú te tambaleabas sobre cuatro tablas y el suelo se deslizaba bajo tus pies pesados e inestables.

A veces mamá conducía el tractor, otras lo hacía mi hermana. Mamá siempre tenía que parar la enfardadora, y con la horca recorría toda la creación tratando de recoger hasta la última brizna de puto heno. Te volvía loca esa mujer. En cambio a mi hermana le importaba un bledo. Lo único que le importaba era su bronceado. Además, para entonces mi hermana y yo fumábamos juntos. Ella apagaba el motor y yo bebía un trago de agua, y cada uno nos fumábamos un cigarrillo. Gracias a Dios que la tenía a ella.

Lo que hacía aún más duro el trabajo era que, independientemente de lo que pensaras de papá, querías trabajar bien por él. Si te matabas a trabajar tal vez se dignaría mirarte, te llamaría «hijo». Te daría una palmadita en la espalda o te tocaría con dos dedos la coronilla, como cuando era pequeño. Pero nunca fue así.

El proceso de enfardar el heno duraba de tres a cuatro semanas seguidas, seis días a la semana, de ocho a diez horas diarias, en el seco y caluroso verano de Idaho, al puto sol, trabajando como un puto esclavo.

El puto heno, tío.

Odio el puto heno.

Una vez que acabábamos de enfardar todo el heno, gracias a Dios, y de amontonar los fardos en cada extremo del campo, era el momento de poner en marcha el camión Jimmy del 49 y empezar a trasladar los fardos a un almiar situado junto a los corrales de engorde. Mi hermana y mamá sabían conducir el tractor de la enfardadora, pero amontonar los fardos era un trabajo demasiado duro para una mujer. De modo que ese verano papá contrató «a esos dos mexicanos» que vivían con su familia en la casa de los mexicanos.

El sábado anterior al lunes en que empezó el traslado del heno fui en la Chevy Apache de papá hasta el corral de engorde. Tenía mi Viceroy y la radio encendida. Aún no había oído ninguna de mis canciones favoritas, «Summer in the City» y «Paperback Writer». Recorrí el camino que comunicaba nuestra casa con el resto del condado de Bannock de color amarillo, sobre el viejo cauce del río Portneuf, y pasé por delante de la casa de los mexicanos. Metí la segunda y por una vez miré por la ventanilla, y vi a dos chicos mexicanos de piel suave y pelo negro brillante.

Uno llevaba una camisa azul brillante encima de una camiseta muy blanca, unos
Levi's
y unas zapatillas de tenis Converse rojas con los cordones desatados. El otro, una camisa roja brillante encima de una camiseta muy blanca y unos
Levi's,
iba descalzo, y tenía la piel tersa y morena. El de la camisa azul tocaba la guitarra y el de la camisa roja un acordeón, «Cucurrucucú Paloma», según me enteraría más tarde. La forma en que sonreían. Yo aún no lo sabía, pero mi mundo acababa de cambiar tanto que en trece meses no lo reconocería para nada.

El lunes por la mañana conduje el camión del heno hasta la casa de los mexicanos para recoger a «esos dos mexicanos». Estaba nervioso como siempre que estoy a punto de conocer a alguien. Al menos creía que ese era el motivo. Pensándolo ahora, había muchas más cosas en juego.

Ahí estaba yo, el hijo del jefe, con una autoridad que no quería. Y con quince años, a punto de cumplir dieciséis, mientras que «esos dos mexicanos» eran mucho mayores, puede que tuvieran hasta veinte. ¿Cómo iba a darles órdenes, o a decirles qué hacer y cómo hacerlo? Además, eran realmente apuestos con su pelo negro, de modo que seguramente eran como Scardino.

Había recorrido la mitad del camino, inmerso en pensamientos acerca de que el universo estaba conspirando para joderme, cuando ocurrió algo en mi interior que no me pasó inadvertido porque nunca me había ocurrido nada en mi interior. O si lo había hecho,

no le había prestado atención.

Una voz. Podrías llamarlo así.

«No hagas lo que él habría hecho.»

Él era papá.

Papá gritaba órdenes y esperaba que nacieras sabiendo. Agitaba los brazos y te señalaba con el dedo, y nunca te escuchaba. Así actuaba papá.

El punto de partida era no ser como papá.

Y no volver a tratar a nadie con tan mala leche como a Allen Price.

Aceleré el motor para que me oyeran «esos dos mexicanos». Pensé en tocar la bocina, pero no había. Además, tocar la bocina era algo que haría papá.

Apagué el motor, respiré hondo, abrí la portezuela del camión, me guardé los guantes en el bolsillo trasero y empecé a subir la colina. Entre la mala hierba sobresalían piezas de coches. El olor típicamente mexicano a tortilla.

¿Hola?, grité.

Me llegaron varias voces hablando a toda velocidad en español. Y oí pasos andando por un suelo de madera, una gran conmoción. Luego la puerta mosquitera se abrió de golpe y «esos dos mexicanos», los dos chicos de camisa azul y camisa roja que había visto tocar la guitarra y el acordeón, dieron un salto por encima de las dos cajas de madera que hacían las veces de escalones, se quedaron suspendidos en el aire entre el sol y yo, y aterrizaron en el suelo.

Papá jamás se habría presentado a sí mismo, de modo que eso hice. Dije en inglés, a pesar de que papá también habría hablado en inglés (¿qué alternativa te queda cuando solo sabes hablar de una manera?): Hola, me llamo Rigby John, y tendí la mano al que había llevado la camisa azul y tocado la guitarra.

Las pestañas de Flaco casi le tapaban los ojos, pero por debajo de ellas había dos trozos de carbón negro que me miraron un segundo antes de desviarse rápidamente para clavarse en el suelo, lira alto, alto como mi padre, medía metro ochenta por lo menos. Piel muy suave, luminosa. Brazos largos con esa misma piel. Podrías decir que era hermoso. Entonces no lo hice, no era capaz de asociar «hermoso» con «hombre». Pero ahora sí puedo decirlo. Flaco era

hermoso además de fuerte y corpulento, y lo llevaba con gracia. Pero lo verdaderamente hermoso de él era su gentileza, una dulzura de carácter que yo nunca había visto en un hombre. Tal vez fue por lo educado que estuvo y la forma en que sonrió. Como si yo fuera alguien importante me sonrió. Qué extraño era inspirar admiración. Llevaba un viejo sombrero de cowboy, con la marca de sudor alrededor del ala, una camisa de cowboy y las mismas zapatillas Converse rojas, esta vez con los cordones atados. Tejanos, pero no Levi's.

Un cigarrillo detrás de la oreja.

Me tendió la mano a su vez. Cuando nuestras palmas se tocaron estuve a punto de darle un fuerte apretón de colega, pero él la dejó quieta en la mía, permitiendo que se la sostuviera.

Como nunca me había cogido la mano un hombre. Aceptó mi mano. Al principio fue extraño, como cuando crees que hay otro escalón y no lo hay, y tu pie da un paso de todos modos y sientes con todo el cuerpo que no hay ningún escalón, así fue como yo también acepté su mano.

Luego dejamos caer los brazos a los costados a la vez.

Encantado de conocerte, Rigby John, dijo. Me llamo Flaco, y este es mi hermano, Acho.

Su inglés sonaba como el de un mexicano hablando inglés, pero lo entendí. Luego miraba al suelo, nuestras sombras en el suelo. Un hombre joven, hermoso y educado con quien podía hablar.

Acho también me estrechó la mano, pero esta ya no me sorprendió. Me estaba acostumbrando a esos tipos.

La belleza de Acho era *difrente* que la de Flaco. Tenía el pecho y los brazos fornidos, y era capaz de arrojar desde el suelo un fardo de heno sobre otros fardos amontonados en un camión. No era tan alto como Flaco. Tenía la barbilla de Kirk Douglas y el pelo negro cortado al rape le salía disparado. En la cara, igual de suave y luminosa, tenía tres hoyuelos, dos en una mejilla y uno en la otra. Sus ojos oscuros se hundían profundamente bajo unas cejas pobladas. La nariz en forma de gancho apuntaba hacia abajo. Vello suave y brillante en sus fuertes brazos. Más vello en el cuerpo, en los brazos, y cuando se quitó la camisa, la mata de vello negro en medio del pecho. Su sombrero de paja parecía que había sido pisoteado por alguien. Una camiseta blanca, los mismos tejanos que

Flaco. Un cigarrillo también detrás de la oreja.

Hola, ¿cómo estás?, dijo en inglés.

Como estaba a punto de averiguar, allí se acababa todo el inglés de Acho. Nunca aprendió a pronunciar mi nombre, Rigby John, aunque practicamos durante todo el verano. A lo más que llegó fue a decir Ribijuán.

Flaco y Acho observaban cada uno de mis movimientos. Hice girar la llave de contacto, pisé el pedal de arranque con el pie derecho, metí la primera. Tardé un rato en meter la segunda, y cuando por fin lo hice, solté el embrague. Pero pasaba algo raro. Por fin me di cuenta de que tenía puesto el freno de mano, de modo que solté un gran suspiro, liberando todo el aire atrapado en los pulmones, y nos fuimos.

La verja cerrada fue mi primer problema. En esa situación, papá habría dicho a Acho, que estaba junto a la ventanilla, que bajara para abrirla. El problema era que me tocaba a mí decir a Acho que abriera la verja, en parte porque no sabía si me entendería, pero también porque no quería decirle a Acho que abriera la verja como mi padre le diría que abriera la verja. Además, abrir ciertas verjas, esa en concreto, tenía su truco, porque había que apoyar el cuerpo contra la parte superior del último poste.

De modo que apagué el motor y pedí a Acho que me acompañara. Flaco dio un empujón a Acho y dijo algo deprisa en español. En la verja expliqué a Acho cómo debía apoyarse en la parte superior del último poste para aflojar el alambre de la verja y disminuir la tensión. Levanté la parte ovalada de alambre, la saqué del último poste del fondo y la verja se abrió describiendo un arco. Después de cruzar la verja con el camión, bajé de nuevo y enseñé a Acho a cerrarla.

En la siguiente verja Acho cayó en la cuenta de que no era ningún chollo estar sentado junto a la ventana. Tras un torrente de palabras en español, Flaco bajó del camión y esta vez le ensené a él a abrir y cerrar la verja.

Lo que ocurría con la verja, más que nada, era que yo sabía lo que era pelearte con algo que no sabías cómo funcionaba mientras tu viejo se quedaba en el camión discurriendo nuevas formas de humillarte.

Y, en fin, esa no es forma de tratar a las personas.

En el campo de heno tomé otra decisión: nos turnaríamos en cargar y amontonar. Dos cargábamos mientras el tercero amontonaba. Luego se me ocurrió la mejor idea que tuve ese verano.

Detuve el camión junto al primer montón de heno al fondo del campo. El primer campo, el primer montón de heno, lo primero de todo. Estábamos los tres sentados en la cabina del camión. Yo no sabía exactamente cómo empezar, de modo que saqué del bolsillo de mi camisa un Viceroy y cerillas, me lo llevé a la boca y lo encendí. Las caras de Flaco y Acho reflejaron sorpresa mientras me miraban. Cogieron el cigarrillo que cada uno llevaba detrás de la oreja. También los encendí. Los tres con la misma cerilla.

Todos dimos caladas. Retuve el humo en los pulmones durante más tiempo de la cuenta. Esperaba para decir lo que tenía que decir. Cuando exhalé el humo, las palabras brotaron con la exhalación.

Dije: Nos turnaremos al volante.

Eso es lo que hicimos. Así fue como Flaco, Acho y yo nos hicimos tan buenos amigos. Ese verano aprendieron a conducir.

Al cabo de dos semanas de transportar heno habíamos aprendido muchas cosas unos de otros. A Acho le gustaba hacer el payaso, Flaco era el que amontonaba los fardos más juntos y yo podía pasarme todo el día sin mear. Por la mañana nos llevaba un tiempo adaptarnos unos a otros. Dios, después de todo, ¿quién tiene ganas de estar de buen humor y agudo a las siete de la mañana? Para empezar, después de que los dos discutieran a toda pastilla en español sobre quién iba a sentarse junto a la ventana, nos mirábamos y decíamos buenos días, eh, hola. Acho siempre decía «Hola, ¿cómo estás?» mientras se subía al camión, y después ninguno decía nada, y uno de los tres encendíamos un cigarrillo y nos lo pasábamos. En la cabina, solo el humo del cigarrillo y nuestros tres cuerpos. El olor a jabón, sudor, tortilla, tabaco y café instantáneo, el rugido del motor dentro de la cabina. Fuera estaba el nuevo día. El sol todavía rosa y azul, y frías sombras desparramadas por todas partes.

Establecimos una rutina. En los campos de heno nos turnabamos

al volante del camión para ir de un montón al otro. Era una buena práctica para Flaco y Acho porque, aunque se trataba de conducir a campo abierto en lugar de por una carretera pública, tenían que ser bastante precisos. Tenían que dar marcha atrás hasta el montón, hacer cambios de sentido en tres maniobras y utilizar los retrovisores, además del uso habitual del volante, el cambio de marchas, el embrague y el freno.

Dos arrojábamos los fardos al camión y uno los iba amontonando. Luego seguíamos haciendo turnos.

Nos turnábamos para conducir hasta el corral de engorde, nos turnábamos para abrir y cerrar las verjas, y al llegar a los montones, nos turnábamos para cargar los fardos en el camión y amontonarlos. Pero no sin percances. Sobre todo con Acho. No sabría decir las veces que me reí a mandíbula batiente viendo a Acho pisar el acelerador y a continuación soltar el embrague. Id camión salía disparado como en una pista de carreras, los fardos de heno caían en todas direcciones y el camión daba botes sobre las ondulaciones hasta que se detenía por fin en mitad del campo.

Tiene su truco pisar el acelerador y soltar el embrague. Yo lardé meses en pillarle el punto. Flaco aprendió enseguida, pero por alguna razón a Acho le costó. Luego me di cuenta de algo. Acho era como yo. Se bloqueaba cuando alguien lo observaba, de modo que lo dejé solo. En cuanto lo dejaba solo, soltaba el embrague y pisaba el acelerador, todo a un tiempo.

Algo que descubrí de Flaco y Acho era lo que les gustaba despotricar. Sobre todo a Acho. «Chinga» y «chingada», «puta», y «chingada tu puta madre». También decía «cabrón».

Había otra palabra. Flaco y Acho se llamaban a sí mismos «negro», pero no era un insulto. «Negro», con el énfasis en la primera sílaba. Y llamar a alguien «negro» era simpático, como si dijeras: Eh, colega, amigo, o tío.

A Flaco y a Acho les gustaba despotricar en español, de modo que no tardé en hacerlo yo, y a menudo empezaba y acababa todo lo que decía con «chingada», «puta madre» o «cabrón», o una combinación de todo.

Pero no les llamaba «negro». Aunque era un término simpático, solo lo utilizaban ellos. Yo no estaba seguro de por qué. Imaginé que era porque yo era blanco y norteamericano, y *difrente*. Podía

llamarlos «cabrón», o soltar «chingada tu puta madre», pero lio podía llamarlos «negro».

Y otra palabra. «Gringo.»

Cuando Flaco y Acho se ponían a hablar en español entre ellos, así era como me llamaban, «gringo», «gringo loco». Lo interpreté como que les caía bien.

Quiso el destino que mi cumpleaños fuera el último día de transportar heno. Solo cuando miro ahora en retrospectiva comprendo todo lo que ocurrió. Era la primera vez que unos amigos me proponían que hiciera algo con ellos, aparte de la tarde que Scardino me invitó a su casa y dije que el queso parmesano de su madre olía a pedo, y del día que jugué a Veneno con Allen Price, y aparte de cuando mi hermana me proponía ir de compras para que me gastara mi semanada en ropa de colegio para ella.

Mi cumpleaños empezó como un día cualquiera. Se abrió la puerta del camión y subió primero Flaco. Me sonrió mientras se acomodaba en el asiento del centro. Dije: Buenas. Él se limitó a inclinar la cabeza, luego subió Acho y cerró de un portazo, Flaco se llevó una mano al bolsillo, sacó un cigarrillo, frotó una cerilla contra la base del salpicadero, lo encendió.

Fumar por la mañana me mareaba, aún ahora me ocurre, y aunque entonces no lo sabía, pensándolo ahora, fumaba de todos modos porque quería apretar los labios alrededor de lo que ellos habían apretado con los labios. Fue al meter la ter cera cuando le pasé el cigarrillo a Flaco. Como siempre, giré el volante hacia la izquierda sobre el guardaganado, pasamos por delante de los furgones. Cuando Acho volvió a subir al camión después de cerrar la primera verja, no pude soportar lo más.

Yo tenía el cigarrillo. Di una calada, expulsé el aire por la nariz y dije: Eloy es mi cumpleaños.

Flaco y Acho dijeron al unísono: ¡Felicidades! Y así sin más, el mundo se volvió *difrente*. Es curioso, no sabes que las cosas son siempre iguales hasta que se vuelven *difrentes*. Así, sin más. Lo vi en los ojos de Flaco y Acho. Todo un nuevo mundo *difrente* en sus ojos. Luego lo que había en sus ojos se introdujo también en los míos. Seguía estando en el viejo camión de heno, con el mismo viejo

cigarrillo caliente, acabábamos de cerrar la primera verja, todavía eran las siete de la puta mañana y no había cambiado ni el heno, ni Idaho, ni la mano de obra barata, pero todo era *difrente. Difrente* y brillante. En nuestros ojos apareció el día entre, que teníamos por delante, y en menos que canta un gallo estábamos arrojándonos unos sobre otros en la cabina, aplaudiendo, vitoreando, silbando y pegándonos. Acho hablaba en español tan deprisa que parecía una metralleta. Empezó a golpear el salpicadero como si fuera un tambor.

Flaco dijo: ¡Hoy es un gran día! Es el último día de trabajo y es tu cumpleaños. ¡Hay que celebrarlo!

Acho dijo: ¡Aaay, Ribijuán! ¡Chingada tu puta madre!

Cogió el primer fardo de heno y, al inclinarse, dejó escapar el pedo más largo y ruidoso que jamás he oído. Puta madre, dijo, luego Flaco dijo en español cabrón no sé cuántos, y se rieron con ganas, y no me hizo falta saber qué había dicho Flaco para partirme también de risa. Así empezó todo. Después de eso, cada lardo de heno de ese día fue algo divertido, un nuevo motivo para hacernos reír. Toda la mañana y hasta entrada la tarde.

Esa tarde, en el extremo superior del campo con el último cargamento de heno, Acho soltó el embrague y el camión se precipitó hacia delante. Flaco estaba de pie en la parte trasera. Trató de mantener el equilibrio mientras el camión daba botes sobre el sinuoso terreno, pero fue demasiado. Al poco rato Flaco y la mitad del cargamento de heno que llevábamos en la parte trasera del camión salieron volando. Afortunadamente no se rompió ningún fardo, aunque no habría importado. Acho, cabrón, puta madre, no sabes conducir una chingada.

El campo donde estábamos cargando el heno ese día para transportarlo era el que había junto a la poza. Cuando Acho detuvo el camión lo hizo justo al lado de la verja que daba al canal.

Eran las tres de la tarde. Flaco estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en un fardo de heno. Acho fumaba un cigarrillo dentro de la cabina del camión, con la puerta abierta. Yo acababa de subir a la parte trasera del camión y estaba sentado, con las piernas colgando. Después de reír, todo lo que quedaba era el sol alto y caliente, el polvo de heno, el zumbido de las moscas y la mitad de un cargamento de fardos de heno que amontonar de

nuevo.

Fue entonces cuando lo oí. El ruido más hermoso.

La cascada.

Combustión espontánea en nuestro interior al mismo tiempo.

Flaco se levantó como un animal salvaje y dijo: ¡Vamos a nadar!

Acho no tuvo que pararse a pensar. Ya estaba en el aire, dando caladas a un cigarrillo, ¡puta madre, negro!

Flaco y Acho estaban saltando la valla cuando se volvieron hacia mí.

Yo seguía sentado en la plataforma del camión. De hecho, tenía el culo pegado a la plataforma. Hacía esfuerzos por respirar el aire del interior de mi pecho.

¡Vamos, Rigby John!, dijo Flaco. Vamos a nadar. Es tu cumpleaños.

La sensación en los brazos que significa impotencia.

Id tirando, dije. Yo voy a amontonar de nuevo estos fardos.

¡Ay! ¡Cabrón, chingada tu puta madre, Ribijuán!, dijo Acho.

Olvídate del heno, dijo Flaco. Lo haremos después de nadar.

No, dije. Id tirando.

¿Cabrón?, dijo Flaco.

Sus ojos oscuros tratando de leer en mi interior por encima de la valla.

¡Vamos a nadar!

¿Cómo dices algo que aún no sabes?

No puedo, dije. Nos pillará mi padre. Id vosotros y yo vigilaré por si viene.

Flaco y Acho no tardaron en estar de pie en la parte trasera del camión. Flaco me rodeó una pierna con las manos, Acho hizo lo propio con la otra. Me miraban a mí, el gringo loco. ¿Qué culpa tenía yo, viniendo de la familia que vengo? Quiero decir que, ahora que pienso en ello, es cierto que me preocupaba que nos pillara papá, pero ese día, mi cumpleaños, podría haber corrido el riesgo. Lo que me aterraba, lo que mantenía mi culo pegado al suelo del camión, era otra cosa.

No tengo bañador, dije.

Debo decíroslo. Nunca he visto a nadie reírse tan fuerte ni con tantas ganas. Los dos, Flaco y Acho, se retorcían por el suelo, entre los rastrojos de heno, gritando y aullando, golpeándose las piernas

con el sombrero y sujetándose la barriga. Como mu riéndose de la risa, los dos.

Ni toalla, dije. No tengo toalla.

Era un gringo la hostia de gracioso, de acuerdo. Ahora me río de ello, pero, creedme, ese día sentado en la parte trasera del camión, con el culo pegado a la plataforma y los dedos enroscados entre las ranuras de las tablas de sujeción laterales, la perspectiva de nadar desnudo con Flaco y Acho formaba parte de otra vida muy distinta a la mía.

¿Qué hicieron ellos? Hicieron lo que haría cualquier buen amigo. Ayudaron a su amigo a vencer el miedo.

No me malinterpretéis. No me cogieron de la mano y me dijeron: No te preocupes, Rigby John, no tienes por qué tener miedo, estás entre amigos. De hecho fue todo lo contrario. Acho me cogió por la cintura y me cargó al hombro. Qué sensación más rara. Ahora soy un tío corpulento y entonces no lo era tanto, pero medía metro setenta y siete, y pesaría fácilmente algo más de setenta kilos, y allí estaba en el aire, un saco de patatas al hombro de Acho. Debo decir que no me gustó. Cada vez que alguien me ha cogido así, me ha dado a entender que no soy nada. Ya fuera mi padre o Scardino, no se me tomaba en cuenta, solo era alguien a quien se le podía zarandear de acá para allá o meter un tulipán amarillo en el ano. Estaba aterrado y tenía dificultades para respirar. Reconocí la sensación en los brazos que significaba impotencia y todo se volvió negro.

Flaco y Acho no sabían lo asustado que yo estaba. Quiero decir que creo que no lo sabían. Acho seguro que no, porque me llevó pateando y gritando como a una chica hasta la verja. La abrió, cargándome todavía al hombro. No fue hasta que llegamos al canal, poco antes de que me dejara en el suelo, cuando miré a Flaco. Ese momento. Algo en los ojos de Flaco era como Jesús. No sé cómo lo llamaríais. Sus largas pestañas negras, sus ojos negros, había algo en ellos, y fuera lo que fuese, se metió en lo más profundo de mi ser cuando lo miré e inmediatamente estuve seguro de que no estaba solo. Después de esa mirada, así sin más, dejé de patalear y gritar. Acho me dejó en el suelo.

El suelo, tenía los pies en el suelo y, a través de él, alguna clase de sólido me engulló las piernas. Los ojos de Flaco seguían siendo

Jesús, y recuperé el aliento, y estaba sobre mis pies, con mis amigos, y volvíamos a reírnos los tres como antes.

Luego el shock de mi vida, bueno, quiero decir hasta ese día: Flaco se agarró la camiseta y se la quitó por la cabeza. Vello en las axilas. Dios mío, nunca había visto a Flaco con el torso desnudo. Volví a quedarme sin aliento. Los hombros, la clavícula, las tetillas. Se quitó los zapatos, con dos patadas, y se bajó los tejanos, y ahí estaba Flaco, totalmente desnudo, el vello negro de la entrepierna, los músculos que se curvaban hacia abajo desde la cintura, una cola de paloma. La polla descansando sobre los huevos, de un marrón más oscuro y voluptuoso. No sé con qué otra palabra describirlo, cómo era él. De un marrón más oscuro y denso que el resto de su piel, la polla, los huevos, voluptuosos.

Luego Acho. En pelota picada. Todos esos músculos morenos, una larga e ininterrumpida ondulación de músculo, el pelo en mitad del pecho, el pequeño sendero de vello que nacía en la cintura, la tupida mata alrededor de la polla y los huevos. La polla y los huevos llenos, hermosos, redondos, como las palabrotas que significan «alegría» cuando hablas en una lengua románica.

Nalgas redondas, morenas, hermosas. El culo de Flaco tan suave que te entraban ganas de darle palmadas o morderlo, pero en lugar de ello perdías el aliento, perdías el equilibrio. Y el culo de Acho, suave, redondo y moreno también, pero dentro de la ranura una mata oscura de vello negro.

Todo en un instante.

Hombres desnudos jugueteando, cuerpos plenos, todo el cuerpo, cada una de sus partes. Desde las plantas de los pies hasta los lóbulos de las orejas pasando por el prepucio, totalmente des nudos, impresionantes, asombrosos, palpitantes, desnudos.

Estaba perdido.

Mi ropa no era como la de Flaco y la de Acho. Mi ropa no se quitaba tan fácilmente. Ellos solo tenían que desabrochar los botones, bajar las cremalleras, desatarse los cordones, quitarse los calcetines. Pero yo no. Desnudarme delante de Flaco y Acho era muy *difrente*.

Pero lo conseguí, con una pequeña ayuda de mis amigos.

Flaco empezó por mi sombrero, me lo quitó, luego Acho me desabrochó el botón superior de la camisa y fue bajando. Fuera la

camisa. Flaco se había arrodillado y me desataba los cordones de las botas. Los huevos rebotando entre sus piernas, yo no podía mirar. Fuera las botas. Mis calcetines apestosos. Allá abajo, en el suelo, mis pies increíblemente blancos. Puta madre, dijo Adío cuando vio mis pies blancos. Luego el cinturón, y los cinco, los conté, uno dos tres cuatro cinco botones del
Levi's.
Entonen Acho me bajó los
Levi's
y la ropa interior, y noté aire a mi alrededor donde me encantaba notar el aire, mis calzoncillos alrededor de mis pies. Saqué un pie, luego el otro.

Estaba desnudo.

Desnudo al sol.

Con todos mis granos al aire.

Mis manos eran puños que me cubrían la entrepierna.

Acho me cogió de una mano, Flaco de la otra. Me apartaron los puños.

Tanto Flaco como Acho se taparon las orejas con las manos. Sus ojos eran como los de las películas de terror cuando la mujer ve al monstruo. Gritaron fuerte mientras me miraban la entrepierna.

¡Qué horror! ¡Chingada tu puta madre!

Incliné la cabeza, bajé la vista hacia mi pecho, por encima de mi barriga, hasta allá abajo.

Me había pasado lo que siempre me pasaba cuando me desnudaba a medias o del todo.

La tenía apuntando al frente.

Acho me la señaló y dijo algo en español que me repetirían más tarde esa noche en el almiar y que yo memoricé: ¡Trae la verga bien parada!

Lo que me sonó algo así como: Trata de hacer una buena palada.

Pero no era de una buena parada de lo que se trataba.

Era una erección.

Y no era intencionada.

Luego ocurrió algo mágico. La poza era mágica, y los tres éramos un solo cuerpo volando, gritando como locos, soltando alaridos y risitas, un largo e ininterrumpido impulso desnudo a través del cielo de la calurosa y soleada tarde de Idaho. Suspendidos

en el aire, brazos, piernas, pollas, el agresivo impacto de la zambullida, el ruido borboteante al sumergirnos en el agua verde, lodosa y fría.

Sin bañador, el agua a mi alrededor invadiéndome del modo en que el agua lo invade todo allá donde va. Las piernas, las nalgas, la polla, los huevos, la cascada lanzando agua contra mí, aún más agradable que el aire. Flotando a ras del fondo, mi cuerpo deslizándose por rocas oscuras y barro, marañas de musgo, brillante como una foca o alguna clase de animal marino, cerdos audaces, Esther Williams, me estaban saliendo agallas, respiraba agua. En la oscura turbulencia, mis manos encontraron una pierna humana y luego otra, y las cogí y tiré de ellas. Y, por encima, en el mundo de aire respirable, se oyó un grito, un aullido agudo que se convirtió en burbujas.

La cara de Flaco junto a la mía a través de la oscuridad lodosa y verde, su sonrisa que dejaba ver todos sus dientes. Sus ojos se volvieron diabólicos y trató de agarrarme, pero yo fui más rápido. Un prolongado impulso y estaba fuera del agua, la profunda bocanada de aire una maravillosa sensación de plenitud en el pecho. En un abrir y cerrar de ojos, los brazos de Flaco alrededor de mi cuello. Luego Acho me agarró por las piernas y entre los dos me levantaron. Estaba alzado, con los brazos extendidos, hacia el Señor, un pino contorcido, una pira, un cuerpo largo y mojado en el aire caliente y seco. Así sin más, otra zambullida en la oscuridad verde. Vislumbres de vello negro, piel morena, par tes *difrentes* de cuerpos, brazos, piernas, hombros, el lunar de la nuca de Acho, el pie moreno de Flaco saliendo del agua verde, el agua blanca de la cascada. Sentí un dedo en el culo, justo dentro del esfínter, el mismo lugar donde había estado el tulipán amarillo. En un instante, qué extraña sensación de plenitud sentí en el corazón cuando me tocaron de nuevo esa parte de mí Pero esta vez el contacto hizo salir mierda de mi culo. Dejé escapar un grito. Pensé que era la risa lo que me levantaba, y caminé como si caminara sobre el agua.

La mano ancha de Flaco, de uñas perfectas, cerrada alrededor de un mata de grama de caballo silvestre junto a mi pie Corrí al sol, desnudo, corrí mojado al sol, con Flaco detrás, Acho detrás de él. Todo lo que oía era el agua que caía de sus cuerpos, mi respiración, la respiración de Flaco, la de Acho. Pasando junto a las paredes de

cemento a cada lado que se juntaban en la compuerta, mis pies eran salpicaduras de agua sobre la vieja tabla seca, sujeta con tornillos. Me rebotaban los huevos, la polla. Nunca me había visto la polla mientras corría, cómo descansaba sobre mis huevos al juntar las piernas. Cómo colgaba suelta con el saco de los huevos cuando estiré las piernas para saltar al afloramiento de roca volcánica oscura y resbaladiza. Mis pies subieron por la roca volcánica oscura, mojada, cubierta de musgo.

Una vez en lo alto, el suelo plano y polvoriento estaba caliente bajo las plantas de mis pies. Bajé la mirada. Respiraba con dificultad, chorreaba agua. Tenía los pies al otro lado de la frontera, en la reserva. Firmemente plantado en medio del rojo, retorcido como el viento, se erguía el cedro solitario. Bajo el sol ardiente, las ramas del cedro olían como otro cuerpo sudoroso. El viento a través del cedro, la secreta canción del viento en el cedro ese instante era algo que no estaba fuera de mí sino dentro, arriba, abajo y detrás, un puño cerrado en mi interior que se abría y se agitaba al viento.

Flaco me embistió por la izquierda, Acho por la derecha. Se abalanzaron sobre mí para sujetarme, pero yo en una, dos, tres zancadas acompañadas de otro alarido estaba en el aire, parecía que iba a caer eternamente en el aire. Luego sentí el ruido del agua en los oídos, el agua verde oscura y profunda. Me siguió Flaco, luego Acho, dos zambullidas de cuerpo entero. Animales marinos bajo el agua, resbaladizos, nadando a ras del fondo.

No podíamos parar. Nadábamos, salíamos a la orilla, corríamos en el calor todavía sofocante, con la piel de gallina, golpeando, golpeando la tabla con los pies, y saltábamos a las rocas volcánicas, asideros, puntos de apoyo, a veces el musgo estaba demasiado resbaladizo para agarrarnos bien, gateábamos, respirando con dificultad, riéndonos siempre, siempre riéndonos, hasta que llegábamos a lo alto de la reserva, en el mundo rojo, y el cedro del sudor, y volvíamos a saltar, y así una y otra vez, una y otra y otra vez. No había nada más en el mundo que nuestros cuerpos lanzados a través del aire, bajo el sol, al agua verde, dentro de la espuma blanca, la zambullida.

Todo era *difrente, difrente* y brillante.

Todo era posible.

El sol dorado y bajo, llevando el cargamento a casa, en primera, a lo largo de la curva de arco que describe el límite de la reserva. Entre las dos verjas, en el tramo más largo de terreno llano y abierto entre el campo y el corral de engorde, Flaco está conduciendo demasiado deprisa. Lo hacemos siempre que podemos, sobre todo entre las dos verjas. Y esta tarde de mi cumpleaños estamos llevando el último cargamento. El sábado por la noche y el domingo se extienden ante nosotros sin heno que transportar. Estoy sentado entre Flaco y Acho. Flaco se ha quitado el sombrero y el viento que entra por la ventanilla abierta alborota su pelo mojado. Acho va con el torso desnudo y el sol brilla en su piel, volviéndola dorada. Flaco cambia de tercera a cuarta. Dudo que se haya dado cuenta siquiera de que me ha rozado. El centímetro de piel de mi pierna derecha justo debajo de la rodilla. Todo se ralentiza, y siento en mi interior el lugar del miedo que no sé que es miedo hasta que dejo de sentirlo, y en cuanto cesa me invade una gran sensación de plenitud en el pecho, y amo mucho a Dios. El olor que desprenden nuestros cuerpos, a sudor, heno, polvo, y el que flota en la cabina, a gasolina, aceite, gases de escape, cigarrillos, el agua del canal musgoso, el estrépito que hacemos al bajar por la carretera en un viejo camión destartalado. Yo en medio, Flaco, Acho y yo, piel contra piel contra piel, mi piel casi tan morena como la de ellos. Solo los tres, juntos, yendo en camión, con el viento entrando por la ventanilla. Por el modo en que sonreímos todos lo sabemos. Es un momento en nuestra vida. Flaco da una calada a su cigarrillo. Acho cierra los ojos, estira el cuello. Yo exhalo y acoplo mi cuerpo al asiento como si fuera lo único que me sostiene. Cada uno lo sabemos, sabemos lo que sabemos, y sin decir una palabra bendecimos ese momento.

Aun ahora, un año después, tal vez más, ese momento sigue acompañándome, en mi respiración, en el pulso de mi sangre, en la línea de la vida profundamente trazada en la palma de mi mano. Lo que he llegado a tener por verdadero. Momentos de gestos. Saber qué es amar.

Flaco se deslizó hacia abajo en el asiento todo lo que pudo. Se pasó sus dedos largos por el pelo negro y rizado.

Rigby John, dijo, ¿por qué no te vienes esta noche a nuestra casa?

El gran lugar vacío justo debajo de la garganta, el lugar que dolía al lado del corazón. Sentí en los brazos la sensación de un potencia. Pensé que iba a echarme a llorar. Cerré rápidamente los puños y los metí debajo de las axilas.

A estos tíos les caigo bien.

Una respiración honda, mi boca dejando salir por fin las palabras.

Claro, dije, ahí estaré. Después de cenar. Pero antes tengo que cambiar el agua de los pastos.

Los cumpleaños en la granja eran como cualquier otro día si no fuera porque te hacían un pastel de cumpleaños, te regalaban unos Levi's
nuevos o ropa interior, y mamá, papá y mi hermana te cantaban «Cumpleaños feliz».

Así fue esa noche durante la cena. Mamá había hecho mi pastel favorito, un bizcocho de zanahoria y especias cubierto de caramelo. Estaba en una fuente azul sobre la encimera de la cocina, con dieciséis velas azules clavadas en la capa de caramelo.

Allí estaba yo, con los pies prácticamente dentro de la misma baldosa cuadrada azul. Estaba a punto de alargar una mano para probar el caramelo cuando, detrás de mí, mamá dijo: Ve a lavarte bien. La cena está lista.

Llevaba el pelo recogido en rulos y cubierto con una redecilla.

¿Vas a salir esta noche?, pregunté. ¿O te has puesto esos rulos por mí?

Los ojos almendrados y castaños de mamá, con un ligero toque dorado en ellos. Últimamente había sustituido los vestidos de andar por casa por pantalones.

Ve a lavarte, dijo. Y lávate bien por detrás de las orejas.

El pastel tiene muy buen aspecto, mamá, dije. Gracias por haber hecho mi favorito.

Mamá me dio la espalda, cogió la cazuela de las patatas y la espátula, y empezó a aplastarlas para hacer puré.

Utiliza la toalla que hay colgada detrás de la puerta. Y límpialo

todo cuando acabes.

Mamá se había ahuecado el pelo y llevaba su blusón de algodón de rebajas cuando se sentó a la mesa. Papá notó que se había pintado los labios y perfilado las cejas. La cena consistía en pollo frito, puré de patatas y judías de lata. Como siempre, empezamos la cena santiguándonos.

Bendícenos, Señor, y ya sabéis el jodido resto.

Lo mismo con el resto de la cena. Ya os he hablado de las jodidas cenas.

Mi hermana y yo recogimos los platos, los vaciamos en el cubo de la basura de debajo del fregadero. Mamá sirvió a papá otra taza de té. Yo llevé el pastel a la mesa, lo dejé encima del mantel de hule. Mi hermana trajo los platos de postre y los tenedores de postre, los dejó al lado del pastel. Papá se metió una mano en el bolsillo de su camisa
Levi's,
sacó las cerillas y las tiró encima de la mesa. Mi hermana las cogió antes que yo. Frotó una cerilla y encendió una vela por un extremo.

Mamá dijo: Empieza por el centro para no quemarte.

Mi hermana acercó la cerilla a las velas del centro. Cuando todas las velas estuvieron encendidas, me senté en mi silla de cromo con el asiento de plástico amarillo. Debajo de la mesa, donde nadie podía ver, agarré con fuerza el asiento. Sonreía demasiado. Sé que enseñaba las encías.

Mi hermana empezó a cantar. Es importante entonar bien la primera nota de «Cumpleaños feliz», de lo contrario toda la canción sale mal. Ella empezó a cantar demasiado alto. En consecuencia, todos forzaron las cuerdas vocales.

Fue entonces cuando mamá dejó de cantar. Dejó de cantar y nos pidió a todos que nos calláramos. Se levantó y fue a la sala de estar. Abrió el piano y se sentó en el taburete redondo. La primera nota que tocó fue el *do* central. Si aprendes a encontrar el *do* central podrás llegar a donde quieras.

Mamá tocó todas las notas para que supiéramos por cuál empezar a cantar y no estropeáramos la canción. Papá y mi herma na cantaron acompañados del piano de mamá.

«Cumpleaños feliz, te deseamos a ti.»

En plena pubertad y nunca me habían besado, en eso era en lo

que yo estaba pensando. Pensaba que mamá siempre estaba guapísima cuando tocaba el piano. Pensaba que iba a hacerme una paja dentro de la furgoneta aparcada en el pasto. Pensaba en el Viceroy que había encima de la nevera y que me disponía a robar. Pensaba en que mi hermana no debería recogerse el pelo en un moño de barquillo. Pensaba en el mejor plan para hacerme con dos trozos de pastel para Flaco y Acho. Pensaba: Oh, se supone que tienes que pedir un deseo. Pensaba en que no sabía qué desear, de modo que deseé que Flaco, Acho y yo siempre fuéramos amigos.

«Cumpleaaaños feeeliz.»

No es difícil soplar dieciséis velas. Una gran bocanada de aire, y se apagan los pequeños fuegos y solo queda humo.

Papá sacó de debajo de su silla una bolsa marrón en la que se leía
«block's
men's
store».

Unos
Levi's
para ti, dijo. Feliz cumpleaños.

En el campo de heno donde habíamos terminado ese día con los lardos, junto a la poza, por la radio sonaba «Trains and Boats and Flanes». Mientras Dionne Warwick cantaba «Those trains and those boats and planes took you away, away from me», me bajé los
Levi's
y los calzoncillos, y me noté las nalgas sudorosas contra el asiento de la furgoneta. Sabía por la sensación en la punta de la lengua que se me iba a poner dura como una roca. Justo cuando se me empezaron endurecer las tetillas, al otro lado del parabrisas, en el cielo color huevo de petirrojo, tres nubes formaron un tren rosa y naranja, y un barco rosa y naranja, y un avión rosa y naranja. Flaco iba en el tren, yo en el barco y Acho en el avión.

Mamá y papá estaban sentados en el sofá frente al televisor cuando

entré en casa. No me oyeron, o al menos no volvieron la cabeza. Me alegré. Cogí otro Viceroy de la nevera. Es extraño cómo se oyen las risas de la televisión desde otra habitación.

Esa tarde la poza y mis nuevos amigos me habían hecho sentir fuerte. Algo así como sólido ahí entre las piernas. Estaba sobre mis dos pies. De modo que seguí adelante e hice algo que no liaría normalmente.

El pastel estaba cubierto con una especie de tapa roja con un asa de madera en el centro y unas letras inscritas. Corté un gran trozo para Flaco y lo puse en un plato de papel azul, un gran trozo para Acho y lo puse en un plato de papel rojo, y un gran trozo para mí y lo puse en un plato de papel verde.

Limpiaba la hoja del cuchillo deslizándola entre el índice y el pulgar cuando de pronto se encendió la luz del techo.

¿Qué estás haciendo aquí a oscuras?, preguntó papá.

No me volví para mirarlo. Sabía qué cara tenía.

Nada, dije, solo estoy cogiendo pastel.

¿Tres trozos?, preguntó él.

Dejé el cuchillo en el fregadero, abrí el grifo de agua caliente y lo lavé.

Para Flaco y Acho, dije.

¿Para qué?, dijo papá.

Papá tenía en la mano la taza con la cucharilla. A la brillante luz del techo, en la coronilla, por encima de la marca del moreno de la frente, se veía que se estaba quedando calvo.

Para quién, dije. Para Flaco y Acho, dije. Esos dos mexicanos.

Papá hinchó el pecho. Lo hacía cuando se cabreaba por algo. Sacaba el pecho y echaba los hombros hacia atrás. Se llevó la muñeca libre a la cadera y se subió los
Levi's
con ella.

¿Por qué quieres darles pastel?, preguntó.

Oí cómo la voz se me volvía aguda y un poco quejumbrosa dentro de la boca, y la odié. Pero no dejé que eso me detuviera.

Son mis amigos, dije. Es mi cumpleaños. Me han invitado a ir a su casa. Vamos a tomar pastel.

Ellos no comen pastel, dijo papá. Todo lo que comen son tortillas. No comen pastel.

Papá dejó la taza con fuerza en la encimera. La cucharilla tintineó dentro de la taza.

No el pastel de tu madre, dijo papá.

El cuerpo de papá estaba cerca del mío. Solo se acercaba a mi cuando estaba enfadado. Nunca me pegaba ni nada parecido, no hacía falta. Solo tenía que acercarse un paso. Probablemente seguía enfadado con mamá porque se había ahuecado el pelo, perfilado las cejas y pintado los labios por mí. O estaba enfadado por otra cosa. A saber. Por lo que a mí respectaba, papá siempre estaba enfadado.

De pronto apareció mamá a su lado.

¿Vas a tomar más pastel?, preguntó.

Él y los mexicanos, dijo papá.

La cocina brillante, brillante. Siempre había odiado la luz brillante de esa cocina. Nos hacía parecer demacrados y cansados. Bajo la brillante luz del techo, el pelo y las gafas de mamá proyectaban sombras en su cara.

Para Flaco y Acho, dije. La voz dentro de mi boca seguía sonando aguda.

Es mi cumpleaños, dije. Y me han invitado a ir a su casa y se me ha ocurrido llevarles pastel.

La luz brillante sobre nuestras cabezas, los ojos almendrados y castaños de mamá, no se le veían los ojos, solo el brillo reflejado en sus gafas.

No vas a entrar en esa casa, dijo ella. Cogerás pulgas.

Y a saber qué más, dijo papá.

Mamá, dije.

No puedes entrar en esa casa, dijo ella.

Entonces me quedaré en la furgoneta, dije. Comeremos el pastel en la furgoneta.

Nadie dijo nada. Cada uno estaba encima de una baldosa azul. Como si fuéramos una partida de ajedrez, y ellos fueran el rey y la reina, y yo una de esas piezas que no cuentan. La brillante luz sobre nuestras cabezas reflejada en las gafas de mi madre apuntadas hacia la encimera, el plato rojo, el plato azul, el plato verde.

Tardé un rato en recuperar la voz, luego: Son mis amigos, mamá. Son católicos. Siempre están rezando a la Virgen.

A Nuestra Señora de Guadalupe, dije.

Papá supo que me la había ganado.

Bajo la brillante luz de la cocina, en ese momento, sus ojos negros de gitano ruso. Sentí el cuerpo pesado y lleno de su odio. De verdad. Sean cuales sean las circunstancias, sea como sea tu padre, sentir el odio de tu padre no es agradable.

Sigue sin serlo. Todavía lo siento, todo el tiempo siento el odio que le provoco, tal vez es permanente. Sobre todo arriba en el pecho, al lado del corazón. Lo siento cuando fumo.

Papá no pudo seguir mirándome con su cara de culo. Se volvió rápidamente y salió de la cocina.

Mamá abrió el cajón que había debajo del cajón del pan y sacó el rollo de papel encerado. Sus manos ásperas y rojas de granjera, sus uñas en carne viva de cortárselas al ras, la sencilla alianza de oro, el cuidado con que envolvió con el papel cada trozo de pastel en su plato de papel y lo metió en una bolsa para el almuerzo.

Usa los cubiertos de plástico, dijo. Perderás los de plata.

Puse un tenedor de plástico en cada bolsa, las cerré.

En las gafas de mamá, dos perlas de luz reflejada.

No pongas un pie en esa casa, dijo.

En el camino que comunica nuestra granja con el resto del condado de Bannock de color amarillo, los faros lo volvían todo espeluznante. Apagué el motor y los faros junto al almiar. El fuerte ruido de metal contra metal de la puerta.

A mi alrededor todo era oscuridad. Las estrellas por encima de mí, retazos brillantes. De la ventana de la casa de los mexicanos salía un cuadrado de luz eléctrica. Cogí las tres bolsas de papel marrón del asiento. La luna estaba en ese lugar en el que está cuando no se ve en el cielo. El ruido de mis botas sobre la grava era un ruido que conocía bien. Fue entonces cuando me fijé en que volvía a respirar.

Algo en mi oído, un ruidito. Por encima de mí, en el almiar, un silbido grave de un ave exótica.

La parte del almiar más próxima a la casa de los mexicanos no era un almiar sino paja amontonada. Subí con cuidado con las tres bolsas de papel. Cuando llegué a lo alto del montón, apoyé los pies con firmeza en el borde de un fardo.

A la luz de la luna la paja brillaba como pelo amarillo plateado.

Flaco con su camisa azul y su camiseta blanca, Acho con su camisa roja y su camiseta blanca, sus cuerpos dos lugares oscuros en la paja. Me senté sobre el pelo amarillo plateado, en el cuadrado de luz de luna dorada, y me recosté sobre la paja. Por en cima de nosotros, a nuestro alrededor y hasta el suelo, la noche, una cúpula oscura y misteriosa.

La luz de la luna sobre las teclas del acordeón de Acho era un prodigio que nunca habían contemplado mis ojos. Flaco rasgó una cuerda de su guitarra, el *do*. Distinguía lo bastante bien su cara para ver que hacía una señal a Acho. Empezó a sonar su música, una sensación repentina a tu alrededor. Magia… La voz de Acho era clara y transparente como un lecho de paja. Tardé un rato en reconocer la canción porque esperaba que fuera mexicana, pero en la noche de Idaho, en medio de la nada, sobre un montón de paja junto a un corral de engorde lleno de vacas Hereford, Acho cantó en un inglés impecable una canción de la radio, uno de los diez grandes éxitos. «Eleanor Rigby.» Solo que la cantaba *difrente*. Decía:

«Eleanor Rigby John está sentada en la iglesia donde se ha celebrado una boda, vive en un sueño».

Menos mal que estaba oscuro. Acho cantaba en un inglés impecable, Flaco hacía el da ta da da ta da ta da ta con la guitarra, y llegó la parte de Eleanor Rigby John… Creedme, este gringo loco no sabía qué hacer.

El silencio que siguió a la canción estuvo lleno de todo. La noche de pronto resonaba donde había estado la música. Dejé las bolsas de papel marrón encima de un fardo de paja. Las bolsas de papel hacen tanto ruido. Iba a decir algo así como: Genial, tíos, qué voz más bonita tienes, Acho, ¿dónde has aprendido ese inglés? ¿Dónde habéis aprendido a tocar así?

Pero no dije nada, en realidad no pude.

Solo había paja y la luz de la luna, y la noche por encima del borde de la paja. El mugido débil de las vacas. La luna que no había estado allí de pronto estaba. Un chorro de luz blanca atravesaba el espacio como una flecha.

Al cabo de un rato, Flaco habló. En su voz aún había música.

¿Rigby John?, dijo. ¿Te ha gustado nuestra canción?

En alguna parte, muy lejos, se oyó silbar un tren.

Me ha encantado, dije. Te amo, dije en español, aunque quería

referirme a la canción.

Acho dejó el acordeón. El aire que salió de los fuelles sonó como el que salía de mí.

Luego dije: Pero ¿Eleanor Rigby John?

La forma en que esos dos estallaban en carcajadas, nunca me acostumbré. Fuera lo que fuese, por mucho que intentara contenerme, siempre acababa riéndome con ellos. Lo mismo ocurrió esa vez, pero mientras me reía sentí algo más. En el pecho notaba la sensación de miedo.

Flaco dejó la guitarra en el fardo en el que estaba sentado.

El día que te conocimos, cuando nos dijiste cómo te llamabas, dijo Flaco, Acho reconoció Rigby, y como solo sabe inglés de las canciones, convirtió tu nombre en Eleanor Rigby John.

La luz de la luna sobre la paja se reflejaba en su cara.

Llevamos tres semanas llamándote Eleanor Rigby John, continuó. Queríamos decírtelo, pero teníamos miedo de que no te gustara. De modo que se nos ocurrió cantártelo. ¿Verdad, negro?

Acho se levantó y dio una patada a la paja mientras se acercaba a mí. Se sentó en el fardo que estaba a mi lado, muy cerca. Flaco sacó una Budweiser de cuello largo de entre sus piernas. Cogió la botella, se la llevó a la boca y la abrió con los dientes. Ante mí tenía la botella marrón en su mano.

Feliz cumpleaños, Rigby John, dijo.

La Budweiser estaba fría, y la botella ofreció a mi mano un lugar alrededor del cual enroscarse. Me la llevé a los labios, bebí un trago larguísimo.

Mi forma de beber sin parar me hizo soltar un largo eructo. No era la primera vez que bebía cerveza. Mi hermana y yo nos habíamos emborrachado antes. Dos veces.

Flaco echó mano de los Winston que tenía en el bolsillo, sacó un cigarrillo del paquete con unos golpecitos, ahuecó la mano alrededor de la cerilla y lo encendió.

Cuando vi el cigarrillo experimenté otra clase de miedo.

¿Cómo decirlo sin parecer tu padre?

Cabrón, dije, yo de ti tendría cuidado con esa paja.

Flaco se acercó la punta del cigarrillo a los ojos. Cuando habló, lo hizo hacia el cigarrillo, no hacia mí.

Sí, lo sé, dijo Flaco, el fuego. Tendré cuidado.

Luego su sonrisa, y en sus ojos esa mirada de Jesús como la de esa tarde.

Traté de imaginar a mi padre riéndose como esos dos. Tal vez si se tomara una cerveza se reiría. Mamá era capaz de reírse de ese modo. Yo aún podía hacerla reír. Bastaba con que me pusiera un poco bizco, sacara el labio superior y me rascara el trasero.

Oh my heavens, pretty woman so far, dijo Flaco.

Flaco dijo que Acho había oído por primera vez «oh my heavens» en boca de una gringa para la que trabajaba de jardinero en San Luis Obispo. Esa mujer siempre iba por ahí diciendo «oh my heavens». Era una gringa vieja con la clase de zapatos de tacón que dejan ver las uñas de los dedos pintadas. «Oh my heavens, oh my heavens», decía sin parar, «oh my heavens». Flaco agitó los brazos como la mujer de San Luis Obispo.

Acho se Figuró que así era como se despotricaba en inglés, dijo Flaco. Así que empezó a decir también «oh my heavens, oh my heavens», pero enseguida «oh my heavens» no bastó, de modo que añadió, «pretty woman». Porque «pretty» suena como puta, así que se convirtió en «oh my heavens pretty woman».

Es una palabra inglesa muy misteriosa, ¿no?, dijo Flaco. «Woman.» Suena como Marilyn Monroe. «Woman.»

«Woman, woman, woman», dijo Flaco. «Pretty woman.»

A través de la botella, la luna era una luna marrón empapada en cerveza. Quería beber toda la botella y luego otra, y otra, pero solo di un sorbo.

¿Y el «so far»?, pregunté.

Cuando el negro la folló, dijo Flaco, y ella se corrió, eso fue lo que gritó.

¡Soooo! ¡Faaaar!, gritaron Flaco y Acho al unísono con la boca bien abierta, uno a cada lado de mí, los dientes blancos, la luna reflejada en los dientes.

Algo me subió por la garganta cuando Flaco dijo «la folló». Sonó tan fácil. Como si le hubiera estrechado la mano a la mujer o algo así. «La folló.» Por un momento me puse como una moto y se me aceleró el pulso. Pero en menos que canta un gallo estaba rodando con ellos por la paja, partiéndome el culo de la risa. Luego Acho dijo algo a Flaco a toda pastilla en español mientras me señalaba la entrepierna. Flaco y Acho gritaron como en una película de terror

cuando la mujer ve al monstruo, como hicieron esa tarde cuando me vieron desnudo con la polla apuntando al frente.

Flaco volvió a repetir en español, muy despacio:

Trae

la

verga

bien

parada.

Trata de hacer una buena parada.

Significa, dijo Flaco, está totalmente empalmado.

Me alegré de que estuviera oscuro porque no solo tenía las orejas rojas, creo que todo el cuerpo se me puso rojo. No sabía cómo decirlo que quería decir, con qué palabras. Además, estaba esperando a ver si iba a vomitar o no. ¿Qué dices a dos tíos delante de los cuales te has empalmado? «Me quedé tan sorprendido como vosotros, ¿sabéis? Por favor, no me toméis por rarito.»

Y entonces lo dije.

Por favor, no os creáis que soy marica, dije.

«Marica», una palabra tan malsonante. En cuanto la pronuncié quise capturarla en el aire y metérmela de nuevo en la boca.

¿Marica?, dijo Flaco. ¿Qué es marica?

Oh, Dios.

Ya sabes, dije. Un homo.

¿Homo?, dijo Flaco.

Homo, repitió Acho.

¿Qué es un homo?, preguntó Flaco, casi a gritos.

Joder.

¡Chsss!, dije. No tan alto.

Solo estamos las vacas y nosotros, dijo Flaco.

Cogí los Winston del bolsillo de la camisa roja de Acho, saqué un cigarrillo sin perder tiempo y lo encendí. Me encorvé tanto sobre mí mismo que casi desaparecí.

Flaco y Acho me miraban a la cara. La noche ya no era oscura. Era brillante, muy brillante, la luna brillaba, y yo tenía a Flaco a un lado y a Acho al otro. Los dos me miraban, me miraban fijamente.

Acho me dio una palmada en la espalda y expulsé el humo en una gran bocanada plateada.

Un hombre que lo hace con hombres, dije.

¿Lo hace?, dijeron Flaco y Acho al unísono. ¿Qué hace?

Practica el sexo, dije. Hace el amor, dije. Ya sabéis, un hombre que tiene relaciones sexuales con otros hombres.

Cerveza y pastel en mi estómago. El olor a plástico quemado. «Oh my heavens pretty woman so far.»

Luego dije: Follar. Un hombre que folla con otros hombres.

Ahora que pienso en ello, no creo que supiera qué significaba realmente «marica» u «homo» hasta ese momento en que pronuncié en voz alta las palabras.

Flaco y Acho trataban de tomar aire de lo fuerte que se reían. Resoplando, tosiendo, se abrazaban y saltaban por el montón de paja como liebres. Empezó a fallarme la respiración y noté en los brazos esa sensación de debilidad.

Pero tú no eres «marica», dijo Flaco. Dijo la palabra con cuidado, para oírla en su boca.

Marica, dijo Flaco, es lo mismo que puto o maricón.

Ma, ri, cón, dijo Flaco realmente despacio.

Un maricón es un hombre con polla y huevos, dijo Flaco. Pero que en realidad es una mujer.

Acho se levantó entonces, me cogió el cigarrillo, se desabrochó todos los botones de la camisa menos dos y se la bajó por encima de los hombros cubiertos por la camiseta, como si fuera el escote de un vestido de noche. Caminó por la paja desparramada moviendo los hombros y el culo como hacen las prostitutas con tacones en las películas. Puso morritos y sostuvo en alto la mano con el cigarrillo, la muñeca vuelta hacia arriba, la mano, la palma de la mano, colgando.

Flaco se reía, naturalmente. Acho también. Luego Flaco tuvo que participar en la actuación y se puso la camisa como Acho, y los dos caminaron, contoneando los hombros y el culo, pasándose la mano por el pelo, poniendo morritos y haciendo ruidos de succión con los labios.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Oooh la la, chingada tu puta madre, maricón.

Flaco cogió la guitarra. Se puso a tocar, largos rasgueos dramáticos de las cuerdas. Con cada rasgueo Acho se levantaba la

falda y bailaba como una mujer bailando flamenco con un abanico.

Vamos, Eleanor Rigby John, dijo Flaco. Únete a la parada de maricas.

Verga bien parada.

Personalmente, hacía cinco años que no me vestía o actuaba como una chica, y si volvía a empezar con eso iría al infierno, de modo que me llevé la botella de cerveza a los labios y bebí un largo sorbo, me pulí toda la maldita cerveza.

A saber cuánto tiempo estuvieron esos haciéndose pasar por chicas, putas, maricones, gritando y dando alaridos, cantando, bailando y meneando el culo. La cerveza se me estaba subiendo a la cabeza, y todo eran risas y español a toda velocidad. Por encima de nosotros la luna, una luna gibosa, una especie de milagro suspendido allá arriba en el cielo. El sol brillando sobre la luna, la luna brillando sobre la paja, la luz del sol sobre la luna, la luz de la luna sobre nosotros mientras bailábamos, bebíamos y cantábamos, malditos locos humanos.

Gringo loco.

Luego, en alguna parte ahí fuera, alguien me cogió del hombro y me dijo algo al oído.

Era Flaco.

Flaco volvía a ser Flaco y no un puto maricón.

Los ojos oscuros de Flaco a la luz de la luna, tan cerca de los míos, vi claramente el Jesús que había dentro de su alma.

Eleanor Rigby John, dijo. ¿Dónde estás? ¿Estás borracho tan pronto? ¿Adónde te has ido?

Había lagrimones en mis ojos, y cuando traté de hablar, no pude.

Por fin: ¿De dónde sale toda la gente solitaria?

Esa sonrisa de Flaco, alguna clase de resurrección.

De Dios, dijo.

Cuando Flaco dijo «Dios», ahuecó una mano sobre mi hombro. Apoyó la palma en mi hombro con la intención de dejarla allí. Luego, como salida de la nada, la mano grande y callosa de Acho se posó en mi cabeza, me acarició el pelo. La luna en las manos de los dos, sobre mi hombro, sobre la cabeza.

Mira, negro, me dijo Flaco.

Negro.

Momentos de gestos.

Es natural correr al sol, dijo Flaco, y tirarte al agua con el pene erecto. A mí me pasa continuamente.

Dijo algo a Acho muy deprisa en español, luego:

Siempre siempre siempre me empalmo cuando estoy al sol, dijo Flaco, y el agua corre. Es natural en un hombre. Es agrada ble estar empalmado. ¿No es hermoso?

Hermoso. Amigos que se querían, y mis amigos que me que rían, sus manos en mis hombros, en mi cabeza, tocándome.

Hermoso.

Sí, dije. Me gusta.

Ay, cabrón, dijo Flaco. ¡Ya sabes mucho español!

Oh my heavens pretty woman so far, dijo Acho.

Otro silencio de pronto.

De pronto la mano de Flaco, la de Acho, sus dedos, sus brazos se apartaron de mí. En los hombros y en la cabeza todavía sentía sobre la carne en mis huesos las palmas de sus manos donde me habían tocado.

No sabíamos qué decir, sentados con una cerveza, pasándonos el cigarrillo, como cuando transportábamos heno y hablábamos todos a la vez y de pronto, así sin más, el mundo se inclinaba en su órbita lo justo, o la luna se volvía más luminosa, o más oscura, o el sol dejaba de brillar en lo alto para convertirse en los primeros rayos dorados del atardecer, o un cometa pasaba por encima de nuestras cabezas, fuego y azufre rugiendo a través del espacio, y de pronto volvíamos a estar solos, sin tocarnos, en silencio.

Entonces, ¿te ha gustado nuestra canción?, dijo Flaco.

Esta vez no dije «Te amo».

Me ha encantado, dije.

Silencio de nuevo, a lo lejos no se oía ningún tren, ninguna vaca, ningún grillo. Solo silencio.

Pero tenía que decirlo. Dije: Eleanor no es nombre de chico. Eleanor es nombre de chica y pensé que me estabais llamando chica.

Flaco chasqueó sus largos dedos.

Por eso creíste que nos pensábamos que eras maricón, dijo flaco.

Bueno, eso y la erección, dije.

Luego dijo Flaco: ¿Has follado alguna vez con una chica?

La pregunta aterrizó justo en mi corazón. Algo me escoció.

Lo cierto era que Scardino y todos sus amigos follaban con chicas. Yo también tenía dieciséis años como Scardino y ni siguiera había tenido ganas de follar con una chica. Sabía que debería tener ganas pero no era así. Follar era pecado, era un pecado mortal, lo mismo que masturbarte, pero al masturbarte solo abusabas de ti mismo, no de otro.

No, respondí.

Flaco dijo algo rápidamente a Acho en español. Acho replicó algo.

¿Te gustaría?, preguntó Flaco.

No tenía ni puta idea. Ahí estaba yo, un hombre, casi un hombre, y lo que más desea un hombre, si es que es hombre, es follar con una mujer.

Claro, dije.

Mira, dijo Flaco. Acho y yo hemos conocido a dos chicas.

Thindy, dijo Acho. Y Cricket.

Son blancas, dijo Flaco.

Los dientes blancos de Flaco. Los dientes blancos de Acho. El sol sobre la luna y la luna sobre sus dientes.

¿Cuándo las habéis conocido?, dije.

En Pocatello, dijo Flaco. El sábado pasado, cuando mi familia fue a comprar a la ciudad. Cogió el cigarrillo, dio una calada.

Mira, dijo Flaco. Había dos chicas en el puesto de revistas del Wyz Way Market. Acho y yo las vimos y fuimos directos a ellas. Acho empezó a leer *Hot Rod* y yo *True Confessions*. Thindy tiene una bonita melena castaña y también leía *True Confessions*, y Cricket tiene el pelo corto y rubio, y leía *Seventeen*. Hay poco espacio donde están las revistas, y mientras leía me moví hasta tocar con el culo el de Thindy. Ella no se apartó. Luego empezamos a hablar.

Acho cogió el cigarrillo, se lo puso entre los labios. El cigarrillo se movió arriba y abajo con su inglés.

A Thindy y a Cricket, dijo, les encantan los hombres mexicanos. Quieren follar con nosotros mañana.

«Follar con nosotros.»

¿Os lo dijeron?, dije.

No, cabrón, dijo Flaco.

Y lo que dijo a continuación lo dijo chasqueando el índice con el

pulgar y el corazón. Snap.

Pero lo sabemos, dijo.

¿Cómo lo sabéis?, dije.

Flaco, esa sonrisa suya.

Porque somos hombres, dijo. Y lo sabemos.

¿Tal vez podríamos preguntar a Thindy y Cricket si tienen una amiga para ti?, dijo Flaco.

¿Van a venir aquí mañana?, pregunté. ¿A qué hora?

No tienen coche, dijo Flaco. Y nosotros tampoco, de modo que van a hacer autostop. Llegarán aquí a media tarde.

¿Pasarán por nuestro patio?, dije. ¿O cruzarán el campo?

Flaco dijo algo deprisa a Acho en español, Acho respondió. Hablaron largo rato.

Vendrán por el patio, dijo Flaco.

Cogí el cigarrillo. Estaba caliente como una estufa, como siempre. Di la última calada. Una calada larga, hasta el Filtro.

Luego Acho pegó un puñetazo a Flaco en el brazo y los dos se echaron a reír de nuevo.

Follaremos con ellas aquí mismo, sobre la paja, dijo Flaco.

Cuando cerré la puerta de la cocina, el reloj de la pared marcaba las once cincuenta. Dentro de casa hacía más calor que fuera. Me llegaron los ronquidos de papá, o de mamá. En mi habitación del piso de abajo hacía más fresco. Mamá había abierto las ventanas de par en par, pero no corría brisa. Me desnudé, aparté la colcha, me tumbé encima de la sábana. La luz de la luna sobre la sábana.

En mitad de la noche sudaba tanto que me desperté. En mi pesadilla estaba rodeado de humo y el montón de paja ardía.

El domingo por la tarde, eran alrededor de las dos y media cuando mamá apagó el horno, se puso la manopla de cuadros verdes para abrirlo y sacó el pollo. El chisporroteo de la grasa del pollo y la manteca Crisco. Sobre los fogones, en la cazuela grande hervían patatas y en la pequeña judías verdes.

Papá entró en la cocina con su traje de los domingos, una camisa

blanca arremangada,
Levi's
y botas. Doblaba el *Idaho State Journal* del domingo.

Nos sentamos, una familia, hicimos la señal de la cruz, bendice, oh, Señor, estos Tus putos dones que de Tu gran bondad recibimos y ya sabéis el resto. Me tocó un muslo y una alita. De postre nos terminamos mi pastel de cumpleaños.

Luego la señal de la cruz de después de comer, la oración de acción de gracias, de nuevo la señal de la cruz.

Mi hermana y yo vaciamos los platos en el cubo de la basura y los amontonamos. Mamá abrió el grifo de agua caliente situado a la derecha del fregadero doble y vertió dos gotas, solo dos, como mucho tres, de detergente líquido Joy. Lavó los platos y mi hermana y yo los secamos. Papá volvió a la sala de estar para leer el periódico. En menos que canta un gallo estaba roncando.

Mamá llenó de agua la olla pequeña negra. Mi hermana acabó de secar el último cuchillo, el de cortar carne. Yo secaba los dos últimos tenedores cuando miré por la ventana.

Más allá de los dos postes del corral, al otro lado de la rueda de carro y de las rosas capuchinas, entraron en nuestro patio dos personas, dos jóvenes, dos chicas, las dos chicas blancas de Flaco y Acho, Thindy y Cricket.

Tramp empezó a ladrar y en ese momento todo se detuvo. Dejamos de lavar y aclarar, de secar y limpiar. Mamá cerró el grifo y papá dejó de roncar.

Yo dejé de respirar.

Los ojos almendrados y castaños de mamá bajo sus gafas.

¿Mary Margaret?, dijo mamá. ¿Rigby John? ¿Sabéis quiénes son esas chicas?

Mi hermana me miraba, con los ojos muy abiertos, la boca abierta, esa expresión de oh, mierda.

Fruncí rápidamente la frente y apreté los dientes con la expresión de cierra el jodido pico.

Ella siguió clavándome la mirada. Mientras me escudriñaba dijo con su mejor voz aguda con retintín de colegiala católica: No, mamá, no sé quiénes son.

Seguía sin haber aire dentro de mí.

Iré a ver, dije.

Y antes de que nadie pudiera decir *Arbeit macht frei*, había bajado las escaleras y salido por la puerta trasera.

Mientras avanzaba hacia el pavimento, Tramp se acercó a mi y le acaricié la cabeza. No pasa nada, dije, pero a saber qué dije en realidad, era demasiado flipante salir al encuentro de Thindy y Cricket, las dos chicas con quienes Flaco y Acho iban a follar sobre la paja. Ahí estaba yo, poniendo un pie detrás de otro en el pavimento, acercándome cada vez más a Thindy y a Cricket, mientras mi madre, mi padre y mi hermana, plantados frente a la ventana, me observaban.

Según me acercaba a Thindy y a Cricket empezó a invadirme una horrible sensación. Thindy y Cricket iban al instituto Pocatello. Las reconocí en el acto. Quién no lo haría. Toda la ciudad las conocía.

Hacían que Potas Price pareciera Steve McQueen.

Todo aquel que se preciara en Pocatello rehuía a Thindy y Cricket, les negaba el saludo, no se dejaría ver ni muerto con ellas; nadie sabía cómo se llamaban en realidad y se las conocía simplemente como las Hermanas Raja o por sus nombres particulares, Cloaca y Guarra.

Durante mucho tiempo yo las llamé Hermanas Faja. Hasta que mi hermana se rio de mí y me dijo que era Raja, tonto del culo. Y yo le pregunté: ¿Qué es Raja? Y ella me lo dijo.

Corría el rumor de que Cloaca había follado con Scardino en el asiento trasero de su El Camino del 59 en el autorrestaurante Dead Steer un sábado por la noche mientras un grupo de chicos apiñados alrededor miraba.

También corría el rumor de que Guarra se lo había hecho con toda una hermandad de la Universidad Estatal de Idaho, la Phi Sigma Epsilon, al estilo perro en Pocatello Creek.

Esas chicas no solo eran malas. También eran feas y raras. Cloaca llevaba zapatos de tacón, calcetines tobilleras sobre medias de nailon con costura, una falda con mucho vuelo y montones de enaguas, enaguas rojas. Guarra siempre quería parecerse a Cloaca, o tal vez era al revés, de modo que se vestía de forma muy parecida. La *difrencia* entre ellas era que Cloaca llevaba gafas de ojos de gato y el pelo largo y castaño le caía en tirabuzones, mientras que Guarra era rubia y tenía el pelo corto. Parecía un chico que se había

hecho agujeros en las orejas.

Ese domingo, Thindy de blanco, Cricket de azul claro, con collares de Peter Pan y grandes cinturones anchos y blancos que parecían malvaviscos con hebillas doradas, las dos con esos pequeños suéteres adornados con cuentas por los hombros y por la parte delantera, rodearon la pícea azul, se detuvieron en seco y me examinaron de arriba abajo.

El viento alborotaba el pelo largo y castaño de Thindy, pero Cricket no tenía por qué preocuparse. Collares, dijes colgados de los collares, Thindy con sus gafas de ojos de gato con diamantes de imitación en los extremos de la montura y Cricket con pequeños aretes dorados en los lóbulos de las orejas.

Hubo un momento en que todo lo que había en el mundo era viento, sol y el roce de enaguas sobre medias de nailon.

Luego Guarra, quiero decir Cricket, sacudió la cabeza de tal modo que le titilaron los pendientes. Hola, guapo, dijo. ¿Cómo te llamas?

Tenía los pendientes clavados en los lóbulos. Me pregunté si dolía hacerte agujeros en las orejas.

Rigby John, dije.

Cricket dio un paso hacia mí, pero Tramp gruñó, y yo retrocedí medio paso y me quedé más o menos apoyado sobre un pie.

Yo soy Cricket, dijo Cricket. Y esta es Cindy.

Thindy.

Estamos buscando a Flaco y Acho, dijo Thindy. ¿Viven aquí?

Señalé con el brazo al este, más allá del granero de madera, bajando por el sendero de los furgones.

Solo tenéis que seguir el camino, dije. Cuando lleguéis a los furgones torced a la izquierda, y después del guardaganado, a la derecha. Seguid y veréis su casa junto al corral de engorde.

Desde la ventana parecía que yo hacía lo que hacía: hablar con las dos chicas, señalar. Pero lo que en realidad hacía era intentar encontrar una forma de explicarles a mi madre y a mi padre qué hacían las Hermanas Raja en nuestro patio delantero.

El largo trayecto hasta casa, las escaleras. Puse una mano en el pomo de la puerta de la cocina, lo hice girar. Mi cuerpo se deslizó por el resquicio de la puerta, que se cerró detrás de mí.

A mis espaldas las Hermanas Raja, ante mí la Inquisición.

Era la primera vez que mentía a mamá y a papá, y dado quiera la primera vez, decidí que más valía hacerlo bien.

Eran misioneras de alguna iglesia, dije. Quieren ayudar a los mexicanos.

Los ojos almendrados y castaños de mamá me miraron por encima de sus gafas. Las arrugas que le subían por la frente.

Papá también me miraba como un ternero Hereford.

Ni siquiera miré a mi hermana. Hacerlo me pareció demasiado.

La Primera Iglesia de Dios en Cristo o algo así, dije, baptistas que creen que los mexicanos son el prójimo y se han propuesto convertirlos.

Mi hermana se volvió tan deprisa que pensé que iba a caerse. Salió de la cocina en una décima de segundo.

Y ahí estaba yo, de pie en una baldosa azul. Mamá prácticamente dentro de una baldosa blanca, lo mismo que papá. La luz que entraba por la ventana hacía que el pelo de mamá pareciera realmente gris.

¿Baptistas?, repitió papá. ¿Qué hacen los baptistas en este país?

Fue entonces cuando empezó mamá.

Os he dicho algunas de las cosas que podía conseguir que hiciera. Bueno, pues también había ciertas cosas que ella podía conseguir que hiciera yo. Y se puso a hacer una de esas cosas allí mismo.

Los ojos, siempre los ojos. Era como si se encendiera un enorme foco detrás de ellos y a la luz de ese foco desaparecieras, y todo lo que quedara de ti fuera la enorme trola que acababas de soltar.

Pero por dentro había algo sólido. Sobre mis pies. Ya no estaba solo. Tenía dos amigos íntimos.

Son baptistas, dije.

Personas religiosas, dije.

Misioneras, dije.

Quieren hablar de Dios con los mexicanos, dije.

En la cocina todo estaba limpio, limpio, restregado, barrido y reluciente hasta el punto de que la luz rebotaba por todas partes.

El foco de detrás de los ojos de mamá me inmovilizó, un ciervo deslumbrado por sus faros.

Me acordé de respirar. Flaco me había llamado negro. Flaco y Acho me habían frotado los hombros y la espalda la noche anterior.

Íbamos empate. En una baldosa azul, yo y mi gran trola, y en la baldosa blanca, mamá con su foco.

En una película de ciencia ficción esta sería la parte en que los tubos de ensayo empiezan a burbujear y a sacar espuma hasta que estallan.

Todo lo que había en la habitación era una limpieza que rayaba en lo divino, el foco, y la respiración que entraba y salía de mí.

Quién sabe cuánto tiempo estuve allí de pie. Hasta que las ranas criaron pelo y el infierno se congeló. De aquí a la eternidad.

Pero al final gané yo. Respirar y un poco de ayuda de mis amigos lo lograron. Los ojos almendrados y castaños de mamá ya no veían a través de mí mi gran trola. Yo había roto el ensalmo. Algo en mí amó mucho a Dios en ese momento.

Dejé escapar el aire y salí de mi baldosa azul para acercarme a la puerta de la cocina.

¿Adónde vas?, dijo mamá.

A dar de comer a los pollos, dije.

No te acerques a esas chicas baptistas, dijo mamá, ¿me oyes?

Sí, dije. Solo voy al granero.

Cerré la puerta de la cocina a mis espaldas, ni demasiado fuerte ni demasiado suave sino normal, como si fuera un día normal y estuviera cerrando la puerta de la cocina. Me llevé la mano al bolsillo de la camisa y palpé un Viceroy. Hice lo mismo con el bolsillo de los
Levi's
y las cerillas.

En lo alto de los graneros de acero, donde había leído toda la obra de Steinbeck, encendí el Viceroy. Desde allí se veía casi todo. Vi el almacén de patatas, la pocilga, los furgones y el elevador de grano. Allí estaba el camino que nos comunicaba con el resto del condado de Bannock de color amarillo. Vi la farola. Donde se eleva el terreno y empieza el arco de la reserva. Vi la casa de los mexicanos. Las dos chicas en la casa de los mexicanos y los dos chicos. Vi cómo dos chicas y dos chicos caminaban hacia el montón de paja, se subían a él. Vi cómo las chicas y los chicos se sentaban en la paja desparramada. Al cabo de un rato no vi nada, solo dos puntos oscuros en la tarde radiante en la paja desparramada sobre los fardos amontonados, follando.

Las Hermanas Raja no volvieron a pasar por el patio hasta las diez de la noche. Tramp se puso a ladrar y todas las luces de casa se encendieron.

Papá llevaba su pijama azul celeste con los botones azul marino. Mamá iba con su bata rosa, tenía la cara embadurnada de crema y no llevaba gafas.

Abrí un poco la puerta de mi cuarto. Mamá estaba de pie en una baldosa blanca y papá en otra. Miraban por la ventana.

¿Baptistas? ¡Y una mierda!, dijo mamá.

Luego fue a la puerta principal y la abrió. Desde el porche delantero gritó: ¡Eh, zorras, no volváis a acercaros por aquí! ¡No queremos a gentuza de vuestra calaña en nuestra propiedad!

Cerró la puerta de un portazo, dio media vuelta y fue directa hasta mi puerta. La cerré rápidamente, me metí corriendo en la cama y fingí estar dormido.

La luz de la cocina cuando abrió la puerta de mi cuarto iluminó la pared. La sombra de mamá, el pelo alborotado alrededor de su cabeza dentro de la luz proyectada en la pared.

Rigby John, dijo. Su voz sonó aguda, demasiado fuerte y un poco alterada.

Que no vuelva a verte acercándote a esas dos chicas nunca más, dijo. Tendrás que pagar con el infierno si lo haces.

Cerró la puerta y donde su sombra había cubierto la pared hubo oscuridad. Pero su sombra continuó en mi pared, dentro de la oscuridad de la pared. Toda la noche estuvo en la pared la sombra de mamá, su pelo alborotado, una sombra dentro de una sombra, siempre en mi pared.

No recuerdo cuánto tardaron las Hermanas Raja en volver a cruzar nuestro patio. Dos semanas, tal vez tres. Yo estaba llenando el depósito de gasolina de la camioneta. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Papá mezclaba el trigo, mamá se había echado con una de sus migrañas, y a mí me tocaba llevar heno a los terneros Hereford del corral de engorde.

No vi a Thindy y Cricket hasta que estuvieron justo detrás de mí. De hecho, me llevé un susto y solté un gritito cuando Cricket habló. Casi solté la manguera de la gasolina. Podría haber sido realmente

embarazoso.

Hola, Rigby John. ¿Qué estás haciendo?

Iban más o menos vestidas como la última vez. Zapatos de lacón alto y calcetines tobilleras, faldas de baile que dejaban ver todas las enaguas de debajo. Esponjas blancas y anchas a modo de cinturón.

Echando gasolina a la camioneta, dije.

No me digas.

En ese preciso momento, lo sé, mi cara era como la de una vaca Hereford.

Mierda.

¿Adónde vas a ir en esa camioneta cuando acabes de echar gasolina?, preguntó Cricket.

Sabía lo que seguía, pero no pude detenerlo.

Voy a ir al corral de engorde, dije.

¿Al corral que hay al lado de la casa de Flaco y Acho?, dijo Cricket.

Sí.

Thindy hizo un mohín y alzó los hombros.

¿Podrías llevarnos, por favor?, dijo. Hace daño caminar sobre estas piedras con estos zapatos.

Bajé la vista hacia sus zapatos de tacón con los dedos de los pies al aire y los calcetines tobilleras. Miré hacia mi casa. Miré hacia el cobertizo. Recorrí con la mirada todo el patio.

¡Porfaaaaa!, dijeron Thindy y Cricket.

Después de todo, hacerlo era un acto cristiano.

Dentro de la cabina de la camioneta, Thindy y Cricket olían bien. No parecían las Hermanas Raja o Cloaca y Guarra que lo hacían al estilo perro. Olían bien y se reían, y tenían la piel del cuello tersa.

Arranqué la camioneta. Thindy y Cricket me observaban para ver si conducía bien. Pisé el embrague y puse la marcha atrás, luego solté el embrague con mucha suavidad.

Oh, dijo Thindy.

Oh, dijo Cricket.

A continuación pisé el freno, luego el embrague y metí la primera sin problema. Solté el embrague, torcí el volante y no hubo ni la más ligera sacudida.

Ahí estábamos Thindy, Cricket y yo, avanzando despacio dentro

de la camioneta, donde olía bien y la piel del cuello de Thindy y de Cricket se veía tersa y blanca. Las orejas perforadas de Cricket eran chulas. Los aretes dorados le atravesaban el orificio, sin sangre ni nada. Pasamos por el bache de la bomba de gasolina y las chicas dieron un brinco. Les botaron los pechos, y debido al bache, los brincos y los pechos botando, los tres nos reímos, y porque nos reímos, empecé a decirles que Flaco y Acho eran los mejores amigos que había tenido nunca.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la camioneta. Era mamá. Tenía las gafas puestas, los ojos uno mirando hacia el sur, el otro hacia el este. Me agarró por el pelo y me hizo bajar de la camioneta en marcha, abofeteándome e insultándome a gritos. La camioneta siguió avanzando hasta chocar contra el lado del cobertizo de las máquinas y se detuvo. Thindy y Cricket gritaban. Creo que gritaban. Cuando pienso en ese día puedo decir que gritaban, pero no lo sé con seguridad. Todo lo que recuerdo son las bofetadas en la cara, en la cabeza, en las orejas.

Creo que Thindy y Cricket dijeron algo a mamá. La llamaron loca. Creo que mamá les gritó que se fueran. Las llamó putas, zorras. Pero en realidad no me acuerdo. Solo si miro atrás recuerdo esa parte, así que podría habérmela inventado.

Pero lo que sí recuerdo, aparte de las bofetadas, fue cómo me llamó mi madre ese día.

Mi madre apretó la frente contra la mía, clavó sus ojos almendrados y castaños en los míos.

Fue entonces cuando lo dijo. Dijo algo que nunca olvidaré.

Pelele. Delante de esas chicas mi madre me llamó pelele.

Después de eso se armó un gran revuelo. Muchos portazos, puertas de armarios cerradas de golpe, gritos e indignación justificada. Nunca había visto a mamá tan desquiciada. Ni siquiera papá parecía comprender qué le había dado. Quiero decir que nunca entendía lo que le pasaba, pero no nos lo daba a entender. Pero esta vez la miró como mi hermana y como yo la mirábamos, como una mujer demente.

Esa noche después de cenar, mamá se acercó a su máquina de coser, su Singer, que era un mueble de la sala de estar. Se detuvo

junto a la máquina de coser, rodeó la caja de madera a la que estaba fijada y la levantó. La levantó y la sostuvo sobre su cabeza.

La máquina de coser Singer un gran montón de astillas con una máquina de coser clavada en ellas en mitad del suelo de la sala de estar, en un santiamén.

Cuando volvió papá, se quedó sentado a la cabecera de la mesa de la cocina, bajo la intensa luz del techo, y nos dijo a mamá, a mi hermana y a mí todo lo que había dicho a Flaco y Acho, y a sus padres y sus hermanos y hermanas.

La marca del moreno en la frente. El pelo chafado por el sombrero. Las patillas junto a las orejas, canosas. Las manos grandes, el vello negro que las cubría, los dedos esbeltos sobre el mantel de hule.

Antes del anochecer, les he dicho, dijo papá. Les he dicho que eran una abominación para nuestros rectos valores cristianos. Somos buenos católicos, les he dicho. No podemos permitir que haya correrías nocturnas por aquí. Les he dicho que este es nuestro hogar, dijo papá. Y que tienen que mostrar un respeto.

Quiero que os marchéis antes del anochecer, eso es lo que les he dicho, dijo. Coged vuestros bártulos, cargadlos en el camión y largaos.

Cuando papá terminó de hablar yo no sabía qué hacer. En ese momento les odiaba tanto a él y a mamá que no sabía lo que iba a hacer. Todo lo que había era un rugido en mis oídos y un gran nudo en mi pecho que iba a salir en una explosión de sollozos y lágrimas.

Deseé que estuvieran muertos.

No había nada más en mí, en mi cabeza, en mi corazón.

Deseé que esos dos hijos de puta estuvieran muertos.

Fui directo a la puerta de la cocina. Mamá, una mujer loca y desquiciada, se plantó de un salto delante de mí, interpuso su cuerpo entre la puerta de la cocina y yo.

En toda mi vida nunca la había visto así. Quiero decir que allí estaban todas esas cosas que yo conocía tan bien: sus ojos almendrados y castaños, uno mirando hacia el sur, el otro hacia el este. Los pliegues de su frente. Las gafas que siempre brillaban a la luz. Las pequeñas arrugas que empezaban en sus labios. Su forma de

apretar los dientes y cómo se le movían las mejillas al hacerlo.

Allí estaba todo eso y más. Sus cejas altas y arqueadas, sus pómulos. La suavidad de su piel morena.

Pero había algo más. Algo impenetrable, algo duro, mezquino y obstinado. Algo feo en ella, en esa forma de creer que siempre tenía razón.

Abrió los brazos frente a la puerta de la cocina.

En sus ojos, el desafío de intentar cruzarla.

Pelele.

Rigby John Klusener, dijo mamá. Ve a tu habitación y no salgas de ella en lo que queda de noche.

Por un instante me vi dándole un bofetón con el revés de mi mano derecha. Primero en su mejilla derecha, luego en la izquierda. La forma en que le empujé la cabeza contra el cristal de la puerta. El cristal roto, la sangre.

¡Eh!, gritó papá. ¡Tu madre te ha dicho que hagas algo! ¡Muévete!

¿Qué podía hacer? Bajé a mi habitación.

Cuando pienso ahora en esa noche, veo que no tenía alternativa. Eran mi madre y mi padre, en dieciséis años no había conocido nada más. Honrarás a tu padre y a tu madre. No es que hubiera tomado la decisión sobre si honrarlos o no. No tenía ni idea de cómo expresar la confusión que sentía. Sigo sin tenerla.

De modo que ahí estaba yo, el pelele, bajando las escaleras hasta mi habitación.

Todo lo que tenía era «negro», todo lo que tenía eran los dedos largos de Flaco, su palma abierta en mi hombro. Todo lo que tenía eran los gruesos dedos de Acho en mi cabeza.

Todo lo que tenía era mi habitación oscura.

Ni siquiera tenía un cigarrillo.

Esa noche, alrededor de las doce, el viejo camión Ford de Flaco y Acho abarrotado de colchones, una mesa, cacharros de cocina, vajilla, un viejo armario, un espejo en el que se reflejaba la luz del patio y las estrellas, montones de vestidos y zapatos, pantalones y camisas, harina para hacer tortillas, todo lo que se necesita en una casa para vivir (siete personas en una casa de dos habitaciones) y

una guitarra y un acordeón, cruzó el patio con el motor metiendo ruido debido al silenciador del tubo de escape estropeado, los faros débiles por el cableado defectuoso.

El tiempo que se tarda en conducir desde el granero de madera, pasando por delante de la farola, de la pícea azul, de la valla de postes, el tiempo que se tarda en parar junto a la rueda de carro y el arbusto de rosas capuchinas para ceder el paso a los coches que vienen en dirección contraria, a medianoche no hay coches por Tyhee Road pero aun así el viejo Ford cede el paso, los frenos chirrían, la plataforma del camión flota un poco.

En la parte trasera del camión dos chicos, hombres en realidad, nunca les pregunté cuántos años tenían. Flaco con su camisa azul encima de su camiseta blanquísima, tejanos, zapatillas de tenis Converse rojas con los cordones desatados, Acho con su camisa roja sobre su camiseta blanquísima, tejanos, zapatillas de tenis con los cordones atados, las piernas colgando por el lado del camión. Sus caras, qué bien las conocía, su forma de sonreír, el modo en que la luz del sol, la luz de la luna, les iluminaban la piel. Dentro del camión del heno, el olor que desprendían sus cuerpos, a jabón, sudor, tortillas, tabaco, café instantáneo, cigarrillos.

Chingada tu puta madre.

Sí, cabrón.

Oh my heavens pretty woman so far.

Gringa loca.

El indicador trasero del camión, un destello blanco espástico. El pie levantándose del freno, soltando el embrague, pisando el acelerador, el viejo Ford inclinándose al tomar la curva, el ruido chirriante de la primera marcha, de la segunda, antes de alejarse por la carretera.

Flaco y Acho.

Nunca volví a verlos.

Ni esa noche ni la siguiente, pero la tercera noche el cielo por el este estaba tan luminoso como en pleno día.

Los bomberos tardaron dos días en apagar el fuego del montón de paja del corral de engorde. Combustión espontánea, declaró el alguacil del cuerpo de bomberos. El fuego llevaba días ardiendo sin

llamas.

5

Algo salvaje

En los tiempos anteriores a Flaco y Acho, cuando todo lo que podía hacer en la granja, aparte de trabajar y atender mis tareas, era subir al elevador de grano, sentarme en los furgones, bajar al oscuro almacén de patatas o trepar al techo de los graneros de acero, había un juego con el que solía distraerme detrás del almacén de patatas bajo el elevador de grano.

Colocaba dos fardos de paja uno encima del otro, y esparcía otros dos a un lado de los dos amontonados.

Luego corría hasta los fardos, pegaba la barbilla al pecho y, apoyando las manos en el de arriba para tomar impulso, daba una voltereta sobre ellos y aterrizaba en el blando lecho de paja desparramada.

Solía dar la voltereta después de haber hecho equilibrios encima del elevador de grano.

Un día, por pura monotonía, decidí dar color a mi vida colocando un tercer fardo sobre los dos ya amontonados. No me pareció un gran riesgo. Después de todo, pensé, ¿qué fatalidad podía ocurrir?

Eché a correr hasta los fardos, pegué la barbilla al pecho, apoyé las manos en el de arriba para darme impulso y estuve volando por el aire durante largo rato hasta que aterricé. Aterricé de culo, como siempre, sobre la paja, pero esta vez mi cabeza siguió rodando

mientras el resto de mi cuerpo se detenía y me golpeé la cara con la rodilla.

Quién sabe cuánto tiempo estuve tumbado en la paja esparcida sin conocimiento, alelado, sangrando por la nariz. Durante tres días tuve los ojos morados. Me pasé una semana con la cara tan hinchada que apenas veía más allá de mis ojos.

Cuando disminuyó la hinchazón y volví a ver, cuando dejé de estar morado, lo que persistió y no cesó fue que ya no podía respirar por la nariz. Tenía los orificios taponados con cartílago roto.

Por eso siempre iba por ahí con la boca abierta, porque no podía respirar.

Monseñor Cody encontró algo nuevo que decirme. Cuando me veía alargaba una mano y, sujetándome la barbilla con los dedos, me cerraba la boca diciendo: *Halt dein Mund*.

Que en alemán significa «Cierra el pico».

De una forma u otra, durante toda mi vida el universo ha conspirado para hacerme callar.

Resección submucosa. Así se llamaba la operación a la que tuve que someterme para abrir los conductos respiratorios del interior de mi nariz.

Quiso el destino que mi estancia en el hospital fuera todo un acontecimiento. Dos pájaros de un tiro. Conocí a Billie Cody y a George Serano el mismo día y en el mismo lugar, el hospital Saint Anthony. Aunque Billie vio mucho más de mí que yo de ella. Lo de George fue otra historia. Probablemente tiene cierto sentido que acabara peleándome con él ese día. Era indio y borracho, y estaba en pleno delírium trémens. El miedo le atenazaba el cuello. Tal como fueron las cosas, yo estaba preparado para pelear con él pero no estaba preparado para él. Hizo falta mucho tiempo y todo un mundo de dolor para que George y yo pudiéramos estar cara a cara, es decir, sin querer matarnos. Se podría decir que había varios temas conflictivos entre nosotros. La frontera entre nuestra granja y la reserva, la *difrencia* entre el amarillo y el rojo, por no hablar de que ahí estaba yo, un chico católico santurrón con un interés personal, y ahí estaba George, otro malo en mi vida, un indio inútil

y sin porvenir, y además marica.

Es asombroso ahora que pienso en ello que haya salido con vida de todo esto.

Menos mal que apareció Billie Cody. Nunca lo habría come guido sin ella.

El doctor Verhooven nos dijo a mamá y a mí que era una operación sencilla. El jueves por la noche ingresaría en el hospital. No me darían nada para cenar aparte de líquidos. El viernes por la mañana el doctor Verhooven me pondría una anestesia total. No estaría despierto durante la operación. Esta consistía en que el doctor Verhooven cogía un taladro y perforaba dos orificios nuevos a través del cartílago destrozado de mi nariz. Hacia la hora de comer despertaría. Podría tomar algo ligero. Me quedaría en el hospital el resto del día, y por la noche cenaría y dormiría en el hospital, para tenerme en observación, y a la mañana siguiente me darían unas pastillas y me mandarían a casa.

Parecía bastante sencillo.

Mamá metió un par de calzoncillos, una camiseta, unos calcetines blancos, mi cepillo de dientes y mi desodorante en su bolsa de viaje cuadrada azul. Me llevó al hospital en coche. Papá no pudo ir porque seguía ocupado mezclando la paja. Como siempre, tenía algo mejor que hacer en lo que se refería a mí.

Ni mamá ni yo cruzamos una maldita palabra durante el trayecto en coche a la ciudad. Normalmente los que estaban callados cuando había silencio eran mamá y papá. Pero después de lo de flaco y Acho descubrí que yo también podía estar callado. En mi corazón sentía algo muy duro hacia papá y aún más duro hacia mamá. Echar a una familia en mitad de la noche: ahí tienes un acto de caridad cristiano. Sus sermones sobre el buen nombre y la abominación de los buenos valores cristianos nunca me habían parecido tan ridículos.

A mitad de camino mamá sacó el rosario. Volvíamos a estar con los misterios de dolor. Cada maldito avemaría se me atascaba en la garganta. Después del rosario, cuando nos incorporamos al tráfico de la ciudad, mamá empezó, para colmo de males, a rezar una letanía.

Ten misericordia de nosotros. Ten piedad de nosotros. Ruega por nosotros. Ruega por nosotros. Ruega por nosotros. Una y otra y otra

vez.

Putas letanías, tío.

Como para volverte loco de atar.

Los ojos almendrados y castaños de mamá estaban definitivamente verdes, y los entrecerraba mucho, uno hacia el sur, el otro hacia el este. Se le había encrespado el pelo, de modo que trató de cubrírselo con un sombrero. El sombrero azul de LeVine con la pluma de faisán. Sus nuevas gafas grandes de plástico. Llevaba sus pantalones color canela con raya y vueltas, y una blusa de lunares azules y blancos, sin cinturón, sus Keds blancas y sus medias de nailon. La verdad es que tenía un aspecto extraño. Cuando entramos en el hospital yo no quería que nadie supiera que iba con ella.

En el mostrador de ingresos mamá me hizo sostener la bolsa cuadrada azul mientras ella firmaba los papeles del seguro. Era como si tuviera un bolso de señora en las manos, de modo que lo dejé en el brillante suelo de linóleo encerado junto a sus pies.

Delante de nosotros en la cola había una chica de mi edad del instituto Highland. También estaba a punto de ingresar en el hospital. Esa chica era Billie Cody, pero entonces yo no lo sabía. Estaba con su madre, y recuerdo que era bajita y que me sonrió. No tardamos en ponernos a hablar, y me dijo que iba a ingresar para que le extirparan las amígdalas y que tal vez eso ayudara a su conducto lacrimal. Noté que tenía los ojos rojos, pero no pregunté qué era el conducto lacrimal. Le dije que lo mío era una resección submucosa, que no podía respirar por la nariz y que el médico me iba a hacer dos agujeros nuevos. Recuerdo que ella se rio, esa gran carcajada en su enorme pecho que parecía dominar todo su cuerpo. La madre de Billie dijo algo a mi madre y mi madre le respondió. No sé qué se dijeron, pero no volvieron a hablar, y no digamos ya pasar tiempo juntas en la misma habitación.

Cuando mamá terminó con los papeles y llegó el momento de ir a mi habitación, yo no quería coger la bolsa cuadrada azul, pero lo hice. Billie miró la bolsa cuadrada azul que yo sostenía en la mano y su forma de mirarme me recordó a cómo me había mirado Flaco, esa mirada que abarca toda la situación en un momento: la bolsa de viaje que parecía un bolso de mujer, yo sosteniendo la bolsa de viaje, la vergüenza que me daba tener en las manos algo que

parecía un bolso de mujer. Billie vio la situación en conjunto —*Gestalt* es la palabra que ella utilizaría—, todos los niveles de mi madre y de mí. Lo vi en sus ojos, en sus ojos con conductos lacrimales ribeteados de rojo, dentro de ellos estaba la mirada de Jesús.

El hospital era de obra de carpintería oscura, con grandes puertas de madera también oscura con pequeñas ventanas en la parte superior, casi todas abiertas, y paredes verdes. Las largas tablas de madera noble del suelo crujían ruidosamente. Por los pasillos, en el techo, todavía se veía dónde habían estado las viejas lámparas de gas. Pero estas habían sido reemplazadas por largos tubos fluorescentes que colgaban bajos y proyectaban una luz demasiado brillante. En la carpintería oscura había sombras extrañas e imprecisas.

Mi habitación era la 22, y en cuanto entré en ella apagué las luces fluorescentes. En la habitación 22 había tres camas, y la mía era la que estaba junto a la gran ventana salediza de madera. No había más pacientes que yo. El reloj negro y blanco de encima de la puerta marcaba las cinco y media. Miré alrededor antes de desabrocharme mi camisa de madrás a cuadros. La colgué en la percha del armario y a continuación los
Levi's.
Guardé la billetera y las monedas sueltas en la bolsa de viaje azul. Me quité la camiseta, la doblé y la puse junto con los calcetines y la ropa interior en el suelo del armario, al lado de los zapatos.

Allí estaba, totalmente desnudo en un lugar extraño, y ya sabéis lo que siempre pasa. Apuntando al frente. No me atreví a hacerme una paja. Era un hospital católico, y además no tenía dónde correrme. Luego vi el lavabo con el espejo encima y pensé que me serviría. De pronto alguien llamó a la puerta. Me puse rápidamente la bata de hospital y sin esperar a atármela por detrás, salté sobre la cama, me tumbé y escondí mi erección entre las piernas juntándolas con fuerza.

Mamá entró con una enfermera que era monja. La hermana Angélica. Una benedictina. No llevaba un gran abanico fruncido a modo de halo almidonado alrededor de la cabeza como las hermanas de la Santa Cruz, sino un simple tocado sobre la frente llamado cofia que parecía esconder unos cuernos, con un velo

blanco y un hábito blanco en lugar de negro.

Rigby John, dijo la hermana Angélica, ¿quieres las luces apagadas?

Estaba a punto de murmurar alguna mierda que aún no había formulado cuando mamá dijo: A mi hijo no le gusta la luz brillante. En eso ha salido a su abuelo.

Inmediatamente la cólera que sentía por mi madre se desvaneció. Ahí estaba ella, la mujer de mi vida sin la que nunca podría vivir.

Hundí el cuerpo en la cama, plano como el colchón. De pronto ahí estaba yo, una parte de mí mismo que nunca había conocido.

Mi abuelo. Yo no era *difrente* en absoluto. Había salido a mi abuelo.

Cuando mis pensamientos volvieron de nuevo a la habitación, la hermana Angélica se había ido y mamá estaba delante del armario. Cogió los calzoncillos que yo había dejado junto a mis zapatos, los dobló y los puso dentro de la bolsa de viaje cuadrada azul.

No sacó su rosario de cuentas negras que había sido bendecido por el Vaticano. Se quedó sentada en ese lado de la cama, con su blusa de lunares azules y blancos y el sombrero de fieltro azul con la pluma de faisán, mirando por la ventana. Sus nuevas gafas grandes de plástico en su cara parecían un andamio para llegar a sus ojos. Los árboles que se veían fuera de la ventana del segundo piso eran grandes arces plateados. El gran viento de Idaho en los árboles esparcía el sol.

Tardó un rato, pero por fin dijo: Aquí estarás seguro. Estarás bien. Las monjas son amables y serviciales, sobre todo la hermana Angélica.

Siguió mirando por la ventana. Las sombras temblorosas y el sol sobre las sábanas blancas de la cama. No movió la cabeza, se limitó extender la mano hasta tocarme el brazo unido a la mano ahuecada que había colocado sobre la otra mano para tapar el mal que acechaba en mi entrepierna.

Al principio en lo único que podía pensar era en el mal que había debajo de mi mano ahuecada, pero cuanto más tiempo llevaba la mano de mi madre allí, más se alejaba el mal y menos tenía yo que preocuparme en tapar nada.

Una gran habitación blanca, tres camas blancas. Linóleo marrón

encerado. Los tubos fluorescentes apagados, luz y sombras, luz y sombras. Todo silencioso. Del mismo modo en que Flaco había aceptado mi mano, yo tardé un rato pero al final acepté la mano que mamá había puesto en mi brazo. Mano roja y áspera de granjera, con las uñas en carne viva de cortárselas al ras.

Tu abuelo era un hombre frágil, dijo.

Yo no podía fijar la vista en un trozo de sombra o un trozo donde diera el sol en la habitación, ni siquiera un segundo, sin que se volvieran *difrentes*, más brillantes, más alargados o más anchos, o sin que el sol se convirtiera en sombra y la sombra en sol allí mismo, ante mis ojos.

Le encantaba sentarse en su habitación, dijo mamá, y leer sin parar fumando su pipa. Estaba prohibido encender la luz del techo, solo la lámpara de lectura de su escritorio. Tu abuelo se sentaba dentro de un círculo de luz tenue en una habitación llena de libros. Libros desde el suelo hasta el techo. El olor de los libros viejos y de Prince Albert.

Agitó el aire con la mano.

Mi madre no soportaba cómo olía esa habitación, dijo.

Arrugó la nariz, lo que hizo que sus nuevas gafas grandes de plástico se movieran arriba y abajo.

La palma de su mano áspera se cerró sobre mi mano con un par de dedos míos dentro.

Los niños nunca podíamos entrar en su habitación, dijo mamá. Yo solo lo hacía para limpiar, y limpiar solo significaba vaciar el cenicero y la papelera, pasar el aspirador y quitar el polvo a la lámpara y a los estantes de madera donde no había libros amontonados.

En el pasillo del hospital, una camilla con una rueda estropeada. Por el interfono, la voz suave de una mujer.

Tú te pareces mucho a tu abuelo, Rigby John, dijo mamá, también en tus ojos castaños. Verdes, a veces dorados. Me encantaban sus ojos cuando se volvían dorados.

Fuera de la ventana, hojas verdes, sol dorado. Sombras y luces sobre nosotros y sobre las sábanas de la cama, el anillo de oro en su dedo corazón, su mano sobre las mías. Mamá miró por la ventana con la barbilla alzada, luz y sombras sobre su cara. Se quitó sus nuevas gafas grandes de plástico, las dejó encima de la cama, se

frotó los ojos.

Una vez entré y lo encontré leyendo, dijo. No sé qué me dio, pero abrí la puerta y entré. Ahí estaba él, con sus gafas en la punía de la nariz, la habitación llena de humo. Me miró y sonrió. Por la forma en que sonrió supe que yo no era su hija. Era una extraña visitante salida de uno de sus libros.

Mein wildes Mädchen, me llamó. Mi chica indomable.

Mamá me apretó la mano. Se dio impulso en ella para volverse. Su rodilla encima de la cama, los pantalones beige con la raya marcada, las vueltas, pliegues de nailon sobre los tobillos, las Keds blancas. Me miró a la cara. El pelo encrespado, el sombrero estúpido. Sin gafas. Me encantaba cuando sus ojos se volvían dorados. Si en ese momento curvaba el labio, me ponía bizco y me rascaba el trasero, ella se reiría tan fuerte que nunca recuperaría el aliento.

Nunca has visto a tu madre como una chica indomable, ¿eh?, dijo.

Esa noche fue agradable dormirme en la gran habitación vacía. Yo solo en una habitación blanca, en una cama blanca, bien arropado con solo los brazos fuera. Por la ventana salediza, la luna, la vieja luna de siempre brillaba a través de las hojas de los arces plateados, como mi perro, Tramp, siempre dispuesto a hacerte compañía.

El reloj negro y blanco que había encima de la puerta de madera oscura marcaba las diez y media. Saqué los pies por un lado de la cama y los apoyé en el brillante y frío linóleo. Observé cómo caminaban a través de la luz de la luna y las sombras de las hojas de arce plateadas que cubrían el suelo. Tenía el culo al aire y eso me gustaba. Por supuesto, ya sabéis lo que pasó.

Cuando llegué al lavabo, encendí la luz tirando de la pequeña cadena que había encima, y, en efecto, ahí en el espejo estaba yo apuntando al frente.

Lo que ocurrió a continuación es algo que nunca me había pasado.

No ha habido una sola vez que, estando medio desnudo y apuntando al frente de ese modo, no me haya hecho una paja y violado el sexto mandamiento.

Pero esa noche fue *difrente*.

La luz de encima del lavabo era un pequeño globo de cristal verde, y el globo de cristal proyectaba un círculo de luz en la pared, alrededor del lavabo y sobre mis pies apoyados en el suelo brillante.

Acerqué los ojos cerrados al globo. Luz tibia en las mejillas, los labios, los ojos.

Abrí los ojos y ahí estaban, devolviéndome la mirada. Mis ojos castaños. Almendrados.

Momentos de gestos.

Abuelo, dije. Hola.

A la mañana siguiente, un médico suizo con un acento marcado me clavó una aguja en el brazo y me pidió que contara hacia atrás a partir de diez.

Lo siguiente que supe fue que estaba despertándome. La parte anterior de la cama estaba algo levantada, de modo que estaba medio incorporado. Sentía como si un torno me sujetara la cabeza. El babero que tenía sobre el pecho estaba cubierto de sangre hasta la cintura.

En la silla que había al lado de mi cama estaba sentada mamá. Tenía entre los dedos el rosario de cuentas negras bendecido por el Vaticano. Cerré rápidamente los ojos porque lo último que quería era rezar otro rosario.

Quién sabe lo que tardé en volver a abrirlos. Alguien había apretado el torno. Mamá estaba sentada junto a la ventana salediza, mirando los altos arces plateados. Las sombras y las luces sobre ella y por toda la habitación. Se había arreglado. Sin las gafas, con las cejas perfiladas, su nuevo pintalabios Royal Red. Su pelo ahuecado, no encrespado, de modo que ya no necesitaba sombrero.

Cuando volví a despertarme la hermana Angélica ahuecaba mi almohada. El babero que había llevado antes de quedarme inconsciente, al igual que toda la cama y yo, estábamos blancos. Todo era brillante y reluciente. Mis ojos tardaron un rato en ver. Tenía algo clavado en la nariz. Cuando moví la cabeza pensé que se me caería. Las sombras y la luz habían desaparecido, y el cielo que se veía a través de las hojas de los arces plateados era gris. En la cama de al lado había un hombre moreno. Parecía indio. Dormía.

Parece que va a haber tormenta, dijo la hermana Angélica.

Su piel vista de cerca parecía amarilla al lado del blanco de la cofia puntiaguda que llevaba sobre la cabeza. Mucha ceja negra.

Me encantan estas tormentas de Idaho, dijo. Cuando era pequeña y vivía en Oregón nunca teníamos tormentas como las que tenéis aquí.

De la mesa que había entre el indio y yo cogió una bandeja con requesón y mandarinas, y la colocó frente a mí mientras apretaba un botón del lateral de la cama. Esta hizo un ruido y enseguida estuve sentado. En la bandeja también había un envase de cartón de leche, unas crackers y una galleta de jengibre.

Tu madre ha tenido que irse a casa para preparar la cena, explicó.

¡La cena!, dije. ¿Qué hora es?

Las cinco, dijo ella.

Se suponía que tenía que despertarme a mediodía y comer algo, dije. Y luego cenar. ¿Por qué me he despertado tan tarde?

El doctor Verhooven es un médico excelente, Rigby John, dijo la hermana Angélica. Pero solo es un médico. Estas cosas son asuntos de Dios, dijo. De Dios y del anestesista. Aunque a veces no estoy segura de que sea cosa de los anestesistas.

Me sonrió y me miró a los ojos mientras me ponía una mano en la frente. Luego me cogió la muñeca. La sostuvo mientras miraba su reloj, que parecía de hombre.

Me duele la cabeza, dije.

Saldrás de esta, dijo la hermana Angélica. No te toques la nariz. No desperdicies la comida. Más tarde te traeré algo más Ahora reza.

Me santigüé y empecé a recitar Bendice, oh, Señor, estos Tus jodidos dones.

La hermana Angélica se acercó a la cama contigua. Por el modo en que se inclinó sobre el indio dormido se veía que era una persona verdaderamente santa. Se le saltaron las lágrimas y se llevó las manos al corazón. Luego se santiguó.

Al llegar a la puerta de madera oscura se detuvo, haciendo que las faldas de su hábito se arremolinaran a su alrededor. El largo rosario de madera que llevaba anudado alrededor de la cintura chocó con la madera de la puerta. Me miró antes de apagar el tubo fluorescente.

A mí tampoco me gustan estas luces, dijo. Hacen que todo se vuelva estridente.

¿Estridente con hache o sin hache?, pregunté.

Sin hache.

Luego: ¿Rigby John?

¿Sí, hermana?, dije yo.

Si necesitas algo, toca el timbre que hay al lado de tu cama.

Volví la cabeza muy despacio. En el lateral de la cama, en la parte superior de la baranda, había una palanca verde.

¿Este?, dije.

No, dijo ella. Eso es para ajustar la cama. Me refiero al botón de la pared.

En la pared, detrás de la cama, había un botón que parecía un timbre.

Ese, dijo.

Luego: Tal vez podrías hacerme un favor.

Claro, dije.

Si se despierta el señor Serano, llama al timbre lo antes posible, ¿quieres?

Sí, hermana, dije.

Luego me aclaré rápidamente la voz y dije: ¿Hermana?

¿Sí?

¿Es George Serano?

George Serano, sí, dijo. ¿Le conoces?

Estuve un rato boquiabierto y seguí así un poco más.

Luego: No, no lo conozco.

La hermana Angélica se quedó un momento junto a la puerta de madera oscura, el blanco del tubo fluorescente del pasillo luciéndola resplandecer.

Luego desapareció.

Me quedé solo con un plato de requesón y mandarinas, crackers, una galleta de jengibre, un envase de leche Meadow Gold, dos botones, una cabeza del tamaño de Idaho y George Serano.

George el piel roja. El hombre desnudo que casi nos había matado a mamá y a mí.

El marica.

Ahora que miro en retrospectiva ese momento en la habitación 22 del hospital Saint Anthony, con el tubo fluorescente del techo apagado, la luz gris oscura al otro lado de la ventana, los altos árboles danzando como locos en la tormenta, cuando me recosté y me volví para ver a ese tal George Serano, no lo habría admitido entonces, pero puedo confesároslo ahora, sentí la sensación de impotencia en los brazos, y el lugar del miedo que había dentro de mí se llenó de miedo.

Ese momento.

Oh my heavens pretty woman so far, ¿qué hacía un indio marica en un hospital católico?

Siempre he dicho que el universo conspira para joderme.

Pero eso no me impidió mirar. De hecho, me sorprendió que Georgy Girl no se despertara por cómo yo lo miraba. Boquiabierto.

En todos los aspectos.

No era como esos indios de pelo largo. Él lo llevaba cortado casi al rape. Era alto, ocupaba toda la cama. Manos grandes con las uñas cuidadas, pies grandes. No se parecía a la mayoría de los indios que había visto.

Claro que aún no había visto ningún indio. Me refiero a mirarlos como si fueran personas.

Los primeros indios que había visto habían sido los indios de las escaleras de Pocatello House.

Una vez que iba en el tractor John Deere A por Tyhee Road, vi a un puñado de indios sentados en un Ford destartalado aparcado a un lado de la carretera. Las cuatro puertas estaban abiertas, y había botellas de vino y cerveza por el suelo alrededor del viejo coche. No me detuve a mirarlos. ¿Quién lo habría hecho? Los indios borrachos son peligrosos y hay que mantenerse alejado de ellos.

Mi padre nos contó que había un indio que pegaba a su mujer y cuando un blanco se detuvo para ayudarla, la india se volvió contra él y le golpeó en la cabeza con un bolso lleno de piedras.

Otro día que vi indios fue en el Rodeo de la Frontera de Pocatello. Se apagaron las luces y el foco iluminó a un puñado de indios con trajes de ante bordados con cuentas y plumas que ejecutó una danza de guerra dando vueltas mientras unos tipos tocaban los tambores y cantaban «Hey ya, hey ya, hey ya».

Papá era presidente del Rodeo de la Frontera de Pocatello y

tenía que tratar con esos indios. Decía que lo único que les importaba era el dinero para salir a emborracharse.

En Fort Hall, de camino a Blackfoot para ir a ver a la abuela, solía haber indios parados frente a la factoría. Al pasar por delante en el Buick papá nos decía que pusiéramos los seguros y mamá siempre sacaba el rosario, si no lo tenía ya en las manos. Por lo que yo veía, los indios parados delante de la factoría iban harapientos y sucios, pero, una vez más, nunca llegué a verlos de cerca.

Antes pensaba que los mexicanos eran sucios. Vivían en esa casa vieja y destartalada que llamábamos la casa de los mexicanos, y no plantaban flores ni trataban de cuidar el patio.

Pero esa casa no era suya. Era de papá.

Y mirad a Flaco y Acho, tan impolutos cada día sin agua corriente en la casa.

Ese día en el hospital, con algodón en la nariz, inclinándome hacia un lado de la cama, casi a punto de caerme de la maldita cama de tanto inclinarme hacia él, fue cuando lo comprendí.

Había vivido toda mi vida —más de dieciséis años— junto a la reserva india de los shoshones bannock y nunca había estado antes en la misma habitación con un ser humano que fuera indio.

Lo único que sabía de los indios era lo que había visto de lejos y las historias sobre los indios.

¿Y quién las contaba?

Mi padre.

Así pues, dado que yo no era mi padre, y dado que era la primera vez que me encontraba en la misma habitación con un indio, y dado que ese indio estaba dormido, decidí echarle un buen vistazo.

Cuando llegó el momento de la verdad, lo que me asustó, y en lo que no pensé demasiado ese día, en ese momento, lo que me aceleró realmente el pulso, fueron dos cosas.

Ese puto maricón indio tumbado en la cama de al lado estaba dormido.

Algo en el hecho de que estuviera dormido me asustó. Estalla ahí tumbado y el pecho le subía y le bajaba, le subía y le bajaba muy despacio. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado, los brazos

estirados, las manos abiertas, los dedos extendidos. Estaba en otra parte, y sus brazos, manos y dedos eran alas, y, como yo en los sueños en que vuelo, estaba volando.

Fue entonces cuando advertí la segunda cosa.

El indio, George, el piel roja, el puto maricón George Serano se parecía mucho a Flaco. Más robusto que él, no tan delgado, y mayor, de unos treinta y cinco años. Pero tenía la piel igual de tersa, además de morena. No tan morena como la de Flaco pero casi. Un moreno rojizo.

Aunque el parecido estaba en los ojos. Aun con los ojos cerrados yo se lo notaba. Las pestañas oscuras, las cejas negras y la elegante curva del párpado.

Tan dulce como Flaco. Jesús justo entre los ojos.

Nunca había comido requesón. El requesón es extraño la primera vez que lo comes.

Al otro lado de la ventana salediza los arces plateados eran chicas indomables entre las que soplaba feroz el viento.

En alguna parte ahí fuera, un rumor débil y pausado muy lejano, pensé que tal vez era algo dentro de mi cabezón dolorido.

No fue hasta entrada esa noche, después de que terminara su turno la hermana Angélica, cuando estalló el primer trueno con tanta fuerza que tiró el halo de san Antonio al suelo.

Veintidós segundos después el rayo alcanzó la central eléctrica. Todo el condado de Bannock se quedó a oscuras.

Cuatro segundos después, al otro lado de la ventana salediza, el arce plateado se iluminó de color verde eléctrico.

Un segundo después retumbó un trueno tan fuerte que más que un sonido fue como una succión de aire en un lugar denso. Hormigas que se te meten por las orejas, que te bajan por el pe cho y por la espalda. Solo quieres respirar.

Inmediatamente después estalló a mi alrededor un gran fogonazo del color de la luna. Luego oscuridad. Un trueno es que se te derrumbe el cráneo. Un relámpago son las largas uñas de Dios

haciendo rasgones plateados e irregulares en un cielo de terciopelo negro. El relámpago lo notas en tu lengua.

Un relámpago era el arco azul de un puño eléctrico que se acercaba derecho a mí, a ras de suelo, desde el enchufe que había debajo de la ventana salediza.

Por un momento pienso: Esto es la guerra. Por esa razón nos escondemos debajo de nuestro pupitre, esta es la bomba atómica de Kruschev.

Otro puño azul en el otro extremo de la habitación.

Es entonces cuando miro hacia los pies de la cama. La silueta de un hombre a la luz de un relámpago.

Grito muy fuerte, demasiado fuerte como siempre hago. Pero no se me oye. Caray, ni siquiera yo me oigo gritar. Doblo las piernas y me las rodeo con los brazos. Otro relámpago, y las sábanas de mi cama son pliegues que brillan en la oscuridad sobre estatuas católicas.

La mano me tocó primero la pierna. Estaba caliente. La mano caliente en mi brazo. Sus labios eran plumas contra mi oreja.

Es el Pájaro del Trueno, dijo el hombre.

Por favor, ayúdame a esconderme, dijo. Tengo miedo. El Pájaro del Trueno me busca. El Pájaro del Trueno viene a por mí y tengo miedo.

La sensación de que no puedo respirar. Dentro de mi boca hay un grito, pero no grito.

De repente y con toda naturalidad, cómo se acurrucó el hombre contra mí, cómo deslizó la cabeza debajo de mi brazo. Levantó las piernas y con sus manos de dedos largos y bonitos se tapó la cabeza.

Un relámpago. Un trueno. Respiré hondo.

El olor, un olor intenso a aire quemado, ¿o era el olor que desprendía el hombre?

En ese momento miré lo que me rodeaba: las hojas de neón del arce plateado, la alternancia de luz y oscuridad, luz y oscuridad, alrededor de mí, en mis oídos, el ruido de la tierra cayendo a pedazos.

Al principio no entendí por qué no estaba asustado. Luego lo supe. No estaba asustado porque otra persona lo estaba más que yo. Y en cuanto vi que había alguien más asustado —era tan raro—, empecé a aceptar mi propio miedo, y al aceptarlo empecé a

superarlo.

Dejé que mi mano le tocara los dedos con que se tapaba la cabeza, dejé que mi mano reposara delicadamente allí.

Mi voz en la habitación: Tranquilo. Solo es un trueno, dije. Pasará.

Tenéis que entenderlo. Nunca había estado cerca de alguien con delírium trémens. Por aquel entonces un delírium trémens era para mí un simple caso grave de diarrea.

De modo que esa noche, allí tumbado con un hombre enfermo y aterrado, en la habitación 22, en una cama de hospital, en mitad de la tormenta del 66, pensé: Sostendré a este hombre en mis brazos hasta que estalle la tormenta. Esto es lo que haría Jesús. Esto es lo que no haría mi padre. Por la mañana saldrá el sol sobre un mundo en calma.

Pero, como estaba a punto de averiguar, el mundo era *difrente* a como me lo había figurado. En primer lugar, el hombre con el que estaba en la cama no era Flaco. Era George Serano, George el piel roja, borracho y delirante.

Y el mundo no era una tarjeta de Hallmark.

La primera pista que tuve de que no iba a ser un bonito idilio fue su aliento. Dulce y amargo al mismo tiempo. Como podrido. Luego el hombre aterrado levantó la cabeza y sus ojos eran como los de Flaco, era cierto, oscuros y hermosos, de pestañas largas, pero dentro de ellos pasaba algo. Yo estaba ocupado tratando de averiguar qué tenían de malo esos ojos cuando él levantó la mano, sus largos y bonitos dedos.

Puto cabrón blanco, dijo.

Luego me abofeteó. Se me cayó un trozo de algodón de la nariz.

Habláis con lengua bífida, gilipollas. Nos hicisteis muchas promesas, más de las que puedo recordar, pero solo cumplisteis una Prometisteis tomar nuestra tierra y eso hicisteis.

La última vez que había recibido una paliza había sido a manos de Scardino. Por un momento los ojos que yo miraba fueron los de

Scardino, pero hubo otro relámpago y lo que vi fue algo que nunca había visto. Los ojos que me sostenían la mirada estaban desorbitados, idos, ausentes. Otro trueno seguido de un relámpago. Fuera la tormenta era una especie de debacle.

Levanté la rodilla y golpeé a George Serano en los huevos, o casi. Se vio arrojado al suelo. Me incorporé rápidamente y me concentré en una sola cosa: el timbre de la pared.

Por supuesto, el timbre no funcionaría sin electricidad. ¿O sí?

En la puerta distinguí a una enfermera con un uniforme blanco. Tenía las manos en las mejillas. Creo que gritaba.

En menos de lo que canta un gallo George Serano volvía a estar de pie. Tenía el pelo en punta alrededor de la cabeza, como si le hubiera alcanzado uno de esos puños azules que salían del enchufe de la pared. Detrás de él la ventana salediza era verde neón y relámpagos. Los relámpagos parecían salirle de la cabeza.

Así sin más, me rodeó el cuello.

Yo puse las manos sobre las suyas. Ya sabéis, lo peor para mí es no poder respirar. Bueno, pues eso fue lo que hice entonces, traté de respirar. Cerré el puño y, a lo John Wayne, le di un puñetazo a ese tipo en pleno ojo, luego me eché hacia atrás y le propiné una patada lateral en un lado de la cabeza.

George Serano me soltó el cuello. Cayó contra el pie de la cama y luego al suelo. Me levanté de un salto al otro lado de la cama y empecé a chillar: ¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡Hermana Angélica!

Lo asombroso es que durante todos esos truenos y relámpagos, oscuridad, forcejeos y mujeres gritando en el pasillo, parte de mí decía: ¡No me lo creo! ¡Mirad! No siento la sensación de impotencia en los brazos. ¡Estoy defendiéndome! ¡Miradme, estoy defendiéndome!

De debajo de la cama salió un brazo y me sujetó mi pie descalzo. Dejé escapar un grito y no tardé en estar debajo de la cama, tenía al tipo encima de mí. Rodé por el suelo gritando, dando patadas y puñetazos con las piernas y los brazos desnudos. A nuestro alrededor todo saltaba por los aires rompiéndose en pedazos. 11 infierno se desataba.

Cuando por fin nos detuvimos, habíamos rodado hasta la esquina derecha de la ventana salediza. George Serano me sujetó por el cuello de la bata de hospital con los puños. Pegó su cara a la

mía, frente con frente, y clavó sus ojos desorbitados en los míos.

Dios, ese tío era mucho peor que el aliento a mortadela. No se había cepillado los dientes desde que Eisenhower era presidente.

Entonces suelta su presa del cuello de mi bata. ¿Y qué hace? Me rodea con los brazos. Me atrae hacia sí, tanto que siento todo su cuerpo contra el mío. Era como si lo hubiera alcanzado un rayo, por la forma en que se agitaba.

Tienes que ayudarme, dijo.

Y dejó escapar un aullido. Alguna clase de aullido animal, algo horrible, demente y triste. Era extraña esa forma de temblar.

Es el Pájaro del Trueno, dijo. El Pájaro del Trueno no parará hasta que me tenga en sus garras.

George Serano me sujetaba por los hombros. Volvíamos a estar cara a cara. Estaba a punto de apartarlo cuando me zarandeó de un modo que me hizo detener. Ya no tenía los ojos desorbitados ni enloquecidos. Sus ojos eran los ojos que yo siempre había sabido que tenía, algo dulce y roto dentro. Herido de un modo que nunca llegas a superar.

Relámpagos y más relámpagos. Sudor en su frente, en toda su cara. Sus labios, sangre en sus labios, sangre entre sus dientes.

El Pájaro del Trueno vive en el borde del mundo, dijo, donde el sol se pone.

De nuevo yo no tenía miedo. El miedo estaba en la habitación, no en mí. Ese indio sí tenía miedo. Y si él tenía, tal vez también tenían otras muchas personas. Muchas personas debían de tener miedo, no solo yo. Yo no era tan *difrente*.

Amé tanto a Dios en ese momento. Aun así, traté de apartar me de George Serano, pero él me sujetaba con fuerza.

El Pájaro del Trueno puede adoptar cualquier forma, dijo.

Relámpagos. La sangre en sus labios. La sangre en sus dientes.

Humano, planta, animal, dijo. Pero todas las formas son una sola. Él es amorfo pero tiene cuatro patas, o dos, o una aleta con pezuñas, y las pezuñas tienen garras. Cubre con sus alas el mundo, sus alas son nubes, el batir de sus alas causa el trueno. El trueno es el ruido que brota de lo más profundo de su garganta, y aunque no tiene cabeza, tiene dientes en el pico y los dientes son los de un lobo, hileras e hileras de dientes. Tiene un solo ojo. Del ojo salen relámpagos. Lo ve todo. Vuela por el cielo escudriñando el mundo

para limpiarlo de porquería.

Mocos que le salen de la nariz, lágrimas que le ruedan por las mejillas, mocos y sangre. Yo nunca había visto llorar así a un hombre. Venirse abajo y llorar, sollozar, resoplar y hacer toda clase de ruidos vergonzosos.

Porquería, repitió.

Solo me había visto a mí mismo llorar así. Y a mi padre cuando murió Russell.

Estalló el siguiente relámpago, y a nuestro alrededor había personas vestidas de blanco, enfermeras y monjas, y un hombre calvo con un estetoscopio.

Vamos, vamos, señor Serano, decía el hombre calvo de blanco. Soy el doctor Overturf y he venido a darle un sedante.

Un relámpago. En los ojos de George volvía a haber locura cuando miró al médico.

Habéis invadido mi país, gritó.

Vamos, señor Serano, dijo el médico. Vuelva a su cama y acuéstese, y le daré algo para dormir.

El doctor Overturf hablaba con voz cantarina.

¡Dormir no!, exclamó George. ¡Dormir no! Ahora no. Tengo que mantenerme despierto y esconderme.

El doctor Overturf apartó la mano de George Serano de mi hombro y la sostuvo. Dos enfermeras y una monja se apiñaron alrededor de George, del doctor Overturf y de mí. Todos dábamos pequeños pasos. La otra mano de George estaba cerrada en un puño sobre mi hombro. Miedo en los ojos. He conocido un miedo parecido.

Trueno y relámpago, trueno y relámpago. *Donnerwetter*.

Vamos, George, dije. Te encontrarás mejor si te echas.

Habéis destrozado el bosque frondoso y la hierba verde, gritó George.

Nuestros pequeños pasos nos desplazaban despacio, muy despacio, hacia la cama.

Habéis pegado fuego a mis tierras, gritó. Habéis devastado mi país y matado mis animales, el alce, el ciervo, el antílope, el búfalo.

Karen, prepare el sedante, dijo el doctor Overturf.

Sí, doctor.

La cama estaba a la distancia de mi brazo extendido.

No los matáis para comer, dijo George. Dejáis que se pudran donde caen.

La cuña humana que formábamos acorraló a George contra la cama. Él me soltó el hombro y se sentó. El doctor Overturf le estiró el brazo. La enfermera Karen le limpió con alcohol la parte interior del codo.

George se miró el brazo, la vena azul que lo recorría, azul incluso en la oscuridad, azul a la luz del relámpago.

Dormir no detendrá al Pájaro del Trueno, dijo. Si estoy despierto al menos puedo huir.

Venga, George, dijo el doctor Overturf. Dentro de unos segundos estarás descansando.

La enfermera Karen insertó la aguja dentro del río azul que sobresalía en el brazo de George.

Las palabras brotaron de la boca de George muy despacio.

El Pájaro del Trueno, dijo, es el dador de la revelación.

La demencia desapareció de sus ojos, y se cerraron. George se dobló sobre sí mismo. Ayudé a la otra enfermera a subirle las piernas a la cama.

Enseguida colocaron los laterales de la cama, pequeñas celdas de cárcel de unos cincuenta centímetros de altura. Luego le su jetaron el pecho con una correa, y le pasaron otras alrededor de las piernas, las muñecas, los tobillos.

Era una situación extraña, todos ahí de pie alrededor de la cama de George Serano. Los destellos de los relámpagos, la oscuridad, luego la luz, un trueno, todos vestidos de blanco en un hospital, la enfermera Karen con una jeringa, todos de raza blanca mirando al indio.

Algo dentro de mi cuerpo, tal vez no dentro sino a través de él, me resultaba familiar, pero no sabía qué era.

Otro relámpago. Un trueno.

Momentos de gestos.

Éramos una película de Frankenstein, la parte del laboratorio, cuando toda la gente del pueblo está a salvo porque el monstruo duerme.

El doctor Overturf y las enfermeras no paraban de decirme que era un chico muy valiente. En cuanto se llevaron a George en su cama con ruedas, la enfermera Karen me trajo una gelatina de

cereza y un Seven-up.

Por la mañana brillaba el sol a través de los arces plateados. Luz y sombras sobre el brillante suelo encerado.

Un mundo en calma.

Pero la calma no duró.

Mi camisa de madrás a cuadros no estaba en la percha. Dentro de la bolsa de viaje azul habían desaparecido mi billetera y las monedas sueltas. Y había desaparecido algo más. Mis calzoncillos. No los limpios, sino los sucios con los que había ingresado en el hospital.

George Serano se había soltado de las correas, se había levantado de la cama y se había largado de la habitación y del hospital.

Oí hablar a dos enfermeras.

Nadie lo había visto salir.

Nadie dijo a mamá lo que había ocurrido la noche anterior. Ni siquiera la hermana Angélica tuvo el valor de hacerlo.

Yo no dije nada. Me encantó tener un secreto.

En el mostrador de altas, los ojos de mamá estaban verde neón y su pelo era el de una chica indomable. Uf, estaba cabreada. Habló con voz aguda y la barbilla alzada.

He venido a denunciar un robo, dijo mamá.

Al otro lado de la ventanilla, la enfermera era joven y tenía las mejillas rojas.

A mi hijo le han robado su camisa nueva de madrás, dijo mamá, la billetera y monedas sueltas.

No le había dicho lo de los calzoncillos sucios.

Pagué cinco dólares con noventa y cinco por esa camisa, dijo mamá. Y en la billetera tenía el carnet de conducir. Tardó tres años en conseguirlo.

En un abrir y cerrar de ojos la hermana Angélica era hábito y velos blancos ondeando por la esquina.

Señora Klusener, dijo, siento mucho lo de las pertenencias de su

hijo.

Tratamos de manejar este hospital con orden y disciplina, dijo la hermana Angélica.

Respiró hondo. Me miró, y en sus ojos había lágrimas y la expresión de santidad, como cuando había mirado a George Serano.

Puso una mano en el hombro de mi madre.

Mamá no sabía qué demonios hacer. La estaba tocando una monja. Se le vieron los dientes manchados de pintalabios cuando sonrió.

Puedo asegurarle, dijo la hermana Angélica, que tan pronto como encontremos al culpable, nos pondremos en contacto con usted.

Recorrimos el pasillo y salimos del hospital a la luz radiante, la hermana Angélica al lado de mamá, con la mano todavía en su hombro.

Yo les sostuve la puerta abierta.

Cuídate, Rigby John, me dijo la hermana Angélica.

Me volví para mirarla a los ojos, pero el sol se reflejaba de tal modo en la puerta de cristal que la hermana Angélica se volvió borrosa como una fotografía.

Gracias, hermana, dije.

Las escaleras, la acera, el aparcamiento, la calle, las grandes ramas de los árboles que se extendían por encima de ella. Sobre todo hojas. Yo llevaba la bolsa de viaje cuadrada azul. Billie Cody se subía al Pontiac Bonneville blanco de su madre. Me escondí rápidamente detrás de un coche para que no me viera otra vez con ese bolso. Estaba muy pálida y el pelo le salía disparado hacia arriba. Tenía los ojos rojos. No creo que me viera.

El Buick era un rayo azul y blanco que volaba bajo sobre los Tyhee Flats. Detrás de las nuevas gafas grandes de plástico de mamá, sus ojos seguían siendo verdes. El temblor en un lado de su cara. Hacía rechinar los dientes. El cuentakilómetros llegó a ciento veinte por hora.

Gott im Himmel!, dijo. ¡Santo Dios! ¿Adónde hemos ido a parar cuando ni siquiera estás seguro en un hospital católico?

Extraño lo que puede hacer un secreto. Te separa del resto del

mundo, te aísla, porque eres el único que lo sabe. Es como cuando por fin eres alguien porque tienes algo que nadie más tiene. Un lugar donde no hay nadie más.

Al principio mi secreto fue muy sencillo. Había pasado una noche desenfrenada forcejeando con un indio loco en el hospital y me había convertido en un héroe. La gente me había dado palmadas en la espalda y me había sonreído de forma especial. El médico me había llamado valiente.

En mi vida había ocurrido algo real, algo tangible, algo importante, y mi madre no sabía nada acerca de ello.

Era un gran placer, mi secreto.

Hasta entonces lo que me había separado de mis padres había sido un lugar lejano e inalcanzable que había en ellos, en ella. Un lugar en el que tenía prohibido entrar.

Ella era la que decidía. Por alguna razón, cuando decidía volver de ese lugar, cuando regresaba la luz a sus ojos y me miraba, como en el hospital el día que me habló del abuelo, nunca fallaba, yo siempre estaba allí, yo era el lugar en el que se posaban sus ojos.

Luego llegó la noche desenfrenada de la tormenta del 66, luchando con George Serano como si me fuera la vida en ello.

A partir de esa noche lo que me separó de mis padres, lo que me mantuvo lejos de mamá, ya no fue algo que ella decidía.

Ahora me tocaba a mí. Yo era *difrente*.

Tenía un secreto y el secreto era real.

Sobre todo guardé el secreto para protegerla de lo que me había ocurrido.

Pero eso solo era parte de la verdad.

Toda la verdad. Era el lugar al que iba en vez de ir a ella.

Toda la verdad que incluso me oculté a mí mismo la mayor parte del tiempo.

Lo que sabía con seguridad era que había empezado a ver indios por todas partes, y que cada vez que soplaba el viento, pensaba en el Pájaro del Trueno.

6

Mi destino al viento

San Francisco de Sales es el patrón de los adolescentes, por eso mi hermana y yo decidimos ir en la camioneta a la ciudad una noche a la semana, los miércoles. Se suponía que el Club Salesiano proporcionaba vida social al adolescente católico. Ya sabéis, adolescentes que se reunían para hablar de lo que era ser adolescente y tal vez encontrar novio o novia. Pero no os lo creáis. El Club Salesiano no tiene nada que ver con ayudar a madurar y a tener una vida social, o una vida siquiera. A menos que llames vida a arrodillarte en el suelo de cemento a rezar el rosario. En cuanto a encontrar novio o novia, olvidaos.

De hecho, lo único *difrente* acerca del Club Salesiano con respecto a la clase de religión del colegio era que en el Club Salesiano, en lugar de los otros nueve mandamientos, lo que te inculcaban era el sexto.

Lo sabía todo el mundo, hasta las monjas. Sobre todo las monjas. Ahora estábamos todos en los años del descubrimiento del sexo.

Lo único bueno del Club Salesiano era que Joe Scardino nunca se dejaba ver por allí.

El padre Domingo Arana, un joven sacerdote del Saint Joseph que era vasco, estaba a cargo del club. Nos aleccionó sobre qué era pecado venial y qué era pecado mortal cuando te enrollabas con alguien.

Por lo que yo sabía, besar sin lengua y abrazar eran veniales. Todo lo demás era pecado mortal.

Como siempre, estudiamos las *Vidas de santos*, pero de santos enrollados, como santo Domingo Savio y santa Teresa de Ávila, o san Sebastián, a quien ataron desnudo a un árbol y atravesaron con flechas. A veces hasta nos ponían deberes, pero nadie los hacía nunca, lo que era un gran chasco para el padre Arana porque trataba de ser una buena influencia.

Era penoso verlo, de pie junto a la pizarra del aula de segundo curso, bajo los brillantes tubos fluorescentes, un hombre corpulento, sudando profusamente, oliendo a ajo, incienso y vino de altar, con un pañuelo blanco en su manaza peluda y negra, secándose el sudor de la frente y el cuello, su grueso cuello sobresaliendo del apretado alzacuello romano, señalando con el puntero las palabras «venial» y «mortal» que había escrito con tiza.

Tenías que entregarle los deberes a él. Él se esforzaba por llegar a nosotros. Nos hablaba con expresiones modernas, pero no podíamos evitarlo, por mucho que se esforzara a todos nos importaba un bledo.

Solo duró un año allí. Justo después de Navidad el padre Arana huyó con una mujer. Una mujer, dijo mamá, a quien estaba preparando para el matrimonio.

Debíamos de haber rezado, mamá y todos, unos mil rosarios por ese tipo. Y por la zorra que lo había descarriado.

El padre Domingo Arana. Un gran ejemplar vasco, sudoroso y peludo de pecado mortal andante y parlante.

Pero tal como resultaron las cosas, al final el padre Arana me ayudó un montón. Porque me figuré que si él había huido, yo también podía hacerlo.

Los miércoles por la noche. No había nada mejor que los miércoles por la noche después de cenar, mi hermana al volante de la camioneta Chevy Apache del 63 de papá, girando el volante y levantando grava del camino del garaje, la KWIK sonando por la radio, las ventanillas bajadas. El primer miércoles del Club Salesiano fue caluroso, soplaba el aire tibio de finales de septiembre, y ante nosotros pasaba a toda velocidad el mundo

dorado y endurecido por sol, mi hermana todavía con su vestido de tirantes blanco roto y las piernas morenas, yo con mis
Levi's
recién lavados y una camiseta azul, entre los dos un paquete recién abierto de Marlboro, mi hermana y yo fumando, los veinte kilómetros que nos separaban de la ciudad por delante, veinte kilómetros de los diez mejores éxitos de rock and roll vociferando libertad, libertad hasta la ciudad.

Esos veinte kilómetros de libertad nos hicieron adictos a la libertad. Nos sentimos tan libres durante esos veinte kilómetros que el segundo miércoles no aparecimos por el Club Salesiano. En cuanto dejamos la calle Main y nos metimos por Hayes, y vimos la cruz en lo alto de la aguja de la iglesia de Saint Joseph, no pudimos evitarlo. Mi hermana y yo teníamos que fumarnos otro cigarrillo, teníamos que escuchar más éxitos, teníamos que dar más vueltas en coche.

En el Snatch Out, a la vuelta de la esquina del autorrestaurante Dead Steer, al otro lado de Pole Line Road y frente a la Compañía de Cemento Portland y la fábrica de queso Kraft, ahí es donde terminamos. Aparcados en el autorrestaurante Snac Out que todo el mundo llamaba el Snatch Out o en el autorrestaurante Red Steer que todo el mundo llamaba el Dead Steer, observando cómo pasaban todos los demás.

Quiero decir que yo me quedaba allí sentado, viendo pasar los coches.

Era muy chocante, decía mi hermana, ver a dos hermanos sentados juntos en el Snatch Out.

No podría haber estado más de acuerdo con ella.

Mi hermana empezó a salir con Gene Kelso, yendo de pecado venial a pecado cada vez más mortal en el asiento trasero del Mercury del 56 rojo de él.

Y yo me quedaba sentado, sentado y fumando, y aunque tenía un carnet que me permitía conducir de noche, no lo hacía La verdad es que me daba miedo conducir, pero no estaba dispuesto a reconocerlo.

No estaba tan mal estar solo. Scardino no andaba cerca, y tenía suficiente dinero para comprarme patatas fritas. Además, me sentaba al volante, de modo que parecía que conducía. Me aficioné

a escuchar la radio. Y Gene Kelso me regalaba una Budweiser.

«Por quedarte de guardia», así era como lo llamaba.

En algún momento, mientras fumaba ahí sentado bebiendo cerveza, escuchando la radio y viendo pasar los coches, se detuvo un Cadillac verde y blanco del 67 con las ruedas de radios. Cuando miré para ver quién lo conducía, vi que estaba lleno de indios de mi edad.

Caray, hasta en el Snatch Out. Indios.

Fue esa noche, la última de septiembre, aparcado frente al Snatch Out haciendo guardia, justo detrás del Cadillac lleno de indios, cuando conocí, quiero decir que conocí de verdad, a Billie Cody.

Por la radio sonaba «Cast Your Fate to the Wind», de Sounds Orchestral. Era mi canción favorita.

Tal vez fuera el destino, no lo sé. Billie también lo dice. Siempre dice: «Es cosa del destino».

Sea como sea, de repente se abrió la portezuela de la camioneta y subió una chica con el pelo cardado y rojo oscuro. Pintalabios rosa. Gafas de sol blancas de plástico con los cristales verde oscuro. En cuanto aposentó el trasero en el asiento, cerró de un portazo la puerta de la camioneta. Una camisa oxford blanca, una camisa de hombre con cuello de botones. Alrededor del cuello una cadena de oro con un pequeño colgante que parecía una mano, una palma abierta hacia fuera. La mano colgaba entre lo que parecían dos cantalupos bajo su camisa blanca. Pantalones negros con estribos alrededor de los tobillos. Apenas tocaba el suelo de la camioneta con sus pies descalzos. Levantó un pie y se lo cogió con una mano, luego se volvió hacia mí y se apoyó contra la puerta. Tenía las uñas de los pies diminutas pintadas de azul oscuro.

Fuera, alrededor de nuestra camioneta, coches aparcados en hilera. Los chicos dentro de los coches aparcados mirando los coches que pasaban, una lenta procesión a través del Snatch Out. A mi lado en la cabina, los ojos de Billie se veían oscuros detrás de los cristales verdes de sus gafas blancas de plástico. El sol se ponía por la ventana trasera de la camioneta. Todo el interior de la cabina era en tecnicolor, qué dorado y rosa puede volverse el cielo azul. Todos los colores del atardecer reflejados en la piel de Billie. Sopló el viento, solo por un instante, lo justo para sentirlo en la piel.

Billie me señaló con sus diminutas uñas pintadas de azul, luego dobló las piernas debajo de ella en el asiento. Alargó una mano, se quitó las gafas blancas de plástico y se las guardó en el bolsillo de la camisa Oxford blanca. En ese momento la camisa era la iluminación en tecnicolor de *Los caballeros las prefieren rubias*.

Algo en sus ojos. Parecía haber llorado pero no lloraba, sonreía. Como una niña, la forma en que sonreía. En medio de todo ese tecnicolor, esos ojos tristes de Billie Cody inyectados en sangre me escudriñaron por primera vez. Dios.

Cáncer de conducto lacrimal, dijo. ¿Tienes un cigarrillo?

¿Qué?, dije.

Mis ojos, dijo. Están enfermos. Los conductos lacrimales se obstruyen. La amigdalectomía no hizo nada. ¿Tienes un cigarrillo?

¿Es cáncer?, dije.

No, bobo, dijo. Es para chulear.

Mi hermana se había llevado los Marlboro y me había dejado cuatro. Me quedaban dos. Metí una mano en el bolsillo de la camisa y saqué uno, se lo di a Billie y cogí otro cigarrillo para mí. Presioné el botón del encendedor del salpicadero.

Billie y yo nos quedamos mirándolo, esperando que se encendiera, cada uno con un cigarrillo en la boca, mirando, esperando. Por alguna razón yo había olvidado mi lengua materna. Ni siquiera recordaba qué idioma era.

Además del encendedor, lo único que había en la furgoneta era un olor agradable. Realmente a limpio, como a jabón, pero no el White King de mamá o el White Shoulders de mi hermana. Un olor tan fresco y *difrente* que parecía francés. Esa chica despedía un olor francés.

Yo, por mi parte, me había transformado en una carretilla de cemento
Redi-Mix;
en eso o en un gran pedazo de queso cheddar Kraft extrafuerte. Cuando me miré el brazo y la mano, los tenía suspendidos justo encima del borde del asiento, el corazón, el índice y el pulgar en perfecta formación, esperando a que saltara el encendedor, y allí estaba mi meñique, qué vergonzoso, levantado como hacen los ingleses cuando toman té.

Luego, así sin más, ya no había puesta de sol. Fuera ya estaba

oscuro, igual que dentro de la cabina, y pasaban faros.

Por la radio un tipo cantaba «So tired, tired of waiting, tired of waiting for you». De modo que me puse a cantar con él.

Fue entonces cuando ocurrió, de forma repentina como siempre ocurre con la risa. Saliendo de tan dentro y con tanta fuerza que te duele la barriga. Cuando el encendedor por fin saltó, todo mi cuerpo reaccionó de forma espasmódica, con lo que Billie soltó un gritito y yo solté otro. También se le escapó un pedo, lo que me pareció tronchante. Ni siquiera a mi hermana la había oído tirarse un pedo. Nos reímos durante no sé cuánto tiempo, mirándonos sin que saliera de nosotros ningún otro sonido aparte de jadeos.

Cuando Billie se calmó y creyó poder hablar, dijo: *Esperando a Godot*.

Más que decirlo lo escupió, y tal vez teníais que estar ahí, pero apenas hubo salido de su boca *Esperando a Godot*, volvíamos a sujetarnos la tripa y a sacudir convulsivamente el cuerpo dentro de la camioneta, agitando los brazos, dando patadas, gritando fuerte y riéndonos como dos condenados locos.

Billie Cody. Riéndose es como la conocí.

Logré mantener el pulso lo bastante firme y acerqué el encendedor al extremo de su cigarrillo. Billie dio una calada, la punta del cigarrillo prendió y empezó a elevarse humo de ella.

A la luz naranja del encendedor, detrás del rojo cáncer del conducto lacrimal, los ojos de Billie parecían azules.

Después de encender los cigarrillos y después de reírnos de ese modo, volvía a haber un silencio absoluto, como cuando mirábamos fijamente el encendedor. Pensé que íbamos a empezar de nuevo, pero esta vez no nos reímos. En el humo oscuro solo estábamos nosotros y la radio, una canción. Yo volvía a ser cemento
Redi-Mix
o cheddar extrafuerte. Billie se miró las uñas de las manos. También eran pequeñas, como las de sus pies, y también las llevaba pintadas de azul oscuro.

¿Puedo beber un sorbo de tu cerveza?, preguntó.

El pelo cardado y tratado con henna le salía disparado a través de la luz de neón blanca del letrero de Snatch Out. Le pasé la Budweiser. Ella inclinó la botella, bebió un sorbo y me la devolvió. Cuando me la llevé a los labios, sabía a pintalabios rosa.

Esto… estaba pensando si quieres que quedemos, dijo Billie.

Mi lengua en mis labios, cerveza mezclada con pintalabios rosa.

Sí, dije.

¿De verdad?, dijo ella. ¿Incluso después del pedo que me he tirado?

Antes de esa noche nunca había oído a una chica tirarse un pedo y nunca había oído a una chica decir la palabra «pedo».

Quería decir inmediatamente que sí y mi boca estaba a punto de hacerlo, pero me detuve. La razón por la que me detuve era porque, aunque no sabía cómo se llamaba, sí sabía que estaba en el penúltimo curso del instituto Highland. Tenía un año más que yo y no era católica, y yo hacía segundo en el Saint Joe.

Luego: Claro. Pero ¿estás segura de que quieres salir conmigo?

Estoy en segundo, dije.

Fue entonces cuando todo se detuvo, y lo único que había eran Billie Cody y su cigarrillo. ¿Sabéis que cada uno hacemos ciertas cosas una y otra vez, cosas que nadie más hace, o si las hace, no las hace de forma especial? Por ejemplo, cómo mamá hacía rechinar los dientes o se le ponían los ojos dorados, o cómo mi hermana se metía la uña del índice entre los dos dientes delanteros, o cómo papá se apartaba su pelo negro de la frente.

Pues esto es lo que siempre hacía Billie Cody. Con el cigarrillo. Creo que era consciente de que lo hacía. Andaba metida en el teatro y creo que practicaba. Tal vez había llegado a hacerlo tantas veces que ya no se daba cuenta.

De todos modos, esa noche en el Snatch Out fue la primera vez que la vi hacer eso con el cigarrillo.

Con el brazo izquierdo encima de la barriga, por debajo de los pechos, se sostuvo el codo derecho. Siempre cogía el cigarrillo con la mano derecha. La mano derecha unida al brazo derecho, el brazo derecho unido al codo derecho, el codo derecho apoyado en la palma izquierda. Y el brazo derecho de Billie Cody unido de ese modo al codo cobraba vida propia. Un limpiaparabrisas, una varita mágica, un puntero, un metrónomo, el minutero de un reloj, uno de esos aspersores de riego de los que sale chorro, chorro, chorro, luego rocío, rocío, rocío, y de nuevo chorro, chorro, chorro. Un codazo, un empujón, una pirueta, un gesto de disgusto, en realidad cualquier clase de emoción, sarcasmo, alegría, terror, sorpresa, el

gesto de jódete, una flor que aparece de repente en el rocío de la mañana, un puño y un antebrazo metidos en tu ano, lo que sea, el brazo derecho de Billie era capaz de expresarlo. Siempre, siempre con el cigarrillo en la mano, un signo de exclamación a lo que tuviera que decir.

Además, su madre era hija de italianos y judíos.

Como he dicho, teatral.

El brazo derecho de Billie, la mano con el cigarrillo describía un pequeño tornado junto a su oreja, luego bajaba el cigarrillo a la rodilla. Dejaba caer la ceniza al suelo dando unos golpecitos con el índice.

Aparentas más años, dijo. Además, me gustó cómo manejaste lo del tipo del hospital.

El lugar del miedo en mi pecho se me subió a la garganta.

¿Qué tipo?

Ya sabes, dijo Billie, el indio.

¿Lo viste?, dije. ¿Cómo lo viste?

Yo estaba de pie en la puerta con todos los demás, dijo Billie.

¿Todos los demás?, dije. ¿Quiénes?

Billie dio una calada al cigarrillo a lo Bette Davis, sacó el humo por la nariz. Yo también podía hacerlo ahora que me habían agujereado la nariz.

Tres enfermeras y el médico, dijo Billie. La mujer de la cama de al lado con la vesícula biliar y la enfermera voluntaria.

Di una calada, saqué el humo por la nariz.

¿Qué viste?, dije. Las luces estaban apagadas.

El cigarrillo en la mano de Billie, la forma en que monseñor rociaba a los feligreses con agua bendita de la pila.

Vi mucho, dijo Billie.

Esas batas de hospital, dije.

Sí, ya me fijé, dijo Billie. Pero me refiero a lo demás.

El humo en la cabina, los faros de los coches, «My World Is Empty Without You» por la radio, el pelo cardado y tratado con henna de Billie que salía disparado a través del neón del letrero de Snatch Out.

Por fin.

Por fin alguien lo había visto y alguien sabía lo peor, lo más vergonzoso, la maldición sobre mi alma alrededor de la cual giraba

mi vida.

A saber dónde estaba mi respiración. Tenía los hombros alzados a la altura de las orejas. La sensación de impotencia en los brazos. Me preparé para lo que Billie Cody estaba a punto de decir.

Pero no dijo lo que creía que iba a decir. Billie no dijo: Te examiné el alma mientras peleabas con George Serano, un marica, y tú también lo eres.

Dijo: Vi a alguien asustado. Alguien que se defendía a sí mismo, dijo.

El brazo de Billie descendió como un velocímetro de cien kilómetros por hora a cero. Apagó el cigarrillo en el cenicero del salpicadero.

Y aun así fuiste amable, dijo Billie. Muy humano.

Tal vez no afluyeran lágrimas a los ojos de Billie Cody, pero eso no significaba que no pudiera llorar. No sé si lloró en ese momento, pero la recuerdo haciéndolo. Tal vez es por lo que sé ahora, y en realidad no lloró.

Lo que seguro que hizo fue ponerse sus gafas de sol blancas de plástico con los cristales verde oscuro. Se las encajó en la nariz.

Sentí el corazón abierto de par en par, y, dentro de mí, en el lugar del miedo, no había miedo, y amé a Dios tanto en ese momento que de pronto el mundo entero lloraba.

Luego: Eres cáncer, ¿verdad?, dijo Billie.

Os lo juro, esa chica era maga.

¿Cómo lo sabes?, pregunté.

En el hospital, dijo. En los papeles del seguro. Treinta de junio de mil novecientos cincuenta.

Luego: Yo soy piscis. Signos de agua. Eso es bueno. Las mujeres piscis son las más guapas, excepto yo.

¿Quedamos aquí?, dijo. ¿A las siete y media?

La forma en que la miré. Esa gran carcajada suya en su enorme pecho que parecía dominar todo su cuerpo.

El miércoles que viene, dijo.

Sí, dije enseguida. El miércoles, fijo. A las siete y media está bien.

Luego el silencio. Volvíamos a estar los dos en silencio y a oscuras. Billie sacó rápidamente la mano y tiró de la manija de la puerta, y esta se abrió. Cuando lo hizo, los faros de un coche que

pasaba la enfocaron y vi el tamaño de sus pechos. Eran enormes.

Por cierto, dije, ¿te has fijado en que de repente hay indios por todas partes?

Billie bajó y cerró la puerta con fuerza.

Piscis en tecnicolor, fumadora teatral, mujer misteriosa, beatnik arrodillada, en el asiento, existencialista con las uñas de los pies azules, esnob intelectual. En el fondo de su corazón Billie Cody era una chica de Idaho.

Solo una chica de Idaho era capaz de cerrar de ese modo la puerta de una camioneta.

Estamos rodeados, dijo.

Una cabina vacía, el olor francés se estaba yendo con ella, inhalé hondo todo el frescor francés que quedaba. Al otro lado de la ventanilla solo su cara a un lado de la camioneta. El pelo cardado y tratado con henna de Billie, gafas blancas de plástico sobre sus ojos con los conductos lacrimales obstruidos. La gran sonrisa de Billie en toda su cara.

¿Quién eres?, dijo. ¿El general Custer?

Solo tengo curiosidad, dije.

Luego dije: Eh, ¿cómo te llamas?

Billie, dijo ella, como Billie Holiday. Cody.

Alargué una mano por encima del asiento y la saqué por la ventanilla.

Billie Cody, dije, Rigby John Klusener.

Pero Billie no me la estrechó.

Rigby John Klusener, dijo. Sí.

En Pole Line Road, un coche de policía con las luces rojas y blancas lanzando destellos.

Destellos rojos y blancos sobre el mundo, faros, oscuridad. Con la punta del dedo Billie recorrió mis nudillos rojos y blancos por los destellos.

Sé quién eres, dijo.

Me pasé toda la semana esperando con impaciencia que llegara el miércoles.

Pero un par de veces me acojoné con el hecho de haber quedado con una chica y cómo debía actuar. Después de todo era la primera

vez, y no tenía a nadie con quien hablar de lo que pasa en una cita con una chica. De hecho, ni siquiera podía contárselo a nadie. El padre Arana habría dicho algo moderno y enrollado, y luego me habría preguntado si lo sabían mis padres y habría empezado a hablar sobre el pecado venial y el pecado mortal, y la *difrencia* entre ambos. Mamá habría corrido a buscar el rosario gritando. Y olvidaos de papá. Mi hermana se habría reído, y luego probablemente habría amenazado con decírselo a papá y mamá. Pero aquí tenía las bases cubiertas. Mi hermana aún no había dicho a papá y mamá que estaba saliendo con Gene Kelso. Su pretexto para salir también era el Club Salesiano.

Con el dinero que había ahorrado y que mi hermana no me había sacado compré un English Leather, un nuevo desodorante Mennen, crema de afeitar Barbasol y mi propia cuchilla, aunque en realidad no necesitaba afeitarme; sigo sin hacerlo en realidad, salvo en la barbilla y el labio superior, y creo que ahora que soy un hombre libre voy a dejarme bigote y perilla.

Pero ese miércoles sí traté de afeitarme cuando llegué del colegio. Papá no estaba en casa para enseñarme, y aunque hubiera estado no lo habría hecho, de modo que lo hicieron mi hermana y mamá, y ellas no tenían ni puta idea de cómo afeitar una cara. Solo sabían de axilas y piernas.

Mamá puso una cara muy rara cuando me vio con la cara cubierta de espuma. Yo no había visto nunca esa expresión en sus ojos, de modo que no supe interpretarla. Pero ahora que pienso en ello, después de todo lo que ha ocurrido, está muy claro. Ahí estaba yo, su hijo pequeño, haciendo algo que ella solo había visto hacer a hombres adultos.

En el cuarto de baño las luces fluorescentes estaban encendidas. Tenía a mamá a un lado y a mi hermana al otro, y los tres nos mirábamos al espejo. Los ojos almendrados y castaños de mamá, los míos, los ojos negros de mi hermana que había heredado de papá. Mamá y mi hermana hacían muecas en el espejo como las que dicen que tienes que hacer cuando te afeitas. Tanto mamá como mi hermana tenían la cabeza ladeada hacia la izquierda y los labios torcidos para tensar la piel del lado derecho de la cara. Pero cuando yo ladeé la cabeza hacia la izquierda y torcí los labios para tensarla piel del lado derecho de mi cara, al deslizar por primera vez la

cuchilla por la mejilla, todo el lado derecho de mi cara se volvió instantáneamente sangre, sangre mezclada con la crema para afeitar blanca Barbasol, todo rosa.

Mamá y mi hermana salieron del cuarto de baño gritando, tapándose la cabeza y los ojos. Luego las dos se desmayaron. No os lo he contado aún. Es algo que hacen tanto mamá como mi hermana cuando ven sangre humana. El primer golpe sordo fue mamá. Se cayó en redondo allí mismo, en el suelo a cuadros azules y blancos. Mi hermana logró llegar a su habitación, se metió debajo de la cama y entonces se desmayó.

Yo me quedé allí, una cara sangrante como en una película de terror, viendo a mamá tumbada en las baldosas azules y blancas del suelo de la cocina, retorciéndose, y sin saber siquiera dónde estaba mi hermana.

No es de extrañar que haya salido como he salido. Solo tenéis que mirar la ayuda que he recibido.

Qué desastre.

Cuando me subí a la camioneta para ir al Club Salesiano, tenía trozos de papel higiénico por toda la cara. Mi hermana ni me miró. No me preguntéis cómo, pero hasta me había cortado la oreja.

Billie no dijo nada enseguida sobre mi cara. ¿Sabéis ese momento en que miráis por primera vez a alguien y veis la reacción que le producís? Bueno, pues yo la miré fijamente cuando ella bajó la ventanilla y me miró desde el Pontiac Bonneville blanco de su madre, y me vio la cara.

La cara de Billie, sin muecas, ni horror, ni qué coño te ha pasado.

Después de que ella me mirara, pensé que tal vez era cosa de mi imaginación que pareciera que le había dado un mordisco a una sierra eléctrica, de modo que volví el retrovisor hacia mí para mirarme. No fue agradable.

Billie abrió la portezuela de la camioneta, se subió, aposentó su trasero en el asiento y la cerró de golpe. Hice todo lo posible por mirarla. Estaba guapa. Se había recogido el pelo detrás de las orejas. Tenía los ojos azules y claros, sin rastro de cáncer de conducto lacrimal. Una camisa oxford esta vez de color azul, la misma cadena de oro con la palma abierta colgando entre los pechos. Traté de no mirarle los pechos, pero con Billie tenías que

hacerlo porque, bueno, estaban allí. Dos grandes melones justo debajo de su barbilla. Los pantalones negros con los estribos, zapatos negros de tacón bajo y tirilla. Las uñas de los pies azules. El olor francés.

Yo volvía a ser una bolsa de cemento
Redi-Mix,
un bloque de cheddar extrafuerte de veinte kilos. Nariz grande, dientes inferiores torcidos y toda la cara cubierta de papel higiénico ensangrentado.

Billie actuaba con naturalidad, como si las tuviera todas consigo, pero solo estaba interpretando. Por dentro, le hacían ruido las tripas y tenía miedo de volver a tirarse un pedo; además, le había venido la regla y creía que olía mal.

Hablamos de todo ello más tarde en el Mount Moriah, pero mientras sucedía los dos seguimos adelante fingiendo que todo iba bien.

Hacía dos semanas que tenía mi carnet de conducir nocturno y era la primera vez que conducía por la noche, y nadie, ni siquiera mi hermana, sabía que iba a hacerlo. No tenía ni puta idea, de modo que hice lo que hacía todo el mundo: dar vueltas. Recorría despacio el Dead Steer, pasando por delante del aparcamiento y de los chicos sentados en sus coches, luego cruzaba dos carriles y me metía en Pole Line Road. Una hilera de coches junto a la farola, neumáticos chirriando sobre la hierba. A la altura de la Compañía de Cemento Portland y de la fabrica de queso Kraft, ponía los intermitentes para girar y volvía a cruzar de nuevo los dos carriles, los coches, los chicos en los coches, hasta meterme despacio en el Snatch Out. Y vuelta a empezar, circulando por el Snatch Out, el Dead Steer, una y otra vez.

Billie quería una
Coca-Cola,
de modo que cruzamos el Snatch Out hasta la cola de coches donde se pedía la comida. Por el altavoz Billie pidió una Coke Ironport de cereza para ella y una de vainilla para mí, y una ración grande de patatas fritas para los dos. Me detuve junto a la ventanilla, y nos entregaron las patatas y los refrescos, luego le di el dinero a Billie para que pagara a la cajera. Cuando la cajera me vio la cara, me miró como si fuera la Masa devoradora o el monstruo de la Laguna

Azul.

Bajamos la suave cuesta de la zona de pedidos, salimos en la calle Ashby, y en la señal de stop de Hall torcimos a la derecha, Cruzamos Hall y nos metimos por Dead Steer. Alargué una mano para coger una patata frita y en lugar de una patata frita agarré el vasito del ketchup. No sé por qué no me di cuenta de que era el vaso de papel duro y extragrueso del ketchup, pero no solo no lo hice sino que me lo metí en la boca.

No fue hasta que tuve el vaso de ketchup en la boca cuando supe que era el vaso de ketchup. ¿Y qué hago? Temí que Billie me tomara por imbécil, de modo que me lo tragué.

Fue entonces cuando Billie bajó la vista hacia las patatas fritas y dijo: Se han olvidado del ketchup.

De modo que hice el paripé de volver al Snatch Out y decir a la cajera que no nos había dado ketchup. Fui hasta la ventanilla para peatones en lugar de la de los coches, y la cajera, cuando me dio el ketchup, dijo: ¿Te ha atacado un puerco espín?

Circulamos por Dead Steer, luego cruzamos los dos carriles sin problemas hasta Pole Line Road. Seguimos por Pole Line Road y nos detuvimos en el semáforo en rojo. Todo iba bien. Estábamos comiendo las patatas fritas con el ketchup y bebiendo los refrescos mientras escuchábamos por la radio «Little Deuce Coupe». El semáforo cambió. Los neumáticos del coche de al lado chirriaron al arrancar, pero no los del nuestro.

Fue justo antes de volver a entrar en el Snatch Out, mientras ponía el intermitente de la derecha para girar y cruzaba los dos carriles de Pole Line Road, cuando levanté la mirada y vi aparecer de la nada dos faros que avanzaban hacia nosotros.

El ruido largo y estridente de frenos y neumáticos chirriando. El coche que había detrás de los faros patinó y reculó, un viraje brusco con el que ocupó toda la carretera. Yo tenía que acelerar o frenar, pero no hice ninguna de las dos cosas. El instante antes de que todo se fuera a la mierda, en la cabina de la camioneta —el salpicadero, el parabrisas, las manos en el volante, «Little Deuce Coupe» sonando por la radio, las rodillas de los pantalones elásticos negros de Billie—, todo se volvió realmente brillante. La mano de Billie en mi brazo, sus pequeñas uñas azules. La mano abierta que colgaba de la cadena de oro sobre su escote. Mis ojos y sus ojos miraron al

mismo tiempo el aire que había entre ambos. Fue entonces cuando arrojé todo mi cuerpo contra Billie Cody. La increíble blandura del suyo. Mi cuello contra su cuello, mi hombro y mi brazo levantados para protegerle la cara.

En mis oídos resonó ese horrible golpe sordo seguido del ruido de cristales rotos. Billie Cody y yo nos vimos catapultados al aire, aterrizando completamente todo destrozados y ensangrentados en Pole Line Road.

Pero nada de todo eso pasó.

Lo primero que supe fue que estaba lo más cerca de un ser humano de lo que recordaba haber estado nunca. La respiración de Billie, sus pechos contra mi pecho, su corazón. Cuando pude, volví la cabeza y miré por la ventanilla. Abajo estaba el capó de un Mercury del 56 rojo. Su parachoques estaba tan cerca del estribo de la camioneta que no pude abrir la puerta.

En el coche estaban mi hermana y Gene Kelso.

Luego todo fue tan rápido como lento. La cabeza de mi hermana por la ventana empezó a chillarme, a insultarme sin parar.

Imbécil, casi nos matas, voy a decírselo a mamá.

Entonces Billie intervino: Bésame el culo y vete a la mierda, gilipollas. Gene Kelso y yo nos limitamos a mirarnos, como diciendo: Mierda.

Desastre.

Tardé un rato en poner en marcha la camioneta, de lo que me temblaban las manos. No acertaba a pisar bien el embrague ni el acelerador. Todo Snatch Out miraba. No sé qué fue peor, si casi matarnos o cruzar el Snatch Out después de casi habernos matado. Los que estaban en los coches aparcados que dejábamos atrás, lo notabas, pensaban: Rigby John Klusener es tonto del culo.

Traté de no demostrar lo asustado que estaba, pero no solo me temblaban las manos. Durante todo el trayecto a través del Snatch Out también me temblaron los músculos de las piernas y la espalda, hasta los del cuello.

No me preguntéis cómo, pero la camioneta se detuvo en la calle Ashby. Una vez en Ashby, siempre torcías a la derecha y seguías hasta la señal de stop de Hall, y entonces cruzabas Hall hasta Dead Steer.

Billie dijo: Tuerce a la izquierda.

Estaba lívida, no solo por el neón del Snatch Out. Los dos estábamos para el arrastre.

Billie me puso una mano en la pierna y la dejó allí.

La camioneta torció a la izquierda.

¿Tienes un cigarrillo?, dijo ella.

Los cigarrillos que cogió del bolsillo de mi camisa tampoco tenían muy buen aspecto. Con el pie presionó el encendedor, luego lo cogió y encendió mi cigarrillo. No se sabía cuál de los dos temblaba más.

Un puto desastre.

Billie echó la cabeza hacia atrás, dio una calada, exhaló el humo por la nariz, dio otra calada.

El cigarrillo era un pequeño remolino naranja junto a su oreja, luego la caída en picado hasta el cenicero, el golpecito del índice para tirar la ceniza, arriba de nuevo, el cigarrillo apuntando a lo lejos. Tengo una gran idea, dijo Billie, como quien dice vaya cosa, ¿y qué?, qué importa.

El limpiaparabrisas, el cigarrillo, de acá para allá.

¿Qué tal si nos fumamos todos esos cigarrillos, uno detrás de otro, y luego compramos más y vamos a mi lugar favorito?

Los labios con pintalabios rosa de Billie estaban un poco torcidos hacia un lado. Se metía el cigarrillo por esa comisura. En ese momento, a la luz del salpicadero, su cara se parecía a la de mi primer mejor amigo.

Y aparca, dijo. Es mi lugar favorito en todo el mundo.

Mount Moriah es el cementerio de Pocatello.

Cuando Billie dijo: Tuerce aquí, yo dije: No podemos entrar ahí. Entonces Billie dijo: Claro que podemos. Y yo dije: Es el cementerio. Y Billie dijo: ¿Y? Y yo dije: Es de noche, y Billie dijo: ¿Y? Y yo dije: Se supone que no podemos entrar ahí de noche. Y Billie dijo: Pero es mi lugar favorito.

Quiso el destino que el lugar favorito en el mundo de Billie fuera un lugar importante también para mí. No tenía ni idea de lo importante que era. Solo había estado allí una vez de niño.

El lugar favorito en el mundo de Billie era el cementerio Mount Moriah. Quien estaba enterrado en ese cementerio, en ese lugar

favorito en particular de Billie, era un bebé en el que yo hacía mucho que no pensaba.

Y algo más. Probablemente nunca habría reconocido la tumba de Russell si no hubiera sido por el viento. El sitio donde aparcamos en el lugar favorito de Billie fue al fondo del cementerio, en un pequeño callejón sin salida. Apagamos los faros, dejamos la radio encendida, y nos quedamos allí fumando, fumando. Ni idea. No tenía ni puta idea. Lo único que tenía en la mente era cómo iba a levantar el bloque de queso cheddar de veinte kilos que era mi brazo sobre la cabeza de Billie para pasarlo sobre sus hombros.

Luego el universo conspiró, y levanté la mirada justo cuando una ráfaga de viento de Idaho alcanzó un olmo, y las ramas se sacudieron y luego se balancearon despacio de un lado a otro. El modo en que se movió el olmo, lo sentí en el estómago.

El viento era el Pájaro del Trueno respirando.

Seguí con la mirada el balanceo del olmo, desde las ramas superiores recortadas contra la luna hacia abajo, a través de sus brazos de candelabro, hasta su grueso tronco.

Mi hermana dice que hacía sol, pero yo recuerdo paraguas, que todos estábamos bajo paraguas y que yo llevaba los chanclos. Yo estaba de pie a la derecha de monseñor y de los monaguillos. Olía a incienso.

Luego fue la Puerta de los Muertos, y alguien secando la silla plegable mojada por la lluvia porque papá tenía que sentarse de lo que lloraba.

Así sin más, me bajé de la camioneta y eché a correr hacia el olmo. Billie gritaba algo, pero no hice caso. Pegué la espalda al olmo y di vueltas alrededor de él, con la espalda contra el tronco. Vueltas y más vueltas, hasta que localicé mentalmente dónde había estado ese día.

Al llegar al mismo lugar, me arrodillé y limpié las hojas y la hierba de todos esos años.

Nadie, ningún miembro de mi familia había vuelto a visitar su tumba.

Un trozo de luna se reflejó justo sobre la placa metálica.

Russell Thomas Klusener,
1955-1956.
Agnus Dei.

Billie se arrodilló a mi lado. Puso una mano en mi hombro. Algo en la forma en que apoyó su mano en mi hombro.

Mi primera cita con Billie Cody. Era medianoche, y yo estaba arrodillado al lado de un viejo olmo en un cementerio, con la mano de Billie en mi hombro, y lloraba. Sollozos profundos y extraños dentro de mí, como cuando vomitas. Tenía la cara en la hierba, comiendo hierba, escarbando y tratando de llegar a la tierra.

Todo el tiempo la mano de Billie, con una ternura que yo nunca había conocido, allí en mi hombro.

¿Cómo podemos llevar tanto dolor dentro y no saberlo?

Eso es lo que dije en mitad del tercer cigarrillo. Seguía moqueando y no paraba de sorber.

¿Cómo podemos llevar tanto dolor dentro sin saberlo?

Billie se sentó con las piernas cruzadas en el lado de *Agnus Dei*, yo me senté con las piernas cruzadas en el otro.

¿Quién era?, dijo Billie.

Mi hermano, dije.

Es muy extraño, dijo ella. Este siempre ha sido mi lugar favorito.

Me he comido el vasito de ketchup, dije.

Lo sé, dijo Billie. Me alegro mucho de que hayamos venido aquí.

Mi cara, dije. Hoy he intentado afeitarme. ¿Has flipado?

No, dijo Billie.

Doy miedo, dije.

La gente se me queda mirando todo el tiempo, dijo Billie. De modo que yo nunca lo hago.

¿El cáncer del conducto lacrimal?, dije.

No, dijo ella, las tetas.

Oh, dije.

Siento lo de antes, Billie, dije. Casi consigo que nos maten.

¿Quién era la bruja del coche?, dijo Billie.

Mi hermana.

Luego dije: ¿Has pasado vergüenza? Con todo el Snatch Out mirando.

Cuando dije Snatch Out, Billie se rio con esa gran carcajada suya que dominaba todo su cuerpo. Su cigarrillo era lenguaje en cursiva y comillas.

Seguimos vivos, dijo.

Luego: Billie, nunca he estado antes con una chica. Quiero decir

que es la primera vez que salgo con una.

Yo también, dijo ella.

¿De verdad?, dije. Entonces, ¿todavía te gusto?

¿Que si me gustas?, dijo ella.

Por la radio de la camioneta, a través de todo el cementerio, alrededor de los árboles y las lápidas, «Mellow Yellow» de Donovan. El cigarrillo en la mano de Billie era como una estufa, un gran fuego naranja succionado hasta el filtro. El lento humo exhalado de sus labios era una nube de luna.

Creo que te quiero, dijo.

«¿Que si me gustas? Creo que te quiero.»

«Oh my heavens pretty woman so far.» Lo que se habían dicho mi madre y mi padre nos lo dijimos Billie y yo. Solo que fue al revés, quién se lo dijo a quién. Ellos habían estado sentados en un coche escuchando «Melody of Love». Billie y yo estábamos al lado de la camioneta, escuchando «Mellow Yellow». Ni idea de qué coño significa eso, o sus posibles consecuencias, aparte de que el universo nos está diciendo que de casta le viene al galgo.

Aunque eso me cuesta creerlo. Siempre he sido tan *difrente* de ellos, de mis padres.

Claro que hasta la fecha el universo me ha dado muchas sorpresas, las cosas no eran para nada como yo me pensaba, y después de lo ocurrido, estoy convencido de que me esperan un par de sorpresas más por el camino.

La autopista 93, la ruta que he tomado para fugarme a San Francisco, es una larga y brillante cinta de asfalto. Desde el este, la línea blanca no continua que divide los carriles llega hasta mí, pasa por mi lado y sigue hacia el oeste por la carretera hasta desaparecer. En alguna parte en dirección al océano Pacífico.

California, California, California.

Desde el camión articulado solo ha pasado un coche, un Buick descapotable amarillo que iba a la velocidad de mamá, a ciento veinte. Una gran ráfaga de ruido, faros brillantes y tenues, brillantes

y tenues, un rayo amarillo, bocinazos. Alguien con el pelo largo y rubio en el asiento del copiloto que me dice adiós con la mano, me hace el signo de la paz. O a lo mejor era el gesto de jódete.

Fuera lo que fuese, ha sido ruidoso y brillante, y no ha durado mucho.

Yo estaba de pie en ese instante. Por un momento volvía a estar de pie, la perfecta imagen del autostopista, con el pulgar levantado, preparado para irme. Tienes que ser positivo. Ya sabéis, como cuando encontré el color naranja en el forro de mi abrigo en primero.

Fe, esperanza y caridad.

Flaco, Acho y Billie Cody.

El mero hecho de haber tenido a estas tres personas en mi vida es prueba suficiente de que he vivido una vida satisfactoria. Y luego vino George. Pero costó mucho.

El problema es que en el libro de yoga que me ha dado Billie he encontrado un porro y le he dado un par de caladas, y en menos que canta un gallo me encuentro de culo, medio de pie y medio sentado, entre despierto y dormido, entre la gravedad y la levitación, entre aquí y allá, esperanza y desesperación, entre mi antepenúltimo y mi último cigarrillo, Ribgy John Klusener un gran mamífero terrestre de movimientos lentos que se hunde en la franja de grava que hay entre el asfalto y el arcén excavado. La grava se desliza brillante entre mis dedos.

Esta grava es bonita.

Estoy hablando con el aire inmóvil, con la artemisa, con la luna, con quienquiera que esté allí para escucharme.

Lo primero que me cautivó de Billie fue lo lista que es. No había nadie en el mundo con quien pudiera hablar como lo hacía con ella. Y reír. Cómo nos reíamos.

Fue en nuestra segunda cita cuando empezamos a hablar. A hablar de verdad. Billie me había preguntado por qué no la había llamado, y le dije que mamá no nos dejaba hablar más de cinco minutos al teléfono, y que teníamos una línea compartida y no sabías quién podía escuchar. Pero la verdad era que, cuando tenía cerca a papá y a mamá, yo no era nadie. Quiero decir que no era yo, un ser humano, sino que era de ellos, y cuando los tenía cerca me sentía de ellos, de modo que no había ningún yo que pudiera

hablar.

Billie me entendió a la perfección cuando se lo expliqué. Sus ojos azules se iluminaron y su gran sonrisa le llenó la cara. Fuimos a comprar cigarrillos y empezamos a hablar. Durante dos horas, de lo único que hablamos Billie y yo fue de cómo desaparecíamos cuando estábamos con nuestros padres. En mi caso, de mis dos padres. En el de Billie, solo de su padre.

Billie quería mucho a su madre. Esta la había tenido con solo dieciocho años, de modo que prácticamente habían crecido juntas. Tenían más de hermanas que de madre e hija. De hecho, en cierto momento, Billie llegó a decir que su madre era su mejor amiga.

A mí me costaba creerlo.

Sin religión ni malos rollos sobre sexo y pecado. Billie y su madre se prestaban la ropa. Hasta bebían cerveza juntas.

Billie estaba impaciente por presentarme a su madre, pero había un problema logístico, porque tenía que hacerlo cuando su padre no estuviera. Veréis, todo lo enrollada que era la madre de Billie lo tenía su padre de gilipollas. Su padre era fontanero y le gustaba demasiado el whisky, las armas y los deportes, y era aficionado a emborracharse y romper lo que se encontraba en su camino. Cosas de macho.

Seguro que no le caes bien, dijo Billie. Tendremos que planearlo con cuidado.

Como pronto veréis, tal como resultaron las cosas, Billie tenía razón.

Aparte de su padre, todo lo demás relacionado con Billie era casi perfecto. Yo sabía todo de ella. Jean-Paul Sartre era Dios, pero Dios era Ella y Ella era atea. Su color favorito era el negro. Y el azul por sus ojos. Sacaba sobresalientes en todo menos en educación física, pero odiaba todas las clases, sobre todo la de educación física, menos la de teatro y la de literatura inglesa. Odiaba a Elvis Presley, le encantaban los Beatles, Dylan. Odiaba sus pechos grandes. Tenía los pies demasiado pequeños, las uñas demasiado pequeñas. Estaba demasiado gorda, era demasiado baja, no tenía caderas y en su cara no había ni una sola facción que destacara: salvo el cáncer del conducto lacrimal, que era una maldición. Cuando acabara el instituto pensaba ir a alguna universidad del este, Smith, Brown o Wellesley. Después de la universidad se sometería a una operación

de reducción de pecho y se iría a vivir a París. No le gustaban los hombres, la mayoría de los hombres, excepto yo y su profesor de teatro, el señor Woolf como Virginia. Tenía muchas amigas, hasta las chicas populares, que eran un coñazo, pero ella las aguantaba. Las compadecía porque la mayoría de las mujeres no estaban aún del todo en el mundo. Ella estaba a favor de la integración. Su héroe era Malcom X, así como Martin Luther King, John Kennedy y Robert Kennedy. Lo único bueno de Idaho era que nadie en el mundo la conocía aún. Le encantaban los hippies y estaba considerando convertirse en una de ellos. Como dijo Thomas Jefferson, decía Billie, una revolución de vez en cuando va bien. Tenía que tomarse al menos tres tazas de café por la mañana para poder pensar con claridad. Luego tostadas. Las tostadas tenían que ser untadas con mantequilla en cuanto saltaban del tostador, y la mantequilla no podía estar blanda. Una mañana sin un cigarrillo era una mañana sin sol. Le gustaba el vello en los cuerpos de los hombres y las mujeres, pero ella aún no había llegado a dejar de afeitarse las axilas. En las piernas no tenía tanta importancia porque era como mucho pelusa. Le encantaban las joyas de oro y plata, sobre todo el oro y la plata juntos, como a los beduinos. La palma abierta que le colgaba de una cadena de oro del cuello era la mano de Fátima. No sabía qué significaba, pero era árabe. Su comida favorita era el batido de chocolate con plátano, y la mantequilla de cacahuete. Era vegetariana, pero a veces comía hamburguesas y perritos calientes. Sobre todo hamburguesas del Dairy Queen, y perritos calientes judíos, kosher, que no tenían tanta porquería dentro porque el rabino se ocupaba de ello. La reencarnación le parecía una idea atractiva, pero probablemente solo era una invención porque a la humanidad le costaba demasiado aceptar la muerte. No quería tener hijos. Henry Miller y James Joyce eran bailarines de claqué sobrevalorados del idioma inglés. Hemingway era una mierda excepto por *París era una fiesta*. Sylvia Plath era autocomplaciente. *Desayuno en*
Tiffany's
era su libro favorito hasta la fecha. Tennessee Williams era un puto genio. La C de la puerta de su casa no era de Cody, sino de coño. Quería fumar marihuana y probar el LSD, pero no conocía ningún camello, y era importante conocer a tu camello.

Eso es mucho saber de alguien, y más de una chica.

Y Billie lo sabía todo de mí.

Me creía feo. Mi madre era realmente rara. Mi padre también era raro. Mi hermana era rara. Me habían educado en el catolicismo, pero como Teilhard de Chardin, creía que Dios era el proceso de la evolución. Toda mi vida en el colegio se resumía en un intento de mantenerme alejado de Joe Scardino. Cuando tenía cinco años nació mi hermano Russell. Gritó durante cien días seguidos y se murió. Tenía las manos abiertas. Yo odiaba las gachas. Me estreñían. Aparte de mi aversión a las gachas y a los huevos, no había ninguna comida que conociera que no me gustara.

Todo lo que os he contado a vosotros se lo conté a Billie, excepto lo de los disfraces.

A Billie le encantaba escucharme y que le contara mis cosas. Me miraba fijamente y sus ojos azules me hacían creer que estaba diciendo algo importante y divertido. Sabía hacerla reír con ganas. La anécdota de papá, mamá, mi hermana y yo en los primeros tiempos, yendo al Plunge Spa, la piscina pública, en Lava Hot Springs, la hizo desternillarse de risa. Y la de mamá comprándose su sombrero de fieltro azul con la pluma de faisán en LeVine, la elegante tienda donde fue su hermana Alma a comprar cuando estuvo con Theresa en la ciudad. La primera vez que había intentado afeitarme. Cómo de pronto veía indios por todas partes. La verdad, no sabía que yo pudiera ser tan gracioso.

Pero había algo, algo importante, que no podía compartir con ella.

Por qué no podía besarla.

Flaco y Acho podrían haberme ayudado. Sin duda me habrían dado buenos consejos sobre cómo besar. Pero no era tanto besar. Había tratado de besar mi almohada y me había salido bastante bien. Era preparar el terreno para besar. Qué hacer con los brazos y las manos cuando se convertían en bloques de queso de veinte kilos, o si debía cerrarlos ojos o tenerlos abiertos. ¿Cómo sabes si tienes mal aliento?

No tenía a nadie con quien hablar. Mi hermana había desertado de mi compañía hacía años. Cada vez que hablaba con Tramp de besar a Billie, él levantaba la pata y la sacudía. ¿Quién me quedaba? Mamá y papá, monseñor Cody, el padre Arana. No,

gracias.

Y había algo más. De lo que tampoco podía hablar con nadie. Cuanto más conocía a Billie, más asustado estaba.

Cuando Flaco y Acho se fueron, me quedé tan destrozado que no tenía palabras para expresarlo. Con Billie, el riesgo parecía aún mayor. Por una parte, con ella me sentía tan fuerte como nunca me había sentido. Por otro lado, estaba ese lugar dolorido dentro de mí, al lado del corazón. ¿Qué ocurriría si Billie decidía cortar?

Me había propuesto mil veces besarla, pero siempre ocurría algo. Algunas noches, sentado a su lado, con el brazo alrededor de su hombro, su olor francés y sus labios rosas, me entraban verdaderas ganas de hacerlo, pero por más que me esforzaba no tenía ni idea de si ella quería besarme a mí. Necesitaba ser más corpulento, más fuerte, necesitaba ir a casa y hacer flexiones, o a lo mejor me había salido un grano y no podía besarla con un grano, o ella era demasiado inteligente para mí, o probablemente no daría con su boca, o me olvidaría de respirar otra vez por la nariz.

La verdad es que me asustaba besar a Billie porque un beso nos uniría mucho y ya estaba muy unido a ella.

Billie Cody. El amor.

Aunque lo que me decía a mí mismo era *difrente*: la razón por la que tardamos tanto en besarnos era porque nos gustaba mucho hablar. Todos los miércoles por la noche de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, Billie y yo aparcamos en el Mount Moriah. Solo disponíamos de dos horas. Como ella estaba en el Highland y yo en el Saint Joe, nunca coincidíamos. Tardábamos dos horas en saludarnos y ponernos al día de los marrones que nos habían pasado durante la semana. La verdad es que nos quedaban cortas y habríamos necesitado dos horas más para acabar de contarnos todo lo que nos queríamos contar. Luego, antes de que nos diéramos cuenta, era la hora de separarnos en el Snatch Out y volver a casa.

Pero no me malinterpretéis. Hablar era importante. Sabe Dios que yo necesitaba hablar. Sobre todo con Billie. Ella me ayudó con mierdas en las que nunca había pensado. Antes de conocerla creía en cosas bastante estúpidas. Por ejemplo, creía que John F. Kennedy, Martin Luther King, Robert Kennedy y Malcolm X habían sido asesinados por comunistas.

El comunismo era un tema de conversación que Billie y yo no

parábamos de sacar. Un miércoles por la noche dije: Si no combatimos el comunismo en Vietnam, los comunistas tomarán el sur de Asia y luego la India y África, y acabarán haciéndose con todo el mundo.

La calada que dio Billie a su cigarrillo fue larga. Aterradoramente larga. El cigarrillo le sobresalía del puño como si sacara el dedo corazón diciendo jódete.

¿Tu miedo al comunismo no es como el miedo que le tienes a algo más?, dijo.

Ahí estaba yo, sentado como un imbécil, tratando de discurrir a qué más le tenía miedo. No se me ocurría nada en ese momento, excepto que quería besarla y no podía. Todo el aire desapareció de la cabina, y empezó a caerme el sudor por el interior de los brazos. Estaba seguro de que eso era lo que iba a decir ella, y sabía que si lo decía, me destrozaría.

¿Como qué?, dije.

¿Qué me dices de Joe Scardino?, dijo. ¿No crees que tu idea del comunismo es un mundo donde los Joe Scardino campan a sus anchas?

Una profunda bocanada de aire regresó a mis pulmones y volví a respirar, pero no tardé en sentir algo que me asustó aún más.

Lamenté haberle hablado a Billie de Scardino. ¿Para qué lo había hecho? ¿Qué clase de tío iba por ahí diciendo a las chicas que le asustaban otros chicos?

Mareado, sentí cómo me subía el vómito por el pecho. No sabía qué coño decir, pero tenía que decir algo para no parecer un imbécil redomado.

De modo que dije: Scardino es italiano.

Eso hizo reír a Billie, gracias a Dios, porque yo también me reí y salí del apuro.

Pero no, no, con Billie no.

Fue entonces cuando ella me miró por primera vez de esa forma que he llegado a conocer tan bien. Con los ojos muy abiertos, por un momento pareció abarcarme por entero, y durante ese momento en que me abarcaba por entero, solo pensaba en la forma más adecuada de decir lo que quería decir.

El cigarrillo de Billie estaba entre sus dedos, en su mano, y su mano en la rodilla.

¿No crees…?, dijo.

El cigarrillo se elevó hasta su oreja, un torbellino naranja.

¿… que tu miedo al comunismo viene de tu catolicismo?, dijo.

El cigarrillo entre sus labios fruncidos y rosas. Una inhalación.

¿No crees que te han comido el tarro para hacerte creer que hay una fuerza maligna en el mundo?, dijo. Exhalación.

A su lado, el cigarrillo describía lentamente un arco. Volvió la cabeza exhalando el humo hacia fuera.

Abrí la puerta de la camioneta, bajé, la cerré y, ahí fuera en el aire de invierno, me fumé un cigarrillo entero. Fue esa noche, durante ese cigarrillo, cuando miré más allá de mis ojos, esos mismos ojos con los que ahora miro más allá de ellos, y cuando lo hice, traté de imaginar un mundo sin maldad, sin infierno eterno, ni condenación, ni castigo, ni juicio final.

No pude. Pero el hecho de no poder decía mucho de mí.

De modo que abrí la portezuela de la camioneta y subí. Billie seguía sentada en su lado, fumando su segundo cigarrillo. La radio volvía a estar encendida y sonaba algún anuncio, de modo que la apagué y saqué las llaves del contacto. Encendí mi tercer cigarrillo. No dije nada durante un rato. Sentado en la camioneta, sin la luz de la radio, en la oscuridad y el silencio, supe que quería decir algo, pero no sabía qué ni cómo. Cuando por fin hablé, mi voz sonó aguda y rara. Fue como si hablara otro.

Dije: Tal vez tienes razón, Billie. Parece que lo único que sé hacer es esperar para joderlo todo. O esperar a que el universo conspire para joderme. Ojalá fuera *difrente*.

Aunque estaba oscuro, vi cómo a Billie se le iluminaba la cara, esa gran sonrisa suya, el azul de sus ojos azul incluso en la oscuridad. Se acercó a mí deslizándose por el asiento. Puso la palma de la mano en mi mejilla, los dedos en mis ojos.

Su voz era profunda. La llamábamos su voz de Simone Signoret.

Rigby John Klusener, dijo, te quiero mucho.

O al menos eso pensé que decía.

Fingí no haberla oído y seguí sin besarla.

Luego, todavía con su voz de Simone Signoret, dijo: ¿Qué vas a hacer si te llaman a filas? ¿Has pensado en ello?

¿Si había pensado en ello? No podía parar de pensar en ello. Y en lo único que podía pensar era en dejar de pensar en ello.

No pasaría ni siquiera del campamento de entrenamiento de reclutas, dije.

Antes de que me diera cuenta tenía mis labios sobre los de Billie. Era lo único que podía impedir que me echara a llorar. Respiraba por la nariz y tenía la boca exactamente sobre la de ella, tal vez un poco fuera al principio, pero todo se colocó en su sitio.

En un instante mi cuerpo era solo mis dos labios. Dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa. Dentro de mí cayó algo, algo que me estaba sosteniendo, un andamio que me sostenía la cabeza erguida y los hombros cuadrados se derrumbó, un edificio muy alto en una ciudad estalló, desplomándose sobre sí mismo.

La respiración de Billie, mi respiración. La respiración era de pronto algo extraordinario, cómo sucede sin que te des cuenta.

Seguía siendo invierno cuando nuestros labios dejaron de besarse. En un cementerio, dentro de una camioneta, junto a la tumba de Russell. Nuestras respiraciones, bocanadas de vaho en la cabina.

Alrededor del centro redondo y oscuro, el azul de los ojos de Billie era de cien azules *difrentes*. Fuera del círculo azul, blanco.

Prométeme algo, dijo.

La mejor Simone Signoret de Billie.

Todo el té de China. Una audiencia con el papa. La luna.

Eso era lo que yo quería decir.

Prométemelo, dijo Billie.

Sus labios contra mis labios en el *pr*, la *m* y la *m*.

¿Qué?, dije.

No tenía huesos en el cuello para sostener la cabeza erguida.

Pase lo que pase, dijo Billie, siempre seremos amigos.

La luna, la maldita luna, encima de las ramas del olmo, su luz a través de la ventana trasera, la escarcha en el cristal, pequeños rombos de luna en la cara de Billie.

Te lo prometo, dije.

En algún momento de enero reuní por fin el valor.

Mamá llevaba su vestido rojo de andar por casa y estaba de espaldas a mí, con el pelo cayéndole por delante de la cara. Galletas de avena, de mantequilla de cacahuete o de chocolate, o bizcocho de huevos, harina y azúcar, allí estaba inclinada sobre el bol, batiendo algo.

¿Puedo utilizar la camioneta el viernes por la noche?, pregunté.

Mis pies colocados exactamente dentro de una baldosa azul del suelo de la cocina. Estaba sentado en la silla de papá, en la cabecera de la mesa.

¿Adónde quieres ir?

Al cine.

¿A ver qué?

Un hombre para la eternidad.

Será mejor que consultes el *Id ah o Catholic Register*, dijo ella. ¿Es apta?

Sí, dije. Es sobre santo Tomás Moro.

Oh.

¿Con quién vas a ir?

Con una chica.

Mamá paró de batir y dejó el bol. No se volvió. Se le habían soltado varios de los rulos. Se irguió y se llevó la mano a la nuca.

¿Una chica? ¿Qué chica? ¿Cómo se llama?

Billie Cody.

¿Es católica?

Va al instituto Highland.

¿De qué religión es?

Mamá vertió la masa amarilla del bol en el molde y limpió los bordes con una espátula de plástico.

Lo que dije a continuación lo dije despacio porque no sabía cómo sonarían las palabras en la cocina con mamá.

No está segura, dije. Su madre es judía pero la han educado en el catolicismo, y su padre es italiano y mormón.

Mamá no se había perfilado las cejas, pero de haberlo hecho, habría tenido dos picos a lo Joan Crawford en lo alto de la frente.

Santo cielo, dijo. Y se santiguó.

Dejó el bol, limpió con el dedo la espátula.

¿Dónde la has conocido?

En el Club Salesiano.

Oh.

¿Me das diez dólares?

Mamá cruzó las baldosas azules y blancas con el bol verde en las manos.

¿Se va a convertir?

Dejó delante de mí el bol con la espátula a la derecha.

Está en ello, dije. ¿Me das diez dólares?

Diez dólares, repitió mamá. Para ir al cine te basta con cinco.

Había mucha masa amarilla que lamer en el bol y la espátula.

Pero quiero invitarla a una
Coca-Cola
y unas patatas fritas en el Snach Out.

Bueno, entonces te daré seis, dijo ella.

Bizcocho. Era bizcocho de limón.

Entonces, ¿puedo ir?, dije.

Pregúntale a tu padre, dijo ella.

Ese viernes por la noche se convirtió en la primera de todos los viernes por la noche que iba a disponer de la camioneta.

Ahora Billie y yo nos veíamos los miércoles y los viernes. Lo primero que hacíamos era ir al cementerio Mount Moriah y aparcar.

Lo único que quería hacer era estar cerca de ella en la camioneta, en la oscuridad, con la radio encendida, y fumar, y besar y besar sin parar. Besar a Billie era como estar en casa. Sus labios sobre los míos, y también besos con la lengua. Los besos de Billie en mi cuello, en mis orejas, en mi cara. Hasta me besaba los ojos. Una vez me besó las manos, cada dedo de las dos manos y las palmas.

Su cuerpo apretado contra el mío en el asiento, su olor francés, cómo su hombro encajaba justo debajo del mío, me sentía tan sólido y al mismo tiempo tan etéreo, como si estar al lado de ella y besarla nos convirtiera en un sueño.

Recuerdo una noche que Billie acababa de apagar la radio cuando sonaba «The Bailad of the Green Berets», y fuera de la camioneta la nieve se había fundido y era barro grisáceo. Llevábamos tres horas besándonos, y habíamos parado y encendido un cigarrillo cada uno. Yo no paraba de hablar de un tipo sobre el

que había leído en un libro de psicología que decía que todo lo que hacemos es sexual. Nuestra forma de comer, beber, reía donarnos con los demás, nuestra forma de estar de pie, de sentarnos, de tumbarnos, de rezar, hasta de creer en Dios, es sexual.

De modo que no paraba de hablar de ese tipo, alardeando de lo mucho que sabía, las ramificaciones de eso y de lo de más allá, etcétera. En cierto momento me di cuenta de que ocurría algo en la cara de Billie. Cuando callé y la miré a sus ojos azules, ella no pudo aguantar más. Se echó a reír.

El nombre del tipo del que había estado hablando era Sigmund Freud, pero no había pronunciado bien su nombre. Pensaba que *eu* de Freud se pronunciaba *u*, de modo que había estado diciendo todo el rato Sigmund Frud.

Froid, dijo Billie, como *oi*.

Qué burro puedo llegar a ser. Me quise morir. Tantas veces soy como papá, mamá o mi hermana, y digo mal las palabras. Joder, aun ahora al pensar en ello quiero que se me trague la tierra.

Pero Billie hizo algo que me pareció muy enrollado. Me puso las manos en la cara, las palmas en las mejillas. Me juntó las mejillas y me dio un gran beso húmedo, luego pegó la cara a la mía de tal modo que el azul y el castaño se fundieron.

Rugby John, dijo. Me gustas tal como eres.

Siguió sosteniéndome la cara de ese modo, sosteniéndomela sin parar.

Dios, dijo, si pudieras verte ahora. ¿Sabías que en tus ojos hay motas doradas?

Quise hablar, pero no pude porque tenía la cara aplastada.

Me encanta cuando se te ponen los ojos dorados, dijo.

Me pregunté si papá se lo había dicho alguna vez a mamá.

El día de su cumpleaños, el 28 de febrero, Billie se hizo agujeros en las orejas, y con la semanada que había ahorrado fui a la joyería Molinelli y compré unos gruesos aros de oro de catorce quilates para sus orejas recién agujereadas. Esa noche, aparcados en el

Mount Moriah, cuando ella abrió la caja y vio los pendientes de oro sobre el terciopelo azul de dentro, soltó un grito de felicidad. Tuve que abrir la portezuela de la camioneta para que se encendiera la luz del techo y pudiera ponerse los aros mirándose en el retrovisor, aunque se suponía que debía dejarse puestas las bolitas de oro.

Tendríais que haberla visto esa noche. Los gruesos aros de oro en sus orejas eran destellos dorados de luz de luna. Sus ojos azules, dos luceros. Me rodeó con los brazos y me abrazó muy fuerte.

La vida era dulce. Ahí estábamos los dos besándonos y toqueteándonos. La luz de la luna a través del olmo y en la piel de Billie, la cabina bien caldeada, la única luz encendida la de la radio. Billie era mi novia, y los dos estábamos calentitos y seguros.

Estuvimos así de unidos todo ese invierno. Cuando estábamos juntos, nos parecía que hacíamos algo totalmente nuevo en el mundo. No éramos solo dos chicos de Pocatello, teníamos algo especial. Leíamos *Una muerte en la familia, Los vagabundos del Dharma* e *Hijo nativo* al mismo tiempo. No sabría deciros las horas que hablamos de esos libros. Me refiero a hablar de verdad, como si nos fuera la vida en ello.

Hablar de este modo con Billie me hizo *difrente*. Empecé a decir lo que pensaba en todas partes, no necesariamente en casa (mamá y papá seguían tan raros como siempre) sino en clase. Mi profesora de lengua y literatura, la señorita Barnett, no daba crédito a sus oídos cuando un día dije lo que pensaba sobre el reverendo Dimmesdale de *La letra escarlata*. Fue el primer sobresaliente que saqué en el instituto. Además, a Scardino lo habían sacado del colegio y empecé a respirar en los pasillos entre clases.

Luego estaban las películas. A Billie y a mí nos encantaba ir al cine. No vuestras películas clásicas como *Juventud desenfadada o A lo loco*. Me refiero a películas de verdad. Películas que te hacían pararte a pensar. Películas que nunca habría visto sin Billie. *Un hombre para la eternidad, Georgy Girl, la solterona retozona, Alfie* y *¿Quién teme a Virginia Woolf?*

Y en lugar de aparcar en el Mount Moriah, empezamos a ir al Shanghai Café. Era realmente viejo, con vieja madera oscura y lámparas chinas. Nos sentábamos en un reservado rojo de una habitación con una luz muy brillante, y pedíamos té chino y carne de cerdo y semillas (lo que papá habría llamado porquería asiática)

con mostaza picante. Billie y yo metíamos un par de monedas de veinticinco centavos en la gramola que estaba en la pared junto a nuestra mesa. Billie era incapaz de estarse mucho tiempo callada para que yo hablara, y viceversa.

La noche que fuimos a ver *Un hombre para la eternidad*, tuve la sensación de haber estado en una clase de filosofía. Esa noche Billie y yo renunciamos a besarnos.

Billie fumaba un Winston largo con una mano y sostenía una taza china blanca sin asa en la otra cuando dijo «autenticidad». La luz era tan brillante que necesitabas gafas de sol.

¿Qué quieres decir con «autenticidad»?, dije.

El cigarrillo de Billie, la reina de Inglaterra saludando en un desfile.

Con «auténtico», dijo, quiero decir personas como Tomás Moro o Rosa Parks, que defienden sus creencias cueste lo que cueste, ya sea la cárcel o la muerte.

Tomé nota mentalmente de la palabra «autenticidad» y cuando fui a casa esa noche la busqué en mi diccionario. «Auténtico» no era difícil de encontrar porque se deletreaba tal como se pronunciaba, y significa lo siguiente: ser totalmente fiable, no imaginario, falso o de imitación.

Billie y yo pasamos días y días en el Shanghai hablando sin parar sobre *Alfie, Georgy Girl* y *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Y sobre hombres y mujeres, mujeres y niños, y los niños y el aborto. Billie creía que el aborto debía ser legal. Dijo que si se quedaba embarazada abortaría, aunque fuera ilegal.

Yo nunca había pensado realmente en el aborto, pero lo que hice fue abrir la boca y, por supuesto, lo que salió de ella no fue sino:

Yo creo que el aborto está mal. Porque es un niño lo que estás matando.

Eso es porque eres católico, dijo Billie. Y hombre.

Eso no cambia nada, dije.

El cigarrillo de Billie era chorro, chorro, chorro, luego rocío, rocío, rocío.

Y una mierda que no cambia, dijo Billie.

Entonces se embarcó en un argumento que no había forma de que yo siguiera. Solo por el gesto de su barbilla y el intenso azul de sus ojos sabías que sabía de qué hablaba. De modo que terminé

dándole la razón porque me figuré que era como el comunismo y yo. El aborto era algo en lo que nunca me había parado a pensar de una forma real. Repetía solo lo que había oído decir a otras personas. Es decir, a personas católicas.

Eso es lo que hizo Billie por mí. Me enseñó que no tenía que pensar como todos los demás. Podía tener opiniones propias y defenderlas. Y creo que yo también hice algo por ella. Ella sabía que era inteligente, pero de algún modo yo también le infundí confianza.

Billie y yo estábamos a favor de la paz, el amor y la integración. No había mucha gente en Pocatello que pensara así. No es que todos fueran mezquinos y estúpidos. Sencillamente nunca se paraban a pensar, esa es a la conclusión a la que llegué. La mayoría de los chicos sentados en sus coches en el Snatch Out creían que era fantástico que los llamaran a filas. En las únicas otras cosas en que pensaban era en emborracharse y en casarse. Como mi hermana y Gene Kelso. Parecía que lo único que hacían era dar vueltas en su Mercury del 56 rojo, comprar cerveza, fumar cigarrillos y terminar en el asiento trasero del coche aparcado en los cedros.

Extraño. Normalmente aparece algo en el mundo y empiezas a hablar de ello. Pero con los niños, Billie y yo hablamos de ellos mucho antes de que apareciera alguno. Al menos en nuestra vida personal. Cómo coño íbamos a saber qué había tramado el universo.

Mucho tiempo después, unas tres o cuatro semanas después de que Billie y yo habláramos del aborto, después de otro miércoles por la noche besándonos y hablando de más cosas, mi hermana y yo volvíamos a casa en la camioneta. Eran las nueve y media, y se suponía que teníamos que estar de vuelta en casa a las nueve y media, pero nunca lo hacíamos, a esa hora solo nos poníamos en camino. Fumábamos. Las ventanillas estaban subidas y la calefacción encendida porque era marzo. La canción que sonaba por la radio era «Something Stupid».

Rigby John, dijo mi hermana.

Rigby John. Cuando me llamaba así mi hermana solo significaba algo. Quería pedirme dinero.

No tengo dinero que prestarte, dije. Lo necesito yo. Ahora tengo

a Billie.

Los ojos oscuros de mi hermana, los ojos de gitano ruso de papá, me miraron en la oscuridad.

¿Os habéis acostado?, dijo.

¿Acostado?

Billie y yo nos besábamos con lengua. Yo le había tocado la parte superior de los pechos. En realidad solo la parte inferior del cuello.

¿Acostado?

Mi boca era una bolera. Un montón de palabras amontonadas en un extremo mientras el resto del cuerpo lanzaba una pesada pelota hacia ellas. Tarde o temprano saldría algo.

Mi hermana apagó su cigarrillo en el cenicero, lo sacó del salpicadero, abrió la ventanilla y tiró las colillas y la ceniza. Pequeñas chispas naranjas en la noche.

Mi hermana sostenía el cenicero vacío en las manos. Lo miró por dentro y respiró hondo. Los restos de ceniza salieron volando.

Rigby John, dijo.

Ese Rigby John sonó *difrente*. Rigby John dicho de esa forma y acompañado de un suspiro solo significaba una cosa. Hermanita tenía un secreto.

Volvió a colocar el cenicero en el salpicadero.

Voy a decirte algo, dijo, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a papá ni a mamá.

Alargué una mano y apagué la radio.

¿Lo prometes?, dijo.

Lo prometo.

En la esquina de Philbin con Tyhee Road, a las diez menos cuarto o menos diez, después de meter la segunda, reducir a cuarenta por hora, girar el volante hacia la derecha y continuar por Tyhee Road a toda velocidad, mi hermana dijo:

Estoy embarazada.

Hostia puta. Por un momento todo se detuvo. La respiración, el movimiento, el mundo entero se volvió negro. Dentro de mis huesos, en mi sangre, un miedo tan grande que no sé qué ocurrió. Tal vez me desmayé. Solo sé que cuando volví en mí, la camioneta estaba aparcada a un lado de la carretera. Mi hermana lloraba y lloraba, tratando de encender un cigarrillo. Estaba en el centro del

asiento y yo tenía un brazo alrededor de sus hombros.

¿Vas a abortar?, dije.

El rímel de mi hermana era barro por todas sus mejillas. Sus ojos oscuros de gitano ruso. Respiró hondo, volvió rápidamente la cabeza para mirarme y dijo: ¿De qué coño estás hablando?

La pelota de la bolera, un largo y ruidoso trayecto por mi lengua. De mi boca nunca parecían salir las palabras adecuadas.

No tiene nada de malo abortar, dije. Debería ser legal.

Por la forma en que me miraron los ojos de gitano ruso, debería haberme hecho un ovillo y caído muerto.

¡Abortar!, gritó mi hermana. ¿Crees que voy a matar a mi hijo que aún no ha nacido? ¿Estás loco?

Mi brazo ya no estaba alrededor de sus hombros. Yo estaba en el otro extremo de la cabina, encendiéndome un cigarrillo.

Bueno, dije. ¿Y qué vas a hacer entonces?

¿Bueno, eh?, dijo ella, como si yo fuera estúpido. ¿Qué te parece? Gene y yo vamos a casarnos, dijo.

En ese momento por la esquina de Philbin con Tyhee se vieron los faros de un coche. Llenaron la cabina de luz y el espejo retrovisor devolvió su reflejo rectangular en los ojos de mi hermana.

En ese momento todo estuvo en sus ojos. El día que murió Russell, la Puerta de los Muertos, cuánto odiaba la marca de nacimiento marrón que tenía en el muslo, cómo la había perseguido yo con el ratón muerto cuando éramos pequeños, el bebé que llevaba dentro, la noche que nos pusimos elegantes y ganamos el concurso de jitterbug.

¿Gene quiere casarse contigo?, dije.

El viejo Ford pasó por nuestro lado despacio. Tocó la bocina.

Una botella por la ventanilla, cristal verde roto.

Indios.

Por supuesto que sí, dijo. Solo es cuestión de tiempo.

¿Tiempo para qué?, dije yo. Solo tienes nueve meses.

Seis, dijo ella.

Mi hermana volvía a llorar. Sujetándose la barriga, lloraba. Lloraba tan fuerte que no lloraba solo por ella. También lo hacía por el bebé.

Aún no se lo he dicho, dijo.

¿A quién?, dije.

A Gene, dijo ella.

¿Kelso?, dije.

No, imbécil. A Gene Kelly, joder.

La primera vez que oía a mi hermana decir «joder».

¿Cuándo vas a decírselo?, dije.

Mañana, dijo ella. O pronto.

Se inclinó y apagó el motor. Lloraba tan fuerte que tuvo que tumbarse y apoyar la cabeza en mi regazo. Dobló las piernas contra el pecho y se tapó los ojos con las manos.

Ahí estábamos ella y yo, en los Tyhee Flats, en medio de toda esa oscuridad, a un lado de la carretera, con los faros todavía encendidos perforando un agujero en la noche. La última vez que había visto llorar de ese modo a alguien fue a mí mismo con Billie, encorvado sobre la tumba de Russell.

Puse una mano en el pelo de mi hermana, le aparté el flequillo de la cara. Parecía *difrente* desde que estaba embarazada.

Hacía una hora que nos esperaban en casa. Mamá y papá estarían cabreados. Tenía muchas ganas de mear.

Pero ¿qué era una hora al lado de un embarazo?

Einstein tenía tanta razón con su teoría de la relatividad.

Aun así, el puro solo era un puro, y la mierda iba a esparcirse.

Mi hermana todavía lloró un rato más. Luego sorbió por la nariz y se serenó. Me dio la espalda en el asiento y miró por su ventanilla.

¿Puedes dejarme algo de dinero?, dijo.

Ni siquiera me miraba.

Solo necesito diez dólares, dijo. Te prometo que te los devolveré.

Mamá y papá nos esperaban levantados. Estaban sentados a la mesa de la cocina, bajo la nueva lámpara brillante que se bajaba. El reloj que parecía un gato negro con sus grandes ojos moviéndose de acá para allá y su cola retorciéndose sobre la nevera marcaba las once menos veinte.

Mamá y papá sentados a esa mesa es una fotografía en mi mente que no creo que se borre nunca. Papá con su pijama azul claro, mamá con su bata de guatiné rosa y rulos dentro de una redecilla. La rigidez con que estaban sentados en el círculo de luz brillante en la casa silenciosa donde solo se oía el tictac del reloj de la abuela.

Mi hermana y yo acabábamos de entrar en el sanctasanctórum. De pronto todos estábamos en una película de Alfred Hitchcock. Todo era normal (una cocina, una mesa, una lámpara colgando encima de la mesa, los cuadrados blancos y azules del suelo de la cocina, la mesa cubierta de hule, las sillas de plástico amarillo), pero dentro de todo, un miedo espantoso.

Estamos esperando una explicación, dijo papá.

Mañana tenéis colegio, dijo mamá. Y son casi las once de la noche.

Las nueve y media, dijo papá. Se supone que tenéis que estar en casa a las nueve y media, maldita sea.

Me fallaban las rodillas. Estaba abandonando mi cuerpo. Miré a mi hermana.

La escena de la ducha. Janet Leigh embarazada en *Psicosis*.

Vi que mi hermana iba a descubrir el pastel.

Si yo hubiera sido mejor persona y mejor hermano, me habría quedado con mi hermana y habría recorrido el estrecho y oscuro pasillo cogiéndole la mano, pero, de verdad, tenía que mear. Además, estaba mi respiración. No respiraba.

Le lancé una mirada y, tocándole el hombro con suavidad, dije demasiado alto: Tengo que ir urgentemente al cuarto de baño.

Palabras de Frankenstein en la cocina de Alfred Hitchcock.

Agaché la cabeza y caminé en línea recta sobre las baldosas azules y blancas, pasando por delante de donde estaba sentado papá con su pijama azul, en la cabecera de la mesa. En menos que can ta un gallo había doblado la esquina. Abrí la puerta del cuarto de baño empujándola con el hombro y se oyó el clic del picaporte. Una vez dentro, eché el cerrojo. Apreté el interruptor tic los fluorescentes que había a cada lado del espejo. La luz parpadeó con un zumbido. Pasé de la oscuridad a la fluorescencia.

Ahí estaba yo, todavía yo, todavía con esa familia y todavía en esa casa.

No oí a mi hermana decir las palabras, pero, en efecto, les dio la noticia.

Al otro lado de la puerta cerrada con llave, el silencio de lo profundo.

Luego gritos y chillidos como rayos y truenos. Mi hermana recibiendo bofetadas. Mamá despotricando sin parar. Mi hermana

lloraba de verdad.

Con la cara frente al espejo, examiné de cerca todo lo que había en mí. En alguna parte ahí dentro, en mi interior, había una persona que Billie Cody encontraba interesante, lista y atractiva, y a la que afirmaba querer. Todo lo que veía yo era la mala iluminación. Todo lo que alcanzaba a oír era la guerra que había estallado en la habitación contigua.

Mi nariz grande, mis dientes inferiores torcidos, mis extrañas orejas, mi pelo rizado. Granos, siempre granos en la cara. Sin tener ni puta idea. Cuánto anhelaba que hubiera algo más, otra cosa. En mi vida, en ellos, las personas que me habían criado, moldeado y enseñado las dimensiones y las cualidades del mundo.

Oh my heavens pretty woman so far.

Cuánto deseé ser otra persona.

De otra persona.

Auténtico.

Justo delante de mis ojos, mis ojos almendrados y castaños, en lo más profundo del espejo busqué algo grácil, verdadero, hermoso. Busqué a Dios.

Lo único que vi fue al cabrón caprichoso que nos había dado nuestros cinco sentidos, que nos había dado el sexo, que nos había dado cierta inteligencia y luego nos había dejado sueltos. Nos correspondía a nosotros hacer el resto.

Frud tenía una teoría, lo mismo que
Jean-Paul
Sartre y santo Tomás Moro.

Teorías, putas teorías, tío.

Hacía dos horas me había sentido tan arropado y flotando besando a Billie, y ahora en ese espejo solo había gritos, aullidos y llanto, castigo, las llamas del infierno y la condenación.

El trinomio sexo, deshonra y culpabilidad.

Catástrofe en todas partes.

Tal vez Dios no existiera, pero yo seguía teniendo a Billie.

7

La capilla del amor

Señor santo y misericordioso, Hijo del Padre, Príncipe de la Paz, Cordero de Dios que llevas el pecado del mundo, mi hermana estaba embarazada y durante un tiempo el mundo entero enloqueció y nada tuvo sentido.

Mi hermana había cometido el más grave de los pecados.

Había pecado contra la Virgen María.

Y había invocado al demonio.

Esa misma noche mamá nos hizo arrodillarnos. Ni uno ni dos sino tres rosarios rezamos, todos misterios de dolor. Luego una interminable sucesión de letanías.

Las putas letanías, tío.

Mi hermana lloró durante casi todo el primer rosario y solo dejó de hacerlo cuando mamá se levantó después del quinto misterio de dolor, la Crucifixión, y le dio una sonora bofetada. Podéis estar seguros de que después de eso, mi hermana no dijo ni mu. Estuvimos hasta casi las dos de la madrugada rezando de rodillas.

A la mañana siguiente, muy temprano, mamá y mi hermana iban a ciento veinte por hora al confesionario para tener una audiencia privada con monseñor. Mi hermana iba a casarse rápidamente.

Esa primera semana pensé que mamá seguramente retrocedería a los tiempos de Russell. La expresión de migrañas en sus ojos. El

rosario, el rosario, el rosario, rezad el rosario. En voz alta en su habitación, susurrado en la sala de estar, sus manos rojas y ásperas de granjera pasando las cuentas. Una vez hasta salió corriendo a los campos y papá no podía encontrarla en ninguna parte, y lo hice yo, en mi lugar secreto entre los graneros. Se había tumbado boca abajo en el estrecho pasillo en forma de reloj de arena, con los brazos en cruz. Estaba inmóvil, solo el viento en su pelo. Luego vi sus dedos, pasando despacio las cuentas.

Papá desapareció por completo. Una lástima que fuera abstemio, o si no se habría emborrachado, pero su padre había sido el borracho, de modo que él no bebía, solo actuaba como un borracho. El viejo cabrón iracundo. Y se notaba que me tenía ganas. Yo debía estar atento a cada paso que daba. De pronto tenía el doble que regar, malas hierbas que arrancar y quemar, y todo el corral de los terneros que limpiar. Era un puto Hércules.

Lo sentía por mi hermana. Estaba sola con su pecado. No es que fuera un pecado, pero ella creía que lo era. Mis intentos de hablar con ella no prosperaron. Estaba embarazada, asustada y sola, y yo no era más que su hermano pequeño. Pero es extraño lo que otra vida puede hacer en ti. A medida que pasaban los días, mi hermana con el niño en sus entrañas empezó a cambiar, de forma lenta pero continua. Era como si el niño que llevaba dentro preparara un lugar también para ella, un lugar donde pudiera arreglárselas por sí sola.

Mamá no habló con ella ni una sola vez antes de la boda. Cuando quería decirle algo me lo decía a mí y yo se lo decía a mi hermana. ¿Os lo imagináis? El vestido, las pruebas de la modista, las invitaciones, encargar el pastel, todo el tenderete. Lo único que hizo mamá fue murmurar letanías y no levantar nunca la vista hacia su hija embarazada o decirle una puta palabra.

Al principio mi hermana no pudo hacer otra cosa que mantenerse alejada de mamá. Pero al cabo de un tiempo comprendió que las dos podían jugar a lo mismo. Así fue como empezó la guerra entre mamá y ella.

Ojalá se me hubiera ocurrido algo para mantenerme bien lejos de esas dos.

La noche que vino Gene Kelso a casa para tomar bizcocho y helado

no había ninguna escopeta cargada junto a la mesa de comedor, pero como si la hubiera habido. Todos íbamos con traje de domingo y era martes. Mi hermana estaba especialmente guapa, muy morena con su vestido de verano amarillo y sombra de ojos azul. Mamá nunca había permitido la sombra de ojos azul. Hasta Gene, a quien siempre lo había visto con
Levi's
por debajo de las caderas y una camiseta blanca en la que se leía «FONTANERÍA KELSO», iba con camisa y corbata. La corbata era fea. Verde y dorada con un estampado raro. Parecían mariposas y dados.

Fue extraño, todos sentados alrededor de la mesa. No nos movimos ninguno. Quiero decir que nuestros brazos se movían, y nuestras bocas se abrían y se cerraban, pero nuestros cuerpos no se movían, y cuando lo hacían era como si hubiéramos estado practicando mentalmente cómo movernos y hubiéramos decidido de pronto que había llegado el momento de hacerlo.

Cuando Gene se levantó para marcharse, empezó a oírse el ruido de sillas arrastrándose por el suelo. De pronto todos cobramos vida.

Mamá dijo: Joe ha hablado con monseñor sobre las dispensas especiales.

Papá dijo: Solo tienen que colgar las amonestaciones tres días seguidos.

Mamá dijo: No ha sido fácil.

Papá dijo: Monseñor me debía un favor.

Mamá dijo: Ha costado un ojo de la cara.

Papá dijo: Tendrás que devolvernos el dinero.

Mamá dijo: Sois vosotros los que os habéis metido en este lío.

Papá dijo: Una forma terrible de empezar una vida juntos.

Mamá dijo: Creéis que es fácil. Pero no lo es.

Papá dijo: Necesitaréis toda la ayuda que os puedan dar.

Mamá dijo: No es nada fácil.

Papá dijo: Ya lo veréis.

Mamá dijo: Os va a costar trabajo.

Papá dijo: Tendrás que ganarte la vida para mantener a tu familia.

Mamá dijo: Al principio todo es muy bonito. Música y risas.

Mamá dijo: Al principio no hay forma de saber lo duro que va a

ser.

Pero había algo más. El destino quiso que hubiera mucho más. Cuando mi hermana folló con Gene y se quedó embarazada, se abrió una grieta en el mundo en el que creíamos vivir y nada volvió a ser igual. Ella no solo había infringido un mandamiento, había ido derecha al corazón del asunto y aporreado la puerta. Los Joe Klusener pasaron de ser una familia que nunca hablaba de sexo a una familia cuyo secreto sexual era la comidilla de la iglesia de Saint Joseph. Ya puestos, podrían haberlo anunciado en la hoja dominical. Mamá le dijo a mi hermana que no podía volver a dejarse ver por misa, y esos dos domingos por la mañana anteriores a la boda, papá tuvo que poner todo de su parte para lograr que mamá subiera al coche. Y, una vez en la iglesia, para que bajara. Os lo juro, si papá y mamá no hubieran sido católicos y solo hubieran conocido un camino, su matrimonio habría acabado. Lo que ocurrió entre mi madre y mi padre la noche después del banquete sigo sin saberlo.

Luego, para acabar de rematar la cosa, junto con el pecado contra la Virgen María, la boda y la guerra entre mamá y ella, otra fémina se vio arrastrada de algún modo en todo aquello.

Billie.

Menos mal de las promesas y los porros. Sin ellos, Billie y yo nunca lo habríamos logrado.

Mi papel en el drama empezó una noche en la cocina. Mamá estaba de pie junto a la encimera, batiendo manteca en un bol, cuando volvió la cabeza por encima del hombro y dijo:

¿Qué hay de tu novia? Estaría bien conocerla por fin. ¿Cómo se llama? Tiene nombre de chico.

Billie, dije.

¿Por qué no invitas a tu novia a la boda?, dijo mamá.

Fue justo en ese momento cuando todo el caos que se arremolinaba fuera de mí pasó a estar dentro.

Esa noche, cuando Billie y yo nos vimos en el Shanghai Café,

ella estuvo un poco rara, claro que todo era un poco raro con la boda y demás.

El cenicero de la mesa estaba lleno de colillas y ceniza. Billie había apagado en él su último cigarrillo, pero seguía saliendo humo. Cuando la miré, había algo en sus ojos. Supuse que era el cáncer del conducto lacrimal, o el humo del cigarrillo, pero justo en ese momento se le saltó una lágrima y le rodó por las mejillas.

¿Por qué ya no vamos al Mount Moriah?, dijo. Echo de menos estar cerca de ti.

En ese momento dentro de mí ocurrió algo horrible. No tenía ni idea de qué era. Colillas y ceniza, humo del cigarrillo aplastado. Pensándolo ahora, si nunca te paras a examinarte detenidamente, tu miedo puede adoptar la cara de cualquiera.

Ahí sentado mirando a Billie, de pronto ella, mi mejor amiga, se convirtió en algo horrible.

Billie tenía los ojos llorosos, rojos y feos, le olía el aliento a tabaco y tenía las uñas de las manos diminutas y un pelo estúpido. Solo era una fémina más que quería que hiciera cosas que yo no quería hacer.

Era incapaz de poner nombre a lo que sentía, pero en ese momento quise huir de ella.

Luego me odié por sentirme así, de modo que traté de disimular.

Aplasté el cigarrillo humeante en el cenicero.

Lo siento, dije. Es la boda, dije. Y mi hermana.

Tenía la mano alrededor de mi vaso de agua de plástico transparente. Lo que quería hacer con ese vaso era tirarlo contra la pared.

En lugar de ello eché agua en el cenicero. El rápido siseo del agua sobre fuego.

Hay algo que no te he dicho, dije. Algo importante.

El cenicero lleno de ceniza y colillas flotando se desbordó y dejó un charco en la mesa.

Mi hermana está embarazada, dije.

Y mamá le ha retirado la palabra.

Mi hermana no tiene a nadie más que a mí, dije.

Ceniza negra y mojada en los orificios de mi nariz. Mi servilleta de papel sobre el charco, empapándose de negro y mojado.

Está muy sola, dije.

Y ahora mamá quiere que yo te invite a la boda, dije.

Billie deslizó las manos por la mesa hacia mí. Las juntó alrededor de las mías. Yo quería apartarlas, pero no lo hice.

Cuando levanté la vista y la miré a los ojos, volvía a ser la Billie de siempre. Ahí estaba de nuevo, no fea ni llorosa, sino mi amiga, mirando en lo más profundo de mi ser.

Rig, dijo. Lo siento mucho. Por supuesto que iré contigo a la boda.

La horrible sensación de miedo que había dentro de mí se desvaneció y en ese momento amé mucho a Dios.

Billie apartó las manos y las ocupó en encenderse un cigarrillo, inhalar y exhalar.

Solo una cosa, dijo.

Supe por la forma en que había dicho «Solo una cosa» que iba a decir algo mucho más inteligente que lo que yo pudiera decir.

El cigarrillo de Billie era el remolino junto a su oreja.

¿Quieres que vaya a la boda, dijo, porque tú quieres que vaya?

Su brazo derecho en el charco que rodeaba el cenicero, la aguja del cuentakilómetros yendo de ciento veinte a cero. Tiró la ceniza dando unos golpecitos con el índice.

¿O quieres que vaya solo porque tu madre quiere que lo haga?

Dentro y fuera de mí, en todas partes, y Billie volvía a ser fea.

Sirenas, bocinas y alarmas que se disparaban. O un sonido bajo y profundo, un pedo o un eructo. El miedo al que yo nunca había mirado a la cara quería largarse de allí.

Saqué un Winston de la cajetilla. Me lo llevé a la boca. Lo encendí.

Inhalar es respirar.

Si esperaba lo suficiente, de mi boca saldría alguna palabra.

Billie Cody y yo sentados juntos en un banco en la iglesia de Saint Joseph era algo imposible de imaginar. Arrodillarme, rezar, hacer una genuflexión y sentarme a escuchar el sermón, imposible. Billie, mamá y mi hermana juntas en la iglesia durante la misa, imposible. Papá acompañándonos a un banco a Billie y a mí, imposible. Ir a comulgar mientras Billie se quedaba sentada en el banco, imposible.

Es imposible, balbuceé. No quiero estar contigo en esa iglesia.

El cigarrillo de Billie, un limpiaparabrisas que se movía de un lado para otro, de un lado para otro.

Tal vez, dijo Billie, deberías pedírselo a una chica más apropiada para los festejos.

Los ojos de Billie eran azules y claros. Nunca la había visto enfadada.

Estaba en alguna clase de cenagal que no conocía.

Más respiración, inhalé humo de cigarrillo.

Al exhalar, dije: No eres tú, Billie. Es que no puedo imaginarme haciendo toda esa mierda católica delante de ti. Tendría la sensación de que es una puta farsa.

Y de pronto se encendió una lucecita en la oscuridad.

Ya me resulta bastante difícil actuar para mí, dije. Todos los domingos. Pero hacerlo delante de ti, no podría.

Billie se parecía mucho a mamá allí sentada, había algo tenso en ella. En alguna parte de su cara, detrás del humo que expulsaba.

El Shanghai se volvió aún más luminoso. No sé cómo podía ser, pero estaba más luminoso. Billie fumó. Yo fumé. Nos quedamos allí sentados como si ya no fuéramos nosotros mismos, como si fuéramos mamá, papá, mi hermana y Gene Kelso aquel día alrededor de la mesa de comedor.

Absurdo. El teatro del absurdo.

En mi interior, miedo a haber perdido a Billie y al mismo tiempo miedo a no perderla nunca.

Cuando habló, fue Simone Signoret.

Dices que te encanta bailar, dijo. Nunca hemos bailado.

Los ojos de Billie eran azules, no rojos, y ya no era fea.

¿Qué dices?, dijo. Me reuniré contigo en la recepción del Green Triangle. Así no tendré que ir a la misa, pero podremos bailar y tendré ocasión de conocer a tu madre.

Un genio.

Billie Cody volvía a ser mi mejor amiga y un genio.

Más tarde esa noche, cuando subí con ella los escalones expuestos al viento de su casa pasando por delante del farol cubierto de hiedra, la besé con la boca abierta y con fuerza, con mucha lengua.

No quería besarla así en realidad. Solo quería besar a mi amiga y

abrazarla. Pero se suponía que un chico tenía que besar así a una chica después de lo que había pasado entre nosotros.

Billie me miró a los ojos. Sus ojos azules escudriñaron mis ojos, buscando algo.

Abrí la puerta mosquitera de aluminio.

La C no es de Cody, dije.

No, dijo Billie. Es de coño. Y harás bien en no olvidarlo.

Mi hermana a duras penas cabía en su traje de novia de la talla cuarenta. Yo debería saberlo, ya que fui quien le subió la cremallera de la espalda. Se había pasado toda la mañana de pie frente al espejo de su habitación, llorando sin parar. Aterrada. Por todo. Casarse, estar embarazada. Gene Kelso y sus calcetines blancos. Toda la gente que iba a ir a la boda. Pero sobre todo le aterraba que se le notara el bombo. Aunque la verdad es que lo que realmente le preocupaba era mamá.

La mañana de la boda la guerra entre mamá y mi hermana no fue *difrente*. Mamá no estuvo con su hija. Estuvo arrodillada en su habitación, rezando el rosario.

Se lo dije a mi hermana. Hermanita, dije, no te preocupes. No se te nota tanto. Casi nada. Todo va a salir bien, dije. No te preocupes, nadie se dará cuenta.

La iglesia estaba abarrotada de tíos, primos y feligreses. Una misa nupcial solemne. Una de esas misas que no se acaban nunca. Música de órgano y el coro.

El tema de la boda fueron las margaritas. Margaritas blancas con el centro amarillo. Mamá llevaba un gorro blando y sin ala adornado con margaritas blancas, y su vestido era amarillo como el de Francie Lutz, la dama de honor de mi hermana. Francie también llevaba un gorro con margaritas. El ramo de mi hermana era de margaritas blancas y rosas amarillas. En el altar había dos grandes ramos de margaritas blancas.

Gene Kelso tenía un aspecto realmente resacoso. Su cola de pato le colgaba sobre la nuca. Iba con un traje negro, pero no como el de papá. El suyo brillaba, al igual que la escuálida corbata negra que llevaba. No iba con
Levi's,

pero cuando se arrodilló todo el mundo le vio los calcetines blancos.

Su padrino de boda se llamaba Chuck diPietro. Estaba tan resacoso como Gene. Tenía una camioneta Chevy del 57 retocada a su gusto y era amigo de Joe Scardino. Era un tipo corpulento, de brazos y pecho fornidos y pelo oscuro y rizado. En la escuela primaria me tiró una vez una bola de nieve al ojo. Otro italiano. Trabajaba en la estación Sinclair de la calle Cinco, pero en el instituto Highland era mariscal de campo en el equipo de fútbol. También llevaba una margarita blanca en la solapa.

Recordad a este tío, Chuck diPietro. Creedme, vamos a volver a él.

La marcha nupcial era la que siempre canturreabas mentalmente: «Gorda y radiante va la novia. Le sigue atrás un novio enclenque».

Mi hermana dando un paso largo y otro corto al lado de papá, cogida de su brazo. Era todo un espectáculo. Ella con su vestido blanco, el velo, el ramo de margaritas blancas y rosas amarillas. Mi hermana nena sonriendo tanto que dejaba ver todas las encías. Y algo más dejaba ver. Los pechos de mi hermana eran casi tan grandes como los de Billie, y en su barriga, no cabía duda, había un niño.

No quise ser de ningún modo el padrino, ni el chico de las flores, ni el encargado de los anillos, ni nada de lo que se puede ser en una puta boda. Mi hermana pretendía que fuera uno de los monaguillos, pero después de aquellas novenas a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro me había jurado dejar esa mierda. Ella tuvo una de sus rabietas y habría ido a mamá llorando, pero estaba en guerra con ella, de modo que ahí acabó todo. Mi papel en la boda fue sentarme en un banco. Y llevar una margarita blanca en la solapa.

Era mejor que tener un tulipán amarillo en el culo.

Mamá estaba en el coro, arriba y lejos. Papá llevó al altar a mi hermana y reasumió la tarea de acompañar a los invitados a los bancos. Yo estaba solo porque quería estar solo, es decir, sin Billie Cody.

A mi hermana le pareció insultante que mi novia no fuera ala ceremonia.

Solo confirma, dijo, que tu puta novia es una zorra.

Mi hermana conocía a Billie solo de aquella vez, supongo que os acordáis, no precisamente en las mejores circunstancias.

No es ninguna zorra, dije yo. Es un coño.

Mi hermana estaba en su habitación tratando de ponerse recto el velo.

Oh, dijo. Odio esa palabra. No vuelvas a decirla.

Tú has dicho «puta», dije.

Es *difrente*, dijo mi hermana.

No, no lo es, dije yo.

Sí que lo es, dijo ella.

No lo es.

Sí lo es.

Son palabras, dije, como las otras.

Palabras de cuatro letras.

¿Como «amor»?, dije.

Eso la enmudeció.

Monseñor Cody dijo: Os declaro marido y mujer.

Mi hermana se levantó el velo y alzó la vista hacia Gene. En realidad lo miró directamente a los ojos porque era tan alta como él y no llevaba tacones.

Cuando se besaron, el órgano empezó a tocar y todos lo oímos, y supongo que esperábamos que fuera una canción católica, pero cuando por fin llegó, fue algo que no esperábamos oír.

Era mamá. Mamá cantaba un solo de soprano.

Mi hermana levantó la vista hacia mamá, al igual que Gene, y de pronto todos los feligreses miraban hacia arriba. Ahí estaba mamá con su traje amarillo brillante, su gorro con margaritas y las manos juntas sosteniendo un ramo de margaritas blancas. Estaba sola ahí arriba, contra la barandilla del coro.

Por un momento pensé que iba a saltar.

Lo que cantaba ninguno de nosotros, ni mi hermana, ni Gene, ni papá, ni nadie, y mucho menos monseñor Cody, sabíamos que iba a cantarlo:

Estamos yendo a la capilla porque vamos a casarnos.

Estamos yendo a la capilla del amor.

La canción favorita de mi hermana. Oh my heavens pretty woman so far. Tengo que decíroslo. Ahí arriba, mi madre con su estúpido gorro de margaritas, el vestido amarillo brillante que le hacía los brazos gordos, las cejas perfiladas, sus manos ásperas y rojizas de granjera con las uñas en carne viva, aferrando no un rosario negro del Vaticano sino un ramo de margaritas blancas frescas, no cantaba «'Tis the Month of Our Mother», o «Tantum Ergo» o «Sanctus Sanctus Sanctus», sino «Chapel of Love».

La verdad, teníais que estar allí.

Bela Lugosi cantando «Itsy Bitsy Spider».

Luego mi hermana.

Ella en el altar, con un bonito traje de novia blanco con un largo velo blanco, por fin como en *El mago de Oz* cuando todo se volvía en color, el mundo que olía a Torre Eiffel del viejo baúl lleno de disfraces, deslumbrantemente hermosa, sonriendo, sonriendo sin parar, mi hermana mayor, por fin guapa, caminando por el pasillo con su marido, Gene Kelso, la señora de Gene Kelso. Aquí está, Mrs. América.

Alucinante.

Luego papá.

En el fondo de la iglesia, al lado del confesionario, justo debajo de mamá y del coro, a la derecha, en posición de descanso con su traje negro nuevo, papá me vio mirarlo y desvió rápidamente la mirada.

Mi padre iba a echarse a llorar si me miraba, de modo que apartó la vista.

Fue más tarde, en el baile del Green Triangle, cuando las cosas empezaron a animarse. Técnicamente hablando, mamá había puesto fin a la guerra al cantar la canción favorita de mi hermana, pero enseguida estuvo claro que iba a hacer algo más que conceder una tregua. Iba a infringir una regla tácita entre papá y ella. Mamá iba a desmelenarse y a emborracharse un poco.

Luego llegó Billie. Quién sabe, en vista de todo lo que pasó luego, cuánto había planeado Billie de todo aquello. Sin embargo, tal como resultaron las cosas, en cuanto entró en el Green Triangle

cambió la química de la noche. El sexo flotaba en el aire, y empezó de nuevo la guerra pero en un campo de batalla *difrente*.

Fue una noche extraña y desenfrenada. Bailando, cantando y bebiendo. La liberación para mamá, al menos por una noche. Un rito de iniciación para mi hermana. Una oportunidad para que Billie se diera a conocer muy bien.

Todo lo malo vino de papá, y tal vez de mí.

El bar restaurante del Green Triangle es un montón de viejas barracas del ejército apretujadas y pintadas de verde. Hay una parte de cafetería, otra parte de restaurante, dos salas de banquetes y un bar.

Siempre era un gran acontecimiento para mi familia ir a comer al Green Triangle. Era un gran acontecimiento ir a cualquier parte, pero ese restaurante en particular lo era porque servían cócteles de gambas y gambas fritas. Además, a papá no le gustaban los bares, aunque el restaurante y el café estaban aparte. Y nunca teníamos dinero y siempre había la hostia de trabajo que hacer.

La fiesta del enlace Klusener-Kelso se celebró en la sala de banquetes número uno, la más próxima al bar. Entre la sala del banquete y el bar había una gran puerta plegable beige que ocupaba toda una pared. Después de comer, abrirían la puerta plegable para que los adultos fueran a bailar al bar donde tocaba la banda, Rob Roy y el cuarteto Cougar Mountain.

Fue una sensación extraña, en el aparcamiento de la iglesia de Saint Joseph, subirse al asiento trasero del Buick con mamá y papá delante, mirar por la ventanilla y ver cómo mi hermana se subía al Mercury del 56 de Gene Kelso.

Mi hermana era casi siempre un coñazo, pero ese día, cuando metió los pliegues de su gran falda blanca en el Mercury rojo, riéndose con Gene de un modo que excluía a todos los demás, en lo más profundo de mi ser quise llorar.

Luego, durante el trayecto en coche al Green Triangle, caí de golpe en la cuenta de algo.

Ahora estábamos solo ellos y yo.

Mientras mamá, papá y yo cruzábamos las puertas dobles del Green Triangle salieron tres indios, dos hombres y una mujer. Los hombres se reían y la mujer era alta y tenía una pequeña trenza sujeta con un lazo rojo. Los dos hombres tenían el pelo largo y llevaban grandes sombreros negros con una cinta plateada. Fueron educados y nos dijeron buenas noches y ¿cómo están? Pero mamá se limitó a aferrar su bolso haciendo rechinar los dientes. Papá puso su cara de culo y, colocándose rápidamente entre los indios por una parte, y mamá y yo por el otro, nos hizo pasar.

Lo primero que notabas al entrar era el humo, el olor a alcohol, a fritanga y a sudor, y cómo todos esos olores estaban impregnados en la moqueta roja, en las cortinas rojas y el papel de pared rojo.

Una ojeada rápida a la sala me informó de que Billie aún no había llegado.

Papá se acercó a una de las camareras de pelo rubio recogido en lo alto como si siguiera siendo el encargado de acompañar a los feligreses a los bancos de Saint Joseph. Mamá se quedó a mi lado, rígida como un palo con su gorro con margaritas, su vestido amarillo brillante, los zapatos de tacón teñidos de amarillo y el bolso marrón, porque no iba a comprarse uno solo por las margaritas. Sus brazos grandes, sus manos correosas, sus uñas. Sus cejas y sus ojos almendrados y castaños detrás de sus grandes gafas grises de plástico.

En un lugar público con ese gorro, ese vestido amarillo y esos zapatos teñidos de amarillo, se obligó a desaparecer. Cuando sus ojos se ponían así de vidriosos, se nos iba. Nadie podía alcanzarla.

Solo yo sabía hacerlo.

Curvé el labio superior hacia arriba, me puse bizco, hice como que me rascaba el culo. Y al momento ahí estaba mamá, tapándose la boca con una mano, tratando de esconder las encías de lo que se reía.

Bobo, dijo, y me pegó con el bolso. Deja de hacerte el paleto. Estamos en público.

Su voz era seria, pero no pudo mantener la cara seria.

Me ha gustado mucho la canción que has cantado, mamá, dije. La has hecho feliz.

Así sin más, mamá se puso seria, luego sonrió un poco pero no por mucho tiempo.

La sala de banquetes está por ahí, dijo papá, y alargó el brazo para indicarnos por dónde debíamos ir.

Más o menos en ese momento entraron mi hermana y Gene. Mi hermana con su gran traje blanco, dando el espectáculo. El aire se agolpó en la garganta de los asistentes y toda la sala soltó un fuerte suspiro. Luego todos empezaron a aplaudir. Nunca había visto a mi hermana tan guapa. Convertida en el centro de la atención, era como el sol o como una rosa, o una margarita, por la forma en que se abrió.

Mamá agarró rápidamente su bolso y se escabulló detrás de papá. Mi hermana se acercó a papá, ojos de gitano ruso clavados en ojos de gitano ruso, le cogió del brazo y cogió a su marido del otro brazo, y se quedó de pie en medio de sus hombres, sonriendo orgullosa, alta y muy embarazada, a la vista de todos.

Las mesas estaban colocadas en forma de T. En la mesa principal, de izquierda a derecha, estaban el señor y la señora Kelso, Chuck diPietro, Gene, mi hermana, Francie, mamá y papá. Yo estaba sentado justo donde la parte vertical de la T convergía con la parte principal horizontal. La silla de al lado estaba vacía.

Billie aún no había llegado.

Todo el mundo estaba sentado, y las camareras habían servido las ensaladas y dejado en la mesa las bandejas de salsa Thousand Island, queso azul y aliños italianos y franceses. Yo iba por la mitad de mi ensalada con aliño francés y queso azul cuando Billie Cody entró en la sala de banquetes.

Mierda. Billie Cody el Coño.

El pelo cardado y tratado con henna, grandes aros en las orejas, raya de ojos negra y labios rojísimos, con un corpiño de lentejuelas negras muy escotado, minifalda de terciopelo negro y botas de cuero hasta la rodilla.

Todas las miradas se clavaron en ella.

Todas las miradas se clavaron en sus tetas.

El universo siempre ha conspirado para joderme.

La cara de mi hermana, la cara de mamá. Nunca había pensado que se parecían, pero en ese momento mamá y ella tenían la misma cara.

Y papá. El labio superior levantado y sus ojos de gitano ruso negros como el carbón.

El ruido de mi silla al arrastrarse por el suelo de madera de imitación fue lo único que se oyó en la habitación. Me obligué a sonreír, me levanté y crucé la kilométrica sala de banquetes al encuentro de Billie. Como queso. Un gran trozo de queso suizo, con muchos agujeros.

Billie era un punto negro en la brillante fluorescencia del Green Triangle.

Un tipo silbó y la gente se rio.

Yo era un Pinocho desgarbado de orejas estúpidas y nariz grande con una gran sonrisa. Alguien me movía los hilos, haciendo que mis brazos y mis piernas, que todo mi cuerpo, se sacudiera como el de un pelele. Todo menos auténtico.

La verdad es que estaba haciendo un esfuerzo por encontrar a mi amiga, pero mi Billie, la Billie delicada de la camioneta aparcada en el Mount Moriah escuchando la radio, la chica que me había sostenido la cara y me había dicho «Me gustas tal como eres», ¿dónde estaba? Sabía que estaba en alguna parte dentro de ese paquete negro, rojo y dorado brillante que tenía ante mí, y en mi fuero interno confié en que la encontraría. Pero entretanto yo era todo brazos y piernas, mierdas y risitas.

Cogí a Billie de la mano y se la sostuve con fuerza. Ella clavó sus ojos azules en los míos. Pero yo no era capaz de sostenerle la mirada. Su sexualidad era demasiado fuerte.

Por encima de su escote pronunciado asomaban ocho centímetros de pechos.

Me incliné y le susurré al oído: Piola, Billie. Luego la rodeé con el brazo, y juntos dimos media vuelta y empezamos el largo trayecto de regreso a la mesa.

La camarera del bar con su minifalda verde y su blusa con la espalda descubierta del Green Triangle estaba de pie en la cabe cera de la mesa tomando nota de las bebidas. Oí decir a papa: Solo una Coca-Cola.

La camarera, Billie y yo llegamos a donde estaba mamá casi al mismo tiempo.

Con ese gran gorro, todo lo que se veía de mamá eran las margaritas.

¿Qué desea beber?, preguntó la camarera.

Mamá, dije, quiero presentarte a Billie Cody.

Cuando mamá volvió la cabeza, los pechos cubiertos de lentejuelas negras de Billie estaban justo a la altura de sus ojos almendrados y castaños. Tenía las grandes gafas de plástico en la punta de la nariz. Se las encajó con el índice.

Un ron con
Coca-Cola,
dijo. Que sea doble.

Papá le lanzó rápidamente esa mirada suya. Ella se bajó el gorro hacia ese lado para dejarlo fuera.

Billie, dije. Esta es mi madre.

Mamá se llevó una mano al gorro de margaritas y volvió la cara hacia arriba. La línea oscura que era su boca se rompió en una sonrisa demasiado grande.

La sonrisa Klusener. Podéis estar seguros de que si se nos ven las encías, una de dos, o te queremos o te odiamos.

Con Billie no era amor.

Me alegro mucho de conocerte, dijo.

Dejó las manos rojas y ásperas de granjera en el regazo aferrando su bolso marrón.

La mano de Billie en mi mano, una de las dos o las dos sudando. No sé quién agarraba con más fuerza.

La calva de papá. Tamborileaba con sus grandes dedos peludos sobre la mesa.

Papá, dije. Esta es Billie.

Papá no levantó la mirada.

Menudo modelito lleva, dijo.

La mano de Billie en mi mano, un apretón aún más fuerte.

Luego mi hermana, enseñando mucha encía, dijo: ¡Hola, Billie! ¡Me alegro de que hayas podido venir a nuestra boda!

Se levantó y, haciéndose la simpática, abrazó a Billie de forma aparatosa. El gran traje blanco de embarazada abrazando el vestido negro de putilla. Mi hermana nunca debería hacerse la simpática, y menos embarazada.

¡Te presento a mi marido, Gene!, dijo. Su voz estaba llena de pompas. ¡Y esta es mi dama de honor, Francie Lutz!

Francie seguía aferrada al ramo de novia que había atrapado al

aire en la iglesia.

Gene y Chuck diPietro se levantaron tan deprisa que sus sillas chocaron.

Los ojos de Gene, los de Chuck, se detuvieron en los pechos de Billie y fueron subiendo.

Sí, ya la conozco, dijo Gene. Jo, estás increíble esta noche.

Encantado de conocerte, dijo Chuck. Bonito vestido.

Yo alargué una mano para presentarme a Chuck, pero él no la vio, de modo que la dejé caer.

Chuck miró a Billie como se supone que los hombres miran a las mujeres.

¿Vas a bailar luego?, dijo.

Los ojos con raya negra de Billie me miraron. Si mi expresión se parecía a la de ella en ese momento, yo debía de tener la expresión de dónde coño estoy.

Mi hermana, todavía simpática, todavía llena de pompas, dijo: ¡A las ocho abren la parte del salón de baile!

Mi hermana puso una mano en el hombro de Chuck, otra en el de Billie.

Claro que bailará contigo, Chuck, dijo. ¡¿Verdad, Billie?!

¿Puede apagar alguien la puta máquina de pompas?

Luego: Soy el padre de Gene. Kelso, Jim Kelso.

Alargué la mano para saludar al señor Kelso, pero su mano ya se había dirigido a Billie.

El señor Kelso dio a Billie un fuerte apretón.

El señor Kelso llevaba una corbata Wyatt Earp y la hebilla de su cinturón turquesa era tan grande que parecía un plato.

La señora Kelso sacó su cabeza de pelo azul por detrás de la tripa del señor Kelso.

Con una voz que sonó como la de una gatita, dijo: Es un placer conocerte, ya lo creo.

Caramba, caramba, dijo el señor Kelso. Eres una jovencita real mente atractiva, ¿verdad, Pickles?

El pelo azul de la señora Kelso asomó de nuevo detrás de la barriga del señor Kelso.

Sí, cariño, dijo ella. Es una chica muy guapa.

Rodeé al señor Kelso para estrechar la mano de Pickles, pero estaba bordando un conejito azul en el borde de una funda de

almohada.

De pie junto a la cabecera de la mesa, bajo la brillante fluorescencia del Green Triangle, rodeado de gente que no conocía, me llevé la mano a la cara.

Parecía que nadie quería estrecharla.

Pero en mi otra mano, agarrada con fuerza, con los dedos de pequeñas uñas azules doblados, tenía la mano de Billie Cody.

Ahí estaba mi amiga. Sabía que la encontraría.

Llevé la mano de Billie a mi corazón.

Sí que estás guapísima, dije. Cuando te he visto no sabía qué pensar.

Oh, mierda, dijo ella. Voy demasiado llamativa.

No, dije. No. Es que estás tan…

Sexy, dijo Billie.

Sí, dije, sexy.

Mi respiración pedía un cigarrillo.

Me he asustado un poco, dije.

Si Billie hubiera tenido un cigarrillo en la mano en ese momento, habría sido un remolino alrededor de su oreja derecha. Sí, dijo.

Yo también, dijo. Esta noche, cuando me he mirado en el espejo, yo también me he asustado.

En efecto, a las ocho se abrió el panel plegable beige que daba al salón de baile. El foco apuntaba a Rob Roy y el cuarteto Cougar Mountain. Rob Roy iba con un mono estilo Elvis azul y el cuarteto Cougar Mountain con monos blancos.

Todos los que tenían menos de veintiún años debían quedarse a un lado del gran panel beige, lo que equivalía a decir todos los asistentes a la boda menos los padres y los tíos.

Pero hacia las nueve a nadie le importaba.

Había tanta gente que no se distinguía la sala de banquetes del bar, ni los invitados de los clientes, ni un lado del panel plegable beige del otro, ni tu culo de un hoyo en el suelo. Billie y yo estábamos escondidos donde el panel plegable beige se juntaba con una pared verde, acurrucados en la esquina cogidos de la mano, y compartiendo un vaso sin fondo que la camarera no paraba de

llenar de cerveza y dejar en el extremo de la mesa del banquete. La orquesta se estaba tomando un descanso, pero seguía habiendo mucho ruido. A nuestro alrededor la gente se reía, hablaba y fumaba. Todos se divertían excepto mamá y papá.

Papá estaba en la esquina junto a las cubas para platos hablando de la granja con Clyde Schoonover, que tenía una finca en Río Vista. Sentada sola a la mesa, todavía con su gorro de margaritas, mamá bebía a sorbos su ron doble con
Coca-Cola.

Para entonces mi hermana se había bebido unas veinte botellas de champán y estaba en el centro de la pista de baile con Gene, Chuck diPietro y Francie. Pero no estaba de pie, solo lo intentaba. Metió una mano en el bolsillo de Gene y sacó un paquete de Marlboro, cogió un cigarrillo y lo encendió. Se pasó un buen rato apartándose el puto velo de tul para no pegarle fuego.

Cuando quiero darme cuenta, mi hermana con su gran traje blanco está cruzando la pista haciendo eses, con el paquete de Marlboro en la mano, en dirección a mamá.

Para entonces Billie ha conseguido un cigarrillo y estamos dándole caladas como locos. Cuando mi hermana llega hasta mamá, aparta unas sillas para sentarse. Deja los Marlboro en la mesa, da una profunda calada al cigarrillo, balanceando la cabeza con el tocado, y se inclina hacia mamá para decirle algo muy personal.

Los ojos almendrados y castaños de mamá en el otro extremo de la sala. Hasta Billie vio cómo se le iluminaban. Inmediatamente después mamá se enciende un cigarrillo, y ahí están las dos, mamá y mi hermana, fumando.

Es entonces cuando la camarera del bar con su minifalda y su blusa con la espalda descubierta se acerca con dos copas llenas de un líquido transparente y las deja frente a mamá y mi hermana. Mi hermana se inclina, las huele y las levanta hacia mamá, sonriendo. Mamá no titubea, coge su copa, y ahí están las dos, mamá y mi hermana, brindando. Mamá tuvo que aferrarse a ese gorro, mi hermana a su velo. Entrechocaron sus copas.

Poco después mamá se soltó la horquilla y se quitó el gorro con margaritas. Se arregló el pelo con una mano, apagó el cigarrillo, se retocó el pintalabios, se levantó y cruzó la sala de banquetes hacia el bar.

A juzgar por su forma de andar, se proponía hacer algo. Cuando caminaba de ese modo siempre tenía algo en mente. El día que salió de la iglesia detrás de tía Zelda y le dio una buena tunda caminó de ese modo.

Subió al escenario vacío, fue derecha al piano y se sentó en el taburete. Empezó a cantar inmediatamente «Chapel of Love» y a continuación «Red Roses for a Blue Lady».

No tardó en hacerse el silencio. Muy pronto no se oía en el bar más que el piano de mamá. Debía de haber cien personas de pie calladas.

Billie me había pasado el cigarrillo, y yo le estaba dando una profunda calada cuando ella me cogió inesperadamente la mano. Miré y ahí estaba papá, muy cerca. Quiero decir casi hombro con hombro. Abrí rápidamente la boca y expulsé el humo hacia el suelo. Pero él no me vio. Miraba fijamente a mamá a través de la multitud, allá arriba en el escenario bajo los focos. Yo nunca había visto así a papá. Parecía tan joven, casi de mi edad.

Varios se pusieron a cantar y no tardaron en hacerlo todos.

Cuando volvieron Rob Roy y el cuarteto Cougar Mountain después del descanso, no continuaron con el programa de siempre sino que empezaron a tocar con mamá. Ella estaba tocando «Darktown
Strutter's
Ball», y el batería, el violinista, el guitarrista y el bajo la acompañaron. Rob Roy cogió el micrófono y dijo: ¡Vamos, cantad todos conmigo! Enseguida toda la sala cantaba
«I'll
be down to getcha in a taxi, honey. Better be ready 'bout half past eight».

Papá ya no estaba allí. Lo busqué pero no lo vi.

Billie y yo empezamos a bailar el jitterbug como solíamos hacerlo mi hermana y yo. Billie enseguida lo pilló. Estaba ese pase en que ella se deslizaba por debajo de mi brazo extendido y empezaba a dar vueltas, y yo, sujetándole con fuerza la mano izquierda en alto, también me ponía a dar vueltas, y los dos dimos vueltas y más vueltas hasta que acabamos cara a cara y empezamos a bailar agarrados como si fuera un lento. Nos salió perfecto.

Fue a partir de entonces cuando todo se hizo más lento. Ahí

estaba Billie, feliz de bailar conmigo. Miré hacia el otro extremo de la sala y ahí estaba mi hermana con su gran traje blanco. Se había agachado para coger a Gene en brazos, como se supone que hace el novio con la novia antes de cruzar el umbral. Gene fingía ser una novia que se desmayaba y mi hermana gruñía como un tío cachondo. Todos los que los rodeaban se partían el culo de risa. Cuando miré hacia el escenario, mamá tocaba «We Got to Get Out of This Place», por Dios.

Puedes tocar lo que quieras siempre que sepas dónde está el *do* central.

El pelo de mamá ondeaba hacia atrás, sus manos rojas y ásperas de granjera, con las uñas en carne viva, se deslizaban por el piano, y sus pies enfundados en medias golpeaban los pedales. Estaba en el escenario tocando con la orquesta.

La chica indomable del abuelo Schmidt parecía estar pasándolo en grande.

«If it's
the last thing we ever do.»

Los ojos almendrados y castaños de mamá, esa mierda que creías que estaba en ellos para siempre había desaparecido, y sonreía, sonreía. En medio de un bar, el mundo radiante, ruidoso y un poco borracho a mi alrededor. La gente sudando, bailando y bebiendo. Todo el mundo era feliz. Mamá estaba feliz. Mi hermana estaba feliz. Billie estaba feliz. ¿Por qué no podía ser así siempre? En ese momento amé mucho a Dios.

El único rato que Billie y yo dejamos de bailar fue para que ella lo hiciera con el señor Kelso, Gene y, por supuesto, Chuck diPietro, un par de veces.

Pero fue ella quien me señaló, a través de toda la música, el estruendo y el humo, a papá sentado a la mesa del banquete con su Coca-Cola.

Tenía su cara de culo. Mi padre, sin su mujer, tan fuera de lugar en medio de toda la juerga etílica. Mamá allá arriba, bajo los focos, papá frío, distante y solo, y la vieja casa de los mexicanos fuera en la nieve.

Quién sabe cuánto duró esa canción, todos cantando y bailando. «We got to get out of this place» debió de repetirse unas cien veces. Luego «I Want to Hold Your Hand», seguida inmediatamente de

«Jailhouse Rock», mamá sin parar de tocar.

Todo el bar aplaudió y vitoreó cuando mamá se levantó e hizo una reverencia. Sin dejar de sonreír de oreja a oreja bajó del escenario, con sus zapatos teñidos de amarillo, como si caminara sobre las nubes. Al llegar a la mesa del banquete se sentó. Pero papá ya no estaba allí. Mamá encendió otro cigarrillo, y la camarera no tardó en dejarle otro ron doble con
Coca-Cola
delante. Se inclinó y dijo algo al oído de mamá, y le dio algo.

En menos que canta un gallo los zapatos teñidos de amarillo volvían a estar sobre el suelo, y el gorro con margaritas en sus manos junto con el bolso marrón. Fue derecha a Billie y a mí. Sus ojos almendrados y castaños estaban verdes. No dijo nada a Billie, ni siquiera la miró.

Rigby John, dijo, ven conmigo. Tienes que llevarme a casa.

Luego salió de la sala de banquetes así sin más, dejándome allí de pie preguntándome qué debía hacer.

Billie optó por fumarse un cigarrillo. Lo encendía cuando se acercó mi hermana.

Había un aura de tragedia a su alrededor. Cuando no se hace la simpática, se pone trágica.

Papá ha desaparecido, dijo. Ha dejado las llaves del Buick a la camarera.

Sus oscuros ojos de gitano ruso, echándonos su mal aliento al respirar deprisa, lágrimas corriéndole por las mejillas. Trágica.

¿Adónde crees que ha ido?, dije yo.

¿Quién sabe?, dijo mi hermana.

Será mejor que lleves a mamá a casa, dijo. Ha bebido mucho y no debería conducir.

Como si él no lo hubiera hecho, dijo Billie. Refiriéndose a mí.

¿Qué?, dijo mi hermana.

Tuve que intervenir o habría habido pelea allí mismo.

Tengo que llevar a Billie a su casa, dije. Mi voz sonó aguda y la odié.

Mi hermana dijo: Papá probablemente estará en casa. Dios mío, ¿y si no está?

Miró a Billie al mismo tiempo que yo. El cigarrillo era un remolino junto a su oreja.

Gene y yo podemos acompañar a Billie a su casa, dijo mi hermana. ¿Te parece bien, Billie?

Billie estaba a punto de decir algo. A saber qué. En su cara pasaban muchas cosas y yo no sabía descifrarlas.

Quiso el destino que cuando estaba a punto de hablar, se acercara Chuck diPietro.

Olía a sudor y a colonia Elsha. Sus hombros eran el doble de anchos que los míos.

No te preocupes, dijo. Yo la acompañaré a su casa.

Fue extraño volver a casa conduciendo el Buick. Casi nunca lo conducía yo y nunca lo hacía con mamá sentada a mi lado en el asiento delantero. Conduje a setenta por hora, el límite de velocidad. Mamá se había sentado sobre las piernas dobladas. Era una noche cálida de abril, y tenía la ventanilla bajada y el brazo fuera, dejándolo flotar en el aire tibio de la noche. Su nuevo perfume era agradable.

No era propio de papá hacer algo espontáneo y yo estaba preocupado. Pero mamá no. No la había visto tan eufórica desde que tía Alma nos hizo una visita con Theresa, su amiga artista de Portland. Al llegar a Philbin Road encendió la radio y sintonizó la KSEI a todo volumen. Ponían las viejas canciones de mamá. Ella seguía fumando un cigarrillo y, justo en el momento en que la canción que sonaba por la radio decía «Just let the smoke rings rise in the air,
you'll
find your share of memories there», el humo de su cigarrillo se elevó en el aire. Mamá se rio un poco, luego dejó que le diera el viento y le agitara el pelo.

La casa estaba a oscuras cuando mamá y yo entramos con el coche en el patio. Por el modo en que los faros iluminaron la casa, parecía embrujada. Tramp empezó a ladrar y los gatos salieron corriendo del garaje.

Subí los cuatro escalones hasta la cocina detrás de mamá. La puerta de la cocina, el ruido que siempre hacía. Cuando mamá apretó el interruptor de la pared, de la oscuridad surgió la voz de papá, demasiado alta: Deja la luz apagada.

Un silencio repentino en nosotros, en mamá y en mí.

Tengo algo que decir, dijo papá. Y prefiero hacerlo en la oscuridad.

La puerta de la cocina se cerró sin hacer ruido a mis espaldas. Por un instante mamá bajó los hombros y se volvió hacia mí como si también fuera una niña, temerosa de papá en la oscuridad. Se llevó al pecho el gorro de margaritas y el bolso marrón que tenía en las manos, y allí los sostuvo.

De la oscuridad, la voz de mamá baja y susurrante: Rigby John, vete a la cama.

Luego papá, de nuevo demasiado alto: No, deja que el chico se quede. Lo que tengo que decir también le atañe a él.

La luz de la luna y las estrellas entraba por la ventana de la cocina. Papá todavía llevaba su traje negro nuevo y estaba sentado en su silla de la cabecera. Tenía los codos sobre la mesa, y de vez en cuando se llevaba las manos a la cara y se la tapaba.

Venid aquí y sentaos, dijo papá.

Mamá y yo teníamos que pasar por su lado para llegar hasta nuestras sillas. Yo traté de pensar en una forma de evitarlo, pero no la había.

Mamá dejó en la mesa su gorro de margaritas, luego el bolso marrón. El ruido de su silla y el de la mía sobre las baldosas azules y blancas.

Mamá se sentó en la silla que solía ocupar mi hermana. Se movía despacio y con cuidado. Yo me senté al otro lado de la mesa, frente a ella. En la oscuridad se la veía con escasa profundidad, como blanda.

Mary, dijo papá todavía muy alto, quiero el divorcio.

Shock y sorpresa en mi interior, de una clase que nunca había conocido. Rara y demencial.

El shock de mamá sin papá.

Pero también otras sensaciones extrañas en el pecho. Viejos trozos de mierda atascada, viejos murciélagos grises colgados del revés, mariposas repentinas, colibríes, estallidos de mierda que salía disparada de mí, fuegos artificiales.

Para mamá y para mí.

Por fin ella podía respirar.

Lo que dijo a continuación papá fue una larga retahíla de

palabras, como si hubiera estado sentado en la oscuridad ensayándolas. No solo esa noche, sino también durante muchísimo tiempo.

Mary, dijo papá. Eres demasiado terca. Siempre tienes que salirte con la tuya. Y ya me he cansado. Siempre estoy andando sin hacer ruido por la casa, preguntándome si algo te va a molestar. Caminando por la casa como pisando cáscaras de huevo la mitad del tiempo, siempre temiendo que tengas uno de tus ataques de migraña, o dolores menstruales, o haya empezado el cambio de la vida o lo que sea. Siempre pasa algo.

Ocultó la cara entre las manos. Su pelo negro proyectaba sombras en ella.

La luz de la noche entraba por la ventana e iluminaba la cara y los hombros de mamá.

Eres una mujer dura, Mary Schmidt, dijo papá. Lo sabía cuando me casé contigo, pero pensé que cambiarías. No lo has hecho. Te has convertido en la viva imagen de tu madre. He trabajado duro por ti y por nuestros hijos, pero no he recibido mucha gratitud a cambio. Tengo la comida en el plato, pero no una sonrisa con él. Para ti todo es desgracia e infortunio, y mala suerte. No hay un respiro. Siempre estamos arrodillándonos rezando sin parar por alguna calamidad u otra. Un hombre no puede vivir así. Tiene que tener algo además que le haga la vida agradable. Y estos chicos. Mira cómo han salido. Malcriados. Te lo dije una y otra vez, pero no me hiciste caso. Dios, los has estado guiando toda la vida como un perro guardián, siempre cuidándolos para que fueran especiales y *difrentes*. Bueno, pues ya son *difrentes*. Una hija embarazada y un niño de mamá.

Niño de mamá.

Pelele.

El reloj del abuelo hacía tictac, tictac.

Todo por tu culpa, dijo papá. Siempre hablas de Dios y rezas a Dios, pero no hay ni una pizca de fe en ti. Si tuvieras fe dejarías en paz a estos chicos y confiarías en los designios de Dios en lugar de atarlos corto.

El puño de papá cayó con fuerza sobre la mesa.

Papá en el cuarto de las sillas de montar, su sombra un círculo alrededor de sus pies. Por un lado yo estaba muerto del susto; por el

otro, nunca había tenido los pies tan firmes sobre el suelo.

Esta noche en el bar, gritó papá.

Hablaba demasiado fuerte y su voz sonaba como la mía cuando se vuelve aguda.

Estabas borracha como una cuba, gritó. Hijoputa por aquí, hijoputa por allá… ha sido total y absolutamente vergonzoso. ¿Qué hombre que se precie deja actuar de ese modo a su mujer? Nunca has tenido ningún respeto hacia mí ni hacia tus hijos, solo eres tú, tú, tú. Bueno, pues me he cansado. Quiero el divorcio. El lunes por la mañana iré al abogado y firmaré los papeles. Me convertiré de golpe y porrazo en un hombre libre. Por una vez viviré la vida que quiero vivir en lugar de hacerlo bajo el yugo de una mujer terca que solo quiere salirse con la suya.

Esa noche el silencio detrás de la puerta del dormitorio de papá y mamá, el silencio en el pasillo de la cocina, el silencio al otro lado de las baldosas azules y blancas de la cocina, por las escaleras hasta la puerta de mi cuarto, el silencio de mi hermana que ya no estaba. El silencio en la puerta de mi cuarto, apretándose con fuerza contra ella. No me dejó dormir en toda la noche.

El domingo por la mañana, justo al día siguiente, los tres nos subimos al Buick para ir a misa de nueve. Como siempre, condujo papá. Como siempre, mamá permaneció sentada con su sombrero de iglesia y sus grandes gafas de plástico. Nadie dijo nada. Normalmente así eran las cosas durante el trayecto a la iglesia, nadie decía nada, pero ese domingo lo no expresado era tan intenso que querrías ahogarte.

Dentro del Buick todavía olía como la noche anterior. A pesar del Old Spice de papá, a pesar del nuevo perfume de mamá, dentro del Buick olía como el Green Triangle. Sexo, alcohol y rock and roll.

Cuando nos detuvimos en el aparcamiento de Saint Joe y papá bajó del coche, lo miré detenidamente. Tenía su cara de culo y se sentía imbécil, se notaba.

Después de la iglesia, cuando mamá preparó el desayuno, las

cazuelas y sartenes se estamparon ruidosamente sobre la mesa, el cajón de los cubiertos y la puerta de la nevera se cerraron de golpe, las gachas eran un gran pegote de argamasa, los huevos estaban duros, y cuando pedí otra tostada mamá dijo: Coge la puñetera tostada tú mismo.

Cuando salí de casa para atender mis tareas, tan pronto como se cerró la puerta mosquitera detrás de mí, dentro de la casa se desató el infierno. Gritos, aullidos y objetos arrojados al aire, platos rotos, todo lo habido y por haber.

¡Maldito paleto!, gritó mamá. ¡Voy y me caso con un maldito paleto!

Ese día las tareas me llevaron más tiempo que nunca. Después de mi Viceroy, después de hacerme una paja e infringir el sexto mandamiento, después de escuchar los temas más populares del momento por la radio, después de dar de comer a las vacas sus veinte fardos de heno, no tenía nada mejor que hacer, de modo que fui a la casa de los mexicanos. La caja de madera que hacía de escalón delantero, la puerta mosquitera reventada, las dos habitaciones vacías que olían a fogón, tortillas, sudor, tabaco y café instantáneo. Me senté en una de las dos camas dobles, me tumbé. Los muelles hicieron un ruido pinche. El sol que entraba por la ventana me calentó la cara y todo se volvió rojo cuando cerré los ojos. Me pregunté en qué cama habrían dormido Flaco y Acho. Me pregunté dónde estarían en ese momento. Me pregunté si la mancha del techo les habría parecido una flor terrible.

Esa noche papá no entró a ver *Bonanza*. Se quedó en el cobertizo y no vino a cenar. No hubo cena. Yo tomé un sándwich de mortadela y un vaso de leche. Traté de llamar a Billie, pero no contestó nadie. Papá no entró en toda la noche. Supongo que durmió en el camión.

Era raro estar acostado pensando en mamá sola en la cama doble, y papá fuera en el taller de máquinas o el establo, solo en alguna parte.

El lunes por la mañana papá no fue al abogado. Se sentó en su lado de la mesa, bebiendo su té caliente con dos cucharadas de azúcar y leyendo el *Idaho State Journal* como siempre. Yo observé a mamá por encima de mis gachas. Detrás de sus grandes gafas de plástico, sus ojos almendrados y castaños no revelaban nada.

Así continuó toda la semana. Una noche, al recorrer el pasillo, vi la puerta del cuarto de baño abierta. Papá estaba de pie frente al lavabo, con sus calzoncillos largos sobresaliendo sobre los
Levi's.
Del hombro a la cintura tenía un largo arañazo. Cuando lo miré, papá me miraba por el espejo para asegurarse de que había visto el arañazo.

Billie seguía sin responder a mis llamadas, de modo que cuando llegó el miércoles fui en coche a su casa, aparqué y subí la acera expuesta al viento hasta su puerta, pasando por delante del farol cubierto de hiedra. Cuando el mundo se viene abajo, puedes fingir que no pasa nada y hacer que todo parezca bonito desde fuera, o puedes intentar seguir adelante, aunque todo lo que hagas es dar un paso.

Llamé al timbre.

La C no de Cody sino de coño.

El hombre que abrió la puerta de aluminio llevaba una camisa de trabajo gris con la inscripción «FONTANERÍA CODY» en el bolsillo y unos pantalones grises a juego. Era bajo como Billie, de hombros, pecho y brazos fornidos. Su forma de mirarme me hizo olvidar lo que iba a decir.

En lo único que pensé fue: Si me casara con Billie, mi hermana y yo habríamos pasado a formar parte de familias de fontaneros.

El padre de Billie tenía un palillo entre los labios y masticaba chicle como si tuviera un animal salvaje en la boca.

¿Qué puedo hacer por ti?, dijo.

El brazo izquierdo con la manga gris arremangada, con el vello oscuro del antebrazo, sostuvo la puerta de aluminio abierta.

¿Está Coño?, dije.

Sí, es verdad.

En serio que eso es lo que dije.

Dije: ¿Está Coño?

Lo sé. Lo sé. Joder, ¿os lo podéis creer? Aun ahora, cuando pienso en ello, tengo que esconderla cabeza debajo de los brazos.

Homer Cody se metió el índice en el oído. Lo sacó, se lo miró, lo olisqueó.

Luego: Habla alto, hijo. ¿A quién estás buscando?

¡Billie!, balbuceé. ¡He venido a ver a Billie!

Homer Cody me miró como quien apunta a través de la mira de un arma de fuego.

Chico, no me gustas, dijo por fin.

¿Señor?, dije.

Luego, por encima del hombro, Homer Cody gritó: ¡Eh, jefa! Ha venido a verte alguien.

Del fondo de la casa llegó la voz de una mujer: ¿Quién es?

Homer Cody tenía los ojos clavados en los míos cuando gritó: ¡Un retrasado mental!

Se volvió y se metió en la casa, y acto seguido apareció en la puerta la señora Cody. El pelo castaño corto formaba una burbuja alrededor de su cara. Abrió la puerta de aluminio y yo volví a estar sin apoyo.

Descalza, con las uñas de los pies pequeñas. Treinta y seis años. El doble que Billie. El cigarrillo en la mano.

¿Sí?, dijo.

El director de orquesta de una sinfonía, el cigarrillo y la señora Cody.

Está buscando el coño de la casa, dijo muy fuerte el señor Cody desde el fondo de la casa.

Por eso te he llamado, dijo.

La señora Cody dio una larga calada a su cigarrillo. Su mirada iba de mí al gilipollas de su marido. Ese día fue el primero en que me miró como lo haría otras veces. No como si fuera algo de su hija. Sus ojos azules clavados en mí como si supiera algo de mí que yo aún no sabía y que, cuando lo supiera, me partiría el corazón.

Tú eres Rigby John, dijo.

Sus ojos azules más grises que los de Billie. Lo sé porque hacía mucho que los miraba. También había dolor en esos ojos, como en los de mi madre.

Luego, inesperadamente, dijo: Billie tenía razón.

Dije: ¿Señora Cody?

Eres encantador, dijo ella. Nunca he visto nada igual.

Sonrió de oreja a oreja, con una sonrisa muy parecida a la de Billie. Se inclinó un poco e hizo un ademán con el cigarrillo hacia mí y a continuación hacia fuera, como si me presentara ante un público.

Muy dramático.

Pasa, dijo. Espera en la sala. Iré a decirle a Billie que estás aquí.

Metí un pie dentro de la casa. En la encimera de la cocina cuatro latas vacías de Budweiser. Dos más en la mesa. De pronto hacía mucho calor ahí dentro.

Dije: No creo que el señor Cody quiera verme aquí.

La rápida calada al cigarrillo.

Tampoco Billie, dijo ella. Pero estás aquí, ¿verdad? Al menos la mitad de ti.

Metí el otro pie.

La señora Cody puso una mano en mi hombro, la deslizó por mi brazo. Fue agradable cómo me tocó, tierno. En todos esos años mi madre nunca me había tocado así.

Bajó la voz. Iba a decirme un secreto.

Me alegro de que hayas venido, dijo. Has hecho bien.

Volvió a subir la mano hasta mi hombro.

Eso demuestra que Billie te importa y ella lo verá, dijo.

El cigarrillo como quien juega con bengalas el cuatro de jubo.

Y no te preocupes por el padre de Billie, añadió todavía bajito.

Es un maldito borracho, dijo. Así que no le hagas caso.

¡Billie!, gritó. ¡Tienes visita!

En la sala de estar, me senté rápidamente en el sillón beige. Fuera, por el ventanal de aluminio, el señor Cody se subía la cremallera de su cazadora de bombero en la que se leía por detrás «UNITED STATES MARINES». Sacó el dedo medio hacia la casa, hacia mí. Luego bajó los escalones como un soldado.

Billie apareció en la esquina de la sala poniéndose un jersey negro por la cabeza. Me levanté rápidamente. Me pareció raro no verle la cara cuando dijo: Hola, Rig. Ahora, cuando pienso en ello, comprendo por qué lo hizo. Pero ese día yo solo quería mirarla a los ojos y verme a mí mismo dentro de ellos devolviéndome la mirada.

Cuando hablé, de entrada no me salió la voz. Pero tenía que hablar. No quería terminar como mamá y papá.

¿Dónde has estado?, dije. He estado llamándote.

Los ojos de Billie se pusieron rojos, pero no por el cáncer del conducto lacrimal, y se llenaron de lágrimas. En un abrir y cerrar de ojos su cabeza estaba sobre los botones de mi camisa.

¡Oh, Rig!, dijo. He estado un poco rara.

La palma de mi mano en su nuca. El olor a limpio que ella

desprendía, algo francés. Su cuerpo pegado al mío en la sala de estar de alguien, beige y bien caldeada, con las luces encendidas. Empecé a sudar.

Dije: ¿Por qué no vamos al cementerio a escuchar la radio, fumar y besarnos aparcados al lado de Russell?

Fumemos aquí, dijo Billie. ¿Tienes cigarrillos?

¿Aquí?, dije. ¿Te dejan fumar en casa?

Papá se ha ido, dijo. Eso es lo único que importa. Fumo siempre con mamá.

En el bolsillo de mi camisa tenía cuatro Viceroy. Saqué dos, le di uno a Billie y se lo encendí, luego encendí el mío.

La inhalación de Billie fue una bocanada de aire. Sus ojos azules estaban como los de mamá cuando tiene migrañas.

¿No crees que los dibujos del techo parecen paramecios?, dijo Billie.

Luego dijo: Supongo que viene del latín, *paramecium*.

Dije: Billie.

Billie mantuvo la barbilla alzada hacia los paramecios beige y dio una larga calada.

Cuando bajé la vista, aferraba con la otra mano el borde de un cenicero de cristal verde. Había algo muy triste en la forma en que le temblaban los dedos con sus pequeñas uñas azules.

Por encima de nosotros los paramecios beige del techo se movían despacio.

Muy despacio, como lo que dijo Billie a continuación.

He estado viendo a Chuck diPietro, dijo.

Todo muy despacio, despacio y pesado, como lo que siento en la barriga cuando la tengo llena de gachas.

¿Viéndolo?, dije. ¿Quieres decir saliendo?

No, dijo Billie. Solo nos hemos visto en el Snatch Out.

Era tan raro fumar dentro de la casa de alguien a la vista de todos.

¿Más de una vez?

Dos, dijo Billie.

Dos paramecios beige que había en el techo encima de la ventana de aluminio se deslizaron por la pared.

Viéndolo, repetí. ¿Qué significa viéndolo?

Paramecios deslizándose por la pared alrededor de la ventana de

aluminio hasta la moqueta beige del suelo.

Dando vueltas en coche, dijo ella. Bebiendo una Coca-Cola.

Paramecios bajo mis pies, bajo la alfombra beige.

Tiene una camioneta chula, dije.

Lo siguiente que dije no pude pensarlo mucho. Pero tenía que soltarlo. Alguien en mi familia tenía que decir las cosas.

¿Le has besado?, dije.

Paramecios, arrastrándose por toda la puta habitación beige.

Rig. La voz de Billie era grave, una Simone Signoret especialmente grave. Seguía mirando al techo.

Yo también lo miraba.

Los paramecios que se comieron Pocatello.

¿Recuerdas la promesa que hicimos?, dijo Billie. ¿Que pasara lo que pasase siempre seríamos amigos?

El corazón me latía con violencia dentro del pecho, en los oídos. Me corría el sudor por los costados. Apagué el cigarrillo en el cenicero.

Bueno, dijo Billie, pues esta es una de esas veces.

Me pareció que me quedaba sentado ante la chimenea eternamente, con los paramecios que se comieron Pocatello comiéndome el corazón. Sentado y fumando. Todo daba vueltas de golpe alrededor de mi cabeza y todo era estridente.

¿Cuánto tiempo la había besado, dónde lo había hecho? ¿Qué clase de chica iba por ahí besando a dos chicos al mismo tiempo? ¿Qué hacía yo, trabajar en la granja, hacer los deberes, cenar, ver *I love Lucy*, cuando Chuck diPietro la besaba? Los paramecios beige se me metían dentro de los calzoncillos como el polvo de heno. Nos quedamos sentados frente a la chimenea una hora, tal vez más. Un par de veces Billie trató de tocarme, pero yo no la dejé. Cada vez que me escabullía, ella me buscaba. Así fueron las cosas todo el tiempo que estuvimos frente a la chimenea, Billie tratando de tocarme, yo escabulléndome.

Cuando por fin dejé que me tocara, tenía el culo fuera del asiento.

Lo prometimos, Rig, dijo. Prometimos que, pasara lo que pasase, seríamos amigos.

Papá y mamá también habían hecho una promesa. Mirad

adónde los había llevado. Pero Billie y yo éramos *difrentes*. Nosotros podíamos hablar. No tratábamos de escondernos.

Cogí la mano de Billie y la sostuve contra mi corazón.

Sigo siendo tu amigo, dije.

Billie cerró los ojos y me besó, dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa.

¿Lo prometes?, dijo.

Todo el té de la China. Una audiencia con el papa. La luna. Hablé con voz grave. Yves Montand, así llamábamos a mi voz cuando era grave.

Lo prometo, dije.

En casa, como siempre, el desayuno se servía a las ocho, la comida al mediodía y la cena a las seis. Mamá seguía cocinando, y papá y yo comíamos. Después de cenar papá se tomaba su té caliente con dos cucharadas de azúcar, se fumaba su Viceroy y leía el periódico. Las aguas volvieron a su cauce, con la excepción de que mi hermana ya no estaba allí para ayudar con los platos. Era como para volverte loco. Como con Russell, la amenaza de papá de divorciarse era algo aterrador que estaba ahí, y todo el mundo sabía que estaba ahí pero nadie tenía el coraje de hablar de ello.

Pero esta vez las cosas fueron *difrentes*. Todo lo que estaba bajo la superficie y se callaba se iba haciendo más grande. Lo único que tenías que hacer era rascar un poco y ya estaba liada.

Las pequeñas cosas, como que a mamá se le quemaran las galletas, papá se quedara sin gasolina en el campo, o que yo fuera en el puto autocar al colegio, no eran solo los asuntos desgraciados que eran sino la desgracia en sí. Todo el mundo estaba contra nosotros, si no fuera porque nosotros ni siquiera éramos nosotros.

Toda la primavera mamá y papá siguieron tan fielmente el guión que yo mismo empecé a creer en él. En cualquier caso, el divorcio parecía descartado, lo que fue una especie de alivio extraño para mí. Había considerado la idea de que el divorcio podía beneficiar a mamá, pero no lograba concebir algo tan *difrente*. Era horrible estar cerca de ese punto muerto encubierto. Pero al mismo tiempo lo entendía. Billie y yo también habíamos encubierto lo sucedido y vuelto a nuestra rutina de los miércoles y los viernes por la noche

en el Mount Moriah. Era lo mismo y no lo era, pero aparcados bajo el olmo, con la primavera afuera, los arbustos, los árboles y las flores, todo volvía a cobrar vida, y a nuestro alrededor había tanta esperanza que Billie y yo nos mirábamos a los ojos y hablábamos como podíamos de lo que había dentro.

Luego Billie y yo recibimos una ayuda inesperada.

Descubrimos algo nuevo, algo *difrente*.

En realidad fue la madre de Billie la que lo descubrió, de hecho lo compró para ella, y para Billie y para mí.

Una bolsa de marihuana.

Mamá jamás saldría a comprar marihuana.

En cuanto Billie me habló de la marihuana, se apoderó de mí un miedo que casi me paralizó el corazón. Entonces no lo sabía, me llevó un tiempo hacerlo, pero llegué a ver mi miedo como el mismo miedo que tenían mi madre y mi padre. A mi madre y a mi padre les asustaba lo nuevo. La marihuana era algo nuevo, eso seguro. Pero después de dejar asentar el miedo y examinarlo detenidamente, decidí que podría ser justo lo que necesitábamos. Después del desastre de la boda de mi hermana, la bronca de mis padres, y lo mío con Billie, estaba preparado para intentar algo nuevo, realmente nuevo. No algo externo a mí, como probar un deporte o comprarme un coche, sino algo interno. La marihuana encierra la promesa de derribar tus inhibiciones, de cambiar realmente tu mente consciente. Como en *Las puertas de la percepción* y *Cielo e infierno* de Huxley, la marihuana iba a abrir mi mundo y por fin iba a enfrentarme al miedo que había dentro de mí. Scardino, el trinomio sexo, deshonra y culpabilidad, el miedo que me debilitaba los brazos. En realidad estaba cansado de ser tan miedica.

Cuando miro atrás ahora, es cierto que fue la marihuana, pero aún más que la marihuana fue mi determinación de cambiar las cosas. Ya lo dijo un tipo cuyo nombre sabe bien Billie: Ten cuidado con lo que deseas. O mejor, creo, ten cuidado con lo que decides perseguir.

Fuera quien fuese el que lo dijo, tenía razón. Miradme aquí en la autopista, en este desierto plateado, solo con la luna. Y el universo no tiene la culpa. Cuando persigues algo que quieres y acabas jodido no puedes culpar a nadie más que a ti mismo.

¿Y sabéis una cosa? Eso no es más que una parte de ello. De hecho, las cosas tienen que joderse si te propones ir a alguna parte que no han conocido tus padres. Tal vez por esa razón conspira el universo.

Y eso fue lo que hicimos Billie y yo a finales de primavera en su casa con su madre mientras su padre estaba en una convención de fontanería en Boise.

Acabamos jodidos.

¡Hay cerveza en la nevera!, gritó la señora Cody desde el cuarto de baño. ¡Ponte cómodo!

Era extraño coger una lata de cerveza de una nevera. La abrí y me senté a la mesa de la cocina como si cada día entrara en esa casa, abriera la nevera y cogiera una lata de cerveza. Billie y su madre en las habitaciones del fondo, más bien hermanas que madre e hija, riéndose y hablando, el agua corriendo en el lavabo del cuarto de baño, el secador, una de las dos cepillándose los dientes. De las habitaciones del fondo, el olor a limpio, algo francés. Mujeres, el ruido que hacen y cómo huelen, como si supieran que son un consuelo.

En la mesa de formica verde de la cocina, las manos de la señora Cody, sus uñas diminutas, dejaron una bolsa de plástico enrollada llena de algo verde oscuro.

La señora Cody, Billie y yo nos quedamos ahí sentados, mirando fijamente la bolsa de plástico, tratando de recuperar el aliento. La señora Cody fue la primera en encender un cigarrillo, luego Billie y por último yo.

Nadie tocó la bolsa de plástico. Estaba al lado de un cenicero de cristal tallado, como una película británica nueva y extraña que escapa a tu entendimiento.

Aún no sabíamos qué era o cómo nos haría sentir.

Extraño que una bolsa de plástico pudiera representar lo que nunca había hecho y me daba miedo hacer. Y algo más. Lo que había en mí y no conocía, y me asustaba conocer. Quién era, quién no era y quién temía ser. Todo eso dentro de una bolsa de plástico en la mesa de formica verde.

El olor. Como acre. Hojas muertas amontonadas junto a la valla.

Heno mohoso. Conociendo mi suerte la marihuana resultaría ser heno mohoso.

Billie dejó una pipa en la formica verde al lado de la bolsa de plástico y el cenicero de cristal tallado. La había comprado en Incensé Peppermints, una tienda que acababan de abrir en el centro de Pocatello. La pipa estaba hecha de cristal soplado con remolinos azules y verdes.

Cogí un poco de heno mohoso de la bolsa de plástico y llené la pipa, con cuidado de no tirar nada sobre la formica verde. Ninguno de los tres sabíamos cuánto íbamos a tardar en colocarnos, de modo que apreté bien el heno mohoso en la cazoleta con el pulgar antes de poner más.

Cuando la pipa estuvo llena, la dejé en mitad de la formica verde.

La señora Cody alargó las manos con las palmas hacia arriba. Con la izquierda cogió la mano de Billie, con la derecha la mía. Billie deslizó su otra mano en la mía y los tres formamos un círculo.

Encima de la mesa, en un jarrón azul, había lilas. El olor a lilas, el olor a heno mohoso, algo francés, el olor de las galletas con trocitos de chocolate. La señora Cody estaba haciendo galletas de chocolate en el horno.

Se aclaró la garganta e inclinó la cabeza.

Querido Dios, dijo. Su voz era como la Simone Signoret de Billie.

Mi hija Billie, su amigo Rigby John y yo hemos venido aquí y hemos formado un círculo. Creemos que es bueno adquirir experiencias en la vida, de modo que hemos decidido colocarnos con esta marihuana. Que sepas que no queremos causar perjuicio ni a nosotros mismos ni a los demás. Y que abordamos esta experiencia con sumo respeto.

Me apretó la mano y abrió sus ojos azules, y me miró.

¿Quieres añadir algo?, dijo.

Extraño. Una judía hablando con Dios sobre marihuana. Mi madre tendría que rezar un rosario y las putas letanías. Claro que mi madre nunca habría estado allí.

¿Billie?, dijo la señora Cody.

Billie no me miró. Si lo hubiera hecho se habría echado a reír, de modo que se miró las manos e hizo un gesto de negación.

Bueno, continuó la señora Cody, entonces, querido Dios, te

pedimos que nos concedas a cada uno un buen viaje. Por favor, vela por nosotros para que no enloquezcamos.

Encendí la pipa mientras la señora Cody aspiraba.

Se supone que tienes que retener el humo todo el tiempo que puedas, dijo Billie.

Los ojos verde azulado de la señora Cody se iluminaron, y dio una calada y retuvo el humo en los pulmones hasta que no pudo más y lo expulsó.

Billie y yo la miramos fijamente. Seguía teniendo una burbuja de pelo castaño, los ojos verde azulado. Nada había cambiado en ella.

A continuación le tocó a Billie. Volví a encender una cerilla y la acerqué al heno mohoso. Billie aspiró hondo, apartó la pipa y dijo de esa forma en que hablas cuando estás reteniendo el humo: Gracias.

Luego me tocó a mí. Billie me sostuvo la cerilla y exhaló una bocanada de humo en el preciso momento en que yo daba una profunda calada.

Contuve el aliento. Parte de mí empezó a observar todo lo que pensaba y hacía. Lo que veía, oía y sentía. Jugaba a espías, observando de cerca todo lo que hacía y cada función corporal.

Nada era *difrente*. Todo era normal.

De modo que terminamos la primera pipa, y cuando lo hicimos sonó un timbre. Todos nos sobresaltamos. La señora Cody se levantó, se acercó al horno y sacó las galletas con trocitos de chocolate.

En ese momento Billie me miró. Tenía los ojos muy abiertos y por un momento pareció abarcarme por entero, y durante ese momento en que me abarcaba por entero, solo pensaba en la forma más adecuada de decir lo que quería decir.

Era agradable que te miraran de nuevo tan intensamente. Luego me pregunté si era porque estaba colocada.

Se levantó, fue a la sala de estar y enseguida empezó a oírse música. Cuando volvió a la cocina sonreía con su gran sonrisa.

Es *Sergeant Lonely Hearts Club Band*
Pepper's
, dijo.

¿Has comprado el disco?, dije.

Todo un mundo en la portada de ese disco. Deslizó los dedos por

ella. *Sergeant*
Pepper's
tan lleno de color y objetos brillantes, sombreros y pliegues de ropa y joyas, borlas doradas y toda clase de cosas extrañas. Cosas que yo nunca había visto.

La señora Cody dejó un plato azul lleno de galletas en la mesa de formica verde.

Todos dijimos: Qué coño, y volvimos a llenar la pipa y nos la fumamos entera, la dejamos en la mesa y esperamos a que se abrieran las puertas de la percepción y el cielo y el infierno. Pero no se abrió nada.

No había nada *difrente*. Mi sueño de una nueva conciencia solo era heno mohoso.

La señora Cody cogió la pipa y la llenó, encendió una cerilla y aspiró más humo. Le pasó la pipa a Billie. Billie aspiró y me la dio. Yo aspiré una gran bocanada de humo. Nos pasamos la pipa hasta que se vació.

Continuamos así, pensando: pues vaya, ¿cuándo va a hacer efecto esta marihuana? La madre de Billie trajo una vela roja, la encendió y bajó las luces. *Sergeant Lonely Hearts Club Batid*
Pepper's
sonaba una y otra vez. Billie y su madre se reían, fumaban y parloteaban, el mundo entero seguía su curso, seguía su curso.

Fue entonces cuando me miré las manos.

Hacía casi diecisiete años que tenía esas manos.

Más allá de mis manos, en la mesa, parpadeaba la llama de la vela roja. Al otro lado de la verde llanura de formica, la llama que se reflejaba en el jarrón azul era del color de la sangre antes de tocar el aire. En la parte superior del jarrón azul sangre, un volcán de lilas en erupción. Y en ese preciso momento el cenicero de vidrio tallado reflejó la llama y emitió erráticos ángulos de luz. En la base del cenicero, los ángulos de luz eran las letras de un alfabeto secreto. Más allá del alfabeto secreto de la luz, el plato azul. En el plato azul, una montaña de galletas con trozos de chocolate.

Dios mío, galletas con trozos de chocolate.

Ahí estaba yo, observándolo todo, espiando a un tipo que había tenido esas manos durante casi diecisiete años, mirando cómo pasaban las cosas por mi lado, sobre mi segunda, tercera, cuarta

galleta de chocolate. John, Paul, George y Ringo vestidos de azul, rojo y dorado brillantes. Sabía que en cualquier momento la marihuana iba a descifrar el mundo y el alfabeto extranjero tendría sentido, y por fin yo también brillaría y sería libre.

Mientras miraba a Billie y a su madre, a las dos les salió la risa de dentro hacia arriba y hacia fuera. Madre e hija, la misma sonrisa, los mismos dientes, la misma forma de mantener erguida la cabeza pero *difrente*.

Un sonido tan extraño, la risa.

La razón por la que la risa suena extraña es porque la risa es extraña, tíos. ¿Podéis decirme qué es la risa?

Luego, en lo más profundo de mi ser, algo que tenía que salir hacia arriba y hacia fuera, y cuando lo hizo, el ruido extraño provenía de mí, risa mezclada con la de Billie y la señora Cody, y de pronto todos estábamos oyendo ese ruido que nos salía de dentro, y nos mirábamos a los ojos como si lo hiciéramos nosotros. Tres personas totalmente *difrentes*, que, porque así lo había querido el destino, estábamos sentadas juntas alrededor de la llanura verde de Serengueti de formica, una vela roja encendida, un jarrón color sangre azul rojizo con una explosión de lilas y el secreto alfabeto de la luz del cenicero de cristal tallado, con John, Paul, George y Ringo, la señora Cody, Billie y yo en la cocina de una casa del condado de Bannock.

Nacidos en un baúl del Princess Theater de Pocatello, Idaho. Todos.

Lo que nos hace reír aún más fuerte.

El resto de la noche cuesta recordarlo. Quiero decir que recuerdo todo, o eso creo, pero de una forma *difrente*. Normalmente cuando miras atrás, piensas: Bueno, ha ocurrido esto, eso y aquello. Pasan cosas y solo después de que han pasado les das sentido. Pero la noche de la marihuana no fue esto, eso y aquello. No fueron hechos consecutivos. Tal como lo recuerdo yo, todo ocurrió a la vez. No tenías que esperar a que pasaran las cosas para darles sentido. Sencillamente pasaban y mientras lo hacían tenían sentido.

Por eso nos reímos tanto. Porque las cosas tenían sentido todo el tiempo y no había que esperar a que pasaran.

Así fueron las cosas a medida que avanzaba la noche, más caladas, más cigarrillos, más cerveza. Conversaciones y risas, todo pasaba sencillamente y tenía sentido. Luego, inesperadamente, la señora Cody quiso por alguna razón brillar como George, Paul, John y Ringo. Cuando volví a levantar la mirada, ahí estaba la señora Cody con su viejo traje de novia. Daba vueltas y vueltas al ritmo de *Sergeant Pepper's*. Tenía todo el sentido del mundo.

Pero de ese traje de novia y de lo que encerraba para mí, no tenía ni idea.

Al principio el traje de novia de la señora Cody no fue sino otro traje de novia más. De seda y brillante, haciendo el frufrú de la seda. Dando vueltas y más vueltas, blanco deslumbrante, cómo el blanco puede ser tantos colores a la luz de una vela.

Luego se lo probó Billie. Sus pechos, empujados hacia arriba y hacia fuera, parecían a punto de reventar la parte superior del vestido, pero logró embutirse en él. Nos reíamos mientras Billie daba vueltas, el blanco era todos los colores que podías imaginar y todo iba sobre ruedas. Luego sonó «Lucy in the Sky with Diamonds» y las cosas se enrarecieron. Algo relacionado con Billie y el traje de novia. Se me amontonó la mierda en el pecho y tuve la sensación de que iba a vomitar o a cagarme encima.

Billie con un traje de novia blanco, como mi hermana con su traje de novia blanco, del mismo modo que la madre de Billie o mi madre habían llevado su traje de novia blanco.

Un simple traje blanco brillante y todo lo que representaba. Toda la congoja que causó.

Qué claro lo vi de pronto: el traje de boda blanco era una prisión, un método para que las mujeres se volvieran por sí solas frías, distantes e infelices, y, por encima de todo, para hacerte pagar a ti por su sufrimiento.

En menos que canta un gallo el mundo se desvaneció y yo estaba aturdido, con el pulso acelerado y el corazón palpitándome con fuerza en los oídos.

Todo tenía sentido, pero ya no era divertido.

Cuidado con lo que persigues.

Quería salir, tomar aire, respirar hondo, echar a correr. Pero no

lo hice. Me quedé sentado. Totalmente inmóvil. Yo en la silla con mi miedo.

Al cabo de un rato, una eternidad, después de más cigarrillos y más cervezas, Billie se quitó el vestido y lo dejó en la silla contigua a la mía.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el cuarto de baño.

Tienes que tener cuidado con los cuartos de baño ajenos cuando estás colocado. En ellos hay todas esas cosas que tienen olores, y manchas en el lavabo, cisternas que pierden agua, cortinas de baño, jabones, cremas, maquillaje, desodorantes, medicinas, pero lo que tienes que vigilar sobre todo es el espejo.

No te mires en el espejo. Solo di: Hola, ¿cómo estás? Es un placer verte, me alegro de que estés bien. Y te largas.

Pero esa noche buscaba respuestas. La respuesta del espejo.

Devolviéndome la mirada había un pelele, un niño de mamá. El tipo con el tulipán amarillo en el ano que no era tan fuerte ni sexy como Chuck diPietro.

En una de mis manos, por alguna razón, la portada del disco. *Sergeant Pepper's*, y todo el color, cielo azul y gente famosa, disfrazada con sombreros, joyas y trajes vistosos. Edgar Allan Poe, Tarzán, Marilyn Monroe, Marlon Brando, John de amarillo, Ringo de rosa, Paul de azul, George de rojo, todos acicalados.

En mi otra mano, el traje de novia blanco, brillante y delicado.

Algo hizo crac. Mis zapatillas de tenis Converse negras, los calcetines blancos, los Levi's y la camiseta en el suelo del cuarto de baño, mis grandes pies rosas y mis grandes piernas peludas de Idaho metiéndose en algo tan suave y brillante, como un elefante en una cacharrería. Me subí el traje y traté de estirarlo por encima de mis tetillas, pero no pasaba de ellas. No había manera de subirme la cremallera.

La única forma de que no se me cayera era juntar los codos a los costados.

En el espejo. El baúl de mi madre. Deslumbrantemente hermoso.

Ya ves a lo que juega mi hijo.

Difrente. Yo era *difrente*, ya lo creo. No era un hombre como lo

eran la mayoría de los hombres. No tenía ningún problema en admitirlo. A la mierda tú y el semental que montas.

O yo o el vestido tenía que cambiar. Uno de los dos. Me figuré que el vestido. Iba a coger ese vestido y cambiar su significado, sacarlo de su prisión y convertirlo en algo completamente nuevo.

Cuando entré en la cocina con el traje de novia blanco brillante, la señora Cody y Billie abrieron mucho sus ojos azules, como si estuvieran mirando una de las maravillas del puto mundo.

Bueno, y así era.

El mago de Oz pasando de blanco y negro a color. Di una vuelta, blanco brillante, todos los colores a la luz de una vela. John, Paul, George, Rango y Rigby John. Una encantadora asistente de tráfico llamada Rita. Él está saliendo de casa. Adiós. Yo estaba deslumbrantemente hermoso.

Billie y la señora Cody, mi público, se habían puesto de pie gritando y silbando, dando saltos y aplaudiendo.

La liberación. Era un paso. Aunque solo fuera un breve instante colocado.

La forma en que las miré a las dos a los ojos, había amor.

¡Bravo! ¡Bravo!

Quiso el destino que, en un instante, los ojos azules de la señora Cody se ensombrecieran, como los de mi madre cuando pasaban de dorado a verde. Vi que comprendía lo que yo estaba haciendo. Veía el sufrimiento en ese vestido. Para mí y para ella. Y antes de que me diera cuenta, había cerrado la mano alrededor de la vela roja y esta volaba por el aire. Me dio en los huevos, una gran salpicadura de cera roja por toda la parte delantera del traje de novia blanco, justo en la entrepierna.

La señora Cody gritó: ¡Ese traje ya no es virgen!

Y todos volvimos a reírnos. Ese sonido extraño que salía de lo más profundo. Nos reímos muy fuerte, todos, incluso mientras me sostenía los huevos, riéndonos como si la risa fuera un lugar al que ir, un lugar que estaba en otra parte, y todo lo que podías hacer era sujetarte los costados e intentar respirar.

Y de ese lugar salió algo más.

Sonaba la última canción de *Sergeant Pepper's*, «A Day in the Life», cuando la música se vuelve muy estridente y

ya no es música sino caos, ruido de una sinfonía que se ha vuelto loca.

La señora Cody, su aspecto, podría haber sido mi madre perfectamente en ese momento. Con migrañas, cuando todo era demasiado para ella y Dios Padre se le instalaba dentro del cráneo. La señora Cody, inesperadamente, como si estuviera poseída o algo así, corrió hacia mí, agarró el vestido por el corpiño y me lo arrancó. Seguía estirándolo cuando yo logré quitármelo. De pronto se puso a gritar «Joder» y «Mierda», y salió corriendo al garaje con el vestido.

Billie y yo no sabíamos qué hacer. No se nos había ocurrido que sería la señora Cody la que Hiparía. Me puse rápidamente los pantalones y la camisa.

En el garaje cogí la lata de gasolina de las manos de la señora Cody justo antes de que la vaciara sobre el traje.

Tardamos un rato, pero entre Billie y yo calmamos a la señora Cody. Ella no paraba de decir que lo sentía, una y otra vez, y que no había sido yo el que la había hecho enfadar sino el traje. El puto traje.

Después se fue a acostar. Billie puso *Bookends* de Simón y Garfunkel y limpiamos la casa.

Cuando todo estuvo limpio y ordenado, y terminamos de arrancar la cera roja del suelo, y las luces estaban otra vez encendidas, y yo volvía a ir con camisa, zapatos y calcetines, me detuve junto a la mesa de la cocina y recorrí con la mirada lo que había sobre ella. ¿Adónde se había ido ese otro mundo de la vela roja parpadeante y la verde llanura de Serengueti de formica, los jarrones azul rojizo y las lilas en erupción?

Billie extendió el traje de novia sobre la mesa de la cocina. El blanco era tan blanco a la luz brillante. La mancha roja de la entrepierna era de un rojo brillante.

Cuando me acompañó a la puerta parecía cansada. Me cogió la barbilla con la mano y me apretó las mejillas.

Rigby John Klusener, dijo. Eres único.

En los ojos de Billie. Era fabuloso volver a estar en los ojos de Billie.

Me alegro de que volvamos a estar juntos, dije.

Billie sabía a qué me refería. Las cosas se habían enrarecido desde lo de Chuck diPietro.

¿Sabes?, dijo, no tienes que preocuparte. No quiero casarme contigo. Eso lo estropearía todo.

No había ninguna duda. Esa chica era adivina.

El beso de buenas noches fueron dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa. Arriba en el cielo había un lugar de oscuridad infinita. La misma maldita luna, un gajo plateado suspendido allá arriba en el firmamento. Estrellas como si pintaras estrellas. Cerré la puerta de aluminio.

La C no es de Cody sino de coño.

Amantes de las bodas, enfundadas en blanco nupcial reluciente, sangre de coños, tened piedad de nosotros.

TERCERA PARTE

EL PÁJARO DEL TRUENO

8

Un día en la vida

No podía sospechar que los acontecimientos ocurridos en el verano de mis diecisiete años me sacarían del condado de Bannock y acabaría aquí, a quinientos kilómetros de Pocatello, en la autopista 93, solo con la luna, haciendo dedo, con el alma llena y el corazón roto. Han ocurrido tantas cosas en un año, demasiadas para comprenderlas. No hace ni un año que mamá y yo terminamos la novena, por Dios. Luego el verano pasado, Flaco y Acho. Luego Billie. Por no hablar de la desastrosa boda de mi hermana, la amenaza de papá de divorciarse y los escarceos de Billie con Chuck diPietro.

La pipa de marihuana.

Es demasiado. Y eso no era nada comparado con lo que se avecinaba.

Entretanto las cosas se habían calmado. Toda la mierda que había sentido la gente acabó amontonada en el armario y cada uno se ocupó, como siempre, de sus asuntos, como si no hubiera pasado nada. A mí me vino bien.

Lo único que sabía con seguridad era que volvía a ser el mes de la recogida del heno. Y ese verano había aún más que el pasado. Además, ese verano no estaban Flaco y Acho. Ese verano la recogida del heno ni siquiera iba a ser un asunto familiar. Mamá se había negado en redondo a ayudar. Mi hermana estaba casada y

embarazada, y papá siempre tenía algún otro puto asunto que atender cuando llegaba la hora de recoger el heno. De modo que íbamos a ser unos trabajadores contratados y yo los que nos ocupáramos tanto de la recogida como de su transporte.

El primer indicio de que las cosas no estaban yendo según lo previsto fue el anuncio que hizo papá de que no íbamos a empezar ese sábado, el día que había fijado. Eso me dejó con un día libre. No sabía qué hacer conmigo mismo. El domingo también lo tuve libre.

El domingo por la noche, después de cenar, cuando acabé de cambiar el agua de las vacas y entré de nuevo en casa, no había nadie sentado en el sofá delante del televisor, esperando a que empezara *Bonanza*.

Mamá y papá estaban en su dormitorio con la puerta cerrada. Nunca había ocurrido durante el día, ni siquiera a última hora de la tarde. Dentro de la habitación se les oía hablar, a ratos en voz alta, pero no chillar.

Pensé que tal vez seguían con lo del divorcio.

Cuando empezó la música de *Bonanza*, papá salió de la habitación. Se sentó solo en el sofá. Poco después salió mamá. Fue a la cocina para preparar una taza de té a papá, se la llevó y se sentó.

Era un episodio en el que los Cartwright tenían problemas con los indios de los alrededores. Estuvimos allí sentados, mirando fijamente el televisor, papá removiendo y bebiendo su té. Yo traté de mirar de reojo a mamá, pero estaba al otro lado de papá, de modo que no sabía qué ocurría. Además, a ella le había dado por desaparecer, y cuando lo hacía era prácticamente imposible encontrarla.

Yo era el único que podía hacerlo, pero teníamos que estar los dos solos.

A mamá le había dado por desaparecer porque estaba totalmente en contra de que papá contratara a quien quería contratar. Y cuando mamá no se salía con la suya, una de las cosas que hacía era desaparecer.

Esa noche no había ni la más remota posibilidad de encontrarla en ninguna parte.

Más tarde esa noche, oí desde la cama a papá bajar las escaleras. Siempre lo reconocías. Los pasos de papá eran como los de una película de miedo. Pasos pesados.

El pomo de la puerta girando. La sensación de impotencia en los brazos.

La puerta de mi habitación se abrió. En el umbral solo se veía la silueta de papá con la luz del pasillo a su espalda. Las piernas le sobresalían del pijama azul.

Yo estaba tapado hasta el cuello.

La voz de papá. Moisés en el monte. Esta es la ley.

Mañana, dijo, recogerás el heno con George Serano. Es el único trabajador que he encontrado. Me ha prometido que no beberá, pero ya sabes cómo son los indios. Si lo pillas haciéndolo, avísame. No voy a permitir que beba, por mucho que sea la época de la cosecha.

Las piernas de papá parecían radiografías.

George es un tipo fuerte, dijo, de modo que él irá de pie en la plataforma.

Yo tenía la vista clavada en los tobillos y las rodillas de papá, no pasé de ahí.

Y tú conducirás el tractor, dijo papá. Cuento contigo para que trabaje bien, ¿me oyes?

Silencio absoluto en la noche y a nuestro alrededor en mi habitación. Esperé a estar seguro de que papá había acabado de hablar.

Dije: ¿George Serano?

Exacto, dijo papá. George Serano.

Se volvió y tiró de la puerta hacia la luz del pasillo. De pronto se detuvo.

Y, por el amor de Dios, dijo, no queremos problemas como con esos mexicanos del año pasado. Somos *difrentes* a esa gente. No te mezcles con ella. Y menos con George Serano. Créeme, no quieres saber qué pasa por su cabeza. Tú te quedarás en el tractor y él irá de pie en la plataforma. Si se estropea la enfardadora, la arreglarás o vendrás a buscarme mientras él se sienta a esperar.

A cada cual lo suyo, ¿me has oído?

Promete a tu madre que guardarás las distancias.

Guardarás las distancias, ¿me has oído?

El lunes por la mañana mamá estaba inclinada sobre algún bol, con

el pelo suelto, removiendo frenética. Esa mañana no hubo gachas ni huevos.

Crepes.

Eso significaba que mamá lamentaba que tuviera que trabajar con George Serano, pero que no podía hacer nada al respecto.

Unté las crepes con más mantequilla y confitura de la cuenta porque sabía que podía hacerlo.

Fuera ya era de día. Al otro lado del patio había un hombre alto y larguirucho con sombrero de cowboy,
Levi's,
botas de cowboy y camisa blanca apoyado contra la enfardadora. Se llevó un cigarrillo a los labios, luego dejó caer la mano al costado.

Ahí estaba él, George Serano.

La batalla había empezado.

Una noche oscura y espeluznante, la última vez que había visto a ese tipo. Llevábamos la bata del hospital y rodamos por el suelo de una habitación a oscuras, golpeándonos.

Él balbuceaba no sé qué chorradas sobre un Pájaro del Trueno.

La tormenta del 66.

La puerta mosquitera se cerró de golpe a mis espaldas. El portazo retumbó por todo el patio. Yo tenía las botas firmemente plantadas en el pavimento de cemento. El sol de la mañana ya calentaba. Me bajé el sombrero de cowboy sobre los ojos. Era extraño. Durante un rato no pude moverme.

Es curioso pensar en ello ahora.

Con su sombrero de cowboy, botas de cowboy,
Levi's
y camisa blanca, apoyado contra la enfardadora John Deere verde. Fumando uno de sus Camel. George Serano.

Al otro lado del patio, con mi sombrero de cowboy, botas de cowboy,
Levi's
y camisa de algodón azul, en el pavimento de cemento, protegiéndome los ojos del sol. Yo.

Él y yo.

Solo nos hacían falta las pistoleras, los revólveres y la banda sonora de *Bonanza*, y sería un domingo por la noche.

Mis botas bajaron del pavimento y echaron a andar. No hacia él

sino hacia la enfardadora. No podía imaginarme caminando hacia él, pero tenía que caminar, de modo que lo hice hacia la enfardadora.

El indio loco con la mirada en babia, el pelo alborotado y su extraña forma de hablar era lo que esperaba encontrar.

Ese soleado lunes por la mañana, sin embargo, no tenía nada de loco el hombre apoyado contra la enfardadora. Había algo delicado en su cara y en su forma de mover las manos.

Cuanto más me acercaba a él, más olvidado tenía el inglés.

No le estreché la mano ni le dije hola. Tal vez otro día habría mandado a la mierda a papá y habría sido simpático con George Serano, pero no olvidéis que era el tipo que me había robado mi camisa de madrás y mi billetera.

Y mis calzoncillos sucios.

Estaba cabreado. Muy cabreado. Quiero decir que trataba de estarlo. Nunca consigo estar muy cabreado con alguien durante mucho tiempo.

George era alto y guapo como Flaco, y cuando dijo buenos días lo hizo en voz baja y educada, y exhaló el humo por la nariz. Yo me moría por un cigarrillo.

Cuando pasé entre él y la rueda del tractor para subirme, incliné la cabeza y solté una especie de gruñido. Casi esperaba que me golpeara y volviéramos a enzarzarnos en una pelea allí fuera, a plena luz del día.

Una vez sentado en el tractor no perdí tiempo. Puse en marcha el motor, salió una gran bocanada de humo negro del silenciador, el fuerte ruido del John Deere. Metí la primera.

El tractor se movía cuando algo me tocó la espalda. George estaba a mi lado, subido al eje de la rueda con las piernas flexionadas y apoyado contra mi asiento. Era su hombro. Su hombro izquierdo contra mi espalda. Y un olor familiar. La parte roja del tomate que se pliega sobre sí misma donde arranca el tallo verde.

Mis dos manos con los nudillos blancos sobre el volante.

George me tendió la mano.

¡George Serano!, gritó en medio del ruido del tractor y del viento.

Con la otra se agarraba el sombrero.

Su mano era del mismo color que cuando te pones muy moreno, con vello negro y liso por el dorso. Su camisa blanca, con corte del oeste y botones de nácar. En el bolsillo, viéndose a través de la tela, un paquete de Camel. Debajo de la camisa blanca llevaba una camiseta blanca.

Los ojos hundidos y negros. Sonreía.

A todo gas en el tractor. Alargué la mano derecha y estreché la de George con demasiada fuerza.

Un fuerte apretón.

¡Klusener!, grité a mi vez a través del ruido del tractor y el viento.

¡Me llamo Klusener!

Un día sí y otro también, todos los días, de ocho a doce y de una a seis, cada día incluido el domingo, bajo un sol abrasador y seco, y con viento, sin un descanso para beber agua, ni para fumar, absolutamente ningún descanso, a lo largo de treinta y dos hectáreas y durante dos semanas seguidas, hilera tras hilera tras hilera, así de duro hice trabajar a George Serano.

Si él necesitaba beber, si tenía ganas de mear, lo hacía desde la plataforma. Yo apenas me volvía para mirarlo. Una vez que miré hacia atrás, George bebía agua de su termo plateado, salpicándose la camisa blanca y moviendo la nuez. Las demás veces la nube de polvo era tan espesa que parecía un fantasma de polvo amarillo.

Cuando la enfardadora llegaba al final de la hilera, yo no detenía el tractor ni disminuía la velocidad, me limitaba a subir la ristra de dientes de la enfardadora, apagaba la toma de fuerza, empezaba a girar el volante y alineaba la enfardadora con la siguiente hilera, luego bajaba los dientes, encendía otra vez la toma de fuerza y empezaba otra hilera.

Sin una pausa, sin aflojar el ritmo, sin un descanso.

Yo, yo tomaba el sol.

Una vez, mientras daba la vuelta al final de la hilera, sorprendí a George meando desde la plataforma. De espaldas a mí, vi el largo chorro amarillo que salía de él. Me volví rápidamente.

Hilera tras hilera tras hilera, día tras día.

De vez en cuando se rompía una clavija del volante o se acababa

el cordel, y teníamos que parar. Yo hacía exactamente lo que me decía papá. Dejaba que George esperara sentado mientras yo solucionaba el problema. Dejaba el motor en marcha por el ruido. Lo más duro de una avería era el cigarrillo de George. Mientras yo arreglaba la enfardadora, George fumaba sentado en un fardo de heno. Habría matado por uno de esos cigarrillos. Tenía los míos, pero nunca fumaba delante de él, lo que significaba que no fumaba en todo el día.

Sé que es raro. Pero no quería que él supiera que tenía emociones humanas como fumar.

No era solo papá. Algo en mí quería desquitarse con el hombre que me había robado, quería castigarlo por no haber confesado. Pero había algo más aún. Quería castigarlo por ser un borracho, por ser un inútil, por ser indio, por ser maricón.

Todos los días, al llegar las seis de la tarde, desenganchaba la enfardadora y conducía el tractor hasta la casa. George volvía a subirse al eje de la rueda de mi lado. No me tocaba con el brazo o el hombro mientras yo conducía.

Al llegar a casa no nos decíamos adiós, que pases un buen día, buenas noches o que te vaya bien, cabrón. Nada. Yo apagaba el motor del tractor. Él se bajaba primero y luego yo. Él echaba a andar, adonde yo no lo sabía. En dirección sur. Hacia la reserva.

Yo me iba para el otro lado. Me subía a la furgoneta y me acercaba al corral de engorde, donde por fin me encontraba conmigo mismo, la radio y mis cigarrillos.

Los cigarrillos por aquella época sabían bien. Sentado en la camioneta me fumaba dos o tres, a veces cuatro seguidos.

En cuanto a esa otra cosa que hago, durante esas dos semanas que pasé enfardando el heno de treinta y dos hectáreas con George, no me hice ni una sola paja violando el sexto mandamiento.

Lo juro, un nuevo récord en la historia moderna.

Sentado en la camioneta con la radio encendida, escuchando a veces incluso mi canción favorita, fumando un cigarrillo y disfrutando de ese rato para mí solo, no había nada. Me miraba la entrepierna y me maravillaba. Era como si se hubiera muerto todo mi cuerpo.

Frente al espejo del cuarto de baño antes de cenar, después de lavarme las manos y los brazos, y meter la cabeza debajo del grifo y frotarme la cara, las orejas y el pelo, y de secarme el pelo, durante esas dos semanas enfardando el heno de treinta y dos hectáreas con George, me quedaba ahí plantado mientras el agua corría. Ese verano no me salieron hongos en la piel porque yo no me pasaba todo el día envuelto en el polvo amarillo. Acercaba la cara al espejo y miraba fijamente mis ojos almendrados y castaños, como si pertenecieran a alguien que no conocía y que me sostenía la mirada, tratando de encontrarme a mí mismo.

Papá, mamá y yo alrededor de la mesa de la cocina. La señal de la cruz, el asado, las patatas, la salsa, los guisantes de lata y las zanahorias. La puta cena, tíos. Lo sabéis todo de las putas cenas. Salvo que ahora había preguntas: ¿Qué tal trabaja George? ¿Está sobrio? ¿Bebe mientras trabaja? ¿Estás guardando las distancias?

Dormir. Había olvidado cómo se duerme. Se acabaron los sueños, las almohadas blancas y la comodidad en la cama. Solo noches calurosas tumbado en la oscuridad, mirando el yeso del techo de mi habitación, ningún paramecio beige exótico, solo una superficie lisa verde aceituna.

Por las ventanas abiertas no entraba ni un soplo de viento. Fuera los grillos y las ranas, y noches tan oscuras que multiplicaban las estrellas.

Los miércoles y los viernes por la noche, durante esas dos semanas enfardando treinta y dos hectáreas de heno, no dije a Billie con quién trabajaba. Sabía que le estaba ocultando algo, pero no sabía qué.

Además, por aquella época aún no sabía lo que le pasaba a Billie. Había en ella algo tan hermoso que hacía aún más difícil hablar. Un viernes por la noche en particular que aparcamos en el Mount Moriah, fuera de la ventanilla, justo detrás de ella, había un enorme arbusto de rosas capuchinas. Ella estaba sentada de tal forma que parecía tener la cabeza cubierta de pequeñas rosas amarillas y naranjas. Pues bien, por aquel entonces todo lo relacionado con ella era como ese rosal. Su cabello pelirrojo oscuro teñido con henna y brillante de fijador. Los aretes dorados de sus

orejas. La curva de su nuca. Su piel tan blanca y hermosa ahí que pensarías que era una estatua famosa. Sobre todo al sol. También sus labios, gruesos, delicados y rosas. Eso y los ojos. Últimamente sin cáncer de conducto lacrimal. El azul como el del cielo a media tarde.

Lo juro, esa noche, sentada a mi lado, Billie Cody estaba guapísima. Cuando pienso en ello ahora, la forma en que yo actuaba, veo que Billie creía que yo seguía enfadado con ella. Pero no era cierto. Lo único que yo sabía era que estaba cansado. Muerto de cansancio.

Pero Billie tampoco tenía muchas ganas de hablar. Cuanto más guapa estaba, más distante la notaba. Yo pasaba a recogerla por su casa, saludaba a la señora Cody, compraba unas Coca-Colas en el Snatch Out y conducía directamente al Mount Moriah. Una vez Billie y yo nos quedamos dormidos, yo con la cabeza en el hombro de ella. Me sentía tan seguro acurrucado contra ella, su olor francés. Me despertaron mis ronquidos.

No atinaba a comprender por qué estaba tan cansado. Era la época del heno, en efecto, pero ese año no era yo el que hacía el trabajo duro.

Es extraño que no puedas ver lo que tienes delante de tus nances.

Estaba librando una batalla. Una batalla por mi vida, en realidad. Y ni siquiera lo sabía.

Todavía la libro.

Quiso el destino que fuera el día que llevamos la enfardadora a las últimas dieciséis hectáreas cuando sucedió.

Las últimas dieciséis hectáreas correspondían al terreno que papá alquilaba a Filo Hess, a unos tres kilómetros de casa.

Esa mañana, mientras desayunábamos sentados como siempre a la mesa, me quedé mirando fijamente dos huevos y un bol de gachas.

Papá paró de remover su té y dejó la cucharilla en el mantel de hule.

Yo no había estado cagándola, había hecho un buen trabajo con la enfardadora, dando el callo, guardando las distancias,

cumpliendo los plazos, de modo que por un momento papá dejó que sus ojos de gitano ruso se posaran en mí.

Puedes pasar a recoger a George cuando vayas al terreno de Hess, dijo. Te esperará en la carretera junto al buzón de la casa de su abuela.

Dos cucharadas de azúcar y un chorro de leche en mis gachas.

¿Su abuela?, dije.

La abuela Queep, dijo papá. Más allá de la casa de los Lattig, en Río Vista.

¿Esa vieja casa destartalada que hay junto a la carretera debajo de los chopos lombardos?, pregunté.

Has pasado por delante cientos de veces, dijo papá.

¿George Serano vive allí?, pregunté.

Con su abuela, dijo papá.

¿En la vieja cabaña que hay al otro lado de la poza?, dije.

Eso es, dijo papá. Te estará esperando.

El buzón, viejo y totalmente oxidado, estaba cubierto de agujeros de perdigones. La bandera roja estaba bajada y por encima de ella, en letras negras, se leía «QUEEP, RUTA I NORTE, BUZÓN 86». Salí de la carretera con el tractor y la enfardadora, y di la vuelta en la entrada del camino. No me metí por él porque habría tenido que salir dando marcha atrás y no sabía hacerlo con la enfardadora enganchada al tractor. Siempre me ponía nervioso, y el tractor y la enfardadora acababan encallados sabe Dios cómo.

Ni a ese lado de la carretera, ni al otro, ni en una u otra dirección, ni acercándose por el camino por el que se accedía a la casa de la abuela Queep, ni bajo los olmos de los Lattig, al sol radiante de la mañana, George Serano no se veía por ninguna parte.

Apagué el motor del tractor y me quedé sentado un rato en el silencio de la cabina. Supuse que era un buen momento para fumar, de modo que encendí un cigarrillo. Iba por la mitad y seguía sin aparecer George. Podía visualizar a papá deteniendo la camioneta haciendo chirriar los frenos, el fuerte golpe de metal contra metal de la puerta, sus ojos oscuros de gitano ruso, levantándose los
Levi's
con las muñecas y gritando: ¡El heno, el heno, el maldito heno!

Solo cabía hacer una cosa. No podía arriesgarme a meterme con el tractor y la enfardadora por el camino de la abuela Queep porque era posible que no hubiera sitio más adelante para dar la vuelta.

De modo que eché a andar.

Durante las dos pasadas semanas no había dicho ni mu a George, ni siquiera lo había mirado, y ahí estaba ahora acercándome a su puerta. ¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿Buenos días? ¿Espero que estés bien? ¿Qué tiempo más bueno hace?

Era demasiado difícil responder, de modo que me limité a seguir andando, y, puesto que andaba, me dije: Qué coño, puedes aprovechar para oler las rosas.

El camino de la abuela Queep no estaba pavimentado ni cubierto de grava. Eran dos surcos dejados en la tierra por las ruedas de los coches con una franja de hierba entre ambos. En las partes poco profundas había charcos. El ruido que hacían mis botas era agradable. A cada lado del camino, a intervalos de dos metros y medio, un poste, y entre cada poste, extensiones de alambre de espino combado. Hierba alta a lo largo de las vallas, en ciertos tramos tanaceto, aquí y allá clavo, en lugares *difrentes* flores púrpura de la alfalfa y manzanilla en flor. Un par de olivos rusos de lento crecimiento. Espárragos pasados. Cardos.

Había terminado el cigarrillo cuando llegué a la casa. Lo tiré y lo pisé en el suelo polvoriento.

En el último poste del camino había un letrero pintado en la madera en letras negras: «PROPIEDAD PRIVADA».

A ambos lados de mí, a mi alrededor, la alambrada se combaba entre los postes siguiendo los chopos lombardos a través del patio rectangular.

Me alegré de no haber entrado con el tractor. Nunca habría logrado salir de allí. El patio apenas era lo bastante grande para el Ford del 49 de George y una camioneta International azul.

Dentro del patio hacía fresco y había poca luz. Seguía siendo muy umbrío a pesar de que los chopos lombardos estaban medio muertos. Ráfagas del viento del alto Idaho agitaban los árboles y las hojas. El ruido era como un gran susurro en lo alto. En el suelo y sobre la superficie de todo, el sol y las sombras se arremolinaban a toda velocidad. Luz y oscuridad mágicas por todas partes. Todo

cubierto de alucinación.

Más adelante había un viejo cobertizo con tejado a dos aguas de madera gris y una especie de gallinero. Por el patio correteaban gallinas. La casa, si podía llamarse así, estaba a la derecha. Delante de ella había un árbol más pequeño, un manzano o tal vez un peral.

Tan silencioso. Solo el viento en los árboles.

La casa de la abuela Queep era mucho más grande que la casa de los mexicanos. Era de la misma madera gris vieja. Pero cuando me acerqué, vi que no era una casa, sino una cabaña de leños. Con tocones de viejos chopos lombardos a modo de escalones.

La puerta mosquitera estaba pintada de verde oscuro. Tiré de ella despacio. El crujido de sanctasanctórum. Tenía la mano levantada, a punto de llamar. El grano de madera de la puerta gris que tenía ante mis ojos era un remolino de líneas de la vida.

Más o menos en ese momento empezó a ladrar un perro. Un perro grande.

Gracias a Dios el perro estaba dentro.

Antes de que tuviera la oportunidad de golpear con el puño los remolinos de la madera gris, la puerta se abrió. Humo de chimenea, café y grasa frita, a eso olía. También a gamuza. Y a algo más, menta quizá o alguna clase de hierba.

La mujer que abrió la puerta lo hizo lo justo para que le cupiera el cuerpo. Detrás de ella los profundos ladridos del gran perro. Luego, a través de sus piernas, el morro con bigotes grises del perro.

¡Calla, Bonanza!, dijo ella.

Luego a mí: Eres el chico Klusener. Pasa.

El viejo perro amarillo dejó de ladrar. Se volvió y se acercó cojeando a la estufa de leña. Una Majestic de esmalte verde. Al lado, un viejo cojín aplanado cubierto con una manta de Pendleton azul y roja llena de pelo de perro.

Cuando la puerta mosquitera se cerró de un portazo a mis espaldas, me di cuenta de que estaba dentro de la casa. La abuela Queep cerró la gran puerta de madera. Mi respiración. Tenía problemas para respirar.

La abuela Queep no medía más de metro veinte de estatura. Tenía una abundante melena blanca recogida en una gruesa trenza y enrollada en un moño en la nuca. Llevaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza, pero aun así le salían pelos disparados como

una telaraña alrededor de la cara. Tenía la piel muy suave y curtida, y, alrededor de los ojos, miles de arrugas finas. Los dos profundos surcos de la frente se hundían entre los ojos. Debajo de las cejas pobladas y blancas, sus ojos ribeteados de rojo eran oscuros y transparentes, y te miraban como mira un niño, directamente, sus ojos y tu alma, como si no hubiera nada entre medio.

Crucé los brazos sobre mi corazón.

Estás buscando a mi nieto, dijo. Es un desastre, pero quiero a ese chico.

La abuela Queep no tenía dientes. Se le hundían las mejillas bajo los pómulos. Miró hacia el otro extremo de la habitación.

En el suelo de madera brillante, una gran alfombra trenzada frente a un viejo baúl a los pies de una cama de latón. Sobre la alfombra trenzada, una puerta entreabierta. Sol y sombras arremolinándose a través de la puerta.

¡George!, gritó. ¡Mueve el trasero y levántate de la cama! Está aquí el chico Klusener. ¡Llegas tarde a trabajar! ¡Es un nuevo día, hijo! ¡Un día flamante!

Un golpe sordo en la habitación contigua. La abuela Queep alzó hacía mí sus ojos oscuros. Podías sentir dentro de ti dónde se habían posado. Justo debajo de mi esternón. Sus labios gruesos y oscuros curvándose hacia arriba por un lado, una sonrisa, sus encías rosadas.

Agua de fuego, dijo. Así es como creéis los blancos que lo llamamos, ¿verdad? Agua de fuego. Caray, pues no es agua de fuego lo que ha estado bebiendo.

El labio curvado ya no era una sonrisa, era un gruñido.

Fue un tal Pavo Salvaje, dijo. Entre él y otros malditos tipos se pulieron toda la botella.

¿Un café?, me preguntó. Los ojos.

Tardará un rato, dijo.

No, gracias, señora, dije.

Me llamo Queep, dijo, no señora. Llámame como quieras menos señora. No soy una señora. Me llamo Hazel Queep. Puedes llamarme abuela o abuela Queep. No responderé a nada más.

La abuela Queep se acercó a la mesa, una mesa redonda de roble con las patas también de roble y talladas. En los pies llevaba unos mocasines Minnetonka de esos que se compran en J.

C. Penney.
Un pájaro azul y verde bordado con cuentas en la parte superior. Tenía unas medias de nailon rosa oscuro enrolladas a media pantorrilla.

Apartó una silla de madera de respaldo alto.

Siéntate, dijo. ¿Crema de leche o azúcar?

Mis piernas y mis pies, dos pasos gigantes a través de la habitación. Por debajo de mis pasos, la solidez de la casa.

Azúcar, dije. Dos cucharadas.

La abuela se agachó junto a la leña que había frente a la estufa, cogió un leño, abrió la puerta de la estufa y lo dejó caer dentro, luego empezó a remover cosas por encima de la estufa.

En una habitación de cuatro metros por cuatro, por lo que vi desde donde estaba, además de la estufa Majestic de esmalte verde había una pequeña ventana de cuatro paneles encima del fregadero. Cortinas en la ventana, algodón blanco estampado con cinta en zigzag, de la misma tela que el vestido de la abuela. Luego una de esas viejas neveras con el motor encima. Parecía como si un extraterrestre hubiera aterrizado en la casa de una india anciana.

En el otro extremo de la habitación, un armario. Oscuro como la madera de la iglesia de Saint Joseph. Debajo del armario, la alfombra trenzada, luego la puerta de la habitación de George. Un gran baúl de tapa curvada como el armario, con una manta de Pendleton roja, blanca y verde doblada encima. Luego la cama de latón, cubierta con una gran colcha blanca con el mismo pájaro azul y verde que el de los mocasines Minnetonka de la abuela. Toda esa pared forrada de fotografías. La clase de fotos ovaladas antiguas de ancianos de aspecto estrafalario con trajes, corbatas y vestidos blancos. Otra ventana con cortinas de encaje. Una máquina de coser Singer, de las de pedal. Un tapete blanco encima de la mesa de la máquina de coser. Sobre el tapete, una lámpara de queroseno.

Entre el sol y las sombras de la puerta, George asomó la cabeza. No tenía buen aspecto. Profundos círculos morados debajo de los ojos, el pelo enmarañado. Barba de tres días. Creía que los indios eran lampiños.

Buenas, dijo.

Cuando le respondí, fui consciente de que nunca le había dicho buenos días.

Los ojos de George tenían algo de la tormenta del 66. Se secó la boca con la manga y entró en la habitación.

Enseguida estoy contigo, dijo. Espera fuera. Enseguida salgo.

¿Qué hay de su café?, dijo la abuela. Le he preparado una taza.

Fue entonces cuando el otro hombre, un blanco alto con sombrero de cowboy, salió de la habitación de George. La hebilla de su cinturón era una gran pieza de turquesa.

Inhalé, exhalé. De pronto todo se hizo más lento.

El puño de George en el aire, su sombra, cayó sobre la mesa.

Pum.

El azucarero de porcelana, el juego de salero y pimentero de plata, y el plato de plata para la mantequilla dieron un salto y rebotaron sobre la mesa.

Los ojos de la abuela Queep, sus profundos ojos castaños eternos, ni un parpadeo.

Las palabras que brotaron de la boca de George, lentas, largas y fuertes, una a una.

¡Puede tomarse el puto café fuera!

Me bebía el café en el porche cuando la puerta de madera con remolinos se abrió de golpe y la puerta mosquitera verde se precipitó hacia atrás. George parecía medir tres metros cuando salió por la puerta. Golpeó con las botas el escalón de arriba, luego el de abajo.

Me quemé la boca con el café, lo derramé.

George no me miró, echó a andar por el camino delante de mí. Yo no sabía qué hacer con la taza. Cuando miré hacia la casa, la abuela estaba de pie en la puerta. Me indicó por señas que la dejara en el guardabarros del coche de George. De modo que dejé la taza de peltre azul en el guardabarros gris. Sombras y luz, alucinaciones demenciales por todas partes.

A mitad de camino, cuando alcancé a George e igualé mi paso al suyo, me volví y me bajé el sombrero sobre los ojos. Ahí estaba la abuela, en medio de las sombras y la luz, diciendo adiós con la mano desde la puerta. Le devolví el saludo, luego miré a George y deseé no haberlo hecho.

El campo de Hess eran las últimas dieciséis hectáreas que quedaban para terminar de enfardar el heno, y era tan grande que ocupaba todo el puto planeta. Sol abrasador, cielo azul e hilera tras hilera marronácea de heno verde.

Aparte de su extensión, lo único *difrente* que tenían las dieciséis hectáreas de Hess estaba en un extremo del terreno: un viejo sauce en un pequeño prado verde en declive junto a la acequia.

Sin una pausa, sin aflojar el ritmo, sin un descanso, me lancé a la carga sobre el campo al volante del tractor con furia, como lo había hecho durante las dos semanas anteriores. Al llegar al final de una hilera, levantaba la ristra de dientes de la enfardadora, apagaba la toma de fuerza, empezaba a girar el volante y alineaba la enfardadora con la siguiente hilera, luego bajaba los dientes, encendía otra vez la toma de fuerza y empezaba a recorrer la nueva hilera. De acá para allá, de acá para allá, un largo movimiento giratorio ininterrumpido, con la enfardadora comiendo heno. Envuelta en polvo amarillento.

Toda la mañana. Paramos al mediodía para comer.

A la una volvimos a la carga.

Era un día particularmente caluroso incluso para el mes de junio. El cielo no estaba azul, no tenía nada de ese color, solo brillaba. A ras de suelo, por delante de mí, las ondas de calor eran espejismos sobre el heno. Charcos donde no los había. Mis manos, mis brazos hasta la altura de las mangas cortadas por los hombros, oscuros, de un marrón oscuro, casi negro rojizo. La chocolatina Snickers de la caja de herramientas totalmente derretida.

En mitad de una hilera, en mitad del campo, en mitad de la tarde, oí el grito.

De entrada no supe qué coño era. Un ruido, un ruido humano horrible. George estaba siendo troceado en mil pedazos. O empalado por una rueda de espigas giratoria. La correa del ventilador había enloquecido alrededor de su cuello. La toma de fuerza le había pillado los brazos y las piernas. La manguera hidráulica lo había estrangulado. La tierra se abría y los cielos se desplomaban.

Fuera lo que fuese, yo tenía la culpa.

El universo siempre ha conspirado para joderme.

El grito se me metió en la cabeza, en la respiración, un enorme

puño atenazándome el corazón. Moví palancas, apreté botones, giré mandos. Cuando todo estuvo apagado, el grito seguía sonando dentro y fuera de mí. Me tapé los oídos y bajé del tractor de un salto. En cuanto toqué el suelo con las botas eché a correr. Pasé junto a la enfardadora y fui derecho hacia George. Estaba de pie en la plataforma, agarrado a la barra de hierro. Inclinado, miraba hacia abajo. Gritaba hacia el suelo.

La tormenta del 66. Pensé que volvía a ser la tormenta del 66. George era presa de un delírium trémens. Había estado bebiendo la noche anterior y ahora volvía a tener un delírium trémens. Solo que esta vez no había médicos ni enfermeras. Estábamos él y yo solos en mitad de un campo de heno.

Todo en mi interior decía: Echa a correr.

Pero había algo extraño, algo que no sé explicar.

El ruido que salía de George era un sonido que nunca había oído.

Pero era un ruido que comprendía.

Mi mano flotó a través del polvo amarillo y se posó en su hombro, sentí el músculo bajo su camisa.

¿George?, dije.

Nunca había pronunciado su nombre delante de él.

Lo que se alzó debajo de su sombrero de cowboy, a través del polvo amarillo, fueron unos ojos oscuros, húmedos. Como los ojos de la abuela en ese instante, profundos y llenos de todo, sin nada entre medio.

Tenía los labios brillantes y húmedos como sus ojos. Ojos húmedos, y labios rojos y húmedos bajo una gruesa máscara de polvo amarillo.

Alrededor de mis oídos sopló una ráfaga de viento. El mundo estaba tan silencioso sin el tractor y la enfardadora.

El blanco de sus ojos estaba rojo. Dentro del rojo, sólidos círculos negros. Fuera de ellos, una luz. Brillante, intensa como el sol.

Sus labios, labios de goma como los míos cuando me sentía lleno de odio e intentaba hablar.

¿Por qué me estás haciendo esto?, dijo.

¿Por qué me estás tratando así?

Más viento y silencio.

En un abrir y cerrar de ojos todos los huesos del cuerpo se me descoyuntaron.

Por supuesto, no tenía ni idea de qué hablaba.

Y eso es lo que dije. Dije: ¿De qué estás hablando?

George retrocedió, soltó la barra. Su cuerpo cayó hacia atrás contra el montón de heno. Alrededor se levantó polvo amarillo.

El hueso de mi cabeza hizo contacto con el del codo, el del codo con el del pie.

Culpabilidad. Quiero decir que ahora lo veo como culpabilidad, culpabilidad mezclada con miedo. O miedo mezclado con culpabilidad.

Ese día, sin embargo, no supe ponerle nombre. Todos los huesos descoyuntados. Una sensación de miedo en el pecho. El corazón latiéndome con fuerza. Aliento que no lograba encontrar.

¿Ves ese sauce de allá?, dijo George.

Sí, dije.

Bueno, pues vamos a ir allí, dijo George. Y nos vamos a sentar debajo de ese árbol. Y vamos a beber agua. Y vamos a descansar.

Visualicé la escena. George y yo holgazaneando. Papá acercándose con la camioneta, con sus ojos de gitano ruso, gritando y agitando las manos.

Guarda las distancias.

No, dije. No podemos hacer eso.

George se quitó el sombrero de cowboy, lo golpeó contra su pierna enfundada en
Levi's.
Levantó polvo amarillo, remolinos de polvo amarillo.

Y una mierda que no, dijo.

El pelo negro de George en punta. La línea a través de la frente. Por encima de la línea, sudor, pelo y piel marrón canela. Debajo, capas de polvo amarillo, ojos y labios húmedos, rojos.

¡Vamos!, dijo.

Yo no podía mover los pies.

No puedo, dije. Mi padre.

George se desabrochó el primer botón de su camisa blanca. Se llevó una mano a cada lado de la camisa, la agarró y tiró de ella. Los botones de nácar se desabrocharon uno por uno a lo largo de toda la pechera. Polvo amarillo. En su camisa blanca, manchas de

humedad, amarillas alrededor de las axilas. Una mancha alargada amarilla que bajaba por el centro hasta la parte superior de los pantalones.

Los labios de George ya no eran de goma. Sabían que hablaban y sabían qué decir. La luz brillante y cruda de sus ojos se había atenuado, del mismo modo que se había suavizado su voz, como el primer día en el patio apoyado contra la enfardadora cuando dijo buenos días.

Claro que puedes, dijo. Que se joda tu padre.

En el oscuro firmamento de mis huesos descoyuntados cedió algo duro y áspero.

Tu padre es un abstemio borracho con malas pulgas, dijo George, que odia a los negratas y a los indígenas.

A través del polvo amarillo, en el aire ondulado y caliente, vi lo que se avecinaba.

La mano abierta de George en mi hombro.

Vamos, dijo. Tú puedes hacerlo mejor.

A través de los rastrojos de heno, por encima del heno amontonado en hileras, seguí a George. Al llegar a la cerca de alambre de espino, George apoyó las manos en la parte superior y pasó una pierna por encima y luego la otra.

Se sentó con un gruñido en la hierba al lado de una gran raíz del sauce.

Yo salté como George la cerca, crucé la acequia. Ya sentía en la piel el contacto del agua de la acequia y el frescor de la hierba verde a la sombra del árbol.

George abrió el termo plateado y lo inclinó hacia arriba. Se le subió la nuez y el agua le cayó por los lados de la boca mientras bebía un trago largo, dejó de beber, eructó y levantó el termo para volver a beber.

Tardé un rato en encontrar un sitio donde sentarme. No quería estar demasiado cerca de él, pero tampoco demasiado lejos. Opté por hacerlo a poco más de la distancia de un brazo de la rodilla de George. También llevaba mi termo de agua. Llené el tapón de plástico rojo del termo.

George continuó actuando como si yo no estuviera allí. Cerró el

termo, volvió a eructar. Cuando yo me senté, se levantó, sacó los brazos de la camisa blanca de manga larga y se la quitó. Tío, ese polvo amarillo es asqueroso. No te das cuenta de que flota sobre ti hasta que te sientas a descansar a la sombra en la hierba verde.

Dejó caer la camisa al suelo, tiró encima el sombrero.

Luego algo para lo que yo no estaba preparado.

Con un largo movimiento, George se quitó la camiseta dejando ver la fina línea de vello negro del estómago que le subía por el pecho, el pelo negro del pecho y de alrededor de las tetillas, y luego los brazos levantados hacia el sauce. Las partes de abajo, las que no ve la gente, el vello negro de las axilas, la parte inferior de los músculos de los brazos, más pálida… todo él, la mitad superior, quiero decir, allí mismo ante mis ojos.

Para que se te pare el corazón, ese momento. El corazón y algo más allá abajo. Se me cortó la respiración. El agua que bebí del tapón de plástico rojo me bajó por donde no debía, me subió por la nariz, fue a todas partes. Tosía, con las manos en el cuello, dando el espectáculo, escupiéndome el agua encima.

Pero durante todo el tiempo que tosí, hubo algo *difrente* dentro de mí. *Difrente*, nuevo y totalmente inmóvil. Agua, una gran sombra fresca y hierba verde donde normalmente solo había sol deslumbrante y abrasador.

George recogió la camiseta y se la llevó con él. Fuera de la sombra, junto a la acequia, se arrodilló, se tumbó boca abajo. Metió toda la cabeza en el agua.

Desde donde yo estaba sentado veía las botas de George, sus largas piernas enfundadas en los
Levi's,
sus grandes nalgas redondas, el reflejo del sol en los músculos duros y suaves de su espalda y sus hombros. La cabeza había desaparecido dentro de la acequia.

Mantuvo la cabeza dentro tanto tiempo que empecé a preocuparme. Luego ruido de agua agitada y una gran bocanada de aire.

El agua cayéndole por el pelo negro, sobre los hombros y la espalda.

Vamos, ven, gritó George. Me hacía señas.

Pruébalo, dijo. Es un gustazo.

No había nada en el mundo que yo deseara más.

Pero ya me conocéis. En lugar de eso me quedé allí sentado, agarrando el termo como si me fuera la vida en ello.

No, dije. Prefiero quedarme aquí.

Mi voz sonó aguda. Odiaba mi voz cuando sonaba aguda.

No, prefiero quedarme aquí, dijo George imitando el tono agudo de mi voz.

Mueve tu culo estrecho y vente aquí, dijo. Por Dios, Klusener, déjate llevar. ¡Relájate! ¡Diviértete!

Algo que llegué a saber de George. Lo que decía y cómo lo decía a menudo eran dos cosas *difrentes*. Podía mandarte a la mierda pero de una forma que te hacía querer sonreír.

Cuando quise darme cuenta estaba arrodillándome junto a la acequia, tumbándome a su lado. El olor a barro, a agua de acequia, a musgo, y el sol en la piel de George.

La primera vez que había estado tumbado a su lado fue en el hospital durante la tormenta del 66.

Esa era la segunda vez, en la acequia junto al sauce.

Habría más veces.

Quítate la camiseta antes, dijo él. Puedes utilizarla como toalla.

Mi voz aguda quería decir no.

Me quité la camiseta.

En ese momento, la forma en que George me miró los brazos, el pecho y la barriga, el cuello, las tetillas, fue la primera vez en mi vida. Todos esos años haciendo lo que no hacía en realidad, cascándomela y violando el sexto mandamiento, disfrutando viendo mi cuerpo disfrutar, todo ello siempre algo interior, aislado, en mi cabeza. Sexo imaginario que ocurría dentro y no tenía nada que ver con el mundo.

Ese día, en cambio, cuando los ojos de George se detuvieron en mi cuerpo, fue la primera vez que el sexo estuvo fuera. Sexo fue lo que vi en sus ojos.

Todo *difrente. Difrente* y brillante.

Pero lo que siempre pasaba cuando estaba medio desnudo no pasó.

En lugar de ello, cerca del corazón, un dolor agudo. Una horca clavada en un fardo de heno.

Metí la cabeza en la acequia.

El agua fría alrededor de la cabeza, los ojos, la nariz, las mejillas, la mandíbula, la frente, agua en el pelo. Hasta en los labios sentí el contacto del agua. Burbujas en los oídos.

Estaba haciéndolo bien, con el torso suspendido, sin problemas, todo iba perfecto. Con la cabeza dentro de la acequia no sentía el dolor en el corazón.

Luego ocurrió algo que a los que tenemos problemas para respirar nos aterra que suceda.

La mano grande y plana de George en mi nuca, hundiéndome la cabeza.

Mi respiración. No respiraba.

Mi cabeza, mi cara, empujadas hacia abajo, hacia el agua, hacia el barro.

Mis brazos apoyados con firmeza en el suelo, haciendo presión contra la mano que tenía en la nuca.

La respiración. El dolor en el corazón se extendió por todo el pecho. Hasta la barriga. Me subió hasta los hombros. Me bajó por los brazos.

Momentos y más momentos como eternos.

Luego la mano de George me soltó. El lugar donde había tenido la palma de su mano había quedado contorneado en mi mente. El ruido de agua agitada, la bocanada de aire, tos. El aire. Respirar el aire.

De cuatro patas, seguía tosiendo y escupiendo. Mis oídos trataban de oír, yo trataba de ver, intentaba recuperar el aliento.

Te está bien empleado, dijo George. No deberías confiar nunca en nadie de ese modo.

Mis labios, labios de goma. Lágrimas atascadas en los ojos. El dolor en el pecho, en la barriga, por los hombros, debajo de los brazos.

Era odio.

Finalmente dije: Tú lo has hecho. Has confiado en mí.

Mi voz sonó muy aguda.

Yo soy indio, dijo George. ¿No te ha dicho nunca tu viejo que no debes fiarte de los pieles rojas?

Seguía tumbado frente a mí, apoyado sobre el codo. Nunca había visto sonreír a ese hombre. Su cuerpo solo a la distancia de una pierna.

Combustión espontánea. Levanté la pierna y el pie, y la suela de mi bota aterrizó de pleno en sus húmedos y desgraciados huevos.

Se dobló en dos. Gritaba muy fuerte.

Todas las veces que había odiado y todas las veces que había dejado de odiar. Toda la gente que había odiado, deseado ver muerta o planeado matar. Todo el tiempo con esa sensación de impotencia en los antebrazos. Pelele, pelele, pelele.

Debilucho, impotente, quejica.

Era demasiado.

Cerré el puño. Tensé los músculos del antebrazo, de la parte superior del brazo. Me incliné y atesté a George un puñetazo a lo John Wayne como sacado de una película. En plena cara.

Ya estaba de pie y corría hacia la cerca. En mitad de la acequia, en el aire, mi salto se detuvo. La mano de George me había agarrado la pierna. Caí deprisa, rodillas, piernas y botas, dentro de la acequia.

Capullo, gritó.

Bajó el brazo y me agarró por el torso. Así sin más, me vi en el aire y colgando sobre su hombro, dando patadas y gritando. Mis brazos como aspas de molinos le dieron un golpe en la nariz y dos en las orejas.

Pero enseguida estuvo claro. A pesar de haber resistido la pelea durante la tormenta del 66, cuando George me bajó de su hombro y me dejó en el suelo firme, muy firme ese día bajo el sauce, lo vi claro. No podía competir con George Serano.

Tan pronto como caí de espaldas en la hierba, el cuerpo de George Serano se abalanzó sobre el mío. Se me cortó de nuevo la respiración. Las manos de George estaban alrededor de mis muñecas, por encima de mi cabeza.

Tenía su cara tan cerca de la mía, sus ojos negros, sangre dentro de la nariz, los bigotes de papel de lija.

Pequeñas venas, pequeños relámpagos rojos en el blanco de sus ojos. De los círculos oscuros emanaba una luz brillante, cruda.

Más allá de su cara, en lo alto, el viento se movía despacio a través de los sauces.

Blanco de mierda de culo estrecho, dijo. ¿Crees que puedes hacerme trabajar todo el día sin descansar? ¿Qué te da derecho a tratarme así?

De la nariz le cayó una gota de sangre que le bajó hasta el labio. Los dientes, el rosa rojizo dentro de la boca, el aliento caliente, a tabaco y dentífrico, tan cerca de mi cara.

Perros locos e ingleses, dijo. Yo no soy un puto inglés, ¿eh?

El vello negro y espeso de su cuerpo contra mi pecho y mi barriga. El vello de sus axilas casi en mi nariz. El abrumador olor que desprendía, a sudor, gamuza y pedernal, podía notar su sabor en la pared posterior de mi garganta. La parte roja del tomate que se pliega sobre sí misma donde arranca el tallo verde.

Inmovilizado. No soporto estar inmovilizado, tío. Es tan espantoso como perder el aliento.

La respiración. Fue un milagro. De algún modo recuperé el aliento y respiraba.

Con cada inhalación odiaba más a George.

Lo juro, si hubiera tenido una pistola habría pegado un tiro a ese hijo de puta.

El problema era que no podía mover las manos.

¡Cabrón!, grité.

Escupí saliva que voló por el aire y cayó en su cara.

Me robaste la billetera, grité. Y mi camisa nueva de madrás. Y.

Y, y, y. No podía pronunciar lo que seguía al y.

Por un momento la luz brillante y cruda de los ojos de George se suavizó. Por un momento él aflojó la sujeción y me soltó las manos. Luego volvió a agarrarme.

¿Qué billetera?, dijo. ¿De qué coño estás hablando? ¿Qué camisa?

George era como mi hermana. Qué oportuno. De pronto no recordaba nada.

En el hospital Saint Anthony, grité.

No gritaba. Chillaba.

Tu delírium trémens de borracho, chillé. Y tu aliento a mortadela.

De pronto, por el modo en que me miraba, yo era el que estaba loco, no él. Alzó los hombros, echó hacia atrás el cuello y la cabeza.

¿Aliento a mortadela?, dijo. El aliento no me huele a mortadela.

Yo seguía chillando.

No te hagas el tonto. Estabas fuera de ti. El trueno y el relámpago. No digas que no te acuerdas, chillé. Tratabas de

matarme. Estaría muerto si las enfermeras y el médico no te hubieran puesto una inyección. ¡Como una regadera, cabrón! Chillabas y gritabas. El viento es la respiración del Pájaro del Trueno, dijiste. El Pájaro del Trueno puede adoptar cualquier forma, dijiste. Humano, planta, animal. El Pájaro del Trueno no tiene forma, pero tiene cuatro patas, o dos, o una aleta con pezuñas, y las pezuñas tienen garras.

George me soltó las manos, se apartó rápidamente de mí, se levantó apoyándose en los brazos.

Yo seguí chillando.

Las alas del Pájaro del Trueno cubren el mundo, dijiste. Sus alas son nubes, el batir de sus alas causa el trueno. El trueno es el ruido que brota de lo más profundo de su garganta, dijiste. Aunque no tiene cabeza, tiene dientes en el pico, y los dientes son de un lobo. Tiene un solo ojo, dijiste.

George volvía a estar de pie. Retrocedía despacio, encorvado. La sangre de la nariz le caía por la barbilla. Se pasó una mano por la cara y quedó manchada de sangre. En sus ojos, la vieja tormenta del 66.

Chillando, yo seguía chillando.

De ese ojo salen relámpagos, dijiste. Lo ve todo, dijiste. Vuela por el cielo escudriñando el mundo para limpiarlo de porquería.

«Porquería» era la palabra, la única palabra, la palabra provocativa, por todos los días y las noches de odio que había sentido odio sin expresarlo.

George tropezó con la raíz del gran sauce. Cayó de culo.

No perdí un momento. Di un gran salto en el aire y aterricé justo encima de él.

Me senté a horcajadas sobre su pecho. Mis manos daban bofetones, le cruzaban la cara. Haciendo saltar la sangre con cada golpe.

Seguí chillando.

Luego, por la mañana, chillé, habías desaparecido del hospital, lo mismo que mi billetera, mi camisa nueva de madrás y.

YYYYYY, chillé.

Y.

¡Y mis calzoncillos sucios!

El mundo silencioso alrededor. El viento en el sauce, la respiración del Pájaro del Trueno. El Pájaro del Trueno, el agua de la acequia. Yo estaba tumbado de espaldas en la hierba. El pecho me subía y me bajaba, me subía y me bajaba, muy deprisa. Fuera de los ojos, más allá del sauce, solo veía azul, una pequeña nube brillante.

El ruido que salía de George era un sonido humano horrible. La tierra que se abre. Los cielos que se desploman.

Era un sonido que yo comprendía.

Dentro, en lo más profundo, algo que tiene que subir y salir, y cuando lo hace es un ruido muy extraño.

George estaba de rodillas, sujetándose los costados. Golpeaba la hierba con las manos, daba patadas con los pies. Todo su cuerpo se revolcaba, rodaba por el suelo. Un gemido agudo, resoplidos, sonidos como los que hacen los animales.

Nunca había visto a nadie reírse tan fuerte.

Una risa tan fuerte que hice todo lo posible por no reírme yo también.

Pero, por más que lo intenté, no tardé en estar haciendo los mismos ruidos que George. Dentro de mí, la fuerza subiendo y saliendo de mí, y empecé a retorcerme, la tierra se abrió, los cielos se desplomaron, tratando de hacer sitio a lo que llegaba a través de mí, los extraños sonidos que brotaban de mí.

Algo tan raro, la risa.

Amé tanto a Dios en ese momento.

Esa noche, mientras mis padres veían la televisión, llamé a Billie. Billie y yo casi nunca hablábamos por teléfono, de modo que no sabía qué iba a decirle. Solo quería oír su voz. Me contestó la señora Cody y me dijo que Billie había salido a tomar una
Coca-Cola
con sus amigas. Enseguida se encendió un cigarrillo y empezó a hablar, a hablar de eso y aquello, y luego de nuestra noche de marihuana. Cuando llegó al traje de novia, papá entró en la cocina y encendió la luz. Su cara de culo. La hermana María Cara de Culo. Señaló el reloj. Dije a la señora Cody que tenía que colgar.

Robé uno de los Viceroy de papá y salí por la puerta de la cocina. Era una noche inmensa y calurosa de Idaho, grillos y ranas

chirriando y croando. El aspersor daba vueltas en el césped delantero. El único otro ruido eran mis botas sobre la grava irregular. Tramp se acercó corriendo y apoyó la cabeza en mi entrepierna. Estaba tan contento de que hubiera salido que se levantó sobre sus patas traseras y puso las delanteras en mis brazos. Los dos hicimos un pequeño bailoteo, con su lengua rosa de mortadela colgándole. Una fuente inagotable de diversión, ese perro.

Me adentré en la noche, dejando atrás el taller de la maquinaria y los graneros, el almacén de patatas. Cada vez más oscuro, como en los viejos tiempos, solos Tramp, yo y la luna amarilla. Estrellas, trozos duros de luz de diamante. Un lugar seguro. Estaba buscando el adecuado.

El elevador de grano se alzaba contra la luz de la luna. Cuando puse un pie en el primer travesaño, la luna brilló por toda su superficie resbaladiza. Tramp hizo un ruidito con la garganta y se tumbó. Una escalera a las estrellas, seguí subiendo y subiendo, oyendo el repiqueteo de mis botas contra los travesados. Hacia la mitad del ascenso, el otro extremo del elevador de grano empezó a inclinarse hacia abajo. Seguí subiendo y, cuando logré el equilibrio perfecto, me senté con cuidado y encendí el cigarrillo.

Esa tarde bajo el sauce, después del extraño ruido que había salido de mí y de George, después de habernos reído los dos como locos, pasó algo más entre George y yo. Y desde entonces yo no sabía qué hacer conmigo mismo.

La risa había sido tan fuerte y había durado tanto que tuvo que acabar. Debajo del sauce había silencio. Solo el viento. Me quedé sentado como un monaguillo, a un brazo de distancia de George, guardando las distancias. Estaba preocupado porque en cualquier momento podía aparecer papá, gritando y agitando las manos. Aún peor, me había quitado la camisa y a papá no le gustaba que lo hiciera. Y menos aún cuando George también se la había quitado.

Yo tenía la mano derecha sobre la hierba verde, con el puño contra la tierra. Cerré los ojos un instante. Y en ese momento George alargó su mano grande y la puso sobre la mía. Iba a apartarla corriendo, pero eso era exactamente lo que habría hecho mi padre. Y porque me había reído con ese hombre y había conocido a su abuela, rompí la norma. No guardé las distancias y no

aparté la mano. Por encima de nosotros, el cielo azul muy azul, las largas ráfagas verdes de los sauces, la respiración del Pájaro del Trueno.

Lo que pasó a continuación, en toda mi vida, no había habido nada que me preparara para ello. Fue un ruido, un ruido extraño que subió por el pecho de George y salió, pero esta vez no era risa.

Con mocos colgándole de la nariz y grandes sollozos como eructos, lloró tan fuerte, tan intensamente y durante tanto rato como se había reído. Como había llorado papá en el funeral de Russell. O como había llorado yo cuando encontré la tumba de Russell. Pero más. Yo nunca había visto a nadie llorar así. Con la cabeza inclinada sobre sus piernas cruzadas, la cara contra el suelo, los músculos de la espalda sacudiéndose, su mano grande estampada sobre la mía, George lloró tan fuerte que parecía gritarle al suelo.

El elevador de grano oscilaba en el aire. Aplasté el cigarrillo contra la suela de la bota, me levanté y bajé por un extremo como si se tratara de una escalera descendente. En cuanto di un paso, el otro extremo volvió a alzarse de golpe. Un estrépito y un golpetazo que hizo saltar a Tramp.

En el lugar más seguro, el altillo del establo, al fondo, con la luna brillando plateada sobre la paja dorada, esparcí paja alrededor de Tramp y de mí. El establo estaba lleno de sus espíritus.

Y algo más. Algo grande y oscuro fuera en la noche que yo no conocía. El Pájaro del Trueno.

En mi habitación, las dos ventanas abiertas y ni un soplo de aire. Las sábanas estaban calientes y se me pegaban a las piernas. Se oyó un tren silbar a lo lejos.

Me llevé a la boca y a la nariz la mano que George me había tocado, por el dorso. Me la olí, me froté los labios con los nudillos. Pensé en George. ¿Por qué lloraba? ¿Sabía por qué lloraba, o le había pasado como a mí en la tumba de Russell, y también le había sorprendido cómo podía llevar tanto dolor dentro sin saberlo?

La mañana siguiente al incidente en el sauce, George no estaba junto al buzón, de modo que volví a recorrer el camino de la casa de su abuela. Con cada paso que daban mis botas sobre la tierra polvorienta, más cerca estaba de George Serano y más rápido me latía el corazón. Me dije que debía respirar y oler las rosas. Era el mismo camino que había recorrido el día anterior, pero apenas lo reconocía. La cerca de alambre de espino que seguía combándose entre los postes, las matas de tanaceto, la manzanilla, los olivos rusos de lento crecimiento, las flores púrpura de la alfalfa. Los espárragos pasados. Los cardos.

A la sombra de los chopos lombardos, luz y oscuridad mágicas por todas partes. Alucinaciones en el suelo, en el Ford del 49 de George, en mis brazos y por todo mi cuerpo. Era como agua sumergiéndose en agua. La puerta mosquitera verde. Los ladridos de Bonanza antes de que llamara.

Tan pronto como la abuela abrió la puerta, vi el pañuelo rojo alrededor de su cabeza, los pelos blancos que le salían disparados como telarañas alrededor de la cara, las cejas pobladas. Alrededor de sus ojos, miles de arrugas finas.

Sus ojos castaño oscuro, ribeteados de rojo, me miraron de arriba abajo.

Todo estaba en sus ojos.

Alargó una mano como de cuerda marrón, me cogió del brazo, me lo soltó, me cogió del otro brazo.

¿Te has roto algo?, dijo.

Sus dedos en mis brazos, lisos como el cuero.

Roto. Ahí estaba yo, en una vieja cabaña de leños de la reserva, dentro de las sombras mágicas de los grandes y viejos chopos lombardos, mirando a una india de metro veinte de estatura y tan anciana que su cara parecía esculpida en roca volcánica. Lo único a mi alrededor que tenía alguna conexión con el siglo veinte era la bombilla desnuda que colgaba sobre la mesa. Esperaba a su nieto, un hombre del que había tenido que defenderme en dos ocasiones. Un hombre que me había robado la billetera, la camisa de madrás, los calzoncillos sucios, un hombre que me había hundido la cabeza en el agua lodosa. Un hombre con el que ya me había reído y llorado más que con cualquier otra persona hasta la fecha, un hombre que cuando entrara en la habitación podría provocarme

una especie de ataque de histeria. Y esa anciana, la abuela Queep, cuyos ojos eran una herida tan profunda como cualquier corazón roto, mostraba las encías y me preguntaba: ¿Te has roto algo?

Roto. Todo estaba roto. En ese preciso momento me estaba rompiendo.

Estoy bien, dije.

Las dos profundas arrugas de la frente de la abuela que se hundían entre sus ojos se marcaron aún más.

No esperaba volver a verte, dijo.

Bonanza levantó la cabeza y soltó un fuerte ladrido. En el brillante suelo de madera, sus viejas patas blancas estaban entre los mocasines Minnetonka de la abuela y mis viejas botas.

Yo tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Los descrucé. Mi boca trató de decir alguna mierda, pero desistió. Volví a cruzar los brazos.

Menuda trifulca tuviste con mi nieto, dijo la abuela. Tiene un ojo morado y la cara como si se las hubiera visto con un puerco espín.

Los ojos oscurísimos de la abuela, nada entre medio.

Tú y él os las traéis, ¿no?

Fue entonces cuando Bonanza me metió el morro en la entrepierna. No solo un golpe de hocico. Fue más bien un puñetazo. Puse rápidamente la mano delante de mí y retrocedí.

Mis labios de goma. Lo juro, si pudiera respirar y mover los labios a mi antojo, sería un ser humano decente.

Ya no, dije. George y yo ya lo hemos arreglado, dije. No habrá más peleas.

La abuela se acercó a la estufa, empezó a mover cosas encima de ella. Bonanza, repiqueteando con sus uñas en el suelo brillante, se acercó a su cojín de Pendleton y se dejó caer en él.

Me sorprende que tu padre no haya dado una paliza a George, dijo la abuela. ¿Quieres café?

Luego: ¡George! Ha venido el chico Klusener. ¡Llegas tarde al trabajo! ¡Es un nuevo día, hijo! ¡Un día flamante!

Un golpe sordo en la otra habitación.

¿Otro Pavo Salvaje?, dije.

La abuela Queep se volvió. Sus ojos ribeteados de rojo, siempre sus ojos, como si estuvieran llenos de lágrimas.

No, dijo. Está sobrio. Pero no sabría decirte por qué.

No se lo dije a mi padre, dije. Lo que pasó ayer entre George y yo.

La abuela dio dos pasos rápidos por el suelo brillante. Bonanza se levantó sin perder tiempo, ladrando fuerte.

La abuela apretó su cara contra la mía. Movía los labios donde habían estado los dientes. Sus cejas eran como una sola, extendiéndose de lado a lado sobre sus ojos.

Contacto directo.

¿Cómo has dicho que te llamabas?, dijo.

Aún no lo he dicho, dije.

Bueno, pues dilo, dijo ella.

Rigby John, dije, Rigby John Klusener.

En sus profundos ojos castaños, barras doradas.

Bien, dijo, conozco la parte Klusener. Lo que buscaba era la de Rigby John.

Sus ojos se apagaron un poco y miró hacia otra parte. Hacia dentro.

¡Hijo!, dijo. Tomas leche con el café, ¿verdad? La leche es buena para los huesos. Mi nieto enseguida estará contigo.

Luego yo y mi bocaza. De pronto salieron de mí unas palabras que quise haberme tragado en el acto.

¿Está solo? Por un momento pensé que había hablado lo bastante bajo para que no me oyera la abuela.

Pero no cayó esa breva.

¡George!, gritó la abuela. ¿Estás solo ahí dentro?

Oh, Dios mío, mi respiración.

¿A cuántos cowboys tienes contigo ahí dentro?

Los labios gruesos y oscuros de la abuela se curvaron dejando ver las encías, una gran sonrisa con encías rosas todo alrededor.

Llegaron ruidos de la habitación de George. Cajones abiertos, puertas de armario golpeando.

¡No, abuela!, gritó George. ¡Solo yo y las rodadoras del desierto!

El resto del día y los que siguieron, ni George ni yo sabíamos qué hacer con nosotros mismos. Nuestros ojos no sabían adonde mirar. Nuestros labios no sabían qué decir. Ninguno de los dos tenía ni

puta idea de qué hacer. Él tenía un ojo morado con un toque verde justo debajo, así como varios rasguños en la mejilla y arañazos en la frente.

Las cosas son mucho más sencillas cuando odias a alguien.

Al llegar al final del campo, yo daba la vuelta a la enfardadora mucho más despacio. Apagaba la toma de fuerza, levantaba la ristra de dientes de la enfardadora, reducía la velocidad, daba la vuelta muy lentamente y siempre miraba hacia George para ver si estaba bien antes de empezar una nueva hilera.

Parábamos a descansar. Un par de veces por la mañana, y tres o cuatro por la tarde. Pero no regresamos al sauce. Nos quedábamos en el campo al sol. El tiempo justo para que George bebiera agua y fumara un cigarrillo.

Estábamos trabajando a tan buen ritmo que mi padre no se había dejado ver por ahí.

Era duro durante los descansos. Con el motor del tractor apagado, solo oíamos el viento en los oídos donde antes había habido tanto ruido. George se sentaba en uno de los fardos de la plataforma. Yo me quedaba en la cabina del tractor. El olor de su cigarrillo me ponía como loco. No es que nos ignoráramos como antes. Los dos éramos muy educados, decíamos cosas del tipo: ¿Has bebido suficiente?, Qué calor hace hoy, o Ese último montón de heno estaba lleno de grama.

El quinto día terminamos las dieciséis hectáreas de Hess, y con las dieciséis hectáreas de Hess terminadas se acababa toda la cosecha de heno.

Quiso el destino que el último heno que pasara por la enfardadora estuviera en lo alto del campo, al otro lado de la cerca, el prado verde, la acequia y el sauce.

Cuando el último fardo salió de la enfardadora, George lo levantó por encima de la cabeza, lo subió y lo bajó en el aire, y lo arrojó sobre el montón de la plataforma. Yo seguí conduciendo el tiempo justo para que dejara en el suelo la barra de hierro y descargara el heno. Apagué la enfardadora y a continuación el tractor.

Me puse de pie de un salto en el asiento amarillo del tractor, levanté los brazos al aire y grité con todas mis fuerzas: ¡Se acabó lo que se daba! ¡Hemos terminado con el jodido heno!

El cielo no estaba azul de lo que brillaba, y entre mis brazos y mis manos alargadas, un trozo de nube, un poco más brillante que el resto del cielo brillante, se desplazó hacia el este.

Y de pronto me sentí imbécil allí de pie gritando. Todos los huesos del cuerpo se me descoyuntaron. Ahí estaba yo, un imbécil, un fantasmón, dando el espectáculo.

Además, había dicho esa palabra.

Mantuve los brazos levantados un rato. Tenía miedo de bajar la vista, miedo de mirar a George. Lo que esperaba ver eran los ojos de gitano ruso de mi padre. Ojos llenos de odio y vergüenza.

Luego ya sabéis. Oigo un grito fuerte y prolongado. Tiene más de exclamación que de grito. Un sonido como los que oyes hacer a los indios de la tele. Miré a George y, mientras lo miraba, él levantó los brazos al aire, los apoyó en el suelo, hizo tres volteretas laterales perfectas en dirección a la cerca y aterrizó de culo.

¡Hemos terminado con el jodido heno!, gritó, y soltó un fuerte alarido indio.

George sentado de culo sobre los rastrojos de heno, con el sombrero torcido, y en ese instante una punzada de dolor junto a mi corazón, como si me lo atravesara una flecha.

Amé tanto a Dios en ese momento.

Amé a George.

Luego George saltaba la cerca, y yo me aparté del tractor y salté la cerca detrás de él, y George se quitó el sombrero, la camisa, la camiseta, y su largo cuerpo estaba tumbado en la hierba, con la cabeza dentro de la acequia. El olor a barro y a agua de acequia, a musgo, y el sol en la piel de George. Me acerqué a él por detrás, puse una mano en su nuca y le sostuve la cabeza debajo del agua.

Después de salpicar agua por todas partes, George se ponía de pie y empezaba a perseguirme, yo corría hacia el sauce, y él me perseguía alrededor del sauce, y yo me reía tan fuerte que no paraba de tropezar, pero él no podía cogerme porque yo corría más deprisa.

Cuando me alcanzó, así sin más, me vi otra vez en el aire y colgando sobre su hombro. Yo daba patadas y gritaba, pero esta vez era divertido, y cuando caí en el suelo firme, muy firme, no me pareció tan firme.

El cuerpo de George se estampó sobre el mío. El vello de su

pecho y de su barriga contra mi camiseta. Mis piernas abiertas, mis brazos y mis manos sujetos por encima de la cabeza. El mismo lugar, las dos mismas personas, la misma posición, pero otro día, una sensación totalmente *difrente*. El pelo de George me goteaba en la cara. Su aliento, a tabaco y dentífrico. El olor de su cuerpo y sus axilas en la pared posterior de mi garganta, a pedernal y a gamuza.

Ese momento.

El dolor cerca de mi corazón se extendió por todo mi pecho.

George respiraba deprisa. En su mirada, seguía persiguiéndome alrededor del sauce. En sus ojos oscuros, barras doradas.

Por encima de su cabeza, el Pájaro del Trueno era una respiración larga y profunda a través de los sauces.

Luego todo se detuvo. Su cuerpo dejó de moverse. La presión en mis muñecas cesó. Su aliento. Sus ojos se ablandaron como los de Jesús.

Yo quería cerrar los ojos, pero no lo hice.

Totalmente inmóviles. Los ojos de George y los míos, solo el cielo azul entre medio.

George se sentó, se volvió, cruzó las piernas como Buda. Yo también me senté. Al cabo de un rato me di la vuelta sobre el culo hasta quedarme sentado a su lado, con las piernas también cruzadas un poco demasiado cerca. Le rocé la rodilla con la mía. Doblé las piernas y me las abracé.

George y yo estuvimos largo rato así sentados. No nos miramos, no hablamos. El viento en el sauce era el Pájaro del Trueno. Alrededor de nuestros oídos, la respiración a través de los sauces, un ruido como si el árbol lo supiera todo acerca de George y de mí, y, al igual que nosotros, no tuviera ni puta idea de qué hacer, de modo que durante toda la tarde, todo lo que hizo fue suspirar y suspirar.

Tanto rato así sentado acaba doliéndote el culo, de modo que levanté una nalga, luego la otra. Volví a rozar la rodilla de George con la mía. George cogió su camisa. Del bolsillo sacó un paquete de Camel. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. El viento en el sauce, otro gran suspiro.

Se sacó el cigarrillo de la boca y lo sostuvo en la mano. Con la

palma abierta, el cigarrillo en la palma, volvió la mano hacia mí.

En un abrir y cerrar de ojos el cigarrillo estaba en mis labios. Noté el filtro un poco húmedo. Lo que habían tocado los labios de George estaba de pronto entre los míos.

George encendió su cigarrillo, luego el mío. Nunca hubo ni habrá un cigarrillo mejor.

¿Cómo sabes que fumo?, dije.

La colilla de Viceroy que dejaste ese día en el camino, dijo él.

Eso es lo que hace a los indios tan buenos cazadores. Se fijan en mierdas como ramas rotas y colillas. Se me ocurrió comentar que los indios eran buenos cazadores, pero no sabía cómo sonaría saliendo de mi boca, de modo que en lugar de eso dije algo de lo que no tuviera que preocuparme.

Todavía hay que trasladar todo ese heno, ¿sabes?, dije.

Mi voz no sonó aguda. Sonó clara, como quería que sonara.

Serán diez días, tal vez dos semanas más de trabajo, dije.

Los hombros de George estaban a unos centímetros de los míos. Mi brazo quemado por el sol estaba mucho más oscuro que el suyo.

George dio una larga calada. Cuando habló, el humo le salió por la boca y la nariz.

No sé si quiero hacerlo, dijo.

El viento en el sauce hacía tanto ruido en ese momento que tuve que gritar.

¿No necesitas el trabajo?, dije. ¿No necesitas el dinero?

Un buen fin de semana y ese dinero ha volado, dijo George.

Dejé de abrazarme las rodillas y estas empezaron a bajar.

Antes de decir lo siguiente respiré hondo. Contuve el aire. Me aseguré de que tenía suficiente. Aun así me llevó un rato tratar de coordinar la respiración con mis labios de goma más el cigarrillo.

Por fin, muy bajo y con muchísima delicadeza, dije:

¿No quieres dejar de beber?

De perfil George era totalmente *difrente*. Tenía la nariz más grande y ganchuda. Sus labios se curvaron por una comisura, como los de su abuela.

Todo el tiempo, dijo.

Mi cigarrillo estaba caliente como una estufa de las caladas tan profundas que daba.

Entonces, ¿por qué no lo haces?, dije.

¿Qué iba a hacer entonces?, dijo él.

Ahorrar dinero, dije. Comprarte tu propia casa.

George volvió la cabeza. En sus ojos negros había algo mordaz.

¿Sentar la cabeza?, dijo George. ¿Formar una familia?

Dio otra calada. Sabía inhalar el humo por la nariz mejor que nadie que yo hubiera visto.

Además, dijo, ya tengo casa.

Inhalé el humo pero solo por una fosa nasal.

¿La casa de la abuela?, dije.

No, dijo él.

Dio unas palmaditas en la hierba.

Está aquí mismo, dijo.

No te hace falta comprarla para que sea tuya, dijo. Si eres dueño de ti mismo, el mundo es tuyo.

Yo bajaba poco a poco las rodillas. Si movía la rodilla derecha hasta abajo del todo la apoyaría en la de George.

Otra respiración honda. Una respiración honda y otra calada larga y profunda.

Muy bajito y muy despacio: ¿Cómo puedes ser dueño de ti mismo, dije, si no eres capaz de mantenerte sobrio?

George hinchó el pecho con una sola carcajada.

Ese es el problema, dijo. ¿Qué hacer mientras esperas?

El aburrimiento es una cabronada, dijo.

¿Mientras esperas qué?, dije yo.

George se apartó de la frente el pelo mojado, se lo alisó. Se reclinó apoyándose sobre los codos. Arrancó una brizna de hierba y se la llevó a la boca. Se quedó recostado de ese modo. Masticó la hierba y miró hacia el campo de heno, a los charcos de agua donde no los había, como si fuera eso lo que buscara en el campo de heno.

No sé cómo decirlo, dijo.

¿Al Pájaro del Trueno?, dije yo. ¿Estás esperando al Pájaro del Trueno?

Sí, dijo él. Podría decirse así.

Otra perfecta inhalación por la nariz.

Es más que posible que tome forma de tormenta, dijo.

¿Estás esperando una tormenta?, dije yo.

George se levantó. Arrojó un escupitajo seco lejos de mí. Esta vez su risa fue dura y no sonó como risa.

El Pájaro del Trueno es un modelo de Ford Motor, dijo. Mi primo tiene uno rosa.

Traté de pasarlo por alto. Me figuré que no me correspondía a mí entender todo ese asunto del Pájaro del Trueno. Contemplé el cielo de media tarde, cómo pasaba de brillante a azul. Miré hacia el campo de heno. Las sombras del tractor y la enfardadora eran manchas alargadas y profundas en el suelo. Sabía que era mejor mantener la boca cerrada, pero ahí estaba otra vez.

¿Y qué tiene de especial ese Pájaro del Trueno?, dije. Solo por saber.

Cierta lentitud en el modo en que George se llevó el cigarrillo a los labios. Eso y la rapidez con que quiso saltar entonces sobre mí. En cualquier momento su puño alzaría el vuelo y yo volvería a tener la nariz rota. Estaba pensando en cómo detener el puñetazo, hacia dónde echar a correr, si llegaría a tiempo al sauce.

George me miró fijamente. Sus labios, labios de goma como los míos cuando estaba lleno de odio y trataba de hablar.

Bueno, tal vez hay ciertas cosas que no te corresponde saber, dijo. El hombre blanco no puede saberlo todo. Deja que conserve lo poco que queda de lo mío.

El hombre blanco.

Apagué el Camel en la hierba. El viento en el sauce fue otro gran suspiro. El corazón me latía en los oídos. No podía pensar con claridad. Respira, respira, respira.

Lo que dije a continuación no sé de dónde salió. Tal vez me hizo decirlo el Pájaro del Trueno, me instó a seguir hablando. Desde la noche de la tormenta del 66 no había sido capaz de parar de pensar en ese maldito pájaro. Además, ¿sabéis una cosa? Mi padre, Scardino, todos los hombres alrededor de los cuales tenías que andar de puntillas. Ya me estaba cansando. El mundo estaba lleno de tipos duros. Tal vez yo no fuera uno de ellos, pero ya eran dos las veces que me había defendido y salido con vida.

El hombre blanco, repetí. Mi padre es un hombre blanco. Yo no, dije. Yo soy *difrente*.

Venitas, pequeños relámpagos rojos en el blanco de los ojos de George. Los labios pegados contra sus dientes. El humo que salía por su boca y su nariz.

Ya, diferente, dijo. Tú eres diferente, claro, dijo. Y el pequeño

maricón no tiene ni puta idea.

Después de todo el tiempo que llevaba en este mundo, en ese momento sentí cada parte de mi cuerpo y cómo encajaba una con otra.

Lo que me hizo recomponerme tan deprisa en ese lugar en particular fue el escupitajo de George.

Saliva en la cara. «Maricón» en los oídos. El dolor agudo por todo el pecho.

«Maricón» es como «joder». La primera vez que lo oyes, lo sabes.

Pero ya me conocéis. Yo no lo sabía.

No podía saberlo aún.

Debería haber gritado, haberlo dejado salir en forma de grito. Pero aún no conocía a George. No como lo conozco ahora. De modo que me quedé allí sentado, con los brazos alrededor de las piernas. En silencio. Como estás cuando te quedas sin aliento. Tan silencioso que desapareces.

Mucho rato sin que sucediera nada. Pasó un camión por Quinn Road. El agua de la acequia. El sol arrancando sombras del tractor y la enfardadora. El viento en el sauce, otro gran suspiro.

George sacó otro cigarrillo del paquete. Yo esperaba que se lo llevara a la boca, pero de nuevo alargó la mano, con el cigarrillo en la palma abierta.

Lo cogí sin tocarle la mano. Dejé que lo encendiera.

Nos llevó un rato. George intentó hablar un par de veces. Pero no pudo. Labios de goma. Sabía lo que había hecho.

Encendió su cigarrillo. Tres inhalaciones por la nariz perfectas, un largo suspiro como el viento en el sauce, luego algo que yo no vi venir.

Alargó una mano. La mano hizo todo el recorrido de él hasta mí.

Yo no me aparté, no pestañeé, me limité a quedarme sentado.

Por un momento la mano de George, solo dos dedos, me tocó la coronilla. Luego los dedos bajaron despacio por detrás de mi oreja, el cuello, del cuello al pecho.

Y una vez allí la retiró.

¿Nunca te preguntas quién eres y qué has venido a hacer aquí?, dijo.

Sí. Quería decir que sí. Pero todo lo que hice fue exhalar humo y mover la cabeza arriba y abajo.

¿No te preguntas de qué va todo esto?, dijo George.

Levantó los ojos y miró alrededor. El dorado en ellos. Extendió los brazos y describió con ellos un gran círculo a su alrededor, como una bailarina.

¿No te preguntas acerca del misterio que está siempre a nuestro alrededor y en nosotros?, dijo George.

Entonces dije: Sí.

George acercó hacia sí los pies, se rodeó las piernas con los brazos.

Una persona no puede hacerlo sola, dijo. Necesita una visión. Un propósito en la vida sobre el que moldear su vida.

Los ojos de George, la luz cruda que emanaba de ellos se había suavizado al mismo tiempo que su voz. Sus labios, gruesos, llenos y rojos canela. El humo que salía de ellos. De la nariz.

Hay muchas maneras, dijo, de averiguar cuál es tu visión. Algunas personas ejecutan la danza del sol, otras hacen baños purificadores en cabañas para sudar. Hay quienes acuden a la iglesia baptista Four Square. Otros van a misa. Existen toda clase de ceremonias que puedes hacer. Hasta emborracharse es una manera. Al menos emborrachándote puedes conocer lo que se siente cuando el poder te toca.

Una larga calada al Camel, el ruido de su respiración al exhalar.

Pero el alcohol solo es otra mentira, continuó. Hace que las cosas parezcan una visión, pero no lo son.

Mi respiración. Una inhalación muy profunda, todo ese humo.

Luego, despacio, muy despacio, dije: Entonces, ¿por qué lo haces?

Tú también lo haces, dijo. ¿Por qué lo haces?

Por un momento no salieron palabras.

Es divertido, dije.

¿Y no lo es para mí?, dijo.

Es *difrente*, dije.

¿Quieres decir que tú no eres un borracho?, dijo George. No me jodas. Te doy veinte años.

En ese momento pensé que me apetecía mucho una cerveza. Me apetecía mucho fumar hierba con George.

George había levantado la mano de nuevo, la movía hacia mí. Esta vez se detuvo. Me apuntó con el Camel.

Podrías decir que el Pájaro del Trueno es Dios Padre, dijo. Un padrazo. Zeus con su relámpago o la mata ardiendo de Moisés.

El Pájaro del Trueno es la fuerza vital que da vida a la vida, dijo George. El poder de la tormenta no es distinto del poder que endereza una brizna de hierba. Todo es vida. Es lo que llena de vida la vida.

El Camel de George hacia mí, apuntándome.

Los shoshones creen en esta fuerza vital, dijo. Ese poder puede tocarte. Cuando te toca, recibes una visión. No tienes que subir a la montaña. No hace falta que salgas a buscarla. No es necesario hacer una novena. No es preciso pedírsela al Señor a través de la oración. La visión puede llegarle a cualquiera en cualquier momento y en cualquier lugar. Cuando vayas a casa, tu perro podría acercarse a ti y hablarte, decirte lo que necesitas saber. O un cuervo. O una gaviota. O tal vez el modo en que nos está hablando este árbol, si nos quedamos aquí el tiempo suficiente para escuchar.

El viento en el sauce, otro gran suspiro.

El Camel de George hacia mí, apuntándome.

Todo lo que tienes que hacer es esperar, dijo George. Esperar y fumar. Para los shoshones, fumar es rezar. No importa lo que hagas, no importa lo que venga, el secreto es seguir fumando y nunca olvidar que estás esperando.

La inhalación de George fue humo elevándose de una boca a una nariz como nunca hayáis visto.

Lo que estoy haciendo, dijo, es esperar.

Solo yo y las rodadoras del desierto, dijo George.

No estoy enfardando heno. No estoy trasladando heno. No estoy conduciendo mi coche. No me estoy emborrachando. Estoy esperando a que el poder esté listo para tocarme, dijo. Que me dé la pista, la pieza que falta, que me diga qué se supone que debo hacer o cómo se supone que he de ser.

Esa noche, con el dorso de la mano contra la nariz y la boca, me froté los labios con los nudillos. Tenía las piernas enredadas en la sábana. Al otro lado de las ventanas abiertas el Pájaro del Trueno

no respiraba. Ni una inhalación. Silencio, del mismo modo en que había quedado todo en silencio cuando George había dejado de hablar esa tarde. Yo había dado la última calada a mi cigarrillo al mismo tiempo que él. Juntos en el mismo trozo de hierba, apagamos los cigarrillos. Aplastamos las colillas contra el suelo de ese modo que parece que bailen.

El cielo estaba azul intenso, el sol cada vez más bajo. Ya no había charcos. Las cosas se encogían sobre sí mismas a la luz del sol, las sombras negras y largas se fundían con el dorado.

Silencio, como si hubieras desaparecido en silencio.

El viento en el sauce era un suspiro. Profundo y rápido. El modo en que se te corta la respiración. Antes de que ocurra algo. No puedes hacer nada para detenerlo.

9

En el centro

Hacia el final de junio todo lo relacionado conmigo estaba descontrolado. No tenía hambre. No podía dormir. Fumaba como un carretero. Me mordí la uña del pulgar hasta que me salió sangre.

Pero nadie notó nada *difrente*. Luego mamá un día se me acercó y me puso su mano fría, áspera y roja de granjera en la frente. Sus ojos almendrados y castaños, faros altos, traspasaron los míos.

¿Ya te pones el sombrero con el calor que hace ahí fuera?, preguntó.

Billie también, hizo exactamente lo mismo, me puso una mano en la frente.

Rig, ¿estás bien?, dijo. Estás ardiendo.

Ardía, en efecto. Al subir al elevador de grano sabía que tenía que quedarme inmóvil para mantener el equilibrio, pero esta vez, cuando por fin me detuve, miré alrededor y me mareé. Me mareé de verdad. Pero algo en mí quería seguir subiendo, hacia el cielo, para nunca bajar.

Pero así no son las cosas. Preguntad a cualquier acróbata volador. No bajar nunca es imposible.

Fuera en el campo de heno, nos dedicamos a trasladar el heno en lugar de hacer fardos. Cuando hacíamos fardos, George siempre estaba a cinco metros de mí envuelto en una nube de polvo amarillo, y el tractor y la enfardadora metían mucho ruido.

Trasladando el heno, tenía la pierna de George allí mismo, al lado de la palanca de cambio, y su brazo, apoyado en el respaldo del asiento, casi me alcanzaba el hombro. El único ruido era el camión, que la mayor parte del tiempo no estaba en marcha.

Fuera en el campo de heno, con todo ese silencio y proximidad con que lidiar, te volvías loco.

Durante la cena, siempre las preguntas de papá. Hasta dónde, cuántos fardos, qué día terminaríamos. Los ojos almendrados y castaños de mamá siempre atentos a algún matiz. ¿Está bebiendo George? ¿Está cumpliendo con su parte del trabajo? ¿Estás guardando las distancias? ¿Cuántos días faltan para que podamos dejar de verlo?

Luego estaba Billie. Aparcado en el Mount Moriah una noche, logré por fin que saliera de mi boca que el tío con el que estaba recogiendo el heno era George Serano, que, por cierto, fue el tipo con el que me viste pelear en el hospital durante la tormenta del 66.

Billie no parpadeó. Cosa del destino, se limitó a decir.

Luego: ¿Sigue hablando de ese pájaro?

Era del Pájaro del Trueno de lo que hablaba Billie, y, conociendo a George, le habría dado un ataque si hubiera dicho algo del Pájaro del Trueno, de modo que dije que no, que George no hablaba mucho de él ni de su religión, salvo un par de cosas. Y, por supuesto, Billie quiso saber entonces cuáles eran esas dos cosas.

Bueno, dije, es medio italiano. Su madre es italiana y vive en alguna parte de Italia. Y su padre es hijo de shoshones y apaches, y es mormón, y se pasa la vida en México. Mientras trabaja, siempre canturrea «Rodando con el viento como una rodadora del desierto».

Y otra cosa sobre él, dije, es que George no vive la vida como la vivimos nosotros los blancos.

Billie jugueteó con la mano de Fátima que le colgaba de la cadena de oro del cuello. Abrió mucho sus ojos azules. Su voz sonó muy lejana en esos momentos.

¿Nosotros los blancos?, repitió.

No se traza metas, dije. No se ha propuesto conseguir nada. No está trabajando para ganarse la vida, haciendo planes para el futuro. Está esperando.

Billie sacó un cigarrillo de su paquete de Marlboro. Apretó el encendedor.

¿Qué está esperando?

De todo lo que podría haber dicho. Lo que salió de mi boca, no me paré a pensarlo.

Amor, dije.

El encendedor saltó.

Billie prendió el cigarrillo, dio una calada profunda. Se volvió totalmente hacia mí y me miró a los ojos. Abrió aún más sus ojos azules y por un momento pareció abarcarme por entero, y durante ese momento, lo juro, Billie ató cabos y vio hasta el fondo de mi oscuro corazón. Os lo digo, esa chica era una médium. No podías esconderle nada.

Me pasó el cigarrillo. Observé detenidamente su cara, buscándola en todas las formas en que la conocía. Pero la cara de Billie solo era la cara de Billie, y no dijo nada ni dejó traslucir de ningún modo que lo sabía.

Yo daba una profunda calada al cigarrillo.

Fumar también es *difrente*, dije. Fumar no es lo que es fumar para nosotros. Para George, fumar es rezar.

La voz de Simone Signoret de Billie.

Entonces recemos, dijo.

De modo que rezamos, Billie y yo, fumamos nuestros cigarrillos. Fingiendo que éramos indios. No en voz alta, sino Billie en su cabeza y yo en la mía. Al inhalar recé para que Billie no me preguntara nada más sobre George. Al exhalar recé para que me pidiera que le contara todo.

Como para volverte loco. Un verano sofocante. Días calurosos, noches calurosas. Todavía sin dormir o durmiendo poco. Todavía sin hacerme pajas. La tensión en los músculos como la de un animal salvaje listo para saltar. Algo en la barriga también. Cuando cagaba era un aspersor de mierda. Luego mamá volvió a preguntarme si me pasaba algo. Dije que no. Pero desvié los ojos lo más deprisa que pude porque puede que Billie Codie fuera médium, pero mi madre era la reina de todas las médiums. Al menos en todo lo relacionado conmigo.

Luego esa mañana, una mañana como cualquier otra si no fuera porque era mi decimoséptimo cumpleaños, el desayuno consistió en

gachas, un vaso de leche y huevos fritos. Lo único *difrente* fue que mamá puso el plato ante mí como con más intención. Y que se quedó cerca de mí mientras yo rompía las yemas. Estaban perfectas. Papá estaba sentado en su silla fumando un Viceroy, bebiendo su té con dos cucharadas de azúcar. Leía el *Idaho Catholic Register*. De pronto, sin ningún motivo, sacudió el periódico, lo dobló y se lo puso en el regazo. Lanzó una mirada a mamá y removió un par de veces su té.

No tardé mucho en darme cuenta de que sus ojos de gitano ruso se habían desplazado de mamá a mí. En realidad no podría deciros las veces que papá había dejado que sus ojos se posaran en mí. Cuando estaba enfadado, tal vez. Me miraba fijamente cuando estaba enfadado. Pero esa mañana miraba y miraba, y no estaba enfadado.

Carraspeó antes de hablar.

Solo quería decirte, dijo, que has hecho un buen trabajo manejando al piel roja George.

«Manejando.»

Joder.

Gracias, dije.

Joder.

En el patio de la abuela, luz y oscuridad mágicas por todas partes. La puerta mosquitera verde de la abuela hizo el crujido de sanctasanctórum. El grano de la madera de la puerta gris que tenía ante mis ojos, un remolino de líneas de la vida. Bonanza ladrando antes de que llamara con los nudillos.

La abuela abrió la puerta. Humo de leña, café y grasa frita. Gamuza, y algo más, tal vez menta, algo fuerte. El pañuelo rojo de la abuela. Pelos blancos que le salían disparados como telarañas alrededor de la cara. Sus ojos ribeteados de rojo siempre tan brillantes, como si hubieran llorado. Nada entre medio.

Rigby John, dijo la abuela. Tienes muy mala cara.

¡Calla, Bonanza!, dijo.

Bonanza, repiqueteando con sus uñas en el suelo brillante, se acercó a su cojín de Pendleton y se dejó caer en él.

La abuela señaló con su vieja mano de cuerda marrón la mesa,

apartó la silla de madera de respaldo alto.

Ven, dijo, siéntate. ¿Quieres un café?

No, gracias, dije.

Cuando me senté en la silla, los ojos de la abuela y los míos quedaron al mismo nivel. Sus ojos ribeteados de rojo me miraban, nada entre medio.

Esta mañana te ha pasado algo, dijo.

El sudor de la frente me caía sobre los ojos. Me la sequé con la manga.

Es mi cumpleaños, dije. Cumplo diecisiete.

¿Diecisiete te hacen sudar y te ponen verde?, preguntó la abuela.

Me temblaban las manos, de modo que me las puse en las axilas. El sudor me bajaba por las axilas.

Estoy bien, dije. Solo es algo que he comido.

¿Qué era?, preguntó la abuela. ¿Caca de perro?

Contacto directo. Todo lo que había allí en ese momento eran los ojos de la abuela y los míos.

Mierda de caballo, dije. He comido mierda de caballo.

Las encías rosas de la abuela a la vista. Esa sonrisa suya de oreja a oreja, toda su cara derrumbándose alrededor de ella.

¡George!, gritó la abuela.

Tuvo que detenerse para recuperar el aliento, de lo fuerte que se reía.

¡Está aquí Rigby John!, gritó. ¡Está verde como un sapo!

¡Ha estado comiendo mierda de caballo!, gritó.

Eso le hizo desternillarse realmente de risa. Se sujetaba la barriga, haciendo todos esos ruidos extraños que haces cuando ríes.

¡Es su cumpleaños!, gritó. ¡Cumple diecisiete! ¡Llegas tarde al trabajo! ¡Es un nuevo día! ¡Un día flamante!

Un golpe sordo en la habitación contigua.

La abuela juntó los labios, sorbió por donde habían estado los dientes, respiró hondo.

Está solo, dijo. Y sobrio.

No me preguntes por qué, dijo.

Me guiñó un ojo.

Feliz cumpleaños, dijo. Y que cumplas muchos más.

La palma de cuerda marrón de su mano se apoyó contra mi

frente.

Los ojos de la abuela, llenos de lágrimas, como si siempre estuviera a punto de llorar.

De vez en cuando todos tenemos que comer mierda, dijo. Pero no lo tomes por costumbre.

Su mano fría y lisa como una rama torcida frente a mis ojos.

Da la casualidad que tengo un remedio especial para la mierda de caballo, dijo. Un momento.

Fue entonces cuando George salió por la puerta. Aun con resaca, George Serano era un hombre hermoso. Pero sin resaca, era peligroso.

El remedio especial de la abuela fue un té que sabía a barro y ramas. Pero me bebí toda la taza. Y me lo tomé con calma. No había nada mejor que hacer que estar sentado a la mesa de la abuela, bajo la luz *léctrica*, con George y su café, en el frescor de la casa de leños.

Como en *El mago de Oz* cuando pasa de blanco y negro a color.

No hay lugar como el hogar.

Durante la cena esa noche yo solo quería comerme la maldita sopa y largarme de allí. Billie me había preparado un plan especial para mi cumpleaños y estaba impaciente por verla. En la casa de la abuela esa mañana, bebiendo el té de barro, rodilla con rodilla con rodilla con George y la abuela, fue cuando por fin me lo dijo el cuerpo. Había llegado el momento. Había llegado el momento de contar a Billie la verdad sobre George. El problema era que yo todavía no sabía exactamente cuál era la verdad.

Papá estaba sentado, como siempre, a la mesa con las piernas cruzadas, removiendo su té, leyendo el *Idaho State Journal*. Pero mamá volvía a estar un poco *difrente*. Tenía el pelo ahuecado y las cejas perfiladas, y llevaba su nuevo pintalabios Rojo Cereza. Sus grandes gafas de plástico estaban encima de la mesa, al lado del plato de la mantequilla. Cuando escudriñé sus ojos almendrados y castaños, no vi cansancio en ellos. Y sonreía. Normalmente que mamá sonriera significaba mucho para mí, pero esa noche su sonrisa no tuvo efecto.

Estuve sentado en mi silla como siempre hacía. Cuando levanté

la mirada, no podía creer lo que veía. Mamá se acercaba a mí con un chuletón con guisantes en crema de leche y patatas. Mi comida preferida junto con las hamburguesas.

Hasta papá sonreía.

Fue extraño.

De postre, un pastel amarillo cubierto de chocolate y helado de vainilla.

Encima del pastel había una vela y mamá empezó a cantar «Cumpleaños feliz» en la nota adecuada. Papá cantó con ella con su voz aguda y temblorosa. Cuando terminaron de cantar, soplé la vela.

Yo solo quería largarme de allí, correr al lado de Billie y decirle la verdad, como habíamos prometido hacer siempre.

Mamá estaba sentada en su silla con las manos juntas sobre el mantel de hule. Se puso sus grandes gafas de plástico y miró a papá. Separó las manos, las juntó. Eran ásperas. Con un montón de finas arrugas. Las uñas en carne viva de cortárselas al ras.

Papá y yo queríamos hacer algo un poco especial para ti, dijo. Solo nosotros tres.

Se subió las gafas sobre la nariz. Volvía a mirar a papá. Como si lo tuvieran todo ensayado.

Papá hizo un ruidito con la garganta, bajó el periódico. De nuevo sus ojos. Mientras hablaba, clavó sus ojos oscuros de gitano ruso en mí.

Has hecho un trabajo excelente con el heno este año, dijo. Lo has enfardado en un tiempo récord.

Desvió rápidamente los ojos, levantó el periódico con una sacudida y se puso a leer de nuevo.

Mi respiración. No respiraba.

Mamá se quedó sentada. Se apoyó sobre los codos.

Papá, dijo.

Papá no miró. Siguió mirando el periódico.

Las grandes gafas de plástico de mamá apuntaban hacia él. Se inclinó más.

Papá volvió a sacudir el periódico. No levantó la vista.

Hoy también has hecho un buen trabajo trasladando el heno. ¿Cuántos viajes habéis hecho?

Siete, dije.

Mamá respiró hondo, se inclinó más. Su mano roja y áspera de granjera sobre el mantel de hule acercándose poco a poco hacia papá.

Papá dejó caer el periódico sobre las baldosas azules y blancas del suelo.

Carraspeó un poco más.

Luego: Esta mañana te he hablado de George. El buen trabajo que has estado haciendo con él. Pero no he dicho todo lo que quería decir.

El sol que entraba por la ventana daba en la mesa de la cocina, en las sillas de cromo y plástico amarillo, en el periódico de papá abierto sobre las baldosas azules y blancas del suelo.

En mi vida, todo estaba como siempre. A mi derecha tenía a mi padre con su camisa
Levi's,
sus
Levi's,
su cinturón de cuero con la hebilla plateada y sus botas de cowboy. Su pelo negro aplastado de llevar el sombrero de cowboy. Sus ojos oscuros de gitano ruso. El olor que desprendía, a jabón Lava, a sudor de caballo y a chucrut.

Y a mi izquierda, como siempre, tenía a mi madre. Su pelo ahuecado, su pintalabios Rojo Cereza, cada ceja trazando un arco perfecto. Sus grandes gafas de plástico. Sus manos de granjera, arrugadas, ásperas, rojas. Las uñas en carne viva. Su blusón de algodón estampado de rebajas. Sus tejanos. Sus Keds blancas. Su perfume nuevo.

Por encima de la mesa, la lámpara que se bajaba. Mis dos manos, las mismas dos manos que había tenido durante diecisiete años, con las palmas sobre la mesa.

Luego el aire se resquebrajó un poco. Una grieta como en el cemento, con hormigas saliendo y entrando.

Papá dijo: Has sido un buen hijo y me siento orgulloso de ti.

La grieta de pronto estaba dentro de mí. Junto con las hormigas.

Joder.

Mamá levantó los codos, se irguió en la silla, tomó aire. Me acercó el plato del pastel.

Sus ojos almendrados y castaños.

Feliz cumpleaños, dijo. Puedes tomar todos los trozos que quieras.

El Snatch Out estaba de bote en bote. A finales de junio, un caluroso sábado por la noche, todo el mundo estaba allí. La doble hilera de coches aparcados llegaba a la calle Ashby. Le pasé a Billie las Coca-Colas, metí la primera, solté el embrague y di media vuelta con la camioneta, pasando por en medio de las dos hileras.

Nunca me había gustado conducir por el Snatch Out. Todo el mundo te miraba y tenías que fingir que no te dabas cuenta. Llegabas a pensar que te pasaba algo, por el modo en que te miraban. La vieja y destartalada camioneta Apache del 63 de papá, la portezuela abollada, el parabrisas sucio, hojas de heno y polvo levantándose cada vez que pasabas por un bache.

Pero tenía que hacerlo.

Dejé puesta la primera para pasar a través de las dos hileras de coches; la camioneta avanzaba muy despacio, haciendo crujir la grava bajo las ruedas. Un coche reluciente tras otro a la derecha. Un coche reluciente tras otro a la izquierda.

Me moría de ganas de salir de allí, me moría de ganas de llegar a la calle Ashby, donde Billie y yo torceríamos como siempre a la izquierda, en lugar de a la derecha, y empezaríamos a chillar ¡A tomar por culo! a los coches del Snatch Out mientras nos dirigíamos como bólidos al Mount Moriah. Estaba impaciente por sentirme cerca de Billie, para abrazarla y decirle cuál era la verdad de mi corazón que le estaba ocultando.

Pero esa noche iba a ser *difrente* de lo que había previsto.

Todo lo *difrente* que pueden llegar a ser las cosas. Estuve muy lejos de esa verdad.

Ahora que lo pienso, se me restregó por las narices.

Un paso más en el elevador de grano y caería de bruces.

Hacia la mitad de la hilera de coches Billie vio un hueco para aparcar.

¡Rig!, dijo. ¡Aparca aquí!

La miré como si se hubiera vuelto loca.

Quiero ir al Mount Moriah, dije.

Solo un momento, Rig, dijo Billie. He de hacer algo.

Hacer un cambio de sentido en tres maniobras entre dos coches flamantes no es fácil. Y menos con una
Coca-Cola
en la mano y con todo el mundo mirando. Y menos aún en el Snatch Out. Di la
Coca-Cola
a Billie, apreté el embrague y metí la marcha atrás. Me obligué a imaginar que hacía marcha atrás entre fardos de heno. Lo estaba haciendo bien, todo iba bien, cuando empezaron a sonar las bocinas. A la izquierda tenía un Chevy del 58 azul y blanco, a la derecha un Pontiac del 57 marrón. Los dos tocaban la bocina.

Por este lado vas bien, dijo Billie. Tienes sitio de sobra, dijo. Solo te estás acojonando. Lo estás haciendo bien.

Logré meter la camioneta en el hueco, con el morro alineado con el Chevy y el Pontiac, y apagué el motor.

Aplausos y vítores desde el interior del Pontiac.

¡Una gran maniobra, Ex Lax!, gritó alguien.

Billie subió la ventanilla.

Por mi lado, en el Chevy del 58, dos estudiantes mayores del instituto Pocatello. Por lo que yo sabía, buenos chicos dentro de un coche trucado.

Billie me pasó la
Coca-Cola.
Antes de que pudiera decir algo, me metió un cigarrillo en la boca y me lo encendió, luego encendió el suyo.

El cigarrillo de Billie era un circo. Una noria y luego un tiovivo.

Rig, dijo. Mira, ya sé que te espanta este lugar, pero escúchame. ¡Solo un momento!

Algo en Billie era *difrente*. Tenía el pelo *difrente*. Seguía estando cardado pero lo llevaba con la raya en medio y con una coleta a cada lado. Iba con un jersey rosa muy suave bordado con perlas. Era de punto flojo y se le veía el sujetador. También llevaba unos pantalones acampanados de tiro corto que nunca le había visto. Se le veía el ombligo. Un nuevo bolso pequeño de raso rosa con el cierre dorado. Sus pendientes eran de hippie, cuentas indias en forma de pájaro. Cada vez que movía la cabeza los pájaros volaban, volaban. No llevaba la sombra de ojos azul. Lo único que no había cambiado en ella era el pintalabios rosa, el azul del esmalte de uñas

Medianoche en Helsinki y sus sandalias con tirilla blanca.

Yo no estaba *difrente*. Los
Levi's
de siempre, la camisa de algodón, las zapatillas de tenis Converse negras. Todo recién lavado.

Billie bebió un sorbo de su Ironport Coke de vainilla con mucho hielo picado. Masticó el hielo. Por la ventanilla, detrás de ella, en el Pontiac marrón, dos chicas del instituto Highland.

Con su mejor Simone Signoret: Rig.

Es tu cumpleaños, Rig.

El sorbo de Billie de Ironport Coke, el crujido del hielo en sus dientes.

Había algo en sus ojos. Tal vez era la ausencia de sombra azul. Simone Signoret: Y es sábado por la noche y puedes hacer lo que quieras.

Se me revolvió algo en el estómago.

Solté una risotada.

¿En qué estás pensando?, dije.

El cigarrillo de Billie, chorro, chorro, chorro, luego rocío, rocío, rocío. Abrió mucho los ojos y por un momento pareció abarcarme por entero, y durante ese momento en que me abarcaba por entero, solo pensaba en la forma más adecuada de decirme lo que tenía que decir.

Esta noche corre de mi cuenta, dijo. ¡Hagamos algo totalmente diferente!

¿Como quedarnos aquí sentados en el Snatch Out?, dije. Vamos, larguémonos de aquí. Quiero hablar.

Billie bajó la vista hacia su bolso de raso rosa con cierre dorado. Los pequeños dedos de Billie, el azul de su esmalte de uñas Medianoche en Helsinki.

Sacó la bolsa de plástico.

En la bolsa de plástico había seis gruesos porros hados.

¡Algo realmente diferente!, exclamó.

Se me cortó la respiración de golpe, solo había humo de cigarrillo dentro de mí. El corazón me latía con fuerza en el pecho, en los oídos.

Le cogí rápidamente la mano y se la metí de nuevo en el bolso.

¡¿Qué estás haciendo?!

Yo susurraba, pero también gritaba, y tosía.

Miré rápidamente a los dos tipos del Chevy del 58. Parecían agradables. Luego más allá, hacia la hilera de coches. Al otro lado del Snatch Out, la hilera de coches relucientes que se extendía ante nosotros desde Pole Line Road hasta Ashby. Luego me volví hacia el lado de Billie, hacia el Pontiac del 57 marrón y las dos chicas del instituto Highland. La hilera de coches que había más allá de ellas.

Cuando volví a mirar a Billie, en sus ojos estaba el azul de Medianoche en Helsinki.

Cuando recuperé el aliento entre toses, dije: ¿Qué coño haces con porros en el bolso?

El cigarrillo de Billie en su boca. Cuando movió los labios, subió y bajó.

¡Tranquilo!, dijo. Solo son un par de porros.

¿Vamos a fumar seis porros?, dije.

No, bobo, dijo Billie. Vamos a venderlos.

¿Venderlos?, dije. ¿Estás loca? ¿Y si hay un agente de narcóticos por aquí?

Los párpados de Billie entrecerrados. Cuando hacía eso con los párpados empezaba a comportarse como mi hermana o mi madre.

Su cigarrillo era un limpiaparabrisas, luego cayó en picado en el cenicero. Se inclinó, me dio un rápido beso en la mejilla.

Vuelve a salir tu catastrofismo católico, dijo.

No hay ningún agente de narcóticos, dijo. Lo que voy a hacer no es peligroso. ¿Qué hora es?

Volvió a meter los dedos en su bolso de raso rosa. Apartó la bolsa de plástico y sacó un reloj de hombre.

Las ocho, dijo. En punto. Puede empezar en cualquier momento.

¿Qué va a empezar?, pregunté.

Billie volvió el espejo retrovisor hacia ella y se miró en él. Del bolso de raso rosa sacó su pintalabios dorado. Lo abrió. Ese pequeño estallido de aire. Hizo girar la base para sacar la barra y se la llevó a la mitad del labio superior. Una pasada rosa hacia la derecha. Otra hacia la izquierda. Luego el labio inferior, empezando por la comisura izquierda, la barra inmóvil mientras movía el labio inferior contra ella.

Haz como si no pasara nada, dijo.

Luego se frotó los labios uno contra otro como se hace después

de ponerse pintalabios.

Guardó la barra en el bolso, sacó la bolsa de plástico, la dobló y me la metió en el bolsillo de la camisa. Dio tres palmaditas en el bolsillo.

¿Quién era esa chica?

Billie me dedicó una gran sonrisa. Una sonrisa como si yo fuera el único chico en todo el mundo.

Tú solo mete la mano en el bolsillo y saca uno cuando yo te lo diga, dijo.

Relájate, dijo.

Esto es diferente, dijo.

Feliz cumpleaños, dijo.

Al poco rato, las dos chicas bajaron del Pontiac del 57 marrón. Una de ellas, la del pelo rubio oxigenado con una onda, dio unos golpecitos en la ventanilla de Billie. Esta la bajó.

Sube, dijo.

Se corrió en el asiento y las dos chicas se subieron a la camioneta. Las chicas y Billie hablaban a toda velocidad. No entendí lo que decían, me limité a ver pasar los coches. Al cabo de un rato Billie me miró. Esa misma sonrisa, como si fuera el único chico en todo el mundo.

Cheryl, Karen, dijo. Este es Rigby John.

Las dos chicas eran muy guapas. Probablemente tenían mucho éxito. Sonrieron de forma agradable, pero noté que me pegaban un repaso. Cheryl y Karen dijeron al unísono: Hola, Rigby John, y por la forma en que pronunciaron mi nombre pareció que cantaban, de modo que se echaron a reír.

Luego volvieron a embalarse, como hacen las chicas, hablando sin parar. Tan cómodas unas con otras. Su pelo largo y su olor a perfume, sentadas tan cerca unas de otras, tocándose.

A veces creo que podría observar a las chicas todo el día. No haciendo nada malo, como follar o algo así. Solo mirándolas. El tacto de su pelo, cómo huelen. Las joyas que llevan, cómo caen las pulseras en sus brazos o se refleja la luz en un pendiente. Cómo empiezan a moverse cuando están cerca de ti porque no eres como ellas.

Luego Cheryl comentó algo de la fiesta de toda la noche del instituto. Siguieron hablando un rato más, pero no mucho, y Billie, Cheryl y Karen me miraron de nuevo.

Billie soltó esa risa suya que empezaba en el pecho y se extendía a todo el cuerpo.

Bueno, Rig, dijo. ¿Quieres venir conmigo a la fiesta de toda la noche del instituto?

Una oleada de calor en las mejillas. Tardé un rato en hablar. Ya sabéis, mi problema con la respiración. Lo que era raro porque creo que me hizo parecer tranquilo, la forma en que guardé silencio. Pero por debajo no estaba tranquilo. Mi madre. Sabía que mi madre no me dejaría ir a una fiesta de toda la noche.

Claro, dije.

Más conversación y risas. Cheryl sacudió la melena. Karen tocó el símbolo de la paz que le colgaba de una tira de cuero del cuello. Billie sacó los cigarrillos, nos ofreció y todos fumamos. Yo encendí una cerilla y alguien hizo una broma sobre encender los tres con la misma cerilla, y ahí estábamos los cuatro, apretujados dentro de la camioneta. Por la radio, los Box Tops cantaban «The Letter». Fuera del parabrisas, faros y humo de tubos de escape, un interminable desfile de coches llenos de chicos.

Bueno, ¿tienes el material?, dijo Karen.

¿Cuánto es?, dijo Cheryl.

Billie dio una palmadita en el bolsillo de mi camisa.

Dos dólares, dijo.

¿Dos dólares un porro?, dijo Cheryl. ¿O dos dólares dos?

Dos dólares uno, dijo Billie.

Vale, dijo Karen. Queremos uno cada una.

Aquí tienes cuatro dólares, dijo Cheryl.

Billie me miró con los párpados semicerrados. Metí la mano en el bolsillo de mi camisa, saqué la bolsa de plástico y la desenrollé. No me temblaron los dedos. Saqué dos porros, y di uno a Cheryl y otro a Karen.

En ese momento, mientras daba los porros, la forma en que Cheryl y Karen me miraban, se me removió algo en los huevos.

Billie también lo vio. Vio en mi cara lo que pasaba en mis huevos.

Hubo tres chicas más esa noche. Dos que iban juntas, y otra sola quince minutos más tarde. No me acuerdo de cómo se llamaban, y no se subieron a la camioneta y se sentaron a fumar con nosotros como Cheryl y Karen. Billie conocía a las tres. Parecía tener muchas amigas íntimas. Todas se pararon fuera de la ventanilla de Billie. Habló un rato con ellas, luego dio unas palmaditas en el bolsillo de mi camisa y entornó los párpados, y yo metí la mano en el bolsillo, saqué el porro y se lo pasé a Billie para que se lo diera a la chica.

Las tres chicas eran realmente *difrentes*. Una era alta con el pelo corto y negro. Otra era de constitución corpulenta, con hierros de ortodoncia y un adhesivo de una estrella roja en la frente. Y la tercera era negra con peinado afro y besó a Billie en la mejilla. Tres chicas *difrentes*, pero con cada una pasó lo mismo. Cuando me vieron meter la mano en el bolsillo para sacar el porro, me miraron como si fuera el tío más cojonudo que habían visto nunca.

Billie abrió su bolso de raso rosa con cierre dorado. En el bolso estaba el reloj de hombre, el pintalabios y los diez billetes de dólar. Sacó los billetes y los sostuvo en abanico.

¡Nam, ñam!, exclamó.

Luego: Toma, guárdate este dinero en la cartera.

Los billetes de dólar en mi billetera con el par que ya tenía parecían un millón.

Nos queda uno, dijo.

Y con eso puse en marcha la furgoneta, pisé el embrague, metí la primera. Cuando Billie y yo salíamos del Snatch Out, dos coches tocaron la bocina y nos saludaron con la mano. Mientras nos acercábamos a Ashby, Cheryl y Karen gritaron desde el Pontiac del 57 marrón: ¡Guau! ¡Adelante! ¡Billie y Rigby John!

En lugar de torcer a la derecha, Billie y yo torcimos a la izquierda.

Por la radio, Buffalo Springfield cantaba «For What It's Worth».

Billie tenía esa sonrisa en los labios. Yo era el único chico en todo el mundo.

Cambié con mucha suavidad de primera a segunda.

Feliz cumpleaños, Rig, dijo ella.

Hoy vamos a quemar la ciudad, dije yo.

Vamos a arrasar, dijo ella.

El resto de esa noche fue como una función de circo, algo así como un sueño. Billie y yo nos fumamos el porro en el aparcamiento del Buddy's
Pizza. De entrada me asustó fumar al aire libre, pero me dije que si Billie no tenía miedo, yo tampoco. Además, no me quitaba de la cabeza cómo me habían mirado todas esas chicas esa noche. El tipo con el bolsillo lleno de porros.

La marihuana enseguida nos hizo efecto y la cabeza me daba vueltas, pero me sentía lúcido y fuerte.

Del bolso de raso rosa de Billie salió otra sorpresa. Mi regalo de cumpleaños. Billie había mandado hacer un carnet de identidad plastificado falso para ella y para mí.

El beso que le di fueron dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa. Billie encajaba justo debajo de mi brazo.

Nunca me había sentido tan cerca de ella como esa noche. Algo en mí era *difrente*, no sé qué, pero me sentía como nuevo. Había olvidado por completo a George Serano y la verdad que quería confesar a Billie. En ese momento ni siquiera me acordaba de lo que había querido decirle.

Apagamos los cigarrillos y se oyó el ruido de metal contra metal de la puerta del conductor, y Billie y yo estábamos fuera en el calor del verano y colocados un sábado por la noche. Soplaba un viento caliente del oeste, y por el modo en que nos daba en la cara, éramos invencibles.

Cogidos de la mano por la calle Cinco Este, caminamos hasta la esquina de East Center. El otro lado de las vías. El «otro» lado de Pocatello. Donde estaba el viejo antro Pocatello House. Negros. Indios. Mexicanos. Luces de neón y toda clase de gente por la calle. Un mundo tan extraño y tan nuevo, sobre todo mientras esperábamos a que cambiara el semáforo. Me pregunté si veríamos a Flaco y Acho. Era como si Billie y yo estuviéramos en una gran ciudad como San Francisco o algo parecido.

Había cola para entrar en el Blind Lemon.

Billie y yo íbamos cogidos fuertemente de la mano. Poco antes de que llegáramos hasta el portero, Billie sacó del bolso de raso rosa con cierre dorado un cigarrillo. Se lo encendí. Dio un par de caladas y me lo pasó. Nuestros dedos se rozaron.

Rezar, dijo Billie.

Fumar es rezar, dijo.

El portero era un universitario con pantalones caqui y camisa oxford blanca con cuello de botones. Llevaba gafas de montura de concha y el pelo cortado al rape. Parecía uno del Kingston Trio o de los Brothers Four. Estaba sentado en un taburete alto detrás de una tarima. En la tarima había una lámpara. Alrededor de la luz de la lámpara, polillas. El anillo de una fraternidad universitaria con una piedra azul en el dedo.

La puerta del Blind Lemon estaba abierta; la música sonaba a todo volumen y el local estaba a reventar, todo el mundo borracho y gritando. Comunistas, muchos de ellos. Por la puerta abierta salía humo.

Algo en la luz del interior del local no se parecía a nada de lo que yo hubiera visto. Todo tenía un brillo purpúreo.

Cuando me tocó el turno, subí a la tarima. Enseñé al portero mi carnet falso. Normalmente habría estado acojonado, tratando de respirar, pero la marihuana había hecho efecto. Cuando vas colocado no tienes que esperar a que todo se acabe para que las cosas tengan sentido. Lo tienen a medida que ocurren. Cosas corrientes, como mirar, tienen mucho sentido.

La manga de mi camisa de algodón adquirió un brillo fluorescente purpúreo. Tenía mucho sentido ese brillo.

El portero me vio mirándome fijamente la manga.

Es una lámpara de luz negra, dijo. Están dentro, dijo. Dan un aire extraño a todo.

Me miró fijamente y me devolvió el carnet. Cuando abrí la billetera para guardarlo, la luz negra que salía del Blind Lemon hizo que los billetes de dólar y mis manos parecieran de otro planeta.

El planeta Blind Lemon.

Tenía tanto sentido.

Le tocó a Billie. Billie no era mucho más alta que la tarima. Su pequeña mano, el azul Medianoche en Helsinki en sus diminutas

uñas. Dio el carnet al portero mientras me cogía la mano y me daba un apretón. Sus pendientes hippies, los pájaros con cuentas indias, volando, volando.

El portero examinó detenidamente el carnet. Le dio la vuelta, lo estudió por detrás. Se quitó las gafas.

Yo no atinaba a comprender por qué se estaba tanto rato con el carnet de Billie. Era yo el que aparentaba diecisiete años. Billie podía pasar por una chica de veintiuno. Y su carnet era como el mío.

De pronto lo entendí. Otro significado aún más profundo. Un verdadero momento de marihuana.

El portero parecía comportarse de un modo *difrente* con Billie que conmigo. Se estaba haciendo el duro, como un auténtico tocapelotas.

Cuando miré a Billie, lo vi. No estaba nada preocupada.

El tipo vacilaba con ella.

Entonces pasó algo más. Los pechos de Billie.

El portero estaba mirando los pechos de Billie. Billie dijo que estaba acostumbrada, y yo también lo estaba, en cierto modo, me refiero a la forma en que la gente le miraba los pechos. Pero esa noche con el portero, ese momento, poco antes de que ella se adentrara en la luz negra, él le miraba realmente los pechos. Quiero decir que lo hacía boquiabierto.

Tenía tanto sentido.

Los pechos de Billie debajo del jersey de punto flojo rosa, a la luz negra, dentro de ese sujetador suyo que iba a reventar como la bandera de las barras y las estrellas.

El portero le devolvió el carnet y ella se lo guardó en el bolso de raso rosa. Poco antes de dar el paso de la oscuridad a la luz, por así decirlo, puse una mano en el brazo de Billie.

Ya sabes, Billie, dije.

En ese preciso momento la cabeza de Billie estaba fuera de la puerta, pero sus pechos estaban dentro. Dentro, es decir, expuestos a la luz negra. Al portero se le salían los ojos de las órbitas. Pensé que le iba a dar un ataque.

Billie bajó la vista. Ahí estaban. Cada uno del tamaño de mi cabeza. Las dos enormes copas talla cien blancas fosforescentes que eran sus pechos.

Me apretó con tanta fuerza la mano que casi me rompió los huesos.

Oh, mierda, dijo.

Lo que pasó a continuación ocurrió despacio y tuvo sentido.

Me saqué los faldones de la camisa de los pantalones, me desabroché la camisa, me la quité y se la di a Billie.

Si ha habido un momento en que Billie me ha querido, sin duda fue ese.

En sus ojos azules. Tanto sentido.

Billie cogió mi camisa de algodón y hundió la cara en ella.

Su gran sonrisa, como si yo fuera el único chico en todo el mundo.

Dios mío, qué bien hueles, dijo.

En el interior ensordecedor, abarrotado y lleno de humo del Blind Lemon, mi camiseta brillaba. Los dientes de Billie brillaban. No parábamos de señalarnos y reírnos de nuestros dientes. Por encima de nosotros, pequeñas motas de cosas que brillaban. La camisa que le había prestado a Billie brillaba. Los pendientes hippies de Billie, esos pájaros también brillaban. Brillaban y volaban.

A nuestro alrededor, gente con los dientes brillantes; todo lo que era blanco se había vuelto de un blanco purpúreo brillante. Todo lo oscuro se veía especialmente oscuro. Todo lo oscuro estaba cubierto de motas brillantes. Una extraña luz purpúrea en los ojos de la gente. «Come on, baby, light my fire.»

Había tanto ruido que no podía pensar con claridad.

Todo el mundo gritaba y reía.

El planeta Blind Lemon.

Billie y yo en medio de todo ello. Billie con mi camisa y yo por alguna razón sosteniendo su bolso de raso rosa. Fumando el mismo cigarrillo. Yo con el brazo alrededor de su hombro. Billie tan cerca. Como si fuéramos un solo cuerpo, unidos por la cintura.

Una hora y una jarra de cerveza después, Billie y yo teníamos la sensación de estar haciendo un viaje de ácido. Había una mujer que se había puesto colirio Murine en los ojos y a la luz negra el Murine daba la impresión de que le goteaba mierda verde de los ojos.

Nos dirigimos al siguiente bar. La iluminación era normal y tenía una buena gramola, y se llamaba
Juck's.
Del
Juck's
fuimos al Emerald Club, luego al Office, luego a un bar en un sótano junto a las vías del tren llamado
Satan's
Cellar. En cada bar, el portero examinaba nuestros carnets, nos miraba y nos dejaba pasar sin problemas.

En el
Satan's
Cellar había que pagar para entrar porque había pista de baile. Un dólar por persona. Después de toda la cerveza que nos bebimos —debería decir que me bebí—, todavía tenía cinco billetes de dólar en la billetera.

En el
Satan's
Cellar la mayoría eran hippies. Yo no sabía que hubiera tantos en Pocatello. La pista no medía más de tres metros cuadrados, de modo que estaba de bote en bote.

«Monday Monday», «To Love Somebody», «Baby I Need Your Lovin'».

La parte superior de la cabeza de Billie justo debajo de mi barbilla. Su respiración en mi pecho a través de mi camiseta. Su olor francés. Mis dos brazos alrededor de ella. Billie tenía las manos en los bolsillos traseros de mis
Levi's.
Cariñosos y apretados, Billie y yo bailábamos un lento.

«Si vas a San Francisco, asegúrate de llevar flores en el pelo.»

Esa noche en la pista de baile del
Satan's
Cellar. La primera vez que oí esa canción.

Se podría decir que esa canción cambió mi vida.

De nuevo en la calle East Center, Billie y yo estábamos pedo.

Nos habíamos parado en la acera bajo una farola. Solo Billie y

yo en la acera iluminada. Cada uno tenía las manos en los hombros del otro. Nos mirábamos a los ojos. Nos reíamos y hablábamos y nos reíamos. No sabría decir de qué hablábamos o qué nos daba tanta risa, pero, fuera lo que fuese, tenía mucho sentido, y el sentido que tenía todo hacía que nos partiéramos de la risa.

Las once cuarenta y cinco en el reloj de Billie. El cielo nocturno era un caos de estrellas. Una fuerte ráfaga de viento caliente nos agitó el pelo. Hasta el de Billie, con toda la laca que llevaba. Los pájaros de sus pendientes volando, volando.

Billie y yo empezamos a andar, a andar sencillamente por la acera, sus hombros bajo mi brazo. Ella trataba de acoplar sus pasos a mis grandes zancadas.

Otra gran ráfaga de viento caliente. Fuera, en la noche oscura, el viento soplaba a través de las hojas de un árbol, el susurro en lo alto, y Billie y yo nos volvimos para mirar. En las ramas, un pájaro grande. Un cuervo, tal vez. Todo lo que veíamos era el brillo de sus ojos.

El árbol era un olmo que crecía junto al paso subterráneo donde el cemento descendía.

Esa parte de la ciudad que mi padre llamaba el barrio de los negratas.

Los ojos de Billie se iluminaron como si el susurro del viento en lo alto y los ojos brillantes del pájaro le hubieran recordado algo.

¡Tengo una gran idea!, exclamó. ¡Vamos al Working
Man's
Club!

Algo grande y fuerte en mi corazón. La respiración. No respiraba. Me llevé una mano al cuello, luego al pecho, con la palma abierta.

El codo de Billie, entrelazado con el mío, tiró de mí.

¡Vamos!, dijo. ¡Hagamos algo realmente diferente!

Andar era soñar que andabas.

Quedaba tan lejos ese domingo después de la misa de las nueve, la primera vez que había oído la palabra «negrata» y la palabra «negrata» había aterrizado en el lado oscuro de mi corazón. ¿Cuántos años tenía entonces, cinco o seis? Una de las pocas veces que mi familia había hecho algo *difrente*. Un rodeo al volver a casa, con mi padre al volante. Él había vuelto la cara hacia el otro lado

del asiento delantero del Buick Special del 48 y había sonreído, clavando sus ojos negros en los ojos almendrados y castaños de mamá. La redecilla del sombrero de los domingos de mamá hacía sombra sobre su frente y sus gafas.

Los bajos fondos, había dicho papá. Se me ha ocurrido que podríamos ir a ver cómo vive la otra mitad.

La otra mitad, la mitad negra, esa parte de Pocatello, sobre todo los dos bares que señaló papá ese domingo a su encantadora familia católica, segura en su gran Buick verde, mientras mi hermana me cogía con fuerza la mano. Los dos «antros», como los llamó papá, el Working
Man's
Club y Porters and Waiters, las largas y tristes ventanas de los bares con la pintura descascarillada, la verja de hierro fundido rota y oxidada, la basura desbordándose de los dos cubos, un perro flaco y delgado meando en un matorral muerto, los dos tramos de escaleras que conducían a los dos primeros pisos, una mujer de piel oscura sentada en los escalones con un vestido amarillo y zapatos rojos de tacón, la pequeña luna de neón azul en la ventana rajada en la que se leía «WORKING CLUB»
MAN'S
. En la puerta de al lado, encima del marco, el letrero rojo pintado con letras doradas e historiadas, un letrero como los que ves en las estaciones de trenes, «PORTERS AND WAITERS». El lento y pecaminoso jazz de un saxofón que llegaba de alguna parte de allí dentro, enorme y oscuro.

Esos dos antros y la puerta del sótano que había en el callejón de detrás de los dos antros, y lo que aún tenía que descubrir detrás de la puerta de ese sótano.

Incluso entonces, con solo cinco años, el mundo al otro lado de la ventanilla subida, más allá del Buick sofocante y con los seguros de las puertas puestos, era Scrooge y el espíritu de la Navidad pasada, algo sorprendente, *difrente*, un dolor allá abajo en mis pantalones del que quería más.

La parte de Pocatello que solo existe en una canción de Judy Garland.

El barrio de los negratas.

Me pareció como el Princess Theater.

O *El mago de Oz* cuando pasa de blanco y negro a color.

Magia.

Tenía la mano de Billie en el brazo y me lo sacudía. Habíamos bajado dos manzanas por la calle Uno Este y nos habíamos parado en la acera frente a dos viejos edificios. Estábamos envueltos en sombras, al lado de un gran contenedor de basura metálico pintado de azul oscuro. Detrás de nosotros, malas hierbas, la cerca de alambre eslabonado, escombros sueltos y plantas rodadoras encajados en ella. Más allá de la cerca, la extensión amplia, vacía y oscura de las brillantes vías de tren que cruzaban el centro de la ciudad.

Rig, dijo Billie. Estás muy colocado. ¿Te encuentras bien?

Los viejos edificios tenían algo de San Francisco. Las ventanas largas y tristes con la pintura descascarillada. La cerca de hierro fundido rota y oxidada. Los dos cubos de basura desbordados de basura. Los dos tramos de escaleras de hierro fundido que conducían a los dos primeros pisos.

Los bajos fondos, dije. Se me ha ocurrido que podríamos ir a ver cómo vive la otra mitad.

¿Rig?, dijo Billie.

La luna de neón azul en la ventana rajada, «WORKING CLUB» MAN'S . Aliado del «WORKING CLUB» MAN'S , otros escalones que conducían a una puerta. Por encima de la puerta, el letrero rojo pintado con letras doradas e historiadas, un letrero como los que ves en las estaciones de trenes, «PORTERS AND WAITERS».

El lento y pecaminoso jazz de un saxofón que salía de ahí dentro.

De vez en cuando. Enorme y profundo. Una ráfaga de viento de Idaho se me había metido en el cuerpo y me zarandeaba.

Nada de todo eso tenía sentido. Todo tenía sentido.

Puse una mano en el contenedor de basura, me apoyé en él. El contenedor olía a pintura. Cuando hablé, mi voz sonó como un tren lejano.

¿Cómo se llama, dije, cuando tienes la sensación de vivir algo que ya te ha pasado antes?

Billie estaba junto a mi brazo, lista para sostenerme.

¿Déjà vu?, dijo. ¿Es lo que estás teniendo? Me encanta cuando me pasa.

Un perro flacucho y amarillo pasó por la calle. Se detuvo justo delante de Billie y de mí y levantó la pata. Meó en un matorral muerto.

Billie se apretó contra mí apoyada en el contenedor. Ella también quería tener un *déjà vu*.

Me llevé los dedos a los labios.

¡Shhh!

Saqué la cabeza de detrás del contenedor y lo mismo hizo Billie. La farola era un foco sobre los escalones y la acera. Dirigí la mirada hacia la parte superior de las escaleras, la puerta oscura del Working
Man's
Club. Sabía lo que venía a continuación.

El Princess Theatre.

El lento giro del pomo, el débil chirrido de la puerta. El blanco y negro se convirtió en color. De la puerta salieron unos zapatos rojos de tacón con tirilla y un vestido largo amarillo. La mujer era alta, de piel oscura. Un vestido brillante, amarillo, sin tirantes, con una raja que le subía por todo el muslo. El pelo negro y liso, largo hasta los hombros. Labios rojísimos. Tenía un bolso en las manos como el de Billie, de raso rojo. Bajó de lado los escalones, apoyando cada tacón rojo con cuidado en el escalón. Roja y amarilla a la luz de la luna de neón azul, bajó despacio, haciendo repiquetear el tacón rojo contra cada escalón de hierro fundido. En el penúltimo escalón, bajo el foco de la farola, la mujer del vestido amarillo se agachó, se recogió un poco el vestido, dobló las rodillas y se sentó. El viento, una gran ráfaga, le levantó el pelo. Sacó del bolso una botella verde. Desenroscó el tapón, se la llevó a la boca y bebió un trago. Los fuertes músculos de su cuello. Dejó la botella a su lado en el escalón. Era una botella de Thunderbird. Volvió a enroscar el tapón. Del bolso de raso rojo, sus manos grandes de uñas oscuras sacaron un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo, dio una calada. La mejor inhalación por la nariz que has visto en tu vida.

Billie susurró: Fumar es rezar.

Un viento cálido y prolongado sopló lentamente a través del vestido amarillo.

Los hombros anchos, morenos, la forma de la barbilla, los labios gruesos, los ojos hundidos que se parecían a los de Jesús. El vello espeso y negro del pecho. El vello de las piernas, vello hasta los muslos. Vello italiano.

Gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta.

Como lo quiso el destino, George Serano.

Lo *difrente* ocurre cuando menos te lo esperas.

El hombro de Billie bajo mi brazo se acerco aún mas. Me apretó la mano.

Guau, susurró. Es guapísima.

La luna de neón azul sobre el pelo de George lo volvía negro azulado. Cruzó las piernas, se estiró la falda del vestido sobre las rodillas. Bajo el foco, el zapato rojo de tacón con tirilla se movía arriba y abajo.

Deslumbrantemente hermoso.

Un dolor allá abajo en mis pantalones del que quería más.

Billie me besó en la mejilla, su aliento.

Susurró: ¿Qué crees que está haciendo?

El lento y pecaminoso saxofón de jazz tocaba una canción de Judy Garland.

George dio otra larga calada a su Camel. Inhalaba el humo por la nariz a la perfección. Se recostó apoyando los codos en el segundo escalón. Otra calada. Bajó la cabeza y se miró el escote de su vestido amarillo. Con el pulgar y el índice tiró de él para ponérselo bien.

Billie susurró: Está fumando. Y creo que está esperando a alguien.

Billie todavía tenía ganas de fiesta. Con la cerveza, la marihuana y el viento cálido de la noche, volaba. Yo también volaba, pero no como ella. La repentina e intensa sensación de que todo tenía sentido, de que todo era muy gracioso, había dado paso a algo más. Un enorme dolor de cabeza entre los ojos y un pecho lleno de humo acre.

Billie me cogió del brazo y empezó a tirar de mí, separándome del contenedor pintado de azul. Se dirigía al otro lado de la calle, hacia el hombre del vestido amarillo.

¡Ven conmigo!, dijo. ¡Vamos a preguntarle dónde se ha comprado los zapatos!

De ninguna manera iba a dar un paso más hacia George Serano.

No podía hacer otra cosa que cerrar los ojos y dejarme caer. En menos que canta un gallo estaba despatarrado en la acera, con la cabeza y el hombro contra en el contenedor azul. Me sujetaba el pecho.

Y ahí lo tenéis. No podía culpar al destino ni al universo. Solo a mí. Había preferido fingir que me desmayaba que enfrentarme a la verdad.

Billie se lo tragó. Se arrodilló y me rodeó con el brazo. Su mano fría en mi frente.

¡Rig!, dijo. ¿Estás bien?

Esperé un rato antes de hablar.

Dije: Creo que voy a vomitar. No me encuentro muy bien. Oh, dijo Billie. Sé exactamente cómo te sientes.

Conducía Billie. Con las dos ventanillas bajadas y las pequeñas ventanas laterales abiertas, el aire nocturno era un viento oscuro que nos agitaba el pelo y lo sentíamos caliente en la piel. Me apoyé lánguidamente contra la puerta de la camioneta, con la cara al viento. No hablé. No podía. Me habían desaparecido las entrañas. Lo único que podía hacer era mirar fijamente las farolas que desfilaban por nuestro lado y las estrellas a lo lejos, fuera y más allá. Al cabo de un rato cerré los ojos. El viento contra los ojos cerrados.

Me imaginaba que Billie estaba yendo a su casa, de modo que me sorprendí cuando apagó el motor de la camioneta, abrí los ojos y vi que no estábamos en su casa. Tampoco estábamos en el Mount Moriah.

El gran letrero redondo amarillo y naranja con las letras de neón rojo destellando, «THE SUNSET MOTEL.»

¿Qué estamos haciendo aquí?, dije.

Feliz cumpleaños, Rig, dijo ella. He tomado una habitación.

El dolor de cabeza que sentía entre los ojos me atravesó la cabeza hasta justo el centro del cerebro.

¿En un motel?, dije. ¿Qué vamos a hacer en un motel?

El fuerte golpe de metal contra metal de la puerta de la camioneta. Billie bajó, dio un portazo, rodeó la camioneta por delante, abrió mi puerta. Yo me quedé sentado en el asiento. No podía moverme.

Vamos, Rig, dijo. Su mejor Simone Signoret.

Son las doce y media, dije. Es tarde, dije. Tengo que ir a casa.

Mi voz sonó aguda.

Billie abrió mucho los ojos, y por un momento pareció abarcarme por entero, y durante ese momento en que me abarcaba por entero, ella pensaba en cuál era la forma más adecuada de decir lo que quería decir.

Me puso una mano en la que yo tenía sobre mi pierna. Traté de no dar un respingo, pero su mano fue como un relámpago.

Rig, dijo. Era una broma. Cheryl y Karen han cogido la habitación para nosotros. Por tu cumpleaños. Les dije que estaban locas, que una habitación de motel no era para nosotros. Les dije que te quería y que éramos amigos, pero que una habitación de motel no era para nosotros. Aún no. Pero han pasado cosas y quiero hacerlo, Rig. Necesito estar cerca de ti. Esta noche en el Blind Lemon cuando te has quitado la camisa es cuando lo he sabido. Que necesitaba estar desnuda contigo en una cama y que me abrazaras. Y ahí estaba en mi bolso la llave del Sunset Motel, la habitación cincuenta y ocho.

Abrió su bolso de raso rosa, metió la mano y sostuvo la llave entre nosotros. El llavero verde con los números blancos, «58». El llavero osciló al viento y brilló con el crepúsculo de neón.

Luego se inclinó y apoyó la cabeza en mi barriga. Lloraba muy fuerte. Grandes y profundos sollozos y mocos. Su respiración profunda a través de mi camiseta.

Subí los doce escalones de cemento y recorrí el pasillo de cemento, por el lado exterior. Cuando caminas con una mujer, se supone que el hombre tiene que ir por el lado exterior.

La habitación 58 era una puerta verde. Billie la abrió con la

llave y empujó, y la puerta giró sobre los goznes. El interior estaba oscuro. Billie metió una mano en la oscuridad y apretó un interruptor.

La brillante luz del techo era el dolor de cabeza entre mis ojos, donde vive Dios Padre.

En todos los rincones de la habitación había sombras secretas.

Cuando, detrás de mí, la puerta se cerró con un clic, había dejado de respirar.

La luz que proyectaba la lamparilla de noche a través de la pantalla era más suave. Apagué la luz del techo.

La colcha era roja con costuras en relieve también rojas. La alfombra, una alfombra de tripe naranja y roja. Un olor bajo el del desinfectante
Pine-Sol,
moho, diarrea, vómito.

Tengo que hacer pis, dijo Billie. Enseguida vuelvo.

Hacía un frío que pelaba con el aire acondicionado. En el otro extremo de la habitación, la ventana era una cortina roja. Detrás de la cortina roja, una ventana de aluminio. La única forma de abrir la ventana era romper el cristal.

La cisterna del retrete. Cuando Billie salió del cuarto de baño se frotaba las manos con una crema.

Joder, dijo. Hace un frío que pela aquí dentro.

«Joder.»

Me cogió la mano. Estaba resbaladiza.

Nos sentamos en el borde de la cama. Hacía más calor al lado de la luz. Los dos tratamos de acercarnos a la luz caliente. Nos reímos un poco. Era extraño tratar de entrar en calor en Idaho en pleno julio.

Escudriñé los ojos azules de Billie, tan cerca en ese momento. Encontré lo que quería encontrar.

Medianoche en Helsinki. Yo era el único chico que ella había querido.

Me quité la camiseta por la cabeza. El aire frío en mi pecho desnudo, en mis tetillas, en mis brazos. Billie dejó que sus ojos azules se posaran en mi cuerpo. Piel de gallina. Tenía la piel bastante pálida. Todavía tenía la marca de moreno de la camiseta con las mangas cortadas.

Billie tenía los ojos rojos, lágrimas negras de rímel en las comisuras de los ojos. Se desabrochó la camisa de algodón, se la quitó, la dejó caer encima de mi camiseta en el suelo sobre la alfombra roja y naranja. Luego se desabrochó su jersey rosa bordado con cuentas. Su piel blanca de un blanco *difrente* que el de su sostén.

Presioné el talón de la bota derecha con la punta de la bota izquierda y me la quité. Luego la otra bota. Mis calcetines blancos deformados y cedidos, de un blanco extraño. Billie se desabrochó sus sandalias de tirilla. Las uñas diminutas de sus pies. Un olor a tierra en la habitación.

Mis manos en la parte superior de mis
Levi's.
Me desabroché los botones uno por uno. Una pernera del pantalón, luego la otra, y los
Levi's
cayeron sobre el montón.

Mis calzoncillos, como mis calcetines. Deformados y casi transparentes de tanto lavarlos.

En la habitación, a nuestro alrededor, aire frío forzado.

Los pantalones acampanados de tiro corto de Billie eran tan ceñidos que la ayudé a quitárselos.

Tuvimos que reírnos. En realidad fue una escena muy absurda cuando tiraba de sus pantalones, con los huevos rebotando dentro de mis enormes y dados calzoncillos transparentes.

El dolor de cabeza, cuando me reí.

Billie alargó las manos detrás de la espalda y se desabrochó el sujetador.

Dios mío, el sorprendente peso de sus pechos, blancos y turgentes. El modo en que se movían, grandes peces brillantes bajo el agua. Los pezones, no rosas como mis tetillas, sino marrón claro.

Luego me quité los calcetines y los calzoncillos. Y Billie las braguitas rosas.

Agua de canal, moho, barro, meada de caballo, hierba limonera.

En cueros.

El vello marrón oscuro de la entrepierna de Billie.

Mi polla, encima de mis huevos.

Intentaba hacer una buena parada, pero no estaba funcionando.

Billie soltó un gritito, y fue la primera en deslizarse entre las finas sábanas amarillas. Yo la seguí. Por un momento nos quedamos ahí helados, sin tocarnos, mirando el techo blanco y plano atravesado por una larga grieta, con las sábanas hasta el cuello.

Alargué una mano para apagar la luz.

Billie dijo: No la apagues, Rig.

Volví la cabeza, dejé los ojos abiertos.

Ahí estaba ella, Billie Cody.

No quiero perderte en la oscuridad, dijo.

Calientes y desnudos en la cama fría, cómo se acoplan dos cuerpos. A nuestro alrededor, frío, frío y extrañeza, cosas que se deslizaban dentro y fuera de la oscuridad. Escalofríos en mi cuerpo como si estuviera junto a la muerte.

La mano suave y caliente de Billie a lo largo de mi brazo, en mis costillas, sobre mi pecho.

Dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa. Ahí estaba yo con Billie, Billie Cody, mi novia, la chica a la que podía besar y besar sin parar, y nos convertiríamos en un sueño.

Bajé las sábanas. Los pezones de Billie estaban cubiertos de piel de gallina, erectos y duros. Se los toqué, y aunque fue mi mano la que lo hizo, yo no estaba en mi mano.

Bésame ahí, dijo ella.

Los latidos del corazón en toda mi cabeza. Humo acre en el pecho. El corazón, dolorido, lleno de mucosidad. En mi boca, el pezón duro de Billie jugueteando en mi lengua.

El largo arco que describió mi mano hasta aterrizar en el vello de su entrepierna. Qué suave era su pelo allá abajo, liso y resbaladizo.

En cuanto posé mi mano, Billie pegó un bote en la cama.

Tenía la mano fría. Todo estaba frío. Frío de cojones.

Billie abrió las piernas.

Deslicé la mano a través de su vello, entre los interminables pliegues de carne mojada y oscura.

Mentalmente, «joder», «coño», «conejo», «empalmado», «saca», «métela hasta el fondo» y «maricón».

Algo horrible.

La cosa horrible que había estado tratando de meterse en mí desde que había visto a George Serano en los escalones con un vestido amarillo.

El miedo puede adaptar la cara de cualquiera.

Billie Cody, mi mejor amiga, en una helada habitación número 58 del Sunset Motel, se convirtió en algo horrible.

Solo ahora, cuando miro atrás, puedo hablar de ello.

La cosa horrible estaba por toda la piel de Billie, en sus grandes pezones erectos, en la C que no era de Cody sino de coño.

Billie olía raro y tenía aliento a tabaco, gotas de rímel, las uñas diminutas, sus estúpidos pendientes hippies y el pelo cardado todo aplastado contra la estúpida almohada.

Billie era alguien que quería que yo le hiciera algo que no quería hacer.

Pero sí.

Sí que quería.

Solo que no podía.

Luego ya no pude soportar las ganas que tenía de apartarme de ella.

Me levanté rápidamente, puse los pies en la alfombra naranja y roja. Con la piel azulada, de frío.

Con los codos en las rodillas, de espaldas a Billie, los músculos de la espalda tensos, oculté mi cabeza dolorida entre las manos.

Billie, dije, lo siento, Billie, pero no puedo hacerlo.

El domingo por la mañana me levanté rápidamente de la cama. La habitación estaba inclinada y no podía estarme quieto. Fui hasta la pared de la habitación, subí las escaleras y entré en el cuarto de baño. Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé contra ella. Eché el cerrojo.

Me agarré al lavabo.

Por nada del mundo iba a mirarme en ese puto espejo.

Lo peor era el espejo.

Joder.

La noche anterior había llegado tarde, a las dos y media de la madrugada, y mamá y papá lo sabían. Los ojos almendrados y

castaños de mamá se posaron en todas partes menos en mí. Las arrugas alrededor de su boca se habían multiplicado. Papá iba a sacarle todo el jugo a aquello. Maldiciendo en voz baja y tocando la bocina del Buick. Era domingo por la mañana y la hora de ir a misa.

Dentro del Buick, papá olía demasiado fuerte a Old Spice. Mamá llevaba uno de sus estúpidos sombreros. Como siempre, papá al volante y mamá de copiloto. Yo iba detrás.

El dolor de cabeza de haber visto a George con un traje amarillo y zapatos de tacón rojos, el dolor de cabeza de no haber sido capaz de follar con Billie en la habitación 58 del Sunset Motel, el dolor de cabeza de tener una madre y un padre católicos reprimidos que odiaban el sexo ese domingo por la mañana era un dolor de cabeza de Dios Padre tan intenso que apenas podía abrir los ojos. En cualquier momento iba a vomitar.

En la iglesia, el sol de la mañana eran rayos de luz divina a través del dorado amarillo, el verde frondoso y mi-cielo-azul de las vidrieras. En la pila del agua bendita metí los dedos y me santigüé. Más allá de las sillas del coro, a la izquierda, el confesionario. Los ojos negros de gitano ruso de papá, los ojos almendrados y castaños de mamá, las finas arrugas alrededor de su boca. Por la expresión de sus caras, más me valía ir al confesionario deprisa antes de ir al infierno.

La pequeña bombilla roja de encima de la puerta estaba encendida.

Monseñor estaba dentro.

Mi polla un pequeño y ardiente pedazo de vergüenza.

La puerta del confesionario se cerró detrás de mí. Cuando me arrodillé, oí el clic de la bombilla roja de fuera al apagarse. Hacía calor en la oscuridad. Me caían gotas de sudor por el interior de los brazos. El dolor de cabeza, la resaca, mi alma torturada.

Emergiendo de la oscuridad, al otro lado de la rejilla, el perfil de la nariz ganchuda de monseñor.

Bendígame, padre, porque he pecado, dije. Mi última confesión fue hace dos meses. Estos son mis pecados.

El lento y pecaminoso jazz de un saxofón que llegaba de alguna parte de allí dentro, enorme y oscuro. Pecado mortal. La ráfaga de

viento caliente a través del vestido amarillo. Zapatos rojos de tacón con tirilla cuidadosamente colocados en cada escalón al bajar. El vello negro de la pierna que subía hasta el muslo. Vello negro en el pecho. Como el vello negro de papá. El cigarrillo de George, la dolorosa perfección con que inhalaba el humo por la nariz. Fumar es rezar, fumar es rezar es esperar. El sabor a gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta. Mi polla dura.

Dos labios sobre dos labios suaves con una especie de succión, tabaco y sabor a pintalabios rosa. Billie, mi querida Billie, la chica a la que podía besar y besar sin parar, y nos convertiríamos en un sueño. Besar pecado venial, abrazarse pecado venial, todo lo demás pecado mortal. Pegadas al cuerpo de Billie esas partes de pecado mortal, partes de madre, partes de hermana, partes blandas, mojadas, partes que son fuego del infierno, condenación y contaminación si las tocas. Mi polla flácida.

La sangre llenándome la polla, y yo metiendo la polla en un gran coño húmedo y follando como un loco.

Jódase, padre, porque no he follado y he pecado.

Y sin embargo he cometido el pecado más grave, he pecado mucho.

Mi cuerpo es feo. El ataúd de mi alma atropellada y aplastada contra la carretera.

El oído de monseñor apretado contra la rejilla.

Mi camiseta y mi camisa de los domingos empapadas. Mi sudor olía a tabaco agrio, cerveza alemana, coño de Billie.

Las palabras que no salían de mi garganta. Palabras pegadas allá abajo en toda esa flema. Tragué, carraspeé.

Padre, dije.

Abajo en la laringe, tosí y me aclaré la voz, tratando de hacer salir las palabras.

¿Cómo iba a confesar lo de George y Billie? ¿Cómo iba a confesar lo mío?

Monseñor esperaba. Yo esperaba.

Esperar es rezar.

Lo que salió a continuación de mi boca fueron palabras que no esperaba oír.

He violado el noveno mandamiento, padre, dije.

¿El noveno?, dijo monseñor.

El noveno, dije. No el sexto.

He cometido el pecado de dar falso testimonio, dije. Una vez.

¿Falso testimonio?, dijo monseñor.

El tono de su voz, se notaba, esperaba el sexto, el otro pecado, más interesante.

¿Solo una vez?, dijo monseñor.

Solo una vez, padre, dije. Todas se resumen en una sola gran vez.

Monseñor se llevó a la boca toda la mano pero solo dejó el índice sobre los labios.

¿A quién diste falso testimonio?, preguntó.

Tenía los labios secos. Me los humedecí con la lengua.

A un amigo, dije. He dado falso testimonio a un amigo.

Mi primera confesión en cuatro años que no trataba del sexto mandamiento, la masturbación y los detalles sobre la masturbación.

Cuando por fin abrí los ojos, monseñor murmuraba las oraciones haciendo la señal de la cruz con la mano. Me quedé de una pieza. Esperaba un sermón, una discusión, unas palabras al menos. Tal vez se le había hecho tarde para la misa y no había tiempo.

Tres padrenuestros, tres avemarías y tres glorias. Lo juro, podías decir que te habías tirado a Cristo en la cruz y esa era la penitencia que te caía. Tres padrenuestros, tres avemarías y tres glorias. Tal vez cinco. Como mucho serían cinco, fijo.

Durante la misa odié a Dios.

La misa fue larga y en la iglesia hacía calor, y solté un bostezo tan grande que hice ese ruido áspero con la garganta. Durante el sermón soñé despierto, di una cabezada, babeé. Me sequé la boca. Respiré hondo. Mamá me dio un fuerte codazo en las costillas. Sus labios arrugados, arrugados. Sus ojos almendrados y castaños clavados en mi corazón.

Joder.

Después de misa, mamá y papá fueron a tomar un café. Yo me quedé solo en las escaleras de Saint Joe, tratando de entender qué coño me estaba pasando, cuando de pronto es mi hermana quien me coge del codo. Lleva un chal sobre la cabeza con un gorro de rezo hecho de encaje encima y un vestido azul del tamaño de una casa. En sus ojos de gitano ruso nunca he visto tanta felicidad.

Supongo que fue volver a estar cerca de mi hermana. Las noté. Dos gruesas lágrimas cayéndome por las mejillas.

Mi hermana me cogió la mano, como siempre había hecho cuando éramos pequeños. Sorbí por la nariz, me sequé las lágrimas. Ella no apartó los ojos de mí mientras sacaba un Marlboro del paquete y lo encendía. Dio dos caladas, miró alrededor y me lo pasó rápidamente.

Yo iba por mi primera calada.

Mi hermana susurró: Siento lo de Billie.

Se me daba bien inhalar el humo por la nariz, pero esta vez el humo me entró por donde no debía y empecé a toser.

¿Billie?, dije entre toses.

Mi hermana me cogió el cigarrillo, dio una calada larguísima. Sacudió el chal como si fuera su pelo.

Sí, susurró, ya sabes… ¡Billie!

Dios, vale que era una ciudad pequeña, pero ¿cómo coño podía saberlo ya mi hermana?

¿Qué?, dije.

Mi hermana miró alrededor, se inclinó aún más, me pasó el cigarrillo. Volvió a cogerme la mano de ese modo.

La calada que di fue profunda. Fumar es rezar.

La mano de mi hermana en mi frente, me apartó el pelo.

Fumar es rezar es esperar.

Billie está embarazada, Rig, susurró.

Lo sé todo, dijo. Chuck diPietro se pasa la vida en casa, dijo. Él y Gene son como hermanos. Es como si no me hubiera casado con un hombre sino con dos.

En mis pulmones llenos de humo acre, más humo. La calada cada vez más profunda.

Chuck es el padre, susurró mi hermana. Esa es la pura verdad. Y el cabrón no va a casarse con ella.

El humo me salió de los pulmones como si estuviera ardiendo

por dentro.

Aire, alrededor había aire, pero ni un soplo para respirar.

Mi hermana me cogió el cigarrillo de la mano. La ceniza colgaba de forma extraña. Caliente como una estufa.

La inhalación de mi hermana, seguida de una exhalación como un suspiro profundo, el viejo humo del Marlboro.

Los hombres son gilipollas, dijo. Realmente jodidos.

Los ojos de mi hermana y los míos. Gitano ruso y castaños. Los ojos de papá y de mamá. Ella levantó la mano y me cogió la barbilla entre el pulgar y el índice.

Te hace falta afeitarte, dijo.

Luego: ¿Sabes, Rigby John? Eres un cielo, dijo. Lo que este mundo necesita son más hombres como tú.

10

Oye, Georgy Girl

Un domingo gris y caluroso después de misa, con la cabeza espesa por la resaca, los pulmones llenos de Marlboro amargos. Entré en mi cuarto, cerré la puerta y me tiré sobre la cama. El fuego incandescente en mi interior. El delicado equilibrio en lo alto del elevador de grano, un paso gigante demasiado lejos. Bajaba a toda velocidad. Era el ser humano más horrible del mundo. Era feo. Mi polla no servía para nada. No podía follar con mi novia. Y el tío con el que había estado recogiendo el heno había resultado ser un imitador de mujeres. Estaba atrapado en mi habitación, atrapado en un domingo, atrapado con mis padres, atrapado en casa. No tenía adónde ir para escapar porque era de mí de quien necesitaba escapar.

El universo había conspirado y ahí estaba yo, atrapado dentro de mí.

En cuanto mis padres se fueron por fin de casa, llamé a Billie. Solo logré liarlo más. Me temblaba todo el cuerpo. No respiraba, y cuando fui a hablar me salió algo de la garganta y empecé a gritar.

La llamé putilla y le pregunté con quién más había follado.

De puta madre, dijo Billie. Típico del puto macho.

Que te follen, Billie, dije.

No, que te follen a ti, Rig, dijo Billie.

Estaba a punto de gritar otro que te follen cuando me colgó.

Quería un cigarrillo, pero no podía soportar la idea de fumar otro cigarrillo, de modo que salí. El gris se había disipado dando paso a un sol dorado de última hora de la tarde. Yo no quería sol. Quería un día frío y lluvioso. Caminé con mi sombra. George siempre decía que puedes saber qué tal te van las cosas por el aspecto de tu sombra. Mi sombra no se apartaba de mis pies, demasiado avergonzada para exhibirse. Tramp y yo fuimos a todos mis rincones seguros. Me subí al tejado de los graneros. Bajé al almacén de patatas y trepé al elevador de grano. Ni siquiera intenté mantener el equilibrio sobre él, me limité a subir por un extremo y bajar por el otro, haciéndolo descender de golpe. Acojoné a Tramp. Encima de los furgones no había lugares lejanos, solo estaba yo.

El dolor dentro de mí, nunca había sentido nada igual. El dolor me obligaba a bajar la cabeza como un pecador ante un Dios enfadado. Pero yo no era ningún pecador, seguía siendo virgen. Momentos de la noche anterior se agolpaban en mi cabeza. El Sunset Motel, un frío que pelaba en la habitación 58. Vislumbres de los pechos de Billie, de su coño, del vello suave de allá abajo, el tacto de sus manos. ¿Cómo algo tan natural podía ser tan aterrador?

Difrente. Yo era totalmente *difrente*. Un puto marciano.

Pero, por encima de todo, aún más duro que no poder empalmarme era afrontar lo de Billie y Chuck diPietro juntos, follando como locos.

Billie me había traicionado.

Tramp y yo estábamos acurrucados sobre la paja del altillo del establo. No os puedo decir cuántas veces imaginé la escena de Billie con Chuck. Luego allí tumbado en la paja, levanté la mano y me rocé la boca con los nudillos, y recordé a George.

El día anterior sin ir más lejos, cuando detuve el tractor junto al primer montón de fardos del campo y apagué el motor, George se inclinó para apagar su Camel en el cenicero.

Yo tenía los ojos clavados en ese Camel a medio fumar.

George miró el cigarrillo con sus ojos oscuros, luego me lo pasó.

Gracias, dije.

El cigarrillo que había estado entre los labios de George estaba entre los míos. Di una, dos, tres caladas, esperando no calentarlo. Se lo devolví.

La cara de George cuando le devolví el cigarrillo. La verdad, no

sé cómo describirla. Sorprendida, supongo, y tal vez una sonrisa debajo de la sorpresa.

Se quedó allí sentado con esa cara y miró el cigarrillo.

Puedes fumarte uno tú solo si quieres, dijo.

Oh, dije, es solo que…

Como casi siempre con George, no sabía cómo decir lo que quería decir, de modo que mi boca empezó sencillamente a hablar.

El verano pasado, dije, con Flaco y Acho. Recogimos el heno juntos. Compartíamos los cigarrillos.

Nos hicimos muy amigos, dije.

Así sin más, los ojos de George estaban ribeteados de rojo y vidriosos como los de la abuela. Unos ojos tan llenos de Jesús en ese momento.

Despacio, la mano grande de George se llevó el cigarrillo a la boca. Sus ojos negros *difrentes*, aún más oscuros, no tanto como los de Jesús.

Inhaló el humo, lo sacó por la nariz y la boca, me lo devolvió.

Entonces también podemos hacerlo nosotros, dijo.

El lugar dolorido junto a mi corazón por donde fumo. No era solo Billie, George también me había traicionado. En cierto modo no estaba seguro de cómo. Pero un buen amigo no se exhibe por la ciudad con un vestido amarillo y zapatos rojos de tacón, dando el espectáculo. Quiero decir que no lo hace si es un hombre. Quiero decir que es vergonzoso.

Joder.

El puto desastre de George Serano.

Jo, tenía mucho que aprender.

El heno, el heno, el maldito heno.

El lunes por la mañana estampé todo sobre la mesa. No me comí las gachas. No me comí los huevos fritos. No me bebí el vaso de leche. Fui directo a la cafetera de mamá y me serví una taza. El café estaba asqueroso. Sabía a la mitad del café que se suponía que debía haber. ¿Por qué me sorprendí? ¿Por qué iba a ser el café

difrente de cualquier otra cosa relacionada con mamá? Seguramente reutilizaba los posos de café.

Lo escupí en el fregadero. Tomaría una taza en casa de la abuela.

Conduciendo a toda velocidad el camión del heno por Tyhee Road, el lunes por la mañana temprano, el sábado por la noche George todo emperifollado, vestido como una chica en los escalones, no lograba que me entrara en la cabeza. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara, por no hablar de pasar todo el día con él trasladando heno?

Lo peor es que me dolían demasiado los pulmones para fumar. Lo intenté, pero mi viejo colega Viceroy me supo a mierda de caballo. Todo era mierda de caballo. Todo el puto mundo, un puto montón de mierda de caballo.

En el patio de la abuela, la luz y la oscuridad mágicas solo era el maldito sol que se filtraba a través de un puñado de viejos árboles muertos. El suspiro en lo alto de las copas de los árboles no era más que el viento. La puerta mosquitera verde de la abuela hizo el crujido de sanctasanctórum de siempre. El grano de madera de la puerta delantera gris que tenía ante mí, remolinos y más remolinos. Bonanza ladró antes de que llamara.

Abrió la puerta la abuela. Humo de leña, café y grasa frita. Lo de siempre, lo de siempre. El olor a gamuza y a Prince Albert.

Luego estaba el pañuelo rojo de la abuela. Pelos blancos que le salían disparados como telarañas alrededor de la cara. Los ojos ribeteados de rojo tan brillantes siempre, como si lloraran. Nada entre medio.

Cuando me miró a los ojos, me leyó el alma.

Así de rápido, todo cambió.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar.

Rigby John, dijo la abuela. No tienes mejor aspecto que la última vez que te vi. ¿Sigues comiendo mierda de caballo?

¡Calla, Bonanza!, dijo.

Bonanza, repiqueteando con sus uñas en el suelo brillante, se acercó al cojín de Pendleton y se dejó caer en él.

Me mordí el labio superior. Respiré con fuerza por la nariz.

Sí, abuela, dije.

La abuela señaló con su vieja mano de cuerda marrón la mesa, apartó la silla de madera de respaldo alto.

Ven, dijo, siéntate. ¿Quieres un café?

La silla de respaldo alto de la abuela, yo en esa silla, con el codo encima de la mesa de la abuela, la bombilla colgando baja iluminando la mesa. En la reserva roja, yo ya no estaba en el condado de Bannock amarillo. Uno de los lugares más seguros del mundo.

Cuando me senté, lo hice como mamá y papá. Con los hombros alzados a la altura de las orejas. Busqué a George con la mirada.

Sí, dije. Me encantaría.

La mano de la abuela en mi espalda.

Relájate, dijo. No muerdo.

Bajé unos centímetros los hombros.

¿Tiene más de lo otro?, pregunté.

¿Lo otro?, dijo la abuela.

Su remedio especial para la mierda de caballo, dije.

La abuela se relamió los labios, sorbió por donde no tenía dientes. Esa sonrisa suya de oreja a oreja, toda su cara derrumbándose alrededor de ella.

Tuvo que pararse para recobrar el aliento, de lo fuerte que se reía.

¡Madre mía, Rigby John! Cómo me has hecho reír.

Los mocasines Minnetonka de la abuela con el pájaro bordado con cuentas azules crujían débilmente por el suelo de madera brillante. Al llegar a la Majestic de porcelana verde, se inclinó, cogió un leño del montón que había al lado, abrió la puerta de hierro de la estufa y lo arrojó dentro. Encima de la estufa empezó a remover cosas.

La cortina de la ventana de encima del fregadero tenía una gran quemadura marrón. Yo estaba pensando en esa quemadura. George me había dicho que la abuela siempre dejaba encendida la lámpara de queroseno junto a esa ventana toda la noche.

Cada noche, había dicho George, haga el tiempo que haga, puedes estar seguro.

¿Por qué lo hace?, dije yo.

Los antepasados, dijo George. Nuestros antepasados viven en un

árbol sagrado. Los shoshones. La abuela quiere rendirles respeto cuando se va el sol.

El problema es, dijo, que a veces pone la lámpara demasiado cerca de las cortinas. Una de estas noches pegará fuego a toda la maldita casa.

Una quemadura marrón en una cortina blanca. Extraño lo que pueden significar las cosas más nimias cuando las miras de cerca.

Luego estaba la nevera de la abuela. La puerta de la nevera estaba abierta y por dentro estaba vacía y oscura.

¿Qué le ha pasado a su nevera, abuela?, dije.

La abuela deslizó una cazuela por encima del fogón.

Se ha estropeado, dijo. El motor no funciona.

Ya tiene veinte años, dijo. Ese maldito trasto nunca ha servido para nada, dijo. Ahora se ha estropeado para siempre.

Dejó la taza de peltre azul en la mesa, luego otra taza, una taza blanca con el asa rota, y una lata de leche Segó.

¿Va a comprar una nueva?, dije.

Eso quiero hacer, dijo, cuando cague el águila.

Luego: La leche es buena para ti. Echate en la infusión. Fortalece los huesos.

El café de la abuela con leche Segó y una cucharada de azúcar era lo que mejor te entraba por la mañana. Bebí el café como si comiera un dulce. Cuando acabé, me concentré en el remedio para la mierda de caballo. Con la leche Segó y una cucharada de azúcar, estaba casi tan bueno como el café.

La abuela se sentó a la mesa frente a mí. Nunca la había visto hacerlo. Estaba tan echada hacia delante que casi despejó la mesa con la cabeza. Con la nevera vacía a sus espaldas y bajo la bombilla que colgaba, parecía vieja de un modo que nunca la había visto. Juntó sus manos de cuerda marrón, sus dedos como palillos.

Movió los labios un par de veces sobre las encías antes de hablar.

Rigby John, dijo. Siento lo que voy a decirte. Pero George no va a trasladar heno contigo hoy.

Una fuerte ráfaga de viento de Idaho en el pecho. Tan cabreado. Tan asustado. Asustado por mí, luego también por George.

La abuela registró todo eso en mi cara.

¿Qué ha pasado?, dije.

Las manos de cuerda marrón de la abuela, sus dedos como ramitas, sus brazos ramas de árboles.

Se pondrá bien, dijo. Yo lo curaré. Luego podrás hacerle trabajar a base de bien. Darle algo que hacer.

Parte de mí quería empezar a arrojar cosas por todas partes. Encender la lámpara de queroseno y pegar fuego a la cortina. Dar una patada a la nevera. Tal vez salir por la puerta dando fuertes pisotones. Pero estaba la otra parte.

¿Está bien?, dije.

La abuela se llevó sus manos de cuerda marrón, sus dedos como ramitas torcidas, al pañuelo rojo y dejó que se deslizaran por su cara. Telarañas blancas flotando alrededor de toda la cara.

Todo lo que había en ese momento en el mundo eran los ojos ribeteados de sangre de la abuela y mis ojos.

No anda muy bien, dijo. ¿Por qué no vuelves mañana para ver cómo está?

Ese día y el siguiente trasladé el heno yo solo. Odié a George, pero odié aún más a papá.

Amontoné, cargué y conduje, todo. Yo solo. Creo que nunca había trabajado tanto. No paré en todo el día. No descansé ni un minuto. Lo hacía mientras conducía. En parte era agradable. Era una sensación agradable forzar el cuerpo, hacer el trabajo de dos hombres. Dejarse la vida en algo, heno, fardos de heno que podía trasladar, progresos que eran visibles, constatar que podía cambiar algo en el mundo. Además, mientras trabajaba no pensaba en Billie ni en George. Y papá no lo sabía. Me encantaba estar transportando yo solo el heno y que papá no lo supiera.

Me las arreglé un tiempo. Al menos pensé que lo hacía. Eran cerca de las cuatro de la tarde del segundo día, martes creo, y me quedaban unos diez cargamentos para terminar las dieciséis hectáreas de Hess, cuando levanté la vista y vi a papá detener la camioneta junto al camión.

El fuerte ruido de metal contra metal de la puerta del conductor.

¿Dónde está tu ayudante?, dijo.

Yo estaba subido al camión. Cogí un fardo de heno, caminé con él hasta dejarlo en su lugar y le di una patada. Había dos fardos más

que amontonar. No iba a dejar de moverme.

Mi respiración. Respiré hondo.

No se encontraba bien esta tarde, dije. Volverá mañana por la mañana.

Papá se levantó el sombrero de cowboy. Ojos de gitano ruso. Se llevó las muñecas a las caderas y se subió los
Levi's.

Sabía que yo mentía. Y yo sabía que él lo sabía.

Yo no iba a ceder.

Cogí otro fardo y lo cargué hasta dejarlo encima del primero.

¿Cuánto tiempo dices que lleva enfermo?, preguntó papá.

Solo esta tarde, dije.

Cogí el tercer fardo.

Curioso, dijo papá. Hace dos días que no le veo cruzar el patio contigo.

Llevé el fardo hasta el montón, lo levanté con la rodilla.

En la parte superior de los pulmones, allí donde empieza el asunto de la respiración.

¿Ah, sí?, dije.

Di un puñetazo al puto fardo con mi mano enguantada para asegurarlo en su sitio.

Sí, dijo papá.

Polvo de heno en mi garganta. Tosí polvo de heno.

Bueno, dije. Pues no debiste de verlo. Seis cargas ayer. Hoy vamos por la cuarta. Según lo previsto.

Luego: Retortijones. George se ha tomado un Alka-Seltzer. Ha tenido que resguardarse del sol.

No te preocupes, dije. Volverá mañana a primera hora.

No había más fardos en el camión. Bajé de un salto al suelo y me dirigí al montón para arrojar más.

Mientras me acercaba, papá se interpuso entre el heno y yo.

Más os vale, dijo. Si no queréis recibir una buena patada en el culo.

El sol estaba detrás de mí y en los ojos de papá. Los tenía entornados mientras me miraba. Levantaba la vista hacia mí. Tal vez era por el modo en que estábamos colocados, pero en ese momento yo era más alto que él y él levantaba la vista hacia mí.

Haz lo que te parezca, dije.

Papá soltó una breve risotada.

Eres muy duro, ¿no?, dijo.

Ese lugar en mi pecho, en la parte superior, el viento de Idaho arremetiendo. Me quedé ahí de pie. Me erguí aún más sin decir nada, mirando los ojos entrecerrados de mi padre. La sensación en los brazos que significa impotencia. Pero seguí erguido, no dejé que se me notara. Puse cara de saber que me estaba escudriñando la cara.

El viento de Idaho. El zumbido de las moscas. En algún lugar lejano el silbar de un tren. Papá y yo nos quedamos un buen rato ahí de pie, él y yo.

Luego papá retrocedió un paso.

Yo cerré los ojos. Tomé una gran bocanada de aire, pero él no lo vio.

Sus botas caminando a través de los rastrojos de heno. El fuerte ruido de metal contra metal de la puerta del conductor. Puso en marcha la camioneta.

Empecé a arrojar fardos al camión. Fingí no mirarlo pero lo hacía.

Papá puso el brazo en el asiento, se volvió para mirar atrás y retrocedió unos metros. Luego echó el freno. Apagó el motor. Se quedó sentado en la camioneta mirándome.

Pasaba algo.

Lancé un fardo de heno al camión, me volví para coger otro.

Rigby John, dijo papá.

Sí, dije.

Te dije que guardaras las distancias con esa gente, dijo. El año pasado fueron esos mexicanos y ya viste lo que nos hicieron. Nos quemaron la paja. Ahora este año. Te hablé de George. Te dije que guardaras las distancias. Pensé que podía sentirme orgulloso de ti, pero aquí estás, haciendo el trabajo de un maldito indio y mintiendo a tu padre. Es absurdo. ¿Tan difícil es dejar en paz a esa gente? Siempre tienes que mezclarte con ellos. Y no valen la pena. Lo único que harán es apuñalarte por la espalda.

Cogí un fardo de heno y lo arrojé al camión.

Papá levantó el pie del embrague y este hizo ruido de embrague.

Mi hijo amante de los negratas, dijo. Te juro que no sé de dónde has salido.

Yo estaba inclinado sobre otro fardo, cogiéndolo por las cuerdas con los guantes. Las solté y me erguí todo lo largo que era.

Papá, dije, no utilices esa palabra. Es irrespetuosa. Negros es como se supone que tienes que llamarlos.

Mi voz sonó aguda.

¿Te he contado alguna vez el día que Jimmy Weis y yo sacamos a ese negrata del Golden Wheel Bar de Blackfoot?, dijo papá.

Soltó un fuerte rebuzno.

Jimmy le puso el saco de yute sobre la cabeza por detrás, dijo, y yo le amarré los pies. Jo, deberías haber oído gritar a ese negrata. Lo arrojamos a la parte trasera de la camioneta de Jimmy y lo llevamos al arroyo Johnson. Le dijimos que íbamos a lincharlo, pero no lo hicimos. Ya sabes, solo lo acojonamos. El negrata se cagó encima. Nos reímos tanto, viendo al negrata chocar contra los árboles con ese saco atado y con mierda en los pantalones. Nos partimos el culo de risa.

Tantas veces he lamentado no haber tenido una horca en las manos ese día. Habríamos visto lo asustado que puede llegar a estar alguien.

Pero no había ninguna horca.

Y yo aún no estaba preparado.

Además, él estaba allí y era mi padre.

De modo que me quedé allí parado. Podría decirse que paralizado. Al sol de Idaho, en julio, con el calor apretando, charcos donde no había ninguno, grandes moscas viejas zumbando.

Paralizado.

Aún más paralizado que en el Sunset Motel.

Y no es moco de pavo.

Un viejo palurdo ignorante jactándose de haberse comportado como un matón.

Honra a tu padre.

Pero bueno.

Joder.

A la mañana siguiente, sentado en la silla de madera de respaldo alto de la abuela, miraba fijamente la cortina quemada, miraba la nevera oscura y vacía de la abuela, bebía a sorbos una taza de café con leche Segó y una cucharada de azúcar, y otra taza de remedio para la mierda de caballo, cuando oí a George salir de la habitación.

Parte de mí iba a vomitar. Otra parte se estaba echando hacia atrás para asestarle un puñetazo como el que le había dado debajo del sauce. Y otra parte de mí no podía dejar de mirar la madera de la mesa.

George se quedó un rato de pie al lado de la mesa. Con el rabillo del ojo solo le veía la entrepierna. Por fin volví la cabeza y levanté la vista hacia él.

No daba crédito.

George tenía un lado de la cara como un melón reventado.

Grandes cardenales y cortes en las manos.

Tendrías que haber visto al otro tipo, dijo.

Dentro del camión, después de que George se subiera y cerrara la puerta de golpe, antes de que yo le diera al contacto, pusiera el estárter y arrancara el motor, nos quedamos un rato allí sentados, George y yo, con las sombras y la luz arremolinándose a nuestro alrededor. Yo iba a decir algo, algo sobre su cara, algo sobre su vestido amarillo, sencillamente algo. Pero no sabía cómo decir lo que tenía que decir. Además, había tanto que decir, ¿y cómo demonios empezabas?

George se metió una mano en el bolsillo de la camisa, sacó un cigarrillo, lo encendió. Dio un par de caladas inhalando el humo por la nariz de forma magistral y luego me lo pasó.

Fue extraño. Solo era un cigarrillo. En un camión de heno en la reserva roja bajo unos chopos lombardos, un hombre pasa a otro un cigarrillo y ese otro dice que no. Un acto sencillo. No es gran cosa comparado con Vietnam y los derechos civiles. Pero esa mañana de mi vida, ese cigarrillo en particular fue importantísimo.

Mi excusa era que me dolían los pulmones.

Ciertas cosas, cuando miras atrás, desearías no haberlas hecho.

Potas Price, por ejemplo. Quiero decir Allen.

La mañana de ese cigarrillo es uno de esos momentos.

El motor del camión rugió a nuestro alrededor. Pisé el embrague, metí la marcha atrás.

El cigarrillo de George en su mano magullada con los nudillos partidos, tendiéndome todavía el cigarrillo.

Momentos de gestos.

Agité la mano entre el cigarrillo y yo.

Miré al frente, no miré a George a los ojos.

No puedo fumar, dije.

Volvíamos a estar en Quinn Road cuando George se llevó de nuevo el cigarrillo a los labios. El motor del camión parecía hacer mucho ruido. Pensé que era el silenciador.

Pero no lo era. El motor hacía ruido porque tenía que encubrir lo que había ocurrido con Billie. Mejor dicho, lo que no había ocurrido.

Tenía que meter ruido para encubrir a George con su vestido amarillo, sus zapatos rojos.

Tenía que meter ruido para que yo no pudiera pensar.

George no hizo nada. No respiró hondo. No dijo nada. Ni una señal. Se limitó a seguir fumando el cigarrillo como si solo fuera un cigarrillo más.

Pero ese cigarrillo fue *difrente*. Ese cigarrillo fue más que eso.

Yo no quería fumar, no quería esperar, confiar, no quería rezar con George Serano.

Me estaba alejando todo lo posible de ese tipo.

George bajó del camión, abrió la verja del campo de Hess. Empujó la verja hacia las malas hierbas que había contra la cerca. Lo oí subirse a la parte trasera del camión.

Por las mañanas George siempre se subía a la cabina después de abrir la verja. Fumábamos el resto del cigarrillo, hablábamos un poco y luego empezábamos a trabajar.

Esa mañana, cuando George se subió a la parte trasera en lugar de a la cabina, sentí un dolor en el pecho, no el dolor del humo de cigarrillo sino un dolor en el corazón donde George solía estar.

Detuve el camión junto a un montón de heno, apagué el motor.

Mi respiración. Muchas inhalaciones profundas.

Cuando abrí la puerta y me quedé de pie en medio del campo,

George estaba en la plataforma del camión tratando de ponerse los guantes en sus manos magulladas.

Traté de pensar en algo agradable que decir. No podía pensar. Yo también me puse los guantes.

La cara de George al sol de la mañana no estaba solo morada. Era de todos los colores que se os puedan ocurrir.

¡Bueno!, dijo. ¡Carguemos tu puto heno!

La parte superior de mis pulmones, la respiración.

No es mío, dije. Es de mi padre.

Entonces, ¿por qué no dejas que lo cargue él?, dijo George.

El polvo del heno dentro de los dedos de mis guantes.

Cuando levanté la vista hacia George, dentro del blanco de sus ojos había pequeños relámpagos rojos.

No había ninguna duda. George y yo estábamos listos para otro asalto.

Cogí un fardo de heno y lo arrojé con violencia hacia George, que seguía subido al camión.

Él lo cogió y lo llevó a la parte delantera.

¿Por qué no lo mandamos todo a la mierda?, dijo. ¿Y subimos al monte Scout? Hace un día bonito. ¿Qué dices?

Le sangraba el labio.

Todo lo que quería hacer yo era doblarme en dos y sujetarme el pecho y el estómago.

¿Subir a una montaña?, dije. ¿Estás loco? Tenemos trabajo que hacer.

Le lancé otro fardo con saña.

George le dio una patada y lo cogió.

El heno, el heno, el puto heno, dijo. Toda tu vida, eso es lo que es, heno.

Otro fardo arriba.

Pero, dije, mi padre.

George cogió el fardo, caminó con él y lo puso sobre el montón.

No le eches la culpa a tu padre, dijo. Ya eres mayorcito, dijo. ¿Por qué no haces algo por ti mismo por una vez?

Otro fardo arriba. Se me llenó la cara de polvo de heno.

Tosí, escupí polvo de heno.

No puedo coger e irme, dije.

¿Por qué no?, dijo George. No eres un esclavo.

Lo soy hasta que cumpla dieciocho, dije.

Y entonces, ¿qué?, dijo George. ¿Te enrolarán y te irás a Nam?

George cogió el fardo y lo arrojó hasta el fondo de la parte trasera del camión.

¡De puta madre!, exclamó. De esclavo del heno a esclavo de la guerra. ¡De putísima madre!

La sensación en los brazos que significa impotencia.

No voy a ir a Vietnam, dije.

Mi voz sonó aguda.

George sacudió los hombros y meneó el culo. Habló con voz aguda como la de una chica, como la mía: No voy a ir a Vietnam.

Arrojé otro fardo al camión.

George lo cogió y me lo tiró a la cara. Levanté los brazos a tiempo pero me caí al suelo.

¡¿Qué coño tienes que decir tú al respecto?!, gritó. ¡Haces todo lo que te dicen que hagas! ¡Por supuesto que irás a Vietnam! ¡Si te dicen que vayas, irás!

Sangre roja muy roja en sus labios. Sangre sobre sus dientes blancos.

Me levanté lo más deprisa que pude.

¿Qué sabes tú?, dije.

Eres un ignorante, un patán sumiso, dijo George. El ejército está lleno de ellos. ¿Qué coño más hay que saber?

¿Patán?, dije. No soy ningún patán.

George tenía los pies bien plantados debajo de él. Desde donde yo estaba medía tres metros.

Patán mariquita, dijo. ¡No dirías mierda aunque tuvieras la boca llena de ella!

«Mantente alejado de esa gentuza. Solo te traerán problemas.»

¡Yo un mariquita!, grité. Mira quién habla.

El salto que dio George desde el camión fue como un aterrizaje de Superman. Cayó justo a mi lado, un poco demasiado cerca para darle un puñetazo, pero aun así pensé que era lo mejor que podía hacer. Empecé a llevar el brazo hacia atrás cuando la mano enguantada de George me lo sujetó. Me empujó con el cuerpo contra el montón de heno.

¡Será mejor que te mires bien!, dije.

George apretó la cara contra la mía. Escupía sangre.

¿Y qué veré si miro, eh?, dijo. ¿Qué hay en ella, eh?

George me bajaba el brazo con la mano.

¡El mariquita eres tú!, dije.

Los ojos oscuros de George, las vetas doradas en ellos. Los relámpagos rojos en el blanco de los ojos.

Dime lo que me hace tan mariquita, dijo.

Me había bajado del todo el brazo. La mano de George sobre mi brazo apretándome la entrepierna.

Me subió de las entrañas a los labios y salió de ellos antes de que me diera cuenta.

¡Yo no me exhibo por la ciudad con un vestido amarillo y zapatos rojos de tacón!, dije.

El viento le apartó el pelo de la frente. Por un momento pensé que sonreiría. Pero no lo hizo. George nunca sonreía.

Yo tenía el brazo inmovilizado, y mi mano y la de George me presionaban la entrepierna.

Su aliento era humo de cigarrillo, dentífrico y sangre.

Visto tan de cerca, su ojo malo, el izquierdo, estaba amarillo y vidrioso.

Sobre gustos no hay nada escrito, ¿no?, dijo.

Levanté mi otro brazo despacio. Por un momento se me ocurrió ponerlo en su hombro. En lugar de ello lo agarré por el pelo, le quité el sombrero, empujé su cara hacia arriba.

Desde ese ángulo era un cuadro de Picasso.

Al menos yo no me escondo, dijo George. Mata el alma de un hombre, el esconderse.

Yo tiraba de su pelo con todas mis fuerzas. La mano con que él me apretaba la entrepierna me estaba levantando del suelo.

Yo no pensaba soltarlo y él tampoco. Gruñidos y gemidos, insultos y tacos, y ahí estábamos otra vez, George Serano y yo, dando patadas en el polvo, en el tercer asalto.

Una ráfaga de viento, un halcón, algún pájaro grande volando bajo, en un instante, algo se desplomó. George y yo caíamos, caíamos. En el suelo, entre los rastrojos de heno, junto a la rueda del camión, aterrizamos.

Entrelazados nuestros brazos, nuestras piernas.

George trataba de recobrar el aliento. Yo también inhalaba y exhalaba. No es como en la televisión cuando te peleas. Tienes que

parar para recuperar el resuello.

Nuestra respiración profunda. El zumbido de las moscas. Viento.

Todo se hizo más lento.

La voz de George en mi oído: Os vi, dijo. A ti y a tu novia. Por eso salí y bajé las escaleras. Quería que me vieras. Quería espantar al chico blanco.

El pecho de George contra mi pecho, la risotada rápida.

Supongo que mi plan funcionó, dijo.

Brazos, piernas, brazos. Me desenredé, me aparté. Arrastré el culo por el suelo, me apoyé contra la rueda.

George dejó caer la cabeza en su brazo. Se quedó tumbado sobre los rastrojos de alfalfa como un desnudo con la ropa puesta. Se metió una mano en el bolsillo de la camisa, sacó su paquete de Camel, cogió uno. Lo encendió con un encendedor Bic azul nuevo. Inhaló el humo por la nariz. Después de dar varias caladas no me lo pasó.

Cuando por fin habló lo hizo en voz baja, profunda, muy grave.

Es verdad, dijo George. Soy un mariconazo. Pero hago lo que quiero.

A ti hasta la abuela te dice lo que tienes que hacer, dijo. Leche Segó y una cucharada de azúcar. ¿Y qué haces tú?

Yo no soy como tú, dijo.

Con la manga se secó la saliva mezclada con sangre de la boca.

En toda tu puta vida, dijo. ¿Alguna vez has hecho algo que no te hayan dicho que hagas?

Allí mismo habría abofeteado a George solo para demostrar que podía, en realidad, para demostrarle que yo era un cabrón y sabía golpear a un hombre donde más le dolía, en su herida sanguinolenta. Pero él tenía sangre en los labios y le bajaba por la barbilla, y el ojo hinchado azul verdoso y amarillo. Sangre en el cigarrillo.

No pude.

Vete a tomar por culo, dije.

No, dijo George. Vete a tomar por culo tú.

No me preguntéis cómo, pero llegó el final de esa jornada de trabajo. No fueron las siete cargas de siempre sino solo cinco, pero aun así.

A la mañana siguiente, al ir en el camión a casa de la abuela, lo último que esperaba era ver a George. Supuse que estaría en otra parte, esperando. Pero ahí estaba, a las siete y media en punto, a un lado de la carretera.

Se subió al camión, no dijo buenos días ni vete a tomar por culo. No me miró. Lo mismo el resto de las mañanas. George se había cerrado como un cepo. Un completo desconocido. Y más inicuo que nunca. Incluso después de que se le cerrara el labio y disminuyera el globo verde que era su ojo, seguimos sin dirigirnos la palabra. George no me miró ni una sola vez a los ojos. Se fumó sus cigarrillos solo.

A mí ya me vino bien.

Me había comprado mis propios cigarrillos. Pall Malí.

Yo no estaba mejor. Me cabreaba por casi todo. Si se rompía un fardo de heno o se movía el montón del camión, o si este no se ponía en marcha enseguida, me lo tomaba como algo personal. Una vez se cayeron los papeles del seguro del vehículo que estaban sujetos a la visera del lado del conductor mientras pasábamos por los surcos. Que esos putos papeles se cayeran me cabreó tanto que los cogí y los arrugué, y me los metí en la boca, y a punto estuve de tragármelos hasta que recobré la compostura.

Bastaba que pasara algo para que saltara.

A mi novia la habían dejado embarazada. Me había convertido en el hazmerreír de Pocatello. Y el hombre con el que trasladaba el heno se pintaba las uñas.

La verdad duele, tío, y he aquí algo que es aún más cierto.

George tenía razón.

Yo ni siquiera era capaz de dejar embarazada a mi novia.

Lo juro, día tras día tras día, miles de urracas gritonas se juntaban en el cielo y descendían en picado sobre mi cabeza.

Una y otra y otra vez, una jornada laboral tras otra.

George siempre aparecía. Todas las mañanas estaba allí, a las siete y media, apoyado contra el buzón de la abuela.

Una mañana se lo pregunté.

George, dije. ¿Por qué no subes tú al monte Scout? Eres libre.

¿En qué te estás convirtiendo, en esclavo del heno?

La perfección con que inhalaba el humo por la nariz. Él sabía que eso podría conmigo.

La abuela necesita una nevera, dijo. Un par de semanas más y podré comprársela.

Pero había algo más. Otra razón por la que George no se iba. Pero no me lo dijo hasta más tarde.

Terminamos en el campo de Hess y empezamos cerca de la granja. Eso significaba que George se presentaba en casa por las mañanas. Eso significaba que no iba a volver a ver a la abuela. Hacia el final de la semana habíamos terminado de transportar dos tercios de la cosecha.

Todas las mañanas desde las siete y media, George y yo nos peleábamos con el heno hasta el mediodía. George comía en el establo. A la una empezábamos otra vez. Treinta y dos grados a la sombra. A las seis llevaba a George al patio en el camión y él se iba andando a su casa.

La verdad es que George no me habría dejado acompañarlo.

Por mí bien. Después del primer día ya no me ofrecí a hacerlo.

Cuando llegó el fin de semana, no pedí a mis padres la camioneta.

Justo lo que me pedía el cuerpo. Conducir por el Snatch Out. Dejarme ver por la ciudad.

El domingo estaba para que me atasen, fuera de mí. No podía soportarlo más, yo solo en la granja con mis pensamientos.

Llamé a Billie.

Contestó ella el teléfono.

Billie, dije, estoy hecho un lío. ¿Podemos hablar?

Silencio al otro lado de la línea.

Por un momento todo era una estúpida equivocación. Solo teníamos que hablar y todo se aclararía.

Luego: Seamos sensatos, dijo Billie. Yo estoy embarazada y tú no eres el padre. ¿De qué vamos a hablar? ¿De que soy una puta y tú un imbécil?

Me iba a estallar el pecho. En el estómago, muchas flatulencias.

Billie, dije, ¿y qué hay de nuestra promesa?

¿Promesa?, dijo ella.

Que seríamos amigos, pasara lo que pasase, dije.

Otro silencio. Un silencio embarazado.

Lo siento, Rig, dijo.

Y colgó.

Ocurrió en la segunda semana. George y yo recogíamos el heno del campo que hay junto a la torre de perforación. Yo estaba subido al camión, amontonando los fardos, cuando algo brillante me llamó la atención y miré. La camioneta de papá estaba aparcada en el extremo superior del campo. Me bajé el sombrero y entrecerré los ojos para ver mejor.

Papá estaba apoyado contra la cerca, mirando con unos prismáticos. A George y a mí.

No puedo creerlo, dije.

George dejó caer un fardo en el camión.

Dijo: ¿Qué?

El viejo ha cogido los prismáticos, dije. Nos está espiando.

George dijo: Me alegro de que no estemos follando.

Ese momento. El sol pegaba fuerte, yo estaba muerto de sed y de calor, tenía toda la espalda empapada en sudor y cubierta de polvo de heno, y no podía dar crédito a mis oídos. Ante mí, todo lo que veía era a la abuela, su boca abierta, encías rosas por todo alrededor, partiéndose el culo de la risa.

¿Qué dices a algo así?

Billie también. Ella también se habría reído.

Joder.

Hice como que no lo había oído.

Hinché el pecho con las manos en las caderas y bajé la vista hacia George. Nunca podría fingir que era papá.

¿Qué has dicho?

Solo la parte superior del sombrero de cowboy de George. George tiró otro fardo. Ni rastro de sonrisa en su cara.

¿Yo?

Otro día al final de esa semana. Estábamos en las últimas ocho hectáreas, el campo que bordea Tyhee Road, en las hileras del fondo, casi a un kilómetro de casa.

Yo lo oí primero. Música.

De nuevo me tocaba a mí amontonar los fardos, de modo que estaba subido al camión.

Un coche, era un coche lujoso, un Lincoln nuevo, un flamante Lincoln del 67 blanco. Estaba aparcado en nuestro lado de Tyhee Road. Las ventanillas estaban bajadas y, por lo que vi, había tres tipos dentro, dos delante y uno detrás.

La música estaba muy alta. George y yo estábamos a unos cinco cargamentos del coche y aun así te llegaba la música. Y las risas de los tipos.

Dejé de amontonar fardos y escuché. George arrojó otro fardo. Vio que yo me había parado y me había quedado quieto mirando.

¿Otra vez tu padre espiando?, dijo.

Es un coche, dije, un Lincoln nuevo. Con tres tíos dentro.

¡Escucha!, dije.

Tardé un rato en reconocer la canción. Cuando por fin lo hice tardé un rato en asimilarlo.

«Hey there, Georgy Girl! Why do all the boys just pass you by?»

Bajé la vista hacia George justo cuando la letra repetía «Georgy Girl».

Los ojos oscuros de George. Aunque no estaba cerca de él, lo supe. Venitas, pequeños relámpagos rojos, en el blanco de sus ojos. De los círculos oscuros, una luz brillante y acerada.

¡Hijos de puta!, gritó.

En menos que canta un gallo corría como un loco y saltaba la cerca.

Los tres tipos abrieron las puertas del coche y bajaron.

Es curioso lo fácil que es contar algo cuando ya ha pasado, pero mientras pasa es un hecho tras otro desfilando ante tus ojos.

El salto que di para bajar del camión me hizo volar por el aire. Creo que volé hasta la misma cerca. Salté por encima y subí a todo correr el arcén hundido que había al lado de la carretera.

La matrícula del Lincoln era de Idaho Falls. Los tipos también

parecían ser de Idaho Falls. Melenudos y barbudos. Con pantalones acampanados. Los tíos de Idaho Falls son raros.

Los tres trataban de alcanzar a George con los puños, pero él se defendía. Ninguno me vio venir. Ni siquiera George. Yo todavía llevaba puestos los guantes de cuero. Golpeé al primer tipo al que me acerqué en plena barbilla. Ni siquiera lo miré a la cara antes de golpearlo. El tipo cayó despatarrado en mitad de Tyhee Road.

Cuando los otros dos tipos se volvieron y me vieron, se acojonaron. No eran tres contra uno sino tres contra dos, y ahora que pienso en ello, debieron de percatarse. Esas semanas, la última en particular, ni George ni yo estábamos para gilipolleces.

En un abrir y cerrar de ojos ese Lincoln trucado quemaba los neumáticos por Tyhee Road.

Luego solo hubo un pequeño destello blanco del Lincoln en el horizonte.

George y yo nos quedamos solos en la acera, doblados en dos con las manos en las rodillas, mirándonos los zapatos, tratando de recobrar el aliento. Las peleas no son como las que se ven en la televisión.

El cielo empezaba a estar azul, no solo brillante. El sol ya estaba bajo, y empezaban la luz dorada y las largas sombras. George estaba a punto de decir algo pero se calló.

¿Eran los mismos tipos que te dieron la paliza?, pregunté.

George permanecía doblado, respirando con esfuerzo.

Gracias por ayudarme, dijo.

Luego: ¿Dónde has aprendido a pegar así?

Fue cuando ocurrió. Ese sonido extraño que salía de lo más profundo.

Mi pecho, mis hombros, todo mi cuerpo empezó a moverse de forma extraña mientras me salían de la boca extraños resoplidos y mierdas.

La risa es tan rara, tíos.

No tardé en estar de cuatro patas, dando palmadas en el asfalto. Misteriosa, profunda y rara es la forma en que surge la risa. Igual que el llanto. Se me saltan las lágrimas y no puedo hablar. Estaba arrodillado en medio de la carretera, con un ataque.

¿Qué pasa?, dijo George. ¿Qué coño tiene tanta gracia?

Un momento larguísimo durante el cual no salió ningún sonido.

Movía la boca, pero era inútil.

George se acercó a mí, me dio un toque en el hombro.

Georgy Girl, dijo. ¿Dónde coño está la gracia?

Yo seguía sin poder hablar. Solo ruidos raros. No puedes hacer nada con la risa, solo dejar que te recorra.

Es una película, dijo. Una buena película.

Yo quería decir: La he visto. Quería decir: Tienes razón, es buena. Quería decir: No me río por eso.

Pero no pude.

Lo que por fin dije, lo que por fin salió de mi boca después de aullar como un maldito perro rodando por el asfalto, lo que por fin, por fin, por fin dije:

Me alegro, dije.

Me alegro de que no estuviéramos follando.

Al ir a la ciudad en la camioneta tuve que sacar la cabeza por la ventanilla y respirar hondo varias veces. Ensayaba mentalmente lo que iba a decir a Billie. Empecé a decirlo en voz alta y luego a gritarlo. Un montón de jodidos, joder y jódete.

En el Snatch Out, Billie se subió a la camioneta, cerró la puerta de golpe como una auténtica chica de Idaho. Dentro de mí no había aire, solo un mundo de flatulencias.

Billie estaba casi aterradoramente *difrente*. Tenía la cara llena y redonda, y se había engordado mucho. Además, tenía cáncer del conducto lacrimal y los ojos rojos. Ya no llevaba el pelo cardado sino más largo de lo que nunca se lo había visto. Iba con mi camiseta negra, que le quedaba enorme, unos pantalones elásticos negros y sandalias de tacón bajo con tirillas. Las uñas de los pies y de las manos azul Medianoche en Helsinki. No llevaba pintalabios, ni sombra de ojos, ni rímel. Pendientes hippies que eran cuentas indias de turquesa.

Miércoles por la noche, la noche de San Francisco de Sales, Billie Cody y yo frente a la ventanilla del autorrestaurante Snatch Out, pidiendo una Coke Ironport de cereza con ración extra de hielo triturado, una
Coca-Cola
normal y una ración grande de patatas fritas. Cruzamos el

aparcamiento, que por suerte estaba bastante vacío, y salimos a Ashby. No dijimos gran cosa. Solo que las patatas fritas estaban buenas o algo por el estilo. Casi todo lo dijo ella. Yo me hacía el duro. Cuando cogí un puñado de patatas me aseguré de no llevarme el vasito de ketchup.

Mientras íbamos en la camioneta, el viento caliente entraba en la cabina agitando el pelo largo y suelto de Billie. Por la radio sonaban los grandes éxitos del momento. Mis manos eran puños en torno al volante. No miré alrededor, tenía la vista clavada al frente.

Aparcados junto a la tumba de Russell, fuera del parabrisas la luna era una medialuna y se alzaba sobre un olmo enorme. Por la radio sonaba «All You Need Is Love». Billie estaba sentada al otro lado de la cabina. Los dos mirábamos al frente.

En el instante en que me llegó el olor francés de Billie, recobré el aliento.

A mi lado estaba mi amiga, Billie. Mi amiga embarazada. Dentro de ella estaba creciendo una vida. No estaba casada y eso tenía que ser duro.

Aun así, fue ella la que tuvo que romper el silencio.

Cuando empezó a sonar «Ode to Billie Joe» por la radio, alargó la mano y la apagó. Dobló las piernas y se sentó como Buda. Su cigarrillo era un circo de tres pistas.

Tengo muchas cosas que decirte, Rig, dijo. Muchas. Necesito que me escuches, ¿de acuerdo?

Inhalé el humo por la nariz haciéndome el duro. Traté de poner la cara que pondría James Dean si su chica fuera por ahí acostándose con otros.

Billie cerró sus ojos irritados y dio una profunda calada, luego se recostó.

Te he llamado, dijo, para poder hablar contigo cara a cara. Te lo mereces.

Levantó la vista y miró por la ventanilla cuando habló. Siempre lo hacía cuando no sabía qué decir.

No me resulta fácil, dijo.

Pero es lo auténtico, dije yo.

Billie levantó de nuevo la vista y miró por la ventana.

Lo siento, Rig, dijo. Su mejor Simone Signoret hasta entonces.

En un instante, todos los jódete, todos los ensayos mentales

cesaron. Si movía la mano tocaría la rodilla de Billie.

Ella se deslizó por el asiento hasta apoyar la espalda contra la puerta. Tenía las piernas dobladas debajo de ella. Bebió ruidosamente un sorbo de su Coke Ironport de cereza con mucho hielo triturado y lo dejó en el suelo de la camioneta.

Me acosté con Chuck la noche de la boda de tu hermana, dijo.

El dolor agudo junto al corazón. Cerré el puño y golpeé el volante con él.

Joder, dije.

Por favor, escúchame, dijo.

Billie me había puesto las manos en el brazo. Yo quería apartarlo, pero no lo hice.

No sé por qué lo hice, dijo. Estaba borracha. Te deseaba a ti. Me cabreó que acompañaras a tu madre a casa. Podría poner toda clase de excusas, y haría cualquier cosa por dar marcha atrás y cambiar las cosas, pero no puedo.

Cosa del destino, dije yo.

Sabía que esas palabras le harían daño. Pero me alegré.

Billie levantó la vista y miró por la ventanilla. Silencio como solo lo hay en un cementerio. Silencio como solo lo hay cuando tienes una conversación así.

Luego: Esas semanas que trataste de ponerte en contacto conmigo, dijo, quedé tres veces con Chuck. Pasamos la mayor parte del tiempo dando vueltas en coche. Era mayor que yo y enrollado. Tenía un trabajo. Yo nunca había salido con un tío que trabajara. Me gustaba su coche.

La larga calada de Billie. Ese cigarrillo ya estaba caliente como una estufa.

Inhalé el humo por la nariz a la perfección.

Lo hicimos una segunda vez, dijo Billie. Porque la primera me dolió y me quedé con curiosidad.

Cerré el puño y golpeé el volante con él.

¡Joder!, dije.

¡Rig!, dijo Billie. Por favor, escúchame.

Todo lo que había era mi cigarrillo y yo fumando, fumando sin parar, y Billie hablaba pero yo no escuché una sola palabra. Cuando volví a conectar, ella decía:

Pero después de eso fue como si estuviéramos casados o algo así.

Él empezó a decirme lo que tenía que hacer. A decirme cómo tenía que vestirme. Que no debía fumar ni decir tacos.

Los ojos azules de Billie estaban ribeteados de rojo. Sus pequeñas manos temblaban.

Y, bueno, ya sabes, dijo Billie, no es muy listo. Chuck y yo no podemos hablar como lo hacemos tú y yo.

La maldita luna. El viento justo encima del viejo gran olmo.

Supe que estaba embarazada después de la segunda vez, dijo Billie. Vomitaba por las mañanas, se me hincharon los pechos, me dolían. Fue una putada. Quiero decir que todos los síntomas estaban allí.

Pero yo era como tu amigo indio, dijo. Fumaba y esperaba que el gran pájaro me dijera adonde debía ir.

Rig, dijo. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Los ojos de Billie, el azul claro dentro de todo el rojo. Parecían tan irritados. Levantó la vista y miró por la ventanilla.

Me he preguntado acerca del sexo, dijo. Por qué nunca quisiste ir más lejos. Pero lo entiendo. Al menos creo que lo entiendo.

La sensación en la parte superior de mis pulmones. De ningún modo iba a echarme a llorar.

El catolicismo, dijo Billie. Tu hermana, dijo. Siento que tengas una madre así, Rig.

El asunto de la respiración. Joder, estaba en un gran apuro.

Las manos de Billie no tardaron en estar en mi brazo.

Lo extraño, dijo, es que en realidad yo tampoco quería ir hasta el final contigo. Solo quería estar contigo, besándote y hablando y mirándote a los ojos. Me encanta cuando tus ojos se vuelven dorados.

Se deslizó de nuevo por el asiento. Yo levanté el brazo y ella enseguida estuvo contra mi pecho. Rodeándole los hombros con el brazo la atraje hacia mí. Su olor francés.

Esa noche en el Sunset Motel, dijo Billie. Joder.

Joder, dije yo.

El pecho de Billie empezó a agitarse, y de pronto lloraba con grandes sollozos y moqueaba por la nariz. Ese llanto cuando no podía llorar podía taponarle realmente los ojos.

Si pudiera cambiar algo, dijo, sería esa noche.

Sabía que la habitación de motel no estaba hecha para nosotros,

dijo.

La habitación cincuenta y ocho, dije.

Pero me diste tu camisa en el Blind Lemon, dijo. Un gesto tan generoso. No sé si te diste cuenta de lo «bien tratada» que me sentí. Durante todo este embarazo, con mi madre, mi padre, Chuck, ni una sola vez me he sentido bien tratada.

Se irguió, metió una mano en su bolso de cuero negro con cierre plateado y sacó un pañuelo de papel. Mientras soltaba todo lo que siguió, se sonó y le tembló la voz, luego se sonó y trató de recuperar el aliento. Todo el tiempo, los ojos cada vez más rojos, ni una sola lágrima.

Esa noche lo pasamos tan bien, dijo. Era tu cumpleaños, y por una vez el mundo parecía prometedor, dijo. Te quería tanto… Además, Cheryl y Karen me habían dado las llaves.

Eres el único con el que puedo hablar, Rig, dijo. Y ahí estaba yo, ocultándote algo. Se me estaba rompiendo el corazón.

Eso era todo lo que quería, dijo, estar más cerca de ti. No trataba de engañarte ni de hacerte creer que eras el padre, dijo. Eso es lo último que haría, Rig.

Tienes que creerme, dijo.

Oscuridad a nuestro alrededor. Los árboles del Mount Moriah, sombras más oscuras que el cielo. Billie y yo allí sentados, su cara contra mi pecho, mi brazo alrededor de sus hombros, el olor francés. La luna, la maldita luna, bajando a través de las ramas del olmo. El viento agitando las ramas, parpadeos de sombras y luna en la cara de Billie.

Luego, tan extraño, mi voz en medio del silencio.

Supongo, dije, que vas a abortar.

Billie sorbió por la nariz, se acurrucó más, trató de meterse dentro de mí.

Más silencio. Solo el viento y nuestra respiración.

No lo sé, Rig, dijo. No es tan fácil cuando te pasa a ti.

Más silencio.

¿Y Chuck?, dije. ¿Le quieres?

Billie levantó la vista y miró por la ventana.

Le odio, dijo. No le quiero, dijo. Pero hay algo entre nosotros, algo fuerte.

Lo que está creciendo dentro de mí, dijo.

Cuando Billie dijo «lo que está creciendo dentro de mí», pasó algo, no sé cómo explicarlo.

Nuestros cuerpos estaban más juntos que nunca. Nuestra respiración entraba y salía a la vez. El viento en ese preciso momento era una ráfaga, la respiración del Pájaro del Trueno. Y dentro de la ráfaga, Billie y yo, por un instante, fuimos la misma persona.

Fue entonces cuando caí en la cuenta. En ese instante de ser lo mismo comprendí algo que tenía mucho sentido.

Billie y yo no éramos lo mismo.

Sobre todo, ella no era «mía».

Aún mejor, yo no era de ella.

No tenía que volverme *difrente* para ser su amigo.

En ese momento me sentí muy solo, muy asustado, y al mismo tiempo libre.

Tal vez si el niño que llevaba en sus entrañas hubiera sido mío, yo no habría notado lo *difrentes* que éramos. El niño nos habría hecho aún más iguales.

Pero el niño crece y se convierte en un ser totalmente nuevo.

Tal vez eso era lo que había querido decir George.

Si yo nunca había sido alguien siquiera, ¿cómo iba a hacer algo por mí mismo?

De nuevo en el Snatch Out, Billie levantó la vista y miró por la ventanilla. Esperando a Godot. Era el momento en que el chico y la chica se besan.

Estábamos cogidos de la mano. Yo no quería soltársela.

Amigos, dijo Billie. Siempre. Lo prometo.

En Pole Line Road, el zumbido de una sirena y las luces rojas y blancas de un coche de policía lanzando destellos.

Amigos, dije yo. Lo prometo.

Todo igual, todo *difrente*.

Billie cerró con fuerza la puerta de la camioneta, luego metió la cabeza por la ventanilla.

¿Qué vas a hacer el sábado por la noche?, preguntó.

No tengo planes, dije.

¿Te gustaría ir conmigo a la fiesta de toda la noche del

instituto?, preguntó.

Destellos rojos y blancos sobre el mundo, faros, oscuridad.

¿Y Chuck?, dije.

La gran sonrisa de Billie por toda su cara.

Solo porque he echado un polvo con él, dijo, no significa que salga con él.

De lo más profundo de mi barriga, un ruido extraño por mi boca. Billie Cody sabía hacerme reír.

Sí, dije, pero ¿no se cabreará?

Le importa un bledo, dijo Billie. Además, ha quedado con tu cuñado y Joe Scardino.

En ese momento un remolino de polvo levantó servilletas y bolsas de papel de la grava del aparcamiento.

Las luces del coche de policía lanzaban destellos rojos, blancos, rojos, blancos, rojos, blancos.

Me encantaría ir, dije.

Quiso el destino que el viernes, poco antes del mediodía, George bajara del camión el último fardo de heno. Yo lo cogí y lo puse con el resto. Ni George ni yo saltamos de alegría, ni gritamos joder, ni dimos volteretas como cuando terminamos de enfardar el heno. Supongo que porque los dos estábamos cansados. Al menos eso es lo que pensé.

El cielo estaba encapotado, gris brillante, y soplaba un viento caliente del sudeste, no del nordeste, de donde suele soplar.

Parece que va a llover, dijo George.

Eso es lo que hace la gente en Idaho, habla del tiempo en lugar de decir lo que quiere decir.

Nos dedicamos a rascar con los pies la tierra y las hojas de la plataforma del camión y a tirarlas al comedero. Arranqué del panel delantero las hojas aplastadas que se habían amontonado en los bordes. Dentro de la cabina, George recogió los envoltorios de caramelo, los paquetes de cigarrillos vacíos y los envases de Coca-Cola.

Reconozcámoslo, los dos intentábamos encontrar algo que hacer.

El fin de algo y el comienzo de otra cosa.

Una vez terminada la limpieza y con todo el heno recogido, ya

no trabajaríamos más codo con codo, después de haber pasado tanto tiempo juntos no volveríamos a vernos si no era al cruzarnos tal vez en coche por Tyhee Road, Philbin Road o Quinn Road.

De modo que ahí estábamos, George y yo, detrás del camión. Dos hombres cara a cara, sin mirarnos a los ojos. Los dos tratando de encontrar algo que hacer con los brazos y las manos. Sabíamos que se había acabado, pero ninguno de los dos dijo nada.

Él se quitó el sombrero, se golpeó con él el muslo, se subió de un salto a la parte trasera del camión. Se sentó con las piernas colgando. Levantó la vista al cielo y dejó escapar un gran suspiro.

¿Un cigarrillo?, dijo.

Me tendió una mano. La mano fuerte de George frente a mi cara para que la cogiera. Estuve a punto de no hacerlo, casi la ignoré. Pero, antes de que me diera cuenta, George me había rodeado el antebrazo con una mano, yo hice lo mismo, y tiró de mí.

Mientras subía me pareció que iba a tocar el cielo.

Risas dentro de los dos. Nuestros brazos se habían tocado y nuestros cuerpos tenían que reírse. Yo seguía sintiendo el contacto de George por todo el brazo cuando me senté. Me senté a la distancia de una pierna.

Me llevé la mano al bolsillo de la camiseta y di unas palmaditas.

Hoy no llevo, dije.

Podemos fumar del mío, dijo George.

Sacó un Camel del paquete, solo uno, y lo encendió. Dos inhalaciones perfectas por la nariz.

Me lo pasó. Nuestros dedos no se tocaron.

El filtro húmedo eran los labios de George.

Qué, dije, ¿ya has ahorrado lo suficiente para comprar la nevera a la abuela?

Fui a Sears el domingo, dijo George. Le compré una preciosa.

Le devolví el cigarrillo. Nuestros dedos no se tocaron.

Nos quedamos allí sentados, con las piernas colgando. Las vacas empezaron a amontonarse en el comedero.

Yo iba a decir algo sobre lo bobas que eran las vacas o algo parecido, algo sobre el tiempo, alguna mierda típica de Idaho.

Entonces George dijo: Tú y yo, dijo, hemos tenido nuestros altibajos, dijo. Quiero que sepas que te deseo todo lo mejor.

Un rápido relámpago en mis venas, en el pecho una fuerte

ráfaga de viento.

Amé tanto a Dios en ese momento.

Cuando fui a hablar, no pude. No había palabras dentro de mí. Luego, de repente, pasó algo, mis labios empezaron a moverse. No sabía qué iba a decir.

No he vuelto a ver a Flaco ni a Acho, dije. Nunca más.

Di una calada al cigarrillo, ni siquiera intenté inhalar el humo por la nariz, se lo pasé de nuevo a George.

Las barras doradas en los ojos oscuros de George. Jesús en sus ojos.

Luego George levantó la vista y miró a lo lejos, de la misma manera que Billie había levantado la vista y mirado por la ventanilla. Cuando cuesta decir algo.

Probablemente es mejor así, dijo George.

La respiración. El vacío lo era todo.

Dos tíos sentados en la parte trasera de un camión. El camión aparcado entre un montón de heno y un comedero. Alrededor de ellos el cielo gris oscuro. Un puñado de putas vacas Hereford mirándonos.

Yo no sabía qué hacer. Supuse que era mejor acabar de una vez, de modo que respiré hondo, sonreí y le tendí la mano.

Bueno, adiós entonces, dije.

Luego: Espero que llegue lo que esperas.

Cuando George puso la palma de su mano en la mía estaba preparado para darle un fuerte y largo apretón, pero no la retiró, dejando que yo la sostuviera. Grande, áspera, callosa. Mi palma tan blanca, con el dorso bronceado, largo y delgado.

La voz de George sonó suave, como ese primer día en el patio cuando habló.

Llegará, dijo. Sea lo que sea.

Cuando me disponía a apartar la mano, George me la apretó. Tiró de ella y, así sin más, nos quedamos pecho contra pecho, mi cara en su cuello. La parte roja del tomate que se pliega sobre sí misma donde arranca el tallo verde.

Nuestros sombreros de cowboy se tocaron. El mío se me cayó limpiamente de la cabeza.

Gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta.

George movió los labios despacio contra mi oreja. Los shoshones

no tienen una palabra para decir adiós, dijo. Nos limitamos a decir: Que te vaya bonito o Que sigas rodando como una rodadora del desierto.

Y tan deprisa como me había atraído hacia él, me apartó y me soltó.

Bajó de un salto del camión.

Me dio mi sombrero. Nuestros dedos no se tocaron.

Dile a tu viejo que pasaré esta noche para recoger el resto de la paga, dijo.

Volveré a casa andando, dijo.

Dio una última calada, inhaló el humo por la nariz de forma perversa y aplastó el cigarrillo con los dedos en la plataforma del camión.

Estaba a la altura de los comederos, casi al final de los corrales de engorde.

¡George!, grité.

Él se detuvo en seco. Se volvió rápidamente.

Aun a esa distancia alcancé a ver sus ojos oscuros.

¿Sí?

No dije: No te vayas. No dije: Vuelve. No dije: Por favor, quédate.

Como siempre, no tenía ni idea de qué iba a decir.

Luego: ¿Puedo gorronearte otro cigarrillo?, dije.

George regresó a grandes zancadas pasando por delante de los comederos. Detrás de él el cielo pasaba de gris a blanco puro y a carbón por el este. Las vacas se apartaron al verlo. A unos tres metros del camión se detuvo, sacó del bolsillo el paquete de cigarrillos y lo lanzó por el aire describiendo un arco. Los Camel aterrizaron justo en mis manos.

Quédatelo, dijo. Tengo más en casa.

Luego se volvió.

Tenía una forma peculiar de caminar. Con zancadas largas y desgarbadas, moviendo caderas y hombros a un ritmo sincopado, como si montara lánguidamente a caballo.

Al final del henal, en el preciso momento en que él torcía.

¡Que te vaya bonito!, grité.

¡Que sigas rodando como una rodadora del desierto!, grité.

Así de rápido George desapareció.

Yo estaba en la parte trasera del camión, con los brazos alrededor de la cintura. La parte del brazo por donde George me había agarrado.

Yo y las vacas.

Y Tramp, con su lengua rosa colgando, un trozo húmedo de mortadela.

Tramp, dije, parece que nos hemos quedado solos.

Tramp puso esa cara. Empezó a agitar la pata, a agitarla en el aire.

Me incliné y cogí el cigarrillo que George había aplastado. Me llevé la colilla a los labios.

Después de cenar fui a cambiar el agua de las vacas. Cuando subí a la camioneta para volver a casa, las nubes grises del oeste seguían estando naranjas y rosas. Antes de entrar en el patio era de noche.

Las luces encendidas dentro de casa, el televisor, el rosario, mi cama, mis sábanas calientes… no me vi con fuerzas de enfrentarme a ello. Eché a andar.

En la poza, el agua blanca caía sobre la afloración de roca volcánica. El aire estaba caliente. La luna sobre el agua plateada, el frescor del agua, la música. Pero no me desnudé. Fui a la tabla atornillada y salté a la roca volcánica oscura y lisa, mis zapatillas de tenis Converse negras como ventosas. Con las manos y los pies logré trepar la roca oscura, mojada y cubierta de musgo. Arriba, aun a través de las zapatillas notaba el calor de la tierra plana y polvorienta.

Me apoyé contra la cerca de alambre de espino, la cerca que separaba el condado de Bannock amarillo de la reserva roja. Los chopos lombardos de la abuela estaban más oscuros esa noche. El viento en las copas de los árboles, un balanceo y un remolino. En la ventana de la cocina de la abuela, la lámpara de queroseno. Un pequeño cuadrado de luz brillante en medio de la oscuridad. Los antepasados de la abuela estaban ahí fuera en un árbol especial, contemplando como yo esa luz. La pequeña llama de la lámpara brillaba intensamente.

Una ráfaga de viento me hizo pensar en el Pájaro del Trueno, en Dios y en los espíritus, y en lo que nos pasa cuando nos morimos.

Me pregunté si tienes que ser indio para rondar un árbol cuando estás muerto.

Eso sería lo mejor.

Ser un árbol, o habitar en un árbol, era una bonita idea del cielo.

Entorné los ojos para ver si la lámpara de queroseno quemaba la cortina. Sin hacer ruido, escuché atento como un coyote o un lobo. Ranas y grillos, el viento, un tren lejano. No había rastro de fuego.

Ni de George.

George probablemente había salido. Mamá le había dado su último talón, de modo que seguro que George estaba en la ciudad con su vestido amarillo y sus zapatos rojos de tacón, pasándolo en grande.

Fue entonces cuando lo noté. Me volví despacio.

El viento en el cedro, un sonido dulce y a la vez triste.

El cedro achaparrado junto a la poza, todos esos años, el árbol donde vivían los antepasados shoshones de la abuela.

El árbol sagrado de la abuela.

Me senté allí mismo en el suelo polvoriento y tal vez por primera vez miré el árbol detenidamente largo rato.

El olor a cuerpo sudoroso que desprendía. El tronco salía del suelo con unos treinta centímetros de grosor. Las ramas no empezaban hasta donde me llegaba la cabeza sentado. Tenía tres o cuatro metros de altura, menos de ancho. Frondoso, verde y tupido. Compacto como cuando dibujas un árbol de niño, salvo por una rama que sobresalía en solitario.

A la altura de los ojos, a la distancia de un brazo extendido, era la más baja de las ramas del cedro.

Me pregunté entonces si en todos esos años había tocado alguna vez el árbol.

Alargué una mano para tocar la rama inferior. Tenía los dedos alargados, listos para agarrarla, cuando de pronto recordé lo que había dicho George. Había ciertas cosas que al hombre blanco no le corresponde saber.

Cosas sagradas.

Esa noche, en mis sueños, el árbol de los antepasados de la abuela se convirtió en un submarino amarillo lleno de indios que reían, bailaban y cantaban.

CUARTA PARTE

NEBLINA PÚRPURA

11

La gran evasión

Cuando el blanco y negro pasa a color. He estado toda mi vida buscando ese momento. Cuando una gran ráfaga de viento de Idaho se convierte en el Pájaro del Trueno y todo lo corriente se desmorona. En un instante estás en la mirada de otro, y, por cualquier motivo, el universo, el destino o pura suerte, de pronto todo se vuelve totalmente nítido, es magia, un alma toca a otra y existe el amor.

Esa primera mañana radiante con Flaco y Acho, cuando di la mano a Flaco y él, en lugar de estrechármela, la sostuvo en la suya. Me protegí los ojos del sol con la mano y cuando me atreví a dirigirle una mirada fugaz en sus ojos estaba Jesús.

Luego Billie, cuánto nos reímos, esperando a Godot, el maldito encendedor, mi cuerpo un bloque de queso cheddar extrafuerte de veinte kilos. «¿Si me gustas? Creo que te quiero.» Cómo nuestros besos podían volverse un sueño.

Y George. Mamá y yo dentro del Buick y el Buick dando vueltas sin control, y ahí fuera en el campo al atardecer, un hombre desnudo con las manos abiertas para recibir una gota de lluvia.

Tantos momentos he estado cerca del fuego.

Pero siempre he retrocedido. No me he atrevido a ir más allá del punto de apoyo. George dice que tienes que esperar, confiar, basta que te toca el espíritu.

Lo que acabo de descubrir es que si no estás allí, preparado para recibir el espíritu, listo para lanzarte, para dar el salto y volar, estás perdido.

También tienes que subir un escalón, pero no solo un escalón, sino también el siguiente, y el siguiente.

Puede que el espíritu acuda a ti, puede que no.

Sea como sea, tienes que dar el paso tú.

Y, a pesar de las dificultades, haz algo completamente solo.

Poco imaginaba que la fiesta de toda la noche del instituto iba a brindarme la oportunidad de dar el primer paso.

No tenía ni idea de lo que se avecinaba. Ese sábado por la noche el único problema que me planteé fue cómo salir de casa.

Supuse que lo mejor era mentir y decir que iba a algún baile. Pero ¿en mitad del verano? Todo el mundo estaba al corriente de la fiesta de toda la noche del instituto. Hasta mamá. Hacía dos años no había dejado ir a mi hermana.

Pero, como siempre, las cosas resultaron ser peores de lo que parecían.

Había mucho más de lo que preocuparse que de la parte de «toda la noche» de la fiesta del instituto.

El universo siempre ha conspirado para joderme.

No era de extrañar que se avecinara una tormenta.

Luego pasó algo en un instante. Lo que menos te esperas.

Estaba sentado en la camioneta fumando uno de los Camel de George, tratando de discurrir cómo burlar a mamá, salir por la puerta y subir a la camioneta, con traje, cuando pusieron una canción por la radio. Una canción nueva. Subí el volumen.

«Purple Haze» de Jimi Hendrix. En cuanto oí los primeros compases de esa canción, es curioso cómo sabes que algo es totalmente nuevo y *difrente* antes de que nadie te lo diga. Y en ese preciso momento en que escuchaba «Purple Haze», neblina púrpura, el cielo por encima de mi cabeza también era de color púrpura.

«Purple Haze» no daba la impresión de ser una canción nueva, o una canción siquiera. «Purple Haze» era como una nueva parte de mi alma.

No había ninguna duda. Iba a ocurrir algo en el mundo. Algo

nuevo, pero yo aún no sabía qué.

Todo lo que sabía estaba relacionado con ponerme mi traje, escabullirme de la casa, subir a la camioneta y salir del patio.

«'Scuse me while I kiss the sky» salía de mi boca cuando abrí la puerta de la cocina.

Mamá estaba con sus tejanos y su blusón rosa de rebajas, de espaldas a mí, con el cabello cayéndole sobre la cara. Galletas de avena, de manteca de cacahuete o de chocolate, o bizcocho de huevos, harina y azúcar, ahí estaba inclinada sobre un bol, batiendo algo.

Cerré la puerta. Dije: Hola, mamá. Luego bajé las escaleras hasta mi habitación. El traje marrón brillante que me había comprado mamá para la boda de mi hermana tendría que servir. Lo descolgué de la percha y lo extendí sobre la cama. Tenía una arruga en las perneras por donde habían colgado de la percha, pero por lo demás daba el pego. Tenía una corbata nueva, delgada y roja, que iba a llevar con una camisa blanca de vestir. La camisa estaba sin planchar. Los zapatos eran negros, gastados de llevarlos todos los domingos durante un año. Nada sofisticado.

Me puse los pantalones del traje marrón, me abroché el botón, me subí la cremallera. Debía de haber crecido desde abril, porque me apretaba un poco en la cintura y las vueltas me llegaban justo por debajo de los tobillos. Supuse que si llevaba calcetines oscuros nadie lo notaría. Luego la americana. Me sobresalían totalmente las muñecas.

Extendí el *Idaho Catholic Register* por el suelo —la página donde enumeraban las películas condenadas— y puse los zapatos encima, y abrí la lata de betún negro Kiwi. Entreabrí la puerta para vigilar a mamá mientras extendía el betún negro sobre los zapatos. Tenía que sacar de algún modo la plancha y la tabla de planchar del cuarto de los escobones y bajarlos a mi cuarto sin que ella me viera.

Estaba escupiendo en la punta del segundo zapato y leyendo sobre las películas condenadas, *Lolita, Los amores de una rubia*, cuando levanté la vista y vi a mamá meter la bandeja de las galletas en el horno. Cerró la puerta, puso el reloj y salió al jardín.

Por la ventana de la puerta de la cocina observé cómo mamá se

ponía los guantes. Cogió la azada de mango corto y abrió la puerta mosquitera empujándola, y esta se cerró de un portazo.

Del armario de los escobones cogí la plancha y la tabla, y la tela para planchar encima. Era extraño estar en ropa interior en la cocina. Me empalmé inmediatamente. Mierda.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Era Billie, parecía asustada y hablaba en susurros.

Rig, susurró. Menos mal que eres tú. Siempre que llamaba contestaba tu madre y tenía que colgar. Mira, no pases a recogerme. Papá está muy raro. Mejor quedamos directamente en el Snatch Out, a las siete y media.

En el Snatch Out, susurré yo también. A las siete y media.

Tres pasos gigantes por las baldosas azules y blancas de la cocina, y atisbé por la puerta de la cocina y miré por la ventana. Mamá no estaba. Tres saltos escaleras abajo y volvía a estar en mi cuarto.

Cuando creces con una hermana aprendes a hacer cosas como coser, planchar, cocinar y lavar los platos. Planché los pantalones, solo la arruga en mitad de las perneras, y luego me puse con la camisa.

Tuve que hacer otra incursión al piso de arriba para coger el spray de almidón de debajo del fregadero. Seguía empalmado, pero no hice caso. En la cocina, el olor a galletas de avena. El bol verde estaba lleno por la mitad de masa de galleta. Con una mano cogí una cantidad considerable de masa mientras metía la otra debajo del fregadero.

En ese preciso momento sonó el reloj del horno.

Luego la puerta mosquitera se cerró de un portazo.

Yo tenía en la mano tanta masa de galleta que apenas pude metérmela en la boca. Mamá se quitaba los guantes. Miré rápidamente el bol verde. Mierda. Se veía perfectamente por dónde había metido la mano. A mamá le iba a dar un ataque. Por un momento pensé en escupir la masa de galleta y tratar de juntarla con el resto. Pero no había tiempo. Además, saltaba a la vista que estaba empalmado. Me agaché, bajé corriendo las escaleras y cerré la puerta de mi cuarto. La cerré al mismo tiempo que se abría la de la cocina. Justo a tiempo.

Me apoyé contra la puerta de mi cuarto, engullendo la masa de

galletas de avena lo más deprisa que pude. Oí a mamá sacar del horno la bandeja de galletas y dejarla sobre los fogones.

Esperé conteniendo la respiración.

Solo el ruido del vapor que salía de la plancha.

Al cabo de un par de minutos decidí que había pasado el peligro. Por alguna razón mamá no había notado la masa de galleta que faltaba. Tres pasos gigantes y silenciosos por la habitación y me coloqué detrás de la tabla. Agarré el asa de la plancha de vapor caliente, la levanté.

Acababa de poner la plancha en la punta del cuello cuando se oyó un gran estrépito en la cocina, seguido de los pasos de mamá por las escaleras.

No llamó a la puerta; nunca lo hacía. Se detuvo ante mi puerta y la abrió. Ahí estaba ella, la señora Klusener, mi madre, con el pelo aún sin arreglar para papá, la cara sin maquillar, solo los cabos de las cejas por encima de las comisuras internas de los ojos. Las grandes gafas grises de plástico. El blusón rosa de rebajas, los tejanos, las Keds blancas. Las manos en las caderas. No era buena señal.

¿A qué ha venido eso?, dijo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te comas la masa de galleta cruda? Me mato a trabajar para que tengamos cosas ricas en casa, y tú vas y te la zampas toda. Lo único que hago aquí es trabajar, ¿y para qué?

Yo, yo, yo, dijo. En lo único que piensas es en ti.

Levanté la plancha y apunté a mi madre con la base.

El vapor borboteó. Se elevaron bocanadas de vaho.

Mamá miró hacia mi cama, donde estaba mi reluciente traje marrón extendido. La corbata roja. El cinturón negro. Encima del *Idaho Catholic Register* estaban mis zapatos negros limpios. Y ahí estaba yo, en ropa interior, planchando la camisa blanca.

¿Qué estás haciendo?, dijo. ¿Adónde piensas ir con traje?

Se acercó a mí y a la tabla de planchar, pero a mitad de camino se detuvo.

Ponte tu maldita ropa, dijo.

Luego señaló mi camisa y chasqueó los dedos.

No lo estás haciendo bien, dijo. Deja que lo haga yo.

Si le daba la plancha perdería la batalla. Puse la plancha sobre el cuello y apreté.

No te preocupes, dije. Tú estás haciendo galletas, dije. Ya puedo hacerlo yo.

Lo que queda de la masa está en el horno, dijo. Las cinco galletas, dijo mamá.

Santo cielo, dijo. ¿Por qué no te has comido todo el bol?

Es pecado robar, dijo. El octavo mandamiento, dijo. No robarás. Es un pecado mortal.

La arruga de la frente de mamá iba del nacimiento del pelo a la parte superior de la nariz. Tomó una profunda bocanada de aire y, mientras exhalaba, miró la plancha y la tabla como por primera vez.

¿Adónde crees que vas, jovencito?, dijo.

Jovencito. Eso no auguraba nada bueno.

Yo no la miraba, solo levantaba de vez en cuando la vista. Fingí estar absorto en planchar la camisa blanca. La costura del hombro, el botón superior, el segundo botón. Mamá se acercó un par de pasos más. Me ardía el pecho desnudo. Cuando ella llegó a la tabla, la tocó. Ese lugar le correspondía a ella, no a mí.

Los ojos almendrados y castaños de mamá. Vistos tan de cerca no eran verdes ni dorados. Eran grises.

Te he preguntado, dijo mamá, adonde piensas ir con traje.

Las grandes gafas de plástico se le habían deslizado por la nariz, y a cada lado de esta tenía una llaga ovalada y roja que le habían dejado las almohadillas. Sin apartar los ojos de mí se puso bien las gafas con el índice.

Empezaron a escocerme los ojos, pero no iba a ser yo quien parpadeara antes.

Voy a una fiesta, dije.

¿Con traje?, dijo mamá. ¿Qué fiesta?

Una fiesta, dije.

Mientras mamá y yo nos mirábamos compitiendo a ver quién apartaba antes la vista, ella tuvo las manos bajadas todo el tiempo tratando de arrebatarme la plancha. Yo no paraba de moverla de un lado para otro para que no la cogiera.

¿Con traje?, repitió. ¿En pleno verano?

Yo bajé la mirada. La plancha estaba entre el segundo y el tercer botón.

Luego: No vas a ir con esa tal Billie Cody, ¿verdad?

Dejé la plancha, me erguí y apoyé los puños en la tabla. Mamá también apoyó los puños. Yo a un lado de la tabla, ella al otro. El vapor que expulsaba la plancha entre ambos.

Cara a cara, frente a frente con mamá en esa actitud, estábamos en tablas. El foco de detrás de los ojos de mamá me había inmovilizado, el ciervo en sus faros.

Por un momento todo se detuvo.

Fue entonces cuando parte de mí recorrió con la mirada la habitación. Las paredes verde aceituna, los paneles, la colcha verde aceituna a juego, la lámpara. No podía creerlo. Podría haber estado en una habitación del Holiday Inn. En esa habitación no había nada que fuera realmente mío.

Una profunda bocanada de aire.

Mamá, dije, voy a ir con Billie Cody. A la fiesta de toda la noche que organiza el instituto.

La expresión en la cara de mi madre. No creo que hubiera visto nunca esa expresión tan de cerca. Las cientos de arrugas diminutas alrededor de su boca se multiplicaron por mil. El gesto de la mandíbula. Los músculos tensos a lo largo de la mandíbula, los dientes apretados.

Cuando habló lo hizo con una voz grave y áspera que parecía procedente del infierno.

Por el amor de Dios, Rigby John, dijo. Esa chica está embarazada.

Dijo «embarazada» como quien dice «mierda», «pedo», «joder», «coño» o «maricón».

¿Quién te lo ha dicho?, dije.

Esa chica, dijo mamá, es una cualquiera. Tiene un hijo ilegítimo en su vientre y un pecado mortal en su alma. Y ahora la zorra quiere exhibirse por las fiestas de toda la noche.

Hinchó el pecho. Levantó su poderosa barbilla.

Bueno, pues no va a hacerlo con mi hijo, dijo.

Mi respiración. Dios, ¿dónde estaba?

Yo no soy el padre, dije.

Mi voz sonó aguda.

Ya puedes estar seguro, dijo mamá.

Respira, respira, respira.

Pero Billie necesita un amigo, dije.

¡Un amigo!, dijo mamá. ¿Cómo puedes ser tan estúpido? Esa chica es una cualquiera.

Algo ardía. Bajé la vista. La plancha había dejado un agujero oscuro en el cuello de la camisa.

¡Mira lo que has hecho!, dijo mamá. ¡La camisa nueva de los domingos!

Lo que pasó a continuación no lo vi venir.

La mano abierta de mamá me cruzó la cara con fuerza.

Pelele, dijo. No vas a ir a ninguna parte.

Mamá sabía pegar muy fuerte. Retrocedí un par de pasos, viendo las estrellas. Pero debo de confesar que fue una sensación placentera que me pegara de ese modo. Después de una fuerte bofetada desperté. Algo en mí reaccionó y las cosas cambiaron por completo.

Mamá empujó la tabla de planchar, la volcó. Yo cogí rápidamente la plancha. Luego mamá arrastró la tabla hasta la puerta e hizo algo realmente asombroso; la cogió como si fuera una lanza o una jabalina y con un gruñido que provenía de lo más profundo de su ser, la arrojó a través de la puerta. La tabla de planchar traspasó volando las escaleras y chocó con estrépito contra el suelo de la cocina.

Mamá tenía el pelo revuelto y las gafas torcidas, y gritaba. No una palabra cualquiera o algo que pudieras entender, sino sonidos raros, como si un perro o un gato hubieran sido atropellados por un camión.

Recuerdo haber pensado: Esta mujer está loca de atar.

Cuando calló, estaba de pie en el umbral, con las manos y los pies a cada lado de las jambas.

Y yo. Yo estaba de pie en mi habitación en calzoncillos y con una plancha caliente en la mano. Mi camisa blanca, con el cuello quemado, estaba a mis pies.

Así sin más, mamá se acercó a la pared y tiró del cable de la plancha.

La desenchufó.

No vas a salir de esta casa esta noche, dijo.

Dicho eso, cogió la plancha. Estaba muy caliente, pero aun así la cogió por la base y me la arrebató.

Los ojos almendrados y castaños de mi madre se habían vuelto

totalmente grises. No había ni rastro de verde o dorado. Su pelo también estaba gris. No era castaño sino gris.

En el piso de arriba empezó a sonar el reloj del horno.

Volveré con el rosario, dijo mamá. Vamos a arrodillarnos aquí mismo los dos a rezar el rosario. Si no por tu alma, por el buen nombre de tu familia.

Ring, ring, ring, en el piso de arriba.

Mamá dio un par de pasos. Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió.

Ponte los malditos pantalones, dijo. Y arrodíllate y haz examen de conciencia. Tenemos que rezar un rosario.

Salió por la puerta. El reloj del horno era todo lo que yo oía. Además me pitaban los oídos. No tuve tiempo de pararme a pensar o a respirar siquiera. Ella volvería con el rosario sin perder tiempo.

Por nada del mundo iba a rezar el rosario.

Al instante tenía la camisa puesta y abrochada. Me puse los calcetines oscuros, un pie y luego otro. Me puse los pantalones del traje marrón brillante, me remetí la camisa. Me los abroché y subí la cremallera. El reloj del horno dejó de sonar mientras me ponía la americana del traje. La puerta del horno se cerró cuando tenía el cinturón en las manos. Me colgué la corbata roja al cuello. La bandeja de las galletas estaba encima de los fogones cuando me guardé la cartera en el bolsillo. Me puse los zapatos, me agaché y me los até, uno después del otro.

Subí los escalones de dos en dos. Mamá estaba en el armario de los escobones santiguándose. Cuando levantó la vista hacia mí, fue como si hubiera visto al mismísimo diablo.

¡Irás al infierno!, gritó. ¡Irás al infierno!

Era como un gran gato sobre mi espalda, arañando y gritando. Sus dientes en mi cuero cabelludo, en mi pelo, tratando de morder.

Es fácil contar algo cuando ya ha pasado, pero mientras pasa es un hecho tras otro desfilando ante tus ojos.

Mamá estaba haciéndome mucho daño en los lados de la cabeza. Yo no sabía qué hacer, de modo que agaché la cabeza y entré corriendo en su habitación, y fui derecho a la cama. Al llegar a ella me detuve en seco y me doblé por la cintura, y mamá pasó volando por encima de mi espalda y cayó despatarrada sobre la cama… la cama pulcra y perfectamente hecha. Rebotó en ella y salió

despedida por el otro lado, estrellándose contra el suelo.

Se levantó en un santiamén.

A juzgar por su expresión no había duda: era una lucha a muerte.

Luego yo corría. Crucé corriendo la cocina, las baldosas azules y las baldosas blancas, pasando por delante de la mesa de comedor, con las sillas de cromo con el respaldo de plástico amarillo, por delante del fregadero, el horno, las cinco galletas de avena. Qué coño, pensé, puestos a ir al infierno por qué no hacerlo comiendo galletas. Las cogí y abrí la puerta de la cocina, bajé corriendo los cuatro escalones, entré en el garaje, abrí la puerta del garaje por dentro, me subí a la camioneta, tiré las galletas de avena en el asiento del copiloto, arranqué el motor y metí la marcha atrás. Acababa de volver la cabeza, preparado para salir del garaje dando marcha atrás cuando, de pronto, ahí estaba mamá, sus gritos, bajando la puerta del garaje.

El golpe de la puerta del garaje fue un profundo golpe en mi corazón. Donde había habido luz de pronto reinaba la oscuridad.

Era inútil. Estaba atrapado. Nunca me libraría de ella.

El dolor agudo junto a mi corazón. Sé que os sonará raro, pero tenía la mente totalmente en blanco. Apagué el motor, bajé de la camioneta, subí de nuevo las escaleras hasta la cocina, bajé a mi cuarto. Me senté en la colcha verde aceituna, me incliné, me miré los zapatos negros brillantes sobre la alfombra marrón con flores.

En un santiamén mamá estaba en mi puerta.

Gritaba. El mundo era gritos. Me pitaban los oídos. Miles de urracas gritonas se habían amontonado en el techo de mi cuarto y bajaban en picado sobre mi cabeza.

Irás al infierno, irás al infierno, irás al infierno, irás al infierno.

Gritos y más gritos.

¡Harás lo que yo te diga! ¡No vas a salir de esta casa! ¡Quítate el traje! ¡Debería darte vergüenza! ¡Espera a que tu padre vuelva a casa! ¡Irás al infierno, irás al infierno, irás al infierno, irás al infierno!

No tenía escapatoria.

Luego algo salido de la nada.

Una ráfaga de viento, un halcón, algún pájaro grande volando bajo, en un instante, algo se desplomó. Me miré las manos. Las

sostuve ante mis ojos y las miré.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo era posible que volviera a estar en mi cuarto, con mi madre en la puerta, la barricada humana, una loca que se interponía entre mí y el resto del mundo?

La sensación en los brazos que significa impotencia. Me tapé los oídos con las manos.

Jesús amaba a María Magdalena. Jesús habría ido a la fiesta del instituto con María Magdalena.

Con esas palabras me levanté. Me acerqué a mi madre. No sabía qué iba a hacer.

Esos pasos, cuatro o cinco, hacia ella, los zapatos negros sobre la alfombra marrón con flores, cada vez más cerca. Cuanto más me acercaba más quieta estaba mi madre. Era un bloque de queso, era cemento, era plomo. Estaba a solo unos centímetros de ella y aún no lo sabía.

Le rodeé la cintura con las manos y la levanté del suelo. Así sin más, como si mi madre fuera un fardo de heno, la aparté de la puerta. Ella era todo garras, gritos y arañazos, tratando de agarrarme, pero yo la aparté con la mano. Luego eché a correr de nuevo.

Subí las escaleras, salí por la puerta de la cocina, bajé los cuatro escalones que conducían al garaje, abrí la puerta del garaje por dentro, subí a la camioneta, puse en marcha el motor y metí la marcha atrás.

Volvía la cabeza para salir dando marcha atrás cuando la vi con el rabillo del ojo, algo oscuro como salido de la nada, ahí fuera, cerrando la puerta del garaje.

El golpe de la puerta del garaje. La oscuridad donde había habido luz. Mi impulso fue decir a la mierda, pisar a fondo el acelerador y cruzar la puerta del garaje a la fuerza.

Mi madre siempre estaría allí escondida cuando menos me lo esperara.

Apagué el motor de la camioneta, bajé y subí ruidosamente los escalones de la cocina, pero los bajé de nuevo de un salto, aterricé con suavidad en el suelo, volví a entrar corriendo en el garaje y me escondí detrás de la puerta.

A través del cristal de la puerta vi el pelo gris de mamá pasar y subir los escalones de la cocina. Cuando iba por el cuarto escalón

salí de detrás de la puerta del garaje. Mamá empezaba a bajar las escaleras que conducían a mi cuarto cuando yo subí de puntillas los cuatro escalones de la cocina, metí la mano por la puerta, puse el seguro del pomo y la cerré sin hacer ruido.

La puerta del garaje al abrirse hizo el ruido de trueno y relámpago juntos. Corrí hasta la camioneta, arranqué el motor, metí la marcha atrás, volví la cabeza para salir dando marcha atrás. No había ninguna madre loca. Medio esperaba oír el estrépito de la puerta del garaje al bajar, pero no se oyó. No hubo oscuridad, solo luz.

Al salir al camino levanté grava con los neumáticos. Retrocedí hasta un lugar donde fuera posible maniobrar para hacer un cambio de sentido. Pisé el freno, metí la primera, pisé el acelerador.

Mamá salió por la puerta mosquitera con una escoba.

Irás al infierno, irás al infierno, irás al infierno.

La grava volando y la camioneta coleando. Mamá se acercaba corriendo por el pavimento. Tramp corría tras ella, ladrando. Justo cuando el pavimento termina y empieza el camino de grava mamá y yo dentro de la camioneta nos encontramos.

Daba miedo el aspecto que tenía mamá. No parecía mamá. Se le marcaba la calavera en el rostro.

Empecé a subir la ventanilla.

Mamá golpeó el capó con la escoba de la cocina, con tanta fuerza que se le cayeron sus grandes gafas grises de plástico. Pisé el acelerador a fondo. Otro golpe de la escoba contra la parte superior de la cabina. Miré en el preciso momento en que la escoba rota bajaba y se metía por la ranura superior de la ventana. Di más vueltas a la manivela.

Justo a tiempo. El extremo del mango verde de la escoba se había colado dentro de la cabina y el trozo de madera astillada me apuntaba a la cabeza.

Cuando volví a mirar al frente era el momento de torcer a la derecha en Tyhee Road. De ninguna manera iba a pararme a ver si venían indios borrachos, camiones de heno o familias de mormones en Ford. De modo que me limité a girar el volante. La camioneta se inclinó de forma peligrosa. Los neumáticos levantaron más grava. Se arremolinó el polvo. Por un momento pensé que iba a acabar volcado en el patio delantero del vecino.

Pero lo logramos. El Chevy Apache y yo logramos tomar la curva. Luego ahí estábamos sobre el asfalto, bajando por Tyhee Road. En un santiamén el velocímetro alcanzó los noventa por hora. Quiso el destino, esa es la maldita verdad, que por la radio sonara «Purple Haze». Yo empecé a dar brincos en el asiento. Gritaba, reía y jaleaba como los cowboys de la tele: ¡Yeaaaah! ¡Ja, ja! ¡Yujuuuu!

Agarré el tosco extremo del mango de la escoba y bajé la ventanilla, y me quedé con él en las manos.

Era mejor a que se te clavara una astilla en el ojo.

El mango de la escoba, con su punta irregular, era lo bastante grande para caber en la palma de mi mano. Era agradable cómo encajaba en ella. Me lo guardé en el bolsillo interior de la americana.

Con un cigarrillo encendido, «Purple Haze» sonando por la radio. Si iba a ir al infierno, más vaha provocarlo. Me estaba escapando de casa, exhibiéndome. Estaba comiéndome sus galletas de avena. Estaba dando el espectáculo. Era Rigby John Klusener e iba a toda leche.

El cielo eran grandes nubes grises oscuras que se arremolinaban. Truenos. Cayeron un par de gotas en el parabrisas. Cuando puse en marcha los limpiaparabrisas, chirriaron y el cristal se convirtió en una gran mancha.

En el Snatch Out, el Pontiac del 57 marrón de Karen estaba aparcado solo. Cuando me detuve al lado vi cómo se bajaba la ventanilla del lado del conductor. Detrás del volante estaba Billie. Llevaba unas gafas nuevas a lo John Lennon de color rosa.

Seguía palpitándome el corazón con fuerza. Estaba impaciente por hablarle de mamá. Pero cuando la miré bien, no dije nada. Había pasado algo.

¿Te ha seguido alguien?, preguntó ella.

Busqué con la mirada a locos maníacos. El Snatch Out estaba bastante vacío.

Mi madre no me había seguido.

No, dije.

Luego: No hablemos aquí, dijo Billie. Sígueme.

Arrancó y yo seguí al Pontiac del 57 marrón por el aparcamiento

hasta Ashby y una vez allí torcí a la izquierda. La gente de los coches con que me cruzaba me miraba de forma extraña. Me sentía como Illya Kuryakin en *El agente de la CIPOL*. Después de cinco manzanas, en la calle West Herzog, bajo un gran arce plateado, Billie aparcó. Yo lo hice detrás y me subí al Pontiac.

Billie llevaba el traje de novia de su madre. Era extraño volver a ver ese vestido. El pegote de cera roja en la entrepierna. Pero no dije nada. Saqué el paquete de Camel de George. Un Camel para mí, otro para Billie. Pero ella sacudió la cabeza.

No puedo, dijo. Me marea fumar.

Era extraño no fumar con Billie. Bajé la ventanilla, encendí el cigarrillo y saqué el humo por la ventanilla. Me moría por decir un montón de cosas, pero ¿qué dije?

Parece que va a llover, dije.

Idaho, tíos, no puedes librarte de ello.

La llave de contacto me llamó la atención. Colgaba de una gran anilla con un manojo de llaves. Y algo más. Unido al llavero había un trozo de piedra volcánica.

Las pequeñas uñas de Billie estaban pintadas de rojo. Se frotaba las manos. Pensé que era porque necesitaba un cigarrillo.

Puede que no sea tan buena idea, dijo.

¿Qué?

Las manos de Billie, sus pequeñas uñas rojas, frotándose.

Mi padre está muy borracho, dijo. No quería dejarme salir de casa. Me ha encerrado en mi cuarto. He logrado llamar a Karen y luego he salido por la ventana.

La voz de Billie era una profunda Simone Signoret y sonaba lejana.

Menudo espectáculo, dijo Billie. ¿Te lo imaginas? Una embarazada con este vestido tratando de salir por la ventana de su habitación.

El traje de novia de la madre de Billie.

Seda blanca. Los pechos de Billie a punto de reventar la parte superior. El pegote rojo de cera roja en la entrepierna. Gotas de cera roja por toda la parte delantera. El traje era grande y ocupaba todo su lado del coche. Alargué una mano y toqué los pliegues de la falda, un largo goterón de cera roja. Cuando Billie se movió, se oyó el sonido resbaladizo de la seda. Antes tan brillante y limpia, ahora

sorprendentemente oscura y sangrienta.

Es una buena metáfora, dijo Billie. ¿No te parece?

¿De verdad que vas a ir al baile con ese traje?

Es lo único que he encontrado, dijo Billie. Antes de saltar por la ventana.

Billie se miró el traje, el pegote de cera roja. Metió la barriga y se llevó las manos al escote. Se colocó bien un pecho, luego el otro.

Te juro que tengo la sensación de que en cualquier momento se me van a salir los pezones y van a estar a la vista del mundo entero.

La sonrisa de labios rojos de Billie no tenía mucho de sonrisa. La luz grisácea de la noche, cómo caía sobre las gafas de John Lennon, espejos de nubes rosas.

En ese preciso momento, por encima de nosotros, el arce plateado enloqueció. Viento, en grandes ráfagas, soplando fuerte. Una lluvia de granizo, tan ruidosa que no podías pensar. Billie y yo nos miramos mientras el granizo repiqueteaba contra el Pontiac, y por un momento todo lo que hubo en el mundo fue granizo y el rugido que producía. En un abrir y cerrar de ojos todo el suelo quedó cubierto. Y tan deprisa como había empezado, cesó.

Por las ventanillas, el aire era fresco y olía raro, como a flores quemadas. Una urraca armaba escándalo.

Rig, tengo miedo, dijo Billie. No le he dicho a papá quién es el padre. Mamá trató de decirle que no eras tú, pero no quiso escuchar.

Mierda, dijo. Está tan borracho.

Se secó los ojos y se sonó. Tenía la nariz tan roja como los ojos.

Papá cree que tú eres el padre, dijo. Y conoce tu camioneta.

Saldrá esta noche a buscarnos, dijo. Lo sé.

Se vino abajo y soltó un gran sollozo. Me deslicé por el asiento hacia ella, le pasé un brazo por los hombros. El olor francés mezclado con el de la seda y la cera.

Estuvimos allí sentados largo rato, Billie y yo, mientras caían gotas de lluvia sobre el parabrisas. Pensé en el día en que Billie había llorado en el Shanghai, y con su llanto se había convertido en un ser feo y necesitado, y me había asustado.

Billie volvía a llorar, pero esta vez no me asustó ni se volvió fea por llorar.

Ser novios no tiene mucho que ver con ser amigos.

Billie sorbió por la nariz, se sonó con fuerza en un arrugadísimo kleenex.

Lo siento tanto, Rig, dijo. No quería que pasara esto.

No me había mirado desde que me había subido al coche. Tenía los ojos hinchados y rojos, y creía que estaba fea. Por eso no me había mirado.

Pero en ese momento levantó la mirada y parpadeó, y el azul brilló en medio de todo ese rojo.

¿Qué coño te ha pasado?, dijo.

¿Qué?, dije.

Billie volvió el retrovisor hacia mí.

Mírate, dijo.

En el espejo, sangre debajo de la nariz, tres grandes arañazos en la mejilla, un morado cada vez más grande en el pómulo, el pelo en punta como el de un loco.

Qué pinta.

Hacia el espejo: Hola, madre, canturreé, hola, padre.

La sonrisa de Billie le llenó toda la cara. Me encantó que sonriera.

¿Lo han hecho tus padres?, dijo.

Solo mi madre, dije.

Tu padre no es el único que ha salido a buscarnos esta noche, dije.

Joder, dijo Billie.

Exactamente, dije yo. Joder.

Apuesto a que mi madre es la que causa más daños, dije.

Quise contarle a Billie en ese momento cómo había escapado de mamá. Pero no lo hice. Estaba demasiado asustada.

Un largo momento de Idaho con tanto que decir y no diciendo nada.

Ahí estábamos: Billie Cody y Rigby John Klusener.

Como lo quiso el destino, lo único que Billie y yo tratábamos de hacer era ir al baile.

Dios, Billie, dije por fin. Míranos. Te juro que somos tan raros que rayamos en lo ridículo.

En lo absurdo, dijo Billie.

El parecido es extraordinario, ¿no crees?, dije. Somos clavados a Yves Montand y Simone Signoret.

Billie y yo hacemos exactamente lo mismo al mismo tiempo. Dentro, en lo más profundo de nuestro ser, algo que tiene que subir y salir, y cuando lo hace, el sonido extraño que yo hago se mezcla con el sonido extraño que Billie hace, y los dos nos quedamos sentados en medio de ese ruido que nos sale de dentro y nos miramos a los ojos.

Un ruido extraño, la risa.

Allí volvíamos a estar Billie y yo, un año y varios meses después de que nos conociéramos, todavía riéndonos, sujetándonos la barriga y sacudiendo el cuerpo dentro del Pontiac, agitando los brazos, moviendo los pies y soltando sonoras carcajadas como dos malditos locos.

Todo el cuerpo de Billie se balancea de un lado a otro, tratando de acomodar el extraño ruido que le sale de dentro y, en efecto, no te digo, ¡boing!, de pronto le sale un pezón y luego el otro. Se ríe tanto que no puede volver a metérselos. Se queda ahí sentada con esos enormes montículos de carne rosada, dos bultos marrones, dos seres, dando botes con vida propia.

Dios mío, la risa. Dolor de barriga. Moco y saliva, luego toses por fumar. Y solo porque somos Billie Cody y Rigby John Klusener, porque somos por lo tanto Yves Montand y Simone Signoret, cosa del destino, solo para completar el ciclo, no te digo, uno de nosotros se tira un pedo. Esta vez fui yo. La masa de galleta de avena. Mi pedo fue brusco y muy ruidoso. Formó una tienda en los pantalones de mi traje y me bajó por la pierna. Gracias a Dios que no fue oloroso.

Fue demasiado.

En serio, del modo en que nos reímos Billie y yo nunca nos habíamos reído.

Y, creedme, desde entonces nada me ha hecho reír tanto ni tan fuerte. Nunca.

Conocí a Billie Cody riendo.

Y esa noche, en el Pontiac del 57 marrón, bajo el arce plateado de la calle West Herzog que estaba cubierta de granizo, fue riéndonos como nos despedimos.

Y, a pesar de todos los marrones que siguieron esa noche, así es como pienso recordarlo.

Como pienso recordarla a ella. A Billie Cody.

El problema era que cuando dejamos de reír, seguíamos teniendo el problema. Billie seguía estando embarazada. El padre de Billie había salido para matarme. Y mi madre me buscaba para crucificar a Billie y chuparme la sangre a mí.

Luego estaba el problema de los porros.

Billie había prometido a un montón de amigos que les vendería porros esa noche antes del baile. El problema era que ella les había dicho que se encontrarían en el Snatch Out.

Si nos quedamos en este coche, dijo, estaremos a salvo. Mi padre no lo conoce y tu madre tampoco.

Un sábado por la noche, finales de julio, un rayo caliente, lluvia intermitente y granizo, Pocatello, Idaho, el Snatch Out. Son alrededor de las ocho y media y el lugar está abarrotado.

Billie y yo estamos aparcados en el Pontiac del 57 marrón. Billie está sentada al volante y yo en el asiento del copiloto. Ella vuelve a llevar las gafas rosas de John Lennon. También lleva un sombrero de cowboy de ala ancha, y yo, uno de copa chata. Nos los ha dado Karen.

Karen y Cheryl llegan en el Buick Riviera blanco de los padres de Cheryl. Se van después de comprar dos porros.

Quedan aún cuatro personas por venir, todas chicas. Liz, Diane, Kathy y Carrie.

No conozco a ninguna.

Tengo los porros en el bolsillo de la camisa.

Billie está fumando. Su cigarrillo es un limpiaparabrisas. Luego cae en picado sobre el cenicero.

Billie, digo, es el segundo coche patrulla que vemos.

Rigby John, dice ella. Otra vez tu catastrofismo católico. Todo va a salir bien. No corremos ningún riesgo haciendo esto.

Solo actúa como si todo fuera totalmente normal, dice.

Totalmente normal, repetí. Parecemos Laurel y Hardy, y todo es totalmente normal.

Al menos es diferente, dijo Billie.

Difrente, dije. Se dice *difrente*.

De pronto se puso a llover con tanta fuerza que no se veía más allá del parabrisas. Era como cuando estás en un túnel de lavado de

coches. El letrero de neón del Snatch Out, los faros de los coches, eran luces difuminadas y fantasmales que se fundían en una sola.

Unos golpecitos en la ventanilla de Billie.

Billie me mira por encima de las gafas, luego baja la ventanilla despacio. Debajo del paraguas negro hay una chica con un vestido rojo. Tiene el pelo negro y rizado como la niña del buen barco *Lollipop*.

Piola, dice Billie, y alarga la mano hacia atrás para quitar el seguro de la puerta.

Se enciende la luz del techo y la chica de tirabuzones negros y vestido rojo pliega el paraguas y se sienta en el asiento trasero.

Liz, dice Billie, este es Rig. Rig, Liz.

Liz y yo nos saludamos. Liz lleva mucho rímel y sombra de ojos marrón rojizo. El pelo le da un bote cada vez que se mueve. Mira mi sombrero de copa chata y la quemadura de plancha del cuello de mi camisa. Mi corbata roja sin anudar. Mira el sombrero de Hoss Cartwright de Billie.

Creía que ibais a ir a la fiesta de toda la noche del instituto, dice.

Y vamos a ir, dice Billie. De incógnito.

Vuelvo la cabeza.

Mi madre, digo. Su padre.

¡Oh!, exclama Liz. Ya.

La tal Liz no tiene ni puta idea. Luego pregunta: ¿Cuánto costaba un porro?

Dos dólares, dice Billie.

Billie va a dar unas palmaditas en el bolsillo de mi camisa, pero yo ya he sacado los porros. Desenrollo la bolsa de plástico. No me tiemblan los dedos. Siete porros gruesos en la palma de mi mano.

Liz me mira como si fuera el tío más cojonudo que ha visto nunca.

Escoge, digo.

Liz señala uno con el índice. La uña de su dedo roja, del mismo rojo que su vestido.

Me quedo con el más gordo, dice Liz. El del medio.

¿Dos dólares?, dice.

Dos dólares, dice Billie.

Otro golpecito en la ventanilla. Esta vez la de mi lado. Sigue

lloviendo a mares. No veo nada fuera.

Un relámpago ilumina la ventanilla. El rayo me da justo en la entrepierna. Cierro rápidamente la mano con los porros dentro.

Al otro lado de la ventanilla hay un hombre con un abrigo oscuro con capucha y botones dorados brillantes. El corazón me palpita con tanta fuerza que estoy seguro de que Liz y Billie pueden oírlo. Un ruido desapacible procedente de Liz en el asiento trasero. Billie susurra «Mierda». No la miro porque se me ha parado el corazón.

La respiración. Cuando bajo la ventanilla la lluvia es ruidosa.

Y es Diane.

Billie dice: ¡Diane!, de modo que sé que es Diane. Diane lleva encima de su vestido de fiesta una parca negra con capucha y botones dorados.

Gruñidos y gemidos alrededor.

¡Por Dios!, exclama Billie.

Nos has dado un susto de muerte, dice Liz.

Solo ha sido un relámpago, dice Diane.

Luego: ¿Alguna droga ilegal ahí dentro?

Alargo la mano hacia atrás y quito el seguro de la puerta trasera de mi lado.

Mientras sube Diane se enciende la luz del techo. Se quita el abrigo. Tiene el pelo castaño y corto, y lleva una diadema de diamantes. Su vestido de fiesta es blanco plateado con tirantes finos.

Me encantan vuestros sombreros, y el vestido es apropiado, dice. ¿Alguien tiene un cigarrillo? He traído un termo lleno de gin-tonic.

Diane desenrosca la tapa de un termo negro de gin-tonic, me lo pasa. Yo lo cojo, lo inclino y bebo un largo sorbo.

No hay nada como un gin-tonic con lima en verano.

Saco el paquete de Camel de George, ofrezco uno a Diane, otro a Liz. Billie también coge uno. Los encendemos, con una sola cerilla, y uno de nosotros bromea sobre encender tres cigarrillos con la misma cerilla y que somos cuatro. Fumamos mientras nos pasamos el termo. Billie no bebe. Enciende la radio. Está sonando «Purple Haze» y todos soltamos un gritito. Todos decimos: «Oh, es mi canción favorita». Todos cantamos «'Scuse me while I kiss the sky» a pleno pulmón.

Al otro lado del parabrisas, faros y tubos de escape. Ha dejado de llover. Todo está mojado y brillante. Por nuestro lado desfilan sin parar chicos y chicas, cada uno en su coche.

Tengo la mano extendida con los porros en la palma. Diane acaba de coger el suyo y ha dejado dos billetes de dólar, y me está mirando como si fuera el tío más cojonudo de la ciudad.

Justo cuando Diane dice que Carrie quiere saber si tenemos hachís, Billie tose fuerte.

Cuando la miro está blanca como una pared. Se está tapando la boca con la mano.

Frente a nosotros, la hilera interminable de coches. Detrás de un Chevy del 60 blanco que acaba de pasar por nuestro lado hay una camioneta blanca en cuyo lateral se lee «FONTANERÍA CODY». El padre de Cody está tocando la bocina y gritando a voz en cuello: ¡Que os den por culo, mamones! ¡Quitaos de en medio, joder!

Billie se baja el sombrero, se agacha en el asiento, apaga rápidamente el cigarrillo. Yo me guardo los porros en el bolsillo de la camisa y también me agacho.

¿Quién es ese gilipollas?, dice Diane.

Mi padre, dice Billie.

¡Oh!, dice Liz. Luego: Bueno, tengo que irme. Me está esperando mi pareja.

Cuando abre la puerta se enciende la luz del techo.

Billie no puede hundirse más en el asiento porque tiene la barriga contra el volante.

¡Joder, Liz!, dice.

¡Mierda!, digo yo.

El padre de Billie nos ve desde la cabina de su camioneta. Por un instante mi mirada y la suya se cruzan, y nos quedamos mirándonos. Juro que el padre de Billie ha clavado su vista en mí.

Liz da un portazo. La luz del techo se apaga.

¡Adiós!, dice.

Yo también tengo que irme, dice Diane.

Abre la puerta.

¡La luz del techo! Billie y yo saltamos para detener a Diane.

Ja, ja, dice Diane, su diadema de diamantes lanzando destellos. Os he engañado.

Luego: No os preocupéis por ese carcamal. No ve más allá de un

palmo de sus narices.

El padre de Billie abre la puerta de su camioneta y se baja. Cuando rodea la parte delantera de la camioneta, apoya una mano en el capó y la otra en la parte trasera del Chevy del 60. La calva en su coronilla. Mientras pasa entre su camioneta y el Chevy, los faros le iluminan una, dos veces la camiseta roja. Logra dar tres pasos hacia nosotros antes de caerse de culo. Empiezan a sonar bocinas y los faros continúan iluminándolo. Los chicos están señalando a ese borracho que se ha caído al suelo. En el asiento de al lado, Billie no es Billie. Es una fotografía de Billie. No se le mueve ni un músculo, no hace ningún ruido. El señor Cody logra levantarse. Una vez de pie no mira hacia nosotros. Los faros de los coches que lo iluminan de forma intermitente le hacen parecer un zombi. Tiene la camiseta levantada por detrás y se le ve la raja del culo. Empieza a chillar y a agitar los brazos. Coge un puñado de grava y la arroja alrededor. Los coches tocan la bocina, hacen luces. Además, ahora la camioneta blanca de «FONTANERÍA CODY» está bloqueando todo el tráfico.

Unas luces rojas y blancas que bajan por Pole Line Road lanzando destellos hacen que el señor Cody se suba rápidamente a su camioneta. En menos que canta un gallo esta ha desaparecido junto con el señor Cody, y Billie y yo volvemos a respirar.

¿Nos ha visto?, pregunta ella.

No lo sé, digo yo.

No ha visto ni una mierda, dice Diane.

¿Qué hay de la poli?, dice Billie.

A tu padre no le pasará nada, dice Diane. Estaban persiguiendo a alguien por Pole Line Road.

En cuanto se baja Diane cojo la mano de Billie. Billie y yo nos quedamos allí sentados, tratando de recuperarnos del marrón. Ninguno de los dos puede hablar. Cojo un cigarrillo para Billie, otro para mí. Me tiemblan las manos mientras sostengo la cerilla para Billie. Imagino que debería decir algo agradable para relajar las cosas.

Se ha ido, Billie, digo. Tu padre estaba demasiado borracho. No volverá.

Es entonces cuando, de repente, ocurre algo más.

Por Pole Line Road, detrás del coche de policía con las luces

lanzando destellos, pasa el Buick. Lo conduce mamá y está al otro lado de la autopista de cuatro carriles. Mientras observo, se detiene frente a la entrada de la fábrica de queso Kraft. Ha sacado la cabeza por la ventanilla. Le ondea el pelo y va sin maquillar.

No digo una palabra a Billie. Billie y yo seguimos sentados fumando, intentando acompasar la respiración. Nos fumamos nuestros respectivos cigarrillos, los apagamos, encendemos dos más. Billie ha vuelto a sacar los kleenex y se suena la nariz roja. Ya no respira como si se le fueran a desgarrar los pulmones. Mi respiración es otro asunto, por supuesto.

¿Dónde están Kathy y Carrie?, digo. Tenemos un baile al que ir.

Billie abre la boca. Está diciéndome algo sobre Kathy y Carrie pero no escucho nada de lo que dice.

Esto va de mal en peor.

Por la luna trasera del Pontiac veo pelo sobresaliendo, veo a mamá. Está caminando entre la valla del Snatch Out y las partes traseras de los coches. Mira por la ventanilla trasera del Mercury del 54 verde, que está junto a nosotros, por el lado de Billie.

Rodea el guardabarros trasero del Mercury y se dirige derecha a la ventanilla de Billie. Me inclino rápidamente sobre Billie y pongo el seguro de la puerta, luego pongo el de la puerta trasera.

Toco sin querer el sombrero de Hoss Cartwright de Billie. Cuando ella se vuelve, sonrío y digo: Solo por si acaso.

También pongo el seguro de las puertas de mi lado, la delantera y la trasera.

Mamá está pasando junto al Pontiac por el lado de Billie. Yo no puedo hacer nada. Me da saltos el corazón. ¿Dónde está el aire para respirar? Con la sensación en los brazos que significa impotencia me sumerjo en un puto estado catatónico.

Tengo la mano en el seguro de la portezuela. Al menos puedo mantenerla alejada de Billie.

Pero ocurre algo. Fuera de la ventanilla de Billie, mamá acerca la cara al cristal. Mira directamente a Billie a los ojos, luego a los míos. No lleva sus grandes gafas de plástico. Sin gafas es más ciega que un topo.

Billie no se mueve. Yo tampoco. Le sostenemos la mirada. El humo de nuestros cigarrillos se eleva en una espiral.

Joder, susurra Billie.

Joder, susurro yo.

La cara de mamá sigue enmarcada por la ventanilla de Billie. Sigue mirando dentro. La arruga de la frente que le empieza en el pelo y se le hunde entre los ojos ha desaparecido. No aprieta la mandíbula ni se le marcan los músculos en ella. Ni siquiera se le ven las arrugas que le rodean la boca. Alguien muy joven, una madre de hace mucho tiempo, mira dentro. Sus ojos almendrados y castaños con motas doradas.

Mamá sigue andando rodeando el Pontiac por la parte delantera, luego se acerca al Chevy del 58 negro que está aparcado a mi lado. Se agacha, mira por la ventanilla. Pasa al coche siguiente y así sucesivamente. Toda la hilera de coches.

Lluvia. Otro chaparrón.

A la luz difuminada y fantasmal, caminando bajo la lluvia junto a los coches del Snatch Out, mamá no parece una zombi o una loca.

Mamá parece una mujer que camina bajo la lluvia.

Parece perdida.

Quién sabe cuánto tiempo estuvimos Billie y yo allí sentados, mirando al frente. Quiero decir que fue como un viaje de ácido. Arrebatos corporales. Distorsiones mentales. Dios, creí que se me había fundido el cuerpo con el asiento del Pontiac y no era más que una cabeza que asomaba como un reposacabezas.

Cuando hubo pasado el suficiente tiempo para saber que mamá se había ido para no volver, mi boca dijo por fin: Que se jodan Carrie y Kathy. Tenemos que largarnos de aquí.

Pero quiso el destino que Billie y yo tuviéramos dos visitas más esa noche.

Carrie y Kathy no.

El universo siempre ha conspirado para joderme.

Por el lado de Billie, en marcha atrás, aparca un El Camino del 59 rojo y blanco. Billie no lo ve. Está demasiado ocupada fumando, mirando al vacío. Es El Camino de Joe Scardino. Va con alguien. Cuando se ha metido del todo en el hueco, apaga el motor. Miro y

ahí están el pelo oscuro y rizado, el cuello grueso, los hombros anchos.

Billie está sentada a metro y medio de Chuck diPietro.

La sensación en mis brazos que significa impotencia.

Billie está a punto de volver la cabeza hacia la ventanilla. Yo le aprieto la mano con fuerza.

No mires ahora, digo, pero Chuck está justo a tu lado.

Es un golpe directo al corazón de Billie. O un golpe dentro de su barriga. Lo que la sostiene deja de hacerlo. Cierra los ojos y se inclina sobre el volante, con el brazo sobre la barriga.

En ese momento, entiendo tantas cosas en ese momento.

Es un golpe de amor.

Billie Cody está enamorada de Chuck diPietro.

En un momento que no se acaba nunca, a mi alrededor el mundo es un túnel de lavado de coches, luces difuminadas y fantasmales, y sonidos de eco. Por encima de mi cabeza flota un hongo nuclear gris sucio. El resto de mi cuerpo es un atolladero de lodo espeso, medianoche oscura y barro profundo y lejano. No puedo salir.

Los celos son una mierda.

Cuando salgo, mi cigarrillo se ha calentado como una estufa. En cuanto recupero el aliento, algo más.

Quiero abofetearla, golpearla con mi sombrero, abrir la puerta y sacarla a patadas del coche. Gritarle. Quiero gritarle y llamarla por todos los nombres con que la llamó mi madre, todos los nombres con los que me llamó a mí, además de la C que no era de Cody sino de coño.

Pero se supone que un hombre no debe hacer ninguna de esas cosas a una mujer, y menos a una embarazada.

Y Billie no es solo una mujer embarazada. Billie es Billie. Mi amiga.

¿Qué pasa entonces? Me llega una ráfaga del olor francés de Billie.

Luego ahí está su mano, la mano de uñas diminutas y rojas. Está temblando.

¿Billie?, digo.

Bajo su sombrero de Hoss Cartwright, por encima de sus gafas de John Lennon, Billie abre los ojos.

¿Rig?, dice. ¿Qué se supone que debo hacer, Rig? No podemos irnos ahora que han aparcado aquí.

¿Por qué no?, digo. Podemos irnos perfectamente.

Parecerá que huimos, dice Billie.

Que es lo que parece.

Joe Scardino y Chuck diPietro a un lado.

Billie y yo al otro.

Joe y Chuck son tipos duros, enrollados y modernos. Lo tienen todo, atractivo físico, cojones y seguridad en sí mismos.

Billie y yo somos *difrentes*. Con los ojos hinchados, embarazados, desgarbados y con la polla flácida. Nos dan miedo nuestros padres y nuestras madres. Llevamos sombreros estúpidos.

Joder.

Ese momento. Fue entonces cuando empezó realmente.

Joder como filosofía. Joder como la única forma posible de dirigirte al mundo.

Más exactamente: Jódete.

Además, ¿sabéis una cosa? Todos los hombres y todas las mujeres del mundo alrededor de los cuales tienes que ir de puntillas. El mundo está lleno de matones gilipollas y brujas perversas. Pero ya eran cinco las veces que me había defendido y había salido con vida.

Vamos, Billie, digo. Vas a estar genial.

Simone Signoret, digo, puedes ganar el Oscar por esta escena.

Ahora vuélvete y mira a DiPietro a los ojos.

La cara de Billie. La canción «Funny Valentine», así era la cara de Billie. La sonrisa que lo ocupa todo. Se le levantan las mejillas y casi le sale un hoyuelo.

Billie apaga el cigarrillo. Se suena, sorbe por la nariz, se recuesta.

Más allá de ella, en El Camino, DiPietro y Scardino están hablando con una chica que está junto a la ventanilla de Scardino.

Billie está diciendo joder joder joder muy bajito. Se vuelve a poner sus gafas rosas de John Lennon. Levanta la mano y gira el retrovisor hacia ella, saca de su bolso el pintalabios dorado. La barra roja sale despacio del tubo dorado. Rojo desde el centro del labio superior hacia la derecha, rojo desde el centro del labio superior hacia la izquierda. Luego sostiene la barra inmóvil y

desliza el labio inferior a través de ella. Enrosca de nuevo la barra, la tapa y se la guarda en su bolso negro de cierre plateado.

Inclina un poco su sombrero de Hoss Cartwright. Se lleva el cigarrillo a la boca, baja la ventanilla y se asoma.

Mira a Chuk diPietro, toca una vez la bocina.

Chuck tarda un rato en volverse. Cuando lo hace, Billie se lleva una mano al sombrero. El cigarrillo da botes en sus labios mientras dice: ¿Qué tal? Una noche preciosa, ¿no?

Dios mío, lo que hace entonces Chuck di Pietro me deja alucinado. Con miedo y sorpresa en los ojos, agacha rápidamente la cabeza, se vuelve. Pierde por completo la calma.

Para él también es un golpe.

Billie no es la única enamorada.

Sin perder tiempo Chuck ha abierto la puerta, se ha bajado del coche, no mira a Billie sino al suelo, cierra la puerta detrás de él y casi echa a correr hacia la ventanilla del Snatch Out.

Creo que hasta a mí podría caerme bien ese tío si me lo propusiera.

Billie y yo nos besamos en la mejilla. Nos estamos felicitando y dando palmadas en las rodillas. Yo acabo de sacar otro cigarrillo. He encendido una cerilla y la he acercado al extremo cuando ahí está Joe Scardino, en la ventanilla. Billie da un respingo. Yo también. Gracias a Dios, no pego un grito.

Hace mucho que no miro a los ojos oscuros de Joe Scardino. Lo he visto de vez en cuando, normalmente en el Snatch Out o el Dead Steer, pero siempre dentro de su coche, pasando de largo. No he vuelto a verlo en el colegio. Lo ha dejado. Pero he oído hablar bastante de él. Es el James Dean de Pocatello.

Pero no he olvidado. La última vez que estuve así de cerca de Joe Scardino fue el día que me metió un tulipán amarillo por el ano.

Hola, Billie, dice.

La sonrisa de Joe Scardino.

Hola, Joe, dice Billie.

Luego: ¡Eh, Klueca! ¿Qué tal te va?

La mano de Scardino al final de su enorme brazo se desliza

dentro del Pontiac, por delante de la cara de Billie. Lleva alguna clase de tatuaje grabado en la piel del interior de su antebrazo. Billie se vuelve y me ve mirar a Scardino. En sus aretes dorados se refleja la luz.

La sensación en los brazos que significa impotencia. Tardo un rato, pero al final levanto el brazo y le estrecho la mano.

Scardino, digo.

El apoya los brazos en la ventanilla. Ya no se peina con una cola de pato sobre la nuca sino más bien como los Beatles. Va con
Levi's
y una camiseta negra. Del cuello le cuelgan una sarta de conchas. Está examinando el sombrero de Hoss Cartwright de Billie, su traje de novia con el pegote rojo en el coño. Le está examinando el escote. Está examinando mi sombrero de copa chata, la quemadura de plancha en el cuello de mi camisa blanca, mis pantalones cortos, las muñecas que me salen por las mangas de la americana.

Sus ojos hundidos y oscuros, su piel. Se parece mucho a George.

¿Dónde está tu camioneta?, dice dando unas palmadas en el Pontiac. Esa camioneta es auténtica. ¿Está trucada?

Silencio. Me toca a mí hablar y todo es silencio.

Luego: No. Es la camioneta de mi padre.

Scardino se aparta de la cara el pelo negro y greñudo. Antes de hablar levanta el índice y me señala con él.

Veo que ahora fumas, dice.

Sus gruesos labios rojos, curvados hacia arriba por un lado.

Me llevo el cigarrillo a la boca. Inhalo el humo por la nariz de forma pasable. La forma en que me palpita el corazón.

¿Quieres uno?, digo.

Del bolsillo de la camisa cojo el paquete de Camel de George. Saco uno dando unos golpecitos y se lo ofrezco por delante de Billie. Scardino lo coge y se lo lleva a sus labios sonrientes.

Enciende el cigarrillo, da una calada. Es como todos los tipos duros que has visto fumar.

Sigue teniendo sus grandes brazos cruzados sobre el saliente de la ventanilla. Se agacha, apoya la barbilla en el antebrazo. Esa sonrisa. Su único diente que es puntiagudo.

Cuesta creerlo, dice. Klueca fumando. Te dejé haciendo análisis sintácticos.

Y mírate ahora, dice. Fumando, bebiendo y yendo con mujeres desmadradas.

Repasa a Billie de arriba abajo con sus ojos castaños.

Siempre se cuece algo detrás de los ojos de Scardino.

Preocupa lo que puede ser ese algo.

Se aparta su pelo negro y greñudo de la cara.

No tratéis de engañarme, dice. No podéis.

Miraos, dice.

¿Qué?, dice Billie.

¿Qué?, digo yo.

Podéis engañar a todos menos a mí, dice Scardino.

¿Qué tal?, dice Scardino con sorna. Una noche preciosa, ¿no?

Carraspea, vuelve la cabeza y escupe. Sube y baja sobre sus piernas dobladas.

Los sombreros raros, la ropa rara, dice, vamos, qué coño. Nadie normal empieza a ir de ese palo así sin más.

Saca la lengua, se pone bizco.

Vais de ácido, ¿verdad?, dice.

Billie y yo nos miramos. Nos miramos como si fuéramos de ácido y nos miráramos. Los sombreros, las gafas, el traje con el pegote rojo en el coño, la americana, los pantalones, la quemadura de plancha. Todo encaja. Enseguida nos estamos riendo.

Pero mientras me río, ahí está Scardino. Su forma de mirarnos. Su forma de sonreír. Lo que me preocupa de su sonrisa es que no es una sonrisa de verdad.

¿De qué clase?, dice. ¿Dónde lo habéis conseguido?

Lo que ha estado cociéndose detrás de los ojos de Scardino, lo que ha estado encubriendo su sonrisa, todo está ahí en su cara a plena vista.

No me sorprende. Ese recreo hace años, su forma de golpearme, de estrellarme contra el incinerador. Yo me senté o caí al suelo. Recuerdo que no lloré hasta que me llevé la mano a los labios y vi la sangre. Y, cosa del destino, por alguna razón ahí volvía a estar ahora Joe Scardino, frente a mí en la ventana de mi vida. Golpea una y otra vez con el brazo el saliente de la ventanilla. Tiene la cara roja brillante, el labio curvado, el diente puntiagudo. En mi interior algo se enfría.

¡Qué coño!, dice. ¡Traficando con ácido en el Snatch Out!

¿Dónde lo pilláis?

Billie está sorprendida.

Se ríe con una risa que nunca he oído.

¡Ácido!, dice. No traficamos con ácido. Solo estamos vendiendo un par de porros.

El puño de Scardino baja con fuerza.

¡No me mientas, Cody!, grita. Apunta dos dedos hacia sus ojos. ¡Estás flipando!

Billie está a punto de decir algo.

Pero es inútil decir algo.

Nunca ha servido de nada.

Cuando Scardino quiere algo no hay nada que lo detenga. Siempre lo consigue.

La forma en que pongo la mano en el antebrazo de Billie hace que ella baje la vista hacia él y la levante acto seguido hacia mis ojos. La miro a sus ojos azules para que sepa que lo que le estoy diciendo con los ojos tiene que ver con lo que estoy a punto de decir con la boca.

Al principio no abro la boca. Siento el miedo en la parte superior del pecho. Aunque debajo del miedo, en el abdomen, algo que me resulta familiar, algo sólido y lleno se mueve despacio.

Se acabó el juego, digo.

Por suerte, la voz no me suena aguda.

Billie me mira como diciendo: ¿De qué coño estás hablando? Está acojonada. Sabe lo que Scardino es para mí.

¿El juego?, dice.

Sí, digo yo.

Me inclino por detrás de ella para asegurarme de que Joe Scardino ve toda la cara de Rigby John Klusener.

Nos queda un tripi, digo.

¿Un tripi?, dice Scardino. ¿De qué? ¿Un *purple barrel*?

Un *windowpane*, digo.

¿Qué?, dice Billie.

¡Estás mintiendo!, dice Scardino. ¿Un *windowpane*? ¡Es imposible conseguir *windowpane* en Pocatello! ¡Déjame verlo!

Voy a moverme, pero no tengo hacia dónde. Me abro el abrigo, miro el forro. El color naranja en el ropero de la clase. Había sido un milagro.

Necesito un milagro.

Billie está aquí sentada. Yo estoy aquí sentado. Scardino está ahí acuclillado. Lo único que ocurre, ocurre en nuestros ojos.

¿Cuánto quieres por él?, grita Scardino. ¿Diez? ¿Veinte?

En un instante Billie levanta las manos y se las pone en la nuca. Levanta el pecho y se estira cuan larga es. Alguien tenía que hacer algo.

Los pechos de Billie están ahí, entre los ojos de Scardino y los míos.

Scardino inclina más el cuerpo hacia dentro del coche. Tiene la vista clavada en los pechos de Billie. Luego la levanta y la fija en mí.

Me sudan las axilas.

Por detrás de Scardino lo veo acercarse rodeando el El Camino. Chuck diPietro. Tiene las manos llenas de
Coca-Cola,
hamburguesas, patatas fritas, servilletas y pajitas. Sigue mirando el suelo.

Lo que hace mantener la compostura a Billie deja de hacerlo.

Juro que Billie es totalmente previsible.

Eh, Chuck, dice Scardino. La mía sin cebolla, ¿te acuerdas?

Luego, lo bastante alto para que lo oiga Chuck, dice: Entonces, ¿de quién es el crío?

Chuck diPietro se para. Todo en él se para. Es un bloque de veinte kilos de queso. Es cemento. Es plomo.

Joe, dice Chuck. ¡Déjalo!

Billie se inclina inmediatamente hacia delante y pone en marcha el Pontiac. Mete la primera y pisa el acelerador. Estamos a punto de largarnos a toda leche.

Sin perder tiempo me inclino, apago el motor y cojo las llaves. El llavero y la piedra volcánica pesan en mi mano.

Los irritados ojos azules de Billie no pueden creer lo que acabo de hacer.

Mira en todas direcciones. Pero está atrapada y no tiene a donde ir.

Se desploma sobre el volante y estalla en grandes sollozos.

¡Es mío!, grita. ¡Que os den por culo a todos!

Ya, ya, dice Scardino.

¡Joe!, dice Chuck. ¡Te lo advierto!

Scardino se inclina, sus grandes brazos cruzados de nuevo en el saliente de la ventanilla.

¿Y por qué será, Klueca, que DiPietro aquí presente es quien se ha tirado a tu novia?, dice.

Ese momento fue el más decisivo de toda mi vida.

El universo conspiró para que llegara ese momento. Solo para mí.

Aunque durante un rato no supe qué coño hacer con él.

Mis brazos impotentes, ya sabéis, mi respiración, el dolor junto al puto corazón, grandes flatulencias en la tripa. Se estaban dando todos los síntomas.

Todo se hizo más lento. Todo se aceleró. Todo se volvió lejano. Todo era de pronto como un túnel de lavado de coches. Había truenos, relámpagos, de pronto llovía torrencialmente. Todo lo habido y por haber. Todo lo imaginable sucedió. Mi culo al aire libre recibiendo azotes de mi padre. Mamá pillándome haciéndome una paja. Los rosarios, las novenas, las letanías. Las jodidas letanías, tíos. La eterna humillación de la Iglesia católica. Trabajo de esclavos en una enfardadora de heno. Todo eso. El puto tulipán en el ano. El pegote de cera roja del coño.

De todo lo que podría haber hecho, podría haber dicho, debería haber dicho y no dije, podría, habría, debería, esto es lo que hice.

Levanté el dedo. No el del medio sino el índice.

Dije: Scardino. ¿Ves este dedo? Ahora mismo en la punta de este dedo hay una de las *windowpanes* más puras del mundo. Tu puta mente no puede ni imaginar las posibilidades de éxtasis y exploración interior. Y solo porque eres un puto gilipollas aquí es donde va a ir a parar.

Dicho eso me metí el índice en la boca. En mi cara una expresión que habría hecho avergonzar a Teresa de Ávila o a san Sebastián.

Me saqué el dedo de la boca y lo levanté para que Joe Scardino lo viera. Fue entonces cuando extendí el otro dedo, el del medio, doblando el segundo y el cuarto, y lo blandí ante Joe Scardino con un virtuoso gesto obsceno.

Al momento, Scardino está rodeando el Pontiac por delante y se acerca a mí. Algo en lo más profundo de mi ser sabe que esta es mi peor pesadilla.

Todo lo que siempre he tenido por cierto, todos los rincones de mi cuerpo, todo el miedo, el odio, esa parte de mí que siempre ha querido matar a ese hijoputa, lo busco en lo más hondo, entre músculo y hueso, y apelo a ello.

Scardino se acerca a mi puerta a toda velocidad. Alarga una mano hacia la manija. Es entonces cuando yo empujo. Con todas mis fuerzas.

La puerta alcanza de pleno a Scardino. Sobre todo en el pecho y la barriga, pero en medio de todo esto que ocurre tan deprisa, sé de algún modo que también le he dado en la cabeza.

Scardino choca contra el guardabarros del Chevy del 58 negro que tiene detrás y cae sobre el capó.

Los coches del Snatch Out empiezan a hacer luces y la gente se pone a gritar.

Llueve. Se me vuela el sombrero y bajo del coche. Estoy justo delante del Chevy cuando veo a Scardino dar un salto en el aire.

No me paro a pensar.

Moviendo el brazo por encima de la cabeza le lanzo el llavero y la piedra volcánica justo entre los ojos.

De la cara de Scardino empieza a salir sangre. Se la tapa con las manos y se aleja del Chevy tambaleándose entre la hilera de coches que pasan por nuestro lado.

Miles de urracas gritonas se juntan en el cielo y bajan en picado sobre mi cabeza.

Estoy justo detrás de Scardino. Me inclino y con todo el peso de mi cuerpo lo golpeo con fuerza, puño contra dientes, piel, músculo. Un ruido horrible que me repugna. Un dolor atroz en la mano.

Scardino está tumbado en un charco de barro. Los faros de los coches brillan y desaparecen. Ráfagas de lluvia y granizo. A nuestro alrededor todo el mundo chilla.

Chuck diPietro está gritando: ¡Eh, dejadlo ya! ¡Ya basta!

Trata de cogerme, lo mismo que Billie. Pero ninguno me toca.

Salto cual acróbata volador y aterrizo en la barriga de Scardino. Algo se parte. Fuera de Scardino, vómito y aire. Me salen de la boca gritos extraños como los de mi hermano Russell. Estoy sentado

sobre el pecho de Scardino. Le golpeo una, dos veces la cara con los puños.

Luego, en un instante, todo está en silencio. Solo la lluvia. Los destellos de los faros y la lluvia.

Respiro con dificultad, sujetándome el pecho. No es como en la televisión cuando te peleas.

Es fácil contar algo cuando ya ha pasado, pero mientras pasa es un hecho tras otro desfilando ante tus ojos.

Alguien corriendo, deprisa. Me vuelvo y es DiPietro.

Se abalanza sobre mí. Salgo rodando, caigo en el charco. DiPietro sale volando.

Luego Scardino está encima de mí. El tatuaje de la parte interior del brazo es un conejito de Playboy. Lanza los puños, pero no me alcanzan. Con toda la sangre no ve. Me da en la oreja. La misma oreja que mamá me ha dejado dolorida. Luego ¡bam! Un golpe dentro de mi vieja nariz rota.

Todo se vuelve negro, pero cuando me doy cuenta vuelvo a estar encima de Scardino, machacándolo. DiPietro me ha cogido por el cuello de la camisa. Tira de él. La respiración. Me arranca el primer botón, el segundo.

El milagro dentro de mi americana. El extremo roto del mango de la escoba de mamá me encaja perfecto en la mano.

¡Suéltame!, grito. ¡O le clavo esto en el cuello!

El extremo afilado del mango de la escoba verde que tengo en la mano está justo debajo de la barbilla de Scardino. DiPietro me suelta el cuello de la camisa.

Silencio. Todo está en silencio. Solo los faros y la lluvia.

En el charco, al lado de la cara ensangrentada de Scardino, un relámpago. Caen gotas de lluvia en el charco.

A Scardino le sale sangre por la nariz.

A mi derecha, DiPietro está de cuclillas, moviendo las manos despacio y hablando conmigo en voz baja. Me mira a los ojos mientras me dice algo. A su lado está Billie. Está llorando y también me está diciendo algo.

Los faros brillan y desaparecen, brillan y desaparecen.

El extremo afilado del mango de la escoba, todo lo que tengo que hacer es empujarlo.

Lo empujo lo justo para rasgarle la piel.

Del cuello de Scardino sale un chorro de sangre.

Así sin más, el extremo afilado se rompe y una gruesa astilla de madera se queda clavada debajo de la barbilla de Scardino.

Una ráfaga de viento, un halcón, algún pájaro grande volando bajo, en un instante, algo se desploma. Me miro las manos. Las levanto y me las miro. El extremo del mango de la escoba en mi mano.

De algún modo estoy de pie junto a Scardino. Alrededor brillan los faros, todo está brillante, brillante y silencioso, solo se oye la lluvia.

En la cara, en mi pelo, en mis ojos, la llovizna.

Scardino es una sombra en el suelo que levanta las manos. Las palmas abiertas, manos de ser humano extendidas, el signo universal para detener algo.

Jódete como la única forma posible de dirigirte al mundo. Mi voz suena clara, tranquila y no muy aguda.

Scardino de los cojones. Cabrón egoísta. Ya he tenido bastante de ti.

Silencio. Nada más en el mundo que silencio, faros brillantes, lluvia.

Scardino se ha levantado y corre bajo la lluvia a través de los faros. DiPietro corre detrás de él. Cuando Scardino abre la portezuela de su coche, se detiene. Grita: ¡Me las pagarás, mariquita! ¡Voy a dejarte el culo como un puto mapa!

Debajo de mí, en el barro del aparcamiento del Snatch Out, mi corbata fina roja. Me agacho para recogerla y me la ato como un indio alrededor de la cabeza.

¿Ah, sí?, digo. ¡Y yo voy a molerte el tuyo a golpes!

Un rápido relámpago en mis venas. En el pecho una gran ráfaga de viento caliente.

Me agacho y recojo mi sombrero de copa chata, me lo pongo.

Amo tanto a Dios en ese momento.

Scardino se sube a El Camino. DiPietro coge las hamburguesas y las Coca-Colas que están encima del techo. Antes de subirse al coche mira a Billie. Billie lo mira y sonríe. En medio del silencio, la lluvia y los faros brillantes, yo estoy allí y observo cómo Billie y

Chuck diPietro se sonríen.

El Camino 409 con autoblocante, carburador doble y no sé qué coño sobrealimentado ruge en medio del silencio. El chirrido de neumáticos mientras da marcha atrás, el golpetazo cuando choca contra la valla del Snatch Out.

Risas. De los coches de alrededor salen risas.

Luego todo es quemar neumáticos a tope, el El Camino saliendo de la plaza de aparcamiento coleando. Entre la hilera de coches, solo hay el espacio justo entre un Rambler y un Corvair. El El Camino logra meterse, pero al torcer hacia Pole Line Road arranca el faro izquierdo del Rambler con el alerón trasero.

Luego solo oímos ruido. El El Camino saltando por encima de la cuneta. Bocinazos en los cuatro carriles de ambos sentidos de Pole Line Road. El camión de queso Kraft saliendo de la fábrica, tocando la bocina.

Luego un estrépito que suena como la tercera guerra mundial.

Para cuando me abro paso entre los coches hasta la acera, las ruedas del camión de queso Kraft siguen dando vueltas en el aire. La plataforma del camión está sobre el El Camino aplastado.

Al otro lado de los cuatro carriles de Pole Line Road, cajas rotas abiertas.

Desparramados de aquí al reino que está por venir, pequeños quesos parmesanos.

Frente a la entrada de urgencias del hospital Saint Anthony había coches de policía aparcados y agentes por todas partes.

Billie y yo dejamos el Pontiac y subimos los escalones de la puerta principal. Al otro lado de las grandes puertas de madera, en el pasillo del hospital, estaban todos los chicos y chicas de Pocatello. Había tanta gente que no se podía caminar. Billie no llevaba su sombrero, pero yo sí. Ese sombrero de copa chata no iba a separarse de mi cabeza en mucho tiempo. Atada debajo, mi corbata fina roja.

Me encasqueté bien el sombrero. Los chicos empujaban y acosaban. Los agentes trataban de convencerlos para que se fueran a sus casas. Cuando Billie y yo llegamos al mostrador de la recepción, nos lo confirmaron.

Uno de los dos, Scardino o DiPietro, había muerto, y el otro estaba inmerso en un mundo de dolor.

Extraño, en medio de toda esa conmoción, en cierto momento bajé la vista al suelo de baldosas marrones brillantes del hospital. Fue entonces cuando recordé. La bolsa de viaje azul que parecía un bolso. Rodeados de cientos de personas, ahí estábamos Billie y yo, exactamente donde nos habíamos conocido.

Junto al mostrador de recepción había apostados dos agentes. No dejaban pasar a nadie. Bajo ningún concepto.

Pero Billie lo consiguió. Billie y yo.

Al principio los agentes, al ver el traje de novia con el pegote rojo en el coño, no quisieron ni que se acercara.

Cuando quise darme cuenta Billie estaba de puntillas, susurrando algo al oído de un agente.

El agente tenía un nombre italiano. En su chapa se leía «RICCI».

La cara del agente Ricci se ablandó y cerró los ojos cuando Billie le habló.

Señaló el pasillo e indicó a Billie que, al llegar al fondo, bajara los dos tramos de escaleras hasta Urgencias.

Cuando yo me acerqué, el agente Ricci echó mano a su porra. Miró con sus ojos italianos la corbata que llevaba alrededor de la cabeza, el sombrero de copa chata, la cara golpeada.

No se preocupe, dijo Billie. Va conmigo.

Es amigo mío, dijo.

Billie y yo estábamos solos en la sala de espera de Urgencias. Encendí un cigarrillo para Billie, otro para mí. Ahí estábamos, fumando los Camel de George. El cáncer de conducto lacrimal de Billie tenía peor aspecto a la luz fluorescente.

Abrí la mano derecha. Me la sostuve con la otra por la muñeca.

El reloj negro y blanco de la pared verde marcaba las once menos veinticinco cuando entraron el señor y la señora Scardino. El señor Scardino era bajo, llevaba unas gafas gruesas y fumaba un puro. Iba con la parte superior del pijama y pantalones con tirantes, zapatos de dos tonos y sombrero de gángster. La señora Scardino estaba tan vieja como siempre, toda de negro. Se la veía alta al lado de su marido. Su pelo canoso era como arañas alrededor de su cara.

En las manos, un largo rosario negro. Los dos caminaron despacio, la señora Scardino apoyada en su marido, mientras cruzaban abrazados las puertas dobles de vaivén, «SALA DE URGENCIAS, PROHIBIDO EL PASO».

A las once menos cinco entró corriendo la señora DiPietro. Con un cigarrillo en la mano y la cara roja. Baja, con el pelo canoso en punta, vestida con una vieja chaqueta militar, tejanos gastados y zapatillas de deporte rotas por detrás.

No vino el señor DiPietro.

Billie ni siquiera sabía si lo había.

Al cabo de una hora solo quedaba un Camel de George. Las puertas dobles de vaivén se abrieron y salió una monja benedictina. Billie me cogió la mano.

Era la hermana Angélica. Mucha ceja negra.

¿Te llamas Billie Cody?, preguntó.

¡Sí!, dijo Billie levantándose de un salto.

La hermana Angélica retrocedió, se llevó una mano a la boca. Se quedó mirando el pegote rojo del coño de Billie.

Charles diPietro quiere hablar contigo, dijo.

Miré directamente a los ojos azules de Billie.

Billie levantó la vista y miró hacia un lado. No había ninguna ventana allí, de modo que miró el reloj.

Cuando es difícil decir las cosas.

Me soltó la mano.

La hermana Angélica se aleja por el pasillo, Billie la sigue. Billie tiene una forma peculiar de andar. Zancada corta, pasos rápidos, el repiqueteo de sus zapatos negros de tacón con tirilla. El sonido de la seda al deslizarse.

A través de las puertas dobles de vaivén.

Así de rápido Billie desaparece.

12

La Puerta Trasera

Todo lo que quería era un lugar donde estar tranquilo y solo.

Solo había un lugar. La poza.

Dejé Quinn Road y me metí por el camino vecinal. Abrí la verja con mi mano dolorida, la crucé con la camioneta, la cerré detrás de mí. Conduje hasta el canal y a lo largo del estrecho camino. Apagué los faros. Desde su habitación papá y mamá podían verlos.

Incluso de día, la margen del canal era estrecha para pasar con la camioneta. Por un lado estaba el agua oscura, por el otro una caída de seis metros. Traté de no hacer eses avanzando despacio, sacando la cabeza por la ventanilla. La rueda delantera izquierda siempre a un palmo de lo que veía que era tierra firme antes de que esta descendiera hacia la acequia. Los relámpagos ayudaron.

Mamá siempre decía que era mejor quedarse en el coche si te sorprendían esta clase de rayos.

Lo que decía mamá.

Me desprendo de la ropa fácilmente. Deshago el nudo de la corbata roja que llevo alrededor de la cabeza, me quito el sombrero de copa chata. El viento en mi cuerpo desnudo. El suelo arenoso y caliente bajo mis pies descalzos. De vez en cuando un relámpago

me ilumina el cuerpo.

Echo a correr. En el aire, viento caliente a mi alrededor, un pájaro volando, volando. Los relámpagos abren grietas en el cielo. Sumerjo mi cuerpo dolorido en la espuma plateada como la luna. El repentino ruido de agua y soy un pez. Nadando a través de la mojada oscuridad. Agua fría en la nariz, en las orejas, en los ojos. Agua fría en mi mejilla magullada. Marañas de musgo alrededor de mis piernas. En el fondo del canal, barro espeso y resbaladizo. Cojo un puñado de barro, lo aprieto entre mis dedos. Siento la mano derecha menos rígida.

Saco la cabeza para respirar, salgo del agua. Siento el aire de la noche frío en mi cuerpo. Camino descalzo por la grava hasta la camioneta, me pongo la camiseta, los pantalones del traje marrón, me anudo la fina corbata roja alrededor de la cabeza, me pongo el sombrero de copa chata. Cojo las cerillas y el paquete de Camel de George, solo queda uno.

Tomo impulso y salto de la tabla al otro lado de la roca volcánica, oscura y resbaladiza. Mientras trepo por la roca veo en el cielo una mano flaca y huesuda de luz eléctrica.

Con la espuma del agua blanca a mis pies, me siento en el mismo lugar polvoriento que anoche y levanto la vista hacia el árbol sagrado de la abuela. El viento en el árbol. Su olor a cuerpo sudoroso. Tengo en los labios el último Camel de George y estoy tratando de conseguir encender las cerillas mojadas. Saludo a los antepasados de la abuela ladeando el sombrero.

Buenas noches, digo. Han pasado muchas cosas desde la última vez que os vi.

Luego, en un instante, un sonido. Una rama que se parte o algo parecido. Tal vez el agua se ha detenido y es el silencio lo que oigo. Sea lo que sea, tengo toda la piel de gallina.

Desde dentro del árbol, humo inhalado por la nariz. El ruido inconfundible.

¿George?, digo.

¿Eres tú, George?

El destello de un relámpago caliente.

Sea lo que sea lo que hay en el árbol, no es George.

Un pájaro oscuro alza el vuelo asustado, un pájaro tan grande como el árbol. El batir de alas, el aire que noto en la cara, en el

corazón. Estoy de pie en el viento. Tengo que sujetarme mi sombrero de copa chata. El pájaro se eleva poco a poco. Por encima de mí, el Pájaro del Trueno son aleteos lentos, negros y prolongados hacia arriba, arriba. En el cielo el impacto de un rayo. El estruendo del trueno penetra en mi oído dolorido. Las alas negras del Pájaro del Trueno, el pico, las plumas de la cola, el contorno de un relámpago alrededor de él. El Pájaro del Trueno es tan grande como el cielo nocturno del sur.

Con la oscuridad desaparecen las enormes alas y el Pájaro del Trueno se convierte en la noche.

Otro destello.

Justo debajo, fijo la mirada en el oscuro bosquecillo rectangular de chopos lombardos, oscuridad dentro de la oscuridad. La cabaña de leños de la abuela. El suspiro del viento en lo alto. El ruido del viento en los chopos es *difrente* al viento en el cedro.

La ventana de la cocina de la abuela está a oscuras.

Haga el tiempo que haga, puedes apostar lo que quieras a que la luz está encendida todas las noches, había dicho George.

Un golpe de viento, una premonición, el instinto, como quieras llamarlo. Lo supe.

No fue fácil ir de la poza a la cabaña de la abuela. Al bajar por el borde del canal, en el campo triangular de hierba alta había hoyos de ardillas terrestres por todas partes. Luego estaba el alambre de espino de la cerca y la oscuridad aún más profunda bajo los chopos lombardos. Toda la leña muerta que había esparcida por el suelo, y yo descalzo. A partir del camino de tierra apisonada que había junto a la caseta del retrete todo fue coser y cantar.

La puerta mosquitera gris oscura de la abuela. Tiré despacio de ella. El crujido de sanctasanctórum. Bonanza empezó a ladrar. Llamé una vez, luego otra más fuerte. La abuela no estaba.

Bajé el picaporte y abrí la puerta, y Bonanza estaba como loco, pero no junto a la puerta. A juzgar por el ruido, estaba tumbado en su manta de Pendleton.

Solo la luz de la noche oscura a través de las ventanas. Relámpagos.

A la luz de un relámpago veo las piernas de la abuela, las medias

de nailon rosa enrolladas, los mocasines Minnetonka asomando por debajo de la mesa de la cocina.

Bajo mis pies descalzos sentía el brillante suelo de madera de la abuela. Cuando llegué a la mesa de la cocina, busqué la lámpara, apreté el viejo interruptor y la luz eléctrica lo iluminó todo.

Me arrodillé junto a su cabeza. Acerqué la oreja a su boca, pero era mi oído fastidiado, así que no saqué nada en claro.

La mano de la abuela, la vieja cuerda marrón, los dedos largos y delgados. Puse una mano sobre la de la abuela, inerte, piel fina sobre nudillos huesudos. Estaba caliente.

Los ojos de la abuela se abrieron. Barras doradas en sus eternos ojos castaño oscuro.

¿George?, dijo.

Luego algo en indio.

¿Abuela?, dije. Soy yo, Rigby John Klusener. ¿Está bien?

Me senté en el suelo de madera brillante de la abuela. Puse las manos debajo de su cabeza y de sus hombros, la incorporé despacio. Moví las piernas por debajo de ella hasta apoyarle la cabeza en mi regazo.

Sentía los latidos de su corazón en sus manos, el corazón le palpitaba al ritmo en que movía la cabeza, todo su cuerpo era el latir de su corazón.

La abuela me miró fijamente a los ojos. No había nada entre medio.

Luego soltó una larga parrafada, toda en indio, ni una palabra entendí, pero mirándola a los ojos entendí mucho. Dijo lo mismo una y otra vez, como el rosario o una letanía que se repite. El modo en que la luz de la mañana entraba en la ventana de su cocina. La sombra de los chopos lombardos. Alucinaciones, las sombras que proyectaban las hojas en el suelo. Su maldito perro, Bonanza. Todos los muertos en las fotos de encima de su cama. Cuánto quería a su nieto. Las recetas que te curaron, cuando comiste demasiada mierda de caballo, cuando el nieto llegaba a casa ensangrentado, destrozado y borracho. Café, azúcar y leche Segó. El cedro, el árbol de sus antepasados. La lámpara de queroseno en la ventana de la cocina durante la noche era la forma de acompañar a tus muertos.

Esas cosas y muchas más que yo nunca llegaría a saber.

Luego la abuela levantó el brazo, convirtió su dedo en un

puntero. Los latidos de su corazón en su forma de señalar.

Mi pipa, dijo. Coge la pipa de la mesa.

Los latidos en la voz de la abuela.

Me erguí, mis ojos justo a la altura de la mesa. Al lado del azucarero de plata, y el salero y el pimentero de plata, y el platito de la mantequilla de plata, estaba su pipa de mazorca.

¿Y mi tabaco está allí arriba?, preguntó. ¿Prince Albert, en una lata?

Al lado de la pipa, la lata roja de Prince Albert. Un viejo con bigote y un sombrero extraño, muy erguido.

Ajá, dije.

Bueno, pues déjale que salga, dijo.

Logré deslizar la pipa y la lata de Prince Albert muy despacio hasta el borde de la mesa.

Abrí la lata y llené la pipa, y en todo momento los ojos oscuros de la abuela estuvieron clavados en la luz eléctrica, nada entre medio.

Ayúdame a levantarme, dijo.

Se sentó despacio con mi ayuda. Se apoyó contra la Majestic verde que tenía justo por encima de su cabeza. La brillante luz eléctrica le iluminaba la cara. El pelo largo suelto, pelo blanco que le caía sobre los hombros, hasta el suelo.

Los latidos en sus manos cuando cogió la pipa. Aspiró una y otra vez mientras el humo se elevaba, el fuerte olor dulce de Prince Albert.

Solo dime una cosa, dijo.

¿Qué?, dije yo.

¿Quién diablos eres?, dijo.

Soy Rigby John, dije. ¿Se acuerda? Klusener. George y yo recogimos el heno juntos.

¡Caray!, dijo. Eres Rigby John. El chico del que George está enamorado. Un verdadero encanto, viniendo de esa familia. Y tiene un bonito culo. ¡Nunca he visto a mi nieto tan enamorado! ¡No sabe qué diablos hacer con su vida!

Una ráfaga de viento. En un instante algo se abre. La palabra que salió de la boca de la abuela fue un golpe en mi pecho y el amor se desparramó por todo mi cuerpo.

La abuela se llevó la pipa a la boca. Los latidos de su corazón en

su mano. Grandes bocanadas de humo elevándose.

Luego algo que yo no esperaba para nada.

La abuela se sacó la pipa de la boca, volvió la boquilla hacia mí y me la dio. La pipa en mis labios estaba caliente y húmeda.

Momentos de gestos.

Tan hermosa la abuela entonces, sus ojos grandes, redondos y oscuros, barras doradas, con los bordes rojos todo alrededor. Como los de un niño. Llenos de vida. Nada entre medio.

Con cuidado, volví a poner la pipa en las palmas abiertas de la abuela. Los latidos en sus palmas. La pipa entre sus labios, aspirando una y otra vez.

La sensación en los brazos que significa impotencia.

No va a morirse, dije. ¿Tiene teléfono?

Dile que es un nuevo día, dijo. ¡Un día flamante, hijo!

No tiene teléfono, ¿verdad?

George ha salido esta noche, dijo la abuela. Es más que probable que esté en La Puerta Trasera. ¿Sabes dónde está La Puerta Trasera?

Deje que la ayude a echarse, dije. Iré corriendo a buscar la camioneta y llamaré a una ambulancia.

La abuela se llevó la mano a la boca. Pensé que iba a toser o llorar. Empezó a hacer un ruido extraño.

Por supuesto que sabes dónde está La Puerta Trasera, dijo.

No, no lo sé, dije yo.

El ruido extraño que subía y salía de la abuela, los ojos cerrados, la boca abierta, las encías rosas por todo alrededor.

¡Bueno, pues estás sentado encima!, dijo.

Se rio tan fuerte que daba miedo. Tan fuerte que podía partirse en dos.

Y ahí estábamos la abuela y yo, en su brillante suelo de madera, fumando una pipa de mazorca y partiéndonos el culo de la risa.

Así es como quiero recordar a la abuela, riéndose.

Luego empezó a hablar de nuevo en indio. Una larga sarta de palabras que no tenían sentido. Pero por la forma en que decía las palabras indias, la forma en que me miraba y se reía, yo no podía hacer otra cosa que reír.

Riéndonos y gritando, la abuela y yo, tan fuerte que Bonanza empezó a ladrar.

¡Calla, Bonanza!, dijo la abuela.

Luego, tan repentina como había empezado, la risa de la abuela cesó.

Se llevó su vieja mano de cuerda al cuello. Deslizó la cabeza despacio por el esmalte verde, con el pelo largo y blanco colgándole.

Inclinada sobre el suelo, solo era un montón de huesos.

Puse una mano en su pelo. Era suave y liso, como el de un pájaro. Bajé la cara hasta el suelo, justo enfrente de la cara de la abuela.

Los latidos en sus labios.

La puerta del callejón, dijo. Diles que te gustan las flores.

Dile a mi nieto que su nombre estaba en mi boca.

Dijo una palabra, una palabra india, y aunque sus grandes ojos redondos y oscuros con barras doradas siguieron abiertos y en el mundo todo permaneció igual, así de rápido, la abuela Queep se fue.

La otra mitad, la mitad oscura, esa parte de Pocatello con los dos antros, el Working
Man's
Club y Porters and Waiters, la parte de Pocatello que solo existe en una canción de Judy Garland.

El barrio de los negratas.

Para mí era como el Princess Theater.

O como *El mago de Oz* cuando pasa de blanco y negro a color.

Estaba envuelto en sombras al lado del gran contenedor metálico pintado de azul oscuro. Detrás de mí tenía las malas hierbas que crecían junto a la cerca de alambre eslabonado, los escombros sueltos y las plantas rodadoras atrapadas en la cerca.

Algo de San Francisco en los edificios viejos. Las ventanas largas y tristes con la pintura descascarillada. La verja de hierro fundido rota y oxidada. La basura desbordándose de los dos grandes cubos.

La luna de neón azul en la ventana rajada, «WORKING CLUB.»
MAN'S
Al lado del «WORKING CLUB.»
MAN'S
, otro tramo de escalera que conducía a una puerta. Encima de la

puerta, el letrero rojo pintado con letras doradas e historiadas, un letrero como los que se ven en las estaciones de trenes, «PORTERS AND WAITERS», porteros y camareros.

El lento y pecaminoso jazz de un saxofón que salía de ahí dentro.

Puse una mano en el contenedor y me apoyé contra él. Seguía oliendo a pintura nueva.

Visitar los bajos fondos. Solo para ver cómo vive la otra mitad.

Pensé que si me quedaba allí el tiempo suficiente vería salir por la puerta a George con su vestido amarillo. Saldría bajo la luz de la luna de neón azul, bajaría de lado los escalones con sumo cuidado, los tacones de sus zapatos rojos repiqueteando en cada escalón. Al llegar al final se sentaría en el segundo escalón, metería una mano en su bolso de raso rojo y cogería sus Camel, sacaría uno con un golpecito y lo encendería.

En la calle había gente por todas partes, mexicanos, indios, negros, incluso algunos blancos, subiendo y bajando las escaleras, entrando y saliendo por las puertas, borrachos y bailando, el olor a marihuana.

Un perro amarillo levantó la pata sobre la verja de hierro fundido.

Todo estaba allí excepto George.

«La puerta del callejón», había dicho la abuela.

Eché a andar. Diluviaba sobre acera y calzada. El callejón de detrás del Working
Man's
Club y el Porters and Waiters era sombras oscuras, más oscuras que el resto de la noche. Edificios de dos pisos a cada lado. Sin farolas. Grandes baches en el callejón, charcos de agua en los baches.

Me encasqueté bien el sombrero de copa chata, me subí las solapas de la americana de mi traje. Respiré hondo. Una luz tenue a lo lejos, a la izquierda.

Un propósito en la vida sobre el que moldear tu vida.

Amor.

Clavé los ojos en esa luz, no dejé que se desviaran hacia ninguna otra parte, seguí andando. Durante muchísimo tiempo todo lo que hubo fue oscuridad, lluvia y el crujido de mis zapatos negros de los domingos sobre la grava. Mi respiración entrando y saliendo. Mi

corazón.

La bombilla de encima de la puerta estaba cubierta con un trozo de hojalata. Tres escalones de cemento bajaban hasta una puerta de acero roja quemada. En la jamba de acero que había sobre la puerta de acero roja quemada, justo debajo de la bombilla, estaba escrito en rotulador fosforescente en letras de solo dos centímetros y medio de altura: «la puerta trasera».

«Por supuesto que sabes dónde está La Puerta Trasera.»

Llamé una vez. Luego otra, solo que más fuerte. Y otra realmente fuerte.

Lluvia sobre mi sombrero de copa chata, lluvia sobre mis hombros. Con mis zapatos negros de los domingos, de pie en un charco de agua de lluvia. Levanté la mano derecha hacia la luz. Volvía a tener los nudillos ensangrentados.

Llamé de nuevo, esta vez con la mano izquierda, golpeando una y otra vez con el dorso del puño la puerta roja quemada.

Todo silencioso. Nada. Solo lluvia.

La puerta se abrió solo unos dedos.

Luz detrás de un hombre blanco alto. No llevaba pintalabios y tuve que levantar la vista hacia sus labios.

¿Qué dices?, dijo.

¿George Serano?, dije. ¿Está aquí George Serano?

¿Qué dices?, dijo el hombre.

Es indio, de unos treinta y cinco años, dije. Alto, con el pelo negro.

La puerta se cerró de golpe. Me apoyé en ella, apoyé todo mi peso en ella. Volví a aporrear la puerta.

¡Por Dios!, grité. ¡Abre la puerta! ¡Se llama George Serano y me quiere!

La puerta se abrió solo unos dedos.

Sí, dijo el hombre alto. Pero ¿tú le quieres a él?

Me cuadré de hombros, respiré hondo. Carraspeé para que la voz no me saliera aguda.

Está bien, dije. Yo también le quiero.

Qué tierno, dijo el hombre. Mira, si quieres entrar aquí tienes que decir algo. De modo que dilo y te dejaré pasar.

Ya sabes, dijo. Rosas… margaritas… lilas.

¡Flores!, dije. ¡Las putas flores!, dije. ¡Por supuesto que me

gustan las flores!

La luz de dentro salió cuando crucé la puerta. No veía nada. La puerta se cerró detrás de mí, acero contra acero. El hombre alto llevaba English Leather. Me levantó los brazos y me cacheó de las axilas hacia abajo. Luego subió por el interior de mis muslos. Se detuvo justo en mis huevos. Me quitó el sombrero de copa chata y volvió a ponérmelo en la cabeza.

Con su mano grande en mi hombro me dio un fuerte empujón. Frente a mi cara colgaba algo blando. El hombre alto corrió la cortina de terciopelo.

Una amplia habitación en forma de L. Paredes de pino nudoso, suelo brillante de baldosas marrones y verdes. No había mucha luz. Solo la de las lámparas. En la lámpara más cercana a mí, sobre una mesa baja de madera colocada a un lado, había cowboys pintados en la pantalla. Sobre las baldosas brillantes, una alfombra trenzada. A lo largo de las paredes, sillones y sofás, lámparas de pie. Pinturas como de los años treinta y cuarenta. Un barco alto con mástiles blancos en alta mar. Un lassie en medio de una tormenta de nieve que había encontrado un corderito. Pinturas exóticas de Egipto.

A la derecha, una mesa de billar bajo una lámpara colgante de cristales de colores.

Detrás de la mesa de billar, una estantería esquinera de pino nudoso con candelabros de madera en la parte superior. Libros en las estanterías.

Justo enfrente, en el centro de la L, la barra también era de pino nudoso, con cuatro o cinco taburetes. Detrás de la barra, en un mueble que no era mayor que un armario, se amontonaban las botellas. Mesas y sillas de madera alrededor. Estilo colonial. Ceniceros en forma de ruedas de carro sobre las mesas. A la izquierda, más allá de la barra, la gramola y la pista de baile.

Estaba tranquilo y hacía calor. Solo la música de la gramola y murmullos de conversación. El impacto de las bolas de billar. Unos veinte o treinta hombres. Emparejados. Hombres bailando juntos como hombre y mujer. Dean Martin cantaba
«You're
Nobody Till Somebody Loves You» y todos cantaban bajito.

Cuando terminó la canción, los hombres dieron las gracias a sus parejas, volvieron a sus mesas, bebieron un sorbo de su copa, encendieron un cigarrillo. Cuando empezó a sonar una nueva canción, «How Much Is That Doggy in the Window?», los hombres volvieron a levantarse, escogieron otra pareja o la misma, y se pusieron a bailar de nuevo, cantando bajito.

George no llevaba un vestido amarillo. Iba con camisa blanca, corbata de lazo roja y pantalones de vestir con tirantes. Era un italiano. Bailaba con un hombre que, lo juro, era clavado a mi padre por detrás.

George llevaba los pasos.

Cuando levantó la vista y me vio, cuando me miró desde el otro lado del local lleno de humo a los ojos, en ese momento cerré los ojos y traté de mirar para otro lado, pero no pude. Una ráfaga de viento, un halcón, algún pájaro grande volando bajo. Una premonición, el instinto, como quieras llamarlo. George lo vio en mis ojos.

Billie Holiday empezó a cantar la canción con que radio KSEI cerraba siempre la emisión las noches de entre semana a las nueve y media.

«I'll
be seeing you in all the old familiar places.»

George cruzó la sala, me cogió la mano, la mano dolorida, y me sacó a bailar. Todos los hombres de la pista, los hombres sentados a las mesas, hasta el camarero de detrás de la barra, se pararon a mirar. George me puso la mano derecha en la espalda, me sostuvo la izquierda en el aire.

Allí estaba yo bailando con un hombre, bailando con George.

Alcé los hombros hasta las orejas. Mis ojos no parecían pertenecerme. No conseguía hacer que miraran donde quería mirar. Miraban hacia un maldito panel de pino nudoso cuando lo que quería era mirar a George.

Lo que tenía que decir a George, debía mirarlo para hacerlo.

Los ojos de la abuela, la forma en que te miraban, sin nada entre medio.

Cerré los ojos con fuerza, respiré hondo.

George estaba frente a mí.

Pelo negro brillante, piel canela oscura bronceada por el sol,

ojos oscuros. Las barras doradas en sus ojos oscuros. Labios gruesos del color del resto de su piel. Su sudor, gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta. La parte roja del tomate que se pliega sobre sí misma donde arranca el tallo verde. Tónico capilar. Old Spice.

Conocía todo eso de George pero no desde tan cerca.

A mi derecha nuestras manos eran palma contra palma, mis dedos entrelazados con los suyos o los suyos con los míos. Mi mano tan delgada y rosada dentro de su gran mano morena. Mi pulgar, cómo se apoyaba contra su pulgar. Nuestros antebrazos también se tocaban. Su piel, mi americana marrón demasiado corta y mi camisa blanca asomando por las mangas.

Con el lento balanceo del baile, de vez en cuando le tocaba la cabeza con el ala de mi sombrero. Mi frente y mi pómulo, su pómulo y su mandíbula. Debajo de mi barbilla, mi pulgar izquierdo sobre su tirante rojo. El pulgar trató de deslizarse debajo del tirante y lo obligué a detenerse.

Bajo mi palma izquierda, algodón blanco almidonado y el hombro de George.

La tenue luz de la lámpara sobre su pómulo. Su oreja. La respiración de mi nariz en su oreja. Mi nariz solo a unos dedos del lugar donde se juntaban su nuca y el cuello de su camisa blanca.

Mis labios estaban aún más cerca.

El olor a almidón, plancha y algodón. Aliento caliente, tabaco, ginebra y lima.

La mano de George en mi espalda, el meñique justo en la parte superior de la raja de mi culo. Todo mi lado izquierdo estaba apoyado contra su lado derecho.

Con el lento balanceo del baile, por ese lado, nuestros muslos se juntaban, se separaban, volvían a juntarse.

Y más abajo algo, suelto y lleno.

«I'll be seeing you in every lovely
summer's
day.»

Solo George, yo y Billie Holiday bailando lento y muy juntos.

Lo vi venir desde muy lejos. Su cabeza estaba totalmente inmóvil, sus ojos en mis labios. Sus labios juntos separándose poco a poco al abrirse. Un descenso tan lento y grácil, la forma en que

sus labios se posaron justo sobre los míos, henchidos, firmes y blandos al mismo tiempo.

Roce de pelo duro. Su lengua en mi boca, una perfecta inhalación por la nariz. Fue una especie de desmayo. Algo en George también se desplomó. O lo hicimos los dos. Quién sabe, en ese momento, no habríais podido distinguirnos al uno del otro.

Fue el beso más largo que jamás he dado.

Luego sus labios se separaron de mi boca, se deslizaron por mi mejilla hasta mi oreja.

La lengua de George en mi oreja. Éramos corazón con corazón, cadera con cadera, muslo con muslo, dos buenas paradas.

Eché la cabeza hacia atrás, apreté la frente contra la de él.

Sus ojos oscuros se llenaron. Le rodaron gruesas y grandes lágrimas por las mejillas.

Rig, susurró.

Luego: ¿Te llaman Rig?

Sabes que quería mucho a mi abuela.

Los latidos de mi corazón. Mi respiración. Ya me conocéis. Labios de goma. Estaba todo por decir, pero no pude decir una palabra.

Sosteniéndole la mirada mientras hablaba, le toqué los labios con mis labios.

Me ha dicho tu abuela que te dijera, susurré, que tu nombre estaba en su boca.

Tu nombre indio.

En la pista de baile, en La Puerta Trasera, con Billie Holiday, no había duda, yo era lo único que sostenía a George Serano.

Un propósito en la vida sobre el que moldear tu vida.

Me erguí, alto y fuerte, y lo dejé caer. Su cara contra mi pecho. Me agaché y deslicé un brazo por detrás de sus rodillas dejando que las piernas colgaran sobre él. Un gran esfuerzo, y levanté a George en mis brazos.

No tenía adonde ir, no conocía ningún lugar, ningún lugar sólido y silencioso en el mundo. De modo que me quedé allí, con George en brazos, pino nudoso allá donde miraba, rodeado de hombres que nos observaban. Me quedé allí. Construí dentro de mí ese lugar sólido y silencioso en el mundo y me quedé allí.

Me quedé allí mucho rato, con George en brazos, hasta que se

tranquilizó.

En la puerta de la cabaña de la abuela, cuando George alargó la mano para tirar de la puerta mosquitera verde y a continuación giró el picaporte, Bonanza no ladró. Dentro, la luz de la bombilla hacía brillar todo.

La camisa de George, tan blanca.

Rodeó la mesa. Sus pasos, zapatos italianos sobre las tablas de madera. Yo estaba justo detrás de él. Dejé en la mesa mi sombrero de copa chata.

La abuela yacía sobre su suelo de madera reluciente, doblada sobre sí misma.

George cayó de rodillas. Muy despacio puso las manos en los hombros de la abuela, se los levantó, le apoyó el cuerpo contra el esmalte verde de la estufa. Muy despacio puso las manos en las mejillas de la abuela. Le irguió la cabeza con sus dedos delgados.

Detrás de la cabeza de la abuela, el esmalte verde de la estufa. Majestic.

El pelo blanco le caía por la cara. George se escupió en las manos, las posó sobre la cabeza de la abuela y le peinó su largo pelo apartándoselo de la cara.

George tenía los ojos oscuros centelleantes, la mirada de un niño, sin nada entre medio. Empezó a cantar bajito. Una canción india que se parecía mucho a un llanto.

Mientras cantaba, en la noche tan silenciosa, juro que oí el viento en el cedro.

George cogió a la abuela por debajo de los brazos, yo lo hice alrededor de los mocasines Minnetonka, y entre los dos la levantamos. Piel, huesos y un vestido de algodón. La dejamos sobre la colcha de Pájaros del Trueno que cubría su gran cama de latón. Le estiramos los brazos y las piernas. Le arreglamos el pelo.

Del baúl que había al pie de la cama George sacó una manta de Pendleton azul, rosa y amarilla. Le ayudé a doblarla sobre la abuela. George la alisó, sacó los brazos de la abuela y los puso encima.

Encendió la lámpara de queroseno, abrió la ventana de la cocina y la colocó en el alféizar. Abrió la puerta, abrió la ventana que había encima de la cama. Entró en su habitación y abrió la ventana.

Luego algo más del baúl. Un manojo de hierbas a las que prendió fuego. Cuando las olí, las reconocí como salvia. George llevó la salvia ardiendo por toda la casa. Cantaba en indio mientras esparcía el humo por todos los rincones de la casa de la abuela.

Cuando llegó a Bonanza, se detuvo.

En su cama de Pendleton Bonanza parecía dormido. Pero no dormía. George le puso una mano en la cabeza.

George se tumbó allí mismo en el suelo y dejó escapar largos aullidos y gemidos, como aquel día bajo el sauce. Ruidos que yo no sabía que podía hacer un ser humano.

Me acerqué a la silla de respaldo alto de la cocina. La aparté de la mesa. Me senté a la mesa de la abuela, mi lugar favorito en todo el mundo.

Con un llanto así no puedes evitarlo. También lloré.

Tardó mucho, pero cuando George paró de llorar, paró de verdad. Se levantó, se secó los ojos y se sonó, y salió. Cuando volvió lo hizo con los brazos llenos de ramas de cedro. Las colocó alrededor del cuerpo de la abuela. También puso velas. Una encima de la máquina de coser, junto a su cabeza, y otra en el baúl, a sus pies.

La abuela estaba realmente hermosa en su cama de latón bajo la Pendleton azul, roja y amarilla. A su alrededor estaban todas las ramas de cedro, ramas de sus antepasados. Por encima de ella, en la pared, las fotografías. El reflejo de las velas en sus caras, en sus ojos. El olor a cedro y a humo de salvia.

Los ojos de George parecían más dulces. Quiero decir que estaba *difrente*. Tuve la sensación de que a mi lado tenía a otra persona. Alguien a quien apenas conocía.

Al otro lado de la pared de la cama de la abuela está la de George. Es una cama sencilla de hierro, con una Pendleton negra y gris encima. En la habitación, al lado de la cama y la ventana, hay un tocador. Encima del tocador, un cenicero de cristal azul. En la pared, un espejo redondo. Otra bombilla colgando que brilla mucho.

George se sienta en la cama. Chirrían los muelles. Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas. Yo no sé dónde meterme, qué hacer. Todo lo que sé es que quiero estar cerca de él. Me siento también en la cama. A la distancia de un brazo extendido. Chirrían los muelles. En el bolsillo de la cazadora está el paquete de Camel de George. Todavía queda un cigarrillo.

Lo enciendo, doy una calada, se lo paso a George.

Fumar es rezar, digo.

George lo coge. A través de sus labios, por la nariz, una bonita inhalación.

Gracias, dice.

Te quiero, dice.

George me pasa de nuevo el cigarrillo.

Nuestros dedos se tocan.

El humo, la oración en mis pulmones, amo tanto a Dios en ese momento.

Lo sé, digo. Me lo ha dicho la abuela.

¿Sí?, dice. ¿Qué más te ha dicho?

Se ha muerto riéndose, digo.

Por un momento creo que George va a empezar de nuevo. Pero no llora. Se le hincha el pecho y se le ponen los ojos vidriosos, pero no llora.

Cuando habla, sus labios son de goma.

Es un marronazo, dice. Ser como tú y yo. Hombres que quieren a hombres. Lo he odiado toda mi vida. He tratado de acabar con ello. Casi maté a un par de mujeres tratando de acabar con ello. Lo siento por ti, Rig. No va a ser fácil.

No lo sé, dice. A lo mejor yo puedo ayudarte.

Da una profunda calada al cigarrillo. El humo se eleva hasta la bombilla. El humo en la bombilla es un olor totalmente nuevo en la habitación.

Solo hay algo más duro que nacer indio, dice, y es nacer marica.

Me sujeta por el hombro. Me atrae hacia él como hizo esa mañana, hace solo dos días, en la parte trasera del camión. Chirrían los muelles. En un instante estoy sentado a su lado, tan cerca de él como cuando bailábamos.

Bajo la luz brillante, por donde mi hombro está en contacto con su brazo, siento un calor profundo. Mi cara de cerca, mi nariz, mis

labios, su camisa blanca almidonada, el olor de sus axilas, gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta, todos los olores, esa parte del tomate, tónico capilar, Old Spice, nuestro aliento, el cigarrillo de acá para allá, el círculo de nuestra conversación. Si esto es lo que significa se marica entonces es una oración.

No sabía que los hombres podían querer a otros hombres, digo. No hasta que lo ha dicho la abuela. Cuando me ha dicho que me querías, en cuanto se lo he oído decir, lo he sabido.

No me paro a pensar. Sigo adelante.

Te quiero, digo.

George me coge la pierna, me la pone sobre la suya.

Lo sé, dice.

¿Cómo lo sabes?, digo.

En la Puerta Trasera, dice. Te ha oído todo el bar.

Joder, digo.

Luego me estoy riendo, pero George no se ríe. Ni siquiera esboza una sonrisa. George sabe reír, pero nunca sonríe. La abuela ha muerto riéndose.

Tengo el pulgar debajo del tirante de George. Se lo bajo.

El apaga el cigarrillo en el cenicero de cristal azul.

¿Tienes más tabaco?, pregunta.

En el bolsillo de la americana, la bolsa de plástico con porros.

No, digo. Pero tengo esto.

George coge un porro, lo sostiene en la mano, le da vueltas entre el pulgar y el índice, se lo lleva a la nariz. Arquea una ceja.

Me lo devuelve.

No, gracias, dice. He dejado los porros, dice. También he dejado de beber.

¿Cuándo lo has dejado?, digo.

Ahora mismo, dice.

¿Estás seguro?, digo.

Sí, dice George.

¿Cómo lo sabes?

El Pájaro del Trueno, dice George. Esperaba y esperaba, y por fin ha ocurrido. El Pájaro del Trueno ha volado hasta mí y me ha enseñado lo que estaba esperando.

Se golpea una vez el pecho con la palma abierta.

He sentido al Pájaro del Trueno aquí dentro, dice.

¿Cuándo?, digo.

Hace un momento, dice, en la cocina con la abuela.

La cara de George, algo en él que ha sido abierto por la fuerza.

Abre el cajón superior del tocador, mete la mano, busca a tientas hasta dar con otro paquete de Camel. Lo abro yo porque quiero que tenga las dos manos libres. Saco un cigarrillo. El mechero Bic azul de George. La llama en la punta del cigarrillo.

George da una calada, me lo pasa.

Rezar.

Esperar.

Confiar.

¿Por qué tienes esa corbata roja atada alrededor de la cabeza?, dice. ¿Has decidido hacer como los nativos?

Mi inhalación por la nariz es larga.

Puede que yo también me haya encontrado hoy con el Pájaro del Trueno, digo.

Las cejas, las pestañas y el pelo de George son del mismo color negro. Salvo por las barras doradas, sus ojos también son negros.

Un propósito en la vida sobre el que moldear tu vida, digo.

Luego: ¿Sabes una cosa?, digo. Creo que hoy también he sido un guerrero. Y esta corbata ha llegado justo cuando la necesitaba.

Le paso el cigarrillo.

Nuestros dedos se tocan.

Estoy desabrochando la corbata de lazo roja de George. Se la quito a través del cuello de la camisa.

George y yo bajamos la vista hacia mis manos. Tengo la corbata roja tirante entre ambas.

Le rodeo la cabeza con ella, hago un nudo en la parte de atrás.

George se lleva una mano a la frente, toca la corbata.

Sus ojos, los de la abuela. Dios. Me están mirando en lo más profundo de mi ser.

Guerreros solitarios del amor, dice. Por fin nos hemos encontrado.

Las palabras suenan tan ciertas que las repito.

Guerreros solitarios del amor, digo.

El resto de la noche, brazos y piernas entrelazados, la ropa medio

desabrochada, todo tiene tanto sentido, con la muerte justo al otro lado de la pared. Cada suspiro es importante, cada palabra, cada movimiento significa algo. Gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta. Besos como para hacer estallar mi corazón. George y yo nos quedamos dormidos así, acurrucados bajo la bombilla que cuelga, en la habitación trasera de la cabaña de la abuela, en la escuálida cama de George.

Cuando me desperté era por la mañana, pero no del día siguiente. Había dormido un día entero. Me apoyé sobre el codo y miré alrededor. Un cuadrado de luz de sol entraba en una habitación. Estaba solo. Al otro lado de la puerta, el extraño sonido ondulante de gente hablando indio. Mucha gente. No pude entender una palabra.

Me vestí. La puerta crujió ruidosamente cuando la abrí solo unos dedos. Las voces de todos los indios enmudecieron de golpe. Los que yo alcanzaba a ver a través de la ranura de la puerta me miraban. George estaba sentado a la mesa de la cocina de la abuela. Al principio no lo reconocí. Tenía la cabeza afeitada. Todavía llevaba la corbata anudada alrededor.

Los ojos negros de George. Levantó la barbilla como los camioneros al saludar con la cabeza.

Enseguida voy, dijo.

No tardó en traerme una taza de café con leche Segó y dos cucharadas de azúcar, y un plato azul con dos donuts. No tenía muy buen aspecto. Grandes bolsas moradas debajo de los ojos. Además estaba raro sin pelo. Cuando me dio la taza y el plato de donuts, le temblaban mucho las manos. Eso me asustó porque de pronto tuve la sensación de que no le conocía.

Cuando no me miró a los ojos, cuando no me tocó y se sentó en el otro extremo de la cama, lejos de mí, me convencí de que sus sentimientos habían cambiado y me había vuelto invisible para él.

La mañana siguiente. O la mañana siguiente del día siguiente, y los días que siguieron, no pasó gran cosa entre George y yo. Yo no sabía qué pensaba. Creo que él tampoco.

George se balanceaba de un lado para otro, mirando el cuadrado de sol. Mañana enterraremos a la abuela, dijo. Luego haremos el

reparto.

Se quedó sentado mirando la mancha de sol que tenía ante sí. Yo no pude evitarlo, seguía buscando alguna señal de que no había olvidado que nos habíamos dicho en voz alta que nos queríamos. Si al menos me hubiera mirado, me habría hecho una idea de lo que pasaba. Pero no lo hizo.

Amigos. George y yo éramos amigos.

Los indios creemos que cuando muere alguien, dijo George, todas sus pertenencias deben ser regaladas. Así su espíritu no querrá quedarse por aquí. Lo que no se regala tiene que ser quemado.

De modo que si hay algo de la abuela que quieres quedarte, dijo, es mejor que me lo digas ahora.

En cuanto George lo dijo supe exactamente lo que quería.

La pipa de mazorca de la abuela.

Iba a hablar pero no salió nada de mi boca.

En lugar de ello dije: ¿Todo el mundo se afeita la cabeza?

No, dijo George. Solo los más allegados. Y estos no suelen afeitarse la cabeza. Solo se cortan el pelo.

Alargué una mano con mucha delicadeza para tocarlo. Despacio, como un amigo, puse la mano en su cabeza. El brillo de esta en mi palma. La corbata roja.

Yo quería a la abuela, dije. ¿Puedo afeitarme también la cabeza?

Fue entonces cuando George se volvió hacia mí, sus ojos negros con barras doradas ribeteados de rojo fuego. Temblando, me cogió con fuerza la mano que yo tenía en la rodilla. Lo que dijo a continuación, lo hizo en una sola exhalación, como si creyera que si no lo decía rápido y de golpe, nunca saldría de él.

Lo que pasó la otra noche, dijo, estaba borracho. Pero hoy no lo estoy. Y si alguna vez he necesitado una copa es ahora. Pero no voy a beber. Mi abuela era todo lo que tenía, Rig. Tengo el corazón destrozado. Las personas de la habitación de al lado son mis tíos y mis primos. Han venido a ayudarme. Vamos a enterrar a la abuela de la forma tradicional y eso significa que va a haber mucha gente aquí, de día y de noche, durante los dos próximos días.

Tomó aire rápidamente, miró el cuadrado de sol. Cuando se volvió de nuevo, me miró directamente a los ojos. Nada entre medio.

Lo que nos dijimos la otra noche, dijo. Ahora, a la luz del día,

con una resaca de cojones, es igual de cierto para mí. Cada una de las palabras, Rig. Guerreros solitarios del amor, dijo, tú y yo. Después de todo este tiempo por fin nos hemos encontrado. Nos hemos acariciado. Te he besado en la boca. Y ya nunca seré el mismo. Rig, tú eras lo que estaba esperando. Antes de ti estaba muerto y enterrado, y ahora hay vida y soy libre. Dios mío, Rig, eres tan hermoso. Sé que tienes tu vida, dijo. Cosas que arreglar con tu madre, tu padre y tu novia. Yo también tengo marrones que solucionar. Llevo todos estos años esperando, y ahora que estás aquí no puedo pensar con claridad. Entiendo que quieras irte con el funeral y demás. Y no trataré de detenerte. Pero te lo digo sin rodeos. Haré lo que sea. Me arrodillaré y suplicaré. Rig, quédate conmigo, dijo. Al menos hasta que hayan enterrado a la abuela y sea el momento de irnos.

Tan repentinamente como había empezado a hablar se calló. Luego se palmoteo las rodillas, se levantó y se acercó a la puerta. La puerta crujió mucho al abrirse. Se quedó allí, entre el mundo y yo, y dijo: Me gustaría que conocieras a mi familia.

Luego hacia los indios que estaban en la habitación contigua: Os presento a Rigby John, dijo.

Me levanté, me arreglé lo mejor que pude, puse mi mejor sonrisa de chico católico, me acerqué a la puerta. George extendió el brazo y me agarró por el hombro. Me atrajo hacia él. Mi amigo, mi amante, el tipo que iba a romperme el corazón. Entré en la habitación.

El cuerpo de la abuela ya no estaba en la cama de latón. También habían desaparecido las fotos de la pared. Encima de la cama había personas sentadas. Indios. Indios alrededor de la mesa, y en el suelo frente a la nevera nueva, junto al armario.

Nadie dijo hola, o cómo estás, o me alegro de conocerte. Todos se quedaron sentados mirándome. Un hombre con un solo diente delantero sonrió tanto que me pregunté qué era tan gracioso.

En un abrir y cerrar de ojos estaba sentado a la mesa de la abuela. En la silla de respaldo alto que era mi lugar favorito. Encima de la mesa estaba la pipa de la abuela justo donde yo la había dejado, al lado de mi sombrero de copa chata.

George sostuvo la pipa en sus manos. La besó. Se inclinó ligeramente, la bajó y levantó cuatro veces, y me la entregó.

Ahí estaba. La pipa de mazorca de la abuela en mis manos. De algún modo George lo supo.

Gracias, dije. Mi voz sonó aguda.

George me desató la corbata roja de la cabeza y me puso una toalla verde sobre los hombros. El zumbido de la maquinilla y el pelo al ser cortado. Pelo dorado y castaño cayendo. Sostuve la pipa de la abuela, mi pipa, cerca de mí, al lado de mi barriga.

A mi alrededor en la cocina, indios. Hombres y mujeres, la mayoría ancianos. Los hombres con sombreros Stetson, camisas de corte occidental con botones de nácar.
Levi's,
cinturones con hebillas plateadas y botas de cowboy limpiadas a escupitajos. Colgantes de cuentas alrededor del cuello. Un tipo más joven con el pelo largo recogido en trenzas. Las mujeres con pañuelos rojos, amarillos, morados y azules alrededor de la cabeza. Pañuelos de vivos colores como plumas de pavo real. Vestidos de flores. Pendientes de turquesa, brazaletes de plata y gargantillas de cuentas. Mocasines adornados con cuentas. Todos fumaban.

George fue a buscar el bote de Barbasol, lo agitó y me cubrió la cabeza de espuma blanca.

Cuando los presentes en la habitación se hartaron de mirarme, así sin más, la vida estalló. El sonido que salía de lo más profundo de ellos. En sus caras, arrugas, ojos entrecerrados, bocas abiertas.

Un ruido tan extraño, la risa.

George me dio unas palmadas en la cabeza con Old Spice y volvió a atarme la corbata roja alrededor.

Luego, delante de Dios y de todos, me besó en la boca. Un beso que permaneció allí un rato, labios contra labios. Luego desapareció de nuevo y no volví a verlo en todo el día.

Hacia el atardecer, en la cocina de la abuela, todas las superficies estaban cubiertas de comida. Las encimeras, la mesa, la máquina de coser. En la cama de la abuela, la colcha de anillos ya no estaba y encima había una tabla de madera contrachapada. En la tabla había grandes ollas de carne guisada, platos llenos de pan que parecía tacos cubiertos de azúcar. En una fuente había una lengua de vaca hervida. Otras muchas cazuelas con alguna clase de guiso que yo no

conocía. Un gran bol de puré de patata. Un gran bol de mazorcas de maíz. Encima de la estufa esmaltada Majestic de la abuela había un montón de tartas y bizcochos. En la mesa de la abuela, una cesta llena de chocolatinas y un gran bol de alguna clase de pudin morado. Una cafetera enchufada a la toma de la bombilla que colgaba. En la encimera, al lado del fregadero, platos y vasos de papel, y cuchillos, tenedores y cucharas de plástico. En el fregadero, sobre hielo, latas de Shasta. Toda la nevera llena de
Coca-Cola,
Pepsi y Nehi Orange Crush.

Junto a la puerta, sentado al lado de un gran cubo de basura de plástico, había un anciano en el que rio había reparado. En su boina negra llevaba un colgante azul marino y blanco adornado con cuentas. Estaba inclinado sobre un bastón. Era el mismo viejo sonriente con un solo diente.

Es mejor que comamos ahora, dijo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la gente que había al otro lado de la puerta.

Cuando entren esos no quedará nada.

Luego señaló con el bastón la estufa Majestic verde.

Pastel de chocolate, dijo. Tráeme un trozo. El helado está en la nevera.

Su forma de sonreír, no sabía qué pensar de él. Le corté un trozo grande, puse una cucharada de helado de vainilla en el plato, cogí una cucharilla de plástico y una servilleta de papel. Su único diente era de los delanteros. Encías rosas por todo alrededor, como la abuela, cuando le ofrecí el plato.

En mi plato de papel me serví carne guisada, gelatina roja y un trozo de pastel amarillo. Me senté en el suelo frente al anciano, cerca de la puerta. La comida de mi plato desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Me quedé allí sentado mirando por la puerta, al tipi, los indios, el cielo y los bonitos colores de la tarde. A menos de un kilómetro de distancia mamá preparaba la cena.

El bastón del viejo me dio unos golpecitos en la pierna. Dijo algo, pero tan bajo que no lo oí. De modo que me arrodillé a su lado, muy cerca.

A tan poca distancia de su cara, la sonrisa del viejo no era solo una sonrisa. Era la cara que tenía que poner porque sufría.

Malditas piernas, dijo. Quieren amputarme los pies.

En el suelo, los dos pies vendados, gruesos y redondos.

¿Te importaría, joven, dijo, traerme una taza de café?

Tenía la voz tan suave que por un momento pensé que era una mujer.

Sin azúcar, dijo. No puedo tomar azúcar.

Yo iba a decir algo sobre el pastel y el helado, pero no lo hice. Supuse que no era asunto mío. De modo que me levanté, cogí una taza de plástico, la puse bajo el termo y la llené de café, y eché un dedo de leche Segó.

El viejo tenía las manos retorcidas, le sobresalían los dedos y los huesos en todas direcciones. Solté la taza de plástico solo cuando estuve seguro de que él la sostenía con firmeza.

Gracias, gracias. Eres un chico encantador, dijo.

El viejo hablaba tan bajo que casi susurraba. Me arrodillé de nuevo, me incliné sobre él. Era la única forma de oír algo.

¿Está bien?, dije. ¿Por qué susurra?

El viejo se irguió de golpe, echó los hombros hacia atrás. Apretó los labios.

Un anciano habla como le da la gana, dijo. ¿Dónde está el respeto?

Se me cortó la respiración.

Lo siento mucho, dije.

De pronto el viejo se tapaba la boca de un solo diente con su mano deforme y se reía.

¡Señor! ¡Los chicos blancos!, exclamó. Dios los ama.

Al hablar esta vez formó bocina con las manos, se inclinó más hacia mí, exageró el susurro.

Era una treta, dijo, para que te acercaras más.

Estaba tan cerca de mí que veía el marrón alazán de sus ojos.

Dime, dijo, ¿vas alguna vez a un local llamado La Puerta Trasera?

Su cara parecía un trozo de roca volcánica. La mandíbula, los pómulos y la frente eran superficies lisas. Todo lo demás parecían acantilados verticales.

Sí, dije. Bueno, he ido una vez.

Un lugar divino, ¿verdad?, dijo. No es de este mundo. Yo iba allí en mi juventud. ¿Todavía tienen

«I'll
Be Seeing You» de Billie Holiday en la gramola?

Precisamente la bailé el otro día, dije.

¡Oh!, dijo él. Es mi canción favorita. Junto con Patsy Cline, claro.

«Crazy», canturreó. Una voz tan profunda que apenas se oía.

Me encanta Patsy Cline, dijo. Así era como me llamaban en La Puerta Trasera.

¿Crazy?, dije.

Patsy, dijo él.

Claro que mi verdadero nombre es Matthew Owlfeather, dijo. Repíteme el tuyo.

Rigby John, dije. Klusener.

Encantado, Rigby John, dijo. Me gusta tu sombrero.

Y a mí el suyo, dije.

En los cuellos de su camisa
Levi's,
puntas plateadas con un diseño como de dos rayos; el mismo diseño en su corbatín plateado.

¿Por casualidad estás emparentado con Joe Klusener de Tyhee Road?, dijo.

Mi respiración se volvió profunda.

Es mi padre, dije.

¡¿De verdad?!, dijo Owlfeather.

La piel que le colgaba sobre los ojos se le levantó. Dentro del marrón alazán, un destello.

Tu padre era bastante tremendo en los viejos tiempos, dijo.

¿Conoció a mi padre?, dije.

El malo de Joe, dijo. No bíblicamente. Pero merodeaba por La Puerta Trasera.

¿Mi padre iba a La Puerta Trasera?, pregunté.

Siempre armando jaleo, dijo él. Él y su primo. ¿Cómo se llamaba?

Jimmy Weis, dije.

Eso es, dijo, Jimmy Weis. El Dúo Terrible.

Es una de las razones por las que ahora tiene una puerta de acero, dijo. Tu padre y su primo. La Puerta Trasera todavía tiene una puerta de acero, ¿verdad?

¿Mi padre se acostó con alguno de los hombres?, pregunté.

¡Oh!, dijo Owlfeather. Nunca cuento chismes. Y menos sobre los míos.

Los labios de Owlfeather en la taza de café. En la taza de café apareció una mancha de pintalabios.

Por favor, señor Owlfeather, dije. Dígamelo.

Inhaló el humo por la nariz a la perfección.

No sé por qué lo hice, pero me incliné y besé a Owlfeather en la mejilla. Mis labios en la anciana roca. La sonrisa de Owlfeather fue una sonrisa de verdad.

Está bien, dijo.

En su Camel, más pintalabios. Oscuro, rojo oscuro.

Técnicamente no, dijo. Al menos no con alguien que yo conociera.

Pero ya sabes lo que dicen, dijo.

Un matón hace ante todo el mundo lo que es incapaz de hacer sin testigos.

¿Cómo?, dije. Dígalo otra vez.

Un farol, dijo Owlfeather. Lo que más odia un hombre es lo que lleva en su corazón.

¿Por qué ir a La Puerta Trasera si odias a los maricas?

En ese momento empezó a entrar por la puerta toda clase de gente. Alguien debía de haber tocado la campana para avisar a comer. Todos entraron en estampida.

¿Lo ves? Te lo he dicho, dijo Owlfeather. Lías hecho bien en comer ya.

Alargó su vieja mano retorcida y me cogió la mía.

Hazme un favor, ¿quieres?, dijo.

Claro, dije.

Mi mano dentro de la de Owlfeather, suave y tersa.

Cuando te acuestes con George esta noche, dijo, ama tu cuerpo.

Lo que dijo a continuación apenas se entendió de lo fuerte que se reía.

¿Qué?, dije.

Hazlo mientras seas joven y tengas energía. Folla hasta perder el sentido.

Fuera había gente por todas partes sentada en sillas o de pie. La luna se reflejaba en objetos de plata, dientes blancos, plumas blancas, cuentas blancas de pendientes, gargantillas y collares. Dentro del tipi, el fuego ardía bajo y las sombras eran largas. La cola avanzaba de izquierda a derecha. El ataúd de la abuela estaba en el extremo norte, rodeado de flores. En el extremo sur había un grupo de personas sentadas en sillas. George era una de ellas. Apenas se le veía entre la gente. Llevaba su traje italiano, la corbata roja alrededor de su cabeza afeitada.

La mujer que tenía ante mí en la cola cogió las manos de la abuela. Le dijo cosas en indio. Cuando me tocó el turno, acaricié el pelo liso y suave de la abuela.

La única parte del ataúd de pino que se veía era la base. En un soporte junto a su cabeza había una vela y un jarrón alto lleno de flores silvestres: margaritas y manzanilla, mostaza silvestre, cardos, narcisos, lilos, rosas silvestres amarillas, pinceles indios, salvia blanca y lilas. Más flores también en una corona de rosas rojas sobre un soporte, con una cinta en la que se leía «TE QUEREMOS, ABUELA». Ella tenía el pelo recogido por detrás en un moño. Llevaba un vestido de ante. Rosas bordadas con cuentas debajo de la clavícula. Dentro del ataúd, alrededor de la abuela, estaba su colcha de anillos, en cada anillo el diseño del pájaro estilizado, el Pájaro del Trueno. Al otro lado de la tapa del ataúd de pino, una manta amarilla, marrón y naranja, y un chal de flecos azules con nudos. En la tapa había fotografías de la abuela. Un hombre con uniforme de la guerra de la Revolución y gorra militar al lado de una mujer con el pelo recogido por detrás y un chal sobre la cabeza. Una foto de una niña frente a una cabaña de troncos. Miré de cerca y era la cabaña de troncos de la abuela. Los chopos lombardos le llegaban a la rodilla. Dos o tres personas que parecían que estaban muertas. Una foto de la abuela sentada en los tocones de chopo lombardo frente a la puerta mosquitera verde.

La vela le iluminaba la cara de tal modo que si entornabas los ojos parecía sonreír.

Cuando llegué hasta George, le di la mano. Él se levantó de su silla plegable, me dio un fuerte abrazo y se separó. Me puso las manos en los hombros. Debajo de sus ojos, la piel era un círculo blanco perfilado de morado oscuro. Tal vez solo era la luz del fuego,

o las sombras, tal vez era su cabeza rapada. Fuera lo que fuese, tenía bastante mal aspecto.

Pareces muy cansado, dije.

Parezco sobrio, dijo George.

Bien entrada la noche, me desperté de un sueño profundo. George apartó la manta de Pendleton y se acostó a mi lado, piel contra piel. Era una noche calurosa, pero su cuerpo estaba helado. Temblaba todo él. Se acurrucó contra mí, se deslizó bajo mi brazo. Hacia el este comenzaba ya a clarear.

Abrázame, Rig, susurró. Abrázame fuerte.

Me acerqué a él y acoplé mi cuerpo al suyo. Empecé a hablar de ese día y de todo lo que me había ocurrido a lo largo de ese día, pero George no tardó en respirar profunda y acompasadamente, y a roncar.

Tenía una pierna suya encima de las mías, un brazo alrededor de mi pecho, su polla y sus huevos contra uno de mis muslos. Una magia tan poderosa estar cerca de un hombre, de George. Su respiración era lenta y pausada. Pero tumbado a su lado yo sabía que él estaba más que dormido. Estaba muy lejos.

Dónde estaba mi amigo George, no podía saberlo.

Toda la noche se oyó soplar el viento a través del cedro, los antepasados de la abuela, cantando, llorando y cantando. No pegué ojo.

Al amanecer, los pollos y el gallo empezaron a cantar. Enseguida se oyó gente hablar y reír, toser. Alguien se tiró un pedo muy sonoro. Hacia las siete, cuando el sol nos daba en los ojos, George me apartó el brazo y se sentó rápidamente. Toda su espalda desnuda y larga hasta la raja del culo. De la cocina llegaba el olor a beicon y a café.

George todavía llevaba la corbata roja alrededor de la cabeza pero toda torcida. Debajo de los ojos tenía una medialuna blanca ribeteada de morado. El blanco de sus ojos estaba rojo.

¿Sabes manejar una pala?, dijo.

Me miró las manos, luego de nuevo a los ojos. Bien, dijo. Tenemos una tumba que cavar.

En el cruce de Quinn Road con Tyhee Road, si torcíamos a la

derecha, a menos de un kilómetro estábamos en la casa de mis padres. Mamá en la cocina con su vestido rojo de andar por casa removiendo algo en un bol. Papá en el taller de máquinas sin su Stetson, trabajando en la cosechadora. Pero George y yo, y nuestras palas en la parte trasera de la vieja camioneta de alguien, no torcimos a la derecha; torcimos a la izquierda y seguimos por Sheepskin Road hasta llegar a la meseta donde el terreno empieza a descender hacia el valle.

George y yo en medio de la nada. Ningún árbol. Solo arena y artemisa, y verdolaga aquí y allá. Liebres americanas por todas partes. El sol de agosto y el viento de Idaho. George con su sombrero de cowboy, sus
Levi's,
sus botas de cowboy y una mochila. Yo con mi sombrero de copa chata, mi camiseta, los pantalones del traje y los zapatos de domingo. Los dos con una pala al hombro.

Ahí estábamos George y yo, solos en medio de la reserva, en medio de todo ese rojo, en medio de Idaho.

Junto a una cerca de alambre de espino nos detuvimos. George abrió una verja y la cruzamos. Empujó el poste de la verja con el hombro y pasó un alambre alrededor de él, y la verja quedó bien sujeta. George entendía de verjas.

No hay que dejar salir a los espíritus, dijo George.

A medida que caminábamos empecé a comprender. Montones de piedras, cuentas brillantes, de vez en cuando una lápida de mármol. George y yo estábamos en el cementerio Sandy Hill.

Al lado de una de las artemisas más grandes que jamás había visto, más alta que yo, George hundió la pala y removió la tierra arenosa. Dio dos zancadas hacia el oeste y cavó otro hoyo. Una zancada hacia el norte e hizo otro hoyo. Luego dos zancadas hacia el este, una al norte del primer hoyo, y el contorno de la tumba quedó trazado.

Nos pusimos manos a la obra. No hablamos. George cavaba por su lado, yo por el mío. Arrojábamos la tierra hacia el sur. Con el otro extremo de la pala rascábamos las paredes del hoyo. Mientras yo cavaba, George arrojaba la tierra fuera. Cavando, arrojando, cavando, arrojando. Así continuamos durante muchísimo tiempo. Como si fueran las Olimpiadas para cavadores de hoyos, y George y

yo estuviéramos en el equipo de Idaho. Me olvidé de mi mano dolorida. Hay algo muy agradable en forzar el cuerpo de ese modo. Tenía tierra dentro de la nariz y en mi propio sudor, y George, el glorioso George, era gamuza y pedernal en la pared posterior de mi garganta. Palada tras palada, cavando, arrojando la tierra fuera. Cada vez más deprisa.

No hay nada mejor en el mundo que cavarte a ti mismo un hoyo.

Al final, cuando estábamos a un metro de profundidad, tuve que parar.

Me apoyé sobre la pala. Respiraba como un caballo de carreras.

Fue entonces cuando lo vi, el rectángulo donde descansaría la abuela durante toda la eternidad.

La abuela durante toda la eternidad en ese hoyo. No me extrañaba que George estuviera tan lejos.

El sol estaba alto sobre nuestras cabezas, y la única sombra, la de la artemisa, no se proyectaría sobre la tumba antes de una hora por lo menos. La camiseta de George estaba totalmente empapada. A su alrededor, en la tierra, caían gotas de sudor.

Me quité el sombrero y me pasé una mano por la cabeza. El sol sobre mi cabeza afeitada pegaba fuerte.

Una inhalación profunda.

¿Qué hay de tu padre?, dije. ¿Va a venir al funeral?

George alzó los hombros, pero no se detuvo. Clavó la pala en la tierra, la hundió más con el pie, se inclinó, la levantó y arrojó la tierra al montón.

Un metro de profundidad y seguíamos.

No, dijo. No es un funeral mormón, así que no va a venir.

Caramba, dije.

Las paladas de tierra volaban por el aire, del hoyo al montón.

¿Vas a ir a verlo? ¿Después del funeral de la abuela?

George continuó cavando. No se detuvo ni un momento.

La sensación en los brazos que significa impotencia. Era como esos días en el campo de heno, solo que esta vez era George quien presionaba para terminar el trabajo.

Luego: El viejo de un solo diente, dije. Matthew Owlfeather. Me dijo que mi padre iba por La Puerta Trasera.

Eso lo hizo parar. Se apoyó en la pala.

¿Es coña?, dijo.

Me asustó lo mucho que deseaba ver sonreír a George. No había duda, pasaba algo.

Me toca a mí, dije.

Salté dentro del hoyo.

No, dijo George, gracias. Necesito hacer algo.

Siguió moviéndose. Le temblaban todos los músculos del cuerpo.

Puse una mano en su hombro tembloroso.

¿Cuánto dura?, dije. ¿Después de que has dejado de beber?

George miró hacia otra parte, miró al suelo, miró todo menos a mí.

Días, semanas, dijo. Toda una vida.

Pero estos temblores, dije.

George levantó las manos y se las miró.

No lo sé, dijo. Nunca los he tenido. Al menos nunca me los había visto.

En el hospital, dijo. ¿Temblaba tanto?

No me detuve a pensar.

Aún más, dije. Estabas como loco. Gritando y llorando.

George se apoyó en la pared del hoyo.

No me extraña que me odiaras, dijo.

Solo el viento. Arena mezclada con la tierra, el ruido de la arena. Detrás de George, un conejo de cola blanca se metió dentro de un pequeño claro. Salió de un salto.

Fue la primera vez que oímos truenos esa tarde.

¿Has traído agua?, dije.

George no dijo nada durante un rato. Se limitó a quedarse apoyado contra la pared de la tumba. Agarraba con fuerza el mango de la pala.

Luego dijo: En mi mochila.

Dentro de la mochila, una botella de cristal verde en la que se leía «THUNDERBIRD». Al lado del tapón, un aro de cristal del tamaño de un dedo. Desenrosqué el tapón y olí el líquido que había dentro de la botella. Me la llevé a los labios. Era agua.

George bebió un largo sorbo, le cayó agua por las comisuras de los labios. Cuántas veces había visto subir y bajar su nuez.

Cuando terminó, bebí yo. Agua fría. Rezaba al agua fría. Rezaba a los antepasados de la abuela. Rezaba al Pájaro del Trueno. Ayuda

a mi amigo.

Me sequé la boca, volví a enroscar la tapa, dejé la botella a la sombra de la artemisa. Me alejé como si quisiera mear.

Arrodillado en el suelo, cogí un puñado de tierra. Hice la señal de la cruz.

Por si acaso.

Si el Pájaro del Trueno no escuchaba, tal vez lo hiciera otro.

San Jorge, dije. Matador de dragones, dije. Reza por nosotros.

George seguía cavando frenético cuando volví al hoyo.

¿Qué tal un cigarrillo, George?, dije.

Él dejó de cavar. Se irguió, arqueó la espalda, levantó la vista hacia mí. El hoyo le llegaba a las axilas.

Tal como estábamos, yo era metro y medio más alto que él.

Clavó la pala en la tierra y la hundió con el pie, luego se inclinó, levantó la pala llena de tierra y la arrojó sobre el montón.

Más truenos. Tan bajos que los sentía en los pies.

Una inhalación larga y realmente honda.

¡George!, dije. Dime qué te pasa.

La forma en que George curvó el labio hacia arriba. Qué fácil era tenerle miedo. Su pala salió volando del hoyo.

Siéntate, dijo.

Yo, que había sido acusado de hacer todo lo que se me decía, no me senté, me quedé allí de pie.

¡Siéntate, joder!, gritó George.

Dentro de la fosa, dio unas palmadas en el suelo al lado de mis pies, justo en el borde. Me senté con las piernas colgando por dentro.

George se quitó el sombrero, me abrió las piernas, se colocó entre ellas, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él. Amé tanto a Dios en ese momento.

George y yo nos quedamos así sentados largo rato. Los temblores pasaban de su cuerpo al mío. Luego él me levantó la camiseta con los dientes y apretó los labios contra mi barriga. Con cada círculo que trazaba con la lengua yo volvía a perder el aliento.

El pelo de la cabeza de George era tan áspero como el pelo de bigote y barba. Me caía sudor por el cuello, por el pecho, de las axilas.

Cuando por fin habló, tenía la frente en mi ombligo, la barbilla y

la boca apoyadas en mi entrepierna.

No estoy temblando solo porque estoy sobrio, dijo. Por primera vez en mi vida tengo miedo.

Es la abuela, es cierto, dijo. Y es esta puta fosa que estamos cavando. Es toda la gente y el funeral.

Pero, en realidad, dijo, es no saber qué va a pasar luego.

Antes no me preocupaba por eso, dijo. Estaba tranquilo. Iba por la vida fumando, rezando y confiando, lo que pasaba pasaba.

Estaba seguro de mí mismo, dijo. No tenía preocupaciones. Sabía lo que me hacía. Esperaba al Pájaro del Trueno. Solo yo y las rodadoras del desierto.

Pero ahora que el Pájaro del Trueno está aquí, dijo, ahora que ese espíritu entra y sale de mi corazón, todo ha cambiado. Todo es una jodienda.

Frágil, dijo. Estoy hecho polvo por tu culpa.

Ahora que te quiero, dijo, tengo tanto que perder.

Cuando me he despertado esta mañana, dijo, sabía que estaríamos solos los dos aquí. Qué contento me he puesto al principio. Pero luego me he acojonado.

Rig, dijo, nunca he tenido relaciones sexuales sobrio. Nunca he tenido relaciones sexuales enamorado. Y tener relaciones sexuales contigo lo hará imposible, dijo. Y sin embargo sé que tengo que irme.

El Pájaro del Trueno te da lo que quieres, dijo George. El corazón me late con fuerza, no logro recobrar el aliento. El Pájaro del Trueno pasa una y otra vez, y todo lo que puedo hacer es temblar.

Las cosas más pequeñas —nubes, saliva, tierra— son pequeños milagros.

A veces el mundo es tan hermoso que duele.

A ratos te miro y creo que voy a morirme.

Lo que lo hace aún peor, dijo.

Si tú y yo folláramos no sería solo sexo, dijo George. Tú eres como yo. Esto se convertirá en tu estilo de vida.

Es una putada, Rig, dijo. Una vida que no desearía ni a un perro.

Parte de mí quiere devorarte, dijo. La otra mitad quiere echar a correr y esconderse. Pero no hago ni una cosa ni la otra.

Todo lo que puedo hacer es temblar, dijo.

Córrete en mi boca, dice George.

Mis zapatos de los domingos están en el suelo. George me está quitando los calcetines. Me desabrocho los pantalones, bajo la cremallera, George está tirando de ellos. Mi camiseta por la cabeza. La camiseta de George por la cabeza. Meto los pulgares dentro de los calzoncillos. Cuando vuelvo a sentarme, noto el culo desnudo sobre la tierra arenosa.

No cierro los ojos.

Deslizo la polla dentro de la boca de George. El mundo se vuelve espeso y lleno. Hundo la polla hasta el fondo de su garganta, la saco, sus labios y su lengua justo en la punta. Su succión hace que empiece el goteo. El sol brilla sobre la cabeza de George; le sostengo la cabeza, una bola de cristal. El pelo duro de sus labios y su barbilla. Áspero y liso, sol y lluvia. Aprieto el culo contra la tierra.

Arqueo la espalda, le rodeo la cabeza con las piernas y las cruzo detrás. Despacio, todo muy despacio, los latidos de mi corazón, el retumbar del trueno, su lengua dando vueltas y más vueltas, el relámpago que resquebraja el cielo.

No estoy seguro de si debería decírselo. Lo que está saliendo desde abajo de todo hacia arriba. Y lo deprisa que lo hace, y cuánto.

Luego la tierra se mueve, y miro, y ya no estoy sobre la tierra, estoy en el aire sobre los hombros de George. Mis manos, que le han agarrado la cabeza con fuerza, emprenden ahora el vuelo como un gran pájaro volador. Un pájaro chillón. Muevo las caderas contra la cara de George de tal forma que lo atraigo hacia la pared. Me voy volando, volando hacia el sur y aterrizo en el montón de tierra. Está húmeda solo por la superficie. Estoy cubierto de barro. Me dejo rodar hasta caer en la tumba encima de George.

George tiene la piel húmeda, la cara, la cabeza. Me estoy riendo tan fuerte. Ese extraño ruido sale de mí. Aprieto la boca contra la de él y me río dentro. Estoy sentado a horcajadas sobre su pecho y cuando bajo la vista mi polla sigue goteando. Detrás de mi polla, de mis huevos, la polla de George está hinchada y dura, y apunta hacia mi culo. Sé que dolerá, y quiero que duela, y me meto la punta de su polla justo por detrás y empujo.

Tal vez es el barro y la lluvia. La polla de George se desliza despacio y segura hasta el fondo. El pájaro vuelve a ser un pájaro

chillón. Abofeteo a George con fuerza, una mejilla y luego la otra. Está embistiendo con fuerza. Fuego en el ano. Lluvia en la cara. Rasco las paredes de barro con las uñas. No hay nada mejor en el mundo que cavarte un hoyo.

George tiene una expresión salvaje y transparente, eufórica y libre. Casi está sonriendo.

Lo siento dentro del pulso que le sacude el cuerpo.

Saber que se está corriendo basta para que empiece a correrme yo. Un largo chorro que sale disparado de mi polla y cae en su cuello.

Finalmente, le he clavado los dedos en la nuez.

En el fondo de una tumba con un dedo de agua, en un charco de barro. Parte del barro huele a mierda. La lluvia que cae es tan suave como lo es el mundo entero. Brazos y piernas y brazos y piernas. Tengo las manos ahuecadas en los huevos de George. No hay nada entre medio. George y yo nos miramos a los ojos.

Solos por fin, dice él.

Y no estamos haciendo fardos de heno, digo yo.

Estamos follando, no peleando, dice George.

Haz el amor y no la guerra, digo yo.

Guerreros solitarios del amor, dice George.

Todas estas tormentas de verano, digo yo.

El Pájaro del Trueno aún no ha terminado con nosotros, dice George.

¿Qué quedará de nosotros cuando lo haga?

Se ha abierto un ojo que ahora debe observar, dice George.

Tienes que irte, ¿verdad? No hay nada que te retenga aquí.

Luego digo: Yo también.

Pero ¿adónde podemos ir?, dice George. ¿Ahora que estamos aquí?

Truenos y relámpagos alrededor. George y yo encallados en el fondo de una tumba. Solo nuestra respiración entrando y saliendo.

¿Tu padre no está en tierra apache?, digo. O podrías ir a Italia a ver a tu madre.

¿Y tú?, dice George.

Apoyo la cabeza en el suelo y trato de mantener los ojos abiertos

bajo la lluvia.

Si vas a San Francisco, digo, asegúrate de llevar flores en el pelo.

Esperaba que el funeral fuera algo desenfrenado con indios vestidos con trajes tradicionales cantando y bailando la danza del aro y tocando el tambor. Pero no tuvo nada que ver con eso. Dos tipos se acercaron al ataúd de la abuela y lo cerraron, con la abuela y todas sus pertenencias dentro. Qué sencillo fue cerrar la tapa. Me dejó sin aliento.

Matthew Owlfeather, sonriendo con su único diente, prendió fuego a la salvia blanca y a una rama de cedro. Levantó la cara al cielo con los brazos abiertos. La canción que entonó fue un aliento humano más que respirar a través de las ramas del cedro del árbol de los antepasados de la abuela. Dulce y triste. Por encima de nuestras cabezas el cielo era inmenso con nubes ondulantes blancas y plateadas. En la parte inferior de las nubes, franjas amarillas. Llovía poco y de forma intermitente. De vez en cuando asomaba el sol.

A lo largo de todo Sheepskin Road se extendía una hilera de coches aparcados. Puede que hubiera unas cien personas de pie en el cementerio de Sandy Hill. El ataúd de pino de la abuela estaba en la parte trasera de una camioneta Ford amarilla nueva. La camioneta entró en el cementerio de Sandy Hill, hizo un cambio de sentido en tres maniobras y dio marcha atrás hasta la tumba. George abrió la puerta trasera, y entre él y otros cinco hombres sacaron el ataúd de pino y lo llevaron a la tumba. Bajaron el ataúd con cuerdas. El hoyo era lo bastante grande para el ataúd de la abuela. Sobraba espacio alrededor.

Luego bajaron otro ataúd de pino, bajo y cuadrado, con un viejo perro amarillo llamado Bonanza dentro, y lo colocaron a los pies de la abuela.

Cuando arrojamos la tierra sobre los ataúdes de pino, no pude evitar pensar en que la abuela sonreía hacia donde George y yo habíamos follado. Toda la vida y el amor, el sudor, las lágrimas y el semen estaban dentro de ese hoyo.

Deseé una última morada como esa para mí.

De nuevo en casa de la abuela, tuvo lugar el reparto. Cada cacharro de cocina de la abuela, la cafetera, las tazas de peltre, cada mueble, la cama, el somier y el colchón, las sábanas, las almohadas, la mesa y las sillas, la máquina de coser, el cuadro de flores, el armario, toda la ropa blanca y las mantas del armario, el baúl de la abuela, todas las mantas de Pendleton del baúl. La manta de Pendleton de Bonanza. La lámpara de queroseno. La nevera nueva de la abuela. La estufa Majestic de esmalte verde. Las cortinas de las ventanas, las cortinas del mueble de debajo del fregadero. La cama de George, su tocador, el espejo redondo de la pared. El cenicero de cristal azul.

Los pollos, los huevos, los dos fardos de paja de la abuela, las cacerolas de porcelana que colgaban en el cobertizo.

Todo. Hasta las dos bombillas.

Desmontaron el tipi, enrollaron la lona, amontonaron los palos en una camioneta y se los llevaron.

Mientras la gente se iba, llevándose consigo los bienes materiales de la abuela, George se quedó de pie donde había estado el tipi, al lado del fuego que ardía lentamente. En las manos tenía un gran rollo de billetes de dólar. Dio un billete de dólar a cada persona y guardó el último para mí.

Hacia el atardecer estábamos solo George y yo en la casa vacía de la abuela. La luz que entraba por las ventanas y se reflejaba en el suelo brillante. Los lugares donde habían colgado los cuadros. El tubo de la estufa, colgando torcido. Los arañazos en el suelo donde habían estado la mesa y las sillas. Las cuatro hendiduras que había dejado la cama.

George recorrió las habitaciones pegado a las paredes. Tocó todo lo que pudo. Cuando llegó a la caja de empalmes que estaba al lado de la puerta, abrió la puerta metálica y desenroscó el fusible. Se lo guardó en el bolsillo y cerró la puerta de metal.

Luego, de improviso.

¿Puedes traerme la escoba?, dijo George.

¿La escoba?, dije. No queda nada.

Está en la parte trasera de tu camioneta, dijo George.

En la parte trasera de la camioneta, una vieja escoba con las cerdas muy gastadas. Y una maleta. Una de esas maletas viejas de cuero.

George barrió la casa, cada rincón. El pequeño montón que hizo

lo recogimos con las manos. Lo llevamos a las brasas y lo arrojamos encima.

Nos aseguramos de dejar todas las puertas y ventanas abiertas. En el centro de la habitación de la abuela George me cogió de la mano. Ya no le temblaban. Llevaba su traje italiano, camisa blanca, zapatos italianos, calcetines de algodón, la corbata roja alrededor de su cabeza cubierta de pelo incipiente.

Me quitó el sombrero de copa chata. Me puso bien la corbata roja. A mí también empezaba a crecerme el pelo. Mis zapatos de los domingos estaban raspados, los pantalones del traje deformados, la americana arrugada, la quemadura de plancha seguía en el cuello de mi camisa blanca. Debajo, mis calzoncillos acartonados y una camiseta que llevaba desde hacía tres o cuatro días. Tenía una pinta desastrosa, pero podría haber sido peor.

La oración shoshone que brotó de la boca de George sonó con una voz suave y aguda, sonó como Idaho. Plata y oro al sol, el viento de los chopos un suspiro alto, hierba seca de junio. Tormentas de rayos calientes en el cielo nocturno. Camionetas dando marcha atrás y un ataúd de pino cayendo en una tumba.

Fuera, George sacó el fusible del bolsillo, lo hizo botar un par de veces en su mano y lo tiró con todas sus fuerzas a la alta hierba.

Donde había estado el tipi, el fuego había quedado reducido a cenizas y brasas. Se levantó los pantalones y se sentó como Buda. Yo me senté al otro lado de la hoguera frente a él. Puso la escoba en el fuego por el lado de las cerdas. Tras atizarlo un poco, volvía a haber llamas y a crepitar.

Se metió una mano en el bolsillo, sacó el paquete de Camel, cogió un cigarrillo, lo encendió. Inhaló el humo por la nariz y me lo pasó.

¿Se te ocurre algo, dijo, que hayamos olvidado regalar o quemar?

Repasé mentalmente todos los rincones de la casa, dentro del cobertizo, encima del cobertizo, en el corral, en el retrete exterior.

Espero que quede papel higiénico, dije.

George casi sonrió, lo juro.

¿Algo más?, dijo. He hecho la maleta, hemos barrido la casa. En

cuanto haya ardido esta escoba creo que habremos terminado.

Había algo más. Metí la mano en el bolsillo interior de mi americana, saqué la pipa de la abuela, la dejé en el suelo.

No, dijo George. Te la he regalado.

No es la pipa, dije yo.

Luego, del mismo bolsillo, saqué la bolsa de plástico con los porros. Desenrollé el plástico, saqué los porros y los puse en la palma de mi mano.

Tiré los porros al fuego con la bolsa de plástico.

El humo olía a mango de escoba, plástico quemado y marihuana. Iba a aspirar hondo pero cambié de opinión.

El viento en las hojas de los chopos, un viento que se desparramaba en lo alto. Los crujidos de la vieja madera muerta. Los ojos oscuros de George.

No tenías que hacerlo, dijo. Soy el único que lo está dejando.

Y yo he ayudado, dije.

Luego: ¿Qué hay de tu coche? Es una pertenencia, ¿no?

¡Joder!, dijo George. Mi puto coche. ¡Sigue aparcado en la ciudad!

¿Qué queda por decir de George y de mí? Poca cosa.

George abrió su billetera y de un compartimento sacó una punta de flecha negra brillante.

Grabó sus iniciales en el primer manzano: GS.

Luego yo grabé las mías: RJK.

Entre nuestras iniciales George grabó un corazón.

Esa noche no cenamos.

En el cedro, George y yo nos cogimos de la mano y saltamos. Éramos un solo cuerpo volando, gritando como locos, soltando alaridos y risitas, un largo e ininterrumpido impulso desnudo a través del cielo nocturno. Suspendidos en el aire, brazos, piernas, pollas, el agresivo impacto de la zambullida, el ruido borboteante al sumergirnos en el agua verde, lodosa y fría.

Sin bañador, el agua a mi alrededor invadiéndome del modo en que el agua lo invade todo por donde avanza. Las piernas, las nalgas, la polla, los huevos, la cascada lanzando agua contra mí, aún más agradable que el aire. Flotando a ras del fondo, mi cuerpo

deslizándose por rocas oscuras y barro, marañas de moho, brillante como una foca, alguna clase de animal marino, me estaban saliendo agallas, respiraba agua. En la oscura turbulencia, mis manos encontraron una pierna humana y luego otra, y las cogí y tiré de ellas, y, por encima, en el mundo de aire respirable, se oyó un grito, un aullido agudo que se convirtió en burbujas.

La cara de George junto a la mía a través de la oscuridad lodosa y verde, todos sus dientes. Sus ojos negros se volvieron diabólicos y trató de agarrarme, pero yo fui más rápido. Un prolongado impulso y estaba fuera del agua, la profunda bocanada de aire una maravillosa sensación de plenitud en el pecho. En un abrir y cerrar de ojos, el brazo de George alrededor de mi cuello. Luego deslizó su otro brazo por detrás de mis rodillas y me levantó.

No podíamos parar. Juro que follamos hasta perder el conocimiento, la vieja tabla casi se partió.

Esa noche, bajo los chopos, y luego arriba y más allá de ellos, la luna y las estrellas. Tumbados en nuestra estera, George y yo no podíamos parar de tocarnos.

A la mañana siguiente no hay pollos, ni gallo, ni olor a café o a beicon frito. No hay ninguna cacerola de porcelana en la que ver reflejada la luz del sol. Solo hay el papel higiénico suficiente.

El fuerte ruido de metal contra metal de la puerta de la camioneta. Me subo, George se sube. Arranco el motor. La camioneta se pone en marcha sin problema. Meto la marcha atrás. Recorremos el camino de la casa de la abuela, pasando por delante del tanaceto y la bardana, por delante de los cardos, la manzanilla y la alfalfa de flores purpúreas. En Quinn Road torcemos a la derecha, luego a la izquierda. Dejamos atrás el campo de Hess.

Es la primera vez en mucho tiempo que pienso en mi padre.

En la gasolinera Sinclair de la calle Cinco Este tengo suficiente dinero para llenar el depósito. No gasto el dólar de George. George entra para cagar. Luego voy yo. El olor del retrete después de que él salga. Un olor como el sabor de su semen, como el olor de sus axilas, gamuza y pedernal en la pared posterior de la garganta.

Cuando vuelvo a la camioneta, George tiene en las manos dos tazas de café, dos donuts glaseados y un periódico, el *Idaho State*

Journal. Deja algo en mi regazo.

Lo cojo. Es un mapa de Nevada y California.

También hay una margarita amarilla que me pone detrás de la oreja.

Asegúrate de llevar flores en el pelo, dice.

En la calle Pine, frente a una pequeña casa blanca, está aparcado el Ford del 49 de George.

Recuerdo el día, no hace tanto, en que mamá y yo íbamos en coche a rezar las devociones. Mamá frenó justo a tiempo y giró el volante. Frente a nosotros, el viejo Ford del 49 gris aparcado a un lado de la carretera. Alrededor de mí se oyó un fuerte chirrido. El Buick estuvo dando vueltas mucho tiempo.

Dios te hace dar vueltas así muy de vez en cuando. Gracias a Dios.

Mamá no paró de despotricar.

Mientras yo miraba y antes de apartar rápidamente la vista, en ese instante, una gruesa gota de lluvia cayó despacio de una hoja de álamo bajo los últimos rayos de sol y se estrelló en sus manos. El impacto, la luz sesgada.

George. Desnudo en el campo.

«Esos indios y sus malditos maricones.»

George se inclina en la cabina y me besa allí mismo, a plena luz del día, en una calle de Pocatello. Luego baja, cierra la puerta de un portazo, rodea la camioneta por delante.

La corbata roja alrededor de su cabeza en un día radiante de Pocatello, algo en esa corbata roja anudada alrededor de su cabeza afeitada en mitad de Pocatello me acojona.

En mi ventanilla, los ojos oscuros de George, el sol en ellos, barras doradas.

Me encanta cuando se te ponen los ojos dorados, digo.

George me acaricia la mano con sus dedos largos y hermosos.

Nos vemos en casa de la abuela, dice.

Coge de la parte trasera su maleta de cuero, la lleva hasta su

coche, abre el maletero y la coloca dentro.

Meto la primera, suelto el embrague. Recorro un par de manzanas hasta que me hago a un lado y paro. Miro por el retrovisor, pero el coche de George ha desaparecido.

George ha desaparecido.

Así de rápido.

Luego no puedo evitarlo. Estoy llorando desconsoladamente.

En la tumba de Russell, estoy completamente tendido bajo el viejo gran olmo. Cuento a Russell, al olmo, al cementerio, al cielo, al mundo entero, todo lo que ha ocurrido entre George y yo. Me sorprende lo que dura la historia. Empieza con un Buick dando vueltas y un hombre desnudo bajo la lluvia en un campo, y termina un mediodía en una calle de Pocatello, la calle Pine, frente a una casa blanca, con sus dedos en mi mano.

Luego: Russell, se ha llevado la maleta. Me ha dicho que nos veremos en casa de la abuela, pero se ha llevado la maleta.

Apenas unos minutos después, mientras salgo del cementerio Mount Moriah. Por la calle Cinco Este, frente al Fanci Freez, oigo la sirena. En el retrovisor, un coche de policía. Sus luces rojas y blancas lanzan destellos.

13

Cosa del destino

El policía sacó la gran mole de su cuerpo del coche patrulla y se acercó a la camioneta. En el retrovisor lateral no tardó en aparecer el azul del uniforme, ocupándolo todo.

Era un tipo corpulento con una gran tripa, pero el resto de él era tan grande como su tripa. Era como si hubieras cogido a una persona normal y la hubieras hinchado de aire. Unas manos tan rechonchas que no podías evitar preguntarte cómo lo hacía para abrirlas y cerrarlas. De piel sonrosada, pelirrojo y con pecas. El sargento Roscoe.

Los fuertes latidos de mi corazón. La sensación en los antebrazos que significa impotencia.

El sargento Roscoe se subió el sombrero, puso las manos en las caderas. Piel sonrosada cubierta de sudor. Cinturones y bolsillos de cuero, pistoleras, botas y tiras de cuero alrededor de todo el cuerpo.

«Cerdo» fue la palabra que acudió a mi mente.

¿Puedo ver su carnet de conducir y sus papeles, por favor?, dijo.

Saqué el carnet de la billetera y se lo di, luego bajé la visera y cogí los papeles que siempre estaban sujetos bajo el trozo de plástico.

Nuestros dedos no se rozaron.

Espere aquí, dijo el sargento Roscoe. Enseguida vuelvo.

El balanceo de sus caderas. Cuando el sargento Roscoe se sentó

en el coche patrulla, este se hundió unos centímetros.

Interferencias por la radio de la policía que se oía a través de la tarde radiante.

Cuando volvió, su gruesa cara sonrosada, sus finas cejas de un rosa amarillento y sus ojos azules llenaron toda mi ventanilla.

Señor Klusener, dijo, debo pedirle que baje de la camioneta.

¡Deje las llaves puestas!, dijo. ¡Levante las manos!

De pronto estaba despatarrado contra el parachoques delantero de la furgoneta mientras el sargento Roscoe me deslizaba la porra por las piernas.

Ponga las manos detrás de la espalda, dijo.

Las esposas en mis muñecas, no puedo explicároslo. No respiraba.

El sargento Roscoe me cogió del brazo y me condujo a la parte trasera del coche patrulla. Abrió la puerta y me hizo subir con la cabeza gacha, y caí dentro de la parte trasera enjaulada. Cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Mientras nos alejábamos observé cómo la camioneta Apache marrón se hacía cada vez más pequeña hasta desaparecer.

Espero que estés en casa de la abuela, George, no paraba de pensar yo. Espero que estés en casa de la abuela.

Un pasillo largo y oscuro bordeado de barrotes de hierro. El sargento Roscoe me conducía agarrándome del brazo. Si hubiera tenido un lazo me habría atado como a un puerco. Le colgaba un gran llavero del cinturón. El ruido de las puertas correderas de hierro rebotaba en las paredes del pasillo. En el fondo de una sala, más allá de hileras e hileras de barrotes de hierro, había un hombre negro dentro de una celda con barrotes de hierro gritando y berreando. El olor a meada y amoníaco.

Al final de otro pasillo, Roscoe abrió una puerta de acero gris. Dentro había una habitación de suelo de cemento y una de esas ventanas por las que no puedes ver pero te ven. Las había visto en la televisión.

En la habitación había una mesa y cuatro sillas. Todo gris. Un suelo de cemento gris. Una ventana alta con barrotes.

El sargento Roscoe me hizo sentar en la silla, me quitó las

esposas.

¿A qué viene esa corbata roja?, dijo. ¿Algún rollo hippie?

No tuve oportunidad de responder.

Quítate la americana, dijo el sargento Roscoe.

Me quité la americana y se la di. El sargento Roscoe registró todos los bolsillos.

Aleluya. Aleluya. Aleluya. En silencio di gracias a Dios, gracias a san Jorge, gracias al Pájaro del Trueno, por haber tirado los porros al fuego.

Quítate la camisa, dijo el sargento Roscoe. Luego los zapatos y los calcetines. Los pantalones y los calzoncillos.

Me quité la camisa, se la di al sargento Roscoe.

Roscoe examinó el bolsillo, metió la nariz en él. La sacudió como cuando tratas de alisar arrugas.

Después los zapatos. Uno y luego el otro.

El sargento Roscoe metió sus manos regordetas en mis zapatos, les dio la vuelta. Trató de arrancar las plantillas de cuero.

Luego los calcetines.

El sargento Roscoe les dio la vuelta, metió la mano en cada uno. Luego los pantalones.

El sargento Roscoe registró todos los bolsillos, dio la vuelta al pantalón.

De acuerdo, dijo. Ahora dame los calzoncillos.

Mis calzoncillos acartonados de cuatro días. Me los quité y se los di.

Ahí estaba yo, desnudo en una habitación gris, con el frío suelo de cemento bajo mis pies. En la ventana por la que solo podían verme vi a un chico delgaducho.

No podía imaginar nada acerca de mí que no fuera malo.

Por más vueltas que le daba, no se me ocurría nada bueno.

Sería un americano pésimo si me torturaran los comunistas.

«Espero que estés en casa de la abuela, George. Espero que estés en casa de la abuela.»

Roscoe cogió los calzoncillos con el extremo de su porra. Los sostuvo en el aire entre él y la ventana.

Su cara se volvió aún más sonrosada, si cabía.

Luego: Dóblate. Cógete las nalgas y sepáralas.

Pequeños hoyos en el suelo de cemento donde se había

desprendido la gravilla.

La porra del sargento Roscoe ahí detrás, entre mis nalgas.

No tienes ningún ácido ahí dentro, ¿verdad?, dijo.

No, dije yo.

No, señor, dijo él.

No, señor, dije yo.

Luego: Vístete. Siéntate en esa silla a esperar y no te muevas. Detrás de él, la puerta se cerró de un portazo que rebotó a mi alrededor y por los pasillos.

El reloj de la pared era el único otro objeto que había en la habitación. Era como los blancos y negros del colegio.

La manecilla roja, marcando los segundos.

A las cuatro menos cuarto entró en la habitación el detective Harold Richardson.

Aleluya. Aleluya. Harold Richardson era Caballero de Colón de la iglesia de Saint Joseph. Su mujer, la señora Richardson, estaba en la Sociedad del Altar con mi madre.

¡Harold!, dije.

Detective Richardson, dijo él.

Detective Richardson, dije yo.

El detective Richardson llevaba traje azul y corbata azul. Pelo castaño, corto por los lados y con una onda sobre la frente a lo Van Johnson.

Dejó en la mesa una
Coca-Cola
y una bolsa de patatas fritas Clover Club.

Rigby John, dijo, confío en que el sargento Roscoe te haya hecho sentir como en casa.

Se me movía la barbilla como nunca se me había movido. No tenía solo los labios de goma, sino toda la parte inferior de la cara.

Me temblaban las manos. Hice mucho ruido al abrir la bolsa de patatas.

¿Por qué os peleasteis Joe Scardino y tú el sábado por la noche?, preguntó el detective Richardson.

La botella de
Coca-Cola

estaba fría en mis manos. Mi barbilla tardó un poco en calmarse. Los fuertes latidos de mi corazón, ya sabéis, mi respiración. Joder. Cualquier día de estos me vengo abajo. Bebí un sorbo de
Coca-Cola,
tragué.

¿Ha muerto?, dije.

El detective Richardson respiró hondo, apoyó las manos en la mesa y se inclinó. Cuando me miró, sus ojos castaños parecían tristes.

Sí, dijo. ¿Os peleasteis por algún asunto de drogas?

Recordé el día en que el agente Harold Richardson fue al Saint Joe cuando estábamos en segundo. Nos dio una charla sobre las normas de seguridad, cómo cruzar la calle y demás. Nos dijo que debíamos tener cuidado con los conductores borrachos. Scardino le preguntó cómo se sabía si un conductor estaba borracho. Harold Richardson respondió que un conductor borracho siempre hacía eses en mitad de la carretera.

No, dije.

Entonces, ¿por qué os peleasteis?, dijo él.

No sabía mentir, de modo que no dije nada.

Solo el silencio y el movimiento brusco del segundero rojo.

El detective Harold Richardson se levantó de la mesa, retiró la silla que había frente a mí, se sentó.

Acercó la silla de nuevo a la mesa y juntó las manos delante de mí.

Rigby John, dijo.

Habló en voz baja, pronunciando cada palabra muy despacio.

No voy a andarme con rodeos contigo, dijo. El sábado por la noche un chico resultó muerto, un chico católico de nuestra parroquia, y otro, Chuck diPietro, corrió grave peligro.

Quiero que me digas la verdad, dijo. Si no lo haces tendrás problemas serios.

En la sangre de Joe Scardino había rastros de marihuana, dijo el detective Richardson. El consumo y tráfico de drogas es un delito grave en Idaho. Podrían caerte de treinta años a cadena perpetua, dijo. Y si mientes aún más.

El ruido del segundero rojo.

Esto es lo más importante, dijo. No me mientas. ¿Estuviste

consumiendo drogas con Joe Scardino en el autorrestaurante Snac Out?

Tenía la cara del detective Richardson tan cerca que me fijé en que el párpado del ojo izquierdo le caía y el derecho no.

Fue entonces cuando, espontáneamente, por alguna razón, qué coño, cosa del destino, me santigüé.

Harold Richardson parpadeó. Con los dos ojos. No había duda, le había causado impresión que me santiguara.

Bajé la voz como si estuviera confesándome.

No, dije.

Luego: ¿Han hablado con Billie?

Sí, dijo él.

Fue entonces cuando lo hice. Con toda la información que tenía, miré al detective Richardson directamente a los ojos. Sin nada entre medio. Si quería salvar el culo iba a tener que poner toda la carne en el asador.

A veces el mundo necesita de una imaginación vivida para hacerlo más habitable.

Entonces sabrá que Billie y yo íbamos vestidos de una forma estúpida esa noche. Billie llevaba el traje de novia de su madre con la parte delantera manchada de cera roja, y los dos íbamos con sombrero. Verá, Billie está embarazada y su padre no quería que fuera a la fiesta de toda la noche del instituto, y teníamos miedo de que nos pillara, o de que lo hiciera mi madre, dije. De modo que cambiamos de coche y nos pusimos sombreros. Estábamos haciendo el tonto.

Cuando Scardino nos vio, dije, creyó que íbamos de ácido. Le dije que no, pero se puso borde, como siempre hace, y fue a por mí. Yo solo actué en defensa propia, dije. Y en la de Billie, dije. El carácter de Scardino es algo que he tenido que sufrir toda mi vida.

Y, si quiere que le diga la verdad, dije, me alegré de haberlo tumbado. Debería haberlo hecho hace años. Luego él y Chuck se subieron a su coche y salieron del Snatch Out a toda velocidad y se metieron entre el tráfico de Pole Line Road.

Fue entonces cuando oí el choque, dije.

El movimiento brusco del segundero rojo.

Snatch Out.

El detective Richardson descruzó las manos. Bebí otro sorbo de Coca-Cola.
La patata en mi boca era todo lo que oía.

¿Estuviste fumando hierba en tu pipa?, preguntó él.

No, dije. Esa pipa es para fumar tabaco.

Pero sí fumaste un porro, dijo él, o consumiste marihuana de algún modo.

Mis ojos almendrados y castaños no parpadearon.

No, dije.

Luego: ¿Y dónde has estado los últimos cuatro días? Tus padres están muy preocupados.

«Espero que estés en casa de la abuela, George. Espero que estés en casa de la abuela.»

Una inhalación profundísima.

Mis ojos, los del detective Richardson. Todavía sin nada entre medio.

Después del accidente, dije, necesitaba estar solo. Puede que suene raro, dije, pero he estado en el cementerio, dije. He estado haciendo examen de conciencia, dije. He estado rezando.

Fue extraño. De lo más profundo de mi ser salió una especie de rubor. Lo sentí en la piel, en la cara.

A lo mejor esa era la sensación que producía el Pájaro del Trueno.

¿Y el hijo de Billie?, preguntó el detective Richardson. ¿Vas a hacer lo correcto y casarte con la chica?

Mi maldita barbilla.

El hijo, detective Richardson, dije, no es mío. Es hijo de Chuck diPietro.

El detective Richardson golpeó la mesa con una mano.

¡Ajá!, dijo. ¡Tú y Scardino no os peleasteis por drogas! ¡Os peleasteis por una mujer!

El detective Richardson y yo estuvimos hablando dos o tres horas más. Pregunta tras pregunta. Pero yo seguí dando las respuestas apropiadas.

Después me soltaron.

Cuando pienso ahora en el día que pasé en la cárcel, ¿sabéis?, mentir no me resultó tan difícil.

Pero tuve suerte.

Claro que no me aparté mucho de la verdad. La muerte de Scardino había sido culpa suya, joder. No había razón para que alguien más pagara por ella.

A eso de las siete el detective Richardson se levantó, se acercó a la puerta, la abrió.

Por cierto, dijo. La pipa de mazorca estaba limpia. Sin residuos de marihuana.

Te creo, hijo, dijo. Siempre has sido un buen chico. Siento que hayas tenido que pasar por esto.

Llamaré a tu padre, dijo.

Luego, justo antes de cerrar la puerta, añadió:

DiPietro se rompió la pierna y la clavícula, y tiene moretones y arañazos. Tiene suerte de estar vivo.

Amé tanto a Dios en ese momento.

Al final terminé pasando la noche en la cárcel. Solo en una celda con barrotes por paredes. Y un colchón.

«Espero que estés en casa de la abuela, George. Espero que estés en casa de la abuela.»

El tipo de la celda de al lado era viejo y gordo. Cuando se apagaron las luces, se bajó los pantalones y metió la polla entre los barrotes.

¿Quieres ser mi puta de celda?, dijo.

Cosa del destino.

Una noche en la cárcel era justo lo que me hacía falta, dijo mi padre.

A las nueve de la mañana, después de haber atendido las tareas de la granja, mi padre esperaba en la recepción de la comisaría.

Lo de siempre, siempre un montón de maldito trabajo que hacer.

Papá estaba *difrente*.

Después de pasar una noche en la cárcel, solo hay dos clases de personas.

Las que parece que están dentro de la cárcel y las que parece que están fuera.

Si parece que estás fuera de la cárcel, da la impresión de que estás reteniendo a la gente en la cárcel.

Mi padre era de los que retenían a la gente en la cárcel.

Papá con su sombrero de cowboy, su camisa
Levi's
y sus
Levi's,
sus botas de cowboy, su cinturón de cuero de hebilla plateada. Sus ojos oscuros de gitano ruso que se salieron ligeramente de sus órbitas al ver mi cabeza afeitada.

El sargento Roscoe abrió la puerta corredera, la cerró con llave detrás de él.

Mi padre estrechó la manaza rosa del sargento Roscoe. Yo estaba ahí de pie, pero ni mi padre ni el sargento Roscoe me miraron. Luego empezaron a hablar del tiempo.

Idaho.

Al cabo de un rato, mientras una secretaria con un moño alto tipo colmena me devolvía la billetera, el sombrero, la corbata delgada roja y la pipa, el detective Harold Richardson salió por una puerta, y entonces Richardson, Roscoe y mi padre se pusieron a hablar del rodeo de la frontera de Pocatello.

El forro del sombrero de copa chata había sido arrancado.

La pipa estaba partida en dos. La boquilla por una parte y la cazoleta de mazorca por la otra. Las junté.

«Espero que estés en casa de la abuela, George.»

Fuera hace una de esas mañanas radiantes, tan fresca que todavía huele a noche.

Al final de la pendiente de césped, el Buick está aparcado en batería. Mamá está dentro. Se ha maquillado y ahuecado el pelo. Lleva sus viejas gafas de montura de concha.

No me mira.

Me ato la corbata roja alrededor de la cabeza, me pongo el sombrero.

Papá sigue dentro, hablando de tonterías con el sargento Roscoe y el detective Richardson.

Mamá odia esperar a papá dentro del coche.

Yo también.

Mamá y yo esperamos.

Mamá está en una cárcel.

Unos polis nos traen la camioneta y la aparcan en un hueco también en batería.

Me acerco a la puerta de la comisaría, la abro, meto la cabeza.

Papá, digo, mamá está esperando.

Mamá vuelve a casa conduciendo el Buick. Papá, la camioneta.

Cuando se cierran las puertas de la camioneta y papá y yo nos quedamos solos, antes de que bajemos las ventanillas, el olor que desprende papá se parece mucho al de George.

Algo profundo e importante entiendo en ese instante en que huelo a papá.

Y, así de rápido, en cuanto entiendo que George está en el olor que desprende mi padre, lo olvido.

Tardaré años en volver a saber lo que sé en ese breve instante.

En cuanto dejamos la carretera para meternos en Philbin Road, papá empieza.

Rigby John, dice.

No recuerdo que mi padre me haya llamado nunca Rigby John.

Has roto el corazón de tu pobre madre, dice. Vive por sus hijos. Trabaja duro y ha dedicado su vida a sus hijos, y así es como se lo pagas.

Deberías haber visto su cara cuando leyó tu nombre en el periódico, dice papá. ¡En la portada del *Idaho State Journal*! ¡Buscado para interrogarlo, Rigby John Klusener! ¿Cómo te atreves a arrastrar por el barro el buen nombre de tu familia?

Lo único que oigo de lo que dice papá es lo del periódico. Esa parte es nueva. El resto es lo de siempre, más o menos. No presto atención a nada de lo que dice. Solo hay un pensamiento en mi mente y es George.

Papá nota que me importa un bledo lo que me está diciendo. Supongo que por esta razón me quita el sombrero y me arranca la

corbata roja.

Mírate, dice. Un fenómeno de circo. ¿Para qué demonios te has afeitado? ¿Qué eres, un espectáculo? ¿Un maldito hippie?

Es entonces cuando arranco las llaves de contacto y las tiro por su ventanilla.

Dios, nunca he oído soltar tantos tacos a mi viejo, quiero decir que se los he oído decir, pero nunca en una sarta de mierda-vete-a tomar-por-culo-mamón-gilipollas.

Pero, como he dicho, me importa un bledo.

George me está esperando, y George y yo estamos enamorados, y voy a largarme de aquí.

El motor de la camioneta se apaga con un zumbido. Cojo mi sombrero y mi corbata roja.

Guerreros solitarios del amor.

Me bajo y echo a correr.

Jódete como una forma de dirigirme al mundo.

Papá me persigue durante un rato. Pero no puede alcanzarme.

Vuelvo a llevar la corbata roja, el sombrero. Estoy bajo los álamos de Philbin, casi en el mismo lugar donde Dios hizo que el Buick diera vueltas la primera vez que vi a George.

Es en ese momento cuando mamá detiene el Buick a mi lado.

El mismo Buick, la misma madre, pero yo *difrente*.

Será mejor que subas, hijo, dice. Solo tienes diecisiete años. Podríamos ponerte las cosas muy difíciles.

«Hijo.»

¿Qué, vas a perseguirme con una escoba?, digo yo.

Del interior del coche solo llega silencio.

Ando un poco más, pero no mucho. Dentro del coche, el nuevo perfume de mamá.

En el retrovisor, papá está en la camioneta justo detrás de nosotros.

Pasamos el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde alrededor de la mesa de la cocina, papá, mamá y yo, bajo la brillante luz de la lámpara. El mismo mantel de hule de tulipanes rojos de siempre. Mamá y yo nos sentamos. Papá se quedó de pie, paseándose por las baldosas azules y blancas.

¿Dónde has estado los pasados cuatro días?, dijo.

Con amigos, dije.

¿Qué amigos?, dijo papá. ¿Esa chica embarazada?

Pero yo no pensaba decir qué amigos.

«Tienes que guardar las distancias.»

¡Debería darte vergüenza!, gritó papá.

Se llevó las muñecas a las caderas y se subió los Levi's.

Eso era una señal. En cuanto papá empezaba a subirse los pantalones con las muñecas sabías lo que te esperaba. Se disponía a agitar los brazos y a armar bronca, cuando dije:

Y en una tumba.

Eso lo detuvo. Sus ojos de gitano ruso.

¿Una tumba?, repitió. ¿De quién era la tumba?

La tumba de Russell, dije.

«La tumba de Russell» lo golpeó como un mazazo. Fue como si le hubiera vaciado el aire de los pulmones de una patada. Apartó su silla de cromo, se sentó, apoyó los codos en la mesa, juntó sus grandes manos peludas.

Cuando volvió a hablar, ya no gritaba.

¿Qué coño hacías allí?, dijo.

Era mi hermano, dije. ¿Necesito otra razón?

Mamá apartó rápidamente la silla, se levantó y se fue a su dormitorio. Volvió con un gran rosario negro. Cuando se sentó de nuevo, se santiguó.

Desbordados de lágrimas sus ojos, a lo largo de todo el párpado inferior, desbordados.

Le rodó una gruesa lágrima por la mejilla.

Papá ocultó la cabeza entre las manos. Le clareaba la coronilla.

Silencio. Nos quedamos sentados los tres en silencio.

Luego, inesperadamente, papá golpeó la mesa con el puño. Una y otra vez.

¡Solo estás tratando de disgustar a tu madre!, gritó.

Gritando, golpeando y gritando como loco. Nunca había visto a papá tan exasperado.

Siguió la retahíla de maricones comunistas hippies amantes de los negros. Ese era el problema que tenía el país. No tardó en estar recitando los diez mandamientos. Cuántos debía de haber violado

yo. Estaba castigado todo el año. No podría volver a ir a la ciudad en la camioneta.

Dios. Gritando, despotricando y sentando ley.

Y cuando me graduara, me enrolaría e iría a Vietnam.

Eso hará un hombre de ti, dijo.

Extraño, todo el tiempo que habló papá, mamá guardó silencio. No levantó la vista ni dijo ni mu. Se limitó a quedarse allí sentada con su blusón de algodón de rebajas, sus tejanos y sus Keds. Las cientos de arrugas finas alrededor de la boca. Las cejas en pico. El pelo gris. La mandíbula tensa. Pasando las cuentas de su gran rosario negro con los pulgares.

Sin sus grandes gafas grises de plástico se le veía la cara.

Ojos almendrados y castaños. Los ojos del abuelo. Desbordados.

No dije nada. Me limité a fingir que escuchaba.

«Espero que estés en casa de la abuela, George. Espero que estés en casa de la abuela.»

En cierto momento papá trató de cogerme el sombrero, pero yo enseguida le paré los pies.

No le frené la mano. No lo golpeé. No grité ni despotriqué.

Detuve a mi padre con una mirada.

La misma mirada que solía utilizar mamá para detenerlo.

Y con mis palabras: ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la tumba de Russell?

Papá no tocó mi sombrero. Ni a mí.

Pero lo más importante de ese mediodía no fue el síndrome de Moisés en la montaña que le dio a papá.

Fue que mamá me había preparado mi comida preferida. Sándwiches con lechuga, mayonesa y mostaza y dos lonchas de mortadela. Patatas fritas Clover Club y un huevo duro.

Tendríais que haber visto la cantidad de sal que me eché en ese huevo.

Papá se cabreó tanto que agarró el salero en forma de lechera y lo arrojó a la otra punta de la cocina.

Vaya cosa. ¿Y qué? ¿A quién le importa?

De postre había tarta de manzana. Mi madre había hecho tarta de manzana.

Cuando me levanté y me serví una taza de café, ninguno de ellos dijo nada.

¿Hay leche Segó, mamá?, pregunté.

A las cuatro papá me dijo que me largara de la cocina y fuera a cambiar el agua del pasto.

Bajé a mi habitación, cerré la puerta, me senté en la cama. En el mismo lugar donde me había sentado cuatro días atrás, el sábado, cuando mi madre se había vuelto loca, la barricada humana ante mi puerta.

Me miré las manos. Las sostuve ante mis ojos y las miré.

Habían ocurrido tantas cosas. Ni siquiera reconocía esas manos.

Desde mi ventana se pueden ver las copas de los chopos lombardos de la abuela.

Los fuertes latidos de mi corazón. Mi respiración.

«Espero que estés en casa de la abuela, George.»

Me puse rápidamente los tejanos cortados, las zapatillas de tenis y una camiseta limpia. Fue un alivio quitarme los calzoncillos acartonados.

Abrí la puerta, subí las escaleras, torcí para salir por la cocina. Cogí de encima de la nevera los Viceroy de papá, saqué dos.

Poco antes de que se cerrara la puerta de la cocina, mamá dijo: Rigby John.

Fingí no haberla oído.

Me encanta mi camioneta. Es la camioneta de papá, pero debería ser mía. Tramp está sentado a mi lado en la cabina. Es todo sonrisas y mueve la cola con fuerza contra el asiento. Su lengua, mortadela húmeda.

Tramp, digo, te he echado de menos, tío.

La lengua de Tramp empieza a colgar. Pone esa expresión.

Tramp, digo, ¿te gustaría ser mi puta de celda?

No falla, ahí está la pata de Tramp, agitándose en el aire.

Meto la marcha atrás, hago un cambio de sentido en tres maniobras, piso el acelerador. Tramp y yo pasamos a toda

velocidad por delante de los graneros de acero, el almacén de patatas, el elevador de grano. En la intersección donde puedes torcer a la izquierda, por delante de los furgones, luego por la carretera que delimita el condado de Bannock amarillo, tuerzo a la derecha, abro la verja, la cruzo con la camioneta y la cierro. En ese tramo entre dos verjas donde puedes acelerar, acelero. Levanto polvo, el sol brilla en el parabrisas, sale humo del tubo de escape. Enciendo un Viceroy. Al exhalar me arrellano en el asiento. Viento, polvo, humo y velocidad. No hay nada mejor en el mundo.

«Espero que estés en casa de la abuela, George.»

Al llegar a la segunda verja junto a la torre de perforación, la abro, la cruzo con la camioneta, la cierro.

Luego continúo hasta el depósito de grava que es la frontera natural de la reserva. Por el sendero entre la alfalfa y la cebada. Hasta la poza.

Me bajo de la camioneta y echo a correr. Salto la cerca con Tramp pisándome los talones y recorro el margen de la zanja, luego cruzo la tabla. Estiro las piernas hasta el afloramiento de roca volcánica lisa y oscura. Aterrizo, mis palmas anémonas de mar, ventosas sobre las rocas negras y lisas. Mis pies se abren paso por la roca volcánica, mojada y cubierta de musgo.

Una vez en lo alto, bajo la mirada.

Es una buena parada.

Tengo los pies al otro lado de la frontera, en la reserva.

Firmemente plantado en medio de todo ese rojo, tan torcido como el viento, se alza el solitario cedro de la abuela. Bajo el sol ardiente, las ramas del cedro huelen como un cuerpo sudoroso más. El viento a través del cedro, la secreta canción del viento en el cedro ese instante no es algo que está fuera de mí sino dentro, arriba, abajo y detrás, un puño cerrado en mi interior que se abre y se agita al viento.

Salto la cerca, cruzo el prado que hay detrás de la cabaña de la abuela, paso por delante del retrete exterior, el cobertizo y el gallinero, hasta detenerme en mitad del patio de la abuela.

Hojas de chopo desparramadas. Por todo el suelo un remolino de alucinaciones. Sombras y luz, sombras y luz.

En el patio, bajo el manzano, no está el coche de George.

La puerta mosquitera verde de la abuela está abierta. Todas las

puertas y las ventanas de la cabaña están abiertas de par en par. Su brillante suelo de madera. Ni una señal, ni rastro de vida.

De George.

Una ráfaga de viento, un halcón, en un instante, un pájaro grande sale volando de la ventana de la cocina de la abuela.

Luego es Tramp, que no para de ladrar. Le digo que se calle, pero no hace caso.

En el manzano, bajo nuestras iniciales con el corazón en medio, hay un trozo de papel clavado a la corteza con una chincheta.

El papel se agita al viento.

La sensación en los brazos que significa impotencia.

Los fuertes latidos de mi corazón. Mi respiración.

Querido Rig:
Ya te echo de menos.
Que te vaya bonito.
Te quiere,
George

Alucinaciones a mi alrededor por todo el suelo. Me siento allí mismo, bajo el manzano. Rodeo el tronco con un brazo. Apoyo la cabeza en él. En una mano, el trozo de papel. En la otra, mi palma llena de sol. Por encima de mí, a mi alrededor, el susurro del viento en lo alto.

El universo siempre ha conspirado para joderme.

Quién sabe cuánto tiempo me quedo ahí sentado. Quién sabe cuánto tiempo ladra Tramp.

Largas sombras vespertinas. El cielo azul se vuelve rosa, se vuelve melocotón. El atardecer es rojo.

El trozo de papel arrugado dentro del puño. El puño contra el pecho.

En el puño está el dolor agudo junto al corazón.

Lo que tienen los chopos cuando pasas mucho rato sentado debajo

de ellos en silencio es que el viento a través de sus hojas son voces. Al principio las voces dicen lo de siempre. Canciones de amor, poemas y mierdas así.

«Eleanor Rigby Joan picks up the rice in the church where a wedding has been.» «Hey, there, Georgy Girl.»
«I'll
be seeing you in all the old familiar places.»

Luego poemas. «El cuervo» de Edgar Allan Poe, «Cae una hoja en soledad» de e. e. cummings.

Al cabo de mucho rato, las voces de otras personas, las canciones y los poemas cesan, y el viento solo es la respiración del Pájaro del Trueno.

Luego una ráfaga de viento, un halcón, algún pájaro grande, el Pájaro del Trueno, se aleja volando y te quedas solo.

Te quedas ahí solo con todo lo que no sabes y tu perro, y ya no puedes llorar más, y el viento en los chopos solo es el viento.

Esa noche, la última, cuando volví a casa, abrí la puerta de la cocina, crucé las baldosas azules y blancas y fui directo al teléfono. Llamé a Billie Cody. Estiré el cable del teléfono hasta el cuarto de baño y cerré la puerta.

Allí mismo en el suelo del cuarto de baño de color lavanda, sin cigarrillos, me senté en las baldosas negras y blancas, y hablé con mi amiga.

Billie se alegró mucho de oír mi voz. Había estado preocupada, con la poli y demás. Me dijo que estaba bien. Chuck estaba bien. Su voz sonaba animada.

Eso era todo lo que ella tenía que decir.

Yo me lancé a hablar y no pude parar. Le conté todo a Billie.

Todo.

De principio a fin.

No lloré. Hablé con toda serenidad, como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Yo y George, guerreros del amor, la muerte de la abuela, cavando la tumba, la poli, la noche en la cárcel, la nota clavada en el manzano. Todo. Que me iba a San Francisco por la mañana.

No creo que haya hablado nunca tanto rato sin parar. Con nadie.

Ni con Billie ni con Tramp. Debió de ser más de una hora.

El golpe en la puerta del cuarto de baño era mamá.

La cena está lista, dijo.

Luego: Billie, dije, tengo que colgar.

Pasaré por tu casa mañana antes de irme, dije. Temprano.

Mi hermana estaba sentada a la mesa de la cocina en su silla de siempre. Tenía un ojo a la funerala y dos maletas en el pasillo. Parecía que iba a quedarse una temporada.

La última noche.

La noche de la cena en que caí en la cuenta de la perfección de la palabra «joder».

«Joder» como una forma de dirigirse al mundo.

Ahí estaba yo, sentado a la mesa de la cocina bajo la brillante luz del techo, en la misma silla de cromo con el asiento y el respaldo de plástico amarillo de siempre. Y ahí estaba mi hermana, al otro lado del mantel de hule con tulipanes rojos, con el pelo recogido en un moño barquillo y celo en la frente para sujetarse el flequillo. Justo debajo del celo, sus gafas de ojos de gato. Su ojo a la funerala, más morado que negro.

A mi derecha estaba papá, todavía con su camisa
Levi's
arremangada hasta los codos, sus grandes manos peludas y sus antebrazos que olían a jabón Lava. En la frente la marca de moreno, rojo bajo blanco, el pelo negro chafado de llevar su sombrero de cowboy Stetson.

A mi izquierda estaba mamá, con su blusón de algodón de rebajas, sus tejanos y sus Keds. Los ojos almendrados y castaños detrás de las gafas, el pelo con rulos bajo una redecilla. Las arrugas de la frente, tres líneas paralelas que se extendían de lado a lado y se hundían en profundos pliegues entre las cejas. Las uñas en carne viva de cortárselas al ras. Las manos ásperas y rojas de granjera.

En el televisor de la sala de estar pasaban una reposición del programa *Lawrence Welk* del sábado por la noche. Myron Floren tocaba «The Beer Barrel Polka» y todos nos habíamos llevado las manos a la frente para empezar la señal de la cruz y el Bendice, oh Señor, estos tus dones que de tu gran bondad recibimos, por

Jesucristo, nuestro Señor, amén.

En la mesa estaban las cuatro tajadas de rosbif de siempre. El mismo bote de ketchup Heinz 57, el puré de patatas en el bol verde, la salsera naranja, los guisantes de lata en la fuente azul, el plato de la mantequilla y la cesta del pan con cuatro rebanadas de Wonder Bread. El salero y el pimentero en forma de lecheras.

Una familia.

Estábamos todos en una cárcel.

Los cuatro sentados alrededor de la mesa de la cocina con todo lo que había ocurrido desde abril de dos años atrás. Empezando por lo que pasó detrás del cobertizo, la novena de mamá a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro por mi alma, el concurso de monaguillos y el partido de béisbol entre el Saint Joseph y el Saint Anthony. El tulipán amarillo metido en mi ano. El verano feliz con Flaco y Acho. Las Hermanas Raja. Tratando de hacer una buena parada. Pelele. Billie Cody, nuestra promesa. La boda de mi hermana. Chuck diPietro. Haciendo fardos de heno con Georgy Girl. Fumar es rezar es esperar es confiar. El Pájaro del Trueno.

Luego la Gran Final. El Gran Fiasco. Toda la mierda salpicando de golpe. Billie Cody embarazada. La fiesta de toda la noche del instituto. Mamá persiguiéndome con la escoba. Joe Scardino, el El Camino y el camión de queso Kraft. La abuela Queep yéndose al otro mundo. La Puerta Trasera, donde a los hombres les gustan las flores. Guerreros solitarios del amor. El funeral de la abuela, los dos cavando la tumba de la abuela, el reparto de bienes, los largos dedos de George tocándome la mano en la calle Pine. La noche en la cárcel. La nota de George clavada en el manzano.

Mi jodido corazón roto.

Lo que viene a resumir toda la historia, no necesariamente por este orden, y nos pone al día hasta ayer por la noche.

De modo que con Myron Floren tocando «The Beer Barrel Polka» en la sala de estar, hicimos lo que siempre hacíamos. Lo único que sabíamos hacer. Bendecimos nuestro rosbif, los guisantes de lata, el puré de patatas, las rebanadas de Wonder Bread, con la misma oración de siempre que salía de nuestros labios como el mal aliento de un perro enfermo, y volvimos a santiguarnos.

Siempre la carne primero, siempre papá primero, luego yo, luego mi hermana y por último mamá, en este orden nos pasábamos

la comida. Cuando todos tuvimos nuestra tajada de rosbif, nuestras patatas con salsa y nuestros guisantes de lata, papá dijo: Pásame el ketchup. Y mi hermana se lo pasó. Luego me tocó a mí, a mi hermana, a mi madre. Finalmente todos cogimos el tenedor y empezamos a comer.

Excepto yo. Yo siempre pedía la sal, por favor, porque a papá le cabreaba que me gustara la sal.

Esa noche no fue *difrente*.

Dije: La sal, por favor, y mi hermana miró primero a papá por encima de sus gafas de ojos de gato y, frunciendo la boca como un esfínter, me pasó el salero en forma de lechera.

Entonces empecé a echar sal sobre mi tajada de rosbif, mis guisantes de lata, mi montón de puré de patatas con un pequeño cráter para la salsa.

Empecé a ponerme algo así como lloroso porque en ese momento Lady Champagne cantaba una mierda sensiblera en alemán. Lloroso también porque no iba a volver a ver a mi familia, esa casa, mi habitación, mi cama, el granero, la poza, la casa de los mexicanos, mi perro Tramp, nunca más, no iba a volver a ver a Flaco o a Acho, a Billie Cody o a la abuela Queep.

No iba a volver a ver a George Serano.

Pero no lloré, porque habría sido demasiado perfecto que me echara a llorar. Me prometí que antes me arrancaría la lengua, me metería en la boca el salero en forma de lechera antes de volver a llorar delante de ellos. De modo que me comí el rosbif, las patatas con salsa, los guisantes de lata.

Terminé de cenar en un minuto o minuto y medio.

Como siempre, seguía teniendo hambre.

De modo que pregunté a mamá: Mamá, ¿puedo comerme otra rebanada de pan?

Mamá no dijo nada, solo arqueó sus cejas depiladas que los domingos por la mañana se perfilaba con un lápiz de cejas para ir a misa, dejó el tenedor, cogió la cesta del pan, que estaba vacía, se levantó de la mesa, cruzó el suelo de baldosas azules y blancas hasta el cajón del pan, con las varices bajándole por las piernas hasta las Keds, se inclinó, abrió el cajón del pan, sacó la bolsa de Wonder Bread, la abrió, cogió una rebanada, volvió a cerrar la bolsa, dejó la rebanada de Wonder Bread en la cesta del pan, cerró

el cajón con la rodilla, volvió a cruzar las baldosas azules y blancas hasta la mesa y dejó el plato delante de mí.

Fue entonces cuando dentro de mi cabeza dije: Joder.

Y «joder» fue la forma más perfecta de decir lo que necesitaba decir.

Ese momento durante la cena, sentados a la mesa de la cocina bajo la brillante luz del techo. «Joder» era la forma perfecta de describir ese jodido momento y a un jodido servidor, sentado en la jodida silla amarilla, con los pies en las baldosas azules y blancas de la cocina, llevándome a la boca una jodida rebanada de Wonder Bread untada con mantequilla.

En ese silencio. Esa mudez mortífera de un jodido silencio que flotaba sobre la mesa, sobre nuestra familia, que flotaba sobre nuestras jodidas vidas, el jodido Espíritu Santo.

El silencio tan ensordecedor en mis tímpanos desde que mis tímpanos se habían dado cuenta de que podían oír.

Bendice, oh, Señor, estos Tus jodidos dones que de Tu gran jodida bondad recibimos, por Jesucristo, nuestro jodido Señor.

¡Joderamén!

Joder.

Solo queda una cosa. Lo que pasa en la cocina que no he querido contaros al principio de todo. Una historia más.

Tal vez debería haber empezado por ahí.

Como Russell, es la historia más importante. A partir de la cual no volveré a ser el mismo.

Esta madrugada, a las cuatro y media, cuando me he despertado, después de ir al cuarto de baño, después de mirarme por última vez en el espejo, después de apagar la luz del lavabo y abrir la puerta, que siempre se atranca, y antes de salir de casa, antes de conducir hasta casa de Billie, cuando he entrado en la cocina, olía a café y

me he encontrado a mamá sentada a la mesa.

Estaba oscuro, pero lo he sabido. Iba maquillada, con las cejas perfiladas, el pelo ahuecado. Pintalabios Rojo Cereza.

Al momento me he agazapado, pensando que iba a desatarse el infierno.

Pero ella ha permanecido sentada, me ha mirado. Fumaba uno de los Viceroy de papá.

¿Quieres un cigarrillo?, ha dicho.

Mi boca ha farfullado sin saber qué coño decir. No ha dicho nada.

Vamos, ha dicho ella. Después de tanto tiempo, ¿crees que no sé que robas cigarrillos a tu padre?

No, he dicho. Sí. Luego: No lo sé.

Tan elocuente como siempre.

Mamá ha apartado de la mesa mi silla de cromo con el asiento y el respaldo de plástico amarillo. La silla se ha deslizado por las baldosas azules y blancas.

Ha tirado la ceniza en el cenicero que robó del 30 Club cuando era joven.

Ven, ha dicho. Siéntate.

Me ha pasado el cigarrillo.

Dale una calada, ha dicho. Es el único cigarrillo que he encontrado.

Me he sentado. He cogido el cigarrillo.

Nuestros dedos se han rozado.

He inhalado el humo por la nariz a la perfección.

¿Cómo lo haces?, ha dicho ella. Nunca he aprendido.

La luz de la mañana era plateada. Su blusón de algodón de rebajas.

Sacas el humo por la boca, he dicho, y lo aspiras por la nariz.

Le he devuelto el cigarrillo. Nuestros dedos se han rozado.

Mamá ha hecho una mueca rara cuando ha intentado inhalar el humo por la nariz. Ha puesto la misma cara que cuando intentas ensanchar las fosas nasales sin saber cómo hacerlo.

Ese ruido extraño que sale de lo más profundo de nosotros.

La risa.

Pero bajito. No queremos despertarlo.

Quién habría imaginado que estaría riéndome con mi madre el

mismo día que me voy a ir para siempre.

Mamá ha cruzado las piernas. Sus tejanos. Sus Keds.

Me ha pasado el cigarrillo.

¡Toma! Quédate el maldito cigarrillo. Te juro que nunca aprenderé.

Nuestros dedos se han rozado.

Luego: Yo también voy, ¿sabes? A la tumba de Russy. Es un lugar tan tranquilo. Una tarde me quedé dormida echada en la hierba al sol. Me gusta sobre todo en otoño.

¿Lo echas de menos alguna vez?, he preguntado.

Nació el ocho de diciembre y murió el dieciocho de marzo, ha dicho mamá. Cien días con sus noches berreando, y luego se murió.

Sí, ha dicho mamá, lo echo de menos.

La luz reflejada en sus gafas eran dos círculos plateados, dos lunas.

En fin, ha dicho. Me dejas.

Sí, me ha salido de la boca sin pensar.

No puedo decir que me extrañe, ha dicho mamá.

¿Te vas con ella?

¿Con quién?, he dicho yo.

Con Billie Cody.

No, me voy solo.

Los fuertes latidos de mi corazón.

Bien, ha dicho mamá.

Silencio durante un rato. Solo la respiración de mamá, mi respiración.

Le he devuelto el cigarrillo. Nuestros dedos se han rozado.

Sé que crees que son cosas de madre, ha dicho ella, pero Billie no es la clase de chica que te conviene.

Entonces ha hecho algo que hace mucho tiempo que no hacía. Me ha tocado. Una suave palmadita en la mano.

Las manos rojas y ásperas de granjera de mamá. Sus uñas en carne viva.

Silencio en la cocina, en la madrugada, silencio alrededor de ese contacto físico.

Mamá ha dado una profunda calada. El fuego naranja brillante en la luz de la mañana que apenas se distingue de la oscuridad.

¿Rig?, ha dicho. Llévame contigo, Rig.

Me ha devuelto el cigarrillo.

Nuestros dedos se han rozado.

¿Mamá?, he dicho yo.

Mamá ha exhalado tanto humo que ha llenado la habitación.

Por favor, ha dicho.

Tengo que irme de aquí, ha dicho. Todo lo que hago es cocinar y limpiar para este hombre, y nunca me da las gracias, ni siquiera me mira.

Me he dejado las rodillas rezando, ha dicho. La Virgen dijo que rezáramos el rosario, rezad el rosario, pero a veces cuando rezo tengo la sensación de que no hay nadie escuchando.

Aparte de ti, ha dicho, lo único que tengo es el piano.

Y ahora tu hermana ha vuelto. Me encantará volver a tener un bebé en casa. Pero no vale la pena. Tu hermana no tiene ni idea de lo que le espera.

¿Qué dices, Rig?, ha dicho. Hagámoslo mientras podamos. Antes de que él se despierte y me pida sus gachas.

Hay una cosa que solo yo sé hacer con mamá y solo lo hago muy de vez en cuando.

Lo hago poniéndome un poco bizco, curvando el labio superior y rascándome el trasero. Eso es todo lo que tengo que hacer para que mamá se parta el pecho.

Pero no me he puesto bizco, ni he curvado el labio, ni me he rascado el trasero.

Le he devuelto el cigarrillo. Nuestros dedos no se han rozado.

Los ojos de mi madre. Faros altos, dos misterios de los más dolorosos, uno mirando ligeramente hacia el sur, el otro hacia el este.

La luz que emanan en todas direcciones, pasando por mi lado, por encima, sin posarse casi nunca en mí.

Esta mañana, en la mesa de la cocina, a la luz plateada, los ojos de mamá se han posado en mí.

Almendrados y castaños.

Motas doradas.

Querida madre destrozada, deja que me coloque de tal modo que me veas, porque si me ves y te dejo contenta, los problemas

abandonarán tus ojos, y estos se suavizarán y se volverán dorados.

Y yo sobreviviré.

Fuera, en la camioneta, he estado hablando con Tramp. Le he estado diciendo que tengo que irme sin él.

He oído a mamá tocar el piano dentro de casa. La forma tan especial en que suena el piano vertical. Los cables vibrando dentro de una caja de madera gruesa.

No tocaba «The Bible Tells Me So». La canción que tocaba mamá, la canción que cantaba ella sola, sin que yo hiciera la segunda voz, era nuestra canción favorita:

Ha llegado el momento de decir adiós.
Pronto estarás cruzando el océano.
Acuérdate de mí mientras estés fuera.
Estaré esperándote aquí cuando vuelvas.

Después de ir a casa de Cody, conducir por carretera abierta me iba bien. El amanecer ha sido naranja y amarillo, y tan brillante que he tenido que ponerme las gafas de sol. La camioneta funcionaba bien y yo estaba a salvo, me iba de allí sin problemas. He sacado el brazo por la ventanilla, con la pequeña ventana triangular abierta para que me diera el aire de la mañana en la cara. Viento, polvo y velocidad, no hay nada mejor en el mundo.

La radio el domingo por la mañana.

Vaya mierda.

Estaba cerca de American Falls cuando he vuelto a encender la radio.

Con toda claridad.

«Si vas a San Francisco, asegúrate de llevar flores en el pelo.»

Tantas canciones tristes.

He llorado todo el camino hasta Twin Falls.

He aparcado la camioneta en la calle Norby. En la esquina de Norby con South Sward.

He echado a andar hacia el sur. Solo me he detenido una vez para coger esta margarita.

De modo que así es como he llegado aquí. Aquí donde no hay nada. Nada aparte de desierto. Aquí donde todo está vivo.

Mi vida desde antes de Russell hasta este instante en la autopista 93.

Toda una historia, ahora que la cuento.

Me ha llevado bastante, toda una noche en el desierto, contar esta maldita historia.

No desde el Buick amarillo con la rubia que me hacía la señal de la paz o el gesto de jódete.

Aquí en la autopista 93 hace frío. Me he tenido que poner los Levi's,
la otra camiseta, la camisa blanca con la quemadura en el cuello y unos calcetines. Piel de gallina por todos los brazos y las piernas. Estoy tiritando. Debería haber cogido ropa de abrigo. Mi sombrero de copa chata está cubierto de rocío.

La grava no es tan bonita ahora que se me ha pasado el ciego.

Por el este el cielo está azul marino y rosa con un toque amarillo justo por encima del horizonte. Lo que parecen tal vez más nubarrones.

La artemisa. El olor de la artemisa, del viento frío de la mañana y de la lluvia. Eso y mis axilas es lo que huelo.

Una cinta de asfalto brillante que se extiende hacia ambos horizontes.

«Es un nuevo día, hijo, un día flamante.»

Al amanecer decido comprobar mis cosas, asegurarme de que no me he olvidado nada.

Saco la pipa de mazorca de la abuela y la dejo en el borde del asfalto. Luego la fotografía. Yo de pie delante de la vieja casa blanca y escuálida con mi caña de pescar. La dejo en el borde del asfalto. Pongo una piedra encima para que no se la lleve el viento de la mañana.

Luego el libro de yoga que me ha regalado Billie.

El billete de dólar de George.

El papel doblado.

Aún no lo desdoblo. Me lo guardo en el bolsillo con el billete de dólar.

El cuadro de Theresa Nussbaum está envuelto en un saco de plástico y atado con gomas. Saco el cuadro de la mochila muy despacio y lo pongo al lado de la pipa de la abuela. Quito las gomas, lo desenvuelvo.

Recorro los cuatro bordes del cuadro con un dedo.

Bosque y montañas verdes donde solo había una extensión llana de terreno hacia el oeste.

¿Has visto alguna vez *El mago de Oz*?

La parte que pasa de blanco y negro a color es mi favorita.

Theresa, la artista de Portland, la compañera de piso de mi tía soltera pelirroja Alma, sonrió. Si no hubiera estado tan cerca de ella no habría advertido esa sonrisa.

El bosque y las montañas verdes están dentro de uno, dijo Theresa. Eso es lo que hace un artista. Viaja por el mundo buscando lo que está en su interior.

Por encima de mi hombro, el sol es una esfera rojo remolacha sobre un manto de artemisa. Aves mañaneras, chorlitejos, palomas lúgubres, pájaros negros de pecho rojizo, gorriones. Viento ondulante, lento.

Mi respiración es clara y profunda, y aspira la tierra, el sol sobre la tierra, la artemisa, el viento y el cielo.

Un propósito en la vida sobre el que moldear tu vida.

Me llamo Rigby John Klusener. Soy libre y sencillo, y voy a recorrer el mundo en busca de lo que llevo dentro.

De la mochila saco la botella de agua, el cepillo de dientes y la pasta Crest. Echo agua sobre el cepillo y extiendo en él un poco de Crest, y me cepillo los dientes. Crest ha demostrado ser un dentífrico efectivo en la prevención de las caries que puede ser de gran valor si se utiliza en un concienzudo programa de higiene bucal y atención profesional regular.

Justo en ese momento, un trueno tan fuerte como para sacudirte los huesos.

Un relámpago que resquebraja el cielo por el noroeste.

Dentro de diez, veinte minutos, voy a estar calado.

O a morir electrificado por un rayo.

Joder.

Pongo la fotografía entre el cuadro de Theresa y su marco. Envuelvo rápidamente el cuadro con el saco de plástico, pongo las gomas alrededor y lo meto en la mochila. Junto con el libro de yoga y la pipa de la abuela.

Además de la ropa de la mochila, la corbata roja que llevo alrededor de la cabeza, el cepillo de dientes, mi Crest y la botella de agua, el rollo de papel higiénico, la sandwichera de mamá con el sándwich de mortadela y el huevo duro, el salero en forma de lechera, las patatas fritas Clover Club y el trozo de tarta de manzana, todo lo que tengo es mi billetera y doscientos dólares.

Mamá ha bendecido sus billetes de veinte dólares con agua bendita y me los ha dado. Sus manos rojas y ásperas de granjera. Con sus uñas en carne viva ha contado los billetes de veinte dólares sobre mi mano hasta que han sumado diez.

Reza el rosario, ha dicho.

Después me ha besado en la frente.

Luego está el trozo de papel doblado de mi bolsillo.

La sensación en los brazos que significa impotencia.

He metido la mano en el bolsillo, he sacado el papel doblado, lo he hecho botar en la mano.

¿Qué haces con algo que es tan importante para ti? Te lo comes. Te lo metes por el culo. Lo desdoblas y te lo coses al corazón.

A un lado, el sol es todo lo grande y luminoso que puede llegar a ser. Al otro, una gran nube negra que trae tormenta.

Lo hago rebotar de nuevo.

Si me hubiera querido como dijo me habría esperado.

Trazo círculos en el aire con el brazo tomando impulso para el lanzamiento, mi brazo en el aire un remolino de polvo, una danza. Arrojo el papel doblado con un ruido que me sale de dentro, de lo más profundo de mi ser, un gruñido, y el papel doblado emprende el vuelo como un pájaro.

El relámpago es una mano huesuda que sale de la tierra. Trueno, impacto.

Así de rápido desaparece la nota de despedida de George.

En el asfalto está mi sombra.

Levanto la barbilla y muevo la cabeza de tal modo que la sombra de mi cabeza parece la gran cabeza redonda de un alienígena. Alienígena.

Siempre puedes saber cómo te sientes por el aspecto de tu sombra.

Es entonces cuando lo veo en el horizonte. Acercándose por el este. Un reflejo de sol en el parabrisas. Un coche.

Subo todas las cremalleras, abrocho todos los botones, deslizo rápidamente los brazos dentro de las asas de la mochila, me la cuelgo a los hombros. Me bajo el sombrero, salgo de la grava y planto los pies con firmeza en el asfalto. Ese tipo va a tener que atropellarme para pasar de largo.

Saco el pulgar.

El coche está a tres, quince kilómetros de distancia. En el desierto, en medio de todo este infinito, no hay forma de saberlo. Tengo los ojos entrecerrados y me los protejo del sol con una mano. Ya no veo el coche y empiezo a pensar que no era sino otro charco en un día caluroso. Luego, así sin más, el coche aparece de la nada. Un cochecito de juguete a lo lejos. El sol vuelve a reflejarse en el parabrisas. Solo que esta vez veo dos secciones de parabrisas. El poste central divide en dos el reflejo del sol. Ese poste central solo se ve en los modelos antiguos, antes de que se modernizaran con el parabrisas de una sola pieza de cristal.

El coche es del color del resto del desierto. Es gris, marrón, verde salvia, dorado o beige. Luego se hunde y durante mucho rato no se ve.

Cuando vuelve a aparecer está lo bastante cerca para que vea que es un viejo Ford.

Un Ford del 49 gris.

Reconocería ese coche en cualquier parte.

Justo a mi espalda, la mitad del cielo que está oscura y llena de rayos, truenos y lluvia avanza hacia mí tan deprisa como el coche de George procedente del sol.

Pájaro del Trueno, ojo de relámpago, concédenos la paz.

Parte de mí quiere escabullirse dentro de la artemisa y

esconderse.

Otra parte quiere echar a correr hacia George.

Y otra dice: ¡Para el puto carro! Puede que sea su coche, pero eso no significa que sea George.

Probablemente haya vendido el coche para comprarse una caja de ginebra.

Pero hay algo más.

Algo de lo más extraño.

Es misterioso e inmediato.

Ahí fuera, en medio de la nada, en mitad de la carretera, estoy haciendo una buena parada.

Y estoy tratando de esconderla dentro de los pantalones cuando el coche de George asoma por la última cuesta a menos de quince metros de mí.

Es George quien está en el coche.

Pero probablemente no va solo. Probablemente lo acompaña algún cowboy con un gran sombrero y cinturón con hebilla de turquesa.

De pronto me echo a llorar, pero paro enseguida, prefiero morirme antes que llorar.

Es demasiado tarde para esconderme dentro del arbusto, de modo que me quedo ahí de pie.

Cuando George se para, miro dentro del coche.

Por lo que veo, está solo. Alrededor de su cabeza, la corbata roja.

La radio encendida. La canción que suena es «A Whiter Shade of Pale». Con sus hermosos y largos dedos marrón canela baja el volumen.

—Buenas, guapo, dice. ¿Vamos al mismo lugar?

Joder.

Tengo una parada tremenda dentro de los pantalones.

¿Qué estás haciendo aquí?, digo.

¿Qué estás haciendo tú aquí?, dice George.

De pronto estoy pegando patadas a la puerta de George, sin saber muy bien por qué lo hago.

Grito: ¡Capullo! ¡Dijiste que me esperarías! ¡No me esperaste! ¿Dónde coño has estado?

No espero a que George me responda, empiezo a andar con paso

firme en dirección a San Francisco. Veo viento y lluvia delante de mí, casi se distingue la línea de lluvia que se acerca por el desierto.

El coche de George se detiene a mi lado. Los grandes neumáticos negros, el calor del motor, tan cerca. De pronto empieza a llover. Está diluviando.

George grita desde el coche: ¡Rig! ¡Sube! Fumemos un cigarrillo.

Algo estalla dentro de mí, y me estoy quitando la mochila y rodeo el coche hasta la ventanilla de George. Es como correr a través de un túnel de lavado de coches. Sin saber por qué estoy haciéndolo, me echo hacia atrás y con todo el peso del cuerpo lanzo el puño contra su mandíbula.

Y fallo.

George me agarra el brazo, tira de mí con las dos manos y enseguida tengo el torso dentro del coche mientras la otra mitad, las piernas, patalean bajo la lluvia.

Es fácil contar algo cuando ya ha pasado, pero mientras pasa es un hecho tras otro desfilando ante tus ojos.

El motor sigue encendido y hay una marcha puesta, y por el modo en que nos zarandeamos, sé que ya no estamos en la carretera. Tengo la cabeza en el suelo del lado del pasajero. Desde ese ángulo, al levantar la vista, la cara de George es un cuadro de Picasso.

Logro de algún modo incorporarme y me siento. Es imposible mirar por las ventanas. Hay artemisa tras artemisa contra los costados del coche. George me está gritando algo, pero no le oigo. Todo lo que pienso es que el cabrón no apareció y le pego otro puñetazo en la boca. Echa la cabeza hacia atrás y le sale sangre por la nariz. Agarro rápidamente la manija de la puerta. Bajo y echo a correr por el barro bajo la lluvia. George me agarra por los hombros y al momento vuelo por los aires. Termino tumbado boca arriba. George me sujeta los brazos por detrás de la cabeza.

Está encima de mí. Levanta la rodilla y me la pone en el pecho.

Los dos respiramos entrecortadamente.

Cuando te peleas no es como en la televisión. Tienes que parar para recuperar el aliento.

Cuando George habla, mira más allá de mi cabeza.

Cuando cuesta decir las cosas.

Rig, dice. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me estás tratando así?

George y yo en el barro bajo la lluvia. La corbata roja mojada. Las cuentas de lluvia sobre mi cara.

Odio las lágrimas. No logro enjugármelas.

Dijiste que estarías en casa de tu abuela, digo.

Los ojos oscuros de George, totalmente negros. Las barras doradas.

Esperé, dice. Todo el día y toda la noche. Esta mañana, cuando he visto que no venías, me he ido.

Lo que digo a continuación lo escupo a su cara.

Yo te habría esperado, digo. Nunca habría dejado de esperar.

George levanta la rodilla de mi pecho. Me suelta los brazos. Se sienta de cuclillas y levanta la mirada hacia la lluvia.

Empecé a temblar otra vez, dijo. No podía parar. No sabía qué hacer.

La lluvia cubre de gotas la cara de George, le ruedan por ella.

No bebiste, ¿verdad?, digo.

Tomé un par, dice George.

Dos cervezas, dice. Luego me dije: A tomar por culo, y me puse en camino. Estaba en Salí Lake en un restaurante de carretera cuando abrí el *Idaho State Journal*.

Rig, dice. ¿Por qué no me dijiste que tenías problemas?

Eso no eran problemas, digo. Tú has sido el problema.

Luego digo: ¿A qué viene esta lluvia?

El Pájaro del Trueno, dice George. Aún no ha terminado con nosotros.

¿Qué quedará de nosotros cuando lo haga?, digo.

Mi mano dentro de la mano morena de George. Tira de mí. Los dos cubiertos de barro.

Vamos, dice. Sube al coche.

El coche. Las dos puertas abiertas, el limpiaparabrisas en marcha. La radio encendida.

George tiene que zarandear el coche de un lado a otro mientras yo lo empujo por el guardabarros trasero. Tardamos un rato, pero logramos sacarlo del hoyo. Me subo deprisa antes de que volvamos a quedar encallados. George pisa el acelerador a fondo a través del resto de la artemisa, y cuando el coche empieza a colear empiezo a

creer que nunca saldremos.

Pero lo hacemos.

Después de recoger mi mochila, estamos recorriendo una cinta de asfalto negro brillante.

Oeste. California. California. San Francisco, California.

George alarga una mano, abre la guantera. Dentro hay un cartón de Camel y cerillas. Saca un paquete, lo abre con los dientes. Coge un cigarrillo. Acerco la cerilla al cigarrillo.

George inhala el humo por la nariz. Un par de veces. Luego me pasa el cigarrillo.

Nuestros dedos se rozan.

Doy una calada profunda. No iba a fumar más y aquí estoy haciéndolo.

¿Cómo me has encontrado?, digo.

Tu novia estaba en el hospital, dice George. Me dijo que Simone te mandaba su cariño. Que te dijera que siempre guardará su promesa. Y me dijo que te habías marchado a San Francisco.

Solo hay dos caminos para ir de Pocatello a San Francisco, dice, el corto y el largo. Me figuré que habías tomado el corto.

Tal vez ha sido un milagro encontrarte en el desierto, dice George. Como los mormones.

Su cara permanece muy seria. Aunque tú te rías con todas tus fuerzas, él no esboza ni un ápice de sonrisa.

Por mi ventanilla, a través de la lluvia, se ve a lo lejos en el horizonte un gran rayo de sol.

Tengo diecisiete años, digo. Y tú treinta y cinco.

Es cierto, dice él.

Soy un crío, digo. Enseguida te habrás aburrido de mí.

O tú de mí, dice George.

Le paso el cigarrillo. Da una calada larga. Vamos a calentarlo, seguro.

Soy menor de edad, digo. Y ya he pasado una noche en la cárcel. Puede que la policía me busque.

Puede, dice George.

Podría causarte un montón de problemas, digo.

Ya lo has hecho, dice George.

Entonces me doy cuenta.

George ha vuelto a afeitarse, tiene la cabeza lisa y brillante.

Lleva la corbata roja atada alrededor.

Pongo una mano en su coronilla y la dejo allí.

Pensé que te había perdido, dice George. A este paso nunca volverá a crecerme.

Me pasa el cigarrillo.

Nuestros dedos se rozan.

Momentos de gestos.

Todo se vuelve borroso, como cuando se te corta la respiración.

No voy a ir a Vietnam, digo. Eso significa que los federales también me buscarán.

Eso se puede arreglar, dice George.

Debajo de mi sombrero está empezando a salirme el pelo. Compruebo el nudo de mi corbata roja.

Tú odias a los blancos, digo. Yo soy blanco.

Eres más rosa que blanco, dice George.

Le devuelvo el cigarrillo.

Nuestros dedos se rozan.

El limpiaparabrisas del lado de George se mueve en un vaivén constante. El de mi lado yace ante mí retorciéndose como una criatura agonizante.

Hemos encendido la calefacción porque estamos mojados. Mete tanto ruido que no te deja pensar.

¿Y qué hay de tu problema con el alcohol?, digo.

¿Y qué hay del tuyo?, dice él.

Yo no soy el que ha dicho que va a dejarlo, digo.

Silencio. Como cuando desapareces sin hacer ruido. Solo el limpiaparabrisas agonizante y la calefacción.

En eso tienes razón, dice George. La he jodido. No volveré a hacerlo. Te lo prometo.

Interferencias por la radio. Estoy girando el mando, tratando de sintonizar alguna emisora.

George nunca me ha mentido hasta ahora.

Me pasa el cigarrillo.

Nuestros dedos se rozan.

La ceniza tiene casi dos dedos de longitud. La echo en el cenicero.

Soy libre, digo. Soy un artista y estoy recorriendo el mundo buscando lo que llevo dentro.

Yo también, dice él.

Luego dice: No te preocupes. Solo voy a llevarte a San Francisco.

Después de todo, dice, somos guerreros solitarios del amor.

¿Y qué hay del Pájaro del Trueno? Has dicho que aún no ha terminado con nosotros.

Tendremos que esperar a ver qué pasa, dice George.

Lo que quiera el destino.

Luego no puedo soportarlo más. He estado todo encogido debajo de dos capas de tela, caliente, húmedo, duro e incómodo. Me desabrocho el
Levi's,
me abro los calzoncillos y saco la polla.

Ahí está bien erecta, cabeceando como al compás de alguna música.

La gran sonrisa aparece primero por el lado derecho. Su sonrisa es como la de la abuela, solo que él tiene todos los dientes. Nunca le he visto sonreír.

Por la radio, entre las interferencias, de pronto se oye a Jimi Hendrix cantando «Purple Haze».

Los dos decimos a la vez: ¡Oh! Me encanta esta canción.

Subo el volumen.

George alarga una mano y me rodea la polla.

Una ráfaga de viento de Idaho entra dentro de mí y sopla a mi alrededor.

«Actin funny, but I
don't
know why.»

Sin soltar el volante, George baja la cabeza y me rodea la punta de la polla con los labios. Luego vuelve a levantar la cabeza y me mira a los ojos. Barras doradas en sus ojos negros. Nada entre medio.

Discúlpame mientras beso a este tipo, dice George.

«Este tipo.»

Cuando sonríe, después de tanto tiempo, su sonrisa es un milagro que ocurre en sus ojos.

Se vuelven un poco locos. Uno mirando hacia el sur, el otro hacia el este.

Otra ráfaga de viento de Idaho, esta vez fuera del coche.

El viento que entra por las ventanillas es un suspiro. Profundo y rápido. El modo en que se te corta la respiración. Antes de que ocurra algo. No puedes hacer nada para detenerlo.

Al exhalar me arrellano en el asiento.

Amé tanto a Dios en ese momento.

Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento a mi editor, Anton Mueller. Gracias por mostrar tanto amor por este libro.

Gracias, Neil Olson de Donadio y Olson, representantes literarios; va a hacer veinte años, Neil, ¿puedes creerlo?

Mi gratitud a Grey Wolfe y a las catalpas doradas, Clyde Hall *un son baisch*, Mendala Marie Graves (¿cuántos años, Mendy Graves?), Steve Taylor, Carol Ferris, James Bolton, Joe Rogers «El Boy» y Kate Callahan, Ellie Covan y Dixon Place, Philip Iosca, Luisa Quinoy, Kathleen Lane y Jelly Helm, Geri Doran, Ken y Jane Leeson, Emily y Rachel, Charles Lawrence, Joe Módica, Paulette Osborn, Maria Kozmetatos y el personal de los Servicios de Salud Pública del Condado de Multnomah, Leslee Lewis y Corepilates, Ken Gordon de Ken's
Place, Suzy Vitello, Michael Sears, Leslie Sears, Kally Thurman, Jim Erdman, Kathy Hanson, Ashleigh Flynn, Mark Weigle, Larry Colton, Diane Ponti, Ward Green, P.
K. Kozel,
Tomas y Liz, Murray Edelman, Robert Hill, Carrie Hoops, Liz Scott, Joanna Rose, Joanna Ponce, Stevan Allred, Kate Grey, Chris Fadden, Queen Butter, Muthani y Jim, Kahunya, Damani, Diane Greenwood, Martin Mueller, la familia Dickie, Andre Pruitt, Stevee Postman, David Weissman, Gregory Saks, Ampersand, Jerako, David Ciminello, Ari, Pikkul y Vetivert, Shanna Germain, Jared Germain, John Hinds, Kevin Meyer, Darin Beaseley, Charles Dye, Shannon Chaffe, Tom Chaffe, Zuna, Leo Gulick, Lynn Salcido, John dePasquali, Steve Arndt, Ruth Füglistaller, Paulann Petersen, Elizabeth Snyder, Cupcake y Vicki, Alex Cadell, David, Thomasina,

Isolde, Benny Mendez, Julieta Lionetti, Federico e Isabella, Steve Dearden, Sheena y Ella May, Eric Baudot, Eva Gastiazoro, Juan y Wilfred, Jimene, Robert Vasquez, Joe Wheat, Kerry Mooseman y Harold Richards.

Mi gratitud a Jayne Yaffe Kemp.

Gracias a la revista *Tin House*.

Gracias a
Powell's
on Hawthorne.

Gracias a Donna Meyer de Baker and Meyer Attorneys at Law, y a Karen Berkowitz de los Servicios de Ayuda Legal de Oregón.

Mi gratitud a la Naraya Community, las Portland Faeries y los Dangerous Writers.

Un millón de gracias a los neurólogos, cardiólogos y hematólogos de la Universidad de las Ciencias de la Salud de Oregón.

Gracias, Jackie Czerepinski. *Old Friends/Bookends*.

Y a mi familia: Barbara, John y Jerry, y mi padre, John. Jamie y su Lily, Cody y Nick, y su madre, Trina Green. Y a ti también, Karen.

A mi ciudad natal Pocatello, Idaho, mis disculpas por las libertades que me he tomado en aras de la ficción.

Mi cariño y especial agradecimiento a Thomas Soames. Es un privilegio contar con tu amistad.

Y, sobre todo, todo mi cariño a Michael Sage Ricci, mi hermoso amigo. Es un placer descansar en tu compañía.

TOM SPANBAUER (Pocatello, Idaho 1946). Nació en el hogar de unos agricultores católicos implantados en un lejano Oeste predominantemente mormón. A los 20 años contrajo un pacto de sangre con un joven indio shoshone y, posiblemente, con un modo de vida. Estudió en la Universidad del Estado de Idaho a comienzos de los años 60, actividad académica que retomó más tarde en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

En el intervalo estuvo tres años en Kenia, con el Peace Corps; se casó y se divorció; fue camarero en diversos restaurantes durante doce años. Mientras trabajaba como encargado de un edificio del bajo East Side neoyorquino, publicó —con éxito de público y crítica— su primera novela (*Faraway Places*) y escribió seis horas diarias para terminar *El hombre que se enamoró de la luna*. Actualmente vive en Portland, Oregón.

La crítica lo ha comparado con el William Faulkner de *Luz de agosto*.

Notas